3 1761 08158672 9

UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY

11219

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 24 NUM. 286.

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

LA ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ LÁZARO

OCTUBRE 1912

120089
10/6/13

CASA EDITORIAL «LA ESPAÑA MODERNA»
Calle López Hoyos, 6
MADRID

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

AP
60
E8
año 24
no. 286-88

Imp. y encuad. de V. Tordesillas, Tutor, 16, Madrid.—Teléfono 2.042

UN PRECEDENTE DEL DARWINISMO EN LA EDAD MEDIA

En un estudio de Brochard sobre la moral antigua y la moral moderna, observa el docto catedrático de la Sorbona que han pasado ya los tiempos en que se tomaban argumentos de la historia de la filosofía para emplearlos en apoyo de las opiniones contemporáneas. Mucha verdad es ésta, pero aún pudiera añadirse que las investigaciones modernas suministran pruebas para confirmar o refutar las doctrinas de los pensadores del pasado. Estamos harto orgullosos de nuestra época y de nuestro pensamiento para pretender recibir lecciones del pasado. Antes bien, si se me permite la frase, quisiéramos dar lecciones a los muertos. Cuando queremos poner de manifiesto la verdad o el error de tal o cual doctrina antigua, acudimos a las modernas ciencias experimentales para ver si las aprueban o las rechazan. La ciencia positiva viene a ser para nosotros la piedra de toque en que se contrastan las opiniones que formaron el saber antiguo. Si en esto vamos completamente acertados, o si quizá tendríamos que aprender algo de las doctrinas históricas, es cuestión que no quiero tratar en este momento; sólo, sí, diré que el conocimiento cada vez más vasto de la historia de la filosofía establece entre nosotros y los filósofos anteriores una especie de confraternidad, de compañerismo, un comercio diario en el cual, a veces, suele quedar un tanto lastimado el orgullo de que antes hablaba.

Lo que distingue a la ciencia de la antigüedad y aun de la Edad Media, es un mayor imperio de la imaginación, por lo mismo que carecía de métodos y de medios experimentales. En cambio, el espíritu moderno parece que tiene miedo de tender sus alas por las regiones de la alta especulación, y se aplica modestamente a los trabajos asiduos e incesantes de laboratorio. Pero en estos mismos estudios y observaciones, tropieza con problemas que había querido esquivar, y en los cuales viene a dar de lleno *velis nolis*, resucitando cuestiones que parecían haber sido relegadas al olvido y que caracterizaban la mentalidad de las generaciones de otros siglos.

Y es que la filosofía no es sólo especulación abstracta y formulación general. La filosofía brota también de los seres vivos, de los objetos corpóreos y de la acción misma. La acción y el pensamiento no son cosas distintas en su esencia. El pensamiento es una acción concentrada, es una acción trascendental. La acción es un pensamiento realizado, reducido a límites de espacio y tiempo (1).

Además, la filosofía, en su sentido más amplio, ha caminado siempre junto a las demás ciencias. Pitágoras fue matemático. Aristóteles cultivó todas las ciencias. Descartes escribió tratados de óptica, de fisiología y de matemáticas. Leibniz fue un sabio universal. Kant escribió obras de antropología. Los mismos filósofos jónicos, empezando por Tales de Mileto, sólo trataban de hallar un principio físico que explicase el origen de todas las cosas. Su investigación era una investigación física, de donde recibieron el nombre de físicos, con el que se les conoce en la Historia.

El positivismo ha querido prescindir de toda metafísica, y ha terminado en una escuela metafísica. Y es que parecía haberse olvidado que todo descubrimiento físico, astronómico o de otro cualquier orden, ha coincidido, o, mejor dicho, ha dado lugar a una nueva era en filosofía, así como toda revolución

(1) V. AMIEL: *Diario íntimo*, pág. 46. Traduc. ESPAÑA MODERNA.

filosófica ha cambiado a su vez los métodos científicos y la faz de las ciencias naturales.

Por aquello de que en un momento de la Naturaleza está la Naturaleza toda, tanto da contar los átomos de un milímetro de oxígeno, como enumerar los planetas de un sistema solar. Tanto monta manejar el telescopio como el microscopio; delante de ambos se extiende el infinito. El hombre lleva en su cerebro las leyes del cosmos, porque su mismo cerebro, su mismo cuerpo es un microcosmos. Una visión de conceptos puede anticipar una visión de realidades. Sólo que a medida que nos acercamos al fenómeno, la contradicción nos enreda en sus mallas, y nos perdemos en un laberinto del que sólo puede sacarnos el hilo de Ariadna de la lógica. Cuanto más cerca estamos de las cosas, más lejos nos hallamos de su esencia. Sólo podemos comprender el mundo recogiéndonos dentro del yo, mágico espejo que reproduce el universo depurándole de su apariencia engañosa, y revelándonosle en su esencia numérica o lógica.

Podría creerse que el positivismo nos aleja de la metafísica. Puesta la atención en los objetos exteriores, parece que despertamos del sonambulismo filosófico a la realidad de la vida. Pronto reconocemos nuestro error: los objetos mismos son ideas, los fenómenos de la Naturaleza son silogismos, el mundo entero es un sistema lógico, y creyendo haber disipado para siempre la nebulosa de las abstracciones, nos convencemos de que al operar con los objetos reales y corpóreos, no hacemos sino lo que hacen los niños con esos abecedarios en forma de rompe-cabezas, en que cada letra es una imagen coloreada, no hacemos sino deletrear pacientemente el gran sistema filosófico que se llama universo.

Así, cuando algún obrero del siglo presente ofrece a la atención científica una nueva serie de hechos agrupados conforme a una ley, llámese sociológica, zoológica, botánica, física o química, no hace sino agitar problemas que ya trató de resolver la razón pura en el terreno de la abstracción, que es

el terreno de la realidad pura. El pensamiento no puede salir de sí mismo; el hombre quiere renunciar al pensamiento, y se encuentra con que sólo es pensamiento y todo pensamiento. El hombre mismo, después de haber reducido a la nada, por medio de la crítica, toda idea general, se contempla creyéndose la única realidad, y ve que su yo se disuelve, pulverizado por esta misma crítica, no quedando en su lugar más que un nombre que sirve para designar un grupo de hechos.

* * *

En el dintel de la antigüedad, en el límite que separa dos mundos opuestos, aparece un hombre mostrando en su mano, como precioso resto de un naufragio, un libro de filosofía; rico presente que ofrecía al pensamiento de su siglo, como tesoro de incalculable valor, como cimiento en que se había de edificar una nueva ciencia. Este hombre ejerció grande influencia en la corte de Teodorico; murió víctima de este mismo influjo. Las iglesias de Italia veneran su memoria.

El libro a que aludimos no era otro que los «Comentarios a la introducción de Porfirio a las categorías de Aristóteles», traducidos por Boecio. En dicha introducción, el filósofo neoplatónico encarecía la necesidad de saber lo que fuesen el género y la especie, la diferencia, el propio y el accidente, como noción indispensable para comprender la doctrina de las categorías, sin pretender inquirir por el momento *si los géneros y las especies tienen existencia propia o existen solamente en la inteligencia, ni, en el caso en que existiesen por sí mismos, si son corporales o incorporales, o si están separados de los objetos sensibles o en dichos objetos y constituyeudo parte de ellos.*

Tal cuestión, que había dividido a la filosofía antigua en dos grandes tendencias, iba a dividir del mismo modo a los espíritus de la Edad Media. Mas para ello era necesario infundirla nueva vida. Si no había de ser olvidada y confundida en la indiferencia de la ignorancia universal, era necesario sacarla

a luz de un modo ruidoso, manejándola como antorcha que iluminara y abrasase al mismo tiempo. Era necesario profanar con ella un objeto sagrado, puesto en altura eminente, blanco de todas las miradas. Era necesario un hombre de tan temerario valor, y le hubo. Fue clérigo y se llamó Roscelino.

Y se explica esta necesidad. Cada siglo tiene su terreno propio de experimentación, un territorio al cual aplica con preferencia todas las fuerzas de su actividad racional. El campo de experimentación de la Edad Media fue el Dogma. Todo el esfuerzo intelectual de aquella época gravita invariablemente hacia este centro de atracción, en donde se estrellaban los entendimientos más preclaros y las voluntades más heroicas. El escaso tesoro de ciencia que entonces poseían los hombres, fue puesto incondicionalmente al servicio del dogma; de él recibía su valor; por el dogma vivía, y bien se puede decir que moría para el dogma. Todas las cuestiones trascendentales estaban enlazadas con una cuestión de fe. La Iglesia no se contentó con su poder mundanal ni con el vasallaje que le prestaban los más poderosos príncipes, sino que encadenó al carro triunfal de su construcción dogmática el pensamiento de los más soberanos ingenios entonces conocidos.

No fue el clérigo de Compiègne el que inventó el nominalismo. Una vieja crónica que relata los hechos acaecidos desde el reinado de Roberto hasta la muerte de Felipe I, menciona a algunos sofistas, citando entre ellos a Juan, médico del rey Enrique I de Francia. Este Juan, apellidado el Sordo, fue maestro de Roscelino. Rábano Mauro, en el siglo IX, había comentado a Porfirio, poniendo en duda si éste quiso hablar de cosas con existencia real o sólo de nombres. Del comentario de Rábano se deduce que había ya dos opiniones, dos escuelas sobre este punto. Pero la gloria de una doctrina corresponde por fuero a aquel que la sabe imponer, con golpe certero, en la conciencia de las gentes. ¡Qué importa que el sembrador tenga en la mano la semilla si no la sabe enterrar en la gleba para que fructifique! La erudición, en sus vanidosos alardes,

intenta robar a los grandes nombres la gloria de sus inventos, rastreando precursores en todas las empresas. La erudición se equivoca. ¡La fama, nunca! La gloria de una idea es para aquellos que le entregan su alma. Por eso la gloria del nominalismo será para Roscelino, porque el clérigo de Compiègne no se contentó con establecer una doctrina filosófica, sino que, aplicándola como antorcha flameante al santuario del dogma, quiso reducirle a cenizas. Sólo el que se atreve a herir los falsos dioses del vulgo, pasa con la aureola de la gloria a la posteridad. La multitud eleva templos para guarecer a sus ídolos de barro; el genio los derriba. En todo innovador hay algo de erostratismo (1).

Convencido de que las ideas generales son meras abstracciones, sin realidad objetiva, dedujo que el Padre y el Espíritu Santo, modos diversos de una misma sustancia, habían encarnado en el Hijo, padeciendo como éste. Quizá entonces como

---

(1) El osado innovador no se contentó con trastornar la filosofía en su más trascendental problema, ni la teología en su misterio más insigne; lanzóse con valeroso denuedo contra el mismo poder eclesiástico, combatiéndole en sus más escandalosos abusos. Refugiado en Inglaterra, contempló las relajadas costumbres del clero. La mayor parte de los sacerdotes vivían en concubinato; muchos de ellos estaban casados. Roscelino alzó su voz contra este abuso, afirmando: 1.°, que los hijos de sacerdotes nacidos fuera de legítimo matrimonio estaban fuera de la ley y que era injusto preferirlos a los hijos legítimos; 2.°, que el bautismo de estos niños borraba sus pecados, pero sin variar su condición; 3.°, que al prohibir su ordenación se desterraría el escándalo de elevar a los hijos de los sacerdotes concubinarios a las dignidades eclesiásticas. El clero de Inglaterra encontró más cómodo perseguir a Roscelino que reformar sus costumbres.

No fuera a creerse que esta relajación estaba reducida al clero anglicano. En todas partes reinaba la misma disolución. El sacerdote daba ejemplo de escándalo. Los beneficios eclesiásticos eran vendidos públicamente o se transmitían por testamento. «Los bienes de la Iglesia—dice Guizot—servían de dote a las hijas de los obispos. El rescate de los más enormes pecados no costaba ni aun la fundación de una iglesia o monasterio. Por una ligera suma recibía el culpable la bendición absolutoria.

ahora se buscaba la cuestión palpitante, el escándalo, para llamar la atención sobre el oscuro trabajo del pensamiento, y el afán de inmortalizar una doctrina convertía a los hombres en mártires de una opinión.

Pronto San Anselmo contestó a las temerarias afirmaciones de Roscelino con un libro titulado *De Fide Trinitatis, contra blasphemias Roscellini.*

La disputa había comenzado. Una formidable cuestión iba a dividir a los hombres. El desenlace de esta esgrima dialéctica iba a ser, en muchos casos, la persecución, el anatema y la hoguera. El mundo cristiano se conmoverá. Reuniránse concilios para condenar a los más preclaros talentos. Y algunos doctores en teología vestirán la túnica llameada del hereje.

Con un instinto verdaderamente superior a su tiempo, la actividad científica recoge este problema y se encarniza en su discusión. Cerebros más poderosos, inteligencias más disciplinadas que la de Roscelino iban a continuar la polémica comenzada, más gloriosa por el espíritu de independencia que personificaba, que por las verdades que pudiera cobijar en su seno.

En la historia del pensamiento humano hay un hecho que se repite en todas las edades. Este hecho está teñido en cada época del color que le prestan las instituciones políticas y sociales. Este hecho es la rebeldía del pensamiento. Es el pensamiento nuevo que conspira contra el pensamiento antiguo. Es la tesis y la antítesis, que vienen a las manos.

Hoy despreciamos estas luchas de los intelectos medioevales, condenándolas, sin ver acaso que nuestra obra es prolongación de la suya, y que su lógica fue antecedente preciso de la nuestra.

Aun considerando la Edad Media, como un compás de espera en la actividad filosófica, como un intermedio místico entre el colosal esfuerzo de la filosofía griega y el profundo desarrollo de la filosofía moderna, no hay que pensar que en tantos siglos durmiera el pensamiento del hombre, o que si

durmió dejara de ser agitado por el misterioso enigma de su destino sobre la tierra. Durante los siglos medios, las voces de Platón y Aristóteles, proseguían, contrapuntadas por el plañidero o solemne acento de la liturgia eclesiástica, el ático diálogo que comenzó en los jardines de Academos.

Pero en la Edad Media, el espíritu que animó a aquellas voces inmortales se había extinguido. Aquella despreocupación sublime que desde un principio hizo a los filósofos griegos mirar con desdén los dioses populares y desentenderse en absoluto de todo respeto político o teológico, ya no existía. Los filósofos de la Edad Media fueron esclavos de la teología. Su obra era labor de esclavos (Ancilla theologiæ). Escribían y pensaban bajo la amenaza del anatema y de la hoguera. Mas no era lo peor esta opresión constante y abrumadora del pensamiento, ya que en el resbaladizo terreno de las interpretaciones dogmáticas, pronto se caía en las desviaciones heréticas, y entonces no faltaba el valor para desafiar la cólera de los pontífices y de los concilios. El mal estaba más arraigado. El mal consistía en que la servidumbre teológica era innata en todos los cerebros y en todos los corazones. En que los cristianos nacían para la fe y los filósofos para el dogma.

Se ha dicho, y con fundamento, que la doctrina de Roscelino no es sino el empirismo al hacer su segunda aparición, y que, por consecuencia, el idealismo platónico estaba representado en el realismo de los Padres de la Iglesia. Pero, ¿qué distancia de la pureza filosófica de la doctrina del fundador de la Academia, desenvuelta en las más serenas regiones del pensamiento puro, a la labor bizantina de aquellos filósofos híbridos, que buscaban sus fuentes de inspiración en los turbios manantiales de la tradición y de la leyenda? La filosofía escolástica se amasaba con barro judío. Se quería hacer triunfar a toda costa la cosmogonía judía, el realismo judío, concepción la más antifilosófica que haya existido, constituída por restos mutilados y fermentados de las creencias orientales. Este barro cegó los ojos de muchas generaciones, y durante largos siglos, la

filosofía luchó para desembarazarse de él y volver a su pristina pureza.

Este realismo, de que estaban impregnados todos los cerebros, pónese en evidencia en la manera de discutir la tesis propuesta. Los géneros y las especies, ¿tienen existencia real, o existen sólo en la inteligencia? Y si existen por sí mismos, ¿son corporales o incorporales, están separados de los objetos sensibles o constituyen parte de ellos?

Trátase aquí, como se ve, de una existencia material y palpable, de una existencia corporal, tangible. Bien a las claras se da a entender que no se concibe otro género de existencia sino la que entra por los ojos y se toca con las manos. Por este modo de existir abogaban los representantes del individualismo, los Padres de la Iglesia, San Agustín, San Isidoro, etc. Defendían la fe de una manera material. Toda concesión a lo abstracto les parecía que desvirtuaba el dogma y que ponía en peligro la fe. A este espíritu realista, en la acepción material de la palabra, respondían, la concepción geocéntrica, todo el antropomorfismo de la religión cristiana medioeval que la hacía una continuación de la mitología bíblica, y en general, de todas las religiones antropomórficas de la antigüedad. La Edad Media concretó, sensualizó la Divinidad. Un obispo de Málaga, llamado Hostegesis, atribuía a Dios figura humana, afirmando que residía en la parte más alta del cielo, y que estaba en todas partes, no por esencia, sino por *subtilitatem quandam*. Los efectos de este materialismo religioso, bien patentes están en las mil extravagancias y chocarrerías en que el mismo arte escultórico religioso vino a incidir. En esas imágenes torpes, y hasta obscenas, que vemos en el interior de las catedrales góticas. En las leyendas diabólicas, en las epidemias de la locura demoniaca. En los suicidios en masa. En la misma forma grosera del pecado cuyo horror enloquecía a las gentes.

Sin embargo, bien pudieran aquí distinguirse dos problemas englobados uno en otro, y cuya solución fuese distinta y hasta opuesta. El primero podría concebirse en los siguientes térmi-

nos: los géneros y las especies, tal como nosotros los concebimos, con la misma extensión que nuestro pensamiento les asigna, ¿corresponden a algo concreto en la realidad?

Y el otro: el pensamiento en general, ¿es de distinta naturaleza que nuestras percepciones sensibles?

Y aquí llegamos al punto de enlace que el nominalismo del siglo XI tiene con el transformismo del siglo XIX.

El genio de los pueblos (y conste que no digo el genio de las razas) se refleja indudablemente en sus creaciones al través de los tiempos. Podrá variar la expresión ideológica de cada época, pero a despecho de este cambio, la índole psicológica de cada agregado humano persiste idéntica a sí misma o con variaciones poco apreciables. Sólo ha habido dos pueblos dotados verdaderamente de genio metafísico: Grecia y Alemania. No es esto decir que Grecia y Alemania sean los dos únicos pueblos que han pensado, pero han sido los dos únicos pueblos que han pensado metafísicamente.

Inglaterra ha sido la cuna del empirismo moderno (no del materialismo). Guillermo de Ocam, Bacon de Verulamio, Hume, Hobbes, Locke, Darwin, son nombres que, sin formar una serie sistemática de pensadores escolásticamente encadenados, expresan la contribución que el genio inglés ha aportado a la filosofía universal, imprimiendo en ella su sello especialísimo, su fisonomía característica. Pero obsérvese que, por una compensación espiritual, este pueblo, destinado al parecer a considerar todas las cuestiones empíricamente, es quizá el pueblo más relígioso que existe. Los ingleses ponen la Biblia hasta en las logias masónicas.

Se concibe que los naturalistas emprendiesen su tarea ajenos a toda preocupación metafísica o filosófica. Así debe ser, y ello constituye la mejor garantía de su seriedad. Prueba de este indiferentismo, y bien elocuente por cierto, la tenemos en la prolongada colaboración de dos genios cuyo rompimiento había de ser célebre en los anales del pensamiento europeo: Cuvier y Lamarck. Estos dos hombres trabajaron durante mu-

chos años, sin sospechar o por lo menos sin exteriorizar el abismo que los separaba. Este abismo era el que separaba a Descartes y a Leibniz, el que media entre el estaticismo y el dinamismo. La filosofía pura se adelantó en un siglo a las ciencias biológicas y morfológicas, en formular este problema.

La idea de la mutabilidad de las especies no es original de Darwin. Sabido es que Lamarck fue el primero que lanzó esta hipótesis contra Cuvier, que afirmaba la fijeza de las especies y la diversidad de planes en la creación. Pero, repetimos lo dicho en el curso de estas líneas: una idea pertenece al que la sabe hacer triunfar, al que la sabe imponer en el alma de las multitudes.

Darwin es, pues, el representante del transformismo. Y sean cualesquiera las objeciones y dificultades, las divisiones que haya suscitado en el campo de la ciencia, todos aceptan hoy una afirmación: la variabilidad de las especies; el transformismo es un dogma de fe del siglo xx.

Y esta es para nuestro fin la proposición que únicamente nos interesa. Las especies no son fijas. No existe un límite que separe unas especies de otras. Los seres vivos de la creación forman una cadena ininterrumpida. Los tres reinos de la Naturaleza, proclamados antiguamente, han borrado sus fronteras, y el mundo de la vida es una inmensa ciudad cosmopolita en que todas las criaturas fraternizan por su común origen. Los géneros y las especies no tienen existencia real, objetiva; sólo existen en nuestra mente. Son, a lo sumo, procedimientos nemotécnicos. El individuo es lo único real. El nominalismo ha triunfado.

Pero, contra lo que pudieran creer los empíricos, a nadie puede complacer más este triunfo que a los metafísicos, y dentro de los metafísicos a los idealistas, y dentro de los idealistas a los platónicos. Es verdad que no existe más que el individuo, pero este individuo es una forma efímera y transitoria, es un momento de la evolución cósmica, es la sustancia universal concretándose y disolviéndose a medida de las influen-

cias telúricas. Su existencia es precaria, es contingente. Es, como la ola del mar, forma efímera provocada por un soplo y que otro soplo deshace. Es un accidente de la sustancia eterna. Es el fenómeno tras del cual se oculta la cosa en sí. Es la idea realizándose en el espacio y en el tiempo. Es la voluntad objetivándose. Es el espíritu absoluto manifestándose en sus infinitos modos y atributos.

Por tanto, en este triunfo del nominalismo no ha de verse de ningún modo el del empirismo sobre el idealismo. Obsérvese que el más importante discípulo de Darwin, Heckel, es el mantededor del monismo a ultranza. Y el monismo es la esencia de todos los grandes sistemas idealistas griegos y alemanes.

Tanto el transformismo como la filosofía de la evolución, son la forma más general y moderna en que se unen el empirismo y el idealismo. Según Renato Berthelot (1), la filosofía de Spencer en contra de lo que generalmente se cree, no es un germen tomado de los biólogos contemporáneos y extendido después a todo el Universo, físico, viviente, mental y social. Según M. Berthelot, el mismo Spencer declara, y la lectura de sus primeras obras (sobre todo de su *Estática social*) lo confirma, que el germen de su sistema es la idea de *vida* que debe a Coleridge. Y Coleridge no hizo sino propagar en Inglaterra las principales teorías del romanticismo germánico. Para los románticos alemanes (Schelling, Savigny, Schlegel), la Naturaleza y la sociedad no son, como para los filósofos reformadores del siglo XVIII, un mecanismo que el pensamiento reflexivo comprende y reconstruye, sino el producto de una actividad inconsciente, de una fuerza misteriosa, análoga a la de la vida; no se trata de mecanismos, sino de organismos. Y por organismo no entendían los románticos un sistema de relaciones puramente estáticas (sigue diciendo M. Berthelot) como lo entendían antes que ellos los pensadores que habían comparado a un organismo la sociedad y la naturaleza, un Platón por

(1) Renato Berthelot: *Evolucionismo y Platonismo*, Alcan, pág. 47.

ejemplo, en la antigüedad, o un Hobbes en los tiempos modernos; sino un conjunto de relaciones dinámicas que se desarrolla de dentro a fuera y que evoluciona por la acción de un principio consciente.

Que el romanticismo estaba capacitado para incorporarse a las nuevas teorías, lo demuestra el profundo panteísmo de Goethe, no debiendo olvidarse que fue uno de los precursores de la doctrina del transformismo.

Si fuéramos a estudiar la aparente oposición entre el empirismo y el idealismo, entre el estaticismo y el dinamismo, tal vez se desvanecería en nuestras manos, llegando a considerarlos como anverso y reverso de una misma concepción. Tal vez llegásemos a la conclusión de que toda la historia de la filosofía es la elaboración lenta y continua de un gran edificio en que algunas veces, como en la torre bíblica, los obreros no se entendían, por hablar idiomas distintos, pero que todos ellos decían lo mismo, cada uno en su respectiva lengua. Desde otro punto de vista, la historia de la filosofía, con sus lagunas y sus saltos, con sus fenómenos esporádicos, no significa otra cosa que los cambios de postura del pensamiento humano, que, abandonando una zona de cultivo, pasa a fecundizar otro terreno con nuevos métodos e instrumentos. La filosofía es el desarrollo lógico del pensamiento humano. Este desarrollo obedece a leyes tan necesarias y rigurosas como los demás fenómenos de la Naturaleza. Pero este desarrollo se da en el tiempo y en el espacio, por lo que está sujeto a intermitencias e irregularidades que se explican perfectamente por los accidentes histórico-sociológicos, que desempeñan igual papel en la marcha del pensamiento que los accidentes geográficos en la distribución y propagación de la flora y de la fauna terrestres. ¿Qué error más grande creer que la historia de la metafísica ha terminado! La metafísica, sin género de duda, es tan antigua como el hombre y vivirá tanto como éste. Podrá sufrir eclipses pasajeros, podrá quedar relegada a segundo término, por tendencias mentales que tienen su misión en un determi-

nado momento; pero responde a una necesidad del hombre, la más sublime de todas, la más desinteresada, y, por lo mismo, la más interesante. Error crasísimo, desmentido por los hechos, es creer que el estudio de la Naturaleza nos ha de apartar para siempre de las llamadas quimeras metafísicas. A medida que cada ciencia profundiza en el objeto de su estudio, la hipótesis metafísica surge de su seno, el mundo aparece a una luz nueva cada vez más interesante, cada vez más grandiosa, cada vez más imponente. Cuvier descubre la ley de las correlaciones orgánicas, ésta le conduce a la de la subordinación de los órganos. Tal solidaridad le hace creer que, dado un órgano, es posible deducir todo un animal. Halla un diente, y reconstruye toda una especie de elefantes fósiles. ¿No es éste el individuo silogismo de Hegel?

Hemos separado, en la cuestión de los universales, dos problemas cuyas respectivas soluciones pudieran ser distintas y hasta opuestas. Examinado el primero, queda por contestar el segundo: el de si el pensamiento racional es de distinta naturaleza que nuestras percepciones sensibles. No ha sido nuestro propósito elucidar esta cuestión, que entraña otras muchas y muy hondas, que dividió a los filósofos y que sigue aún dividiendo a la humanidad. Pero terminaremos recordando la maravillosa intuición del poeta inglés: «Estamos hechos de la tela con que se tejen nuestros sueños.» Así termina la contienda secular entre la idea y la sensación, entre el alma y el cuerpo, entre el espíritu y la materia. «El espíritu es lo absoluto, lo inmortal, lo eterno», dice la fe antigua. Y contesta la ciencia de observación: «El espíritu es una quimera, sólo la materia existe, todo es materia.» Y entonces el poeta y el filósofo dicen a una voz: «La materia no es nada, todo es pensamiento; pero de todos modos, llámese pensamiento o materia, todo es uno y lo mismo.»

EDUARDO OVEJERO Y MAURY

BEATRIZ DE ARAGON, REINA DE HUNGRIA

Fijóse para el 18 de Setiembre (1) la salida de Beatriz de Nápoles. Antes hubo ciertamente de rezar con fervor en la capilla de Santa Bárbara de la fortaleza de Castello Nuovo, en donde rezara de soltera, así como en la iglesia de San Jenaro, adonde Diómedes Carafa le aconsejó que fuera; despidióse conmovedoramente—si nos atenemos al historiador contemporáneo de Matías—de las paredes, de las puertas del castillo real, de los retratos de sus antepasados, y se despidió más tiernamente todavía de su padre, a quien el «inmenso amor que tenía a la que se marchaba, estuvo a punto de matar, porque iba a privarse de la mayor alegría de su vida (2)». Beatriz se despidió también del pueblo de Nápoles: con la corona en la frente, acompañada por su padre y los señores del país, visitó las plazas principales de todos los barrios de Nápoles (3), paseando una vez más su vista por aquella hermosa ciudad, por sus flo-

(1) Así lo afirman: Notar Giacomo (o. c., pág. 132) y Passero (o. c., página 31); Fuscolillo (en quien se puede tener menos confianza) la pone en el 19 (o. c., Arch. Stor. Nap. 1, 51). Según Tummulillis (loc. cit.), Beatriz no salió de Nápoles hasta el 28 de Setiembre.

(2) Bonfin, *Symposion Trimeron*, pág. 7. Tummulillis (loc. cit.) dice: «Diceseit de Neapoli cum maximo triumpho, incunditate et gandio cum lacrimis et luctu mixto.»

(3) Notar Giacomo, loc. cit.

ridos alrededores, por su pueblo vivo y alegre, antes de marchar al lejano y extranjero país: llevábale una gran esperanza; pero amenazábanle también muchos peligros, y no sabía si volvería un día, ni cómo volvería.

Habíase decidido que el hermano menor de Beatriz, Francisco, la acompañaría a Hungría; se dice que esta decisión se tomó con arreglo al deseo netamente expresado por Matías (1). El príncipe, de edad de quince años, quería entrañablemente a su hermana mayor, que le servía de madre (2); su estancia en Hungría debía en cierto modo completar su educación, porque al lado de Matías tendría una excelente ocasión de perfeccionarse en el arte de la guerra y acostumbrarse a la vida militar; por lo menos, esto es lo que le aconsejaba Diómedes Carafa, en una Memoria especialmente escrita para aquél (3). Acompañaron además a la reina desde la salida de Nápoles, por lo menos durante una parte de su viaje, el duque de Andría, la duquesa de Sora, el conde y la condesa de Terranova, el conde y la condesa de Montorio, Tommaso Filonarino, una tal Madonna Laura di Messer Antonio da Bologna, y numerosos señores y damas nobles con 250 caballos; unióse a ellos el cortejo húngaro.

Su hermano mayor, el duque de Calabria, la acompañó hasta Manfredonia, a través de Benavente; por lo tanto, hasta el mar; allí se despidió de ella y envió por medio de embajadores sus saludos a Matías y Beatriz, así como a los arzobispos y señores húngaros (4). Su mujer Hipólita, su hijo Fernandino y su hermano menor, Juan, habían ido con él; otro Alfonso, hijo natural del rey y hermano ilegítimo de Beatriz, la acompañó probablemente también hasta Manfredonia (5).

(1) Archivos del Estado de Módena; Cam. Duc. propr. Herc. I, Epist. Rep. 1.476 Ca. 94, V, del 11 de Octubre, ad comitem Magdalain.

(2) Bonfin: Symposión, págs. 19, 31.

(3) Ben. Croce: *Memoriale*, etc., págs. 8, 10; págs. 17, 18.

(4) *Momun. Hung. Hist.* (M. K. Dipl. Eml.) II, págs. 331, 333.

(5) Misiva de Perotto de Vesach de Nápoles a Ferrara, escrita en Setiembre de 1479. (Archivos de Estado de Módena (Cart. d. Emb. Napoli.)

Manfredonia era entonces un puerto importante del reino de Nápoles; es todavía el puerto mejor situado del golfo que lleva su nombre y que el mar Adriático forma en la parte superior de la Apudía, no lejos de Foggia y al Sur del cabo de Monte Gargano; pero a pesar de estas ventajas se encuentra hoy en un completo estado de abandono y decadencia. La ciudad fue fundada por el rey Manfredo de Hohenstaufer, en el siglo XIII, no lejos del lugar en que estaba en la época grecoromana, Sipontum, floreciente al principio, pero destruída más tarde por un temblor de tierra. La fortaleza cuadrada que llega hasta el mar, y que está defendida por bastiones redondos, fue construída por los Anjou; pero los Aragón la fortificaron y dejaron sus armas en las murallas. Los taludes de los fosos están recubiertos de maleza y de higueras (1). En esta fortaleza se detuvo algunos días Beatriz con su séquito italiano y húngaro antes de abandonar el reino paterno, y pudo acordarse de que en este puerto, María, la gloriosa reina de Nápoles, que venía del país al que ella iba, pisó por primera vez el suelo italiano.

La ruta de Nápoles al mar y la estancia en este puerto deliciosamente situado, duraron, sin duda, bastante tiempo, porque Beatriz no se embarcó con su séquito hasta el 2 de Octubre; hizo la travesía con cuatro galeras del rey de Nápoles y otros barcos menores (2).

La travesía no fue agradable; la flota, dispersada por los vientos, luchó durante dos semanas con las olas (3); por fin pudieron desembarcar, durante la noche del 13 al 14 de Octubre, cerca de Chioggia, en Corbola, sobre el Po; instaláronse en unas habitaciones que les tenía preparadas la corte de Ferrara; luego, una vez repuestos de sus fatigas y emociones, pudieron llegar a Ferrara. Hércules y Leonor los esperaban des-

(1) V. fins. Abatino: *Il Castello di Manfredonia*, Napoli nobilissima, año XI, págs. 44, 45.

(2) Notar Giacomo y Passero, loc. cit.

(3) Tummlillis, o. c., pág. 227.

de el 5 de Octubre con caballos ensillados de día y noche, y embarcaciones ricamente decoradas; asaltados por malos presentimientos, habían hecho que se buscasen las galeras napolitanas por los alrededores de la desembocadura del Po, y cuando supieron la noticia del desembarco, la duquesa misma marchó apresuradamente para saludar a su hermana menor antes de que llegase a la capital (1).

La entrada solemne del cortejo nupcial se verificó el 16 de Octubre, un miércoles, después de vísperas, a las cuatro de la tarde por la puerta de San Biagio. El duque, rodeado de toda su corte y de los nobles, todos a caballo, recibió a la reina fuera de la ciudad y la llevó, bajo un palio bordado de oro, al són de los tambores y trompetas, al palacio espléndidamente engalanado (2). El séquito de Beatriz, al llegar a Ferrara, pasaba, sin duda alguna, de 800 personas (3).

La familia ducal recibió a la egregia viajera en el Palazzo de Cortile—en donde Hércules habitó más adelante,—situado frente a la fachada del Duomo, y unido al gran Castello Vecchio. Desplegóse el mayor lujo en el salón que daba al Castello, y las piezas adyacentes fueron acomodadas para alojar a la reina, al príncipe real de Nápoles y a sus íntimos. Para los cortinones y tapices habíase empleado terciopelo carmesí, seda y telas finas de algodón; «los escudos extranjeros» que servían de adorno al lado de las armas del príncipe, fueron, sin duda, las armas del rey y de la reina de Hungría.

Los tapices estaban recubiertos en numerosos lugares de guirnaldas con blasones o cuadros pintados o tejidos; veíanse

(1) Informes y notas de los Archivos del Estado de Módena. (Canc. Duc. Ach. Prop. Her. I, Epist. Reg. 1476. Ce. 91, 92, 93, 94 y 95.

(2) *Diarium Ferrarense*, pág. 252. *Antichita Estensi* (Muratori), página 235.

(3) *La Cronaca Estense* de Fran Paolo de Legnago (manuscrito de los archivos de Módena), dice 700 jinetes; pero la nota citada da un total de 529 jinetes húngaros y 350 napolitanos, en suma, 879 personas. Véase también: Archivos de Módena. Can. Duc. Mandati, III.

en ellos hombres y mujeres a pie o a caballo, árboles verdes o árboles frutales, luego—por alusión al nombre del príncipe reinante—los trabajos de Hércules y, en algunos sitios, escenas de la *Novela de la Rosa,* que los trovadores habían dado a conocer (1).

Aunque la historia de la casa de Ferrara estuviese empañada por el recuerdo de sangrientas discordias y numerosos crímenes, su corte brillaba tanto que algunos historiadores compararon el reinado de Hércules con el de Augusto, el de León X y el de Lorenzo de Médicis (2).

Hércules no tenía una cultura superior, pero era un soberano experimentado, inteligente y prudente; gobernaba bien y con energía, y ya por seguir la moda del siglo, ya por gusto personal, fomentaba mucho las letras y las artes. Engrandeció su capital y la embelleció adornándola con un vasto jardín público. Desarrolló la agricultura con la regularización de los ríos y el dragado de las marismas; la arquitectura, con la construcción de palacios, iglesias y monasterios. Gustaba de los escritores y se complacía en sus alabanzas; los nombres de Boyardo, Collenuccio, Leoniceno, Guarino, Tebaldeo, contribuyen a la gloria literaria de la época de Hércules; sus músicos no eran menos excelentes, sobre todo los violines de la orquesta de la corte (3). Ferrara aventajó, pues, a Nápoles desde ciertos puntos de vista en el culto de las musas, y por lo que concierne al lujo, al refinamiento, a la alegría de vivir y al libertinaje, Ferrara no se quedó muy atrás, como lo muestran las comedias del Ariosto, llenas de vida y movimiento (4).

En medio de las pomposas y espléndidas solemnidades de

(1) Archivos del Estado de Módena, Jornale de l'Officio de la Tapezería. 1475-1477. V. las letras A. y B.

(2) Lamartine y Maulde de Clavière (o. c., pág. 396).

(3) Muratori: *Antichitá Estensi,* págs. 277 y siguientes. Litta, o. c., libro XXXIX, tabla XII.

(4) Pas. Villari: *Macchiavelli,* e. i. s., libro II, cap. 9.°

la corte y de la ciudad en fiestas, Beatriz pudo abrazar a Leonor, su única hermana, a la que no había visto desde que se casó, y que era ya madre de tres hijos: uno de ellos llevaba el nombre de Beatriz (1). Los deberes absorbentes de los príncipes—entre otros el de asistir a las fiestas y organizarlas—no dejaron mucho tiempo a las dos hermanas para hablar en la intimidad. Los cinco días que Beatriz pasó en Ferrara transcurrieron en medio de fiestas animadas y variadas, de las que el duque Hércules gustaba también, y cuyo objeto fue, en esta ocasión, expresar la alegría que la casa soberana y el pueblo de Ferrara experimentaban por la coronación de la hermana de la duquesa como reina de Hungría. Las fiestas consistían en toda clase de representaciones y espectáculos divertidos que se celebraron en el palacio ducal, y que demuestran que la corte de Este en Ferrera había desarrollado y puesto en un nivel muy elevado, no solamente los concursos de armas y los torneos, sino la música y el arte dramático. En Ferrara, en la época de Hércules, se proyectaba la fundación de un teatro permanente; en él se introdujeron los bailables, como accesorio de las representaciones teatrales; allí se hicieron las primeras tentativas para poner en escena las obras clásicas, por ejemplo, las *Menechmas,* de Plauto (2).

Beatriz pudo, pues, ver y oir muchas cosas, que trató más tarde de introducir en su propia corte; esta estancia contribuyó a establecer las relaciones intelectuales muy seguidas, que se desarrollaron más adelante entre ella y la corte de Ferrara; y todo lo que Beatriz hizo en Hungría por la casa de Este,

(1) Julia Cartwright (*Beatrice d'Este, duchess of. Milán.* London, 1899, pág. 370) se equivoca al afirmar que dieron este nombre a la hija segunda de Leonor, con motivo de la estancia de Beatriz en Ferrara, en el año de su nacimiento, puesto que Beatriz de Este nació en 1475, y Beatriz hizo su visita en 1476.

(2) Loc. cit. del *Diarium Ferrariense* y *Antichita Estensi;* v. también o. c., de Vechioni (pág. 62); la o. c., de Maulde (pág. 377), y Burckhardt: *Cultur der Ren.*, II, pág. 37.

aun en detrimento de su propia popularidad, prueba que este encuentro estrechó mucho los lazos que unían a las dos hermanas.

Cuando Beatriz salió de Ferrara el 21 de Octubre, no debía tener el presentimiento que daba el último adiós a su hermana. El duque, su cuñado, le puso al caballero Cristóforo de Bianchi para acompañarla; nombró, además, a este último su embajador en Hungría y su representante en las bodas (1). La etapa siguiente fue a Rovigo, en donde el duque de Ferrara proveyó a las necesidades de Beatriz y de su séquito; de allí tomaron la dirección del mar, hacia Anguillara, después hacia Chioggia, probablemente porque los barcos napolitanos los esperaban allí con una buena parte de los bagajes. Como la comitiva tocaba en aquel lugar el territorio veneciano, la República envió a veinte nobles para saludar a la reina; en Malamocco—la etapa siguiente,—una diputación de cuarenta miembros recibió a Beatriz, y, cerca de San Clemente, el dux Andre Vendramin, acompañado de damas, salió al encuentro de Beatriz, en el Bucentauro dorado (2). Bonfin habla del hermoso discurso con el que Beatriz, al contestar al saludo del Consejo de Venecia, deslumbró a los húngaros y a los italianos (3), y las páginas de los Archivos de la Signoria hablan de la hospitalidad generosa, pero a la vez discreta y sin locos despilfarros, que Venecia dió a Beatriz y a su cortejo (4).

Beatriz continuó su marcha el 29 de Octubre—abandonando definitivamente la flota napolitana,—para dirigirse a Trevisa, luego hacia las montañas nevadas de Friul (5). Según las notas

(1) Archivos de Estado de Módena.

(2) Archivos de Estado de Venecia, Deliberazioni (secreta). Senato, I. R. 27.

(3) Decas IV, libro pág. 424, *Antichita Estensi*, pág. 285.

(4) Notas del Consejo de Venecia (Sección citada, 17 Octubre, y secciones siguientes.)

(5) *Vite de duchi di Venezia* (Marino Sanuto): Muratori Scriptores, XXII, pág. 1.205.

contemporáneas, al llegar a la frontera húngara, la comitiva no llevaba carros, sino solamente caballos de silla y acémilas de carga (1). Aunque en aquella época se servían de carros para los viajes largos (2), es posible que en los caminos de montaña tuvieran que transportar los bultos a lomos de caballos y de mulas. El cortejo nupcial llegó a Villach en el mes de Noviembre; allí, el sostenimiento de los caballos fue muy dificultoso, y nos parece seguro que el cortejo, para pasar de Italia al imperio de Alemania, tomó los desfiladeros que atraviesa hoy la línea del ferrocarril de Udina a Pontebba, y que no tocó en Istria, aunque Bonfin lo menciona (3). La elección de este camino puede explicarse por el temor de los turcos; por aquella época hacían correrías por los países vecinos, por Dalmacia y Croacia, y en esta ocasión, para apoderarse de un botín extraordinario, haciendo prisionera, con su séquito, a la regia desposada. El cortejo vió en Stiria las huellas de su paso. Un triste espectáculo se ofrecía a la reina según se aproximaba a su nueva patria: por todas partes veía iglesias quemadas, pueblos destruídos, cadáveres insepultos. Veíase obligada a ir con lentitud, a pararse a menudo—por consejo de los enviados húngaros—hasta que las tropas enviadas a su encuentro hubiesen quitado todo obstáculo y todo peligro de su camino.

En fin, en la frontera de Estiria y de Esclavonia, cerca del fuerte de Pettau, construído en una colina, tuvo un encuentro que hubo de disponer su alma a la alegría; era la madre de Matías, la anciana Isabel de Szilagyi, viuda del gran Juan de Hunyadi, que había querido ser la primera en ver a la futura mujer de su hijo. Acompañada de Nicolás Banfi de Alsolendva, conde de Possony, gran copero del rey (al que Beatriz conocía ya, porque formó parte de la diputación enviada a Nápoles),

(1) Eschenloer: o. c., pág. 342.

(2) V. Reumont: *Lorenzo di Medici*, I, págs. 315 y 316.

(3) Carta del embajador Lucas Lupus en los Archivos de Estado de Milán. (Pot. Estere. Ungheria, 1476.)

por sus damas de honor y veinte muchachas nobles, iba a saludar a su nuera y conducirla a Szekesfejervar, en donde le esperaba su hijo (1). Aquella húngara, mujer de un héroe y madre de otro héroe, estrechó contra su pecho a la princesa italiana, educada entre todos los encantos de civilización refinada de Occidente, y pareció que aquel abrazo fundía por un instante en una sola las almas de dos naciones—cuyas persistentes diferencias hicieron más adelante tan difícil, tan borrascosa la vida de Beatriz en Hungría.

III

Beatriz iba, pues, a pisar el suelo de Hungría; en aquel clima frío y nivoso que envolvía a la meridional, esperábanla corazones ardorosos y amigos. Todo indica que la desposada real fue acogida con una simpatía general y con anhelo lleno de alegría y de esperanza (2).

A partir de la frontera, a pesar de la nieve muy abundante, y en la que materialmente había que abrirse camino, «acudían a su encuentro nobles y campesinos, con el corazón alegre, como antaño sus abuelos, cuando unos valientes señores trajeron para Coloman, de Apulia, a Buzilla» (3).

Matías estaba a la sazón en el apogeo, si no de su poder, por lo menos de su popularidad; no se había aún metido en el laberinto de las aspiraciones políticas hacia la Europa occidental; era todavía un rey nacional, en el sentido más estricto

(1) Eschenloer: o. c., vol. II, pág. 341. Manuscrito de Dresde (Langenn), página 519.

(2) Carta del embajador Lucas Lupus en Milán, fechada el 27 de Octubre de 1476: «Aspettamo la Regina con grandi alegrezza et grand parati...»

(3) L. Szalay: o. c., vol. III, pág. 280; Bonfin: *Hist.*, pág. 429. Buzilla, esposa del rey Coloman, era hija de Roger, conde de Sicilia y hermano menor del normando Roberto Guiscard.

de la palabra, un rey que tenía la misión de fundar una dinastía nacional; y el deseo de su pueblo coincidía con el suyo: asegurar, por medio de aquel matrimonio, el porvenir de su dinastía. Según todas las previsiones, podía contarse con que la novia, en la que la distinción de una antigua y principal casa real se unía á todos los encantos de una floreciente juventud, realizase aquella esperanza.

No se comprende que se fijasen las fechas de la boda sin tener en cuenta las estaciones. La diputación del rey de Hungría hubo de ir a Nápoles en la fuerza del verano, sucumbiendo varios de sus miembros por el calor y la peste, y Beatriz fué a Hungría con su séquito—compuesto de gentes acostumbradas al dulce clima del Mediodía—a principios del invierno. Esto obedece sin duda a que las fechas fijadas primeramente se aplazaron—tal vez a causa del peligro de los turcos,—porque tenemos las pruebas de una decisión anterior por parte de Matías, que quiso enviar la diputación a Nápoles en el mes de Febrero; esperábase entonces la llegada de la reina por San Lucas, es decir, para el 18 de Octubre (1).

Beatriz y su séquito emplearon dos meses y medio en su viaje de Nápoles a la frontera húngara: aparte del trayecto en barco, la princesa viajó todo el tiempo a caballo—era ducha en la equitación;— tal vez se sirvió algunas veces de una silla de manos, pero Matías había enviado a Pettau las espléndidas carrozas destinadas a su madre y a su mujer; la carroza que ocuparon Isabel y Beatriz era dorada y forrada de terciopelo con filetes de oro; los almohadones de los asientos eran de paño dorado; las libreas de los lacayos y las gualdrapas de los caballos eran de terciopelo con botones de oro. Las otras siete carrozas tenían también adornos de oro, y cada una era tirada por seis caballos del mismo color.

La princesa no vió más que paisajes nevados, y se dirigió,

(1) Carta citada del embajador Luc. Lupus, fechada el 19 de Febrero (Monum, Hung, Hist. II, pág. 348).

por un frío ventisquero, a Szekesfejervar, cuyos alrededores eran entonces pantanosos. El encuentro de la real pareja se celebró en los alrededores, el 10 de Diciembre, un martes (1).

Matías había enviado numerosas invitaciones y olvidado en esta ocasión todas las quejas que pudiera tener contra algunas cortes cristianas de Europa; pero su cortesía no fue correspondida, cosa que debió molestarle (2). El emperador de Alemania, los reyes de Polonia y de Bohemia no se hicieron representar. Los electores del Palatinado y de Sajonia, los príncipes Othon y Luis de Baviera, y la República de Venecia enviaron representantes; la mayor parte de los enviados italianos fué en el cortejo de la princesa. Solamente los soberanos que dependían de Matías asistieron en persona: eran Ujlaky, rey de Bosnia; Cristobal, duque de Baviera; Federico, duque Liegnitz; los duques de Munsterberg, de Oppeln y de Ratibor, uniéronse también al cortejo nupcial. Varios señores silesianos, polonenses y cheques asistieron a las fiestas, y los polonenses «lamentaron que su señor no hubiera dado su hija a Matías, un noble rey, en vez darla a un simple duque (3).»

Lo infructuoso de la mayor parte de sus invitaciones no impidió a Matías continuar los preparativos para hacer que su palacio fuese digno por todos conceptos de recibir a su mujer, y se esforzó en que las fiestas fueran suntuosas. Con motivo de la coronación de su mujer, convocó los Estados generales en Szekesfejervar y llamó a ellos, con los grandes y la nobleza, a los representantes de las ciudades libres. Puso a las ciudades

---

(1) Ludovici Tuberonis, Dalmatae Abbatis *Commentariorum de rebus suo tempore*, etc., libri XI. (Edición folio de Schevandtner, Scriptores, vol. II, 1.ª parte) pág. 170.—Ranzanus: *Epitome*, págs. 416-418.—En cuanto a la fecha, v. Teleki: *Hunyadiak Kora* (en húngaro), IV, página 484, la nota.

(2) Carta del embajador Heintich Von Milticz en los Archivos principales de Estado en Dresde: (Witteb, Arch. Ung, Sachen, ful. 98). «Das nicht alsfel lent hey sein, als der K. (Konig), gern hette.»

(3) Eschenloer, o. c., pág. 343.

un impuesto especial, motivando esta decisión por los gastos causados por las guerras turcas, y por el hecho de que necesitaba dar gran brillantez a su boda, a fin de hacer honor a su país, y a sí mismo con arreglo a la costumbre antigua (1).

El día de la Concepción, el 8 de Diciembre, partió con todos sus huéspedes que se habían reunido ya en Buda, y con unos 300 jinetes, para Szekesfejervar, adonde llegó al día siguiente; al otro día fué al encuentro de la reina, escoltado por todos sus huéspedes, por su corte y por los miembros del Parlamento.

En el lugar señalado para el encuentro, se alzaron tres tiendas magníficas; la del centro—destinada para la pareja real—tenía franjas de púrpura, y ante ella se pusieron 12 piezas de paño de color azul para los visitantes que fueron a saludar a los augustos personajes. Al lado de las tiendas ardían enormes hogueras para calentar a los que esperaban; su espera fue corta; al señalar al rey la llegada de la reina y de su séquito, Matías se apeó del caballo, puso a su derecha a Nicolás de Ujlaky, rey de Bosnia, y a los representantes de los príncipes electores y de los duques bávaros; a su izquierda tomaron puesto los arzobispos, los señores y los enviados venecianos; el hijo de Miguel de Orszagh, el palatino de entonces, empuñaba la espada real desenvainada.

Nicolás de Banffy, el enviado de la princesa, llegó primeramente y entregó al rey, de parte de Beatriz, un magnífico ramo del que colgaba una preciosa sortija con un brillante de gran precio. Matías agradeció mucho el regalo de su prometida, pero apartó pronto su atención de este objeto para fijarla en la que lo enviaba. La princesa tan esperada llegaba al fin, seguida de la madre de Matías, de las veinte jóvenes húngaras y de todo el cortejo húngaro e italiano; todos estos perso-

(1) V. en Teleki (XI, págs. 565 y 569), los mandatos a los burgueses de Korpona y de Kassa (Casovia). Invitación, en tono enérgico, a la ciudad de Eperjes. (Archivos de Bartfa.)

najes, una vez apeados de los coches o de los caballos, se adelantaron hacia la tienda real, mientras que miles de ojos se fijaban en la futura reina de Hungría...

Galeotti y Bonfin describen a Beatriz como mucho más bella de lo que la representan sus retratos. Galeotti la dice de una «belleza extraordinaria», al lado de la que todas las otras mujeres parecen feas (1); según la descripción de Bonfin, «su noble frente, sus cejas arqueadas, sus sienes llenas, sus mejillas rosadas unen tantos encantos a la grata alegría de sus ojos y a las gracias de su boca, que se la podía comparar a Venus por la belleza, a Diana por el pudor, a Palas por la sabiduría y la elocuencia». En suma, era tan bella, según Bonfin, que «hubiera podido inflamar de amor hasta el corazón de Sócrates» (2).

Pero reduciendo a su justo valor los elogios de estas plumas acostumbradas a la alabanza, y aunque los retratos contemporáneos de Beatriz no nos dan una idea exacta de su belleza—así como los de Lucrecia Borgia, su contemporánea, representan imperfectamente sus encantos—está fuera de duda que Matías demostró, desde el principio, una apasionada afección por su mujer, y que ésta lo debió tanto a sus atractivos físicos como a sus simpáticas cualidades y a la habilidad que desplegó para conquistar el corazón de su marido.

De otra parte, aunque Matías se negara enérgicamente a contar la belleza entre los dones que sus cortesanos le atribuían (3), y que su historiador la pintó como teniendo «mucho más de la belleza de Marte que de la de Venus», aquel hombre de treinta y seis años era perfectamente capaz de hacer una impresión profunda sobre aquella princesa napolitana, apasionada, ambiciosa y llena de imaginación, por el encanto de su heroísmo, de su poder, por su talento brillante y por la regia

(1) *De Dictis*, etc., cap. III.
(2) Dec., IV lib., pág. 424.
(3) Galeotti, o. c. cap. XXIII.

majestad de su apostura que le reconocían todos sus contemporáneos.

El rey se adelantó al encuentro de su prometida, y cuando se encontraron a medio camino, Beatriz quiso arrodillarse ante él, pero Matías la alzó con tierna afabilidad y la condujo, llevándola de la mano, a la tienda, adonde los siguieron la madre del rey, las jóvenes nobles, el rey de Bosnia, los embajadores y los grandes. Allí, en nombre del rey, Gabriel de Verona, obispo de Eger, compatriota de Beatriz (llamábanle también Gabriel de Rangoni, como supuesto hijo natural de Guido Rangoni), saludó a la reina con un breve discurso en italiano, expresando a la vez la alegría que su llegada causaba a Matías y lo que sentía las fatigas de aquel largo viaje. Este fue el primer encuentro de Beatriz con el obispo de Eger que desempeñó un papel tan importante en su vida. Era un personaje interesante e importante. Había empezado su carrera en Hungría al lado de Juan Capistrano, que predicaba la guerra santa; y este fraile, oriundo de Módena, o, según algunos, de Mantua, llegó a obispo de Transilvania, luego de Eger (en Hungría), a canciller del rey, legado del Papa, y el más íntimo consejero de Matías, no abandonaba casi nunca al rey y, gracias a la protección del príncipe, fue elevado en poco tiempo al cardenalato (1).

Beatriz «contestó en seguida a las palabras del obispo con modestia y afabilidad en un breve discurso, pero muy bien ordenado», en latin, a lo que parece (2); en él expresaba al rey su agradecimiento. Después, tomó la palabra el representante del

(1) Litta, o. c. libro 41, tabla III. Ciacconius: *Historiae Pontificum* III, 65 y páginas siguientes.

(2) Ni el enviado del palatinado, ni el autor del manuscrito sajón, ni Eschenloer, dicen en qué lengua habló Beatriz en esta ocasión; pero tenemos por verosímil que fue en latín, de un lado, porque la cortesía para con Matías lo pedía; de otro, porque Eschenloer, después de haber mencionado esta respuesta, alaba en seguida la facilidad y la cultura con que la reina hablaba en latín (loc. cit.).

príncipe elector del Palatinado; excusó, en nombre de los otros enviados y de sus representantes, la ausencia de los soberanos invitados, expresando la alegría con la que acogían aquel matrimonio, que serviría—así lo pensaban—para la «gloria de Dios y la causa de la cristiandad (1)». La reina invitó a una persona de su séquito a agradecer en su nombre al Palatino su discurso de bienvenida.

Hecho esto, sonaron los cuernos y la música, y los regios consortes salieron de la tienda para hacer su entrada a caballo en la ciudad de las coronaciones. Mientras que permanecieron en la tienda, ocurrían fuera tumultuosas escenas: alentado por el ejemplo de los italianos, el pueblo hacía trizas la alfombra azul para llevarse un pedacito en recuerdo. En general, las crónicas mencionan la turbulencia de los italianos y especialmente de los venecianos; éstos abandonaban a cada instante los puestos que les habían asignado, para acercarse a los reyes.

La reina montaba un caballo blanco; el rey, uno castaño: los arreos eran de oro, las mantas bordadas y con piedras preciosas. Al acercarse a la ciudad el brillante cortejo, Cristóbal, duque de Baviera, improvisó en el camino, con el caballero Guillermo de Munchingen, un torneo a la moda alemana, para divertir a la reina; los dos caballeros combatieron a lanzadas con tal violencia, que ambos cayeron con sus caballos, los cuales, bajo el peso de sus armaduras, no podían levantarse.

En la puerta de la ciudad, todo el clero, con los obispos y arzobispos al frente, esperaba al cortejo con unas reliquias; para tributar homenaje a la santa diestra del rey San Esteban, el rey y la reina se apearon y fueron a pie, bajo palio, a la antigua basílica en donde el rey está enterrado con sus antepasados, y cuyas paredes estaban llenas de banderas y de

(1) Relato del enviado del Palatinado (Schwadtner, *Scriptores*, II) página 144.

escudos cogidos al enemigo (1). Después del Te Deum, Matías acompañó a su prometida a sus habitaciones, y él se fué a alojar a casa del prior.

Al día siguiente, miércoles, se celebró con gran pompa una misa a la que asistieron, con las reales personas, el rey de Bosnia, los enviados y los notables.

Este día lo fue de reposo para la reina y sus compañeros de viaje; al siguiente, jueves, se celebró con una magnífica ceremonia religiosa, la coronación de Beatriz como reina de Hungría; la princesa estaba ya casada con el rey por poderes, y la bendición del matrimonio ya hecho en las personas de los contrayentes se reservó para las fiestas que se querían dar en Buda.

En esta ocasión dijo la misa Alberto Vetesi, obispo de Veszprem, el único personaje autorizado para coronar a la reina, y que ya era conocido de Beatriz, por haber tomado parte en la embajada que fué a Italia; los reales consortes, los obispos y arzobispos y los señores se presentaron con maravillosas vestimentas.

A la mitad de la misa, fue llevada al altar la reina, que hasta entonces había estado en una tribuna, acompañada por la madre de Matías. La reina llevaba un vestido rojo, con tejido de oro, manto de seda a la italiana y mangas perdidas; en sus cabellos castaños sueltos (2) lucían dos filas de gruesas perlas. Cambió de traje, al amparo de una cortina, y se vistió de manera que quedaron desnudos su brazo derecho y su espalda para recibir la unción del aceite bendito; se les cubrió provisionalmente con un amplio manto de coronación rojo con tejido de oro.

Entonces el rey de Bosnia, a título de vasallo, con la man-

(1) Csanki: *Geografía histórica de Hungría* (en húngaro) III, página 310.

(2) «Auf welsche gewonheit mit offnem har», dice el manuscrito de Dresde (Langener, pág. 521).

zana de oro y el cetro en las manos, llegó a Matías, que estaba sentado en su trono con la corona y el manto real, y le llevó ante el altar; allí la pareja real se arrodilló y el obispo la bendijo; la reina prestó el juramento de ritual y fue ungida. Luego Miguel Orszagh de Guth, palatino, preguntó al rey con voz sonora si quería que la reina fuese coronada. Matías contestó que sí, y el obispo de Veszprem, el rey de Bosnia, el palatino y otros pusieron la corona a Beatriz. Esta corona, ornada de piedras preciosas, tenía un gran valor y causó la admiración general de la concurrencia. Los cantores y los músicos —para expresar en cierto modo la alegría pública—llenaron en aquel momento la iglesia de un ruido tal, «que nadie podía entenderse» (1).

El festín que siguió a la coronación se celebró en las habitaciones que el rey ocupaba habitualmente a su paso y que ahora ocupaba la reina, en la «sala abovedada», adornada con hermosos tapices. Los comensales ocuparon dos mesas, una redonda y otra cuadrada. A la derecha del rey estaba sentado el príncipe napolitano; la comida se componía de veinticuatro platos; pero, «a causa de lo corto del día, no se pudo servirlos todos».

No tenemos datos precisos sobre los compatriotas de Beatriz que compartieron con ella la alegría y la animación de los primeros días pasados en Hungría.

Está fuera de duda que allí se encontraba Francisco, hermano menor de Beatriz, el cual permaneció tanto tiempo en Hungría, que Bonfin le llamó el hijo educado por Beatriz y Matías, y el favorito de Matías, que había encontrado así una «segunda Italia». Bonfin le atribuye un papel en las discusiones morales y filosóficas de Beatriz y de Matías (2). Su preceptor, Rutilio Zeno, miembro de la Academia Pontaniana,

(1) Para expresar este sonido, nuestras tres fuentes emplean casi palabra por palabra los mismos términos.

(2) *Symposion Trimeron*, págs. 8, 15, 18 y 131.

había ido probablemente con él. Beatriz encontró allí a una pariente suya: Luisa de Aragón, mujer del conde Bernardino de Frangepan, ya mencionado. La princesa de Sora había acompañado a la reina de Nápoles a Hungría, y pasaron juntas las fiestas de la coronación con su padre, el duque de Andría (1).

La presencia del arzobispo de Bari, Antonio Ayello de Tarento, no ofrece duda; era, desde hacía varios años, el embajador del rey de Nápoles cerca de Matías. Por aquella época estaba seguramente en Hungría, y desplegó, como jefe de la misión napolitana, un gran lujo en aquella boda, en cuya realización había tomado tan importante parte (2).

La nodriza de la reina, Nardella, y Sabatino Viola, su marido, fueron, sin duda alguna, a Hungría con la reina; ambos recibieron donaciones de bienes—como lo veremos más adelante—por los servicios prestados a Beatriz en Nápoles y por los que le prestaron en Hungría.

No olvidemos, en fin, que Beatríz encontró un gran número de italianos al llegar a Hungría. Matías recurriría a los servicios de los italianos, a causa de sus múltiples relaciones diplomáticas con Italia y de su predilección por la cultura intelectual de este país; en cuanto se decidió su matrimonio con Beatriz, «tuvo permanentemente consejeros italianos en la corte para ocuparse en los asuntos italianos; forman parte de su corte con el mismo título que los húngaros» (3).

El día que siguió a la coronación, el 13 de Diciembre, un viernes, al amanecer de la fiesta de Santa Lucía, los regios consortes salieron de Szekesfejervar, con los invitados, y todo

(1) Tummulillis: o. c., pág. 227.

(2) Cartas del embajador Luc. Lupus, de Milán, fechadas el 19 de Febrero de 1476 y el 19 de Mayo (*Monum. Hung. Hist.*, II, págs. 307 y siguientes; págs. 347 y siguientes), y su carta del 16 de Junio. (Archivos de Milán.)

(3) D. Csanki: *La corte de Matías* (en húngaro). Szazadok, 1883, página 619.

el mundo partió, en coche o a caballo, para Buda; hubo que hacer dos noches en el camino, lo que permite juzgar de los medios de comunicación de entonces. Entraron por fin con gran pompa, el domingo por la mañana, en la fortaleza de Buda.

A la cabeza del cortejo iban 24 trompeteros a caballo con trajes de damasco, y en el pecho una coraza con los escudos de armas de plata dorada; luego cuatro mil jinetes escogidos, cada grupo de los cuales iba seguido por músicos, después los chambelanes y los pajes del rey—niños éstos en su mayoría,—todos montados en soberbios corceles, suntuosamente enjaezados, con la espada al cinto y vestidos con los colores del rey. Después de los pajes venían los embajadores, los príncipes y los señores, e inmediatamente el rey, que «eclipsaba a todo el mundo» por la brillantez de su traje; estaba cubierto de oro, de perlas y piedras preciosas, desde el tocado hasta el calzado. Tras él—vestido con igual magnificencia—venía su paje, llevando el escudo de oro, el casco de corona y la lanza del rey (1). Luego avanzaba la reina, montada también en un caballo blanco, con la corona ceñida, con su traje azul tejido de oro y su manto de seda amarilla; «se hubiera dicho que toda ella era de oro y piedras preciosas».

A su alrededor cabalgaban señores y caballeros, y en pos ocho carrozas doradas, tiradas cada una por seis caballos blancos, llevaban a las damas.

A medida que el cortejo se acercaba a Buda, los habitantes—la mayoría a caballo—salían a su encuentro para saludarle. La diputación de los judíos llegó la primera; llevaba a su frente un anciano arrogante a caballo, que empuñaba una espada de la que colgaba un vaso lleno de plata; a su lado iba su hijo con una espada y un vaso de plata; seguían 24 jinetes,

(1) Según el manuscrito de Dresde (Langenor, pág. 523), llevaba la corona que el Papa le había ofrecido, y con la que se celebró la coronación en Nápoles.

vestidos con trajes de un rojo oscuro y tocados con sombreros con plumas de avestruz; después unos 200 judíos, que llevaban mantos de oración y una bandera encarnada con dibujos simbólicos y de capricho; en el centro los ancianos llevaban, bajo un dosel, los diez mandamientos que presentaron a la reina a manera de saludo, le pidieron su protección al entregarla sus regalos. Cristóbal, príncipe bávaro, organizó de nuevo los torneos ante las murallas de la ciudad, y la caída de los jinetes asustó de tal manera a la reina, que dió un grito de espanto.

La entrada se hizo probablemente por la «Puerta de Viena», porque el cortejo, pasando junto a la iglesia de Nuestra Señora, llegó a la plaza de San Jorge, y de allí al palacio real, que estaba separado entonces de las otras partes de la ciudad por fosos y un puente levadizo. El clero trajo en procesión las principales reliquias a la puerta de la fortaleza; el rey y la reina se apearon y entraron en la iglesia bajo palio para asistir al *Te Deum*. En el terrado del palacio, los reyes se despidieron de todos los huéspedes que no se alojaban allí.

Después de esta feliz llegada, se consagró un día al descanso, y al otro día, martes, el rey recibió de nuevo a sus huéspedes y les ofreció un suntuoso banquete. La fiesta comenzó por una misa con la orquesta de Matías; luego el rey recibió las felicitaciones de los embajadores.

El banquete se sirvió en una sala espléndida. Las paredes estaban tapizadas con seda encarnada, sobre la que lucían las perlas; la pared cercana a la mesa regia ostentaba tapices tejidos de oro, y la mesa puesta más en alto que las otras, estaba cubierta en su longitud por tres tapices de seda, el de en medio con las armas de la reina, los otros dos con las del rey. En ella tomaron asiento los reyes con los huéspedes extranjeros de rango más elevado.

Los embajadores invitados al festín nos describen, con admiración, los objetos preciosos puestos en las mesas y en los trincheros colocados junto a ellas; calculan en cerca de 1.000 el número de piezas de vajilla y de las compoteras de oro y

plata. Solamente el aparador puesto junto a la mesa del rey contenía 560 copas de oro y plata, vasos, bandejas y platos.

En la mesa regia los servidores eran grandes del reino, y los que trinchaban estaban a las órdenes de Hinko (Enrique), duque de Munsterberg; del hijo de Jorge de Podjebrad, rey de Bohemia; de Lorenzo de Ujeaky, hijo del rey de Bosnia y de los duques de Liegnitz y de Ratibor.

Terminado el banquete, «el rey y la reina se lavaron las manos (1)», se quitaron las mesas y empezó el baile. Los bailarines se dividieron en seis círculos; el rey bailó con la reina, así como el palatino, los príncipes extranjeros y los grandes; luego la reina ejecutó una danza especial con su hermano, el duque de Nápoles, durante una hora entera; esta danza era, a lo que parece, desconocida por los otros; el secretario del consejo de Breslau y un escrito de Dresde dicen que era italiana, mientras que el embajador del Palatinado la llama con un nombre alemán, «der Zenner». Matías despidió al fin a sus huéspedes, y acompañó a la reina a sus habitaciones; los embajadores desearon también a la madre del rey una buena noche, y cada cual se retiró a su alojamiento.

Los días siguientes, hasta el domingo anterior a Navidad—día señalado para la boda,—transcurrieron en medio de banquetes y torneos. En esta clase de diversiones, el príncipe bávaro Cristóbal desempeñaba siempre el principal papel; estaba completamente en su casa, en la corte de Matías; el duque de Munsterberg y Nicolás Bauffy tomaron parte también con los caballeros que tenían por adversarios. Los torneos se organizaron a la alemana; en general, los contemporáneos vieron mucha influencia alemana en el aparato de las fiestas

(1) Carta del embajador del Palatinado, pág. 153.—En Italia era también costumbre lavarse las manos con agua perfumada después de comer, y hasta derramar perfume en la sala. V. la descripción de un banquete ofrecido por el florentino Salutati, el 16 de Febrero de 1476, en Nápoles. Reumont, *L. de M.* II, pág. 425.

y en las ceremonias; por esto algunos pretenden que Matías, al organizar estos festejos, aspiraba a hacerse elegir Jefe del Sacro Imperio romano (1).

El barón Watzlau Sternach, maestro de ceremonias del rey, convocó a los invitados a la boda para el domingo, 22 de Diciembre, a las ocho de la mañana, en la capilla de la fortaleza. El cortejo salió del patio de la fortaleza para ir a la iglesia de Nuestra Señora. El obispo Gabriel ofició en la ceremonia y dió la bendición nupcial; pidió las bendiciones del cielo sobre los esposos, arrodillados ante el altar; éstos bajaron en seguida de su trono y recibieron las felicitaciones de los invitados. Isabel Szilaggi fue la primera en saludar a su hijo y a su nuera; luego el duque de Nápoles. La crónica contemporánea calcula en 100.000 florines el valor de los regalos que recibió Beatriz (2). Las ciudades, sobre todo, la colmaron de presentes, de tal suerte, que «todos los tesoros se llenaron» (3); entre otros de estos regalos, había treinta y nueve copas de oro, seis magníficos caballos y tres halcones de caza «del país de los Rutenos». Beatriz expresó su agradecimiento a los donantes por mediación del intérprete y consejero del rey, Jorge Stein.

Reanudáronse los torneos durante las fiestas de Navidad; representáronse al mismo tiempo parodias divertidas para el pueblo; jóvenes vestidos de polichinelas, con el traje relleno de algodón y montados en pelo a caballo, se picaban y se derribaban, burlándose en cierto modo de los torneos de los señores extranjeros, para divertir al pueblo, que se regocijaba también, mientras que el cortejo recorría la ciudad, cubierta de nieve recientemente caída, en trineos dorados, tirados por caballos blancos con cascabeles: era esta una diversión que

(1) Joh. Christ. v. Engel: *Geschichte des ungarischen Reiches*. Wien, 1813, III, pág. 420.

(2) Eschenloer, o. c., pág. 348.

(3) Gaspar Heltai: *Magyar krónika* (en húngaro), vol. II, pág. 150.

Beatriz y los napolitanos no habían ciertamente podido conocer hasta entonces.

Pero el alegre ruido de las fiestas se vió repentinamente interrumpido por fúnebres tañidos: mientras que los huéspedes que el rey había querido retener hasta Reyes se preparaban para un nuevo banquete, la víspera de la fiesta murió—tal vez a causa de las fatigas del viaje a Italia—el enviado de Transylvania, Juan Pongrácz de Dengeleg; era un pariente cercano, por parte de madre, de Matías, al que había representado en Nápoles cerca de Beatriz, y su favorito, y acababa de tomar una parte muy activa en las fiestas imperiales de Szekesfejervar y de Buda.

Todas las diversiones se interrumpieron, pues, por unos días; la corte se puso de luto; y antes de transportar al muerto a su cripta de Gyulafehervar, Matías mandó celebrar una imponente ceremonia fúnebre en la iglesia de Buda.

Después de Año Nuevo reanudáronse las diversiones en la corte, y los invitados no se separaron hasta Reyes. Por este tiempo, Beatriz recibió la noticia de otro acontecimiento que hubo de consternarla más que la muerte de Pongrácz. El segundo día de Navidad, un espantoso regicidio había manchado de sangre la iglesia de San Esteban, mártir, sumiendo en el dolor a la familia Sforza, con la que la dinastía de Nápoles estaba muy ligada por enlaces matrimoniales.

Mario Galeas Sforza, al suceder a su padre Francisco, no había gobernado a su pueblo con arreglo a los sabios principios de éste, sino que había seguido su natural caprichoso y tiránico (1); privó a su madre de toda influencia en el gobierno, sublevó a sus súbditos contra él por sus brutalidades, sus crueldades y sus desenfrenos, hasta tal punto, que el descontento no buscaba más que una ocasión para estallar. Juan Andrés Lampugnani, Jerónimo Olgiali y Carlos Visconti, nobles jóvenes milaneses, conspiraron contra la vida del duque, mo-

(1) Muratori: *Annali*, vol. cit., págs. 120 y 121.

vidos también por un deseo de venganza personal, y le mataron en la iglesia a puñaladas. De los asesinos, los unos fueron muertos en el acto, los otros ejecutados (1). Mario Galeas, que era hermano de la duquesa de Calabria, cuñada de Beatriz, no fue llorado por su pueblo; pero su muerte tuvo las más tristes consecuencias; como su hijo era menor de edad, y como Luis, hermano del duque asesinado, ambicionaba el poder, hubo revueltas funestas para Milán, para Nápoles y para Italia entera.

Bajo el golpe de este acontecimiento, Beatriz pudo apreciar en su nueva patria la situación de un soberano que era objeto de una estimación verdadera por parte de sus súbditos, no solamente a causa de sus cualidades de hombre de gobierno, sino también por sus virtudes personales, y cuya vida, a menudo amenazada por la guerra, no lo estaba nunca por el puñal de los asesinos.

LIBRO TERCERO

Compañera de reinado.

I

Después de las fiestas de la boda, que duraron cerca de un mes, Beatriz pudo al fin estar en condiciones de darse cuenta de su nueva situación y de hacerse una idea del nuevo medio en que iba a vivir.

El papel que el rey su esposo le destinaba, y que no hizo más que aumentar por la pasión cada vez más viva que sentía por ella desde su boda, era brillantísimo y le daba medios para ejercer su influencia en el gobierno y organizar la vida de corte con arreglo a sus gustos.

(1) Muratori: íd., Passero, o. c., pág. 32. Tumumlillis, o. c., páginas 224 y 225.

El duro aprendizaje de la vida que Matías había hecho durante su reinado de diez y nueve años, no había agotado sus fuerzas; antes bien, las había templado mejor; y aunque había sufrido, sobre todo en lo comienzos, muchas decepciones y hasta reveses, aunque había encontrado a su alrededor perfidia e ingratitud, había concluído, sin embargo, por vencer todos los obstáculos. Hacía valer sus derechos de soberanía sobre Servia y Bosnia; los venecianos no poseían ya sino una pequeña parte de Dalmacia; llevaba—no sin oposición, cierto es—el título de rey de Bohemia, y era dueño de hecho de Silesia y de Moravia. Había logrado a costa de sangrientas luchas rechazar a los turcos; había exterminado las partidas de bandoleros cheques que asolaban el Noroeste, y la muerte le había librado oportunamente de algunos enemigos peligrosos. Había obligado al emperador de Alemania, que se comportaba como rey de Hungría, y afectaba considerarle como vasallo suyo, a restituirle la corona de San Esteban; después, habiéndose hecho coronar, había sofocado todas las tentativas de rebelión. La organización de su ejército era reconocida como ejemplar; por añadidura, regiamente generoso y amigo del fausto, tenía, con razón, fama de protector de las artes y de las ciencias.

En aquel momento, la situación de Matías estaba, no obstante, llena de dificultades y peligros, sobre todo en lo concerniente al exterior. Los turcos no estaban contenidos sino por el rigor del invierno; podíase a cada instante esperar de ellos una invasión. El embajador de Milán escribía ya en Octubre del año anterior que se previa la marcha de Matías a Semendria inmediatamente después de la boda (1). El horizonte político ensombrecíase igualmente por el lado del Occidente, porque la conducta artificiosa y equívoca del emperador Federico III, sobre todo en la cuestión litigiosa del trono de Bohemia, reservaba a Matías continuas sorpresas.

En el mismo país, la oposición suscitada entre los grandes

(1) Monum. Hung. Hist. (M. D. E.), II, pág. 334.

por las miras de Matías y los sacrificios que exigían, no estaba calmada radicalmente; y, al lado de los que, por docilidad de cortesanos, por interés o por lo que le debían, aprobaban todos los designios del rey, había también entre sus más celosos partidarios hombres que, fieles a las tradiciones del antiguo partido nacional, se esforzaban en apartarle de sus empresas contra el imperio de Alemania y en hacer que empleara todas sus fuerzas contra los turcos.

Beatriz tenía la suficiente experiencia en política para ver claro, en el laberinto de estas aspiraciones contradictorias, y formular un juicio razonado sobre la corte y los personajes salientes del reino.

Entre los personajes que influían a veces en las resoluciones del rey figuraba la madre de Matías, Isabel Szilagyi. Era ya anciana; pero ni la edad ni los sufrimientos habían quebrantado su temple de alma. En la creación y conservación de la inmensa fortuna de los Hunyadi, en los sacrificios hechos oportunamente en interés de su familia, en la tenacidad que ponía en práctica cuando se trataba de acrecentar el poder de su casa, reconocemos siempre a la heroica matrona que «prefería ver a su hijo Matías muerto que sin corona». Eneas Silvio, que no era entonces sino cardenal, la alababa en una carta que la escribió (1). Los italianos la llamaban también una *heroica mulier,* y, a causa de su piedad y su talento, «sanctissima et sapientissima donna».

Beatriz tuvo ya en Italia ocasión de conocer la autoridad de que gozaba su suegra, el amor y el respeto que la tenía el pueblo (2).

Es muy probable que la madre de Matías, por respeto a la memoria de su esposo, apoyase en la corte al partido que se

(1) Antonio Por: *Aeneas Silvius, papa* (en húngaro, Budapest, 1880), tomo I, págs. 176 y siguientes.

(2) Esta observación característica se encuentra en el manuscrito *Relation del Regno d'Ungaria*, de la Biblioteca Ambrosiana de Milán.

esforzaba en hacer seguir a su hijo la antigua política nacional. Sin embargo, Beatriz debía también encontrar, entre los grandes, numerosas personas que, tanto en esta cuestión como en otras, habían hecho una oposición abierta a Matías; había, incluso enemigos de su familia, antiguos facciosos, a los que en otro tiempo hubo de someter por las armas. Es que Matías, que sabía castigar tan rudamente, sabía también perdonar y olvidar, cuando el interés político lo exigía.

Figuraban entre los resellados: Nicolás Ujlaki, rey de Bosnia; los hermanos de Zapolyai, los riquísimos condes hereditarios de Szepes; Juan y Sigismundo, condes de Szent-Giorgyi; Alberto Vetesi, obispo de Veszprem, al que Beatriz conocía de su embajada a Nápoles. El favorito de Matías, al que hemos visto figurar a la llegada de la reina como su ayudante, Nicolás Banffy, gobernador de Pozsony y gran copero, procedía también de una familia que no había cesado de rebelarse contra la autoridad de los Hunyadi.

Aunque Matías hubiera tenido que sufrir a menudo los ataques de sus allegados, gustaba, sin embargo, de confiarles cargos importantes; esto es lo que hizo con los Dengelegi Pongracz, los Laki Thuz y los Gereb (1).

El puesto del más elevado dignatario de la Iglesia estaba a la sazón vacante, porque el alemán Bechenschlager, se había traidoramente pasado al emperador, cerca del cual continuaba sus bajas intrigas contra los proyectos y hasta, según se decía, contra el matrimonio de su antiguo señor (2). Ocupaba la sede arzobispal de Eger el veronés Gabriel Rangoni, del que ya hemos hablado. Beatriz conocía, sin duda de cuando estuvieron en Nápoles, a los obispos de Breslau y de Nagyvarad, así como a Jorge Handó, que no era entonces sino gran pre-

(1) Los documentos alemanes contemporáneos le llaman solamente: Johannsen, arzobispo de Strigonia. Fuggar (*Spiegel d'Ehren*, pág. 875), dice de él: «Hijo de un tonelero (Bekenschlager) de Breslau.

(2) Prag: *Anales*, IV, pág. 100.

boste de la diócesis de Becs. Encontró ocupando todavía el mismo cargo de gran preboste a Urbano Doczy de Nageylucse; que había de hacer, merced a su protección, tan brillante carrera política y eclesiástica.

Como Matías reinaba sobre varias provincias de la corona de Bohemia, así como sobre Bosnia y Servia, Beatriz había de encontrar en la corte, a más de los dignatarios eclesiásticos y civiles y de los generales húngaros, alemanes, cheques, moravios y hasta servios. Sobresalían, entre otros, el principal consejero de Matías para los asuntos de Alemania, el alemán Jorge de Stein, al que vimos saludar a la reina y a quien los italianos llamaban Georgins de Lapide; Hasenberg, canciller de Bohemia; Venceslao Boskovitz, gran chambelán; el barón Vatzlan Sternach, maestro de ceremonias; entre los jefes de guerra, al lado de Blas Magyar, Ladislao Egervary, Lorenzo Ujlaky, Esteban Davidhazy, Ladislao Rozgonyi, Tomás Tarczai, figuraban también los alemanes Ulrich, barón de Grafeneck y Guillermo de Tettanur, Francisco Hag, Ladislao Podenaniezki y Juan Zeleni, el déspota de Servia, Vouk Gregorievich, Brankovich y Demetrio Jaksich, servio también.

De la brillante falanje de palatinos que rodeaba a Matías, los más ilustres eran seguramente Esteban Bathori y Pablo Kinizsi, cuyas hazañas debían excitar en el grado más alto la imaginación de la princesa italiana. Lo que aureolaba, en cierto modo con un nimbo ideal a los capitanes húngaros frente a los jefes mercenarios que sin cesar cambiaban, es que habían cogido la mayor parte de sus laureles en la lucha contra los infieles, cada vez más amenazadores. La severidad de sus costumbres estaba, por lo general, de acuerdo con sus sentimientos religiosos. Los de mayor edad, sobre todo, estaban aún bajo el encanto del entusiasmo religioso, que la memoria del gran Hunyadi excitaba en el ejército y que pareció hacerle buscar en las empresas guerreras la gloria de un martirio voluntario. La historia de Pablo Kinizsi tiene algo de milagro: simple molinero, atrae por su talla y su fuerza hercúlea la atención del

general Blas Magyar y, habiéndose hecho soldado, se casa con la hija de su jefe; el favor de Matías le hace conde de Temes, posesor de inmensos dominios y, a su vez, jefe de ejército: «dux Hercle fortissimus». Hay cierta analogía entre la carrera del primero de los Sforza y la de Kinizsi; el Renacimiento abunda en semejantes hombres, sobre todo, en Hungría e Italia.

El antiguo antagonismo, siempre latente, entre la política nacional y una política imperial, las miras sobre el Oriente y el Occidente, no tardó en estallar de nuevo en cuanto las fiestas del matrimonio cedieron el puesto a los asuntos de Estado. Aunque la mayoría de los consejeros del rey le animase a combatir a los turcos, y fuera resueltamente opuesta a la guerra contra el emperador de Alemania, optó, no obstante, por lo último. He aquí los motivos de esta resolución que Beatriz no hubiera podido comprender sin conocer las causas que la dictaban y que se remontaban muy atrás.

Los Habsburgo pretendían el trono de Hungría desde el reinado del rey Alberto (1437-1439), y el hecho de que el país tenía por primera vez un rey nacional, desde la extinción de la dinastía de Arpad (1301), constituía un peligro para sus pretensiones. He aquí por qué el emperador Federico III se mostraba tan obstinado en impedir la consolidación del trono de Matías, primeramente negándose a reconocerle; después, secretamente, apoyando a los enemigos de Hungría, fomentando revueltas en el país, y hasta suscitando dificultades al matrimonio de Matías (1). Este sabía bien que una monarquía nacional es en sí una gran fuerza; pero le ocurría a veces dudar que pudiera reemplazar al apoyo que un rey que no reina solamente en Hungría, puede encontrar en la posesión de provincias extranjeras. Por esta razón buscó durante mucho tiempo la alianza del emperador, pretendió casarse con una mujer de la

(1) Jas. Freich y von Hormayr: Wien, seine Geschitche II, seine Denkwüdigkeiten. Wien, 1823, pág. 32.

familia imperial, se hizo adoptar por Federico, al que veneraba, «como un padre» y, para saciar la codicia del emperador, «llenó de oro húngaro» la corona de Hungría antes de que se le restituyese (1). Pero, como dice el poeta Nicolás Zringi al aludir a estas cosas: «nunca entrarán bajo la misma gorra una cabeza de húngaro y una cabeza de alemán»; la oposición de caracteres o intereses había hecho siempre imposible el establecimiento de una alianza sincera y duradera; y así, para apoyar su poder, se le había ocurrido naturalmente a Matías hacerse elegir jefe del Sacro Imperio romano, y contaba, para alcanzar este fin, con la dignidad de rey de Bohemia—uno de los grandes electores del Imperio,—y esperaba obtenerla con ayuda del Papa. Pero Federico se percató bien pronto del peligro, y abrazó el partido de Ulaszlo (en cheque Wladislas, en polaco Wladislao), hijo del rey de Polonia, al que los Estados husitas de Bohemia acababan de elegir rey, y con el que pactó en Diciembre de 1476 una alianza, por la que Ulaszlo se comprometía a invadir Hungría con su ejército; después le invistió como rey de Bohemia. Esto constituía ya el casus belli; además, las relaciones entre los dos príncipes se envenenaron más por las cábalas del tránsfuga Bekenschlager. Matías se vió, pues, obligado a declarar la guerra al emperador el 12 de Junio de 1477.

Sin embargo, no quiso renunciar por la guerra a los goces de la vida conyugal; se puso en campaña a mediados de verano, llevándose a su mujer y—como para constituírse un cortejo aún más brillante—a su madre Isabel; de suerte que, según dice un testigo ocular, el obispo de Eger, aquella expedición parecía más bien un cortejo de boda. Cierto es que aquella entrada en campaña con séquito de damas, se hizo a petición de Beatriz; había habido ejemplos de esto en su familia; así hizo su hermano, el príncipe de Calabria, con su joven esposa, la

(1) Bonfin: Dec. IV, Lib. 429.

campaña de Toscana en 1468, en la que, para decir verdad, no vió ninguna batalla (1).

La corte se detuvo primeramente a orillas del Danubio, en Syor; de allí fue a Pozsony (Presburgo), que sirvió bastante tiempo de cuartel general, porque Matías combinaba sus etapas de manera que las princesas pudieran encontrar alojamientos convenientes en una ciudad o una fortaleza en las cercanías del campamento. En Pozsony, estaban con los reyes Isabel Hunyadi (2), y seguramente el príncipe Francisco de Aragón que había ido a Hungría con el fin especial de perfeccionarse en el arte de la guerra.

Mientras que Beatriz visitaba así nuevas ciudades y nuevas comarcas, habituándose a la vida de los campamentos, los embajadores y los correos, que no cesaban de ir y venir, le llevaban las noticias de los interesantes acontecimientos que ocurrían en el círculo de su familia y de su parentesco.

Desde los primeros días, la correspondencia de Beatriz con la familia de su hermana, así como con sus hermanos de Nápoles, acusa un cariño que la ausencia parecía haber aumentado. Habla también con reconocimiento de la ternura que su marido la demuestra (3). La satisfacción que tuvo su familia con aquella boda, hubo de aumentar con los relatos que hicieran los testigos de ella a su regreso a Nápoles a fines de Marzo (4).

La alegría y la esperanza reinaban por entonces en las familias de Este y de Aragón. Alfonso de Este, el heredero de

(1) Reumont: *Lorenzo de Medicis*, I, pág. 256.

(2) Se la menciona en los Archivos de la ciudad, con fecha de Noviembre de 1447; es llamada «reina madre», o la «antigua reina».

(3) Carta de Beatriz al duque Hércules de Ferrara, fechada en Buda el 8 de Enero de 1447. (*Monum. Hung. Hist.* (D. E.) II, pág. 366). Cartas de Alfonso, príncipe de Calabria, al arzobispo de Bari y a Matías de Manfredonia, el 2 de Octubre de 1476, que se refieren a las cartas de Beatriz. Ibid, páginas 331, 332 y 349.

(4) Tummulillis, ob. cit., páginas 227 y 228.

los dominios de Hércules, acababa de ser prometido a Ana Sforza, la hija del asesinado Mario Galeazzo y de Buena de Saboya; estos desposorios de niños no pararon en una alianza duradera; sin embargo, las relaciones de familia entre los Este y los Sforza, se restablecieron más adelante de otra manera. Inmediatamente después de los desposorios de su hijo, la duquesa Leonor—hermana mayor de Beatriz—aunque en cinta en aquel momento—marchó a Nápoles por invitación de su padre (1).

Había ciertamente una relación entre este viaje y otro acontecimiento de familia: el príncipe Alfonso había marchado a Barcelona con un brillante séquito para traer a Nápoles a su futura madrastra Juana de Aragón, que iba a casarse, en Setiembre del mismo año, con el rey de Nápoles, a la sazón viudo (2).

Fernando, pues, se había casado en segundas nupcias, en cuanto se casaron sus hijas, con la princesa Juana, hija de su tío el rey de Aragón y de Sicilia; este matrimonio tenía por objeto concluir con los antiguos odios entre las dos ramas de la casa de Aragón, y hacer que el tío reconociera al sobrino como rey de Nápoles, aunque fuese de nacimiento ilegítimo (3).

Matías pasó el verano y el otoño batallando alrededor de Viena, mientras que Beatriz, su suegra y su corte pasaron, a lo que parece, la mayor parte del tiempo en Pozsony, que los autores contemporáneos llaman ya una grande y hermosa ciudad, poblada en su mayor parte de alemanes, pero también de numerosos italianos, notable por su situación sobre el Danubio, en medio de una fértil llanura y por el vasto castillo fuerte que la domina. Más adelante, cuando Matías hubo sometido los alrededores de Viena—Beatriz fue a menudo a su

(1) Muratori: *Antichita Estensi*, pág. 235.
(2) Notar Giacomo, o. c., pág. 134, y Passero, pág. 32.
(3) Vecchioni, o. c., pág. 74. Muratori: *Annali* XLVI, páginas 122-123.

campamento, y cuando llegó el invierno, invitaba a veladas en el castillo a la burguesía de Pozsony, a las que las autoridades comunales hacía acompañar a la ida y a la vuelta de gentes con linternas (1).

Las ciudades y las fortalezas de los alrededores de Viena: Hainburgo, Trantmanusdorf, Petersdorf (hoy Perchtoldsdorf), Marcheck, Bruck, Baden, Klosternenburgo, Tulln, Greifenstein y Sanct-Hippolyt (hoy Sanct-Polten), se rindieron, voluntaria o forzosamente, a los ejércitos húngaros; los soldados de Ulaszló se dispersaron; algunos se pasaron al servicio de Matías (2). Las tropas húngaras recorrieron todo el país, asolándolo, y llegaron a las puertas de Linz, con gran espanto del emperador, que residía allí. Viena estaba bloqueada; no es, pues, de extrañar que Federico, cediendo a los consejos de la diplomacia, entablara relaciones, que tropezaron, al principio, con la obstinación de Matías, pero concluyeron, sin embargo, por llegar al principio del invierno a un tratado que era muy ventajoso para el rey de Hungría.

Por este tratado, el emperador anulaba la bula de investidura de Ulaszló como rey de Bohemia, y daba otra por la que reconocía a Matías como rey legítimo de este país. Las otras estipulaciones del tratado, que tenían más bien el carácter de promesas, no tuvieron nunca sino un valor dudoso por la falta de buena fe de Federico.

No poseemos, a la verdad, ninguna prueba escrita en apoyo de la afirmación de Bonfin (3), cuya opinión, compartida por todos los antiguos historiadores, no está desprovista de fundamento, si se consideran las circunstancias del momento y la conducta observada más adelante por Beatriz. Bonfin pre-

(1) Archivos de Pozsony, Cuentas municipales.

(2) Franknoi: *Los Hunyadi y los Jagellon* (en húngaro). Historia de Hungría, IV, pág. 264.

(3) El primer mensaje enviado por Beatriz al emperador Federico, y del que hay prueba, es del 25 de Setiembre de 1478. Fue encargado de él el obispo de Eger.

tende que la reina, de acuerdo en esto con el Papa, influyó sobre el emperador con sus cartas, y sobre Matías con sus ruegos, en interés de la paz lo que nuestro cronista explica por los lazos de parentesco que existían entre la casa de Aragón y Federico (1). Estos esfuerzos de Beatriz, cuya prueba irrefutable proporcionarán los acontecimientos ulteriores, fueron ciertamente debidos a la influencia de su padre y del Papa, igualmente deseosos de ver a Matías volver sus fuerzas contra los turcos, el uno en interés de sus Estados, que aquéllos amenazaban, el otro en el de la cristiandad entera.

Ahora bien; aunque los móviles de Beatriz fuesen completamente distintos, sus deseos estaban aquí de acuerdo con los votos de los mejores de la nación. Ella y su familia debían tener también otro motivo para apresurar el tratado con el emperador, porque uno de los artículos secretos del tratado tendía a un cambio de dinastía, en Milán, en beneficio de la casa de Aragón. El emperador, como soberano del ducado, debía negar la investidura a Juan Galeas, hijo de Galeas Mario Sforza, para que subiera en su lugar, al trono ducal, el hijo segundo del rey de Nápoles, Federico, hermano mayor de Beatriz, el cual se hubiera casado con Cunegunda, hija del emperador (2). Se comprenderá fácilmente que Matías se apresurase a abrazar este proyecto, porque, a causa, sobre todo, de la conducta equívoca de Venecia, le importaba mucho poder apoyarse en Milán, merced a los lazos de parentesco que le hubieran unido a la dinastía reinante. Los que conocen la política napolitana no se sorprenderán al ver a Beatriz y a su padre dispuestos a destronar a los Sforza, a cuya familia pertenecía, sin embargo, la princesa de Calabria, nuera de Fernando. Es que el príncipe Federico acababa precisamente de

(1) Bonfin: Dec. IV, lib. V, pág. 436. Fugger: o. c., pág. 877. Pray: o. c., IV, pág. 114. Hormayr: o. c., pág. 32.

(2) Chemel, o. c., II, pág. 687. Hormayr, o. c. Fraknoi: «El rey Matías», págs. 267 y 276. Tom. Persico, o. c., pág. 213.

volver a Nápoles tras el fracaso de su matrimonio en Borgoña (1); como segundón, no tenía, según todas las previsiones, ninguna probabilidad de subir nunca al trono de Nápoles, y la posesión del ducado de Milán debía parecerle muy seductora; pero no hubo medio de entenderse con el emperador, y el atrevido proyecto fracasó.

Matías encontró pronto el medio de manifestar, de una manera ostensible, su amistad y sus buenas disposiciones por la familia de Beatriz. Proporcionáronle la ocasión las fiestas de la boda de Fernando, que se celebraron en Nápoles, en Setiembre y Octubre del mismo año, y en que dió la bendición nupcial el cardenal Rodrigo Borgia; más adelante, Alejandro VI, que procedió también a la coronación de la nueva reina.

Los cronistas napolitanos mencionan, como uno de los episodios más interesantes de las solemnidades, la llegada de los presentes del rey y de la reina de Hungría, el 9 de Octubre; llevároulos numerosos enviados, y, en las fiestas, los caballeros húngaros no dejaron de dar a conocer a la corte y al pueblo de Nápoles, ávidos de torneos, su manera de combatir; luchaban cuatro contra cuatro, y como sus sillas eran lisas y no arqueadas, como las que se usaban en los países de Occidente, el choque desarzonaba a los jinetes, que caían al suelo (2).

Los regalos, remitidos al Castello Nuovo en nombre de Matías, consistían en catorce caballos con gualdrapas escarlatas con franjas de oro; llevaban un enorme arcón de plata que contenía un magnífico servicio de mesa del mismo metal, compuesto de noventa y dos piezas. Conociendo algunas obras maestras de la platería húngara, debemos suponer que este soberbio regalo era un producto de la industria nacional, y

(1) Tummulillis, o. c., pág. 223.

(2) Relatos concordantes de Notar Giacomo (pág. 140) y de Passero (pág. 38).

que Matías quiso dar con ello una prueba del desarrollo de la industria en su pueblo (1).

Beatríz envió también su regalo aparte: era una carroza dorada con forro de brocado y seis caballos para su servicio. Matías y Beatriz no olvidaron tampoco al duque de Capua y a su hermano Pedro, hijo de Alfonso y nieto de Fernando, que recibieron sendos caballos con sus arreos completos de plata.

Matías y Beatriz mantenían frecuente correspondencia con Alfonso, príncipe de Calabria, quien enviaba de cuando en cuando a uno de sus familiares a hacer de su parte una visita a su hermana y a su cuñado, a veces con mensajes importantes; así fueron a la corte de Matías Luc Synnus y Garzia Betes (2). Uno de estos mensajeros hubo de llevar la buena nueva de que el papa Sixto IV había elevado al cardenalato, en Diciembre de 1477, al menor de los hermanos de Beatriz, Juan de Aragón, de veinticuatro años de edad a la sazón, que había abrazado la carrera eclesiástica. Al mismo tiempo habíase conferido la púrpura cardenalicia al obispo de Eger, Gabriel Rangoni, que estaba casi siempre en el campamento de Matías, y enviaba sus boletines de victoria a las cortes italianas (3).

Graves complicaciones ocurridas en Italia atrajeron pronto la atención de los regios consortes, y les pusieron en una situación extremadamente delicada. El 27 de Abril de 1478, la facción de los Pazzi había cometido en la catedral de Florencia, contra Lorenzo y Julián de Médicis, un atentado que costó la vida al último. El pueblo, exasperado, ejecutó en el acto, tras un juicio sumarísimo, a los conjurados de que pudo apo-

(1) Vecchioni lo reconoce en el prólogo puesto a la crónica de Passero (pág. 59).

(2) *Mon. Hist. Hung.* (D. E.) II, págs. 363, 367 y 385.

(3) Ibid., págs. 360 y 364. Una carta del 7 de Octubre, al duque Hércules, se encuentra en los Archivos de Módena. (Can. Duc. Post. Est. Nugharia.)

derarse y, entre otros, al arzobispo de Siena, Salviati, al que colgó de una de las ventanas del Palazzo Vecchio; fue también encarcelado el sobrino y legado del Papa, el cardenal Rafael Riario, que se encontraba en la ciudad. La sospecha de que el Papa había intervenido en la conjura por mediación de sus parientes, se vió confirmada por los rigores que desplegó contra los florentinos; puso a la ciudad en entredicho y, de acuerdo con el rey de Nápoles, reñido desde hacía algún tiempo con Florencia, confiscó todos los bienes que los ricos florentinos poseían en Roma y en el reino de Nápoles (1). El ardor de los parientes del Papa y del ambicioso y belicoso Alfonso, heredero del trono de Nápoles, acarreó una declaración de guerra en regla; la liga formada contra Florencia ganó fácilmente a su causa a los sieneses en hostilidad perpetua con la ciudad de los Médicis; tomó también a su servicio las tropas del duque de Urbino. Las oposiciones latentes estallaron cuando Florencia, que buscaba también aliados, los encontró en Venecia, Milán y Ferrara. Encontráronse entonces frente a frente dos huestes armadas, y lo más singular es que Florencia y sus aliados eligieron por jefe al duque Hércules de Ferrara, mientras que Alfonso estaba al frente de los ejércitos de la liga opuesta: dos cuñados, que eran al mismo tiempo los de Matías, iban, pues, a combatir (2).

En tan enojosa coyuntura, la coalición de la que el Papa era el jefe, poseía todas las simpatías de Matías y Beatriz; pero su adhesión a esa liga les enojaba con la corte de Ferrara; así, pues, el rey de Hungría tenía que limitar sus esfuerzos a resolver la contienda. Usó, pues, de paciencia, y cuando Hércules hubo alcanzado algunas ventajas positivas, se dedicó a disolver la liga florentina y, sobre todo a aislar a Venecia, en la que veía siempre y con razón una enemiga secreta. Hasta hu-

(1) Muratori: *Annali*, t. cit., págs. 127-130. Para los detalles, véase Reumont: *Lor. de Med.* I, pág. 379 y sig.

(2) *Antichita Estensi*, pág. 226.

biera estado dispuesto a tomar las armas contra la República para conquistar los territorios dálmatas que aquélla arrebató a Hungría.

Sin embargo, las cosas no se precipitaron hasta obligar a Matías a intervenir con las armas en Italia: sus enemigos del Norte y del Oeste le daban bastante que hacer por el momento.

En medio de sus ocupaciones, tan múltiples, de rey y de jefe de ejército, Matías se ingeniaba para estar constantemente al lado de Beatriz, y se dedicaba con tierna solicitud a dar a conocer a su esposa las bellezas naturales de su reino, así como su ejército, del que estaba orgullosísimo. Con este fin, el tiempo que no le retenían las operaciones militares lo empleaba en ejercicios propios para divertir a la reina y excitar su admiración. Bonfin, testigo ocular, hace una encantadora descripción del espectáculo, tan instructivo como divertido, de aquellas maniobras (1). La afirmación del historiador polaco Dlugon (2), hostil a Matías, que pretende que el carácter sanguinario de Beatriz se complacía en el espectáculo de los asaltos mortíferos, carece de fundamento. Además, Matías no le hubiera permitido asistir a semejantes espectáculos, por los peligros a que se hubiera expuesto.

En cuanto se calmaba por algún tiempo el rumor de las armas, el rey hacía viajes con su esposa—parece que hizo dos en el año 1478, en primavera y en invierno—para que visitara las plazas fuertes de la Alta Hungría, tan florecientes por la industria de los colonos alemanes, y que abundaban tanto en hermosos edificios como en todo género de riquezas. Así, visitaron Kassa (Casavia), Kormoczbanga (Cremnitz), Beszterczebanga (Bistritz), Selmeczbanga (Schamnitz) y hasta O-Zolgan, al decir de Haltai (3), y en todas partes eran recibidos

(1) *Hist. Pam.* Dec. IV. Lib. VIII, pág. 469.

(2) Obra citada, pág. 633.

(3) Son las ciudades que cita Bonfin y, según Kachelmaim (*Geschichte d. ung Bergstadte,* págs. 10 y siguientes), en este orden las visitaron antes de llegar a Selmeczbanga.

en triunfo por las poblaciones. En las ciudades mineras visitaron las minas de oro y plata, asistieron a la extracción y laboreo del mineral, cosa que nunca habían visto (1). De todos los productos de Hungría, los de la industria minera eran entonces los únicos que tuviesen importancia desde el punto de vista comercial, y nuestro país era afamado en Italia, sobre todo por sus minas de oro (2).

Poseemos datos precisos sobre la recepción de los reyes en Selmeczbanya (3). Los regios huéspedes fueron recibidos con más campaneo que cuando la recepción del rey Segismundo; en la puerta de la ciudad esperaban 28 dominicos, con cirios encendidos, a los soberanos, que llegaron a caballo y que, después de descansar bajo una tienda magnífica, fueron a alojarse en el edificio de la administración. Los reyes organizaron diversiones para los mineros; visitaron las calles, plazas e iglesias de la ciudad, y, no hay que decirlo, las minas y los hornos, y se llevaron como recuerdo algunas muestras de mineral.

Durante el verano de 1479, el menor de los hermanos de Beatriz, el cardenal Juan, a la sazón de veintitrés años, fue a Hungría por primera vez (4). Este joven había dado desde temprana edad pruebas de facultades extraordinarias y mostrado un gusto singular por la instrucción. No tenía más que quince años cuando presentó al nuevo Papa, Sixto IV, el

---

(1) Bonfin: *Hist.*, pasaje citado.

(2) César Cantú: *Storia degli Italiani*, IV, pág. 653. El autor dice, al hablar de esta época: «... cuando escaseó el dinero, no pudo desarrollarse el comercio; no había oro sino en las minas de España y de Hungría». El Ariosto habla también de Hungría, en su *Orlando Furioso*, como de un país productor de oro (canto XLVI, estrofa 136).

(3) Kachelmann, o. c., indica también las fuentes en donde tomó sus datos.

(4) Fraknoi: *El rey Matías*, pág. 329. Aug. Theiner: *Vetera monumenta historica Hungariam sacram illustrantia*. Roma, 1860, t. II, página 466.

homenaje de vasallaje del rey su padre, acompañado de un discurso elocuente; luego dió cuenta públicamente de su misión (1). Ya se ha visto que el Papa le donó, en 1472, la abadía de Monte Casiano, y más adelante le elevó al cardenalato. Se mostró protector de las letras, y el eminente humanista Campano alaba no solamente su saber y sus talentos, sino lo despejado de su frente, el encanto de su rostro, el agrado de su conversación y su modestia. En el momento de que hablamos, el Papa le había enviado de embajada a Hungría y a los países próximos, con la misión de excitar a los príncipes a la lucha contra los turcos.

Está fuera de duda que Matías había ya resuelto, cuando el primer viaje de Juan de Aragón, el donarle la sede arzobispal de Esztergom (Gran) a este hermano de su mujer. Teniendo en consideración las altas dignidades y las importantes misiones de que la Santa Sede había ya investido al príncipe, Matías no había de tener el menor escrúpulo en nombrar a una persona que era digna del puesto desde el punto de vista eclesiástico, y que además pertenecía a una familia real con la que tenía estrechos lazos de parentesco. Pero el principal móvil que le había impulsado a tomar esta resolución fue, seguramente, el deseo de complacer a su mujer, a la que amaba apasionadamente. Llama la atención ver cómo Matías se dedicó desde los primeros tiempos de su matrimonio a colmar de mercedes a la familia y a los parientes de su mujer. Más adelante, en la carta de investidura de Hipólito de Este, declaraba haberse guiado, en el nombramiento de Juan de Aragón como arzobispo de Esztergom, por «el amor que profesaba a su mujer, así como por el afecto a su cuñado y el deseo de agradar al padre de su esposa» (2).

Un agente del Consejo de los Diez, de Florencia, escribe que el rey demuestra respetar mucho a Francisco de Aragón,

(1) Jorge Rath, o. c. (*Szazadok:* Los siglos, 1890), págs. 328 y 329.
(2) Archivos de Módena.

de quien tiene en mucho la amistad (1); lo que se ve también confirmado por Bonfin en uno de sus opúsculos, en donde habla de los ricos presentes que Matías hacía a Francisco y Juan (2), y parece igualmente probado por el hecho de que el rey retuvo a Francisco en su corte durante ocho años (3) y le ocupó en su cancillería (4), instruyéndole al mismo tiempo en el arte de la guerra.

Matías no pudo, sin embargo, realizar tan prontamente como hubiera querido su proyecto de colocar a su cuñado Juan en la sede arzobispal de Esztergom. Sostenido y excitado por el emperador, el intrigante Beckenschlager, a quien el rey había ofrecido en vano como compensación el obispado de Gyor, no quería renunciar a sus derechos sobre la diócesis que había deslealmente abandonado y, mientras que se veía la causa en la corte de Roma, el príncipe Juan se vió obligado a depositar en manos del capítulo las rentas a las que tenía derecho con arreglo a la real investidura, y que ascendían entonces a unos 30.000 ducados al año (5).

Mientras tanto, Matías logró terminar la cuestión del trono de Bohemia con los dos Jagellon, Casimiro III, rey de Polonia, y su hijo mayor, Ulaszló, pretendiente al trono de Bohemia. Se firmó un tratado por el que Matías y Ulaszló conservaban ambos el derecho de llevar el título de rey de Bohemia, quedándose cada cual con las porciones de territorio bohemio poseídas al firmarse el tratado; pero a la muerte de Matías, Ulaszló

---

(1) Carta sin firma, del 6 de Agosto de 1479, en los Archivos del Estado de Florencia.

(2) *Symposion Trimeron,* págs. 18 y 256.

(3) Notar Giacomo dice que se marchó el 25 de Agosto de 1484 (o. c., página 152).

(4) Un acta de donación real del año 1484, que se encuentra en los Archivos de los condes Fargach (Museo Nacional), lo prueba.

(5) Relación del embajador Leonardo Botta, enviado de Venecia en Milán, el 16 de Octubre de 1479 (*Mon. Hist. Hung.*) (D. E.) II, pág. 392).

o sus herederos tenían el derecho de adquirir por una suma determinada lo poseído por Matías (1).

Al firmarse el tratado, Matías expresó el deseo de que los dos reyes le hicieran una visita, como para ratificar aquél; la entrevista debía celebrarse en Olmutz, a la sazón en su poder, y la fecha se fijó para el 2 de Febrero de 1479. Matías invitó también a los dos príncipes que habían servido de mediadores: el duque Alberto de Sajonia, llamado el valiente, con quien Beatriz mantenía también en aquel tiempo una correspondencia afectuosa, y Otón, conde palatino (2). A causa de numerosos aplazamientos, la entrevista no pudo celebrarse hasta los primeros días de Julio, y esto con la sola participación de Matías, Ulaszló y los príncipes alemanes, porque el rey de Polonia juzgó oportuno abstenerse de concurrir.

No por vanidad seguramente, sino por cálculo político, se esforzó Matías en maravillar a sus huéspedes con el lujo que desplegó en Olmutz y las fiestas que dió en su honor, y lo consiguió por completo. Según testigos oculares y dignos de fe, los grandes días de Olmutz superaron en pompa a cuanto los contemporáneos habían visto hasta entonces (3). Calcúlanse en veinte mil el número de caballos que se alojaron durante estos días en las cuadras de la población o de los alrededores. Los trajes, los arneses, el mueblaje, la belleza y el valor de los servicios de mesa, el lujo oriental (4), la cantidad de riquezas expuestas a la vista «equivalían a todo el reino de Bohemia (5),

(1) Pray, o. c. pág. 124, Eschenloer, o. c. II, pág. 388.

(2) Frakuoi: *El rey Matías*, pág. 272. Cartas de los duques Ernesto y Alberto, escritas desde Dresde a Beatriz, con fecha de 14 de Noviembre de 1477, y contestación de la reina, fechada en Kornenburg el 5 de Enero de 1478. Archivos Reales de Dresde (sección de Wittenberg), números 110 y 114.

(3) Eschenloer, o. c., e impresiones del duque Alberto relatadas en la obra de Langenn, pág. 127.

(4) Bonfin le llama «persico luxu apparata», Decas IV, pág. 440.

(5) Eschenloer.

y Matías parecía estar «por encima de Asuero, de Alejandro el Magno y de todos los otros reyes de la tierra».

La primera entrevista de los reyes reconciliados se celebró fuera de la ciudad, en una tienda, en presencia de sus ejércitos. Se abrazaron y se besaron tres veces y, tras una deliberación de tres horas, ratificaron el tratado de paz, y le añadieron algunos artículos con el asentimiento de sus consejeros; luego volvieron el uno a la ciudad y el otro a su campamento.

A los tres días, para dar una prueba de confianza a su antiguo enemigo, Matías fué sin armas, pero con una brillante escolta, al campamento de Ulaszló, y le trajo con su séquito a la ciudad, donde le había preparado alojamiento en un palacio situado enfrente del suyo, y le retuvo durante quince días con los otros príncipes y sus séquitos.

Entonces fue cuando Beatriz vió por primera vez al rey de Bohemia, el cual había de serle tan nefasto. Tenía diez y seis años menos que Matías, y un año más que ella; era, al decir de los contemporáneos, un hombre de aventajada estatura «a quien la coraza sentaba mejor que el traje de corte» (1).

Tres testigos oculares de la regia entrevista la han relatado, a saber: el duque Alberto de Sajonia, el prolijo secretario del Consejo de Ciudad de Breslau, a quien se debe además la descripción de la boda de Matías, y Juan Dlugoss, canónigo de Cracovia, el historiador más antiguo de Polonia y el diplomático favorito del rey Casimiro, que asistía a la entrevista de Olmutz a título de antiguo preceptor de Ulaszló, Marzio Galeotto, que hizo de Beatriz un retrato tan elogioso, declara haber asistido también, y allí fué donde vió a la reina por primera vez. Sin embargo, en su relato de las jornadas de Olmutz, se límita a notar que la reina hablaba tan corrientemente con

(1) Bonfín. El embajador de Ferrara, Valentini, dice tambien de él con motivo de la entrevista que se celebró en Iglau siete años después: «e Signor de vella qualita e stature magiore de me presso che tredita». Artículo de Ovari en la revista *Szazadok* (Los Siglos), año 1889, pág. 394.

el rey de Bohemia—en latín probablemente—que causaba la admiración de los que la rodeaban (1).

El arreglo de las fiestas acusaba los gustos de Beatriz. Era entonces costumbre de los príncipes y grandes señores en Italia dar sus comidas y sus fiestas en estrados, alfombrados de telas preciosas, elevados en la plaza pública o en casillas espaciosas y abiertas; en Nápoles poníanse estos estrados para las grandes solemnidades en la Piazza dell'Incoronata. «El gran aparador cuadrado de varios peldaños»—como Halai le llama—(2) puesto en la plaza mayor para los festines que Matías daba en Olmutz, no era sino una tribuna con valiosos tapices; no se daban allí solamente comidas y bailes, sino que el rey recibía los homenajes de sus vasallos, cuya admiración excitaba, así como la de los súbditos de Ulaszló (3). El dón que Matías y Beatriz hicieron a Ulaszló del mobiliario y del servicio de mesa que usó, era también un género de liberalidad del que se encuentran numerosos ejemplos en la Italia de entonces (4).

Matías se había propuesto granjearse la amistad de Ulaszló, cosa que necesitaba grandemente en aquellos momentos, porque estaba resuelto a asestar decisivos golpes al emperador de Alemania, y necesitaba precaverse, por lo menos, contra la hostilidad de los Jagellón. Se dedicó, pues, a aturdir con el ruido de las fiestas al joven rey, que era de un carácter débil, a subyugarle con el mágico encanto que se desprendía de su persona, e hizo entrar en juego los talentos de seducción de su

(1) Galeotti, *De egregie, etc. dictis.*

(2) Ob. cit., III, pág. 170.

(3) Relato anónimo de una persona del séquito del duque de Sajonia. Archivo del Estado de Dresde (sección de Wittenber) fol. 184-186.

(4) En un banquete de Cosme de Médicis, en Florencia, en 1459, el servicio de plata fue igualmente regalado a los invitados. (Ed. Heyck, *Florenz u. die Medicier*, pág. 74. Reumont: *Lorenzo d'Medicis*, I, pág. 177. Felipe de Comines recibió también semejantes regalos. (Reumont, I, página 453.)

mujer para ganar la partida entablada contra su huésped. Beatriz bailó en público con Ulaszló, en medio de los aplausos del pueblo; jugó frecuentemente al ajedrez con él en la habitación íntima de su marido, y Matías y ella «bromeaban familiarmente» con su huésped. Dícese que Beatriz fue la que preparó, con su refinado gusto de lujo italiano, el servicio de cama y el mobiliario de las habitaciones de Ulaszló, y que la ropa blanca y los trajes preciosos que el rey de Bohemia recibió como presentes, eran regalos particulares de Beatriz (1).

Cualquiera que conozca el corazón humano, comprenderá fácilmente que Matías—como tantos otros enamorados,—seguro de la posesión del objeto de su ardor, le complacía ver ejercer también sobre otros el encanto y el imperio de aquél. Pero el amor más ciego se hace perspicaz y a menudo receloso, cuando la fidelidad del amante está en juego; no es, por lo tanto probable, que Beatriz y Ulaszló trabasen relaciones amorosas en Olmutz, por decirlo así, a la vista del marido. Sin embargo, si los autores contemporáneos y otros posteriores hacen datar de la entrevista de Olmutz la inclinación vivísima que Beatriz demostró por Ulaszló (2), este hecho halla su explicación en la manera de conducirse la reina a la muerte de Matías, con Ulaszló como pretendiente al trono. Más adelante, tendremos ocasión de hacer luz sobre los móviles de esta conducta, que son bastante ajenos al verdadero amor, al amor desinteresado.

Fue Ulaszló quien, en Olmutz, parecía olvidar y se esforzaba en hacer olvidar que estaba ya unido con Bárbara de Brandeburgo (3), aunque el matrimonio no se hubiera todavía consumado; que hiciera con sus maneras corteses y su afabilidad, una excelente impresión a Beatriz, no es dudoso; pero que la reina cediese a la inclinación que podía él haberle inspirado en-

(1) La primera de estas afirmaciones es de Schenloer; la segunda, de Bonfin.

(2) Dubravius, ob. cit., pág. 799. Jubero, o. c., pág. 136-137. Sigis. d. Conti, o. c., pág. 17. Timon, o. c., pág. 186.

(3) Wenzel, o. c., pág. 635.

tablando relaciones amorosas, se halla en contradicción formal con un hecho que los historiadores no habían tenido en cuenta hasta aquí. No habían pasado dos años de la entrevista de Olmutz, cuando Beatriz escribía a su hermana la duquesa Leonor de Ferrara, una carta (1), en la que abogaba por el matrimonio de su sobrina Isabel, la hija mayor, a la sazón de siete años, de los duques de Ferrara, con Ulaszló. La princesita era ya prometida de Francisco de Gonzaga, hijo del marqués de Mantua; pero Beatriz no consideraba esto como un obstáculo insuperable; no había más que ofrecer a Gonzaga, en vez de Isabel, a su hermana menor, Beatriz de seis años de edad.

La duquesa Leonor contestó a esta sorprendente proposición con una larga carta; agradecía a su hermana, en su nombre y en el de su marido, su solicitud y su halagüeña proposición, pero la suplicaba que abandonara un proyecto irrealizable. El marqués de Mantua miraba ya como hija suya a Isabelita, con la que también su hijo se había encariñado; ambas habían ido de visita a Ferrara, y querían a la niña como a la niña de sus ojos. No se podía, pues, romper este matrimonio y sustituirlo con otro. Además, su hija Beatriz ya no era libre: estaba prometida a Ludovico Sforza, que no estaba dispuesto a renunciar a sus derechos, y gozaba de un gran poder como tutor de su sobrino; de suerte que no era prudente ofenderle. No por la negativa era menor el agradecimiento de la duquesa, pero lo que deseaba su hermana era verdaderamente imposible.

Es probable que Beatriz, cuya tenacidad en la ejecución de sus designios es conocida, no cediera desde luego; sin embargo, sabido es que este proyecto no se realizó nunca; pero el hecho de ser concebido por Beatriz, que mostró siempre una viva ter-

(1) No poseemos esta carta, pero conocemos su fecha (2 de Mayo de 1481) y el contenido, por una carta de Leonor, de 3 de Junio de 1481, de la que se hablará más adelante. (Archivos de Módena. Canc. Duc. Minuta di lettere a Principi asteri, Ungheria).

nura por la familia de su hermana, debe hacer que se deseche la idea de que tuviera ya designios egoístas sobre el hombre que proponía como esposo para la hija de su hermana, y el que los reyes de Hungría destinaban poco después, según se asegura, a la propia hermanastra de Beatriz (1).

Después de haber hecho Matías espléndidos regalos a todos sus huéspedes de Olmutz, la brillante reunión se dispersó a fines de Julio. Ya era tiempo de que Matías volviese a Hungría, en donde se contaba con su energía para remediar las calamidades públicas, y conjurar el peligro exterior; porque, mientras que la peste y la sequía asolaban el país, los turcos—por instigación de Venecia, en opinión de Matías—habían pasado de Valaquia a Transilvania.

La corte recibió en Buda, a fines de Octubre, la noticia de la gran victoria que los dos generales de Matías, Bathori y Kinizsi, habían alcanzado en Kenyermazo, el 13 de Octubre, con sus ejércitos, tan heroicos como sus jefes, sobre Alí-bey, y que costó la vida a treinta mil turcos. Matías se apresuró a comunicar esta victoria a Roma, así como a su suegro el rey Fernando (2), y Beatriz escribió a su hermano, el príncipe de Calabria, la noticia de este gran acontecimiento (3). Cantáronse *Te Deum* en todos los templos; Matías y Beatriz fueron en persona a dar gracias al Señor de iglesia en iglesia, y a depositar sus ofrendas en los altares (4).

En Diciembre del mismo año, Beatriz tuvo la alegría de volver a ver a su hermano Juan, quien, aunque había llegado a Buda a las ocho de la noche, fue recibido, a pesar del frío y de la hora, por Matías y toda su corte, con la pompa y atenciones debidas a un legado del Papa y a un cardenal.

---

(1) Carta del príncipe Federico de Sajonia al elector de Sajonia, con fecha 27 de Julio de 1482. *Publicationen aus dan K. preuse. Staats-Archiven.* Leipzig, 1898, LXXI, pág. 208.

(2) *Cartas del rey Matías* (Fraknoi), I (pág. 451).

(3) Teleki V, pág. 125.

(4) Bonfin, Dec. IV, lib. VI.

El príncipe Juan pasó varios meses en Hungría, aunque no hubiera podido obtener aún de Roma su confirmación como arzobispo de Esztargom. Tuvo, pues, tiempo para hacer a la reina y a su hermano Francisco un relato circunstanciado de todo lo ocurrido en Nápoles desde que ellos salieran. Las alegrías habían alternado con las penas en la casa de Aragón. En Enero de 1479 había muerto el rey Juan de Aragón, suegro de Fernando. Su hija, la reina de Nápoles, había dado a luz en Abril una hija que recibió el nombre de Juana, como su madre (1); esta hermanastra de Beatriz, venida tan tarde al mundo, había de ser, por un raro destino, mujer de su sobrino Fernando y, por poco tiempo, reina de Nápoles. Mientras tanto, el hermano mayor de Beatriz, el príncipe Federico, había ido a buscar mujer a Francia y había logrado, con el concurso de Matías, obtener la mano de una princesa francesa, Ana de Saboya, lo que trajo una aproximación entre las casas reales de Nápoles y Francia, enemistadas a causa de las pretensiones de la última al trono de Nápoles. Sin embargo, este matrimonio no fue feliz; la joven esposa de Federico murió poco después de la boda, antes de salir de Francia, y el príncipe, que había salido de Nápoles para casarse, volvió viudo (2).

Un acontecimiento de un alcance más considerable que todos los otros ocurría en Nápoles durante la ausencia del príncipe Juan. El rey sin corona, Lorenzo de Médicis, sintiendo pesar dolorosamente sobre Florencia las consecuencias de la guerra contra la Liga, y aprovechándose de que el invierno había interrumpido las operaciones militares, tomó una resolución tan discreta como viril, y fué a Nápoles a fin de interesar al rey por la causa de la paz. Semejante resolución requería ciertamente gran valor, porque Lorenzo debía saber por numerosos ejemplos, cómo trataba Fernando a los adversarios

(1) Passero: pág. 40. Notar Giacomo, pág. 144. Fuscalillo, ed. cit., página 53.

(2) Fuscolillo: pág. 52. Tom. Persico, o. c., pág. 213.

que iban benévolamente a ponerse entre sus manos. Pero el corazón, el talento y probablemente el dinero del gran ciudadano de Florencia, apartaron todos los obstáculos y conjuraron todos los peligros. Lorenzo y Fernando se pusieron de acuerdo e hicieron la paz a espaldas del Papa y Venecia (1), lo que produjo la disolución simultánea de las dos Ligas, para bien de Italia y gran satisfacción de Matías y de Beatriz, que veían así terminada la contienda de sus parientes.

ALBERTO DE BERZEVICZY

(*Continuará.*)

(1) Muratori: *Annali*, t. 46, 138 y 139. Pastor, *Gesch*, df. P. 11, página 493.

DEL SENTIMIENTO TRÁGICO DE LA VIDA
EN LOS HOMBRES Y EN LOS PUEBLOS

El problema práctico

> L'homme est périssable.—Il se peut; mais périssons en résistant, et, si le néant nous est réservé, ne faisons pas que ce soit une justice.
>
> SÉNANCOUR: *Obermann*, lettre XC.

Varias veces, en el errabundo curso de estos ensayos, he definido, a pesar de mi horror a las definiciones, mi propia posición frente al problema que vengo examinando; pero sé que no faltará nunca el lector insatisfecho, educado en un dogmatismo cualquiera, que se dirá: «Este hombre no se decide, vacila; ahora parece afirmar una cosa, y luego la contraria, está lleno de contradicciones; no le puedo encasillar; ¿qué es?» Pues eso, uno que afirma contrarios, un hombre de contradicción y de pelea, como de sí mismo decía Job; uno que dice una cosa con el corazón y la contraría con la cabeza, y que hace de esta lucha su vida. Más claro, ni el agua que sale de la nieve de las cumbres.

Se me dirá que esta es una posición insostenible, que hace falta un cimiento en que cimentar nuestra acción y nuestras obras, que no cabe vivir de contradicciones, que la unidad y

la claridad son condiciones esenciales de la vida y del pensamiento, y que se hace preciso unificar éste. Y seguimos siempre en lo mismo. Porque es la contradicción íntima precisamente lo que unifica mi vida y le da razón práctica de ser.

O más bien es el conflicto mismo, es la misma apasionada incertidumbre lo que unifica mi acción y me hace vivir y obrar.

Pensamos para vivir, he dicho; pero acaso fuera más acertado decir que pensamos porque vivimos, y que la forma de nuestro pensamiento responde a la de nuestra vida. Una vez más tengo que repetir que nuestras doctrinas éticas y filosóficas en general no suelen ser sino la justificación *a posteriori* de nuestra conducta, de nuestros actos. Nuestras doctrinas suelen ser el medio que buscamos para explicar y justificar a los demás y a nosotros mismos nuestro propio modo de obrar. Y nótese que no sólo a los demás, sino a nosotros mismos. El hombre, que no sabe en rigor por qué hace lo que hace y no otra cosa, siente la necesidad de darse cuenta de su razón de obrar, y la forja. Los que creemos móviles de nuestra conducta no suelen ser sino pretextos. La misma razón que uno cree que le impulsa a cuidarse para prolongar su vida, es la que en la creencia de otro le lleva a éste a pegarse un tiro.

No puede, sin embargo, negarse que los razonamientos, las ideas, no influyan en los actos humanos, y aun a las veces los determinen por un proceso análogo al de la sugestión en un hipnotizado, y es por la tendencia que toda idea —que no es sino un acto incoado o abortado— tiene a resolverse en acción. Esta noción es la que llevó a Fouillée a lo de las ideas-fuerzas. Pero son de ordinario fuerzas que acomodamos a otras más íntimas y mucho menos concientes.

Mas dejando por ahora todo esto, quiero establecer que la incertidumbre, la duda, el perpetuo combate con el misterio de nuestro final destino, la desesperación mental y la falta de sólido y estable fundamento dogmático, pueden ser base de moral.

El que basa o cree basar su conducta—interna o externa, de sentimiento o de acción—en un dogma o principio teórico que estima incontrovertible, corre riesgo de hacerse un fanático, y, además, el día en que se le quebrante o afloje ese dogma, su moral se relaja. Si la tierra que cree firme vacila, él, ante el terremoto, tiembla, porque no todos somos el estoico ideal a quien le hieren impávido las ruinas del orbe hecho pedazos. Afortunadamente, le salvará lo que hay debajo de sus ideas. Pues al que os diga que si no estafa y pone cuernos a su más íntimo amigo, es porque teme al infierno, podéis asegurar que, si dejase de creer en éste, tampoco lo haría, inventando entonces otra explicación cualquiera. Y esto en honra del género humano.

Pero al que cree que navega, tal vez sin rumbo, en balsa movible y anegable, no ha de inmutarle el que la balsa se le mueva bajo los pies y amenace hundirse. Este tal cree obrar, no porque estime su principio de acción verdadero, sino para hacerlo tal, para probarse su verdad, para crearse su mundo espiritual.

Mi conducta ha de ser la mejor prueba, la prueba moral de mi anhelo supremo; y si no acabo de convencerme, dentro de la última e irremediable incertidumbre, de la verdad de lo que espero, es que mi conducta no es bastante pura. No se basa, pues, la virtud en el dogma, sino éste en aquélla, y es el mártir el que hace la fe más que la fe el mártir. No hay seguridad y descanso—los que se pueden lograr en esta vida, esencialmente insegura y fatigosa—sino en una conducta apasionadamente buena.

Es la conducta, la práctica, la que sirve de prueba a la doctrina, a la teoría. «El que quiera hacer la voluntad de él—de Aquel que me envió, dice Jesús—conocerá si es la doctrina de Dios o si hablo por mí mismo» (Juan, VII, 17); y es conocido aquello de Pascal de: empieza por tomar agua bendita, y acabarás creyendo. En esta misma línea pensaba Juan Jacobo Moser, el pietista, que ningún ateo o naturalista tiene dere-

cho a considerar infundada la religión cristiana mientras no haya hecho la prueba de cumplir con sus prescripciones y mandamientos (v. Ritschl, *Geschichte des Pietismus,* lib. VII, 43).

¿Cuál es nuestra verdad cordial y antirracional? La inmortalidad del alma humana, la de la persistencia sin término alguno de nuestra conciencia, la de la finalidad humana del Universo. ¿Y cuál su prueba moral? Podemos formularla así: obra de modo que merezcas a tu propio juicio y a juicio de los demás la eternidad, que te hagas insustituíble, que no merezcas morir. O tal vez así: obra como si hubieses de morirte mañana, pero para sobrevivir y eternizarte. El fin de la moral es dar finalidad humana, personal, al Universo; descubrir la que tenga—si es que la tiene—y descubrirla obrando.

Hace ya más de un siglo, en 1804, el más hondo y más intenso de los hijos espirituales del patriarca Rousseau, el más trágico de los sentidores franceses, sin excluir a Pascal, Sénancour, en la carta XC de las que constituyen aquella inmensa monodia de su *Obermann* escribió las palabras que van como lema a la cabeza de este ensayo: «El hombre es perecedero. Puede ser, mas perezcamos resistiendo, y si es la nada lo que nos está reservado, no hagamos que sea esto justicia.» Cambiad esta sentencia de su forma negativa en la positiva diciendo: «Y si es la nada lo que nos está reservado, hagamos que sea una injusticia esto», y tendréis la más firme base de acción para quien no pueda o no quiera ser un dogmático.

Lo irreligioso, lo demoniaco, lo que incapacita para la acción o nos deja sin defensa ideal contra nuestras malas tendencias, es el pesimismo aquel que pone Goethe en boca de Mefistófeles cuando le hace decir: «Todo lo que nace merece hundirse» (*denn alles was entsteht ist wert dass es zugrunde geht*). Este es el pesimismo que los hombres llamamos malo, y no aquel otro que ante el temor de que todo al cabo se aniquile, consiste en deplorarlo y en luchar contra ese temor. Mefistófeles afirma que todo lo que nace merece hundirse, aniquilarse, pero no que se hunda o se aniquile, y nosotros afirmamos que

todo cuanto nace merece elevarse, eternizarse, aunque nada de ello lo consiga. La posición moral es la contraria.

Sí, merece eternizarse todo, absolutamente todo, hasta lo malo mismo, pues lo que llamamos malo, al eternizarse perdería su maleza, perdiendo su temporalidad. Que la esencia del mal está en su temporalidad, en que no se endereza a fin último y permanente.

Y no estaría acaso de más decir aquí algo de esa distinción, una de las más confusas que hay, entre lo que suele llamarse pesimismo y el optimismo, confusión no menor que la que reina al distinguir el individualismo del socialismo. Apenas cabe ya darse cuenta de qué sea eso del pesimismo.

Hoy precisamente acabo de leer en *The Nation* (número de Julio 6, 1912) un editorial titulado «Un infierno dramático» *(A dramatic Inferno)*, referente a una traducción inglesa de obras de Strindberg, y en él se empieza con estas juiciosas observaciones: «Si hubiera en el mundo un pesimismo sincero y total, sería por necesidad silencioso. La desesperación que encuentra voz es un modo social, es el grito de angustia que un hermano lanza a otro cuando van ambos tropezando por un valle de sombras que está poblado de camaradas. En su angustia, atestigua que hay algo bueno en la vida, porque presupone simpatía... La congoja real, la desesperación sincera, es muda y ciega; no escribe libros ni siente impulso alguno a cargar a un universo intolerable con un monumento más duradero que el bronce.» En este juicio hay, sin duda, un sofisma, porque el hombre a quien de veras le duele, llora y hasta grita, aunque esté solo y nadie le oiga, para desahogarse, si bien esto acaso provenga de hábitos sociales. Pero el león aislado en el desierto, ¿no ruge si le duele una muela? Mas aparte esto, no cabe negar el fondo de verdad de esas reflexiones. El pesimismo que protesta y se defiende, no puede decirse que sea tal pesimismo. Y desde luego no lo es, en rigor, el que reconoce que nada debe hundirse aunque se hunda todo, y lo es el que declara que es debe hundir todo aunque no se hunda nada.

El pesimismo, además, adquiere varios valores. Hay un pesimismo eudemonístico o económico, y es el que niega la dicha; le hay ético, y es el que niega el triunfo del bien moral; y le hay religioso, que es el que desespera de la finalidad humana del Universo, de que el alma individual se salve para la eternidad.

Todos merecen salvarse, pero merece ante todo y sobre todo la inmortalidad, como en mi anterior ensayo dejé dicho, el que apasionadamente y hasta contra razón la desea. Un escritor inglés que se dedica a profeta—lo que no es raro en su tierra,—Wells, en su libro *Anticipations*, nos dice que «los hombres activos y capaces de toda clase de confesiones religiosas de hoy en día tienden en la práctica a no tener para nada en cuenta *(to disregard... altogether)* la cuestión de la inmortalidad». Y es por lo que las confesiones religiosas de esos hombres activos y capaces a que Wells se refiere, no suelen pasar de ser una mentira, y una mentira sus vidas si quieren basarlas sobre religión. Mas acaso en el fondo no sea eso que afirma Wells tan verdadero como él y otros se figuran. Esos hombres activos y capaces viven en el seno de una sociedad empapada en principios cristianos, bajo unas instituciones y unos sentimientos sociales que el cristianismo fraguó y la fe en la inmortalidad del alma es en sus almas como un río soterraño, al que ni se ve ni se oye, pero cuyas aguas riegan las raíces de las acciones y de los propósitos de esos hombres.

Hay que confesar que no hay, en rigor, fundamento más sólido para la moralidad que el fundamento de la moral católica. El fin del hombre es la felicidad eterna, que consiste en la visión y goce de Dios por los siglos de los siglos. Ahora, en lo que marra es en la busca de los medios conducentes a ese fin, porque hacer depender la consecución de la felicidad eterna de que se crea o no que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, y no sólo de Aquél, o de que Jesús fue Dios y todo lo de la unión hipostática, o hasta siquiera de que haya Dios, resulta, a poco que se piense en ello, una monstruosidad

Un Dios humano—el único que podemos concebir—no rechazaría nunca al que no pudiese creer en El con la cabeza, y no en su cabeza, sino en su corazón, dice el impío que no hay Dios, es decir, que no quiere que le haya. Si a alguna creencia pudiera estar ligada la consecución de la felicidad eterna, sería a la creencia en esa misma felicidad y en que sea posible.

¿Y qué diremos de aquello otro del emperador de los pedantes, de aquello de que no hemos venido al mundo a ser felices, sino a cumplir nuestro deber? (*Wir sind nicht auf der Welt, um glücklich zu sein, sondern um unsere Schuldigkeit zu tun.*) Si estamos en el mundo *para* algo—*um etwas*,—¿de dónde puede sacarse ese *para*, sino del fondo mismo de nuestra voluntad, que pide felicidad y no deber como fin último? Y si a ese *para* se le quiere dar otro valor, un valor objetivo que diría cualquier pedante saduceo, entonces hay que reconocer que la realidad objetiva, la que quedaría aunque la humanidad desapareciese, es tan indiferente a nuestro deber como a nuestra dicha, se le da tan poco de nuestra moralidad como de nuestra felicidad. No sé que Júpiter, Urano o Sirio se dejen alterar en su curso, porque cumplamos o no con nuestro deber, más que por que seamos o no felices.

Consideraciones éstas que habrán de parecer de una ridícula vulgaridad y superficialidad de dilettante, a los pedantes esos. (El mundo intelectual se divide en dos clases: dilettantes de un lado y pedantes del otro.) ¡Qué le hemos de hacer! El hombre moderno es el que se resigna a la verdad y a ignorar el conjunto de la cultura, y si no, véase lo que al respecto dice Windelband en su estudio sobre el sino de Hölderlin (*Praeludien.* I). Sí, esos hombres culturales se resignan, pero quedamos unos cuantos pobrecitos salvajes que no nos podemos resignar. No nos resignamos a la idea de haber de desaparecer un día, y la crítica del gran Pedante no nos consuela.

Lo sensato, a lo sumo, es aquello de Galileo Galilei, cuando decía: «Dirá alguien acaso que es acerbísimo el dolor de la pérdida de la vida, mas yo diré que es menor que los otros;

pues quien se despoja de la vida, prívase al mismo tiempo de poder quejarse no ya de esa, mas de cualquier otra pérdida.» Sentencia de un humorismo, no sé si conciente o inconciente en Galileo, pero trágico.

Y volviendo atrás, digo que si a alguna creencia pudiera estar ligada la consecución de la felicidad eterna, sería a la creencia en la posibilidad de su realización. Mas en rigor, ni aun esto. El hombre razonable dice en su cabeza: «No hay otra vida después de ésta», pero sólo el impío lo dice en su corazón. Mas aun a este mismo impío, que no es acaso sino un desesperado, ¿va un Dios humano a condenarle por su desesperación? Harta desgracia tiene con ella.

Pero de todos modos, tomemos el lema calderoniano en su *La vida es sueño:*

> que estoy soñando y que quiero
> obrar bien, pues no se pierde
> el hacer bien aun en sueños.

¿De veras no se pierde? ¿Lo sabía Calderón?

Y añadía:

> Acudamos a lo eterno
> que es la fama vividora
> donde ni duermen las dichas
> ni las grandezas reposan.

¿De veras? ¿Lo sabía Calderón?

Calderón tenía fe, robusta fe católica; pero al que no puede tenerla, al que no puede creer en lo que D. Pedro Calderón de la Barca creía, le queda siempre lo de Obermann.

Hagamos que la nada, si es que no está reservada, sea una injusticia; peleemos contra el destino, y aun sin esperanza de victoria; peleemos contra él quijotescamente.

Y no sólo se pelea contra él anhelando lo irracional, sino obrando de modo que nos hagamos insustituíbles, acuñando en los demás nuestra marca y cifra, obrando sobre nuestros

prójimos para dominarlos; dándonos a ellos, para eternizarnos en lo posible.

Ha de ser nuestro mayor esfuerzo el de hacernos insustituíbles, el de hacer una verdad práctica el hecho teórico—si es que esto de hecho teórico no envuelve una contradicción *in adiecto*—de que es cada uno de nosotros único e irreemplazable, de que no pueda llenar otro el hueco que dejemos al morirnos.

Cada hombre es, en efecto, único e insustituíble; otro yo no puede darse; cada uno de nosotros—nuestra alma, no nuestra vida—vale por el Universo todo. Y digo el espíritu y no la vida, porque el valor, ridículamente excesivo, que conceden a la vida humana los que no creyendo en realidad en el espíritu, es decir, en su inmortalidad personal, peroran contra la guerra y contra la pena de muerte, v. gr., es un valor que se lo conceden precisamente por no creer de veras en el espíritu, a cuyo servicio está la vida. Porque sólo sirve la vida en cuanto a su dueño y señor, el espíritu, sirve, y si el dueño perece con la sierva, ni uno ni otra valen gran cosa.

Y el obrar de modo que sea nuestra aniquilación una injusticia, que nuestros hermanos, hijos y los hijos de nuestros hermanos y sus hijos, reconozcan que no debimos haber muerto, es algo que está al alcance de todos.

El fondo de la doctrina de la redención cristiana, es que sufrió pasión y muerte el único hombre, esto es, el Hombre, el Hijo del Hombre, o sea el Hijo de Dios, que no mereció por su inocencia haberse muerto, y que esta divina víctima propiciatoria se murió para resucitar y resucitarnos, para librarnos de la muerte aplicándonos sus méritos y enseñándonos el camino de la vida. Y el Cristo que se dió todo a sus hermanos en humanidad sin reservarse nada, es el modelo de acción.

Todos, es decir, cada uno puede y debe proponerse dar de sí todo cuanto puede dar, más aún de lo que puede dar, excederse, superarse a sí mismo, hacerse insustituíble, darse a los demás para recojerse de ellos. Y cada cual en su oficio, en su

vocación civil. La palabra oficio, *officium*, significa obligación, deber, pero en concreto, y eso debe significar siempre en la práctica. Sin que se deba tratar acaso tanto de buscar aquella vocación que más crea uno que se le acomoda y cuadra, cuanto de hacer vocación del menester en que la suerte o la Providencia o nuestra voluntad nos han puesto.

El más grande servicio acaso que Lutero ha rendido a la civilización cristiana, es el de haber establecido el valor religioso de la propia profesión civil, quebrantando la noción monástica y medieval de la vocación religiosa, noción envuelta en nieblas pasionales e imaginativas y engendradora de terribles tragedias de vida. Si se entrara por los claustros a inquirir qué sea eso de la vocación de pobres hombres a quienes el egoísmo de sus padres les encerró de pequeñitos en la celda de un noviciado, y de repente despiertan a la vida del mundo, si es que despiertan alguna vez! ¡O los que en un trabajo de propia sugestión se engañaron! Y Lutero, que lo vió de cerca y lo sufrió, pudo entender y sentir el valor religioso de la profesión civil que a nadie liga por votos perpetuos.

Cuanto respecto a las vocaciones de los cristianos nos dice el Apóstol en el capítulo IV de su Epístola a los Efesios, hay que trasladarlo a la vida civil, ya que hoy entre nosotros el cristiano—sépalo o no y quiéralo o no—es el ciudadano, y en el caso en que él, el Apóstol, exclamó: «¡soy ciudadano romano!», exclamaríamos cada uno de nosotros, aun los ateos: ¡soy cristiano! Y ello exige *civilizar* el cristianismo, esto es, hacerlo civil deseclesiastizándolo, que fue la labor de Lutero, aunque luego él, por su parte, hiciese iglesia.

The right man in the right place, dice una sentencia inglesa: el hombre que conviene en el puesto que le conviene. A lo que cabe replicar: ¡zapatero, a tus zapatos! ¿Quién sabe el puesto que mejor conviene a uno y para el que está más apto? ¿Lo sabe él mejor que los demás? ¿Lo saben los demás mejor que él? ¿Quién mide capacidades y aptitudes? Lo religioso es, sin duda, tratar de hacer que sea nuestra vocación el puesto

en que nos encontramos, y en último caso, cambiarlo por otro.

Este de la propia vocación, es acaso el más grave y más hondo problema social, el que está en la base de todos ellos. La llamada por antonomasia cuestión social, es acaso, más que un problema de reparto de riquezas, de productos del trabajo, un problema de reparto de vocaciones, de modos de producir. No por la aptitud—casi imposible de averiguar sin ponerla antes a prueba y no bien especificada en cada hombre, ya que para la mayoría de los oficios el hombre no nace, sino que se hace,—no por la aptitud especial, sino por razones sociales, políticas, rituales, se ha venido determinando el oficio de cada uno. En unos tiempos y países, las castas religiosas y la herencia; en otros, las gildas y gremios; luego, la máquina, la necesidad casi siempre, la libertad casi nunca. Y llega lo trágico de ello a esos oficios de lenocinio en que se gana la vida vendiendo el alma, en que el obrero trabaja a conciencia no ya de la inutilidad, sino de la perversidad social de su trabajo, fabricando el veneno que ha de ir matándole, el arma acaso con que asesinarán a sus hijos. Este, y no el del salario, es el problema más grave.

En mi vida olvidaré un espectáculo que pude presenciar en la ría de Bilbao, mi pueblo natal. Martillaba a sus orillas no sé qué cosa, en un astillero, un obrero, y hacíalo a desgana, como quien no tiene fuerzas o no va sino a pretextar su salario, cuando de pronto se oyó un grito de una mujer: «¡Socorro!» Y era que un niño cayó a la ría. Y aquel hombre se trasformó en un momento, y con una energía, presteza y sangre fría admirables, se alijeró de ropa y se echó al agua a salvar al pequeñuelo.

Lo que da acaso su menor ferocidad al movimiento socialista agrario es que el gañán del campo, aunque no gane más ni viva mejor que el obrero industrial o minero, tiene una más clara conciencia del valor social de su trabajo. No es lo mismo sembrar trigo que sacar diamantes de la tierra.

Y acaso el mayor progreso social consiste en una cierta in-

diferenciación del trabajo, en la facilidad de dejar uno para tomar otro, no ya acaso más lucrativo, sino más noble—porque hay trabajos más y menos nobles.—Mas suele suceder con triste frecuencia, que ni el que ocupa una profesión y no la abandona suele preocuparse de hacer vocación religiosa de ella, ni el que la abandona y va en busca de otra lo hace con religiosidad de propósito.

Y, ¿no conocéis, acaso, casos en que uno, fundado en que el organismo profesional a que pertenece y en que trabaja está mal organizado y no funciona como debiera, se hurta al cumplimiento estricto de su deber, a pretexto de otro deber más alto? ¿No llaman a este cumplimiento ordenancismo y no hablan de burocracia y de fariseísmo de funcionarios? Y ello suele ser a las veces como si un militar inteligente y muy estudioso, que se ha dado cuenta de las deficiencias de la organización bélica de su patria, y se las ha denunciado a sus superiores y tal vez al público—cumpliendo en ello su deber,—se negara a ejecutar en campaña una operación que se le ordenase, por estimarla de escasísima probabilidad de buen éxito, o tal vez de seguro fracaso mientras no se corrigiesen aquellas deficiencias. Merecía ser fusilado. Y en cuanto a lo de fariseísmo...

Y queda siempre un modo de obedecer mandando, un modo de llevar a cabo la operación que se estima absurda, corrigiendo su absurdidad, aunque sólo sea con la propia muerte. Cuando en mi función burocrática me he encontrado alguna vez con alguna disposición legislativa que por su evidente absurdidad estaba en desuso, he procurado siempre aplicarla. Nada hay peor que una pistola cargada en un rincón, y de la que no se usa; llega un niño, se pone a jugar con ella y mata a su padre. Las leyes en desuso son las más terribles de las leyes, cuando el desuso viene de lo malo de la ley.

Y esto no son vaguedades, y menos en nuestra tierra. Porque mientras andan algunos por acá buscando yo no sé qué deberes y responsabilidades ideales, esto es, ficticios, ellos mismos no ponen su alma toda en aquel menester inmediato y

concreto de que viven, y los demás, la inmensa mayoría, no cumplen con su oficio sino para eso que se llama vulgarmente cumplir—*para cumplir,* frase terriblemente inmoral,—para salir del paso, para hacer que se hace, para dar pretexto y no justicia al emolumento, sea de dinero o de otra cosa.

Aquí tenéis un zapatero que vive de hacer zapatos, y que los hace con el esmero preciso para conservar su clientela y no perderla. Ese otro zapatero vive en un plano espiritual algo más elevado, pues que tiene el amor propio del oficio, y por pique o pundonor se esfuerza en pasar por el mejor zapatero de la ciudad o del reino, aunque esto no le dé ni más clientela ni más ganancia, y sí sólo más renombre y prestigio. Pero hay otro grado aún mayor de perfeccionamiento moral en el oficio de la zapatería, y es tender a hacerse para con sus parroquianos el zapatero único e insustituíble, el que de tal modo les haga el calzado que tengan que echarlo de menos cuando se les muera—«se *les* muera», y no sólo «se muera»,—y piensen ellos, sus parroquianos, que no debía haberse muerto, y esto así porque les hizo calzado pensando en ahorrarles toda molestia y que no fuese el cuidado de los pies lo que les impidiera vagar a la contemplación de las más altas verdades; les hizo el calzado por amor a ellos y por amor a Dios en ellos, se lo hizo por religiosidad.

Adrede he escojido este ejemplo, que acaso os parezca pedestre. Y es porque el sentimiento, no ya ético, sino religioso, de nuestras respectivas zapaterías, anda muy bajo.

Los obreros se asocian, forman sociedades cooperativas y de resistencia, pelean muy justa y noblemente por el mejoramiento de su clase; pero no se ve que esas asociaciones influyan gran cosa en la moral del oficio. Han llegado a imponer a los patronos el que éstos tengan que recibir al trabajo a aquellos que la sociedad obrera respectiva designe en cada caso, y no a otros; pero de la selección técnica de los designados se cuidan bien poco. Ocasiones hay en que apenas si le cabe al patrono rechazar al inepto por su ineptitud, pues defienden

ésta sus compañeros. Y cuando trabajan, lo hacen a menudo, no más que por cumplir, por pretextar el salario, cuando no lo hacen mal aposta para perjudicar al amo, que se dan casos de ello.

En aparente justificación de todo lo cual cabe decir que los patronos por su parte, cien veces más culpables que sus obreros, maldito si se cuidan ni de pagar mejor al que mejor trabaja, ni de fomentar la educación general y técnica del obrero, ni mucho menos de la bondad intrínseca del producto. La mejora de este producto que debía ser en sí, aparte de razones de concurrencia industrial y mercantil, en bien de los consumidores, por caridad, lo capital, no lo es ni para patronos ni para obreros, y es que ni aquéllos ni éstos sienten religiosamente su oficio social. Ni unos ni otros quieren ser insustituíbles. Mal que se agrava con esa desdichada forma de sociedades y empresas industriales anónimas, donde con la firma personal, se pierde hasta aquella vanidad de acreditarla que sustituya al anhelo de eternizarse. Con la individualidad concreta, cimiento de toda religión, desaparece la religiosidad del oficio.

Y lo que se dice de patronos y obreros, se dice mejor de cuantos a profesiones liberales se dedican y de los funcionarios públicos. Apenas si hay servidor del Estado que sienta la religiosidad de su menester oficial y público. Nada más turbio, nada más confuso entre nosotros que el sentimiento de los deberes para con el Estado, sentimiento que oblitera aún más la Iglesia católica, que por lo que al Estado hace es, en rigor de verdad, anarquista. Entre sus ministros no es raro hallar quienes defiendan la licitud moral del matute y del contrabando, como si el que matuteando o contrabandeando desobedece a la autoridad legalmente constituída que lo prohibe no pecara contra el cuarto mandamiento de la ley de Dios, que al mandar honrar padre y madre, manda obedecer a esa autoridad legal en cuanto ordene que no sea contrario, como no lo es el imponer esos tributos a la ley de Dios.

Son muchos los que, considerando el trabajo como un casti-

go, por aquello de «comerás el pan con el sudor de tu frente», no estiman el trabajo del oficio civil sino bajo su aspecto económico-político, y a lo sumo bajo su aspecto estético. Para estos tales—entre los que se cuentan principalmente los jesuítas—hay dos negocios: el negocio inferior y pasajero de ganarnos la vida, de ganar el pan para nosotros y nuestros hijos de una manera honrada—y sabido es la elasticidad de la honradez,—y el gran negocio de nuestra salvación, de ganarnos la gloria eterna. Aquel trabajo inferior o mundano no es menester llevarlo sino en cuanto sin engaño ni grave detrimento de nuestros prójimos, nos permita vivir decorosamente a la medida de nuestro rango social; pero de modo que nos vaque el mayor tiempo posible para atender al otro gran negocio. Y hay quienes elevándose un poco sobre esa concepción, más que ética, económica, del trabajo de nuestro oficio civil, llegan hasta una concepción y un sentimiento estéticos de él, que se cifran en adquirir lustre y renombre en nuestro oficio, y hasta en hacer de él arte por el arte mismo, por la belleza. Pero hay que elevarse aún más, a un sentimiento ético de nuestro oficio civil que deriva y desciende de nuestro sentimiento religioso, de nuestra hambre de eternización. El trabajar cada uno en su propio oficio civil, puesta la vida en Dios, por amor a Dios, lo que vale decir por amor a nuestra eternización, es hacer de ese trabajo una obra religiosa.

El texto aquel de «comerás el pan con el sudor de tu frente», no quiere decir que condenase Dios al hombre al trabajo, sino a la penosidad de él. Al trabajo mismo no pudo condenarle, porque es el trabajo el único consuelo práctico de haber nacido. Y la prueba de que no le condenó al trabajo mismo está, para un cristiano, en que al ponerle en el Paraíso, antes de la caída, cuando se hallaba aún en su estado de inocencia, dice la Escritura que le puso en él para que lo guardase y lo labrase (Génesis, II. 15). Y de hecho, ¿en qué iba a pasar el tiempo en el Paraíso si no lo trabajaba? ¿Y es que acaso la visión beatífica misma no es una especie de trabajo?

Y aun cuando el trabajo fuese nuestro castigo, deberíamos tender a hacer de él, del castigo mismo, nuestro consuelo y nuestra redención, y de abrazarnos a alguna cruz, no hay para cada uno otra mejor que la cruz del trabajo de su propio oficio civil. Que no nos dijo el Cristo «toma mi cruz y sígueme», sino »toma tu cruz y sígueme»; cada uno la suya, que la del Salvador él solo la lleva. Y no consiste, por lo tanto, la imitación de Cristo en aquel ideal monástico que resplandece en el libro que lleva el nombre vulgar del Kempis, ideal sólo aplicable a un muy limitado número de personas, y, por lo tanto, anticristiano, sino que imitar a Cristo es tomar cada uno su cruz, la cruz de su propio oficio civil, como Cristo tomó la suya, la de su oficio, civil también a la par que religioso, y abrazarse a ella y llevarla puesta la vista en Dios y tendiendo a hacer una verdadera oración de los actos propios de ese oficio. Haciendo zapatos y por hacerlos, se puede ganar la gloria si se esfuerza el zapatero en ser como zapatero perfecto como es perfecto nuestro Padre celestial.

Ya Fourier, el soñador socialista, soñaba con hacer el trabajo atrayente en sus falansterios por la libre elección de las vocaciones y por otros medios. El único es la libertad. El encanto del juego de azar, que es trabajo, ¿de qué depende sino de que se somete uno libremente a la libertad de la Naturaleza, esto es, al azar? Y no nos perdamos en un cotejo entre el trabajo y el deporte.

Y el sentimiento de hacernos insustituíbles, de no merecer la muerte, de hacer que nuestra aniquilación, si es que nos está reservada, sea una injusticia, no sólo debe llevarnos a cumplir religiosamente, por amor a Dios y a nuestra eternidad y eternización, nuestro propio oficio, sino a cumplirlo apasionadamente, trágicamente si se quiere. Debe llevarnos a esforzarnos por sellar a los demás con nuestro sello, por perpetuarnos en ellos y en sus hijos, dominándolos, por dejar en todo imperecedera nuestra cifra. La más fecunda moral es la moral de la imposición mutua.

Ante todo, cambiar en positivos los mandamientos que en forma negativa nos legó la Ley Antigua. Y así donde se nos dijo: ¡no mentirás!, entender que nos dice: ¡dirás siempre la verdad, oportuna o inoportunamente! aunque sea cada uno de nosotros, y no los demás, quien juzgue en cada caso de esa oportunidad. Y donde se nos dijo: ¡no matarás!, entender: ¡darás vida y la acrecenterás! Y donde: ¡no hurtarás!, que dice: ¡acrecentarás la riqueza pública! Y donde: ¡no cometerás adulterio!, esto: ¡darás a tu tierra y al cielo hijos sanos, fuertes y buenos! Y así todo lo demás.

El que no pierda su vida, no la logrará. Entrégate, pues, a los demás, pero para entregarte a ellos domínalos primero. Pues no cabe dominar sin ser dominado. Cada uno se alimenta de la carne de aquel a quien devora. Para dominar al prójimo, hay que conocerlo y quererlo. Tratando de imponerle mis ideas, es como recibo las suyas. Amar al prójimo, es querer que sea como yo, que sea otro yo, es decir, es querer yo ser él; es querer borrar la divisoria entre él y yo, suprimir el mal. Mi esfuerzo por imponerme a otro, por ser y vivir yo en él y de él, por hacerle mío—que es lo mismo que hacerme suyo,—es lo que da sentido religioso a la colectividad, a la solidaridad humana.

El sentimiento de solidaridad parte de mí mismo; como soy sociedad, necesito adueñarme de la sociedad humana; como soy un producto social, tengo que socializarme y de mí voy a Dios —que soy yo proyectado al Todo—y de Dios a cada uno de mis prójimos.

De primera intención protesto contra el inquisidor, y a él prefiero el comerciante que viene a colocarme sus mercancías; pero si recojido en mí mismo lo pienso mejor, veré que aquél, el inquisidor, cuando es de buena intención, me trata como a un hombre, como a un fin en sí, pues si me molesta es por el caritativo deseo de salvar mi alma, mientras que el otro no me considera sino como a un cliente, como a un medio, y su indulgencia y tolerancia no es en el fondo sino la más absoluta

indiferencia respecto a mi destino. Hay mucha más humanidad en el inquisidor.

Como suele haber mucho más humanidad en la guerra que no en la paz. La no resistencia al mal implica resistencia al bien, y aun fuera de la defensiva, la ofensiva misma es lo más divino acaso de lo humano. La guerra es escuela de fraternidad y lazo de amor; es la guerra la que, por el choque y la agresión mutua, ha puesto en contacto a los pueblos, y les ha hecho conocerse y quererse. El más puro y más fecundo abrazo de amor que se den entre sí los hombres, es el que sobre el campo de batalla se dan el vencedor y el vencido. Y aun el odio depurado que surge de la guerra es fecundo. La guerra es, en su más estricto sentido, la santificación del homicidio; Caín se redime como general de ejércitos. Y si Caín no hubiese matado a su hermano Abel, habría acaso muerto a manos de éste. Dios se reveló sobre todo en la guerra; empezó siendo el Dios de los ejércitos, y uno de los mayores servicios de la cruz es el de defender en la espada la mano que esgrime ésta.

Fue Caín el fratricida, el fundador del Estado, dicen los enemigos de éste. Y hay que aceptarlo y volverlo en gloria del Estado, hijo de la guerra. La civilización empezó el día en que un hombre, sujetando a otro y obligándole a trabajar para los dos, pudo vagar a la contemplación del mundo y obligar a su sometido a trabajos de lujo. Fue la esclavitud lo que permitió a Platón especular sobre la república ideal, y fue la guerra la que trajo la esclavitud. No en vano es Atena la diosa de la guerra y de la ciencia. Pero, ¿será menester repetir una vez más estas verdades tan obvias, mil veces desatendidas y que otras mil vuelven a renacer?

El precepto supremo que surge del amor a Dios y la base de toda moral es éste: entrégate por entero; da tu espíritu para salvarlo, para eternizarlo. Tal es el sacrificio de vida.

Y el entregarse supone, lo he de repetir, imponerse. La verdadera moral religiosa es en el fondo agresiva, invasora.

El individuo en cuanto individuo, el miserable individuo

que vive preso del instinto de conservación y de los sentidos, no quiere sino conservarse, y todo su hipo es que no penetren los demás en su esfera, que no le inquieten, que no le rompan la pereza, a cambio de lo cual, o para dar ejemplo y norma, renuncia a penetrar él en los otros, a romperles la pereza, a inquietarles, a apoderarse de ellos. El «no hagas a otro lo que para ti no quieras», lo traduce él así: yo no me meto con los demás; que no se metan los demás conmigo. Y se achica y se engurruña y perece en esta avaricia espiritual y en esta moral repulsiva del individualismo anárquico: cada uno para sí. Y como cada uno no es él mismo, mal puede ser para sí.

Mas así que el individuo se siente en la sociedad, se siente en Dios, y el instinto de perpetuación le enciende en amor a Dios y en caridad dominadora, busca perpetuarse en los demás, perennizar su espíritu, eternizarlo, desclavar a Dios, y sólo anhela sellar su espíritu en los demás espíritus y recibir el sello de éstos. Es que se sacudió de la pereza y de la avaricia espirituales.

La pereza, se dice, es la madre de todos los vicios, y la pereza, en efecto, engendra los dos vicios, la avaricia y la envividia, que son a su vez fuente de todos los demás. La pereza es el peso de la materia, de suyo inerte, en nosotros, y esa pereza, mientras nos dice que trata de conservarnos por el ahorro, en realidad no trata sino de amenguarnos, de anonadarnos.

Al hombre o le sobra materia o le sobra espíritu, o mejor dicho, o siente hambre de espíritu, esto es, de eternidad, o hambre de materia, resignación a anonadarse. Cuando le sobra espíritu y siente hambre de más de él, lo vierte y derrama fuera, y al derramarlo, se le acrecienta con lo de los demás; y, por el contrario, cuando, avaro de sí mismo, se recoje en sí pensando mejor conservarse, acaba por perderlo todo, y le ocurre lo que al que recibió un solo talento: lo enterró para no perderlo, y se quedó sin él. Porque al que tiene, se le dará; pero al que no tiene sino poco, hasta eso poco le será quitado.

Sed perfectos como vuestro Padre Celestial lo es, se nos dijo, y este terrible precepto —terrible porque la perfección infinita del Padre nos es inasequible—debe ser nuestra suprema norma de conducta. El que no aspire a lo imposible, apenas hará nada hacedero que valga la pena. Debemos aspirar a lo imposible, a la perfección absoluta e infinita, y decir al Padre: ¡Padre, no puedo; ayuda a mi impotencia! Y Él lo hará en nosotros.

Y ser perfecto es serlo todo, es ser yo y ser todos los demás, es ser humanidad, es ser universo. Y no hay otro camino para ser todo lo demás sino darse a todo, y cuando todo sea en todo, todo será en cada uno de nosotros. La apocatastasis es más que un ensueño místico, es una norma de acción, es un faro de altas hazañas.

De donde la moral invasora, dominadora, agresiva, inquisidora, si queréis. Porque la caridad verdadera es invasora, y consiste en meter mi espíritu en los demás espíritus, en darles mi dolor como pábulo y consuelo a sus dolores, en despertar con mi inquietud sus inquietudes, en aguzar su hambre de Dios con mi hambre de Él. La caridad no es brezar y adormecer a nuestros hermanos en la inercia y modorra de la materia, sino despertarles en la zozobra y el tormento del espíritu.

A las catorce obras de misericordia que se nos enseñó en el Catecismo de la doctrina cristiana, habría que añadir a las veces una más, y es la de despertar al dormido. A las veces por lo menos, y desde luego cuando el dormido duerme al borde de una sima, el despertarle es mucho más misericordioso que enterrarle después de muerto, pues dejemos que los muertos entierren a sus muertos. Bien se dijo aquello de «quien bien te quiera, te hará llorar», y la caridad suele hacer llorar. «El amor que no mortifica, no merece tan divino nombre», decía el encendido apóstol portugués Fr. Thomé de Jesús (*Trabalhos de Jesus*, parte primera); el de esta jaculatoria: «¡Oh fuego infinito, oh amor eterno, que si no tienes donde abraces y te alargues y muchos corazones a que quemes, lloras!» El que ama

al prójimo, le quema el corazón, y el corazón, como la leña fresca, cuando se quema, gime y destila lágrimas.

Y el hacer eso es generosidad, una de las dos virtudes madres que surgen cuando se vence a la inercia, a la pereza. Las más de nuestras miserias vienen de avaricia espiritual.

El remedio al dolor, que es, dijimos, el choque de la conciencia en la inconciencia, no es hundirse en ésta, sino elevarse a aquélla y sufrir más. Lo malo del dolor se cura con más dolor, con más alto dolor. No hay que darse opio, sino poner vinagre y sal en la herida del alma, porque cuando te duermas y no sientas ya el dolor, es que no eres. Y hay que ser. No cerréis, pues, los ojos a la Esfinge acongojadora, sino miradla cara a cara, y dejad que os coja y os masque en su boca de cien mil dientes venenosos y os trague. Veréis qué dulzura cuando os haya tragado, qué dolor más sabroso.

Y a esto se va prácticamente por la moral de la imposición mutua. Los hombres deben tratar de imponerse los unos a los otros, de darse mutuamente sus espíritus, de sellarse mutuamente las almas.

Es cosa que da en qué pensar eso de que hayan llamado a la moral cristiana moral de esclavos, ¿quiénes? ¡Los anarquistas! El anarquismo sí que es moral de esclavos, pues sólo el esclavo canta a la libertad anárquica. ¡Anarquismo, no!, sino *panarquismo;* no aquello de ni Dios ni amo, sino todos dioses y amos todos, todos esforzándose por divinizarse, por inmortalizarse. Y para ello dominando a los demás.

¡Y hay tantos modos de dominar! A las veces, hasta pasivamente, al parecer al menos, se cumple con esta ley de vida. El acomodarse al ámbito, el imitar, el ponerse uno en lugar de otro, la simpatía, en fin, además de ser una manifestación de la unidad de la especie, es un modo de expansionarse, de ser otro. Ser vencido, o por lo menos aparecer vencido, es muchas veces vencer; tomar lo de otro, es un modo de vivir en él.

Y es que al decir dominar, no quiero decir como el tigre.

También domina el zorro por la astucia, y la liebre huyendo, y la víbora por su veneno, y el mosquito por su pequeñez, y el calamar por su tinta con que oscurece el ámbito y huye. Y nadie se escandalice de esto, pues el mismo Padre de todos, que dió fiereza, garras y fauces al tigre, dió astucia al zorro, patas veloces a la liebre, veneno a la víbora, pequeñez al mosquito y tinta al calamar. Y no consiste la nobleza o innobleza en las armas que se use, pues cada especie, y hasta cada individuo, tiene las suyas, sino en cómo se las use, y, sobre todo, en el fin para que uno las esgrima.

Y entre las armas de vencer hay también la de la paciencia y la resignación apasionadas, llenas de actividad y de anhelos anteriores. Recordad aquel estupendo soneto del gran luchador, del gran inquietador puritano Juan Milton, el secuaz de Crómwell y cantor de Satanás, el que al verse ciego y considerar su luz apagada e inútil en él aquel talento cuya ocultación es muerte, oye que la Paciencia le dice: «Dios no necesita ni de obra de hombre ni de sus dones; quienes mejor llevan su blando yugo, le sirven mejor; su estado es regio; miles hay que se lanzan a su señal y corren sin descanso tierras y mares, pero también le sirven los que no hacen sino estarse y aguardar.»

They also serve who only stand and wait. Sí, también le sirven los que sólo se están aguardándole, pero es cuando le aguardan apasionadamente, hambrientamente, llenos de anhelo de inmortalidad en El.

Y hay que imponerse, aunque sólo sea por la paciencia. «Mi vaso es pequeño, pero bebo en mi vaso»—decía un poeta egoísta y de un pueblo de avaros. No, en mi vaso beben todos, quiero que todos beban de él; se lo doy, y mi vaso crece, según el número de los que en él beben, y todos, al poner en él sus labios, dejan allí algo de su espíritu. Y bebo también de los vasos de los demás, mientras ellos beben del mío. Porque cuanto más soy de mí mismo, y cuanto soy más yo mismo, más soy de los demás; de la plenitud de mí mismo me

vierto a mis hermanos, y al verterme a ellos, ellos entran en mí.

«Sed perfectos como vuestro Padre», se nos dijo, y nuestro Padre es perfecto porque es El, y es cada uno de sus hijos que en El viven, son y se mueven. Y el fin de la perfección, es que seamos todos una sola cosa (Juan, XVII. 21), todos un cuerpo en Cristo (Rom., XII. 5), y que, al cabo, sujetas todas las cosas al Hijo, el Hijo mismo se sujete a su vez a quien le sujetó todo para que Dios sea todo en todos. Y esto es hacer que el Universo sea conciencia; hacer de la Naturaleza sociedad, y sociedad humana. Y entonces se le podrá a Dios llamar Padre a boca llena.

Ya sé que los que dicen que la ética es ciencia, dirán que todo esto que vengo exponiendo no es más que retórica; pero cada cual tiene su lenguaje y su pasión. Es decir, el que la tiene, y el que no tiene pasión, de nada le sirve tener ciencia.

Y a la pasión que se expresa por esta retórica, le llaman egotismo los de la ciencia ética, y el tal egotismo es el único verdadero remedio del egoísmo, de la avaricia espiritual, del vicio de conservarse y ahorrarse, y no de tratar de perennizarse dándose.

«No seas, y podrás más que todo lo que es», decía nuestro Fr. Juan de los Angeles en uno de sus *Diálogos de la conquista del reino de Dios* (Dial., III. 8); pero ¿qué quiere decir eso de no seas? ¿No querrá, acaso, decir paradójicamente, como a menudo en los místicos sucede, lo contrario de lo que tomado a la letra y a primera lección dice? ¿No es una inmensa paradoja, un gran contrasentido trágico, más bien, la moral toda de la sumisión y del quietismo? La moral monástica, la puramente monástica, ¿no es un absurdo? Y llamo aquí moral monástica a la del cartujo solitario, a la del eremita, que huye del mundo—llevándolo acaso consigo—para vivir sólo y a solas con un Dios sólo también y solitario; no a la del dominico inquisidor, que recorre la Provenza a quemar corazones de albigenses.

«¡Que lo haga todo Dios!»—dirá alguien;—pero es que si el hombre se cruza de brazos, Dios se echa a dormir.

Esa moral cartujana y la otra moral científica, la que sacan de la ciencia ética—¡oh la ética como ciencia! ¡la ética racional y racionalista! ¡pedantería de pedanterías y todo pedantería!,—eso sí que puede ser egoísmo y frialdad de corazón.

Hay quien dice aislarse con Dios para mejor salvarse, para mejor redimirse; pero es que la redención tiene que ser colectiva, pues que la culpa lo es. «Lo religioso es la determinación de totalidad, y todo lo que está fuera de esto es engaño de los sentidos, por lo cual el mayor criminal es, en el fondo, inocente y un hombre bondadoso un santo.» Así Kierkegaard (*Afslutende*, etc., II, II, cap. IV, sect. II., A.)

¿Y se comprende, por otra parte, que se quiera ganar la otra vida, la eterna, renunciando a ésta, a la temporal? Si algo es la otra vida, ha de ser continuación de ésta, y sólo como continuación, más o menos depurada, de ella la imagina nuestro anhelo, y si así es, cuál sea esta vida del tiempo será la de la eternidad.

«Este mundo y el otro son como dos mujeres de un solo marido, que si agradas a la una, mueves a la otra a envidia»—dice un pensador árabe, citado por Windelband (*Das Heilige*, en el vol. II de *Präludien*);—mas tal pensamiento no ha podido brotar sino de quien no ha sabido resolver en una lucha fecunda, en una contradicción práctica, el conflicto trágico entre su espíritu y el mundo. «Venga a nos el tu reino», nos enseñó el Cristo a pedir a su Padre, y no «vayamos al tu reino», y según las primitivas creencias cristianas, la vida eterna había de cumplirse sobre esta misma tierra, y como continuación de la de ella. Hombres y no ángeles se nos hizo, para que buscásemos nuestra dicha a través de la vida, y el Cristo de la fe cristiana no se angelizó, sino que se humanó, tomando cuerpo real y efectivo, y no apariencia de él para redimirnos. Y según esa misma fe, los ángeles, hasta los más encumbrados, adoran

a la Virgen, símbolo supremo de la Humanidad terrena. No es, pues, el ideal angélico un ideal cristiano, y desde luego no lo es humano, ni puede serlo. Es, además, un ángel algo neutro, sin sexo y sin patria.

No nos cabe sentir la otra vida, la vida eterna, lo he repetido ya varias veces, como una vida de contemplación angélica; ha de ser vida de acción. Decía Goethe que «el hombre debe creer en la inmortalidad; tiene para ello un derecho conforme a su naturaleza». Y añadía así: «La convicción de nuestra perduración me brota del concepto de la actividad. Si obro sin tregua hasta mi fin, la Naturaleza está obligada—*so ist die Natur verpflichtet*—a proporcionarme otra forma de existencia, ya que mi actual espíritu no puede soportar más.» Cambiad lo de Naturaleza por Dios, y tendréis un pensamiento que no deja de ser cristiano, pues los primeros padres de la Iglesia no creyeron que la inmortalidad del alma fuera un dón natural—es decir, algo racional,—sino un dón divino de gracia. Y lo que es de gracia suele ser, en el fondo, de justicia, ya que la justicia es divina y gratuita, no natural. Y agregaba Goethe: «No sabría empezar nada con una felicidad eterna, si no me ofreciera nuevas tareas y nuevas dificultades a que vencer.» Y así es, la ociosidad contemplativa no es dicha.

Mas, ¿no tendrá alguna justificación la moral eremítica, cartujana, la de la Tebaida? ¿No se podrá, acaso, decir que es menester se conserven esos tipos de excepción para que sirvan de eterno modelo a los otros? ¿No crían los hombres caballos de carrera, inútiles para todo otro menester utilitario, pero que mantienen la pureza de la sangre y son padres de excelentes caballos de tiro y de silla? ¿No hay, acaso, un lujo ético, no menos justificable que el otro? Pero, por otra parte, ¿no es esto, en el fondo, estética y no moral, y mucho menos religión? ¿No es que será estético y no religioso, ni siquiera ético, el ideal monástico contemplativo medieval? Y al fin los de entre aquellos solitarios que nos han contado sus coloquios a solas con Dios, han hecho una obra eternizadora, se han metido

en las almas de los demás. Y ya sólo con eso, con que el claustro haya podido darnos un Eckart, un Suso, un Taulero, un Ruisbroquio, un Juan de la Cruz, una Catalina de Siena, una Angeles de Foligno, una Teresa de Jesús, está justificado el claustro.

Pero nuestras Órdenes españolas son, sobre todo, la de Predicadores, que Domingo de Guzmán instituyó para la obra agresiva de extirpar la herejía, la Compañía de Jesús, una milicia en medio del mundo, y con ello está dicho todo, la de las Escuelas Pías, para la obra también invasora de la enseñanza... Cierto es que se me dirá que también la reforma del Carmelo, Orden contemplativa que emprendió Teresa de Jesús, fue obra española. Sí, española fue, y en ella se buscaba libertad.

Era el ansia de libertad, de libertad interior, en efecto, lo que en aquellos revueltos tiempos de Inquisición llevaba a las almas escojidas al claustro. Encarcelábanse para ser mejor libres. «¿No es linda cosa que una pobre monja de San José pueda llegar a enseñorear toda la tierra y elementos?» decía en su *Vida* Santa Teresa. Era el ansia pauliniana de libertad, de sacudirse de la ley externa, que era bien dura, y, como decía el Maestro Fray Luis de León, bien cabezuda entonces.

¿Pero lograron libertad así? Es muy dudoso que la lograran, y hoy imposible. Porque la verdadera libertad no es esa de sacudirse de la ley externa; la libertad es la conciencia de la ley. Es libre no el que se sacude de la ley, si no el que se adueña de ella. La libertad hay que buscarla en medio del mundo que es donde vive la ley, y con la ley la culpa, su hija. De lo que hay que libertarse es de la culpa, que es colectiva.

En vez de renunciar al mundo para dominarlo—¿quién no conoce el instinto colectivo de dominación de las órdenes religiosas cuyos individuos renuncian al mundo?—lo que habría que hacer es dominar al mundo para poder renunciar a él. No buscar la pobreza y la sumisión, sino buscar la riqueza para emplearla en acrecentar la conciencia humana, y buscar el poder para servirse de él con el mismo fin.

Es cosa curiosa que frailes y anarquistas se combatan entre sí, cuando en el fondo profesan la misma moral y tienen un tan íntimo parentesco unos con otros. Como que el anarquismo viene a ser una especie de monacato ateo, y más una doctrina religiosa que ética o económico social. Los unos parten de que el hombre nace malo, en pecado original, y la gracia le hace luego bueno, si es que le hace tal, y los otros de que nace bueno y la sociedad le pervierte luego. Y en resolución, lo mismo da una cosa que otra, pues en ambas se opone el individuo a la sociedad, y como si precediera, y, por lo tanto, hubiese de sobrevivir, a ella. Y las dos morales son morales de claustro.

Y el que la culpa es colectiva no ha de servir para sacudirme de ella sobre los demás, sino para cargar sobre mí las culpas de los otros, las de todos; no para difundir mi culpa y anegarla en la culpa total, sino para hacer la culpa total mía; no para enajenar mí culpa, sino para ensimismarme y apropiarme, adentrándomela, la de todos. Y cada uno debe contribuir a curarla, por lo que otros no hacen. El que la sociedad sea culpable, agrava la culpa de cada uno. «Alguien tiene que hacerlo, ¿pero por qué he de ser yo?, es la frase que repiten los débiles bien intencionados. Alguien tiene que hacerlo, ¿por qué no yo?, es el grito de un serio servidor del hombre que afronta cara a cara un serio peligro. Entre estas dos sentencias median siglos enteros de evolución moral.» Así dijo Mrs. Annie Besant, en su autobiografía. Así dijo la teósofa.

El que la sociedad sea culpable, agrava la culpa de cada uno, y es más culpable el que más siente la culpa. Cristo, el inocente, como conocía mejor que nadie la intensidad de la culpa, era en un cierto sentido el más culpable. En él llegó a conciencia la divinidad de la humanidad y con ella su culpabilidad. Suele dar que reir a no pocos el leer de grandísimos santos que por pequeñísimas faltas, por faltas que hacen sonreirse a un hombre de mundo, se tuvieron por los más grandes pecadores. Pero la intensidad de la culpa no se mide por el acto externo, sino por la conciencia de ella, y a uno le causa

agudísimo dolor lo que a otro apenas si un lijero cosquilleo. Y en un santo puede llegar la conciencia moral a tal plenitud y agudeza, que el más leve pecado le remuerda más que al mayor criminal su crimen. Y la culpa estriba en tener conciencia de ella, está en el que juzga y en cuanto juzga. Cuando uno comete un acto pernicioso creyendo de buena fe hacer una acción virtuosa, no podemos tenerle por moralmente culpable, y cuando otro cree que es mala una acción indiferente o acaso beneficiosa, y la lleva a cabo, es culpable. El acto pasa, la intención queda, y lo malo del mal acto es que malea la intención, que haciendo mal a sabiendas se predispone uno a seguir haciéndolo, se oscurece la conciencia. Y no es lo mismo hacer el mal que ser malo. El mal oscurece la conciencia, y no sólo la conciencia moral, si no la conciencia general, la psíquica. Y es que es bueno cuanto exalta y ensancha la conciencia, y malo lo que la deprime y amengua.

Y aquí acaso cabría aquello que ya Sócrates, según Platón, se proponía, y es si la virtud es ciencia. Lo que equivale a decir si la virtud es racional.

Los eticistas, los de que la moral es ciencia, los que al leer todas estas divagaciones dirán: ¡retórica, retórica, retórica!, creerán, me parece, que la virtud se adquiere por ciencia, por estudio racional, y hasta que las matemáticas nos ayudan a ser mejores. No lo sé, pero yo siento que la virtud, como la religiosidad, como el anhelo de no morirse nunca—y todo ello es la misma cosa en el fondo—se adquiere más bien por pasión.

Pero y la pasión ¿qué es? se me dirá. No lo sé; o, mejor dicho, lo sé muy bien, porque la siento, y, sintiéndola, no necesito definírmela. Es más aún: temo que si llego a definirla, dejaré de sentirla y de tenerla. La pasión es como el dolor, y, como el dolor, crea su objeto. Es más fácil al fuego hallar combustible que al combustible fuego.

Vaciedad y sofistería habrá de aparecer esto, bien lo sé. Y se me dirá también que hay la ciencia de la pasión, y que

hay la pasión de la ciencia, y que es en la esfera moral donde la razón y la vida se aúnan.

No lo sé, no lo sé, no lo sé... Y acaso esté yo diciendo en el fondo, aunque más turbiamente, lo mismo que esos, los adversarios que me finjo para tener a quien combatir, dicen, sólo que más claro, más definida y más racionalmente. No lo sé, no lo sé... Pero sus cosas me hielan y me suenan a vaciedad afectiva.

Y volviendo a lo mismo, ¿es la virtud ciencia? ¿Es la ciencia virtud? Porque son dos cosas distintas. Puede ser ciencia la virtud, ciencia de saber conducirse bien, sin que por eso toda otra ciencia sea virtud. Ciencia es la de Maquiavelo, y no puede decirse que su *virtú* sea virtud moral siempre. Sabido es, además, que no son mejores ni los más inteligentes, ni los más instruídos.

No, no, no; ni la fisiología enseña a digerir, ni la lógica a discurrir, ni la estética a sentir la belleza o a expresarla, ni la ética a ser bueno. Y menos mal si no enseña a ser hipócrita; porque la pedantería, sea de lógica, sea de estética, sea de ética, no es en el fondo sino hipocresía.

Acaso la razón enseñe ciertas virtudes burguesas, pero no hace ni héroes ni santos. Porque santo es el que hace el bien no por el bien mismo, sino por Dios, por la eternización.

Acaso, por otra parte, la cultura, es decir, la Cultura—¡oh, la cultura!,—obra sobre todo de filósofos y de hombres de ciencia, no la han hecho ni los héroes ni los santos! Porque los santos se han cuidado muy poco del progreso de la cultura humana; se cuidaron más bien de la salvación de las almas individuales de aquellos con quienes convivían. ¿Qué significa, por ejemplo, en la historia de la cultura humana nuestro San Juan de la Cruz, aquel frailecito incandescente, como se le ha llamado culturalmente—y no sé si cultamente,—junto a Descartes?

Todos esos santos, encendidos de religiosa caridad hacia sus prójimos, hambrientos de eternización propia y ajena, que

iban a quemar corazones ajenos, inquisidores acaso; todos esos santos, ¿qué han hecho por el progreso de la ciencia de la ética? ¿Inventó acaso alguno de ellos el imperativo categórico, como lo inventó el solterón de Kœnisberg, que si no fue santo mereció serlo?

Quejábaseme un día el hijo de un gran profesor de ética, de uno a quien apenas si se le caía de la boca el imperativo ese, que vivía en una desoladora sequedad de espíritu, en un vacío interior. Y hube de decirle:—Es que su padre de usted, amigo mío, tenía un río soterraño en el espíritu, una fresca corriente de antiguas creencias infantiles, de esperanzas de ultratumba; y cuando creía alimentar su alma con el imperativo ese o con algo parecido, lo estaba en realidad alimentando con aquellas aguas de la niñez. Y a usted le ha dado la flor acaso de su espíritu, sus doctrinas racionales de moral, pero no la raíz, no lo soterraño, no lo irracional.

¿Por qué prendió aquí, en España, el krausismo y no el hegelianismo o el kantismo, siendo estos sistemas mucho más profundos, racional y filosóficamente, que aquél? Porque el uno nos le trajeron con raíces. El pensamiento filosófico de un pueblo o de una época es como su flor, es aquello que está fuera y está encima; pero esa flor, o si se quiere fruto, toma sus jugos de las raíces de la planta, y las raíces, que están dentro y están debajo de tierra, son el sentimiento religioso. El pensamiento filosófico de Kant, suprema flor de la evolución mental del pueblo germánico, tiene sus raíces en el sentimiento religioso de Lutero, y no es posible que el kantismo, sobre todo en su parte práctica, prendiese y diese flores y frutos en pueblos que ni habían pasado por la Reforma ni acaso podían pasar por ella. El kantismo es protestante, y nosotros, los españoles, somos fundamentalmente católicos. Y si Krause echó aquí algunas raíces—más que se cree, y no tan pasajeras como se supone,—es porque Krause tenía raíces pietistas, y el pietismo, como lo demostró Ritschl en la historia de él *(Geschichte der Pietismus)*, tiene raíces específicamente católicas, y signi-

fica en gran parte la invasión, o más bien la persistencia del misticismo católico en el seno del racionalismo protestante. Y así se explica que se krausizaran aquí hasta no pocos pensadores católicos.

Y puesto que los españoles somos católicos, sepámoslo o no lo sepamos, queriéndolo o sin quererlo, y aunque alguno de nosotros presuma de racionalista o de ateo, acaso nuestra más honda labor de cultura y lo que vale más que de cultura, de religiosidad—si es que no son lo mismo,—es tratar de darnos clara cuenta de ese nuestro catolicismo subconciente, social o popular. Y esto es lo que he tratado de hacer en estos ensayos.

Lo que llamo el sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos es por lo menos nuestro sentimiento trágico de la vida, el de los españoles y el pueblo español, tal y como se refleja en mi conciencia, que es una conciencia española, hecha en España. Y este sentimiento trágico de la vida es el sentimiento mismo católico de ella, pues el catolicismo y mucho más el popular, es trágico. El pueblo aborrece la comedia. El pueblo, cuando Pilato, el señorito, el distinguido, el esteta, racionalista si queréis, quiere darle comedia y le presenta al Cristo en irrisión diciéndole: ¡He aquí el hombre!, se amotina y grita: ¡crucifícale! ¡crucifícale! No quiere comedia, sino tragedia. Y lo que el Dante, el gran católico, llamó comedia divina, es la más trágica tragedia que se haya escrito.

Y como he querido en estos ensayos mostrar el alma de un español y en ella al alma española, he escatimado las citas de escritores españoles prodigando, acaso en exceso, las de los de otros países. Y es que todas las almas humanas son hermanas.

Y hay una figura, una figura cómicamente trágica, una figura en que se ve todo lo profundamente trágico de la comedia humana, la figura de Nuestro Señor Don Quijote, el Cristo español, en que se cifra y encierra el alma inmortal de este mi pueblo. Acaso la pasión y muerte del Caballero de la Triste Figura es la pasión y muerte del pueblo español. Su muerte y

su resurrección. Y hay una filosofía, y hasta una metafísica quijotesca, y una lógica y una ética quijotescas también, y una religiosidad—religiosidad católica española—quijotesca. Es la filosofía, es la lógica, es la ética, es la religiosidad que he tratado de esbozar y más de sugerir que de desarrollar en estos ensayos. Desarrollarlas racionalmente no; la locura quijotesca no consiente la lógica científica.

Y ahora, antes de concluir y despedirme de mis lectores, quédame hablar del papel que le está reservado a Don Quijote en la tragi-comedia europea moderna.

Vamos a verlo en un último ensayo de éstos.

MIGUEL DE UNAMUNO

La organización de la Marina de Inglaterra al concluir el siglo XVIII

SU COMPARACION CON LA DE ESPAÑA (1)

La Marina británica, cuando Inglaterra se empeñó con España, Portugal y el Reino de las Dos Sicilias, en guerra contra la República francesa que acababa de guillotinar a Luis XVI y María Antonieta, debía estar gobernada por un gran Almirante, y no habiéndole, como entonces no le había, por el *Almirantazgo*, por lo que aún lleva el nombre, para la Gran Bretaña glorioso, el cual se hallaba compuesto de siete lores, de los que tres, a lo menos, habían de ser oficiales de Marina. El primero, que en aquel tiempo lo era Lord Chatam, equivalía á Secretario del despacho.

A más de este Tribunal, que tenía sus oficinas respectivas, había otro que se llamaba *Junta de la Armada*, compuesto de once sujetos, de los que, el presidente había de ser capitán de navío, y lo mismo los tres residentes en los tres departamentos principales. Esta Junta tenía a su cargo todo lo político y económico, y la provisión de cuanto se necesitaba para la subsistencia de la Armada. Cada miembro estaba encargado de un ramo particular, y tenía a sus órdenes el número de dependientes necesarios, aunque no formaban cuerpo ni vestían uniforme.

(1) Del libro inédito: *Trafalgar*, escrito por el autor por mandato de la Real Academia de la Historia.

Departamentos.

Había seis departamentos en Inglaterra: los tres principales, mandados por Almirantes (Capitanes generales). Estos eran Portsmouth, Plymouth y Chatam, en los cuales estaba el mayor número de navíos; los otros eran Delford, Woolvich y Chernef, que servían para la construcción.

Plymouth, situado a la entrada del canal, tenía cinco diques, uno de ellos doble, a más de un varadero, con tres gradas, sin almacenes particulares, pues todos los pertrechos se hallaban en los generales, aunque con distinción.

Se había hecho últimamente una magnífica *cordelería*, y se trabajaba con mucho empeño en el aumento de edificios con proporción al grande incremento que en los últimos años había tomado tan gran Marina.

En el parque de Artillería no había mucho orden ni cosa particular, pero sí carronadas de todos calibres, en bastante número; y a fines de Agosto de 1793 había catorce navíos de tres puentes, dos de a ochenta cañones, diez de a setenta y cuatro y diez y nueve de sesenta y cuatro, con quince fragatas desde 32 a 20. El Hospital era magnífico.

En este departamento, así como en los demás de Inglaterra, no había más oficiales que el Almirante que mandaba y los de la dotación del buque en que tenía su insignia, tripulado con un tercio de gente; todos los demás estaban en sus casas; concurrían cuando se les llamaba para embarco, y se volvían luego que se verificaba el desarme.

Portsmouth contenía los edificios más esenciales, y se trabajaba en aumentarlos con empeño, por la misma razón del fomento de la Marina. Todos tenían tres altos, y estaban aislados, lo cual no sólo servía en precaución de fuego, sino también para la mejor ventilación.

Tampoco había almacenes particulares para los pertrechos de cada buque; pero éstos estaban colocados con separación en los generales.

Cada embarcación conservaba a bordo su arboladura; mas para las piezas de respeto había las correspondientes naves; y eran muy espaciosas las que se utilizaban para las lanchas y botes, aunque no eran tan grandes como las nuestras.

Había cuatro diques en este Arsenal: uno de ellos doble, y se estaba construyendo otro mayor de la propia forma.

Tenía varias gradas, herrería para fabricar anclas, y una cordelería de una nave y de largo proporcionado.

La artillería y sus pertrechos estaban en su parque, pero sin colocación metódica.

En la extensión del Arsenal había muchas cabrias para poder embarcar y desembarcar con facilidad cualquier peso.

Comprendía en su recinto la Academia de Guardias Marinas, en que sólo se les daban los primeros rudimentos, pues para embarcarse no necesitaban haber hecho examen alguno.

Chatam era el tercer departamento: no tenía la extensión ni edificios que los anteriores, y por esta razón estaba destinado más para la construcción y carenas que para contener gran número de buques.

Woolwich, Delford y Chernef se hallaban dentro del Támesis, y destinados a la construcción: no eran arsenales propiamente dichos, sino más bien astilleros.

Gobierno y mando en los arsenales.

En cada departamento había un *Commisioner,* Capitán de navío, que era como un Inspector y Comandante. Su mando en todo lo económico era absoluto, y se extendía a todos los oficiales civiles, fábricas, obradores, almacenes y pertrechos, sus acopios y distribución y toda la gente de maestranza.

Constructores y construcción.

Sostenía la Marina un cuerpo de ingenieros y muchos maestros constructores, de los cuales había varios en los departa-

mentos que construían según los planos aprobados por el Almirantazgo. Mas por no existir un sistema fijo, cada cual construía como mejor le parecía, aproximándose más en este carácter a nuestra antigua construcción, llamada inglesa, que a la que por aquel tiempo poseía ya España. Acabado de construir en 1792 el navío *Brunswich*, apenas botado al agua, el Capitán de navío de la Real Armada Española, D. José de Mendoza, recibió órdenes del Gobierno de Madrid, de pasar a inspeccionarlo, a estudiarlo, a remitir sus planos, y a hacer sobre su construcción cuantas observaciones creyera convenientes, por haberse introducido modificaciones en el cruzamen de las vergas. De su informe sobre este particular tomamos las notas siguientes:

«Las molduras de popa y proa, decía, son todas diferentes y de mucho gasto, y aunque esto es inútil, aquello puede ser muy conducente para poder desfigurar cualquier buque que convenga, lo cual no cabe ejecutar cuando hay uniformidad, que hace indicar necesariamente su pertenencia.

»Los navíos ingleses son, en general, más alterosos que los nuestros, y los más tienen un embono de cuatro o cinco pulgadas, que principia desde el mismo número de pies debajo del agua y termina en el canto alto de la cinta.

»Es general en los fondos el uso de la cabillería de madera, y sólo aplican en las cabezas de la tablazón pernos de cobre. Para el resto del buque, aun en obras muertas, también se sirven de cabillería.

Para el arrastre de maderas y otros grandes pesos, tienen caballerías por contrata, mediante no haber presidio en los Arsenales, pues aunque los hubo anteriormente, se quitaron por el convencimiento de que un confinado cuesta más que un peón, trabajando mucho menos.

Buques desarmados.

Todos los navíos en estado de poderse armar estaban a la gira en el canal del puerto amarrados con cadenas de hierro.

Los que tenían necesidad de carenas estaban en los caños amarrados en cuatro. Y cada uno de aquéllos tenía para su custodia y limpieza constantemente uno o dos ranchos con un oficial de mar.

Tenían todos arbolados sus palos y sus masteleros y vergas a bordo con el resguardo de unas cubiertas que se formaban a un lado y otro del combés. Sin duda se usaba de este medio, por carecer de naves a propósito, las cuales se habían quemado el año 76.

Conservaban todo su lastre, el forro de cobre y los timones calados, y la artillería la tenían en el Parque.

Cuerpos muertos.

En todo el espacio, desde el puerto de Portsmouth hasta la rada de Spithead, que es de más de una legua, había cuerpos muertos, así para servir de amarraderos como para espiarse.

Buques armados.

Todos tenían su reglamento, y ningún Capitán podía apartarse de él.

Las anclas y cables eran iguales en los de cada rango.

La arboladura, en lo general, no tenía tanta guinda como en nuestros buques antiguos, pero sí más cruzamen, según se usaba en los de la construcción moderna. Los masteleros disminuían muy poco para el cuello, y lo mismo las vergas en los penoles, y así podían hacerse con más seguridad esfuerzos de vela, supuesto el aumento de calceses.

Toda vela menuda era muy cumplida, y, en general, se usaba de cangreja, con grande utilidad, porque daba mucho arranque.

En todos los buques se llevaban unos pescantes cabrias para suspender las anclas, y era uso tan ventajoso, que, facilitando mucho la faena, proporcionaba poder velejear más

pronto, y evitaba el roce de la uña contra el forro de cobre y el costado.

Artillaban los navíos de ciento a ciento diez cañones, con piezas de 48 a 42 en la primera batería; de 24, en la segunda, de 12, en la tercera, y de 9, en el alcázar y castillo; los de noventa a noventa y ocho cañones tenían también tres puentes; los de setenta y cuatro, llevaban calibres de 32, 18 y 9; los de cincuenta, de 18 y 12; y las fragatas, el de a 12, excepto algunas de cuarenta que los llevaban de a 18. Estas solían llevar además seis carronadas de más calibre.

Sobre la ventaja o inutilidad de estas piezas, existían diferentes opiniones entre los oficiales; los jóvenes las pedían, pero los viejos no las querían, por recelo a sus fuertes sacudidas; pero lo cierto era que en los alcázares y castillos casi todos las llevaban, y en general, las embarcaciones pequeñas, en las cuales era innegable la ventaja y sin riesgo alguno.

Hacia 1790 empezaron los ingleses a usar otras piezas, las cuales, guardando los mismos calibres de las carronadas, tenían la ventaja de mayor largo. Venían a ser una especie de obuses montadas, como éstas, pero con pinzote.

Fundiciones.

La Marina real no tenía a fin del siglo XVIII fábrica peculiar, y se surtía de las particulares del Reino y de la que el rey tenía de bronce en Woolvich, que se hallaba bajo la dirección del ministro de la Guerra. Era un establecimiento magnífico sobre el Támesis y a siete millas de Londres. Se fundía en todas partes en sólido, y la prueba se hacía con tres tiros del peso de la bala sobre polines. Los cartuchos los hacían con un papel de nuevo invento, como de estraza, muy resistente e incombustible. La dotación del establecimiento de Woolvich correspondía a su magnificencia.

Toda la artillería que había en los buques ingleses, tenían una llave de quita y pon de mucha utilidad, pues habiendo de

disparar el mismo que apunta, en el momento que se le presentaba el objeto, se conseguía así mayor acierto; cuando por el método ordinario, el intermedio entre la puntería y el disparo hacía casual el acierto con el continuo movimiento del buque, siendo el nuevo método tanto más ventajoso cuanto que aun en el caso de inhabilitación de la llave, quedaba el arbitrio del uso actual de la mecha, que siempre debería estar pronta.

Sobre la metralla, tenían los ingleses distintos métodos, pues algunos la usaban en saquillos como los nuestros; otros, en tubos de hojadelata con barretas de hierro cortantes, y varios unían el cartucho al saco y a éste un taco de madera, cuyo medio era muy del caso para hacer el fuego con viveza y utilidad, especialmente para obuses y artillería de corto calibre.

En general, las Porterías eran más rasgadas que las nuestras antiguas, y por consiguiente, ventajosas para poder ronzar y embicar los cañones como convenga.

El fogón era todo de hierro, aislado, de menos volumen y peso que los antiguos y más resguardados del fuego.

Jarcias.

No usaban los ingleses en sus barcos más que una clase de jarcia después de extraída la estopa, y sólo se diferenciaba en la mena y el colche; aquélla era menor que la nuestra en toda la cabullería de labor y casi ninguna en escotas, amuras, escotines y chafaldetes, por cuyo modo se hacían las faenas de su uso con menos gente y más facilidad, y aguantaban, aunque no les durasen tanto como las colchadas.

Velas y lonas.

No había igualdad en el velamen; poco alunamiento en las gávias y mucho en los juanetes para que no rozasen con el estay cuando se cazaban llevando aquellas con un rizo, como su-

cedía cuando iban de bolina, porque ellas portarían mal de otra manera, a causa de ser faldonas, y, por tanto, necesitar rizos.

Las lonas no tenian la calidad de las nuestras, como los mismos oficiales lo confesaban, y su ancho era sólo de dos pies, lo cual parecía del caso para dar mayor resistencia a la vela.

Anclas.

En buques de aquel porte eran las anclas inglesas de mayor peso que las nuestras, y, de consiguiente, los cables de mayor mena, lo cual podía provenir de la inferioridad de su jarcia.

Lanchas y botes.

En general, las lanchas y botes de los buques ingleses eran muy chicos y aligerados de madera; aquéllas eran sólo capaces de un anclote y para hacer aguada; y de éstas llevaban cuatro, cuya utilidad era muy visible, particularmente para maniobrar con presteza en tiempo de guerra.

En lugar de guindola, llevaban a la popa un botecito pendiente de dos pescantes, siempre pronto para dejarlos caer luego que se oía la voz de «hombre al agua» o para cualquiera otra urgencia.

Cabrestantes.

Los cabrestantes viraban con más facilidad que los nuestros, y esta ventaja provenía de que era mayor el diámetro del sombrerete y de que las barras lo eran también.

Provisión de efectos.

Surtíase la Marina inglesa de géneros por contrata; pero después se dispuso plantear fábricas u obradores en los Arsenales, y para esto se construyeron edificios grandes, aunque nun-

ca como los que necesitaba una Marina tan considerable; bien que tampoco era preciso en un país donde con tanta facilidad y prontitud se podía sacar la provisión que fuera menester de los almacenes de las compañías y fábricas particulares, y que de los puertos del Norte traian la madera de construcción, percherías, cáñamo, betunes y bastante hierro.

Tripulaciones.

Toda la gente que tripulaban las embarcaciones inglesas era voluntaria o de leva, o reclutada por enganchamiento. En tiempo de paz se votaban por el Parlamunto de 18 a 20.000 marineros para los buques armados en los Departamentos; los de las escuadrillas de las Indias orientales y occidentales; en Gibraltar y en los repartidos en las costas de los tres Reinos que compone la Inglaterra.

Para el armamento también tenía votado el Parlamento 45.000 marineros, y para su adquisición se llevaba a cabo crecidos enganches y rigurosas levas, por no existir matrícula ni rol alguno; por lo cual, para principiar un armamento, se valían de la gente que recogían en el Támesis, y aunque llegaba al número de 10 ó 12.000 hombres, era mala. A pesar de este procedimiento y del alto enganche que se daba, en 1792 no pudieron armar desde Noviembre hasta Abril 26 navíos, lo cual probaba que no eran suficientes estos medios para formar una grande escuadra sin mucho retardo, sin embargo de hacer la leva con tanto rigor, que las embarcaciones mercantes que llegaban a Inglaterra estaban expuestas a perderse antes de dar fondo, porque les quitaban la gente.

Tropa destinada para los buques de guerra.

Había dos regimientos, que eran como los de Ejército, en los Arsenales para su guarnición y la de los buques desarmamento en tiempo de paz. En el de guerra duplicaban su fuer-

za, y por no ser suficiente, agregaban tropa de tierra; sin embargo de embarcarse en menor número que en nuestra Armada. Sus oficiales no entraban en la sucesión del mando hasta después del último guardia marina, y no llevaban los buques artillero alguno.

Surtimiento de ropa a la marinería.

El maestre de víveres de cada embarcación estaba encargado del vestuario de que se surtía por contrata.

A cada marinero se le daba el que necesitase, según el destino, y se le cargaban en su asiento, no debiendo pasar su importe del goce de un mes, y devengado éste, se le daba más si lo pedía o necesitaba.

Con esto, no sólo se conseguía la debida decencia, sino que se precavían los malos efectos que causan en la salud la desnudez y la falta de aseo.

Dábaseles también coi con manta y colchoneta, cargándolo al marinero, y con él se formaba un salchichón para parapetos en caso de zafarrancho, cubriéndolos con un encerado.

Hospitales.

Eran magníficos los de Plymouth y Portsmouth, y capaces el de aquel Departamento para 12.000 enfermos, y el de éste para 2.000. Aunque toda la fábrica formaba cuerpo, estaba dividido por manzanas aisladas; así por precaución en el caso de fuego, como para la mayor posible ventilación. Era grande el aseo, y la asistencia la más puntual y esmerada. Tenían patios y portales para paseo de los convalecientes, los cuales tenían además un prado cercado para ese fin.

Era maravilloso el hospital de Greenwich, establecido en 1694 por el rey Guillermo y la reina María para los individuos de Marina que quedaban estropeados en los combates o en

faenas a bordo, o que después de cierto número de campañas no podían servir por sus achaques.

Estaba situado este majestuoso edificio sobre el Támesis y a cinco millas de Londres, y en él se daba la mejor asistencia posible, con total mantenimiento de los individuos que, después de servir a su patria, tenían aquel asilo para pasar cómoda y descansadamente el resto de su vida.

Pilotos.

No había Cuerpo formal, ni, por consiguiente, Academia de ellos. Pero en todos los buques iba un *Master*, que, a más del pilotaje, estaba encargado del detall. No tenía graduación militar; pero sí intervención en todo lo que se refería a derrota y manejo de la embarcación.

Oficialidad.

Los jefes principales de la Armada británica eran en 1792 el primer lord y demás lores del Almirantazgo. Los Generales, jefes y oficiales gozaban las siguientes graduaciones:

Almirante,	equivalente a nuestro	Capitán general.
Vicealmirante,	»	Teniente general.
Contralmirante,	»	Jefe de Escuadra.
Capitán de navío,	»	Capitán de navío.
Mester en Comender,	»	Capitán de fragata.
Luistenant,	»	Teniente de navío.
Michiman,	»	Guardia marina.

Los Generales se distinguían además por las Escuadras a que pertenecían; esto es, de la primera, segunda o tercera, señaladas con los colores blanco, azul y rojo.

El Almirante más antiguo se titulaba de la Armada, que equivalía a nuestro Director general.

Número de generales en 1793.

Almirantes	16
Vicealmirantes	25
Contralmirantes	22
Idem graduados o con medio sueldo	15
TOTAL	78

Comodoros.

Era título de mera distinción para los Capitanes de navío, que mandaban divisiones sueltas.

Capitanes de navío.

Los había de primera y de segunda clase, y se diferenciaban en que aquéllos, que eran en cierto número, por antigüedad, tenían mayor sueldo.

El total de esta clase y de las sucesivas en el mes de Mar de 1793 era:

Capitanes de navío	430
Idem graduados	20
Mesters en Comenders	163
Tenientes de navío	1.435
TOTAL GENERAL, *comprendidos los 78 Almirantes.*	2.126

Además había gran número de *Mesters*, cuya clase se ha indicado.

Michiman o guardias marinas.

No había número fijo y eran de diferentes clases: la primera, que eran los propiamente guardias marinas, hacían de segundos en las guardias. Los demás servían como marineros, y entre todos habría como mil.

Los hijos de los Lores del Almirantazgo, de los Almirantes, Lores y personas de favor, servían unos siete años como guardias marinas; pasaban a tenientes, y al año eran hechos Capitanes de navío; así es que había muchos de diez y ocho a veinticuatro años de edad. Luego seguían la antigüedad rigurosamente.

Mesas a bordo.

Los Almirantes tenían su mesa aparte, y para lo cual se les pasaba sobre el sueldo entero, una buena gratificación, y además un crecido numero de criados. A los Almirantes con mando, cincuenta, y treinta sin él; a los Vicealmirantes veinte, y quince a los Contralmirantes, y de ellos se les permitía un cierto número con plaza de *marinero*.

Igualmente tenían su mesa aparte los Capitanes, y a más de sus sueldos de embarcados, con gratificación proporcionada al *número* de cañones que montaba el buque, se les concedía para criados el cuatro por ciento de la tripulación. Y proporcionalmente estaban en el mismo caso los oficiales que comían arranchados.

Insignias.

En esto se hallaban en el mismo caso que nosotros por la nueva Ordenanza, esto es, banderas cuadras en los tres topes para las tres clases de Generales.

De la lista de los buques de la Marina Real, con expresión de sus portes, años, paraje de su construcción y destino, sacamos el dato siguiente:

Navíos.

Del primer rango: de 100 a 110 cañones	5
Del segundo: de 90 a 98	19
Del tercero: de 64 a 80	108
Del cuarto: de 50 a 60	22
	154

Fragatas.

De dos baterías y porte de 44 cañones	19
De 36 a 40	16
De 32 a 34	47
De 28	27
	109
Buques menores del porte de 8 hasta 24 cañones	115
Total de buques	378

Según el número de navíos que hay con destino a pontones, hospitales, cuarteles, presidios y con necesidad de gran carena, puede suponerse que el número de los útiles quedaba reducido a unos 115.

Buques en grada en los astilleros reales.

Navíos.

De 100 cañones	2
De 98	5
De 80	2
De 74	3
De 50	3
Total	15

Fragatas.

De 32	4
De 18	1
De 16	1
Total	6

Las construcciones en Inglaterra se ejecutaban con lentitud para dar lugar a que se curasen las maderas.

Conocimientos científicos.

En general, la Marina inglesa no era tan científica como la nuestra. No tenían Academias, sino una en Portsmouth, donde sólo se enseñaba a los guardias marinas rudimentos de Matemáticas y pilotaje, y muchos se embarcaban aun sin estos principios.

No tenían Observatorios ni establecimiento alguno científico; y, como además, en tiempo de paz todos los oficiales estaban en sus casas, o donde les acomodaba, hasta que les tocaba embarcar, tenían muy escasos conocimientos de las ciencias que conciernen a la Marina. Así es que en su idioma no se hallan de aquel tiempo obras de navegación, maniobra, táctica, pilotaje, estiva, etc.

Solían, sí, ser buenos marineros y duros para el trabajo: primero, porque estaban acostumbrados a navegar en mares muy fuertes y tempestuosos, como son los de sus costas; y segundo, porque estando al cargo de la Marina Real el resguardo de éstas, había todos los años un armamento de treinta fragatas y corbetas con este objeto, a más de las escuadrillas de América y de Gibraltar; esto proporcionaba tener en ejercicio una gran parte de la oficialidad, por lo cual sobresalían más en la maniobra que en la ciencia.

Señales.

Poco adelantada estaba la Marina inglesa en esta materia; aun usaba en 1793 de las decimales, y eran muy sucintas y con poquísima explicación, tanto en las de maniobras generales, como en las de táctica.

Ordenanzas.

Teníanlas muy reducidas, contenidas en un tomo, y trataban, más que de la disciplina militar de los buques, de la cuenta y razón de pertrechos y demás artículos de Real Hacienda, con sólo una indicación de los objetos que abrazaba.

***

De las noticias aquí contenidas, resulta que la Marina inglesa era muy superior a la nuestra, así en el número de buques, como en la fuerza de éstos, al concluir el siglo XVIII, según se demuestra en los resúmenes que preceden, de los que había existentes y de los que se hallaban en construcción en 1793; pero como de los primeros habían de rebajarse los destinados en los puertos para los usos indicados, y los que, a causa de sus malas propiedades, no se les daban ya las carenas que necesitaban, podía prudencialmente inferirse que de todos, quedarían en aptitud de armarse de 90 a 95 navíos, con igual número de fragatas y corbetas, lo cual se vió demostrado en la última guerra, sin embargo de los extraordinarios esfuerzos que se hicieron.

De esto resulta que, aunque nosotros sólo teníamos setenta y siete navíos desde 112 a 60 cañones, y cincuenta y seis fragatas desde 40 a 34, como por el continuo trabajo de carenas, era muy raro el buque que no pudiese armarse, según en la práctica se evidenció en El Ferrol en este mismo año, lo que acaso no podía suceder en ningún otro arsenal de Europa, así no quedaba tan gran superioridad de su parte, como aparecía a primera vista, sin embargo de ser tan excedente la del número. Podía, además, reflexionarse que para que los ingleses llegasen a verificar dicho armamento necesitaban dos años, cuando menos, tanto porque no estaban tan prevenidos de pertrechos como nosotros, como por la falta de gente a los principios; de lo que podía concluirse que, verificados los armamentos con la prontitud que se ejecutaron para la empresa de Tolón en 1793, España demostraría una grande superioridad sobre Inglaterra en el primer momento, pues entonces pudimos poner treinta navíos con igual número de fragatas en la mar cuando los ingleses no pudieron echar ni la mitad; así, sirviéndonos de los buques veleros, repartidos en cruceros convenientes, si la guerra hubiera sido contra Inglaterra en vez de serlo contra la República francesa, hubiera podido hacérsele un considerable daño, no sólo en el comercio, sino retardando considera-

blemente su armamento por la gente que se les hubiera apresado.

En cuanto a la calidad de los buques de todas clases, les aventajábamos también mucho. Nuestros navíos de tres puentes tenían más fuerza y eran de más vela que los suyos: los de 74 les aventajaban igualmente en esta propiedad, particularmente los de construcción moderna, y las fragatas también andaban más, según los informes de los Comandantes que las montaban.

En la Artillería, nada les teníamos que envidiar, cuando todos los buques estaban surtidos de la fundida en la Cavada, desde que esta fábrica corrió por Marina, pues era más corta y manejable que la que armaban los buques ingleses.

Sobre calibres, como nuestra libra con la suya estaba en razón de 8 a 9, le llevábamos también ventaja, a más de tenerla igualmente en que los navíos de 90 a 96 artillaban con piezas de a 32, 18 y 12, siendo de a 36 en las primeras baterías de los nuestros, del propio rango, y aun de los de a 80.

Ninguna ventaja nos llevaban tampoco en las armas blancas y de chispa, pues de éstas sólo usaban de más unos que llamaban *órganos*, compuestos de diez o doce bocas como las de nuestros *trabucos* o *esmeriles*, y aquéllas eran como las que usábamos antiguamente.

Su cureñaje era en lo único que se mostraban con superioridad sobre nosotros; pues siendo sus ruedas de más diámetro y perfectamente ajustadas, tenían que ser mucho más manejables, y, por consiguiente, hacer fuego con más viveza, sin pedir su manejo tanta gente; puntos, a la verdad, muy esenciales.

También en aparejo, la Marina española tenía superioridad, sobre todo los del último Reglamento; pues mirado este importante punto en aquel tiempo con la escrupulosidad y atención con que tanto se habían fomentado todos los ramos de nuestra Armada, habíamos llegado a perfeccionarlo de manera que, hallándose los ingleses como estaban en la última gue-

rra, en que tuvieron tanta ventaja, la ganamos nosotros, al punto de poderse decir, sin exageración, que equipados los buques según las últimas providencias, ninguno había de las otras potencias en mejor estado de guerra.

La calidad de nuestras lonas y jarcias era tan considerablemente mejor, que los mismos oficiales ingleses lo confesaban. Ellos daban poco colche a la que había de servir para caballería, y era muy del caso para la facilidad mayor en las faenas.

La forma de sus anclas era mejor que las nuestras, y así les faltaban menos. El Capitán de navío graduado, don José de Mendoza, al mandar un modelo para construirlas a la inglesa, habló de esta ventaja.

En cuanto a Arsenales, nada les teníamos que desear, siendo superior nuestro método de almacenes particulares para trabajar en tiempo de armamento, sin la confusión que precisamente causa la unión de pertrechos de varios buques en un solo depósito, a más de que los nuestros estaban entonces mejor provistos.

Aunque había en 1793 en nuestros buques de guerra mucho más aseo que en otros tiempos, no era posible igualar al de los ingleses, pues entre éstos tenían ya por tradición y carácter aquella cualidad, el albañil, el pintor, el carpintero, etc., entre nosotros eran todos éstos todavía muy desaseados, de modo que sólo a fuerza de un extremado cuidado se podía conseguir la limpieza, y nunca en aquel grado.

En cuanto al método de proveer los Arsenales y de distribuir caudales, su constitución era muy diferente de la nuestra y en nada adaptable a ésta.

Aunque se hacía difícil averiguar el orden de administración de la Hacienda de la Marina británica en aquel tiempo, nuestros marinos sostenían que el nuestro era más económico y ventajoso, pues aunque era muy superior el número de los navíos ingleses, no tenían los grandes gastos de sostenimiento de los Cuerpos de *Ingenieros, Guardias Marinas, Cirujanos, Pilotos, Artillería, Batallones*, y los ministros de las

provincias y sus subdelegados, sino dar media paga a sus oficiales. Pero, sin embargo, su gasto ordinario en tiempo de paz, regulado por el quinquenio de 86 a 90, fue de 226.158.097 reales 26 maravedises, a cuya partida había de agregarse todo lo extraordinario, y la suma consignada para pago de deudas contraídas en el ramo. Hecho, pues, el cotejo de atenciones, se comprobaban los menores dispendios que proporcionalmente ejecutamos en España, a pesar de las grandes ventajas que ofrecía la abundancia de recursos que tenían con las fábricas particulares en el Reino para su gran comercio, y el precio más equitativo a que les podían salir los géneros fabricados por su mismos connacionales.

No obstante de que en tiempo de profunda paz era mucho ahorro el carecer de los cuerpos referidos, en el de armamentos les era de una suma falta y les ocasionaba gastos de la mayor consideración. Además, con su mucha navegación se servían de pilotos particulares, y de los muchos y magníficos hospitales que había en Londres y sus contornos, sacaban cirujanos: una cosa y otra era impracticable entre nosotros. Pero sobre que de haber tropa para la custodia de los Arsenales y también personas que cuiden de la constante conservación de la artillería y los pertrechos que han de servir para su manejo a bordo, resulta muy conocidamente ventajoso el tener establecidos los dos cuerpos que sirven con tanta utilidad, especialmente en un armamento.

La matrícula era entonces un establecimiento de que dependía toda la ventaja que puede sacar nuestra Marina a los principios de aquella guerra, y que nos envidiaban, por conocerlo así, los ingleses mismos, que varias veces habían pensado imitarlo; pero no pudieron, por no ser esto adaptable a su constitución, y así lo suplen, aunque con gran retardo y enorme dispendio, por medio de crecidos enganchamientos.

Por el conocimiento, pues, de la utilidad de este precioso tesoro del Estado, de tanto valor para quien lo considera comparativamente con la práctica trabajosa de la Inglaterra, ha-

cen presente ser en realidad del mayor interés el procurar por cuantos medios quepan el fomento de que este ramo es susceptible, sea por medio de privilegios y exenciones bien sostenidas, sea también socorriéndolos con hospitalidad en sus enfermedades que les imposibilitan de ganar el sustento, o con los auxilios de médico y botica a lo menos; pudiéndose verificar con la intervención del ministro o subdelegado de la provincia o partido, y con asistencia del profesor respectivo; pues con seguridad sería éste un aliciente que había de traer mucha gente a esta clase de milicia, tanto en España como en América, pasando anualmente sus revistas.

Tal era el método de la organización de la Marina inglesa, cuando la nuestra fué con ella a Tolón. Después, Napoleón se encargó de anular la nuestra, ya que no pudo hacerse nunca con la de su rival.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN

PROEZAS POLICIACAS DE TOM SAWYER

CAPITULO PRIMERO

Era la primavera última, cuando Tom Sawyer y yo acabábamos de devolver la libertad a nuestro antiguo negro Jinn, que había sido cargado de cadenas en la granja del tío Silas (el tío de Tom), en Arkansas, por haber dejado escapar un esclavo. La Naturaleza germinaba, el aire iba haciéndose tibio, y nos acercábamos a la época en que iba a poder pasearse con los pies descalzos; la época del juego de bolos, del trompo, del aro, de la cometa, se aproximaba, y después el verano, con sus alegres baños al aire libre. Un muchacho que piensa en todas estas diversiones y que ve el verano tan lejos todavía, debe sentirse fatalmente invadido por el tedio. Suspira, anhela, y no puede explicarse de dónde procede su malestar. A pesar de todo, concluye por acomodarse, quieras que no, pero permanece melancólico y soñador. Por lo general, un rincón solitario en lo alto de una montaña, junto a un bosque; una vez allí, deja que su mirada vague a lo lejos, a millas y millas, sobre el inmenso Mississipí y el horizonte de bosques que se pierden en la lejanía formando una línea incierta; está entonces todo tan tranquilo, tan solemne, que se cree desaparecidos para siempre aquellos a quienes se ama; apodérase al mismo tiempo de uno un vehemente deseo de estar muerto, de concluir con la existencia.

¿No conocéis esta sensación? Es lo que se puede llamar «la fiebre de la primavera». Cuando os penetra, quisierais... En realidad, no sabéis lo que queréis; pero vuestro corazón sufre y le invaden aspiraciones mal definidas; se os antoja estar poseídos del deseo de iros muy lejos, de abandonar las cosas que os molestan, que os desagradan, para descubrir nuevos horizontes. Quisierais marchar, visitar, visitar países extranjeros, en donde todo es misterioso, encantador y novelesco.

Si esto es superior a vuestros medios, os contentaréis con mucho menos; iréis adonde *podáis,* nada más que por cambiar, dándoos por harto satisfechos con la distracción que se os ofrezca.

Pues bien, Tom Sawyer y yo teníamos, y bien acentuada, esa fiebre de la primavera. Pero Tom no podía pensar en marcharse, a causa de su tío Polly; decía que éste no le permitiría nunca dejar la escuela y vagabundear hecho un bodoque, en vez de aprovechar el tiempo.

Estábamos muy fastidiados.

Una tarde, al ponerse el sol, estábamos sentados en las escaleras de la casa, charlando de nuestras contrariedades, cuando llegó tía Polly con una carta en la mano.

—Tom—dijo ella,—creo que vas a ir a Arkansas. Te solicita tu tía Sally.

Con gusto hubiera yo saltado de gozo al oir aquellas palabras; esperaba ver a Tom lanzarse sobre su tía y estrecharla entre sus brazos, con riesgo de ahogarla: creedme si queréis; se quedó sentado como un marmolillo, y no contestó una palabra. Yo hubiese llorado de rabia al verle tan apático ante una ocasión única como aquella. Nos exponíamos a dejarla escapar si continuaba permaneciendo mudo y no demostraba más alegría, más entusiasmo. No; estaba allí plantado, reflexionando; yo no sabía qué hacer; por fin contestó, con tono tan tranquilo, que de buena gana lo hubiera matado:

—De veras lo siento, tía Polly; pero creo que habrá que excusarme por esta vez.

Su tía Polly quedó tan asombrada, tan estupefacta ante semejante insolencia, que al pronto no pudo proferir una palabra; lo aprovechó para dar un codazo a Tom, murmurándole al oído:

—¿Te has vuelto loco? ¿Perder tan buena ocasión?

No se movió siquiera, y refunfuñó en voz baja:

—Huck Jinn, ¿crees que sea tan tonto que vaya a dejarle ver que deseo irme? Si lo sospechase ella, imaginaría una profusión de enfermedades, de peligros, de objeciones; bien sabes que se negaría. Déjame hacer, yo la entiendo, créeme.

Jamás se me hubiera ocurrido a mí todo esto; en el fondo, tal vez tenía razón. Desde luego, Tom Sawyer tiene siempre razón; es el cerebro mejor organizado que conozco; está dotado de una calma imperturbable, y siempre dispuesto a hacer frente a todo. Mientras tanto, tía Polly había recobrado el habla; volvió a la carga:

—¡Excusarte! ¿Qué, quieres excusarte? En verdad que es inaudito. ¡Permitirte hablar así, a mí, a tu tía! Vete de ahí, y haz tus preparativos; y si vuelvo a oir hablar de excusas o no excusas, te prometo que yo te excusaré a varazos.

Le pegó en la cabeza con el dedal, mientras que nos esquivábamos; él subió lloriqueando la escalera. Una vez en su cuarto, en donde entró de un salto, me abrazó impetuosamente; la alegría de la marcha le trastornaba.

—Antes de que nos hayamos marchado—me dijo—sentirá su permiso, pero ya no sabrá arreglarlo. Después de lo que ha dicho, su amor propio le impedirá volverse atrás.

Tom había terminado en diez minutos todos sus preparativos; faltaban los que su tía y Mary tenían que hacer por sí; esperamos otros diez minutos para darle tiempo de serenarse y hacerse amable. Tom calculaba que su tía necesitaba, por lo menos, diez minutos para calmar su enojo, cuando éste era a medias; requería el doble después de las grandes crisis. Esta había sido terrible, y al bajar íbamos muy ansiosos por conocer el contenido de la carta.

Su tía estaba sentada, sumida en una profunda meditación, con la carta en las rodillas.

—Tienen muchas contrariedades allí—nos dijo;—y esperan que tu presencia y la de Huck será una distracción para ellos, al mismo tiempo que un consuelo. Estoy segura de que la llevaréis un verdadero alivio. Su vecino, Brace Dunlap, quiere desde hace tiempo casarse con Benny, y como ellos le han despachado, ha tenido que renunciar; pero se ha incomodado, y les está dando muchos disgustos. Yo creo que ellos prefieren tenerle por aliado que por adversario, porque han tomado al pillo de su hermano para ayudar en la granja, sin duda con objeto de no tener a Brace por enemigo declarado; no tenía necesidad de aumento de gastos, y menos ganas todavía de tener a ese pillo con ellos. ¿Conocéis a los Dunlap?

—Habitan a cosa de una milla de casa del tío Silas, tía Polly (todos los colonos habitan a esa distancia); Brace Dunlap, mucho más rico que los otros, posee todo un equipo de negros. Es viudo, sin hijos, tiene treinta y seis años, está muy orgulloso de su fortuna, es muy autoritario y se impone a todo el mundo. Creía, a lo que imagino, que podría casarse con la primera muchacha cuya mano pidiese, y ha debido de mortificarle mucho la negativa de Benny. Esta, mucho más joven que él, es la criatura más deliciosa que... pero usted la conoce. ¡Pobre tío Silas! Es verdaderamente lamentable verle tan desgraciado, tan abatido y tratando de congraciarse con su vecino, al emplear a ese granuja de Júpiter.

—¡Qué nombre! ¡Júpiter! ¿De dónde lo ha sacado?

—Es un apodo. Me figuro que su verdadero nombre se ha olvidado desde hace mucho tiempo. Tiene ahora veintisiete años, y en su primera lección de natación le bautizaron con el nombre de Júpiter. El profesor, al verle desnudo, reparó en su pierna izquierda un lunar del tamaño de una moneda de 25 céntimos, rodeado de otros cuatro más pequeños; pretendió que estas señales le recordaban a Júpiter con sus cuatro planetas. A los otros niños les hizo gracia la cosa, y le pusieron

el apodo que ha conservado. Es corpulento, falso, cobarde, pero buen muchacho; es imberbe, pero lleva el pelo largo; no tiene un céntimo, y Brace le da albergue; le viste con lo que desecha y le desprecia profundamente. Por añadidura, Júpiter tiene un hermano gemelo.

—¿Qué clase de individuo es ese gemelo?

—Idéntico a Júpiter, o, por lo menos, se dice; pero no se le ha visto desde hace siete años. Tenía diez y nueve o veinte cuando le metieron en la cárcel por robo, se escapó y huyó hacia el Norte, a lo que se cree. De vez en cuando, oíase hablar de sus robos o de sus asesinatos, pero ya hace años de esto. Ahora se le cree muerto, o, por lo menos, no se tienen noticias suyas.

—¿Cómo se llama?

—Jake.

La tía se calló; parecía reflexionar. Después dijo:

—Lo que más preocupa a tu tía Sally, es que Júpiter pone a tu tío en estados espantosos.

Tom estaba asombrado, yo también.

—¿Qué estados?—preguntó Tom.—¿Es una broma? Jamás lo hubiera creído en tío Silas.

—Le pone en cóleras violentas—según afirma la tía Sally;—se pone como loco, y a veces, teme ella que mate a Júpiter.

—Es extraordinario le que cuenta usted, tía Polly; nuestro tío es apacible como un cordero.

—Todo lo que quieras, pero tu tía está preocupadísima; dice que a Silas le están acabando todos esos disgustos. Los vecinos murmuran, y por supuesto, censuran a tu tío, porque siendo pastor de su distrito, no debería reñir y dar ejemplo de desorden. Tu tía dice que ya no sube él al púlpito sino de mala gana, que sus exhortaciones no son ya apreciadas y que sus feligreses le hacen el vacío.

—¡Qué raro es todo eso, tía Polly! ¡Él siempre tan bueno y tan afable, de carácter tan igual y tan afectuoso, un verdadero santo! ¿Qué es lo que ha sucedido? ¿Se lo puede usted figurar?

CAPITULO II

¡Qué suerte tuvimos! Dimos con uno de esos barcos de ruedas que vienen del Norte y descienden lentamente hacia la Luisiana; tomamos pasaje en él, y sin tener las molestias de un trasbordo en San Luis, bajamos el Mississipí y llegamos a la plantación de Arkansas. Habíamos así recorrido unas mil millas de un tirón.

En el barco faltaba animación; no había más que unos cuantos pasajeros, todos viejos, sentados a respetable distancia los unos de los otros, dormitando y muy tranquilos. Necesitamos cuatro días para salir del río alto porque el barco hizo varias paradas; pero a nosotros, muchachos que viajábamos por gusto, no nos pareció el tiempo largo.

Desde la partida, Tom y yo habíamos sospechado que el camarote de lujo, próximo al nuestro, debía de estar ocupado por un enfermo a quien le llevaban todas las comidas. Despierta así nuestra curiosidad, hicimos preguntas, y un mozo confió a Tom que, en efecto, iba allí un pasajero, pero que no parecía enfermo.

—Quizá lo esté sin embargo.

—Pudiera ser, lo ignoro; pero me parece a mí que está representando una comedia.

—¿Qué es lo que se lo hace sospechar a usted?

—Que si estuviera verdaderamente enfermo, se desnudaría algunas veces, mientras que éste no se quita nunca la ropa; se acuesta con zapatos.

—¡Qué idea! ¿Cómo puede gustarle dormir con zapatos?

—Así es, sin embargo.

Un misterio era siempre pan bendito para Tom Sawyer. Si le dábais a elegir entre un misterio y un pastel, no vacilaba en decidirse; mi naturaleza me llevaba a tomar el pastel, Tom elegía el misterio. Cada cual es libre de escoger lo que le agrada, y cada cual es feliz. Tom preguntó, pues:

—¿Cómo se llama ese individuo?

—Phillips.

—¿Dónde embarcó?

—Creo que en Alejandría, en el límite del territorio de Jona.

—¿Qué piensa usted que hace en su camarote?

—A la verdad, nunca me ha preocupado.

—Este es uno—me dije—que prefiere el pastel al misterio.

—¿Qué particularidad de lenguaje o de maneras ha observado usted en él?

—Ninguna, salvo que parece asustado de todo; se encierra noche y día en su camarote, y no deja entrar a nadie, sin haberle examinado bien por la puerta entreabierta.

—¡Ah! La cosa se hace interesante. Tengo muchas ganas de verle. Diga usted: la primera vez que entra en su camarote, ¿deja la puerta entornada?

—No es posible. Siempre está avizor y comprendería lo que se quiere.

Tom reflexionó, luego dijo:

—Tengo algo mejor; escuche: présteme su delantal; le llevaré su almuerzo. Le prometo a usted una buena propina.

El mozo hubiera aceptado gustosamente la combinación, si se lo permitiese el mayordomo.

Tom logró arreglárselas con este último. Tomó tan bien sus disposiciones, que cada uno recibimos un delantal para obrar de concierto.

Durmió poco, agitado por la idea de descubrir la clave del misterio; además, se perdió en conjeturas toda la noche, trabajo bien inútil por cierto, a mi entender; en efecto, ¿para qué tratar de adivinar cosas que no son? Se desperdician fuerzas y nada más. Por mi parte, no perdí un minuto de sueño, diciéndome que no daría un paso por conocer la historia de aquel Phillips.

Al día siguiente, nos pusimos nuestros delantales y cogimos las bandejas; Tom llamó a la puerta. El hombre entre-

abrió la puerta, nos examinó, abrió y volvió a cerrar rápidamente. Atónitos al verle, estuvimos a punto de dejar caer las bandejas.

—¡Cómo!—exclamó Tom.—¿Usted, Júpiter Dunlap? ¿De dónde viene usted así?

El hombre, no hay qué decirlo, se quedó sorprendido; al pronto, no supo si debía asustarse o alegrarse, o las dos cosas a la vez; por fin demostró su contento, y su cara, al principio lívida, recobró poco a poco los colores; hablamos con él mientras que almorzaba.

—No soy Júpiter Dunlap—nos dijo.—Si juráis ser mudos, hasta os diré en seguida que no soy ni Júpiter ni Phillips.

—Pues bien—contestó Tom,—seremos mudos, pero es inútil que nos diga su nombre, si no es usted Júpiter Dunlap.

—¿Por qué?

—Porque si no es usted Júpiter, es usted su hermano gemelo, Jake. Su parecido lo pregona.

—Está bien, sí; soy Jake. Pero, ¿cómo nos conocéis a Júpiter y a mí?

Tom le contó las aventuras que tuvimos el verano último en casa de su tío Silas, y cuando le dijo que conocíamos la historia de su familia—y la suya, por consiguiente,—que no nos quedaba nada por saber, empezó a hablarnos con toda franqueza. Nos habló sin circunloquios y sin artificios, y nos dijo que había sido un sujeto poco manejable, que todavía era lo mismo y que, sin duda, lo seguiría siendo hasta el fin de sus días. Añadió que la vida a la que se había lanzado era peligrosa, azarosa y que... Se calló bruscamente y se puso a escuchar. En el profundísimo silencio que reinaba en aquel momento, no percibíamos más que el crujido de la madera y el ruido de la máquina.

Por fin pareció tranquilizarse; le hablamos de los suyos, de la muerte de la mujer de Braca, de la negativa de Benny a casarse con él, de la entrada de Júpiter al servicio del tío Silas, de sus disgustos. Entonces él se explayó por completo.

—¡Oh! da gusto oir hablar de los buenos tiempos antiguos —dijo,—y todas esas historias me alegran el corazón. Hace siete años que estoy privado de ellas; ¿qué dicen de mí ahora?

—¿Quiénes?

—Los colonos y la familia.

—Nunca hablan de usted; quizá, alguna que otra vez, una alusión, pero nada más.

—Y ¿cómo es eso?—preguntó él sorprendido.

—Por qué le creen a usted muerto desde hace ya mucho tiempo.

—¿De veras? ¿Es así?

Y se puso a saltar de contento.

—Así es. Todo el mundo lo cree muerto.

—¡Qué suerte, entonces! ¡Salvado, salvado, estoy salvado! Voy a poder volver. Me ocultarán y podré vivir; juradme no decir nada; juradlo; jurad que no hablaréis de mí nunca. ¡Oh, muchachos!, sed buenos con un pobre diablo perseguido noche y día, que no se atreve a asomar la punta de la nariz. Yo no os hecho nunca daño alguno; no os lo haré nunca, tan cierto como que Dios es Dios; jurad que me ayudaréis a salvar la existencia.

Nos daba tanta lástima, que juramos cuanto quiso; no sabía cómo demostrarnos su agradecimiento, su ternura, ¡el pobre diablo! Un poco más, y nos hubiera besado.

Mientras que hablábamos, nos rogó que volviésemos la cabeza, y abrió misteriosamente un saquito de mano. Cuando nos permitió volvernos, estaba transformado con sus anteojos azules, patillas y bigotazo que parecían muy naturales. Su madre misma no le hubiera reconocido; nos preguntó si se parecía aún a su hermano Júpiter.

—No—dijo Tom—excepto en lo largo del pelo.

—Muy bien; me afeitaré la cabeza al llegar; Braca y él guardarán el secreto, y me haré pasar por un extranjero; nunca me reconocerán los vecinos; ¿qué os parece?

Tom reflexionó un instante, y replicó:

—Queda entendido que Huck y yo seremos mudos, pero si no lo es usted, puede haber una sombra de peligro. Si habla usted, su voz le venderá, en efecto; y las gentes que le creen muerto se acordarán tal vez del hermano gemelo de Júpiter, preguntándose si es que no estaba sencillamente oculto bajo un nombre falso.

—¡Eres listo, caramba! Ciertamente que tienes razón. Tengo que hacerme el sordomudo ante los extraños. Si hubiera descuidado este detalle... En realidad, yo no pensaba volver a casa; buscaba el primer rincón para librarme de esas gentes que me persiguen, pero con este nuevo aspecto y otro traje...

Saltó a la puerta, y con el oído puesto en la cerradura escuchó, pálido y anheloso.

—Están cargando un fusil. ¡Señor, qué existencia!

Y flaqueó desfallecido, enjugándose el rostro bañado de sudor.

CAPITULO III

A partir de este momento, pasábamos todo el tiempo al lado de Jake, ocupando alternativamente una de las literas de su camarote. Habíase visto tan abandonado, que nuestra compañía era para él una grata novedad, y parecía contentísimo de contarnos sus vicisitudes. Ardíamos en deseos de conocer su secreto; pero Tom afirmaba que había que acallar nuestra curiosidad, sin hacer ninguna pregunta que le hubiera hecho desconfiar; nuestra reserva le llevaría a hacernos confidencias. Así ocurrió. Era fácil observar que no podía resolverse a guardar silencio, pero una especie de vacilación parecía contenerle en el momento de ir a abordar el delicado asunto.

He aquí cómo procedió. Nos empezó por preguntar acerca de los pasajeros; nuestras contestaciones no le satisficieron; no eran, a su parecer, lo suficiente precisas. Nos pidió detalles más circunstanciados; Tom se los dió, y mientras que describía a uno de los pasajeros, uno de los más vulgares y peor trajeados, Jake, se estremeció y exclamó:

—¡Oh, señor! Es uno de ellos. Tenía la seguridad de que estaban a bordo; ¡y yo que esperaba haberlos burlado! Pero, continúa:

Luego, cuando Tom hubo descrito a otro pasajero mal vestido, Jake volvió a estremecerce.

—¡Es él!—gritó.—¡Es el otro! Si estallara una buena tormenta en una noche sombría, podría escaparme. Ya veis que me espían. Han obtenido el permiso de venir a beber al bar; lo aprovechan para hacer que me vigilen las gentes. Si consiguiera huir, a la hora estarían informados.

Y se puso a dar vueltas por el camarote; al cabo de un instante, llegó a la esperada confidencia.

—Era una jugarreta—dijo,—una broma que queríamos dar a un joyero de San Luis. Había expuesto dos brillantes soberbios, gruesos como avellanas, que todo el mundo admiraba. Nos habían alegrado la vista. Muy elegantemente vestidos, decidimos dar el golpe en pleno día. Encargamos que llevasen aquellas joyas a nuestro hotel para examinarlas, y al devolverlas, con pretexto de que el agua no era lo suficiente pura para doce mil dólars, las sustituímos por dos brillantes falsos, que teníamos a prevención.

—¡Doce mil dólars!—exclamó Tom;—¿valían realmente tanto dinero?

—Ni un céntimo menos.

—¿Y se marcharon ustedes con el botín?

—Sin ninguna dificultad. Hasta creo que el joyero no debe sospechar la estafa. Pero como hubiera sido imprudente permanecer en San Luis, tomamos el partido de alejarnos. Echamos a suertes hacia dónde habíamos de dirigirnos, y salió el Mississipí Alto. Envolvimos los brillantes, escribimos nuestros nombres en el paquete, y, al confiárselos al dueño del hotel, le hicimos jurar que no los entregaría a ninguno de nosotros en particular, sino que había de esperar a que los tres nos presentásemos juntos. Luego salimos a dar una vuelta por la pobla-

ción, cada cual por su lado; creo que los tres teníamos el mismo propósito.

—¿Qué propósito?—Preguntó Tom.

—Robar a los otros dos.

—¿Cómo? ¿Robarse lo que ya habían robado juntos?

—Sencillamente.

Tom Sawyer estaba asqueado; jamás había oído nada tan bajo y repugnante. Pero Jake aseguró que esta manera de proceder era corriente en la profesión que ejercía, que en este oficio cada cual cuidaba de sus propios intereses sin ocuparse del vecino: cada cual por sí.

—Pero ya ves la dificultad. No podíamos dividir dos brillantes en tres ¡si hubieran sido tres!... Discurrí por las calles más apartadas, madurando planes. Me decía: me desembarazaré de los brillantes a la primera ocasión, tendré un disfraz preparado, me largaré sin despedidas por supuesto, y luego que mis compañeros me encuentren si pueden. Compré, pues, las patillas, las gafas azules, este traje, y lo guardé todo en un saco de mano; pero al pasar frente a una tienda, una especie de bazar, vi en ella uno de mis compañeros. Era Bud Dixon. Comprende mi alegría; era para mí convenientísimo ver lo que compraba. Me oculté y observé. Pues bien, adivinad lo que escogió.

—¿Unas patillas?—pregunté yo.

—No.

—¿Unas gafas azules?

—No.

—Cállate, Huck Jinn; ya ves que no aciertas. ¿Qué compró, Jake?

—Jamás lo adivinaríais: un destornillador, un destornillador pequeñísimo, insignificante.

—Pero ¿qué iba a hacer con él?

—Eso es lo yo me preguntaba. Era tan extraordinario, que me quedé con la boca abierta. ¿Qué era lo que podía hacer con un destornillador? Me recaté para dejarle salir, y le seguí has-

ta la tienducha de un trapero, en donde compró una camisa de de franela roja y otras prendas usadas; las que habéis descrito, las que lleva ahora. Bajé al muelle, y escondí mis efectos en el barco que habíamos elegido, luego volví a la población, y tuve la repetida buena suerte de ver a nuestro otro compañero haciendo, tambien él, su provisión de pingos. Recogimos nuestros brillantes y nos embarcamos.

Pero a bordo la situación se complicaba. ¿Cómo hacer para acostarnos, puesto que debíamos vigilarnos el uno al otro? Era muy fastidioso; había entre nosotros aquel acuerdo desde hacía unas semanas, y nuestra buena amistad no databa más que desde el asunto de los brillantes. La situación era crítica, porque de dos piedras no podíamos hacer tres partes.

Empezamos por comer, luego nos paseamos por cubierta fumando durante una parte de la noche; bajamos después a un camarote, y después de haber echado el cerrojo, y comprobado la presencia de los brillantes en el paquete, los pusimos enfrente de nosotros, bien a la vista. Esperábamos; pasaban las horas, y nos costaba mucho trabajo permanecer con los ojos abiertos. Bud Dixon fue el primero en dormirse. En cuanto inclinó la cabeza sobre el pecho y su ronquido se hizo regular, Hal Claytan hizo hacia los brillantes y la puerta un gesto explícito que percibí rápidamente. Cogí el paquete y permanecí inmóvil. Bud seguía roncando: abrí cuidadosamente, y salimos de puntillas, volviendo a cerrar la puerta con la misma precaución.

No había nadie que nos molestase; el barco se deslizaba rápido y silencioso por las tranquilas aguas en las que cabrilleaba la luna medio velada. Sin decir palabra, fuimos a sentarnos al extremo de la cubierta; sin decir palabra, nos comprendíamos perfectamente, el uno al otro; temíamos el despertar de Bud Dixon que, furioso contra nosotros, no vacilaría en venir a pedirnos cuenta de nuestros actos; no nos quedaría otro remedio que tirarle por la borda o hacernos matar por él. Yo no soy tan valiente como otras personas, y me sentía es-

tremecer de miedo; esperaba que el barco atracaría pronto y que podríamos huir sin correr el riesgo de que nos matara Bud Dixon, que tenía malas pulgas; pero con una carraca como aquel barco, no estábamos próximos a desembarcar.

Mientras tanto, pasaba el tiempo; amaneció, y nuestro compañero seguía sin parecer.

«¿Qué significa esto?—me dije;—me parece raro.»—«¿No cree usted que se burla de nosotros?—me preguntó Hal.—Veamos el paquete.»—Le abrí y ¡estupefacción! ¡No contenía más que dos terroncitos de azúcar! ¡Por eso dormía tan tranquilamente! Había cambiado un paquete por otro, ¡y eso ante nuestros ojos!

Nos quedamos contrariadísimos; pero necesitábamos tomar un partido. Volvimos a envolver el paquete, y decidimos ponerlo en donde lo habíamos cogido, sin aparentar que nos habíamos percatado del engaño. Le vigilaríamos de cerca, y en la primera ocasión le haríamos beber más de lo razonable para registrarle y coger los brillantes. Pero yo no tenía sino una leve esperanza de lograrlo. Sabía, sí, que Bud estaba siempre dispuesto a beber; pero ¿y después? Podríamos estarle registrando un año, y quizá no encontraríamos nada.

En aquel mismo momento, se me ocurrió una idea que me devolvió la esperanza. No sé si os he dicho que yo me había quitado las botas para descansar; al coger una, mis ojos se fijaron maquinalmente en el tacón. ¿Os habéis olvidado del famoso destornillador que tanto me intrigara?

—Seguramente que no—contestó Tom muy excitado.

—Pues bien; al examinar ese tacón, comprendí de pronto, la idea me cruzó como un rayo, en dónde había escondido los brillantes. Mirad bien; examinad esta tapita de acero sujeta por unos tornillos minúsculos; comprendí inmediatamente para qué había de servirle su destornillador.

—¡Diablo!—dijo Tom.—¡Estupenda idea!

Me calcé, volvimos al camarote y pusimos el paquete con los terrones de azúcar en el sitio de donde lo quitamos; luego,

sin hacer ruido, fuimos a sentarnos y a oir roncar al querido Bud. Hal Clayton no tardó en dormirse. Yo no tenía ningún sueño; nunca me había sentido más despierto. Con los ojos medio ocultos por las anchas alas de mi sombrero, trataba de descubrir por el suelo un pedacito de cuero del tacón revelador. La cosa me llevó tiempo, mucho tiempo; empezaba a desesperar cuando logré mi objeto.

Vi junto a la pared un pedacito de cuero del grosor de la yema del dedo pequeño, que apenas se destacaba sobre la alfombra, y no me dejó duda alguna; había descubierto el escondite de los brillantes. Antes de mucho había de ser mío el triunfo.

No había sido mala la audacia de aquel bandido. Había preparado bien el golpe, previendo con exactitud lo que haríamos, y nosotros habíamos caído en el lazo como dos imbéciles.

Había tenido la paciencia de abrir unos agujeros en sus tacones, escondiendo en ellos los brillantes y atornillando las chapitas luego. Había pensado que nos apoderaríamos del paquetito, el del azúcar, y que le esperaríamos toda la noche, como así lo hicimos, en efecto. La idea era soberbia.

—¡Famoso golpe! ¡Magnífico!—replicó Tom, lleno de admiración.

CAPITULO IV

—Todo el día nos pasamos vigilándonos mutuamente, y la tarea era particularmente para dos de nosotros, os lo aseguro. Por la noche hicimos escala en uno de esos pueblecillos del Missouri, cerca de Jona, y comimos en la posada. Habíamos tomado un cuarto con dos camas, pero dejé mi saco debajo de una mesa, en el vestíbulo; luego seguí a los compañeros, a quienes guiaba el posadero, alumbrándonos. Nos trajeron una provisión de whiski, y, mientras que jugábamos a las cartas, vigilábamos a Bud; en cuanto le vimos suficientemente ebrio,

dejamos de beber y seguimos sirviéndole a él whisky en abundancia. Bebió de tal manera, que acabó por rodar de su silla, sin poderse levantar.

Nos dispusimos a la acción. Aconsejé a Hal que hiciera lo que yo, que se quitara las botas y le descalzase también a Bud, sin hacer ruido, para registrarle en seguida concienzudamente. Dicho y hecho. Yo había cuidado de poner mis botas junto a las de Bud, para mayor comodidad. Luego le desnudamos, pero el registro de sus bolsillos, de sus calcetines, del interior de sus botas y de los forros de su traje, no nos reveló nada. ¡No estaban los brillantes! No encontramos más que el destornillador. «¿Para qué lo querría?»—preguntó Hal.—Contesté que lo ignoraba, pero no me vió guardármelo. Por fin, Hal, desalentado, declaró que estábamos burlados, que había que darnos por vencidos. Lo esperaba, objeté:

—Hay un sitio que no hemos registrado.

—¿Cuál?

—Su estómago.

—¡Qué horror! No lo hubiera pensado nunca. ¿Y qué vamos a hacer?

—Espere—le dije.—Quédese aquí un momento; voy a una botica, y que me ahorquen si no traigo una droga capaz de hacer que los brillantes salgan de las profundidades de su escondite.

Comprendió mi razonamiento, y, a su vista, me puse, en vez de mis botas, las de Bud, sin que Hal lo notase. Eran algo grandes para mí, pero más valía esto que lo contrario. Cogí mi saco al atravesar el vestíbulo, y, en un instante, marchaba por una callejuela obscura, que bajaba al río. Iba a un paso de cinco millas por hora. Los brillantes no me molestaban en modo alguno para andar. Después de haber trotado un cuarto de hora y recorrido más de una milla, creí llegado el momento de respirar. Reanudé prontamente la marcha, para devorar el espacio, pensando que Hal debía preguntarse qué era de mí y parecerle el tiempo largo. A los pocos instantes, tenía dos mi-

llas y media detrás de mí. Hal debía de empezar a jurar, a impacientarse.

A los cuarenta minutos de ausencia, debía de estár inquieto. Al cabo de una hora, tendría ciertamente la clave del enigma. Supondría que yo habría descubierto los brillantes, huído con ellos y seguramente saldría en mi persecución. Buscaría mi pista en el polvo, sin saber en qué sentido habría que recorrer el río para encontrarme. En el mismo instante, vi llegar un hombre montado en un mulo, y sin pensarlo, instintivamente, me metí en la maleza. ¡Era estúpido! Cuando me hubo pasado, se paró y esperó a que yo saliese de mi escondite; luego siguió su camino. Pero me sentía inquieto. Aquel hombre me hacía el efecto de una amenaza. ¡Si hubiera él encontrado a Hal Clayton!

A eso de las tres de la mañana, llegué a Alejandría; al ver este barco me sentí en seguridad y más tranquilo. Amanecía; subí a bordo y tomé este camarote; dejé los efectos que veis y subí al puente desde donde podía acechar; juzgaba, por lo demás, inútil esta precaución. Me puse a jugar con mis brillantes en espera de la salida de este barco que seguía sin moverse. Estaban arreglando la máquina, pero yo no lo sospechaba, por mi desconocimiento de los barcos de vapor.

«En resumidas cuentas, que no zarpamos hasta bien de día; yo hacía tiempo que estaba metido en mi camarote, porque había visto a un hombre cuyo aspecto me pareció el de Hal Clayton, y me eché a temblar. Si ha adivinado que estoy aquí, pensé, estoy cogido como en una ratonera. No tiene que hacer más que vigilarme, esperar mi salida, seguirme, abordarme en donde le plazca y hacer que devuelva los brillantes. Después... ¡oh! bien sé lo que hará de mí. ¡Es espantoso! ¡Y pensar que el otro está también a bordo! Confesad que tengo la suerte negra. ¡Oh, muchachos! ¡Sed buenos con un desdichado cuya vida está amenazada, y salvadme, salvadme! Besaré el suelo que piséis.

Tratamos de consolarle, de tranquilizarle, diciéndole que

le ayudaríamos: cuando se calmó un poco, destornilló sus tacones y nos enseñó sus brillantes, exponiendo sus luces y contemplándolos amorosamente. Eran de aguas límpidas y despedían un brillo deslumbrador. Todo esto no me impidió pensar que Jake era un imbécil. Yo en su lugar hubiera dado aquellas piedras a mis compañeros para desembarazarme de ellos; pero no estábamos hechos de la misma madera. Contestó que no podía soportar la idea de abandonar semejante fortuna.

Dos veces paramos, a causa de la máquina, en medio de la noche que a él no le pareció lo bastante oscura para saltar por la borda; por tercera vez se presentó la ocasión, mejor ahora. Estábamos a unas 40 millas del tío Silas, frente a una granja, era aproximadamente la una de la madrugada; el tiempo estaba oscuro y tempestuoso. Jake quiso aprovecharlo. Acabábamos de parar para cargar madera; empezó a llover copiosamente y a ventear de firme. Cada pasajero se había encapillado una especie de funda que le cubría por completo; cogimos una para Jake. Se deslizó con su saco en la mano, y desembarcó como los demás; al verle pasar a la luz de las teas y desaparecer luego en las sombras de la noche, cobramos ánimo y confianza. Pero esta seguridad no debía durar mucho. Alguien había evidentemente dado el alerta, porque a los cinco minutos, vi surgir a los dos compañeros que saltaron a tierra y echaron a correr. Estábamos palpitantes de emoción; nos amaneció esperando la vuelta de aquellos dos hombres, pero no volvieron.

Desolados y abatidos, no nos quedaba más que una esperanza: tal vez Jake se había adelantado lo bastante para tener tiempo de llegar a casa de su hermano y esconderse.

Debía costear el río y nos había rogado que nos enterásemos si estaban sólos en su casa Braca y Júpiter; al anochecer se lo haríamos saber. Nos había dado cita en un bosquecillo de sicomoros, a espaldas de los tabacos del tío Silas, un rincón perdido, en donde no nos exponíamos a ningún encuentro enojoso.

Discutimos largo tiempo las probabilidades, y Tom pensó que Jake se libraría, si los dos bandidos remontaban el río en vez de bajarlo; pero, ¿sabrían de dónde era? En este caso, le perseguirían todo el día, aguardando a la noche para matarle y quitarle las botas. El asunto nos tenía muy inquietos.

CAPITULO V

La máquina tardó mucho en quedar arreglada, y anochecía ya cuando llegamos a la casa; así es que no dimos ningún rodeo. Sin embargo, atravesamos el bosque de sicomoros para explicar a Jake la causa de nuestro retraso, y decirle que esperara allí hasta que supiésemos de Braca y Júpiter. La noche nos sorprendió al llegar al bosque, abrumados de cansancio por lo rápido de la carrera; en aquel momento precipitábanse también dos hombres en el bosque y a poco oyéronse gritos agudos demandando socorro. «¡Pobre Jake! Seguramente le han matado.» Llenos de espanto, atravesamos la plantación de tabaco y nos acurrucamos temblorosos, cuando entraron dos hombres a toda carrera; otros dos les perseguían y les hicieron salir del campo; los cuatro siguieron corriendo desesperadamente por la carretera.

El miedo y la debilidad nos tenían allí clavados; aguzábamos el oído a los menores sones, pero estábamos aturdidos por los precipitados latidos de nuestros corazones.—Pensábamos con terror en el cadáver del pobre Jake perdido en el bosque; nos parecía que iba a aparecer su espíritu, y nos sobrecogía un estremecimiento glacial. La luna salía por encima del bosque, y tras la cortina de árboles su cara redonda y brillante daba formas extrañas a cuanto nos rodeaba. Aquí y allí, grandes regueros de luz y manchas inmensas de sombra daban un aspecto espantoso al paisaje circundante; aquella calma, aquella tranquilidad de la noche (tranquilidad de cementerio) aumentaba todavía nuestros locos terrores.

—Mira—murmuró Tom.—¿Ves allí abajo?

—Calla—le dije;—no me asustes, estoy muerto de miedo; no me asustes más.

—Pero, mira... ¿qué es lo que sale de los sicomoros?

—Cállate, Tom, te lo suplico.

—¡Dios! ¡qué alto es!

—¡Oh, Señor, Señor! ¡Huyamos!

—No te muevas; viene hacia aquí.

Estaba él tan excitado, que le faltaba la respiración; apenas podía hablar. Yo, a mi pesar, miraba. Echados boca abajo, permanecíamos anhelantes. El espectro seguía avanzando; oculto por la sombra del bosque, le veíamos confusamente; por fin llegó muy cerca de nosotros, y se detuvo en una zona luminosa; no podíamos más; era efectivamente el espíritu de Jake Dunlap; pero no teníamos fuerzas para hablar ni para movernos. Al cabo de un instante desapareció el espíritu, y recobramos el uso de la palabra.

—Por lo general, son transparentes, y afectan la forma de una neblina—me dijo Tom;—pero este es diferente.

—En efecto, he visto muy claramente unas gafas azules y las patillas.

—Sí, y los colores de su traje de fiesta, sus pantalones escoceses, negros y verdes...

—Su chaleco de terciopelo de cuadros encarnados y amarillos.

—Los tirantes de cuero de sus pantalones, uno de los cuales le caía a lo largo de la pierna.

—Y el sombrero.

—¡Qué sombrero para un espíritu!

(Hay que recordar que estaban de moda aquellos tubos de chimenea muy altos y puntiagudos en forma de sorbetes.)

—¿Has observado si el pelo del espectro se parecía bien al de Jake?—me preguntó Tom.

—No, no he visto bien.

—Yo tampoco, pero le he visto arrastrar su saco; en cuanto a esto, estoy completamente seguro.

—Yo también. Dí, Tom, ¿cómo puede manejar un saco un espíritu?

—Cállate. En tu lugar, Huck, no me atrevería a hacer semejantes preguntas. Todo lo que posee un espíritu es vaporoso como él; visten como todo el mundo. Ya has visto que su traje era vaporoso; ¿por qué no había de serlo también su saco? Esto es de sentido común.

Era, en efecto, muy lógico, y no tuve nada que replicar, Bill Wither y su hermano Jack pasaron cerca de nosotros, y oímos preguntar a Jack:

—¿Qué crees que llevaba?

—No sé nada, pero parecía bastante pesado.

—Sí, parecía no poder más. Probablemente, algún negro que robaba el grano del viejo pastor Silas, me figuro.

—Sí, y le confieso que me guardaría bien de impedirlo.

—Lo mismo digo.

Los dos interlocutores se echaron a reir, alejándose. Allí teníamos la prueba de la impopularidad creciente del tío Silas; jamás se hubiera permitido a un negro robar a un propietario que no fuera aquel pobre tío, sin hacérselo pagar bien caro inmediatamente.

Oímos acercarse otras voces, y la conversación parecía mezclada con alegres carcajadas. Eran Lem Bube y Jim Lane.

—¿Quién?—decía Jim.—¿Júpiter Dunlap?

—Sí.

—¡Oh! no se nada, pero es posible. Le he visto cavando, hace cosa de una hora, al atardecer; estaba con el pastor. Decía que no tenía ganas de salir esta noche, y que nos dejaría su perro si le queríamos.

—Estaba muy cansado.

—¡Caramba! Es que trabaja de firme.

—Así es.

Charlando de esta manera pasaron a nuestro lado. Tom

manifestó deseos de dejar nuestro escondite y seguirlos, puesto que llevaban el mismo camino que debíamos tomar nosotros; así no correríamos ya el riesgo de topar a solas con el espíritu. Adoptamos este plan, y llegamos sanos y salvos.

Era un sábado, 2 de Setiembre, día que no se me olvidará en mi vida. Pronto sabréis por qué.

CAPITULO VI

Seguimos a Jim y Lem hasta la cabaña en que el viejo Jim estaba prisionero cuando le pusimos en libertad; los perros se pusieron a ladrar para darnos la bienvenida; pero como no veíamos luz en la casa, no nos sentíamos muy animosos. En el momento de entrar, me dijo Tom:

—Espera, aguardemos un instante.

—¿Qué hay de nuevo?—pregunté.

—Algo muy serio—contestó.—¿Crees que debemos ser los primeros en contar a la familia los acontecimientos de esta noche, el crimen de los sicomoros, la conducta de los bandidos que han dado el golpe, la historia de los brillantes, etc.? ¿Eres de parecer que les ofrezcamos las primicias de nuestro relato, haciendo valer nuestro mérito de estar mejor informados que nadie?

—Ciertamente; no serías Tom Sawyer si perdieras tan buena ocasión, y pienso que sabrás hacerte valer en esta circunstancia.

—Pues bien—me dijo él con la mayor sangre fría;—¿qué dirás si te anuncio que no pienso decir palabra de todo esto?

Me asombró semejante salida.

—Diré que mientes, que no obras de buena fe, Tom Sawyer.

—Verás, amigo mío. El aparecido, ¿iba descalzo?

—No; ¿y qué?

—Espera un poco; ¿iba calzado?

—Sí; vi sus botas perfectamente.

—Júralo.

—Lo juro.

—Yo también. ¿Has comprendido ahora la cosa?

—Nada, absolutamente.

—Eso significa que los ladrones no se han apoderado de los brillantes.

—¡Caramba! ¿Qué es lo que te lo hace suponer?

—Es más que una suposición. Es una certeza; ¿no recuerdas que los pantalones, las gafas, las patillas, el saco del espectro, todo estaba transformado en vapor? Esto prueba que si sus botas eran vaporosas también, es porque las llevaba aún puestas cuando le perseguían; lo que afirmo es ciertamente una prueba irrefutable de que los miserables no pudieron apoderarse de esas botas, o no sé lo que me digo.

Os aseguro que jamás he dado con un cerebro mejor organizado que el suyo. También yo tenía ojos, de los que me servía para mirar, pero no sacaba ninguna conclusión. Tom Sawyer era completamente distinto. En cuanto observaba una cosa, ésta parecía hablarle a los ojos, y explicarle el porqué y el cómo de todo. ¡Qué cabeza, Dios mío!

—Tom—le dije,—te repetiré lo que te he dicho muy a menudo: no soy digno de limpiarte las botas. Dios sabe bien lo que hace. Nos ha creado a todos, a unos con ojos para ver, a otros con ojos para no ver, y no tenemos que escrutar sus designios. Todo lo que hace está bien, o no lo hubiera hecho. Sigue, amigo mío. Tú afirmas ahora que los ladrones no han cogido los brillantes. Pero ¿por qué?

—¿Por qué? Porque fueron perseguidos por los otros dos individuos antes de haber podido quitar las botas al cadáver.

—Comprendo, comprendo. Pero dime, Tom, ¿por qué callarnos? ¿Por qué no decir todo lo que sabemos?

—¡Qué tonto eres! Trata de comprender, Huck Jinn; mira lo que va a suceder. En seguida empezará el sumario. Esos dos individuos contarán que fueron atraídos por unos gritos, y que llegaron a tiempo de... no impedir el crimen. El Jurado bus-

cará indefinidamente, después el veredicto explicará que la víctima recibió un tiro o cualquier otra cosa en la cabeza, y que murió por la gracia de Dios. Le enterrarán, luego venderán sus efectos en subasta para cubrir los gastos; aquí intervendremos nosotros.

—¿Cómo eso, Tom?

—Comprando las botas por dos dólars.

Yo estaba palpitante.

—¡Dios mío, Tom! ¿Entonces tendremos los brillantes?

—Seguramente. Algún día ofrecerán una buena prima, tal vez mil dólars, a quien los encuentre, y esa prima será para nosotros. Vamos, entremos a ver a la familia, y sobre todo no olvides la recomendación: ni una palabra de crimen, de los brillantes, de los ladrones. Ya lo sabes.

Quedé contrariado, porque la combinación aquella no me agradaba sino a medias. Yo hubiera vendido los brillantes en su precio de doce mil dólars; pero no me atreví a decir nada. ¿Para qué? Me permití solamente esta reflexión:

—¿Qué vamos a decir a tía Sally para explicar nuestro retraso, puesto que ya hace mucho tiempo que deberíamos haber llegado?

—¡Oh! En cuanto a eso, te dejo el cuidado de decirla lo que te sugiera tu imaginación.

Tom era siempre tan escrupuloso, que no hubiera mentido bajo ningún pretexto.

Al cruzar el patio, mirábamos a derecha e izquierda; cada objeto parecía darnos la bienvenida; bajo la bóveda que unía la casa-habitación con la cocina, todo estaba como antaño, colgado de la pared, hasta el traje viejo de trabajo del tío Silas; reconocimos con gusto su capuchón y la gran pieza blanca de la espalda que hubiera sido un soberbio blanco para pedreas. Por fin, levantamos el pestillo y entramos. Tía Sally estaba ocupada, los niños estaban en un rincón y el viejo se entretenía en otro haciendo no sé qué, para lo que pedía ayuda de vez en cuando. La buena tía se sobresaltó de gozo; al

vernos, las lágrimas brotaron de sus ojos, y, con una mezcla de capirotazos y caricias, nos expresó su alegría.

—Pero ¿qué habéis hecho, pícaros, para llegar tan tarde?—preguntó.—Me tenéis llena de zozobra hace mucho tiempo; he mandado hacer cuatro veces vuestra cena para que la encontrárais caliente y buena; pero había perdido la paciencia, y os declaro que sentía un deseo loco de desollaros vivos. ¡Pobres muchachos! Debéis estar muertos de hambre; vamos, a la mesa, no perdamos más tiempo.

¡Dios mío! ¡qué agradable sensación es ver alrededor todo lo que se puede desear en este mundo! El tío Silas nos contó una de sus fanfarronadas de sus buenos tiempos, y mientras que los niños le abrumaban a preguntas en los intervalos de su relato, yo buscaba en mi cerebro una excusa plausible para explicar nuestro retraso. Cuando nuestros platos estuvieron llenos, ella me preguntó de nuevo por qué habíamos tardado tanto.

—Verá usted, señora—le dije un poco turbado.

—¿Qué es eso Huck Jinn? ¿Desde cuándo soy yo *señora* para ti? ¿Te he escatimado los halagos y los mimos desde el día en que, al recibirte aquí, te consideré como hijo de la casa, eligiéndote como el mejor amigo de Tom? En cambio, ¿no me has contado tú más de cuatro mil mentiras que me he tragado como una crédula? Llámame tía Sally, como siempre lo has hecho, y no *señora*.

No me quedaba más que obedecer, y seguí:

—Pues verá: Tom y yo habíamos decidido venir a pie y respirar el aire del bosque; en esto nos encontramos con Lem Bube y Jim Lane, y nos dijeron que fuésemos a coger moras con ellos, añadiendo que Júpiter Dunlap les había dejado su perro; entonces...

—¿Dónde le habían visto?—preguntó el viejo. Y como yo le mirase, asombrado de que le interesaran semejantes detalles, su mirada inquisitiva pareció penetrarme; me quedé tan sorprendido, que me sentí lleno de confusión; pero recobré mi aplomo y continué:

—Cuando estaba cavando con usted, al atardecer.

Por toda respuesta dió un gruñido, y dejó de prestar atención a mi relato.

—Decía, pues...

—No sigas—me interrumpió tío Sally.

Me miró enojada, y añadió:

—¿Cómo es, Huck Jinn, que esos hombres hayan hablado de coger moras en Setiembre, en este país?

Comprendí que lo había echado a perder, y no hallé respuesta. Ella esperaba, y queriendo confundirme, dijo:

—¿Y cómo se les había ocurrido esa idea idiota de ir a coger moras de noche?

—Nos dijeron que tenían una linterna, y que...

—¡Oh, cállate! ¿Y por qué necesitaban un perro? ¿Para coger moras quizá?

—Creo que...

—Vaya, habla tú, Tom Sawyer, ¿qué otra mentira preparas? Habla, pero te advierto de antemano que no creeré nada de lo que cuentes. Tú y Huck Jinn habéis hecho alguna de las vuestras. Lo sé, porque os conozco a los dos. Vamos, explica la presencia del perro, de las moras, de la linterna y de todo lo demás, y que los argumentos sean claros, ¿lo oyes?

Tom parecía molestado, y le contestó con tono de dignidad ofendida:

—Es verdaderamente abominable tratar así a este pobre Huck, por una equivocación que cualquiera hubiese podido cometer.

—¿Qué equivocación?

—La de hablar de moras en lugar de fresas.

—Tom Sawyer, te juro que si me exasperas con una nueva mentira...

—Tía Sally, sin quererlo, y sin ninguna mala intención, es usted injusta. Si hubiera usted estudiado, como otros, la historia natural, sabría que en todas partes, en todos los países, ex-

cepto aquí, en Arkansas, se cogen siempre las fresas con un perro, una linterna y...

Pero ella no le dejó acabar, y cayó sobre él a golpes. Su rabia era tal, que todos los insultos le parecían poco, jadeaba de ira. Todo era obra de Tom Sawyer, la exasperaba, la crispaba, y luego la abandonaba a su furor. Estaba tan iracunda, que ya no quería oir nada, y prohibía a todos que hablasen. Cuando se hubo calmado, Tom le dijo con frialdad:

—De modo, tía Sally...

—¡Cállate!—exclamó ella;—no quiero oir ni una palabra más.

De esta manera estábamos ya seguros, ya no teníamos que inventar nada para excusar nuestro retraso. Decididamente, Tom era una maravilla.

CAPÍTULO VII

Benny parecía pensativa, y la veíamos suspirar a menudo; se decidió, sin embargo, a preguntarnos por Mary, Sid y tía Polly; esto hizo sonreir a tía Sally; reapareció su buen humor y se mostró bajo un aspecto tan amable, que el final de la cena estuvo lleno de alegría. Solamente el viejo no participaba de ella; parecía inquieto, preocupado y exhalaba raros suspiros. Era una verdadera pena para nosotros verle tan triste y tan absorto.

A poco de terminar la cena, llamaron a la puerta y entró un negro con astroso sombrero de paja en la mano; saludó a derecha e izquierda, con azoramiento, y dijo que el Sr. Braca preguntaba por su hermano; que estaba cansado de esperarle para cenar, y rogaba al Sr. Silas que le dijese dónde estaba aquél. El tío Silas le contestó con un tono seco y desagrabable que no le conocía:

—¿Soy acaso el guardián de su hermano?

Pero al punto se mostró arrepentido de sus palabras, y dijo con dulzura:

—No le digas esto, Billy; he hecho mal; estoy enfermo desde hace unos días, irritable, y apenas soy responsable de lo que digo. Dile sencillamente que no está aquí.

En cuanto se marchó el negro se levantó, se puso a pasear por la habitación, refunfuñando, murmurando y pasándose nerviosamente la mano por el pelo. Era desconsolador verle así. Tía Sally nos dijo al oído que no le mirásemos, porque detestaba el que se ocupasen de él. Añadió que desde sus últimos disgustos, no hacía más que dar vueltas a su cabeza, que a veces, de noche, recorría la casa dormido. Si nos lo encontrásemos, debíamos dejarle tranquilo y sobre todo no asustarle. Sus manías no tenían nada de peligrosas; eran más bien un alivio de sus nervios. Nos dijo que solamente Benny sabía manejarle, calmarle o dejarle con sus cosas, según las circunstancias.

El continuó paseando y masculiando palabras; al fin pareció fatigado; entonces se le acercó Benny, le cogió suavemente una mano y le echó un brazo al cuello; él sonrió, se inclinó y la besó; poco a poco su cara tomó una expresión de serenidad, y ella le decidió a que se fuese a acostar. Esta tierna obediencia era conmovedora y daba gusto verla.

Tía Sally estaba acostando a los niños; todo entró en la calma; Tom y yo lo aprovechamos para dar una vuelta a la luz de la luna y coger una excelente sandía. Mientras la comíamos, pudimos cambiar nuestras impresiones. Tom afirmó que Júpiter era la causa de todo, que le vigilaría, y que a la primera ocasión haría todo lo posible para obligar al tío Silas a que le despidiera.

Hablamos y fumamos durante dos horas, y como era muy tarde, al volver a la casa, estaban todas las luces apagadas y todo el mundo acostado.

Tom, cuya mirada perspicaz se fijaba en todo, notó que la bata de su tío había desaparecido desde nuestra última salida, lo cual le pareció raro. Subimos a nuestro cuarto.

En el contiguo sentimos moverse a Benny; debía de pre-

ocuparla mucho el estado de su padre y no podía dormir. Tampoco nosotros.

Así es que nos pusimos a fumar, a hablar en voz baja; nos sentíamos tristes y muy abatidos. El asesinato y el espectro nos perseguían hasta tal punto, que no podíamos cerrar los ojos.

Más tarde, cuando todo hubo entrado en el silencio de la noche, Tom me llamó en voz baja y me dijo que mirase por la ventana. Un hombre se paseaba por el patio, con aspecto de no saber adónde iba; la oscuridad nos impedía distinguirle bien; se dirigió a la empalizada y pasó por encima; la luna, que apareció en aquel momento, nos permitió reconocer la bata verde con piezas blancas, y sobre el hombro del individuo una inmensa azada.

—Es sonámbulo—me dijo Tom. —Si pudiéramos seguirle y ver adónde va... Mira, se dirige hacia el campo de tabaco. Es imposible verle. ¡Qué lástima que se aleje!

Esperamos largo rato, pero no reapareció; volvió sin duda por otro camino. Estábamos muy inquietos, pero a la larga nos dominó el sueño, un sueño que nos valió cientos de pesadillas. Al amanecer nos despertó una violentísima tormenta; los truenos y los relámpagos eran espantosos; el viento rompía las ramas de los árboles, la lluvia caía a cántaros y por las hondonadas corrían torrentes.

—Oye una cosa muy curiosa—me dijo Tom.—Cuando salimos anoche, todavía no había oído hablar nadie de la familia del asesinato de Jake Dunlap. Es muy raro que los individuos que persiguieron a Hal Clayton y Bud Dixon, no hayan propalado su hazaña en menos de una hora. Toda persona informada la hubiera inmediatamente repetido, y la noticia hubiera corrido por las granjas como un reguero de pólvora; es tan raro un acontecimiento así, que cada cual hubiera querido ser el primero en anunciarlo. ¡Huck! Es muy extraordinario no lo comprendo.

Tom se puso muy nervioso; estaba deseando que cesara la

lluvia para poder salir y hacer hablar a las gentes sobre lo que supieran. Añadió que si nos contaban algo, habría que mostrar nuestro asombro.

Cuando dejó de llover, bajamos. Seguimos la carretera; de cuándo en cuándo nos encontrábamos con una persona que nos saludaba; le hablábamos de nuestra llegada, de la salud de nuestros parientes, del tiempo que íbamos a estar y de otra porción de cosas igualmente interesantes; nadie, sin embargo, aludió al acontecimiento; realmente era muy raro. Tom pensaba que si fuésemos a los sicomoros, encontraríamos el cadáver abandonado en algún rincón; creía también que los dos hombres habían perseguido a los ladrones al bosque, que éstos se habrían arrojado sobre aquéllos y los habrían matado, o que tal vez se habrían matado los cuatro, unos a otros. En suma, quizá no sobrevivía nadie de semejante matanza.

Así hablando, llegamos a los sicomoros. El frío de la muerte se deslizaba a lo largo de mi espina dorsal, y a pesar de cuanto me dijo Tom, me fue imposible dar un paso. Más valiente que yo, se adelantó él para ver si los zapatos continuaban en su sitio, en los pies del cadáver. Al cabo de un instante, volvió con la mirada extraviada, aterrorizado, gritándome:

—¡Se ha marchado, Huck!

—¡No es posible!—le dije yo trastornadísimo.

—Estoy seguro, se ha marchado. No encuentro huellas. El suelo está pisado, pero si ha habido sangre, la lluvia lo ha lavado todo; no hay alrededor sino charcas de agua y de lodo.

Impulsado por la curiosidad cedí, y quise ver por mí mismo. Como lo había dicho Tom, no quedaba rastro del cadáver.

—¡Diablo!—dije;—los brillantes han desaparecido; ¿no será que los ladrones hayan vuelto para enterrarle en alguna parte, Tom?

—Puede ser; pero, ¿en dónde lo han escondido? ¿qué piensas tú?

—No sé nada—dije consternado;—y es más, ahora me tiene sin cuidado. Se han llevado las botas, es todo lo que quería

saber. Puede él permanecer enterrado *ad vitam eternam;* no seré yo quien trate de desenterrarle.

Tom estaba tan abrumado como yo; tenía empeño, sin embargo, en saber lo que había sido del cuerpo, y se prometió estar de guarda toda la noche, pensando bien que los perros le olfatearían y le descubrirían.

Durante el almuerzo estuvimos malhumorados y desabridos; era ciertamente la primera vez de mi vida que un cadáver me originaba tantas preocupaciones.

MARCK TWAIN

(*Concluirá.*)

LA AMÉRICA MODERNA

Los revisionistas de la historia de España. Cultura española del siglo XVI. Los renacentistas. El P. Acosta y su obra. Historia, Filosofía y Política. La crítica europea. Literatura científica hispanoamericana. Opinión de Mr. Roosevelt.—La distribución de la población, de la fauna y de la flora. El banano en los pueblos antiguos en América. Juicios de Alejandro de Humboldt.

La revisión de la historia de España fue demandada, a raíz del desastre colonial, por significados españoles; era su aspiración que se destiñesen las páginas legendarias de la historia patria, y que éstas quedasen reducidas a la austeridad, unción, humildad y resignación propias de los sermonarios y guías de moral ascética. Para que no se alimentase ninguna aspiración heroica, se clamaba que había de echarse triple llave al sepulcro del Cid; el alma impetuosa del Romancero había que extinguirla... Y algunos españoles tomaron en consideración la propuesta. Fuera de casa, menudearon las publicaciones sobre España, la triste actualidad desde 1898, dedicándose en todas ellas un párrafo (¡y cómo no!) a la consabida Inquisición, y dando un salto desde el siglo XVII al siglo XX, considerando el trecho histórico como una invariable unidad psicológica en el pueblo español.

Que los españoles, como todo pueblo derrotado, tiene que recoger sobre el campo de batalla la moral de la derrota, es

cosa fuera de duda; pero que tenga que renunciar y aun ensombrecer sus páginas de gloria... más que recoger una moral preparatoria del Renacimiento, equivale a preparar un suicidio.

La revisión de la historia patria hay que hacerla, pero comenzando por enseñar nuestra propia historia a los que de ella escriben, y difundiendo entre nosotros las páginas olvidadas y no menos grandes por no ser tan resonantes como los hechos de armas.

Difícilmente se encontrará una página más brillante y fecunda de la historia de España como aquella que registra el descubrimiento y la conquista de América; difícilmente, también, se encontrará una página más bastardeada que ésta. En Francia, por ejemplo, se lanzan todos los años algunos tomitos dedicados a los países hispano-americanos, en los que siempre suele quedar malparada la acción de España en América. Apenas he abierto los tomos de Huret sobre la Argentina, he tropezado con las invectivas consabidas: el fanatismo, los virreyes... Y de este mal francés he visto también contagiados a escritores como Levillier (1), que nos habla de tiranías, y García Calderón (2), que asocia la psicología africana a la psicología del pueblo español colonizador.

Yo invitaría a los que así escriben a dar una vuelta por las obras que produjo la actividad española apenas descubierta América, a examinar la cultura hispánica de entonces.

Los españoles Villalobos, Andrés de San Martín, Gómez Pereira y otros que siguieron después, fueron espíritus robustos que llevaron a cabo la reforma de sí mismos, emancipándose de la servidumbre mental en que yacía el pensamiento en la Europa de la Edad Media; fueron orfebres del Renacimiento que se anticiparon a Galileo y a Descartes. La visión del Nuevo Mundo no produjo en mentalidades españolas un muestra-

(1) Levillier: *Les origines argentines*. París, 1912.

(2) García Calderón: *Les democraties latines de l'Amerique*. París, 1912.

rio de descripcionismos sin alma o vulgares copisterías de las cosas recibidas de las tierras y gentes nuevas, sino un colosal vuelo deductivo, propio tan sólo de los espíritus profundos, que llegó a ampliar y a modificar la concepción del Cosmos. Prototipo de esta revolucion espiritual fue el jesuíta español P. Acosta, y quien quiera buscar un fiador de esta afirmación, puede encontrarlo en Alejandro de Humboldt. Comprensible, justificado está el ardimiento con que Menéndez y Pelayo, el gran polígrafo español, describe la cultura científica española del siglo XVI: «¿Ofreció entonces nación alguna el espectáculo de independencia y agitación filosófica que caracteriza a España en aquella Era?»—pregunta el polígrafo.—«Todos los sistemas a la sazón existentes—continúa—tenían representantes en nuestra tierra, y sobre todos ellos se alzaba el atrevido vuelo de otros espíritus más independientes, osados e inquietos los unos, sosegados y majestuosos los otros, agitadores todos, cada cual a su manera, sembradores de nuevos gérmenes y nuncios de ideas y de teorías que proféticamente compendiaban los varios y revueltos giros del pensamiento moderno.»

Mientras un gran número de pensadores en Europa exhumaban las obras de los maestros griegos, formándose, unos en una labor de análisis que había de desenvolver redentores anhelos espirituales, y otros cayendo en la copistería de las obras grecorromanas, llevados por el «vano desiderio de la belleza ántica», los españoles realizaban la magna interpretación de la especial fenoménica del Nuevo Mundo, y fueron los primeros en reirse y hacer donaire, como lo ofrece el ejemplo del padre Acosta, de algunas afirmaciones cosmológicas de Aristóteles y de su filosofía.

De la obra vital de España en el Nuevo Mundo, sólo ven algunos escritores ignorantes y repletos de malquerencia, la figura de los buscadores de oro, dejando en el olvido la exaltación heroica de los primeros navegantes del *Mar Tenebroso*, los descubrimientos de los científicos, las creaciones de los literatos, los monumentos de los juristas, el pietismo moralizador y el

apostolado redencionista de los misioneros, los epinicios de la espada vencedora de resistencias bárbaras al paso de la civilización greco-latina: todas las dimensiones fundamentales de una civilización y de un pueblo que irrumpía en un mundo inferior.

Cosas, ideas y palabras nuevas acarrearon los investigadores españoles de Indias para la vieja Europa. Verdaderos espíritus renacentistas, supieron separarse de las doctrinas recibidas, declarándose voluntaria y racionalmente incursos en el sublime pecado de herejía dentro del catecismo científico tradicional. El primer cronista general de las Indias, Gonzalo Fernández de Oviedo, declara la precisión de separarse de Plinio, dada la novedad de las materias que se examinan, y justifica sus rebeldías de lenguaje diciendo: «Si algunos vocablos extraños o bárbaros aquí se hallaren, la causa es la novedad de que se trata; y no se pongan a la cuenta de mi romance, que en Madrid nací y en la Casa Real me crié, y con gente noble he conversado, e algo he leydo, para que se sospeche que avré entendido mi lengua castellana, la qual, de las vulgares, se tiene por la mejor de todas: y lo que oviere en este volumen que con ella no consuene, serán nombres o palabras por mi voluntad puestas, para dar a entender las cosas que por ellas quieren los indios significar» (1).

En 1590, publicó el P. Acosta su obra monumental, titulada *Historia natural y moral de las Indias*, en la que se refleja todo el saber y la finalidad moral del gran catequista. En los seis libros titulados *De procuranda indorum salute*, se hace el estudio sociológico de los pueblos indios con tal sagacidad psicológica y poder intuitivo, que responden perfectamente al fin catequista que se propuso el autor.

El catecismo trilingüe del P. Acosta, escrito en lengua cas-

(1) Gonzalo Fernández de Oviedo: *Historia general de las Indias*. Edición de la Academia de la Historia, 1851 a 1855.

tellana, quichúa y aymará, supone en el autor una gran riqueza de conocimientos filológicos y claras facultades pedagógicas. El misionero se proponía purificar la mentalidad de los indios extirpando los ritos y supersticiones de la religión animista. La labor del filólogo, con ser grande, no puede compararse con la grandeza y elevación espiritual del redencionista, con lo trascendental de sus anhelos espirituales por reformar el espíritu de los indios haciéndoles conocer una religión que, como la cristiana, inspiraba toda la civilización occidental.

No se detenía la actividad de esta gran figura en la labor catequista solamente; sus estudios filológicos prueban la gran actividad y energía que desplegaba en el orden científico. Su estudio sobre la lengua quichúa lo prueba bien claramente. Del Perú no sacaban los españoles el oro legendario y la plata que se amontonaba en grandes cerros; había otras vetas espirituales cuya explotación preocupaba hondamente a los espíritus generosos de España.

Con el siguiente título vió la luz la obra monumental del P. Acosta: «*Historia natural y moral de las Indias*, en que se tratan las cosas notables del cielo, elementos, metales, plantas y animales dellas, y los ritos y ceremonias, leyes y gobierno, y guerras de los indios, compuesta por el P. Joseph de Acosta, religioso de la Compañía de Jesús, dirigida a la Serenísima Infanta Doña Isabel Clara Eugenia de Austria». ¿Qué valor encerraba esta obra? Los siguientes hechos lo dicen:

Al año de haber sido publicada, se reimprimió en Barcelona por Jaime Cendrat; en 1595 fue vertida al latín, en Salamanca; en Madrid fue reimpresa en los años 1608, 1610, 1792 y 1894; al italiano fue traducida por Pablo Gallucio, y editada en Venecia en 1596; al francés, por Roberto Reynaulten, 1598, y reimpresa en los años 1600, 1606 y 1616; al inglés, por Evard Grimstone en 1604, y reimpresa en 1684; al flamenco, por Juan Hugo de Luischat, en 1598, y reproducida en 1624; al alemán, por Gotardo Artús, de Danzig; Teodoro Bry la incluyó, vertida al latín, en la parte tercera de su *Historia Occiden-*

tal; en Francia, Italia e Inglaterra se publicaron extractos y libros sueltos.

El Plinio del Nuevo Mundo fue el P. Acosta, aún más grande que el Plinio de la antigüedad, pues éste dispuso de una labor recibida, y Acosta, no.

El gran historiador de las Indias Occidentales no se limitó a mostrar el material bruto de la observación; tenía algo más que una cámara fotográfica en su cabeza, fundía y moldeaba el material cuidadosamente recogido. Como él mismo dice, su intento no era dar «noticia de las cosas nuevas y extrañas que en aquellas partes se han descubierto», sino el de suplir la deficiencia de los tratadistas que omitían «las causas y razón de tales novedades y extrañezas, por ser forasteras en la Filosofía antiguamente recibida y platicada». Su Historia era también Filosofía, y así lo dice el mismo Acosta.

Los altos vuelos sintéticos no solamente los emplea en la Historia natural, sino también en la Historia moral. Muestra de ello es el concepto de la novísima Mitología que queda esbozado al tratar «De los géneros de idolatría que han usado los indios», en donde reduce a cabezas los «géneros y suertes de idolatría, que pensar de contarlos por menudo es cosa infinita».

Nadie como el P. Acosta había reunido los al parecer dispersos elementos, los fenómenos aparentemente inconexos y los había enlazado lógicamente, ofreciendo el concepto de la armonía del Cosmos. Debe estimarse, como dice el profesor Carracido (1), como el primer revelador del vastísimo conjunto de acciones mutuas que hoy estudia la Meteorología en sus dos aspectos, exógeno y endógeno, conjunto examinado y discutido por el espíritu filosófico de su profundo observador en aquella serie de atrevidas disquisiciones, fundamento, según la irrecusable autoridad de Humboldt, de la Física del Globo, por la originalidad y alcance de las relaciones señaladas. El

(1) Carracido: *El P. José de Acosta y su importancia en la Literatura científica española*. Madrid, 1899.

eminente naturalista Huxley ha expuesto en nuestros días, con el más riguroso y levantado criterio científico, el novísimo sistema de los conocimientos zoológicos en un libro en que, tomando al cangrejo por asunto de multiples evoluciones, educe todos los tipos de la morfología animal. Pasteur, discurriendo sobre el caso particular de los ácidos tartáricos, compuso una teoría general de la estructura molecular; pues análogamente el inquiridor de las causas y razón de las novedades y extrañezas observadas en las Indias occidentales, al tratar en el siglo VXI de las condiciones sólo de una línea terrestre, la *equinoccial*, penetró, guiado por los resplandores de su intuición, en las más oscuras cuestiones científicas, por haber descubierto en ella «tantas y tan admirables propiedades, que con gran razón despiertan y avivan los entendimientos para inquirir sus causas, guiándonos, no tanto por la doctrina de los antiguos filósofos, cuanto por la verdadera razón y con cierta experiencia» (1). Partiendo de lo singular de una linea, discurrió por la anchura del planeta pesquisando, «la causa de los vientos alisios y de las corrientes marinas, la del decrecimiento del calor, ya al ascender la pendiente de las cordilleras, ya al sondear las profundidades del Océano; la acción mutua de los volcanes y su trascendencia a los temblores de tierra» (2); en suma, los más arduos problemas de la ciencia, desde los físicos hasta los antropológicos, los cuales, aunque ya propuestos y discutidos por los primeros historiadores de Indias, no se presentaron constituyendo cuerpo de doctrina, orgánico en el enlace de sus miembros, y animado en su conjunto por el calor discursivo del espíritu filosófico, en obra alguna antecedente a la del P. Acosta, sin excluir la de Fernández de Oviedo.

Veo venir la objeción de los contradictores impenitentes; las rectificaciones físicas, pase; pero, ¿qué independencia de juicio había de tener un religioso, y jesuíta por añadidura? El

(1) *Historia natural y moral de las Indias*, lib. II, cap. L.

(2) A. Humboldt: *Cosmos*, tomo II, pág. 315.

mismo Acosta dice que al guiarse por el criterio de la verdadera razón y experiencia cierta, hubo de apartarse, al discurrir sobre las propiedades de las equinocciales, de la doctrina de los antiguos filósofos, y también de «los Santos Doctores de la Iglesia, si en algún punto de Filosofía y Ciencias naturales sienten diferentemente de lo que está más recibido y aprobado por buena Filosofía» (1), y por la misma razón hasta de algunos exégetas de las divinas Escrituras, declarando que «no hemos de seguir la letra que mata, sino el espíritu que da vida, como dice San Pablo» (2). Al lado de estas declaraciones aparecen observaciones astronómicas de gran valor, y aborda las cuestiones relativas a la etnogenia americana.

Dentro de los estudios de etnografía comprende a todas las razas, sin excluir a las inferiores. Así escribe: «No hay gente tan bárbara que no tenga algo bueno que alabar; ni la hay tan política y humana que no tenga algo que enmendar, pues cuando la relación o la historia de los hechos de los indios no tuviese otro fruto más de este común de ser historia y relación de cosas que en efecto de verdad pasaron, merece ser recibida por cosa útil, y no por indios es de desechar la noticia de sus cosas, como en las naturales vemos que no sólo de los animales generosos, de las plantas insignes y piedras preciosas escriben los autores, sino también de animales bajos, de hierbas comunes, de piedras y de cosas muy ordinarias, porque allí también hay propiedades dignas de consideración (3).

No se limita la obra del P. Acosta a las descripciones relatadas; aborda también y se adelanta muchos siglos al pensamiento político del siglo XVII, la cuestión magna del régimen colonial conveniente, apartándose del pensamiento asimilista de su tiempo. Expone con satisfactoria claridad los beneficios que pueden conseguirse con la noticia de las leyes, costumbres

(1) *Historia natural y moral de las Indias*, lib. I, cap. I.
(2) Idem, íd., cap. IV.
(3) Idem, íd., lib. VII, cap. I.

y policía de los indios, cuales son: «Ayudarlos y regirlos por ellas mismas, pues en lo que no contradicen la ley de Cristo y de su Santa Iglesia, deben ser gobernados conforme a sus fueros, que son como sus leyes municipales. Por cuya ignorancia se han cometido yerros de no poca importancia, no sabiendo los que juzgan ni los que rigen por dónde han de juzgar y regir sus súbditos» (1).

En la historia de la cultura española quedarán eternamente como modelos de razonadores, de espíritus independientes, aquellos hombres que, como el médico Villalobos decía: «Yo no hablo con los teólogos, y si los filósofos se acogen a ellos, harán como los malhechores que se acogen a la Iglesia»; los que, como el piloto Andrés de San Martín, declaraban: «Toque a quien tocare, en el *Almanak* están errados los movimientos celestes, *sicut experientia experti sumus.*»

Cierto es que las almas exaltadas por el apostolado, como fueron el P. Las Casas y el P. Acosta, se hicieron, en cierto modo, incompatibles con los virreyes; pero esto no prueba nada contra el Gobierno y la acción militar de los españoles. Era sencillamente el choque inevitable que se había de producir entre dos sentimientos morales distintos: entre la moral del sacerdote y la moral del soldado. Aquél, todo es misericordia y perdón; éste, fuerza y dominio; unos amparan, otros guerrean. Sin la fuerza del soldado no se habría realizado la conquista, sin la generosidad del misionero no se habría adoctrinado a los indígenas en una moral superior.

He aquí las palabras con que un gran científico alemán, Alejandro de Humboldt, reivindica timbres de ciencia española: «El fundamento de lo que hoy llamamos Física del globo, prescindiendo de las consideraciones matemáticas, se halla en la *Historia natural y moral de las Indias*, del jesuíta José de Acosta, y en la obra que publicó Gonzalo Fernández de Oviedo, veinte años después de la muerte de Colón. *Desde la funda-*

(1) *Historia natural y moral de las Indias,* lib. VI, cap. I.

ción de las sociedades humanas nunca se había ensanchado tan repentinamente y de modo tan maravilloso como entonces el círculo de las ideas, en lo que toca al mundo exterior y al sistema de sus relaciones en la dilatada extensión del espacio.»

Hœfer dice en su *Historia de la Química* que la figura del metalurgo español, Alvaro Alonso Barba, es la *única* en todo el siglo XVII digna de especial mención. Alonso Barba escribió su obra *Arte de los metales* sobre las bases de sus trabajos en América, siendo vertida a muchas lenguas europeas. El investigador español negó la persistencia de los elementos, orientándose hacia la Química evolucionista que había de tener plena confirmación en los grandes maestros del siglo XX.

Löftling, el discípulo predilecto de Linneo, decía a su maestro que había recibido una gran sorpresa al encontrar en España naturalistas muy estimables, autores de excelentes colecciones y herbarios. Alejandro de Humboldt afirma que «ningún Gobierno europeo sacrificó sumas más considerables para adelantar el conocimiento de los vegetales que el Gobierno español. *Tres expediciones botánicas*, la del Perú, Nueva Granada y Nueva España, dirigidas respectivamente por los señores Ruiz y Pavón, D. José Celestino Mutes y los Sres. Sessé y Mociño, costaron al Estado casi dos millones de francos». Tales exploraciones enriquecieron la Fitografía con la descripción de cuatro mil especies nuevas; merced al impulso de estos estudios, se fundó el Jardín Botánico de Méjico en el mismo palacio del virrey.

A Frybeg envió España pensionados para que estudiasen en la famosa escuela de Mineralogía, y dos de ellos, los descubridores de los cuerpos simples, los Sres. D. Andrés del Río y D. Fausto El huyar, fueron enviados a la Nueva España, a fin de que aportase el Real Seminario de Minería toda la cultura científica recogida en Europa.

La malquerencia de algunos escritores europeos hacia España en el período de su grandeza, la explica Lord Macaulay diciendo que Europa se expresaba «como un hombre cuyo

con razón está henchido de odio, pero que humillado por el que odia, siente penosamente la superioridad, no sólo del poder, sino también de la inteligencia de su enemigo». Hoy la malquerencia de algunos obedece a otras causas. Por una parte, los que de España tratan, apenas la conocen; por otra, molesta el elemento español como concurrente de otros pueblos en la América española. Se pretende desespañolizar el antiguo dominio colonial español, y no se perdona medio para ello, aunque para esto tengan que dejarse en el tintero tales escritores la honradez científica.

En medio de tantos dislates, se tiene el consuelo de contemplar cómo la verdad va abriéndose paso. Y no son solamente los españoles que dedican sus esfuerzos en pro de la cultura ibero-americana en España, sino muchos americanos los que reconocen y proclaman la obra civilizadora de España en América. El Arzobispo de Montevideo decía en 1908: «Descendiente de españoles, siento correr por mis venas la ingénita simpatía por la querida y noble Patria, España; y no es sólo simpatía, sino verdadera admiración y orgullo de raza, porque yo desafiaría al más ilustrado historiador a que demostrara la existencia en la historia de la humanidad de una nación, de cualquier raza que sea, más gloriosa y más heroica que España; y mucho menos se demostrará que haya existido una nación-madre más fecunda de naciones y pueblos, con la particularidad admirable de que en esa gestación prodigiosa no haya perecido anémica después de haber dado la existencia a tantas hijas como son las Repúblicas hispano-americanas.»

Quien estas líneas escribe se complace en aducir el testimonio de hombres con ejecutorias científicas europeas, de espíritus cultivados que, como el profesor Carracido, tiene un lugar bien ganado en la literatura científica europea. No pueden los hombres de tal estirpe violentar los hechos de manera tendenciosa, con el fin exclusivo de inventar una historia rehabilitadora de países culpables; los que han hecho de la re-

busca de la verdad un sacerdocio, no pueden, aunque quisieran, traicionar ni un solo momento la fe científica. Así escribía el profesor Carracido en una obra admirable: «Vencida España y despojada de los últimos restos de su soberanía en el mundo que descubrió y conquistó, urge invalidar las acusaciones de la ingratitud triunfante, mostrando en todo su esplendor los timbres que ennoblecen la obra colonizadora de la nación tan injustamente maltratada por muchos de sus hijos. Patentizar con testimonios irrecusables que la tradición hispánica de los modernos pueblos americanos no la forman exclusivamente—como suele afirmarse con tanta malevolencia como ignorancia—la ferocidad de la soldadesca, ni la sordidez del explotador, ni siquiera el fanatismo del misionero, es contribuir al advenimiento del anhelado día de la reparación, en el cual la justicia vuelva a unir con lazos de afecto a los que vivieron por engaño en el desprecio o en el odio. Entonces se reconocerá que nuestra patria, en la medida de sus recursos, no fue avara de entendimientos superiores ni de corazones generosos en la empresa de ilustrar y edificar a los míseros habitantes de sus nuevos dominios, y en este reconocimiento será uno de los más venerados representantes de la vieja metrópoli aquel que en tierras del Nuevo Mundo, impresionado por lo que en ellas observaba y sentía, escribió las páginas geniales de los libros *De natura novi orbis*, y las cristianas del tratado *De procuranda indorum salute* (1).» El ilustre español se refiere a la magna labor del P. Acosta.

«Constantemente afrentados por la ausencia de nombres españoles en el libro de honor donde se inscriben los de los investigadores de las leyes naturales, sin acallar el ansia de salir de nuestra vergonzosa obscuridad, podemos tener algún consuelo recordando que fuimos los principales investigadores del Planeta, y los primeros en ofrecérselo a la Humanidad en toda su redondez. Y si en los libros de Física y de Química

(1) P. Acosta: *Historia natural y moral de las Indias.*

nunca leemos los apellidos de nuestra genealogía nacional, allá están diseminadas por los grandes Océanos las islas de *Pérez* y de *Juan Fernández,* exhibiendo en medio de las embravecidas olas, la ejecutoria de las audaces iniciativas de los patronímicos más vulgares de los linajes hispánicos» (1).

Tal vez alguien, perturbado por la suspicacia, crea que estas palabras no son más que una piadosa manifestación del deseo, siempre noble, de realzar la historia patria; tal vez alguien diga que aunque la ciencia no tiene patria, los científicos sí la tienen. Para tales intérpretes, remito los siguientes párrafos de un reciente discurso de Roosevelt, el popular político norteamericano:

«Yo no comprendo ninguna institución humana sin religión; yo entiendo por religión la cristiana, y aunque no la practico personalmente, no sólo reconozco que la católica romana ha sido la directa intérprete de las enseñanzas del Redentor, que a «ella» debemos la implantación de la «gran luz» en aquella Roma de los Césares, dueña del mundo como ahora lo es del mundo de las almas creyentes, sino que esa Iglesia, por su disciplina, por su penetración en el palacio y la choza, por su continua propaganda espiritual y personal, por más que a veces resulte intransigente (lo que débese atribuir a la personalidad del sacerdote, no al dogma), lo que sí es innegable es que nunca deja a sus fieles expuestos a dudas fundamentales, ni deja una hendidura en la red mística que teje en torno de cerebros y corazones por donde pueda escaparse el sofista o vacilador, para, contra la sentencia de Cristo, adorar los falsos dioses, sostener doctrinas sociales y políticas equivocadas, ni divorciarse ni materializarse, alucinándose con amar las Ciencias.»

Y después de citar a Descartes, Pasteur y otros eminentes sabios como hombres de fe y religión, dice:

---

(1) José Rodríguez Carracido: *Valor de la literatura científica hispanoamericana,* Madrid 1908.

«Víctor Hugo dijo: «La ciencia de hoy fue desconocida ayer y será la mentira de mañana; el hombre no debe contar más que con dos verdades: la Religión, es decir, Dios en el cielo, y la Justicia, es decir, la libertad en la tierra.»

»Sólo que confundimos cuando un tirano se escuda en la Religión para acuchillar un pueblo, o un pueblo, como en ciertos países, para invadir otros; la Iglesia católica no era Carlos IX en la San Bartolomé; esa Iglesia tiene mártires y no verdugos.

«Y no sólo me fijo en la Iglesia católica por su universalidad, su *catolicismo*, sino justamente, porque entre los miles que me oyen, muy pocos son de esa fe y están acostumbrados a oirla calumniar. Voy a daros un ejemplo: Entre ustedes no habrá uno solo que ignore la vida y hazañas de Colón; todos saben, más o menos, que el navegante genovés compareció ante los catedráticos sacerdotes de Salamanca para explicar su teoría geográfica; pero lo que quizás ignoren ustedes es que tal era la omnisciencia de aquellos frailes que, al no convenir en el plan de Colón, le dijeron: «Nosotros no nos meteremos en cuanto a la facilidad de llegar usted a las costas orientales de la India; pero lo que sí creemos es que de extenderse el Atlántico tanto como usted asume, «ha de existir una inmensa lengua de tierra, interpuesta por Dios entre la meta que usted busca y la de Europa, pues no nos parece posible que el Atlántico y el Pacífico sean un mismo Océano con dos nombres.»

»Es decir, ellos presintieron la existencia de estos dos continentes; lo que el mismo Colón, que descubrió las islas occidentales, murió sin saber, y por eso se llama América, en honor del resolvedor del problema, Américo Vespuci; pero se me dirá que estoy defendiendo la Iglesia en el terreno científico. ¡Ah! Es que sólo así es posible que se le ataque, aunque inútilmente; pues en lo práctico, sin ocuparme de su obra, sin rival en los hogares, yo os narraré un poco de lo que también ha hecho.

»Ella inspiró aquella espléndida floración del tiempo de los

Reyes Católicos, de energías intelectuales y morales más exuberantes que las de aquellos bosques vírgenes de esta América, de aquellos frutos sazonados del siglo de oro español; *ella creó el carácter español, superior al espartano, robusto y viril, noble y generoso, grave, valiente hasta la temeridad; los sentimientos caballerescos de aquella raza potente de héroes, sabios, santos y guerreros que nos parecen legendarios; de aquellos corazones indomables, de aquellas voluntades de hierro, de aquellos aventureros nobles y plebeyos que en pobres barcos de madera corrían á doblar la tierra y ensanchar el espacio, limitando esféricamente el globo y completando el planeta, abriendo al través del Atlántico nuevos cielos y nuevas tierras, donde los ríos son mares y el territorio integra otro mundo, iluminado por astros que no soñó Tolomeo; ella movió a esa raza española, que ha hecho lo que ningún otro pueblo: descubrir un mundo y ofrecérselo a Dios, que se lo concedio—a Dios como altar, como trono;—fue un fraile, Las Casas, el que inspiró las «Leyes de Indias», paternales, para que los españoles, con la transfusión de su sangre, de su vida y de su fe, implantaran una civilización muy distinta a las de otros pueblos conquistadores, que matar y esclavizar razas, como han hecho los franceses y los ingleses, y nosotros mismos con los indios en Norte-América, y están haciendo los ingleses en la India y los alemanes en Africa.*

»Y cuando os cuentan patrañas de esa tan mal comprendida «Inquisición», sepan ustedes que históricamente se comprueba que la Iglesia no quemó ningún sabio verdadero ni artista de valer; que no ahogó el pensamiento; los errores de la Inquisición eran errores del tiempo; entonces no se entendía de libertad de la Prensa, ni había prensa de imprimir ni de planchar; la Iglesia quemó clérigos renegados o insubordinados; por ejemplo, uno de sus más grandes condenados, Bruno, «que lo mereció»; quemó idiotas, asesinos, astrólogos y brujas, como quemaron nuestros padres puritanos, precisamente en esta plaza donde estamos reunidos.

»La Iglesia católica está educando «gratis» en sus escuelas,

«donde pagan los niños católicos», a muchachos y muchachas protestantes y judíos que no tienen aulas bastantes en las escuelas públicas, y el pago que le damos a esa Iglesia es cobrarle contribuciones por escuelas nacionales que no usa.

»Ahora, después de lo dicho, después que yo, protestante, me he pasado con armas y bagajes, teóricamente, al campo católico, calculen ustedes si soy intransigente en cuestiones de fe.»

Roosevelt, el que se batió contra España, rompe hoy una lanza en favor de la verdad y de la historia nuestra.

Ante testimonios de propios y de extraños, cimentados en la más pura documentación histórica, ¡cuán pequeñas parecen las invectivas de los escritores que se complacen en avivar en el mundo las bajas pasiones sacrificando la verdad!

* * *

Los movimientos migratorios de la humanidad han sido correlativos de los movimientos migratorios de faunas y floras; la distribución geográfica de la población, su densidad o rarefacción, no son independientes ni de la cantidad ni de la calidad de la fauna y la flora, sobre todo de esta última. Un campo de bananos de la zona tropical, dice Ritter, nutre veinticinco veces más hombres que un campo de trigo de igual superficie. Humboldt, afirma que no 25 sino 133 veces más hombres.

Las frutas, las raíces y los tubérculos tuvieron en la civilización primitiva mucha mayor importancia que en la actualidad, dice Schmoller. En los países tropicales, ciertos árboles y plantas, nutren al hombre casi, sin que éste tenga que tomarse ningún trabajo en su cultivo; por ejemplo, el árbol del pan, las palmeras datilíferas, la palma de Palmira, la palma del coco, el banano, etc.

No cremos que se pueda hacer la historia de la Humanidad en un sentido materialista, ni mucho menos que, como alguien ha intentado, el salmón, el cerdo y la hierba puedan explicar

la historia de galos y eslavos... pero la influencia de las condiciones vegetales en la población, es lo bastante grande para que se haga una consideración especial sobre el tema. Sociólogo de tanta fama como Ratzel ha hecho la observación de que la tendencia a vivir al día, al proletariado, es propia de los países meridionales, precisamente por la prodigalidad del suelo. El banano, por ejemplo, ha desempeñado un gran papel en la vida de la población de grandes regiones americanas.

Todas estas precisiones científicas las sintetizaba Bello en su *Silva a la Agricultura en la zona tórrida*, diciendo con lenguaje de nítido clasicismo:

Y para ti el banano
Desmaya al peso de su dulce carga;
El banano, primero
De cuantos concedió bellos presentes
Providencia a las gentes
Del Ecuador feliz, con mano larga.
No ya de humanas artes obligado
El premio rinde opimo;
No es a la podadora, no al arado
Deudor de su racimo;
Escasa industria bástale, cual puede
Hurtar a su fatiga mano esclava;
Crece veloz, y cuando exhausto acaba,
Adulta prole en torno le sucede.

Todo ello justifica el estudio predilecto hecho por la Sociedad de Agricultores de Colombia sobre el banano.

El Dr. Rafael Uribe traza el cuadro completo de la historia y del cultivo del banano, dándole un sentido a su estudio algo más superior que el simplemente agronómico.

Uribe afirma que no se sabe con certeza cuál es la primera patria del banano, pues todos los países tropicales se la disputan. Esta preciosa planta es conocida desde el origen del género humano, y parece contemporánea del hombre primitivo. Descripción completa de ella se encuentra en los *Vedas*, en las

leyes de Manú y en otros monumentos de la literatura sánscrita. Sábese que en la parte occidental de la India se cultiva desde los tiempos más remotos. Las tradiciones semíticas la hacen originaria de las orillas del Eufrates; otras, del pie del Himalaya, y otras, de la parte oriental de Indostán. Lo cierto es que nadie ha encontrado la planta en estado salvaje, y que, como el trigo, el maíz y la papaya, puede colocársela entre los vegetales míticos, o sea aquellos respecto de los cuales los pueblos han imaginado alguna leyenda sobre el modo cómo la Providencia los agració con su útil posesión y goce. Aún hay tribus que, atribuyendo al banano origen divino, lo rodean de supersticiones, tales como considerar sacrilegio arrebatarle el fruto antes de su madurez. Los primeros portugueses que, doblando el cabo de Buena Esperanza, fueron a la India y encontraron allí el banano, se abstenían de cortarlo al través, creyendo descubrir en el interior una cruz.

Teofrasto habla de un árbol de la India, cuyas hojas tenían hasta doce palmos de largo y se asemejaban a grandes plumas de avestruz. El médico árabe Abd-Alatif dice que el primer pie de banano fue llevado de la India por los musulmanes al Asia Menor, de donde luego lo pasaron a Egipto. Plinio lo llama Pala, nombre que aún es vulgar en la costa de Malabar. Avicena lo denomina *Mugy*. Varios autores creen que es el *doudaim* de la Biblia; otros juzgan, que el enorme racimo con que apenas podían dos israelitas cuando se lo llevaban a Moisés, de la llanura de Escalón, como muestra de la fertilidad de la tierra prometida, no era de uvas, sino de plátanos. En la Edad Media, los cristianos lo llamaban *pomum paradisi*, y creían que fue el fruto prohibido de que se sirvió la serpiente tentadora para hacer pecar a nuestra madre Eva, y nadie negará que, a la vista y por el perfume, sabor y tacto, tiene más atractivos de seducción un banano que una manzana. También creían los primeros cristianos que fue con hojas de plátano con lo que Adán y Eva cubrieron su desnudez cuando les hubo venido la vergüenza, y hay que convenir en que para

este primer ensayo de indumentaria se prestaban mucho mejor las amplias hojas del banano que las diminutas de la higuera o de la parra, sobre todo complementándolas con las guascas o fibras del tronco, a guisa de cordones y cintas, pues parece probable que, por lo menos, aquella buena señora que causó nuestra perdición, ya pondría en sus trajes un poco de modas y coquetería.

Según esto, el banano fue el verdadero árbol de la ciencia del bien y del mal, el árbol de la sabiduría. De estas antiguas tradiciones se hizo eco Linneo, el padre de la Botánica, al combinar el nombre árabe del banano, *musa,* con los calificativos de *sapientium* y de *paradisiaca,* para designar las dos principales especies, la del guineo y la del hartón. Otros creen que la voz *musa* no viene del árabe *mauz,* con que en aquella lengua se designa el banano, sino que Linneo la empleó en honor de Musa, célebre botánico italiano. Pedro Matheoli, otro naturalista del mismo país, fue el primero que dió la descripción y el diseño de la planta.

¿Es el banano indígena de América, o es importado? Fortester y otros naturalistas sostienen que la planta no existía en el Nuevo Mundo antes del descubrimiento. En efecto; Oviedo, en su *Historia Natural de las Indias*, no la menciona entre los vegetales indígenas, que distingue cuidadosamente de los traídos de Enropa. Al contrario, asegura que vió el plátano cultivado cerca de Almería, ciudad del reino de Granada, y en el convento de Franciscanos en las Islas Canarias, de donde tomó algunos pies Fray Tomás Berlangas, en 1516, para traerlos a la Española, hoy Santo Domingo, propagándose de allí a las otras Antillas y a la Tierra Firme.

Opuestamente, el escritor peruano Garcilaso de la Vega cuenta el plátano entre los vegetales que formaban la base de la alimentación de los Incas, y lo confirma el padre Acosta, quien refiere haber hallado su cultivo establecido de larga data antes de la conquista, en las márgenes del Orinoco, del Amazonas y de sus afluentes. Según Humboldt, en toda la

América tropical es tradición constante que el plátano se conocía mucho antes de la llegada de Cristóbal Colón. Lo comprueba diciendo que en varias de las lenguas americanas existen palabras propias, esto es, no exóticas, para nombrar el plátano. Los indios del Brasil que hablan *tupi*, llaman *pacoba* al hartón, que todavía en portugués se distingue con el nombre de *banana da terra*, *y pacob-assú* al dominico. En dialecto tamanaco, el plátano es *parurú*, y en maipuro *arata*, de donde quizá procede el provincialismo *aratos* con que se designan los plátanos dobles o gemelos, es decir, el fenómeno de presentarse dos de ellos íntimamente pegados.

Por otra parte, es en América donde se encuentra el mayor número de variedades, lo que induciría a pensar que la planta ha tenido allí largos ciclos de diversificación; y un género de la familia, el de las *heloconias*, tiene en aquel continente representantes propios, como el *platanillo*, el *murrapo*, el *vihao* y otros, siendo el otro género el de las *uranias*, autóctono del Viejo Mundo.

Redarguyen otros autores afirmando que el Asia es la tierra del banano, como de la Humanidad. Bajo las sombras de sus anchas hojas, los brahmanes y sabios hindús llamados gimnosofistas, pasaban su vida meditando o disertando sobre asuntos filosóficos, y el fruto constituía su alimento ordinario, según Plinio. Aparte de la indicada emigración a Arabia y a Egipto, y por la costa septentrional del Africa hasta el Snr de España, y de ahí al Nuevo Mundo, los portugueses lo traerían de la India para las Azores, de donde iría a las Antillas. De la India pasó también, no hay duda, a Ceylán, a Java, a Sumatra y luego a la Oceanía, y especialmente a Filipinas, archipiélago volcánico donde su cultivo halló las más propicias condiciones. Era fácil y debe remontarse a la mayor antigüedad, el desparramamiento del banano desde el Indostán hacia Occidente hasta ganar el Africa, donde también encontró un medio adecuado a su propagación. De la costa de Zancíbar, lugar primero de su llegada, se internó a la región de los gran-

des lagos, y en seguida al corazón del continente y a las florestas del Congo, uno de los climas más ardientes, húmedos e insalubres del globo. Ahí se sentiría el banano mejor aún que en su país natal: todavía la tribus negras rodean sus *kraals* con densos platanares, que les dan alimento y les sirven de trincheras en sns continuas guerras. Es natural pensar que con el tráfico de esclavos fuese el banano a América, o por lo menos, algunas de sus variedades, como la del *guineo*, según lo indica su nombre, derivado de la comarca africana de Guinea.

Concluyamos conciliatoriamente asentando que el precioso vegetal ha existido siempre en ambos mundos, y que sólo son sus variedades las que se han cambiado del uno al otro.

Denominación.—En cuanto al nombre genérico que en lenguaje vulgar tiene la planta, el más generalizado en los países americanos que hablan el castellano es el de *plátano*, del latín *plátanus*, derivado a su vez del griego *plátanos*, de *platus*, ancho, por alusión a las hojas anchas y largas del árbol. Pero conviene advertir que el nombre propio de plátano, en francés *platane*, corresponde a un árbol de las zonas templadas, que alcanza hasta cuarenta metros de altura, un enorme grosor de tronco y extraordinario desarrollo de copa. La etimología justifica la aplicación del nombre *plátano* al banano, por las dimensiones de sus hojas; pero no por la semejanza con el plátano europeo, que es ninguna; y no es fácil explicar por qué los españoles llamaron así a esta planta, ya la trajesen del Viejo Mundo, ya la encontrasen en América.

En cuanto a la palabra *banano*, unos dicen que viene del Indostán, y otros que pertenece a la lengua indígena del Chaco, estrechamente relacionada con el Guaraní. Es la que en inglés, francés y otras lenguas sirve para designar todo el género *musa*; mientras que en América sólo dan ese nombre a la variedad que se come cruda como fruta de mesa, y que hoy se destina especialmente a la exportación. Es la misma que en Costa Rica llaman *guineo*; pero que no por esto debe identifi-

carse con la variedad que en el interior de Colombia llaman así. Ojalá se pudiera convenir en llamar *banano* al vegetal y *plátano* al fruto, esto es, a cada uno de los que componen el racimo. Aunque la designación genérica de *plátano* para aplicarla a la planta, parece impropia, por lo que queda dicho, es difícil modificar el hábito que hay de usarla; y de seguro que no ocasionará confusiones si, como también es costumbre, le agregamos como adjetivo la variedad: plátano hartón, plátano dominico, plátano banano.

Geografía.—El banano se cultiva en una faja de 75° de anchura alrededor del globo, desde los 35° en el hemisferio austral hasta los 40° en el boreal; pero no hay duda de que su región propia está circunscrita a los trópicos, pues más allá, las estaciones comienzan a ser sensibles, y entonces la planta no puede acumular el coeficiente de calor que le es indispensable para su desarrollo y fructificación normales. Como quiera que sea, el banano es uno de los vegetales más repartido en el mundo, y especialmente en el continente americano, sobre todo, desde que Humboldt llamó la atención sobre él, y demostró que, lejos de ser un alimento ordinario, bueno apenas para los africanos, es un fruto de gusto exquisito y de gran poder nutritivo.

Por lo que hace a la altura, la región en que prospera, va desde el nivel del mar hasta los 1.500 metros; el cultivo decae a los 1.800; de ahí en adelante, si la planta vive, es a expensas de la cantidad y de la calidad del fruto, que llega a desaparecer de los 2.300 para arriba.

Al contrario, esa calidad y cantidad aumentan a medida que la temperatura se eleva; entre los 17° y los 22° halla el cultivo su límite; de los 22° a los 24°, el producto es apenas regular; de los 24° a los 29°, y de ahí en adelante, pasa a ser remunerador hasta llegar a su máximum de rendimiento. El dominico y el enano se contentan con 18°; de 28° a 30° es donde el banano, propiamente dicho, vegeta con más vigor. A todo lo largo del ferrocarril de Santa Marta, desde Papares

hasta Fundación, la temperatura media es de 29°, por lo que el banano está ahí a todo su amaño.

Actualmente su producción, como artículo importante de comercio, fuera del radio del consumo local, se limita a unas pocas regiones especialmente favorecidas por la Naturaleza, donde se reúnen estos cinco factores: clima, lluvias periódicas o regadillo posible, salida fácil, proximidad a los mercados de consumo y abundancia de brazos. Hasta hoy, las comarcas en que concurren esos elementos son contadas. La costa Sur del Golfo de Méjico; la parte de Guatemala cercana al ferrocarril de Puerto Barrios; la de Honduras, que se sirve por el ferrocarril de Puerto Cortés; la de Costa Rica, que emplea el ferrocarril de Puerto Limón; la región de Bocas del Toro, en Panamá; ciertas porciones de Cuba, Jamaica y Santo Domingo (Puerto Rico no exporta banano); la Guayana holandesa, donde apenas principia la industria, y la provincia de Santa Marta, de Colombia, al favor de su ferrocarril.

Después de todo esto, hay que recordar que el hombre, por su espíritu, como escribió en *Cosmos* Alejandro de Humboldt, se retrae más que el resto de los seres al imperio de las fuerzas de la Naturaleza.

VICENTE GAY,

Profesor en la Universidad de Valladolid.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Costumbres: El reino de las perlas.=Literatura: Elena Vacaresco.=Derecho Político: La representación proporcional.=Educación: El nuevo *Emilio*, de Prevost.=Filosofía de la Historia: Anatolio France y la Historia.=Bellas Artes: Los independientes.=Impresiones y Notas: Sócrates y la belleza.—El Código de la Garduña.—La palabra *rastaquouere*.—Una buena recomendación.—La verdadera vida.

COSTUMBRES

El reino de las perlas.—La perla ha sido apreciada como adorno de la mujer desde la más remota antigüedad. Es citada en el *Antiguo Testamento*, figura en todas las reliquias glípticas que nos han dejado asirios, persas, egipcios y babilonios, y ha disfrutado siempre del favor de todas las elegantes. En Francia hicieron su aparición como adorno mujeril en la corte de Enrique II con Catalina de Médicis, y hasta hace cosa de veinte años, según dice Leonardo Rosenthal en *La Revue,* no han sido llevadas sino por personas distinguidas. En España, Polonia y Rusia oriental, la perla ha sido conocida y estimada en todo tiempo como adorno corriente y nacional. Hoy es la joya de moda en todo el mundo culto, y es una verdadera locura la que sienten las mujeres por poseer un buen collar de perlas.

Este gusto creciente y cada vez más difundido por la perla ha encarecido de tal modo su adquisición, que hay señoras que las compran como colocación ventajosa de su dinero contando

con revenderlas con ganancia. Las pesquerías de perlas son insuficientes para atender la demanda, y fuerza es recurrir a la compra de perlas usadas, habiéndose así rescatado poco a poco, y a costa de muchos millones, la mayor parte de las existentes en las repúblicas centrales de América y las guardadas como reliquias de familia en multitud de pueblos del interior de Europa, ignorantes del enorme valor que las perlas han llegado a conseguir. Así se han agotado las perlas de Costa Rica, Panamá, Polonia, España y Rusia, y ahora se anda a caza de los Rajahs de la India para arrancarles las que tan celosamente guardan en sus tesoros. En China, las familias se separan con sentimiento de sus perlas, y hay que acudir a las que se conservan en los sepulcros, de cuya procedencia son la mayor parte de las que se encuentran en los mercados de Hong-Kong y de Shangai; como los chinos han tenido siempre la costumbre de enterrar a los muertos con sus alhajas, los bandidos hacen un comercio lucrativo apoderándose de ellas violando las sepulturas. Agotados de este modo los depósitos de perlas usadas y siendo cada vez más rara la pesca de buenas perlas, pues en todo el año de 1911 no se han sacado más que unas cuarenta perlas que pasen de veinticinco gramos en las pesquerías del golfo Pérsico, se comprende la carestía de este artículo, que en el espacio de tres o cuatro años ha doblado de valor, por el enorme pedido de perlas que todo el mundo viene haciendo.

Hay quienes creen que es cuestión de moda, y que llegará un momento en que no se lleven perlas; pero ¿con qué se las reemplazaría? No puede ser con piedras de color, esmeraldas, rubíes o zafiros, cuyas mejores minas están agotadas, ni menos por los brillantes, porque el gusto se ha afinado demasiado y es difícil ver a una señora salir a la calle con cristales tallados en las orejas y en el cuello.

La ostra perlera existe un poco en todas partes, pero únicamente se explotan las pesquerías ya conocidas, porque las demás no dan rendimiento suficiente. La principal es la del golfo Pérsico, que produce anualmente de 40 a 60 millones de

francos, cifra a la que no llegan todas las demás pesquerías juntas. Se imagina uno que el pescador de perlas debe ser un hombre muy rico, que hace a escape su fortuna; nada más distante de la verdad. Los barcos perleros se encuentran a unos 400 a 500 kilómetros de la costa de Arabia, y unos 60 ú 80.000 indígenas son los que se ocupan de la pesquería. Al principio del verano, el árabe capitán del barco empieza por proveerse de arroz, dátiles secos, café y azúcar; un árabe rico (entre diez o quince tienen todo el país) adelanta esas provisiones con un recargo de 30 ó 40 por 100, reservándose el derecho de comprar las perlas, en las mejores condiciones, a la vuelta del pescador; si la cosecha es mala, los intereses se acumulan y el desastre es completo. Rosenthal cita el relato de un comprador francés que, en contacto con los árabes, ha asistido a las escenas de las pesquerías.

«Una mañana, a las cuatro —dice,— llegué a bordo de un velero en el que se hallaban 80 pescadores; todos estaban en su puesto, con silencio impresionante, y ejemplar disciplina reinaba a bordo. Cada dos o tres minutos, unos treinta hombres se sumergían, suspendidos de cuerdas tendidas por sus compañeros. Su manera de pescar es de las más primitivas: los únicos instrumentos de que disponen son unas pinzas de hueso, que les sirven para comprimirse las narices, y unos dedales de cuero, que les protegen contra las cortaduras que puedan hacerse al arrancar las conchas de las rocas; un cestito, que llevan delante, y una piedra, a la que están atados, completa su equipo. Cada inmersión dura de dos a tres minutos; cuando los sacan, su aspecto es lamentable, y la mayor parte están sofocados. He observado también que muchos de ellos son sordos, y el capitán me ha confiado que rara vez pueden trabajar más de cinco años.

»Los pescadores que acababa de ver sumergir habían bajado a 20 metros de profundidad. De pronto observé un movimiento inusitado en un lado del barco, desde donde se sumergieron vivamente unos diez pescadores en el mismo sitio. El

capitán me dijo entonces sin ninguna emoción: — Es un pescador que no hace ya señales con su cuerda; sin duda le ha mordido algún pez o le ha dado un síncope. — Por mi parte sentí viva emoción; al fin vi aparecer un pescador arrastrando inanimado y ensangrentado a un compañero que había sido arrastrado por la corriente a 30 metros del barco; me dijeron que un pez, llamado aquí el *diablo* (un pulpo), le había chupado la sangre. Recobrado el sentido, el desgraciado tomó una taza de café, única cosa que toman los pescadores durante catorce horas del día, y me quedé estupefacto al verle volver al agua cinco minutos más tarde. Llegada la noche, los pescadores comen arroz y dátiles secos antes de acostarse. Viendo las miserias que sufren estas gentes, pensaba yo que, si se enviaran los apaches de París a hacer sus trabajos forzados al Golfo, su desaparición quedaría asegurada.

»Por la noche se abren las ostras, entre las que raramente se encuentra una buena cosecha; pero cuando, por casualidad se descubre una hermosa perla, la alegría es inmensa en el barco; resuenan pistoletazos que anuncian, á falta de telegrafía sin hilos, la buena noticia, que corre de barco en barco en toda la extensión del banco, y no tarda en llegar hasta la costa, donde pronto no se habla sino del oriente, de la belleza, del color y de la forma de aquella maravilla; la darán todos los epítetos lisonjeros y la compararán á los astros del cielo. En estos parajes, el árabe adora la perla y la prefiere hasta a su caballo.

»Una vez vuelto a su aldea, el capitán pescador vende su cosecha al que le ha adelantado las provisiones, y éste irá a su vez a venderla al gran mercado del Golfo o a Bombay. Allí interviene el corredor árabe, papel difícil del hombre más fuerte y más astuto que existe. Entonces empieza una serie de escenas a cual más pintorescas y guasonas. En presencia del comprador y del vendedor, el corredor se pone a hacer una oración á Mahoma; en seguida hace mil complimientos al vendedor, comparando su voz con la de un *bulbl* (ruiseñor), alabando su

familia y su inteligencia, y haciendo que el negocio se alargue lo posible. Por una perla que vale 10.000 francos, el vendedor pide fácilmente 50.000. Durante tres, cuatro y hasta ocho días, el corredor no deja de la mano al vendedor, come y se acuesta con él; por último, el negocio llega a su fin, y entonces es la escena magna: el corredor abraza al vendedor, llora, y terminado el asunto, repite su oración. Durante los debates, jamás se pronuncia una cifra: un pañuelo que envuelve las manos, oculta a los indiscretos los movimientos de los dedos que indican los precios ofrecidos. Hay que ser muy circunspectos y saber defenderse comercialmente en este país; hemos visto muchos ejemplos de europeos arruinados por haber sido demasiado confiados y no haber regateado bastante.»

El mercado principal de la perla en Oriente es Bombay. Allí los indios, compententísimos en la materia, compran grandes lotes y los clasifican por colores, formas y calidades, y después van en busca de los consignatarios que les hacen anticipos, tan importantes a veces como el valor mismo de las perlas. Hace seis años, el alto comercio de las perlas estaba en manos de los ingleses; pero desde la crisis financiera, en 1907, ha pasado a Francia, especialmente desde que algunas casas francesas se han entendido directamente con los pescadores, sin pasar por el intermedio de Bombay; hoy todas las perlas del golfo Pérsico, Venezuela, Panamá, Taití, Australia y China, van directamente a París.

La perla se ha hecho hoy un objeto de valor muy conocido, siendo raro el caso de un negociante que tenga la fortuna de encontrar una ganga. Es verdad que últimamente una perla que había costado 20.000 francos ha sido revendida en 250.000, habiéndola quitado una mala piel exterior que ha dejado al descubierto una perla bellísima; pero no se cuentan los casos, más frecuentes, en que ha ocurrido lo contrario.

Los bancos de perlas de agua dulce de América han sido descubiertos hace una docena de años: un viajante de comercio, paseándose un día por las calles de una aldea de Wiscon-

sin, vió unos muchachos jugando con bolas de color; le parecieron muy curiosas y compró algunas en casa de un tendero que las tenía en una garrafa. A su vuelta a Nueva York, las enseñó a un joyero, que se las compró por 2.000 duros; pero cometió la imprudencia de indicar el sitio en que las había comprado. En los comienzos de la explotación de estas pesquerías de agua dulce, se han recibido en Londres y en París sacos de 20 a 30 kilos que se podían comprar por unos miles de francos; hoy, uno sólo de estos sacos representaría una gran fortuna.

Para terminar, he aquí una anécdota que demuestra el alza fantástica de la perla: un negociante español compró en Venezuela, hace unos quince años, un lote de perlas por 13.000 francos; llegado a París en una época en que la perla de Venezuela era muy pedida en China, se arriesgó a pedir por su lote 200.000 francos. En respuesta recibió un ofrecimiento de 150.000 que le dejó tan estupefacto, que se negó a vender sus perlas. El año siguiente lo pasó en España, y de vuelta a París, pidió por su lote 250.000 francos; al tercer año se decidió a deshacerse de sus perlas, recibiendo 235.000 francos.

LITERATURA

Elena Vacaresco.—«Si quieres ser poeta—decía Milton,—que tu vida sea un poema.» La existencia de Elena Vacaresco—dice Ernesto Tissot en el artículo que la consagra en *La Revue*—fue, antes de llegar a ser alguien, un cuento de hadas. Había una vez, no hace muchos años, en una de las capitales de la Europa oriental, una niña que habitaba un gran palacio, y que se puso tan enferma, que la tuvieron por perdida; pero, de pronto, salvada quizá por las lágrimas que hacía derramar la moribunda, comenzó a revivir, y habiéndose difundido la fama de este milagro, la soberana de aquel reino deseó conocer a la niña salvada. Cuando vió avanzar a la convale-

ciente, su primer gesto fue tenderla los brazos, y la niña se precipitó en ellos, como un pájaro en su nido. Tomando a su protegida por la mano, la reina la dijo: —Voy a enseñarte mis pájaros.—Y la llevó a los jardines, donde entre árboles y flores retiene prisioneros en jaulas doradas toda clase de músicos alados. Aquel día los surtidores brotaban tan ruidosamente, que parecían cubrir los trinos de los ruiseñores, y la reina mandó cortarlos; pero la niña dijo: —No hagáis nada de eso, señora, os lo suplico; estoy segura de que los pájaros no cantan sino para agradar a las fuentes, y si cortáis su corriente, entristecidos, dejarán de cantar.—Entonces la reina, pasando su mano por la cabellera de la niña, murmuró:—Es, verdaderamente, la nieta de un poeta. Eran, en efecto, ya se habrá adivinado, la reina, Carmen Silva de Rumania, y la niña, Elena Vacaresco, de una familia señorial de Transilvania, que contaba entre sus ascendientes guerreros y poetas ilustres, en la cima de los cuales brillaba Enaquita Vacaresco, reorganizador de la hacienda de Valaquia.

A los seis años, Elena fué conducida a París, donde vivió hasta los diez y seis, lo que explica la formación, completamente francesa, de su espíritu, hasta el punto de preferir la lengua francesa a la rumana para la expresión de su pensamiento. Sus principios en literatura fueron legendarios; sus primeros *Cantos* fueron laureados, a petición de Leconte de Lisle, por la Academia Francesa, diciendo en su loor el trágico de las *Erinnias:* «Debemos dispensarla de ser joven y agradecerla el ser admirable.» Elena aprendió también el inglés con su *nurse* y su *miss;* pero confiesa que no posee el sentido del ritmo anglosajón. «Cuando me decido a componer un libro en inglés—dice,—tengo que someterme a una especie de preparación; repaso los autores del otro lado del Estrecho y busco las amigas británicas al alcance de mis visitas, y cuando me juzgo en condiciones, sin ninguna otra preocupación gramatical, me siento ante mi papel.» Elena Vacaresco escribe y publica, en efecto, en tres lenguas; ¿no se habían inclinado las hadas sobre su cuna?

Sí; pero el hada Amor no había sido citada, y se vengó, profetizando: «Yo no te abandonaré, pero llegaré a ser para ti una mensajera de dolor.»

Y entonces fue la historia cruel: la mala hierba de la calumnia brota pronto. Tissot dice que tiene a la vista un libelo alemán capaz de hacer ruborizar a un coracero. También está Loti, pero Loti no dice más que lo que quiere, y aunque no es mucho, ha escrito: «Elena Vacaresco no era para *excitar los impulsos que pasan,* sino más bien para *fijar poco á poco* y retener con su inteligencia siempre despierta.» El hecho es que cuando la niña fue demasiado grande para que la llevaran ante la jaula de los papagayos, le fue abierto el armario de los poemas. Carmen Silva pensaba: «Será quizá la compañera de arte que tanto he deseado», y la eligió entre las damas de su corte. Fue la época en que pudo conocer a muchas cabezas reinantes de Europa. El emperador Guillermo, sabiendo que estaba coronada por la Academia Francesa, la hacía burla: «Vamos á ver, ¿dónde está vuestra corona, la colgáis de vuestra cabecera o la ponéis a la ventana para que la admiren los transeúntes?» La reina, habiendo notado que la originalidad de su doncella de honor interesaba a su sobrino, el príncipe heredero, Fernando Hohenzollern, quiso favorecer el idilio, pensando en dar a Rumania una reina rumana. El príncipe se engañó sobre el atractivo que para él tenía Elena, y, por su parte, la princesa se contentaba con ser feliz. Pero la política y el amor son enemigos, y los proyectos de la reina, aceptados por el rey, tropezaron con la oposición del país; los partidos se coligaron para repetir que la presencia de una rumana en el trono resucitaría las intrigas y las luchas intestinas de los grandes boyardos, y hubo que resignarse. Se rompieron los desposorios, el príncipe se retiró a Alemania y la reina se llevó a su hija a Venecia, diciendo con la sonrisa de sus cabellos de plata: «Parece que somos un grupito de malhechores; yo creía que no éramos más que desterradas.» ¡Cuánto tuvieron que sufrir! La prensa europea se hizo eco de todas las maldades, y al leerla,

se hubiera creído que Elena no pensaba más que en suicidarse. Todas las semanas venía el anuncio sensacional del suicidio; cuando la reina la recibía, solía preguntarla: ¿Hay algo de nuevo en los periódicos?—Sí, madrina; en los de Francia una noticia grave (pausa emocionante). Parece que me he matado otra vez más. Entonces la reina sonreía mientras la doncella de honor continuaba:—Sí, con láudano hoy, por variar. Me he bebido un vaso lleno. Vuestra Majestad, prevenida, ha conseguido salvarme. Y luego, grave, sin chancearse, declaraba: —¡Matarme! Eso arreglaría muchas cosas. Es demasiado vulgar para mí ese desenlace de cocinera. No, eso nunca.

Por entonces la vió Loti. «Es una personita—decía,—pero cuya pequeñez tiene su gracia, delicadamente proporcionada; pero pronto por su ingenio encantaba: de chispeante chiquillería superficial, con un alma complicada en laberinto, y ¡tan asombrosamente dotada!» Estaba vestida de rosa, y Loti comprendió que ni rosa ni rosas podía ya tener sino sobre la tela de sus trajes o las alas de sus sombreros; pues la sombra bajaba a aquella alma de luz para la que tan pronto el crepúsculo sucedió a la aurora. Lo que pasó después es conocido: la reina se fué sola a un triste castillo de las orillas del Rhin, mientras en aquella Toscana plantada de cipreses, como en el cementerio, Elena Vacaresco halló ciudades muertas propicias a su desgracia.

«Nada os hace tan grande como un gran dolor»—ha dicho el poeta de la pasión. El dolor, en efecto, ha hecho de Elena una artista superior. Los envidiosos harán objeciones; pero el hecho es indiscutible: Elena Vacaresco ha escrito algunos de los más hermosos versos de amor de estos últimos veinticinco años. Los principios fueron modestos: algunos *Cantos de aurora*, escritos cuando el crepúsculo apuntaba ya, crepúsculo de primavera, en que la sombra sigue siendo violeta y la noche promete ser azul; lindas piezas a la moda del siglo XVIII, algunas paráfrasis del Evangelio, dos o tres sonetos históricos, versos, más bien que poesía.

Seis años más tarde aparece aquella *Alma serena*, a la que falta sobre todo la serenidad. Elena, en lugar de ceder a su inspiración, se esfuerza en resistirla con estoicismo. Por más que intente, en cada página se le escaparán gritos de amor. Podrá decir al inexorable príncipe: «Me eres indiferente como las viejas tumbas.» Pero sus labios carecen de fuerza para ocultar la verdad: «Yo te he amado siempre; desde el pasado, sin tempestad, hasta el presente más sombrío. Tu amor luminoso ha quedado en mi corazón.»

Con *Resplandores y llamas*, Elena Vacaresco adquirió la conciencia de sí misma; el dón verbal, que es para el poeta lo que la técnica para el músico, se afirma en este tercer volumen con virtuosidad temible. La herida sangraba siempre incurable, y entre tantas palabras algo locas, brotaron versos, no ya de una sabia, sino de una viviente, de una Ariana herida. Demasiada retórica, sin embargo, pindárica o anfigúrica: «En nuestros cerebros enloquecidos, las palabras son visiones, visiones extáticas, visiones quiméricas, ideales más bien que imágenes, deseos antes que invocaciones, y ¡cuán lejos esos ideales, cuán dolorosos esos deseos!» Esta fórmula de un gran olvidado es la del genio poético de Víctor Hugo, de Edmundo Rostand, de Gabriel d'Annunzio, y también la del talento de Elena Vacaresco.

Para hacer comprender a los profanos la maravilla que les produce el *Jardín apasionado*, se vale Tissot de una comparación acertadísima. Muchas personas que van a la Opera con gusto, se imaginan que les gusta la música. ¡Error! La Opera se dirige tanto á la vista como al oído; del mismo modo, muchos letrados piden á la poesía bellos pensamientos o bellas historias: *van a la Opera*; música y poesía no son para ellos sino acompañamientos estéticos. Sometámoslos á la prueba de una sesión de música de cámara: en el caso en que el cuarteto o el doble cuarteto baste para hacerles olvidar la marcha del tiempo, el experimento será concluyente: se trata de melómanos. Del mismo modo, la poesía, la verdadera, la del último

volumen de Elena Vacaresco, no debe ser elocuente ni pintoresca, sino simplemente musical, cosa excepcional en francés. ¡Qué acordes a lo Wagner, qué armonías a lo Strauss ha sabido sacar la poética rumana de los eternos temas de su dolor! Entramos en los dominios de lo increíble: no es ya un corazón de mujer, un amor de joven, los que estamos admitidos a adivinar, sino una especie de antorcha viva, cuya llama deslumbra y da miedo. «Por mi parte, dice Tissot, no conozco nada comparable a esta poesía de brasa, a esa pira, sobre la cual, como sobre el altar de las vestales, todos los días del año, y todos los años de la vida, sube la simbólica llama del amor sin desenlace.»

Poesía es emancipación: esa frase magnífica de Gœthe se convirtió en el primer artículo del credo de Elena Vacaresco. Antes, cuando era sólo una de las muñecas lentejueladas de oro que evolucionaban en torno de Carmen Silva, se consolaba ya escribiendo, de los alfilerazos que la clavaban en el corazón las palabras de doble sentido de la vida de corte. Así compuso esa *Rapsodia de la Dombovitza*, que no es una mistificación literaria del género del *Ossian*, de Macpherson, sino una transcripción, apenas revisada, de las improvisaciones recogidas de los labios de los simples, y sobre la cual ha dicho Lecomte de Lisle: «Elena Vacaresco sería un monstruo más que un genio, si fuera la autora de semejante colección.» Se la ha comparado con Sófocles y Homero, y Tissot conviene en que la *Rapsodia* es una obra maestra; pero precisando que esa obra maestra no es más que una de las perlas que sacaron de los abismos del alma popular, Basilio Alexandri, el Lamartine maldoválaco, Teodoresco y otros que han espigado por la *puzta* rumana, baladas y cantos populares.

¿Dónde han nacido esas leyendas? «No esperéis saberlo, dice Elena; yo no sé nada, y, sin embargo, cuando os escucho, ¡oh baladas!, la poesía de mi raza bebe todos sus jugos en el calor de vuestras manos.» Aquellos para quienes la metempsícosis presenta verosimilitudes, preguntarán quizá si en el cur-

so de las probables existencias interiores, Elena Vacaresco habría sido, por casualidad, Semíramis Sherazada. De la sultana de la boca de oro, tiene el arte de contar, con tan vivo agrado, que se haría uno viejo escuchándola mil y una noches y más, mientras que de la emperatriz asiria conserva algo de lo superior, de lo extramarginal de la vida. ¿No viene *Semíramis* de una palabra siríaca, *schamirama*, que significa *paloma?*» ¡Hija de las palomas! Este nombre gracioso conviene tanto á la descendiente de los Hospodars, concluye Tissot, como á la emperatriz de Oriente que murió trece siglos antes de que Cristo naciera.

DERECHO POLITICO

La representación proporcional.—El nuevo sistema electoral votado por el Parlamento en Francia, se basa en el escrutinio por lista, y tiende a que las minorías respectivas como fuerza política no queden sin representación. Mucho se ha escrito y se ha hablado sobre la reforma, y como después de tantas discusiones el proyecto al pasar a ley es todavía poco comprendido por muchos, vamos a explicarlo aplicándolo a España, para mejor inteligencia de nuestros lectores, tal como resulta por los informes de uno de los antiguos ponentes, Alejandro Varenne.

La reforma descansa, como hemos dicho, en un doble principio: el escrutinio de lista y la representacion de las minorías. El escrutinio de lista es cosa bien conocida: si una provincia tiene que elegir seis diputados, cada elector tiene derecho a votar seis nombres; este principio viene ya practicándose, sin que constituya ninguna novedad. La novedad está en la aplicación de esos votos de modo que las minorías bien organizadas no queden sin representación. ¿Cómo se obtiene ese resultado?

Supongamos una provincia que tiene que elegir, como hemos dicho, seis diputados, y que hay tres partidos: el liberal,

el conservador y el republicano, que se disputan esa representación. Se hace el escrutinio, y la lista liberal obtiene 42.300 votos, la republicana 16.600 y la conservadora, 46.100. Por el sistema actual, los conservadores se llevarían toda la representación; pero, por el nuevo sistema, obtendrían representación no sólo los liberales, sino los republicanos. En efecto, el total de votos emitidos es el de 105.000. El cociente electoral se obtiene dividiendo el número de los votantes por el número de los diputados, lo que nos da la cifra (105.000 : 6) de 17.500; ese es el cociente electoral. Toda lista que llegue a ese número, tendrá derecho a tantos puestos en el Parlamento, cuantas sean las veces que el cociente electoral quepa en el número de votos que ha logrado. La lista conservadora, con sus 46.100 votos, tiene derecho a dos puestos, quedándole un resto de votos inutilizados de 11.100; la lista liberal, con sus 42.300 votos, saca adelante otros dos diputados, quedándole un resto de 7.300 votos inutilizados; la lista republicana, con sus 16.600 votos, no llega al cociente, y hoy se quedaría sin representación. Pero aquí entra la novedad del sistema. ¿A quién se atribuyen los restos, y quiénes han de ser los otros dos diputados, puesto que el primer cociente electoral no nos da más que cuatro?

Conforme al proyecto votado, los sobrantes del cociente electoral de cada lista se adjudican por el sistema de los *promedios*. La lista liberal tiene ya dos puestos: dándole otro tendrá tres diputados, a cada uno de los cuales le corresponde un promedio de 14.100 votos; a la lista conservadora se le da otra representación, resultando cada uno de sus tres diputados con 15.366 votos de promedio. Ahora bien; como la lista republicana ha obtenido 16.600 votos, ya tiene derecho a un diputado, pues este número es superior al de los dos promedios de las otras listas. Así queda repartida la representación entre las tres listas, con tres diputados para la lista conservadora, tres para la liberal y uno para la republicana. En principio, como se ve, el reparto no deja de ser equitativo.

Como los partidarios del régimen mayoritario tenían em-

peño en lograr el triunfo de sus ideas, fuerza ha sido transigir con ellos para sacar adelante el proyecto, y como concesión a los mismos, se ha establecido el principio, bárbara, aunque sugestivamente bautizado con el nombre de emparentamiento, *apparentement*: «facultad dejada a las diferentes listas para la utilización de los restos». Este emparentamiento suele modificar los resultados de la representación. Supongamos que la lista republicana y la liberal acuerdan el emparentamiento de sus restos, resultaría que los 7.300 votos restantes de la lista liberal, con los 16.600 de la republicana, darían 23.900 votos, cifra que contiene una vez el cociente electoral, 17.500, y que, por consiguiente, haría adjudicar la quinta representación a la agrupación de las dos listas. ¿A cuál de ellas? A la que presente el mayor promedio de votos, es decir, a la republicana. En cuanto al sexto puesto, en lugar de ir a la lista de la derecha, hay que atribuirlo también a la agrupación de las listas emparentadas, que forman la mayoría absoluta. El resultado final sería, pues, el siguiente: lista republicana, un diputado; lista conservadora, dos, y lista liberal, tres. Tal es el sistema, de aplicación fácil, como se ve, y con el que puede cambiar radicalmente la composición de un parlamento.

EDUCACIÓN

El nuevo «Emilio».—Tras de sus famosas *Cartas a Paca*, soltera, y *Cartas a Paca, casada*, Marcelo Prevost ha publicado sus *Cartas a Paca, mamá*, que constituyen un tratado de educación muy análogo al *Emilio* de Reusseau, según Faguet, y obra, según todos los críticos, concienzuda, meditada y seria, en que el autor no ha sacrificado nada al gusto del aplauso fácil, aunque no todos estén conformes con los puntos de vista del ilustre académico.

Prevost sostiene, con Fenelón y Rousseau, que hay que retrasar el momento de la instrucción, siendo una calamidad que

un niño sepa leer a los cinco años; todo niño que haya empezado a estudiar antes de siete años, no dará de sí más que un imbécil, o, en términos más gráficos, «un cardo científico». Faguet aplaude en *La Revue*, y la *Liseuse* de la *Revue Hebdomadaire* hace sus reservas, estimando, con razón, que la edad importa poco, y que todo depende de la manera con que se hace estudiar a los niños; es seguro que los niños de tres años que aprenden en Madrid con el Sr. Mingo en los Jardines de la Infancia, darán de sí todo lo de que sean susceptibles: un imbécil, si son imbéciles; pero un sabio también, si hay en ellos madera de sabios. Una cosa es hacer un alma libresca, y otra cosa saber sacar partido de un alma inteligente.

Como corolario, Prevost rechaza la enseñanza de lenguas extranjeras en la infancia. Enseñar al niño dos o tres lenguas a la vez cuando está aprendiendo la suya con no poco trabajo, es querer, en efecto, que no sepa nunca ninguna. Hasta los ocho años, vida higiénica en el campo, si es posible; culto y práctica de la limpieza, lavados completos y redoblados, sobre todo por la noche, pues hay que acostarse limpio, por respeto a sí mismo, por respeto a su cama, y para dormir bien; contacto continuo con lo real; lección de *las* cosas y lección *de* cosas, es decir, explicaciones y respuestas, a los *cómo* y a los *porqué*; sin dar nunca a estas lecciones carácter didáctico ni dogmático. Esta cuestión de los *cómo* y de los *porqué*, fastidia un poco a Faguet, porque hay *porqués* y *cómos* a los que no se puede responder. Prevost, sin embargo, resuelve el caso perfectamente: al *porqué* a que no se pueda responder, debe contestarse con un «¡Niño, esas son cosas que no puedes comprender todavía, pero que te explicaré más tarde!» Esta contestación enseña al niño que no se puede saber todo a la vez, y que hay que graduar el aprendizaje.

De los siete a los trece años, segunda infancia, el niño aprende a leer y a escribir. Prevost quiere que aprendan las dos cosas a la vez, y no le importa que copie las letras de los libros impresos. ¿No sería mejor que le enseñaran a leer en le-

tra cursiva, y le sería entonces facilísimo pasar a la letra impresa, sin necesidad de modificar su escritura? Como primeras lecturas, Prevost aconseja las *Cartas* de la señora de Sevigné y las novelas de Julio Verne, con lo que está conforme con Faguet; pero Prevost añade a Perrault, y Faguet se irrita: «¡Jamás!, dice; Perrault con sus hadas, sus brujas y sus ogros, da pesadillas a los niños; y además es estúpido, pero estúpido de propósito; y además es inmoral, y su Gato embotado, *personaje simpático,* es un embustero y enseña a mentir. ¡Fuera Perrault! ¡Perrault es un prejuicio nacional que hay que extirpar: ni una línea siquiera de ese imbécil!» ¡Pobre Perrault! Como si los chismes y cuentos de la señora de Sevigné pudieran interesar a los niños como los cuentos de Grimm o de Perrault. Faguet recomienda especialmente al admirable *Robinsón*, que al mismo tiempo que mantiene en los niños el dón magnífico de la imaginación, les enseña la realidad de la vida y les da una magnífica lección de voluntad. También desea que lean obras de Historia; pues si bien es cierto que la Historia es desmoralizadora, contiene cosas sanas y muy bellas, y muchos de sus episodios convienen perfectamente a los niños. En cuanto a Lafontaine, Prevost vacila, reconociendo que no agrada mucho a los niños; pero lo mantiene, equivocadamente según Faguet, por el gusto de colocar una anécdota según él, aunque nosotros creemos que lo mismo podría colocar la anécdota votando en pro que en contra. Dos niños, varón y hembra, leen la fábula del *Cuervo y la Zorra*, y alguien les pregunta:—¿Qué os ha chocado en esta fábula?—Que no hay que fiarse de cumplimientos, responde el niño.—Que hay que escuchar los cumplimientos, aparentando no oirlos, contesta la niña, coquetilla como todas.

Prevost quiere también que los niños de ambos sexos aprendan latín; pues sobre constituir una gimnasia intelectal de primer orden, enseña lo que es el *organismo de una frase,* sin lo cual nadie puede darse cuenta clara de lo que dice. En cuanto al modo de enseñarlo, Prevost prefiere el método directo, el de las lenguas vivas, y Faguet, reconociendo que es el método

supremo, teme que así enseñado, resulte un latín calcado en el francés, un francés con terminaciones en *us, a, um.*

Más importante es la cuestión del sistema educativo: ¿el internado, el externado o la instrucción en la casa? El internado es espantoso. Todo antes que meter a un niño interno en un colegio, ante de los quince años. (Yo añadiría que nunca.) La educación en la casa vale poco. Prevost prefiere el externado, que deja al niño con la familia fuera de las horas de clase, combinando las ventajas de la educación familiar con las de la educación colectiva.

El problema de la instrucción religiosa preocupa a Prevost. Rousseau quería que no se la diera a los varones sino hasta los diez y ocho años, y a las niñas desde su más temprana edad. Julio Lemaître prefiere que se enseñe a los niños de ambos sexos las creencias de sus padres, pues tiempo tienen de deshacerse de ellas más tarde, si quieren. Prevost acepta esta doctrina, y Faguet preferiría que la religión se enseñara cuando estalla la crisis religiosa de los jóvenes, es decir, hacia los diez y ocho años, para encauzar y dirigir esa crisis y evitar que se pierda la fe; le parece eficaz el ejemplo de las prácticas religiosas como preparación para la instrucción religiosa, confundiendo, á nuestro juicio, lo que debe ser la confirmación y la consolidación de la fe de los primeros años, con la fe misma y con el conocimiento serio, científico, de los dogmas.

Otra cuestión muy bien tratada en las *Cartas* de Prevost, es la de la «¿se les debe decir?» Prevost y Faguet sostienen que sí; se debe prevenir a los niños sobre las realidades del amor y del comercio intersexual. El deber del padre para con su hijo, el de la madre para con su hija, es ilustrarlos castamente, gravemente y casi tristemente sobre estas cosas, para evitar dos peligros: uno, el de que caigan, por ignorancia, en cualquier accidente lastimoso y hasta terrible; otro, que el joven o la joven aprendan estas cosas de un modo vergonzoso y depravador por confidencias de compañeros. Prevost y Faguet están de acuerdo; pero Faguet advierte que «jamás los padres

ni las madres francesas darán esa enseñanza a sus hijos»; a lo que yo añado que menos lo harán los españoles. ¿Por qué? ¿Por pereza educadora, cómo dice Prevost? No. ¿Por falso pudor, como añade Faguet? Quizá; pero en todo caso, por miedo de tocar a una ignorancia presunta que a todo trance quisiéramos durara, y cuyo velo, por lo mismo, no queremos descorrer. Puede haber en el hecho cobardía, como dice Prevost; pero es raro que de padres a hijos, y en pleno siglo XX, naciones enteras tengan esa cobardía. Hay en ese silencio un instinto que por lo menos merece muchos respetos y estudios más profundos.

Al terminar su libro, Marcelo Prevost ha trazado un cuadro, por debe y haber, de la actual generación, y he aquí las diferencias más notables que la separan de las anteriores.

Cualidades de la nueva hornada, en el sexo masculino: energía física y afición a los juegos de fuerza; mayor franqueza y rectitud, modo realista, en el buen sentido de la palabra, de ver la vida tal como es, sin romanticismos ni gazmoñerías; poco pesimismo. En el sexo femenino, curiosidad intelectual, buena voluntad para aprender lo que quiera que sea.

Defectos de la nueva hornada: 1.° Falta de respeto: la juventud ha mostrado siempre cierta independencia respecto de las personas mayores; pero hoy es más, hoy las personas mayores no significan nada para ella; un adolescente de diez y seis años, una muchacha de catorce, se estiman de igual valor é importancia que las personas de treinta a cincuenta años más respetables. 2.° Falta de vergüenza: es un resultado de la falta de respeto; habiendo bajado la autoridad de los padres, los hijos no se preocupan en su presencia; además de esto, esa falta tiene por causa la relajación y el desconocimiento de lo que antes llamábamos conveniencias sociales. Otra causa destructora de la vergüenza es que se ha derribado entre muchachos y muchachas el tabique estanco, lo que requiere por parte de padres y maestros redoblada vigilancia. Todos atraviesan por un período peligroso en que tratan de establecer in-

conscientemente el estatuto de sus relaciones. «Lo establecerán, dice Prevost, por la fuerza de las cosas, por el antagonismo de los intereses; pero, provisionalmente, la mezcla tiene como primer efecto que las muchachas tienen gana, sobre todo de igualar a los muchachos: por una parte, en destreza física, en ciencia, lo que es bueno; y por otra, en precoz experiencia de la vida y en libertad, lo que no carece de peligro. Repito aquí que no creo a la nueva cría, sección pollitas, menos moral que la precedente; pero estoy seguro de que es menos púdica.» 3.° Falta de ley moral superior, de ideal y de vida interior.

Marcelo Prevost termina emitiendo el voto de ver a sus lectores dándose firmísimas reglas morales, sin contentarse con las solas lecciones de la experiencia. «La experiencia, dice, no es siempre una educadora moralizante. A veces da consejos de egoísmo, de duplicidad y hasta de ferocidad; los da frecuentemente de escepticismo, de dejar correr las cosas, de alegría sonriente... Para escoger entre las lecciones de la experiencia, para poner fin a su enseñanza, es preciso a toda costa que el discípulo, lanzado a la vida, lleve en sí una inflexible regla moral, un ideal de acción, una fe en el bien imperativo; podrá faltar, pero por lo menos sabrá que ha faltado, por lo menos se juzgará a sí mismo.»

FILOSOFIA DE LA HISTORIA

Anatolio France y la Historia.—Andrés Chaumeix hace en la *Revue Hebdomadaire* un trabajo de conjunto sobre la labor histórica de France, presentando al célebre literato desde puntos de vista originales, que permiten asignarle un puesto entre los filósofo-historiógrafos más distinguidos. Anatolio France es un gran nombre; se le puede querer más ó menos, pero hay que contar con él, como antes se contaba con Voltaire o con Rousseau.

Se ha preguntado más de una vez si Anatolio France tenía en el fondo alguna doctrina. El ironista que se complacía en definirnos en sabrosas máximas las opiniones de Jerónimo Coignard, parecía haber descubierto de pronto certezas; era algo asombroso, pero se aseguraba que la política había hecho este milagro. France, que parecía ser, sobre todo, un terrible negador, dejaba ver al fin todo lo que había de positivo en su espíritu. Evadido del pirronismo, manifestaba que tenía creencias. El día en que sus nuevos admiradores supieron que el autor del *Lirio rojo* acababa de escribir un prefacio para los discursos de Combes, no hubo ya duda: Ariel se había inclinado ante Caliban; Anatolio France adoptaba decididamente una doctrina. Algunos lamentaron que tan gran artista corriera tal aventura, se acordaban de los libros que antes les habían encantado, y sabían que era, como la había llamado Julio Lemaître, la extremada flor del genio latino. Se preguntaban, y se preguntan todavía, pues es problema complejo explicar la sucesión de las ideas en Anatolio France.

El mismo, sin embargo, se ha cuidado de informarnos de que sigue fiel al escepticismo. *La isla de los pingüinos* nos había hecho ya saber que en materia de fe el autor se inclinaba hacia la duda absoluta, haciendo de la historia de Francia una cruel caricatura de 400 páginas. Recientemente ha publicado *Los dioses tienen sed*, volumen que, en forma de novela sacada de la época revolucionaria, da al escritor la ocasión de declararse. Su libro es el breviario del escepticismo; en él nos da una pintura terrible de la Revolución, que hará poca gracia a muchos de sus amigos.

Anatolio France, que ha sido alumno de la Escuela de Diplomas, tiene gusto por la Historia, aunque jamás haya creído en la verdad histórica. La Historia es la representación escrita de los sucesos pasados. Pero ¿qué es un suceso? ¿Es un hecho cualquiera? Es un hecho que el historiador elige a su gusto y juzga arbitrariamente. De aquí France deducía, no sin razón, que los historiadores hacen arte y no ciencia, y los alaba

por ello; le gustan las buenas historias, las que sin ser exactas son bonitos cuentos reveladores de la humanidad; es que lo que interesa al autor no son los sucesos, son las pasiones humanas; los acontecimientos son mal conocidos; representan combinaciones en que el azar parece representar el principal papel, y no cambian gran cosa de lo que es esencial en la humanidad. Por eso la única obra histórica de Anatolio France está consagrada a Juana de Arco; allí los hechos eran excepcionales, milagrosos; no podían tenerse por despreciables, y France ha escrito, para intentar una explicación de ellos, dos volúmenes de investigaciones científicas.

La Historia, tal como nos la dan los libros, es una construcción de la inteligencia que, de la masa compleja del pasado, saca una serie sabia de causas y de efectos; se parece a un gran jardín a la francesa, con sus calles, sus perspectivas y sus simetrías; pero la Naturaleza hace brotar en los campos, revueltos y sin orden, árboles y hierbas, flores y musgos. Esa Naturaleza enmarañada, es la Historia tal como la ve France. Por eso, cuando habla de sucesos históricos, se complace en mostrárnoslos confundidos en el curso ordinario de la vida, perdidos en medio de las menudencias que ocupaban a los contemporáneos.

Este procedimiento se ve empleado en todas las obras de France; pero el ejemplo más conocido es el de *El Procurador de Judea,* relato perverso hasta la impiedad, que forma el primer cuento del *Estuche de nácar*. El autor imagina que L. Ælius Lamia encontró en las aguas de Bayas a Poncio Pilato, a quien había conocido en Judea veinte años antes; Poncio ha envejecido mucho, ha renunciado a los cargos públicos con sentimiento, pues le gustaba hacer papel, y habla del pasado con Lamia. Lo que más le preocupa todavía son las cuestiones que tuvo con su jefe Vitelio, procónsul de Siria. En el curso de la conversación, Lamia habla de una bailarina de Jerusalem que desapareció un día por seguir, con un tropel de hombres y mujeres, a «un joven taumaturgo galileo»; se llamaba Jesús, «era

de Nazareth y fue crucificado por no sé qué crimen. ¿Te acuerdas de aquel hombre, Poncio?» Poncio frunce el entrecejo y busca en su memoria, y al cabo de algunos instantes de silencio exclama: «¿Jesús de Nazareth? No me acuerdo.»

Ese método, que consiste en disolver un acontecimiento en la masa de las circunstancias, haciéndolo apreciar por quienes no han conocido su grandeza o se han cuidado poco de él, se halla, como en el caso citado, en otros relatos del *Estuche de nácar* y en muchos capítulos del *Anillo de amatista,* y del mismo modo se ve tratada la Historia de la Revolución francesa en *Los dioses tienen sed.* En los libritos que se da a los niños, la Revolución parece una tragedia bien compuesta, a modo de película trágica de cinematógrafo; se asiste al fin de la monarquía con los Estados generales, la Constituyente y la Convención, y luego aparecen la guerra europea, el Terror, la muerte de Robespierre; luego viene Termidor, y, por último, el general Bonaparte a caballo. Anatolio France nos presenta diversos cuadros de París en 1793: un Gamelin, pintor, discípulo de David, joven arreglado, virtuoso y temible; su madre, que se queja de la miseria; el ciudadano Blas, librero, que se ocupa de suministros al ejército; su hija Elodia, persona sensible y apasionada; la señorita Atenais, joven ligera a quien los tiempos son poco favorables; el grabador Desmahis, que ama mucho a las mujeres; Mauricio Brotteaux, antiguo tratante, exnoble que antes ofrecía cenas finas y que para ganar su vida hace buñuelos, compone discursos, da lecciones de baile y fabrica muñecos; el padre Longuemarre, bernabita exclaustrado que no sabe dónde refugiarse desde que le echaron de su convento y la señora de Rochemaure, coqueta e intrigante, que invita revolucionarios a cenar. Toda esta gente se ocupa como puede de sus asuntos, y aunque la guillotina les amenaza, no les impide que el hambre y el amor sean las dos grandes preocupaciones de su breve existencia. Así, por ejemplo, France nos presenta a Gamelin, que al pasar por el Puente Nuevo se encuentra con un gran tropel, en cuyo centro figuraba una ca-

rreta, rodeada de guardias a caballo con antorchas; era la carreta de la guillotina, llevando a un condenado por el Tribunal revolucionario, sentado, con las manos atadas y el verdugo al lado. Habiéndose acercado Gamelin, reconoció entre los espectadores a Desmahis, que se esforzaba por abrirse paso.—Ven, le dijo Gamelin, tengo que hablarte de un asunto importante.—Déjame, respondió vivamente Desmahis; yo seguía a una mujer divina, con sombrero de paja, una modistilla con sus rubios cabellos a la espalda; esta maldita carreta me ha separado de ella.—Gamelin intentó detenerlo, jurando que la cosa era de importancia; pero Desmahis se había escurrido ya a través de caballos, guardias, sables y antorchas, persiguiendo a la modistilla.

Este modo de comprender la Historia tiene su encanto y pone las cosas en su lugar. La Revolución, que tenía la pretensión de regenerar a los hombres, no es más que una serie de accidentes que, vistos a distancia, nos parecen extraordinarios. Lo que pasa es que las acciones humanas, presentadas por Anatolio France, tienen siempre algo de ridículo. France tiene horror a la acción, y siempre que nos presenta hombres accionantes, es para presentarnos una serie de hechos incoherentes, estúpidos o crueles; toda acción le parece un desorden, y en todas sus obras se pregona la impotencia humana para crear algo bueno, útil o afortunado. *Los Dioses tienen sed*, son el más espantoso ejemplo de lo que hacen los hombres cuando se meten a querer guiar las sociedades: ese pintor Gamelin, que se ha entregado en cuerpo y alma a la Revolución, es una figura espantosa, y Anatolio se ha complacido perversamente en hacer de ese revolucionario una asquerosa figura chiflada por la pureza: «su honradez, su pudor viril, su fría prudencia, su abnegación al Estado, sus virtudes, en fin, brotaron bajo el hacha de las cabezas conmovedoras». Así son los héroes de la Revolución, y así dice de Robespierre que era un optimista que creía en la virtud, y que los hombres de Estado, de este temperamento, hacen todo el mal posible. La locura de la Revo-

lución, según él, fue querer restituir la virtud a la tierra. Robespierre creía en la virtud, e hizo el Terror; Marat creía en la justicia, y pedía 200.000 cabezas.

Anatolio France está convencido de la debilidad del pecador: es más, cree que el pecado es inevitable; el fatalismo domina toda su obra. «La ignorancia—dice por boca del sabio Broteaux—es la condición necesaria de la felicidad de los hombres; ignoramos de nosotros casi todo, y de los demás, todo; la ignorancia hace nuestra tranquilidad y la mentira nuestra felicidad.» «La vida de un hombre no tiene precio ninguno; el único fin de los seres parece ser el de convertirse en pasto de otros seres destinados al mismo fin. El asesinato es de derecho natural; en consecuencia, la pena de muerte es legítima, a condición de que no se ejecute ni por virtud ni por justicia, sino por necesidad, y para sacar de ella algún provecho.» «Se debe amar la virtud; pero bueno es saber que es un simple expediente, imaginado por los hombres para vivir cómodamente juntos. Lo que llamamos la moral, no es más que una empresa desesperada de nuestros semejantes contra el orden universal, que es la lucha, la carnicería y el juego ciego de fuerzas contrarias; se destruye a sí misma, y cuanto más lo pienso, más me persuado de que el universo está rabioso.» Máximas y afirmaciones como las citadas abundan en France, y nada resiste a su espíritu crítico. ¿Creéis en la gloria militar? Reflexionad, os dice insidiosamente el autor, que de dos ejércitos frente a frente, siempre habrá uno victorioso, aunque sus dos jefes sean igualmente incapaces. ¿Creéis que a veces las naciones están gobernadas por verdaderos hombres de Estado? Nada de eso; esos personajes que parecen guiar al mundo, son juguete de la fortuna; su importancia procede de su vestido y de su carroza y del hábito mitológico de nuestros espíritus que quieren dar un nombre y una figura a todas las fuerzas secretas. La justicia, la moral, todo es vano. El pirronismo de France no perdona nada.

El culto de los héroes le es desconocido: France no tiene el

sentido de la veneración, y carece del gusto de lo sublime, según él mismo se lo ha dicho a Lecomte de Lisle. El tipo viril queda siempre sacrificado en sus obras. Cuando son fuertes y bellos, son bajos o feroces; cuando son graves y austeros, son crueles; y cuando tiene el valor de presentarnos un alma fuerte, como la del P. Longuemarre, muriendo soberbiamente, nos invita a sonreir, mostrándonoslo preocupado porque le hayan tomado por un franciscano, siendo un bernabita.

No hay nada que esperar: las cosas no mejorarán nunca; los moralistas, los políticos, los sociólogos construirán sistemas, harán leyes, soñarán reformas. ¿Y qué? Los hombres serán después, como antes, egoístas, cobardes, crueles, estúpidos y furiosos; siempre hay, poco más o menos, el mismo número de reciennacidos, de maridos engañados, de ladrones, de locos, de suicidas, en lo cual se manifiesta el bello orden de la sociedad, fundado en la miseria y la imbecilidad humanas.

Lo extraño es que, con estas ideas, Anatolio France no sea demasiado triste. Y es que, no creyendo en nada, cree en el placer; las formas agradables, las gracias de las obras de arte y de la Naturaleza, los rostros encantadores y los cuerpos bellos, los juegos ingeniosos del espíritu, las lindas chucherías y los monumentos divierten al sabio. En las mujeres ve criaturas poco pensantes, y eso le desarma y le encanta; ofrecen un espectáculo risueño, y recrean. El héroe preferido de France es el epicúreo, el libertino razonador; le gustan el vino y las mujeres, y se divierte razonando, disecando, para no ser juguete de nada y para no hacer nada.

Por todos estos conceptos, Anatolio France parece bastante aislado de nuestro tiempo; pues la moda está por la acción, por la energía; es el reverso de Kipling; éste no nos oculta su pesimismo; pero cuando ha dicho crudamente todo lo que piensa sobre el precio de la vida, la simpleza de los filántropos, el reinado de la fuerza, las incertidumbres de la justicia y la necedad de las teorías, concluye afirmando con rudeza: «Ahora observemos las leyes de la *jungle* y trabajemos.»

BELLAS ARTES

Los INDEPENDIENTES.—Lo que fue verdad en la pintura antigua, y lo siguió siendo con Puvis de Chavanne y con Gustavo Moreau, ha sido cambiado por los Sganarelos, o pintores a pesar suyo; sí, a pesar suyo, como dice Peladan y como lo son la mayor parte de los abogados. Quienquiera que no tiene gusto por los negocios, se hace pintor por hacerse algo: es la carrera liberal por excelencia; no exige aprendizaje, ni exámenes, ni gastos, ni estancia obligada. Sobre todo, añade Peladan, como considerando supremo, que se olvida demasiado: la pintura es un arte compatible con una relativa imbecilidad; todo pasa entre la vista y la mano sin que el cerebro intervenga.

Evidente es que todas estas crudezas de Peladan van contra ciertos pintores, pues arte que ha contado entre sus cultivadores con un Vinci, no puede decirse que sea un arte en que el cerebro no trabaja; pero aplicado al caso concreto que ha puesto en la pluma del ilustre crítico mordiente tan cáustico, hay que convenir en que no deja de tener razón. Nosotros, los escritores, como el mismo Peladan sigue diciendo, ofrecemos a la crítica fácil presa. Tratemos de lo que tratemos, tenemos que conocer todo lo que se ha escrito de similar; y Dios nos libre de olvidarnos del Baghavad Ghita, a propósito del individualismo o de los Séforas en teodicea. Obligados a saberlo todo, tenemos también que olvidarlo todo, inventando expresiones nuevas para decir que llueve o que hace sol. Quien sabe la historia de los manuales, pasa por un escolar ridículo; a cada paso nos echan en cara el pasado, con obligación de estar imbuído de él y no repetirlo; en fin, que en literatura no caben los ignorantes ni los tontos. Abrid al azar una revista cualquiera de gente joven: ¡Cuánto talento, honradez y valor! Todos esos jóvenes han leído, viajado y reflexionado; no hay uno que no dé la impresión de un espíritu culto y entusiasta,

ni uno que no se aplique, ni uno que no respete la lengua. ¡Capillas!, se dirá. Capillas, sí; pero bien servidas por verdaderos sacerdotes. Enfrente, entre los pintores, no hay más que tiendas. El literato da sus veinte francos por verse impreso; es el pequeño accionista de la hoja en que escribe; el pintor de la misma edad quiere ganar dinero, y lo gana: hoy, el camino más corto entre un bolsillo y unos luises, es un metro de lienzo con cualquier cosa encima.

En estos tiempos y en esta hora, reina una epidemia de aberración, y no son los americanos los que compran telas sucias; son hombres calificados por todos conceptos, pertenecientes a la mejor sociedad, a la más tradicionalista. Las paredes de la vida privada abrigan ese vicio, porque es un vicio amar la deformación y el tono dividido. Cada cual tiene el derecho de ensuciarse la vista y de comanditar ignominias; contra el ridículo tiene la defensa del sindicato asiático, y no se lucha con una plumita de hierro contra una coraza de oro. La crítica se llama hoy difamación, y daría lugar al envío de testigos o de papel timbrado. El autor dramático ha tomado ya por divisa «ense et calamo», defendiendo su talento a estocadas o a tiros. El artista pintor seguirá su ejemplo seguramente. ¿No admiráis a Tortempión y lo escribís? Hacer vuestro testamento y aguantar cuatro balas, con o sin resultado: es el modo de resolver sobre el terreno las cuestiones de perspectiva. La gloria se ha escapado con las lunas viejas; hoy sólo interesa el éxito, el gran chambelán del Hammon judeofenicio. La posteridad no asusta ya a nadie. Se pinta para vender, y se vende para vivir; en cuanto a sobrevivir, es una ambición que no se tiene ya. Para los expositores actuales, los siglos parecen tan extravagantes como la sublime frase de Blas de Saint-Bonet, cuando preguntaba a un periodista, por decirle algo: «Caballero, ¿qué piensa usted del infinito?», contestándole el reporter que nunca había pensado en él.

Es una desolación que haya centenares de cosas que se puedan exhibir, como pasa con las producciones de los indepen-

dientes: un loco furioso o la cola de un burro empapada en color, no producirían semejantes monstruosidades. Yo he visto, dice Peladan, a un expositor retocar su lienzo, oprimiendo la vejiga de plomo, y dejando correr sobre la tela, sin mancharla, un regato amarillo. ¡Y hay clientes, es decir, aficionados para ese artículo sin nombre!

Los independientes constituyen un requisitorio contra los tres grandes salones con su enfático exergo: «Ni jurado, ni recompensa.» ¿Se ha revelado alguna notabilidad en este grupo? Como podría darse el caso, todos los años se va a pasar revista a sus producciones. Hay tendencias que deben alentar y ejecuciones que no se pueden desconocer. En 1847 reinaba el sectarismo, y se rechazaba el *Hombre de la pipa,* actualmente en el Museo de Montpellier; hoy priva el sindicalismo, y en lugar de principios se defienden intereses. El Greco representa de un modo ejemplar el empeño del artista por la originalidad; si hubiera pintado en Toledo como pintaba en Roma, no le conoceríamos; pero se pone a cargar su paleta de blanco y negro en lugar de colores, y se hizo célebre. No se compone peor que el *San Mauricio* de El Escorial, y sus inquisidores son tan cómicos como trágicos; y no es que el *Sueño de Felipe II* no sea una página notable; pero esas individualidades que no se expresan sino con desprecio de las reglas, dan un ejemplo detestable; el alargamiento del rostro y la lividez no son necesarios para la expresión mística, que Fra Angélico ha sabido expresar con nubes redondas y rosadas. A Peladan le seduce, como a Barrés, el carácter católico del Greco, que ha pintado expresiones de penitencia y de amor a Dios que le conmueven más que *Los Borrachos* de Velázquez. Pero pensando en los pintores jóvenes, tiembla de verles emplear un artificio tan peligroso como el del pintor toledano, que tiene una disculpa: la de que, siendo incapaz de expresar como los verdaderos maestros, la exaltacion del alma a través de un cuerpo normal, ha sacrificado la forma a la vida, obteniendo así figuras inquietantes de misticismo sombrío y a veces siniestro,

mística divina, cuya mística infernal estaría formada por los *caprichos* de Goya.

Si los artistas quisieran oir la voz benévola de la razón, se convencerían de que hay más sitio en el gusto público para los ignorantes, los perezosos y los cínicos, y de que sus compradores serán mañana gente ridícula. Hoy mismo se está operando ya en silencio e individualmente una gran vuelta a los buenos principios. Hay extranjeros y desocupados que todavía se detienen en las paradas picturales; pero todos los ejércitos cultos, verdaderamente cultos, adoran a los maestros y se harán intransigentes en la primera ocasión, dejando el arte nuevo y el *modern style* en el olvido que merecen.

IMPRESIONES Y NOTAS

Sócrates y la belleza.—La complexión abotargada y la grosera figura de Sócrates, su feísimo rostro de ojos saltones, nariz roma y labios gruesos, eran objeto de broma y de risa para sus contemporáneos. Pero, sin embargo, Sócrates sabía convertir burlonamente su fealdad en belleza, ante el bellísimo Crisóbulo, como Jenofonte refiere en su *Symposio* y Galli recuerda en la revista *Atene e Roma*: «En tanto es bella una cosa, en cuanto está bien conformada para los usos a que debe servir. Ahora bien; si los ojos están hechos para ver, los míos son más bellos que los tuyos; porque siendo salientes, ven también de través, y no sólo a derechas, como los tuyos. Mi nariz es también más bella que la tuya; pues, estando hecha la nariz para oler, la mía coge más que la tuya los olores de todas partes, porque tengo la nariz replegada y abierta hacia arriba.» Para embellecerse más, Sócrates declaraba que quería aprender... a bailar; su amigo Cármides lo sorprendió en su casa bailando, y lo creyó loco, y Aristófanes lo presenta en *Las Nubes* caminando descalzo, pavoneándose y girando en torno las miradas. Debilidades, todas éstas, que no deben extrañarnos y

que en nada menguan la grandeza de Sócrates, pues todos los genios han tenido flaquezas.

***

El código de la Garduña.—Se trata de una sociedad española, fundada en 1417 e inspiradora probable de la famosa asociación italiana *La Camorra*. Su reglamento es de 1420, y dice así, según lo transcribe Mauricio Lauzel en *La Revue:*

«Artículo 1.° Todo hombre decente que tenga buena vista, oído fino, buenas piernas y poca lengua, puede hacerse dueño de la Garduña. También pueden serlo las personas respetables de cierta edad que deseen servir a la asociación, ya dándola a conocer operaciones que practicar, ya proporcionándola medios para llevarlas a cabo.

Art. 2.° Los miembros de la Congregación se dividirán en *chivatos* (los mozos decentes de Nápoles), *postulantes* (los piccintti e'sgarro), *guapos* (camorristas en actividad) y *fuelles* (los guardacantones). Las matronas comprenderán las *coberteras* o encubridoras, y las *sirenas;* estas últimas deben ser vivas, fieles y provocativas.

Art. 3.° Los *chivatos,* hasta el momento en que hayan aprendido a trabajar, no podrán emprender nada por sí solos, y no podrán servirse de la navaja sino para su defensa personal; recibirán 136 maravedís diarios (1,25 pesetas, próximamente).

Art. 4.° Los *postulantes* viven de sus uñas; se emplean en robar, operando de una manera ágil, y por cuenta de la orden. De cada robo recibirán la tercera parte del producto, menos lo que se haya sacado para las ánimas del purgatorio. De los dos tercios restantes, uno pasará a la caja social, para gastos de justicia y para hacer celebrar misas en favor de los socios difuntos. El último tercio será puesto a disposición del gran maestre de la orden, obligado a vivir en la corte para velar por el bien y la prosperidad de todos.

Art. 5.° Los *guapos* estarán encargados de las puñaladas, los asesinatos, los asaltos a mano armada y los ahogamientos.

Art. 6.° Los *encubridores* recibirán el 18 por 100 de todas las sumas que hayan proporcionado, y las sirenas tendrán seis maravedís por cada peseta ingresada por los *guapos* en la caja de la Compañía. Los donativos hechos por los nobles, frailes y clérigos, serán beneficios exclusivamente suyos.

Art. 7.° Los *capataces* o jefes de provincia serán nombrados entre los guapos que tengan, por lo menos, seis años de servicio y hayan merecido bien de la Compañía.

Art. 8.° Todos los hermanos deben morir mártires antes que denunciar a sus hermanos, bajo pena de degradación y de persecución de la orden.»

* * *

La palabra rastaquouere.—¿De dónde viene esta palabra? *L'Intermédiaire* ha tratado de ella varias veces y Sarcey pretendía que venía de dos palabras españolas, que significan *arrastrar* y *piel de buey*. Un rastaquouere (un *rasta*, según la moda apocopada que hoy priva) sería, según eso, en América, un *arrastra-cuero*, un cualquiera. El sentido que se le da en la actualidad es el de un exótico enriquecido, algo de lo que aquí llamamos un *indiano;* pero en mal sentido: un indiano vanidoso, jugador, farsante.

Conforme a las últimas investigaciones hechas por *L'Intermédiaire,* la palabra *rastaquouere* es una de esas voces de capricho que tienen fortuna, sin que se sepa por qué. La primera vez que se oyó el término fue en *El Brasileño*, de Meilhac, en el papel que desempeñaba Brasseur; en el texto de la obra, sin embargo, no se encontraba la palabra. ¿Qué misterio era ése? Meilhac lo revela en la carta que dirigió a Noel Charavay, y que éste ha comunicado a *L'Intermédiaire*, y que dice así: «Querido amigo: Decid a Nicolás Leclerc que Brasseur, hablando brasileño en *El Brasileño*, pronunciaba sílabas que no tenían

ningún sentido. La palabra *rastaquouere* está hecha con sílabas de esta clase. No sé si están impresas en el folleto; impresas o no, son de Brasseur.—Vuestro, E. M.»

La cuestión parece resuelta con esto; pero no se improvisan así palabras que tienen sentido en otra lengua, y la etimología de *arrastra-cuero* o *rapa-cuero* debe mantenerse mientras no se encuentre otra mejor.

***

Una buena recomendación.—El Sr. Dubois, de quien la prensa se ocupó hace tiempo, pasó de la mayor miseria a una envidiable posición económica, gracias a una recomendación, cuya historia cuenta Vico Mantegazza en el *Corriere de la Sera*. El joven Dubois se entretenía en hacer versos de ocasión para las bodas ricas o para los altos personajes. Entre estas poesías dedicó una a la princesa Paulina, contando, para obtener un buen regalo, con una de sus camareras, que, aprovechando un día de buen humor de su señora, la presentó la poesía y el autor.—¿Qué puedo hacer por usted?—preguntó la princesa sonriendo, después de haber leído todas las alabanzas que el poeta prodigaba a su ingenio, a su talento y a su belleza.—Una recomendación cualquiera—respondió el pobre poeta,—para que me den un modesto empleo en cualquier cargo público.—En ese caso, puedo darle una para Fouché, que ayer precisamente se quejaba de que no le pido nunca nada: así lo pondré a prueba.

Una hora después, el poeta entregaba en el ministerio su recomendación: en cuanto la leyó Fouché, por la noche, dió orden de que al día siguiente, a las nueve, cuatro gendarmes estuvieran dispuestos para escoltar su carroza. Los empleados creyeron que el ministro iría a Saint-Cloud, y no fue poca su sorpresa cuando supieron que se dirigía a un callejucho del sucio barrio del Mercado. Allí vivía el poeta, cerca del cielo, en el sexto piso. La casa no tenía portero, ni número; pero, hechas

averiguaciones, se supo que allí había un tal Dubois, un pobre diablo de escritor público, al que llamaron a voces. El pobre poeta se asoma a la ventana, ve aquel insólito movimiento, y lleno de miedo, no encontró mejor partido que meterse en la cama. El omnipotente ministro se decide entonces a subir al sexto piso, tranquiliza al poeta y le persuade a que le acompañe a almorzar.—¿Qué desea usted?—le preguntó entre un plato y otro.—Cualquier cosa; lo que mejor le parezca a usted —respondió Dubois, que no creía a sus ojos.—Bien; ¿quiere usted ir a la isla de Elba? Le puedo nombrar a usted comisario general de policía.—Estoy dispuesto a ir aunque sea al fin del mundo—respondió Dubois.

Al día siguiente, el pobre poeta recibió su credencial, con un buen paquete de monedas de oro, para gastos de viaje y equipo, y unos días después partía para Portoferraio. Sucedió que, precisamente por entonces, se ventilaba la concesión de unas minas que se disputaban dos pretendientes; como Dubois llegó con la fama de tener gran influencia en París, los dos aspirantes trabajaron por conseguir su favor, y uno de ellos acabó por ofrecerle una buena participación en la empresa si le protegía; el nuevo funcionario prometió todo y suscribió el pacto; y la casualidad hizo que obtuviese la concesión su protegido. Dubois recibió su participación, y la vendió inmediatamente en 300.000 francos, suma realmente enorme en aquellos tiempos. Cuando Fouché se enteró de que el recomendado de la princesa Borghese era un desdichado por quien Paulina no tenía más interés que el de darle un empleillo, Dubois quedó cesante; pero con sus 300.000 francos pudo seguir haciendo versos por cuenta propia, y hasta pagar parásitos que le adularan.

***

La verdadera vida.—El bahaismo es una nueva religión, fundada en Persia por Abdul-Baha, y que ha llegado a tener prosélitos en París, entre ellos el abogado Hipólito Dreyfus.

Es una secta que difiere poco del cristianismo, y que, según Lefranc, puede condensarse en los principios siguientes:

«Vivir la verdadera vida es: No hacer daño a nadie, y amarse los unos a los otros.—Ser bueno para el pueblo y quererlo con espíritu puro.—Soportar con resignación las dificultades o las injusticias de que somos víctimas, y a pesar de todo, querer a sus semejantes.—Regocijarse con las peores calamidades porque son los obsequios de Dios.—Callarse sobre las faltas de los demás, rogar por ellos y ayudarles a enmendarse por nuestra bondad.—No mirar más que el bien y no el mal. Si un hombre tiene cien cualidades y un defecto, no mirar más que las cualidades y olvidar el defecto; si es al revés, mirar sólo la cualidad y olvidar los defectos.—No decir mal de nadie, ni aun de sus enemigos.—Reprender a los que nos hablan de las faltas ajenas.—Hacer nuestros menores actos con bondad.—Dedicarse a la propaganda de las enseñanzas sagradas, pues sólo así recibiremos la fuerza y la confirmación espíritual.—Apartar su obra de sí mismo y del mundo; ser humilde.—Ser servidor de cada cual y saber que no somos superiores a nadie.—Ser una sola alma en diferentes cuerpos, porque cuanto más nos amemos, más cerca estaremos de Dios.—Obrar con prudencia y cordura.—Ser sinceros, hospitalarios y respetuosos con el derecho de los demás.—Esforzarse en curar a los enfermos y consolar a los afligidos.» Como se ve, todo esto es cristianismo puro, y en el Evangelio se encuentra, expresa o tácitamente, toda esta moral, más hermosamente expresada.

Fernando Araujo

ÍNDICE

Págs.

Un precedente del Darwinismo en la Edad Media, por Eduardo Ovejero y Maury. 5

Beatriz de Aragón, reina de Hungría, por Alberto de Berzeviczy. 19

Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos: El problemo práctico, por Miguel de Unamuno..... 68

La organización de la Marina de Inglaterra al concluir el siglo XVIII, por Juan Pérez de Guzmán y Gallo.. 100

Proezas policiacas de Tom Sawyer, por Marck Twain..... 120

La América Moderna, por Vicente Gay. 151

Revista de Revistas, por Fernando Araujo..... 174

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 24. NUM. 287.

LA ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ LÁZARO

NOVIEMBRE 1912

CASA EDITORIAL «LA ESPAÑA MODERNA»
Calle López Hoyos, 6
MADRID

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

Impe. y encuad. de V. Tordesillas, Tutor, 16, Madrid.—Téfono 2.042

GUERRA QUE ACABA Y REINADO QUE EMPIEZA

Entresacar de un puñado de cartas que el amor filial dictó, cien años ha, a un soldado animoso, anécdotas, noticias y comentarios que, completando el árido relato de la historia oficial, nos den clara idea de lo que pensaban y sentían los hombres de su época, es, a nuestro juicio, provechosa labor. Y si los meses que tal correspondencia abarca son los que vieron a nuestro Ejército invadir a su vez a la nación invasora, y al deseado Rey prisionero volver al trono de sus mayores, el interés crece y la lección se acendra; máxime si la pluma que confía al papel esperanzas o desencantos es la discreta y gallarda del General Girón, digno ciertamente de tener en las armas y letras de su tiempo preferentísimo lugar.

Al mediar el año 1813, el bizarro caudillo que ha mandado con tanta gloria como fortuna el Ejército de Galicia, organizado por él con especial cuidado y merecedor a sus órdenes, de los plácemes de Wellington; en la batalla de Vitoria, el afortunado general que obliga, el primero, a los franceses a repasar el Bidasoa, se ve separado de sus tropas vencedoras, por una intriga de partido que arranca de sus sienes los lauros de San Marcial. La merecida estimación del Lord le pone muy pronto al frente del Ejército de Andalucía, que por enfermo deja La Bisbal, dándole ocasión para batirse bizarramente en Sorauren; pero la envidia le persigue con más furia, y, des-

alentado al fin, pide licencia para reponer su salud en Santo Domingo de la Calzada.

Es mariscal de campo desde Agosto del año 9, por haber derrotado a Sebastiani en Aranjuez. Sus jornadas y miserias de soldado, siempre en primera fila en los años tristes; sus victorias en Arroyo-Molinos y Vitoria; sus pasmosos trabajos de reorganización de Ejércitos y creación de Academias militares que hicieron surgir en plena guerra la oficialidad brillante y entusiasta cuya valentía será único resplandor en la negrura de nuestras discordias civiles, no le impiden ver cómo los que fueron sus subordinados, Lacy, Freire y tantos otros, no más dignos que él, alcanzan el empleo de teniente general, que Wellington reclama una y otra vez en vano para tan noble caudillo.

Lo curioso es que Girón, envuelto en la desgracia de Castaños, perseguido por anticonstitucional, dista mucho de participar en este punto de las ideas de su tío: fuera por su edad (treinta y cinco años), siempre propensa a innovaciones, o por el trato con ingleses y franceses, Girón ama la libertad como bien supremo, y la sola idea de perderla le exalta y subleva. Oigamos la indignación que le produce la profesión de principios absolutistas que Reina, el diputado por Sevilla, se atreve a hacer en las nuevas Cortes:

«Puede jactarse Sevilla—escribe a su anciano padre desde Santo Domingo, el 11 de Febrero—de haber enviado un digno procurador en el bárbaro Reina, que tal polvareda levantó en el Congreso. No es fácil determinar si el tal obró más como tonto que como loco, o al revés. Si no fuera lo uno y lo otro junto, *no ignoraría que ni queremos ni aguantaremos reyes absolutos o tiranos.*

»Habrá gustado a Vm. el decreto del Congreso sobre la venida del Rey: está hecho para llenar los deseos de todos los buenos españoles.»

Pero su atención, atraída esta vez hacia la contienda que entre liberales y serviles se encrespa, más agria a medida que

el próximo regreso del Rey despierta temores o esperanzas, sigue con preferencia los sucesos militares y políticos de la nación vecina:

«14 Febrero del 14.

»El Ejército iba a adelantar, efectivamente, sobre Burdeos, según me dice Alava con fecha del 11.

»Napoleoncito está muy apurado y haciendo fortificar a París, a la sevillana o madrileña (1). Los conscriptos huyen de la gloria a bandadas, de modo que en la última semana se habían presentado en San Juan de Luz más de 1.500. Pretende Napoleón haber ganado una batalla; ésta, ni detiene a los aliados, ni es creída de nadie.

»Angulema (el duque) va en el Ejército, y así que esté en Burdeos hablará. Ha sido muy bien recibido.»

De vez en cuando, la noticia de algún atropello cometido contra los afrancesados despierta en aquel hombre culto y liberal, todo humanidad y nobleza, rencores de patriota aún encendido en los enconos de la guerra despiadada e inicua:

«18 Febrero 14.

»De noticias sólo sé la pequeña historieta de Vitoria contra los afrancesados, en que creo ha habido alguna sangre vertida, aunque no estoy muy bien informado: el pueblo lo hizo, y el pueblo no juega. En Logroño hubo cosa semejante, y la habrá en todas partes, porque la impunidad de esta canalla ofende la vista de los mismos que han sido por ellos perseguidos.»

Este naturalísimo sentimiento, que en nuestra frialdad se nos antoja inhumano, explica la presión formidable con que la opinión pública acució a Fernando para rechazar las insinuaciones de Luis XVIII en favor de los partidarios del rey intruso: si hubiera seguido otro camino, su humanitario perdón hubiera parecido a los ultrajados españoles antipatriótico y funesto.

(1) Dignos ejemplos ambos de fortificaciones improvisadas.

«Del Ejército nada sé —añade,— pero lo creo en movimiento: dicen que el cuarto (¡el que él mandaba!) está también andando para el bloqueo de Bayona...»

... «Duro es verse así, paralizado en el más bello momento de una brillante carrera; pero ¿qué se puede contra su estrella? Terrible cosa es ir a hacer el filósofo a treinta y cinco años, saliendo de los campos; mas es forzoso pasar por ello, quiérase o no.»

Este natural sentimiento de honrado dolor, al verse alejado de sus tropas en víspera de batallas, es *leit-motif* de sus querellas.

«25 Febrero 14.

»El cuarto Ejército se movió: José María (Ezpeleta, su cuñado) me escribe desde Irún el 21, y creía que al día siguiente pasaría la frontera. No saben cuál es su destino, pero presumen que el sitio o bloqueo de Bayona. Freire, más feliz que yo, tendrá el gusto de quemar a Marrac, que era uno de mis mayores antojos.

»Se asegura que el 14 se abrirán las conferencias para la paz en Chatillón-sur-Seine; si es así, pronto la tendremos, pues el Corso cederá ahora todo, con tal de salvar su vacilante corona.»

Otra vez la algarabía de Madrid le distrae un punto de su obsesión guerrera:

«Madrid está bien revuelto y no puede menos de estarlo; como que es el momento de mayor efervescencia. Los liberales hacen muchas y gordas; pero los serviles son una canalla despreciable a todas luces.»

Vuelve a hablar del Ejército en marcha:

«28 de Febrero 14.

»He tenido carta de mi hermano (político) el 24 ya delante de Bayona: sus cazadores se habían batido aquella mañana con los enemigos que encerraron en sus retrincheramientos. Lord Wellington está en movimiento; me figuro que ocupará a Pau

y Mont de Marsant, y, si los enemigos le dejan, adelantará hasta el Garona: no veo peligro ninguno en este movimiento.»

Su padre le noticia que lo más florido de su hacienda, quemada por los franceses, se ha hundido totalmente:

«Mala noticia es la del desplomamiento del Rosalejo. Deus dedit, Deus abstulit, etc., y no hay más que decir.

»Esto es lo que hemos sacado de la guerra. Los que tenían no podían ganar más que gloria y honor en una tan gran calamidad pública; otros han ganado fortuna: siempre ha sucedido lo mismo.»

El total abandono de la Península por los franceses, dueños aún de Cataluña, le entusiasma.

«18-Marzo-14.

»Aseguran la retirada de Suchet para reunirse con Soult: es probable y nos será muy ventajosa; nos deja el país libre; facilita las operaciones contra las plazas y simplifica el sistema de guerra.

»Estos resultados son lecciones no de perder: con una operación sobre Salamanca se hizo levantar el bloqueo de Cádiz y desocupó a Andalucía: con una batalla ganada sobre el Adour se liberta a Cataluña.»

Esta reflexión sobre el provechoso efecto de una amenaza a las comunicaciones, en vez de los eternos ataques de frente que buscan al enemigo allí donde mejor le place esperarnos, hubiera podido mil veces, en lo sucesivo, evitarnos pérdidas tan estériles como dolorosas.

En esta fecha, por un efecto de justicia tardía, conceden a Girón el empleo de Teniente general. La noticia impensada conmueve hondamente al padre septuagenario, Marqués de las Amarillas, hasta tal punto, que sólo puede escribir a su hijo adorado los siguientes renglones:

«Exmo. Sr.:

«Perico mío: No estoy hoy para escribirte más largo, aunque muy bueno.

»Demos gracias al Señor y usemos de sus beneficios, para bien de nuestra Patria y honor nuestro.

»Otro correo seré largo.»

En cambio, el ascendido no se alboroza ni entusiasma por la justicia que tanto se ha hecho esperar. Es que una nueva excepcional le sobrecoge y conmueve: la venida del Rey.

Para aquel leal vasallo, la llegada del Soberano, a quien han invocado en todas las amarguras y vitoreado en todos los triunfos, es el término y remate de los sobresaltos y congojas de aquella lucha interminable. Su presencia es la paz, el bienestar, la seguridad de que en tantos años no han podido disfrutar un día.

Difícil sería expresar más claramente sentimientos tan hondos: la más calurosa protesta de fe monárquica no alcanzaría hoy la sencilla grandeza de esta exclamación de alegría ante la aurora de aquel reinado, en tan lúgubres horas nacido, y que ha de contar en sus anales tantas críticas circunstancias, tales y tan iracundas embestidas entre las dos Españas irreconciliables.

«Santo Domingo, 28-Marzo-14.

»Mi amado Papá: He recibido con el mayor gusto la apreciable carta de Vm., del 19, en que me habla Vm., ya más despacio, de mi graduación y nuevo destino. Uno y otro los he recibido con bastante frialdad; pero no así la *Gaceta* extraordinaria del 24, en que veo la seguridad de la inmediata venida del Rey.

»Le aseguro a Vm. que no he tenido alegría más grande: estoy loco de contento.

»Veo el momento en que cogemos el fruto de nuestros largos sacrificios: el de la consistencia del Estado; el de la seguridad de que mi hijo tendrá con qué vivir y, en una palabra, el de el término más glorioso y lisonjero posible de esta gran convulsión, en que la opinión, la vida y el bienestar han estado tantas veces a la vuelta de un dado.

»El que Vm. vea, con perfecta salud, este gran desenlace,

es otra de mis satisfacciones mayores. Nada me amargaba más, de las cosas personales, que el que Vm. pasara su respetable ancianidad entre zozobras y escaseces y con la cruel incertidumbre de la suerte de su querida posteridad. Ahora podrá Vm. disfrutar, el resto de sus apreciables días, de toda la tranquilidad de que el hombre puede gozar, y la serenidad de los años que Dios nos conceda una vida tan amada será tanto más agradable, cuanto ha sido dura y deshecha la tormenta que se ha pasado. Tengo la satisfacción de que contribuyo a su felicidad de Vm., porque me ha visto siempre fiel al honor y a mi Patria, y esto es para mi más lisonjero que todo...

»Demos gracias a Dios que nos deja gozar de tanto bien.

»Pasan ya de 100 las cartas de enhorabuena de Cuerpos, de Jefes y aun de militares que no conozco: es lisonjero, pero cruel, el tener tantas cartas que responder.»

El entusiasmo popular es inmenso. Oigamos cómo muestra su alegría el tranquilo lugar de la Rioja:

«Santo Domingo, 1-Abril 14.

»Ayer recibimos la gustosa noticia de que el Rey había llegado el 24 a Gerona, y hubo, en consecuencia, toda la alegría que puede haber en este pueblo: yo tuve mi medio baile, cohetes y rueda gorda. Hoy me he mamado, en obsequio de S. M., una larga misa con *Te Deum*, y después parada y ejercicio del Regimiento que está aquí; de modo, que para la tranquilidad de esta Corte, ha sido un día de lucimiento y cansancio.»

Su instinto belicoso le hace aguardar con impaciencia la hora de verse en su nuevo destino a la inmediación del Lord:

«He podido conseguir que me den algún dinero, y así pienso salir del 3 al 4 al Cuartel general del Duque.

»Nada sé del Exército hace tres correos, y José María me escribe, sin duda, porque nunca deja de hacerlo: infieren de esto, que hay algunos guerrilleros, a nuestra moda: si así fuere, haré lo posible para que no me atrapen estos *brigantes*...»

¡Qué ironía al devolver a los patriotas franceses el epíteto insultante que dedicaban a los nuestros!...

«En Madrid están locos, y con no poca razón: espero que el Tío (1) sea de los primeros a conocer este cambio de circunstancias.

»Nada sé de aliados. He visto en los papeles que Bonaparte ha tenido que tomar medidas severas con su Cuerpo Legislativo. Vm. habrá visto la proclama del Maire de Bayona. Todo esto indica que hay más que fermentación. Para pagarle en su moneda, ahora ha vuelto el Rey; debían declararle guerra a muerte todas las Potencias. Si le dejan, a la corta o a la larga nos dará harto que hacer.»

En un momento de clarividencia, el militar comprende el olvido en que ha de caer la profesión que ama tanto, cuando la ruina del coloso devuelva la paz al mundo:

«Para nosotros sería mejor que quedase, porque con él quedaría el miedo y nos harían caso; si no, en estando las cosas tranquilas, vamos los militares donde los manguitos en verano...»

Sus cartas siguientes, fechadas en Tolouse, en el Cuartel general del Duque, llevan el sello de la estupefacción que le produce ver de cerca a aquellos franceses, tantos años soberbios dominadores, ahora complacientes y sumisos. Se nota que su sorpresa tiene dejos de desprecio:

«Tolouse, 26-Abril-14.

»Esto está muy tranquilo y la gente llena de entusiasmo con sus nuevos dueños. En el Ejército de Soult no reina el mejor espíritu. Aquí dicen: —*Ce sont des brigands; Soult devroit être pendú à la porte de la ville.* Nosotros respondemos: —*Oui, ces sont des brigands; il faut les exterminer.* ¡Vea Vm. una vuelta de dados un poco particular!

»Es de esperar que todo se tranquilizará, porque, al fin,

(1) Castaños.

Soult hizo su adhesión, se puso la cocarda blanca y mandó entregar los puestos de Santoña y Benasque.

»Dicen los papeles que Pepe y Gerónimo Bonaparte se han metido a partidarios... ¡Era digno de un rey de bandidos el acabar por serlo! ¡Cómo juega Dios con los hombres...!

»Aquí hay un teatro regular en que representan las comedias, y cantan horriblemente mal las óperas francesas.

»Vm. sabe que esta gente lo ha hecho y hace siempre todo con canciones y ahora se esmeran. Ayer, entre otras, cantaron:

«Ce Corse abominable
Qu'a vérsée tant de sang
Portoit le nom d'un diable
Et le cœur d'un tiran.
¡Vive l'Europe entière
Qui nous rend à jamais;
Nos Lis, notre bannière
Nos Bourbons, et la paix!»

»Por esta muestrecita podrá Vm. conocer el espíritu de estas gentes.

»Mañana llega el Duque de Angulema; será una locura. Hay fiestas magníficas. Ayer noche dió Wellington una soberbia, que duró hasta el día. Nosotros aquí hacemos poco papel, pues sólo hay ingleses, y éstos tienen más dinero que nosotros.

Mucho he celebrado lo ocurrido el día que llegó la noticia de la entrada del Rey en nuestro territorio, aunque se cansara Vm. un poco de procesión.

»Al tío Castaños envío un papel del famoso Chateaubriand, autor del *Genio del Cristianismo,* con encargo de que lo pase a Vm.; está soberanamente bien escrito; es contra Bonaparte.»

«Tolouse, 18-4-14.

»Como Vm. ve, he llegado al acabar la tragedia; todo está ya en la mayor tranquilidad. Hoy han comido con Wellington dos edecanes de Suchet, encargados por éste para acabar el convenio de Cantones para las tropas.

»Todo está concluído; la paz asegurada por muchos años. ¡Bendito sea Dios! ¿Y habrá quien no vea la espada de su justicia en estos últimos acontecimientos? Si hay algún ateo en el mundo, dejará ahora de serlo.

»El haber hecho en un instante del dominador de la Europa el personaje más ridículo del globo, lleva el sello de su Omnipotencia. No se ha contentado con destruirlo; era poco: lo ha convertido en un sér abyecto y despreciable, que los franceses se avergüenzan de haber obedecido... ¡Admiremos su providencia, su justicia y su poder!»

¡Cuán erróneo es casi siempre el juicio de los contemporáneos hacia los grandes hombres, cuya figura sólo puede abarcarse en su conjunto, contemplándola desde lejos!

Cierto que varias concausas se juntan para obscurecer el juicio, siempre sereno, de Girón; el odio al enemigo de su patria halla pábulo en el fervor realista del Mediodía de Francia; el orgullo nacional de los vencidos prefiere achacar la derrota a una causa dinástica, y abruma con sus injurias al que se impuso a su respeto, como se impondrá a su admiración a fuerza de gloria. La turba de los implacables leñadores se precipita sobre el árbol caído. Acaba de realizarse aquella lamentable fuga de Napoleón a través de las poblaciones enfurecidas contre él, y en la cual, temeroso de ser asesinado por los realistas en cualquier lugarejo, el héroe, perturbado todavía por los efectos del veneno de Fontainebleau, se apelotona, temblando, en el fondo del carruaje, disfrazado de coronel inglés...

¡Qué tristes son, el miedo con máscara de entusiasmo y el odio cuando se disfraza de desprecio!

«No es fácil describir a Vm. el entusiasmo y gozo de estas gentes, que nos miran como a sus libertadores, ni el odio que muestran a Bonaparte, libertades, Constitución y todo lo que no es del tiempo en que no fueron felices y verdaderamente libres.»

Esta abdicación de las doctrinas revolucionarias, por parte

de la nación que las ha esparcido por el mundo, arranca al joven General justa protesta:

«Esto último no viene al caso, porque mejor es tener una prudente Constitución que un Rey que pueda ser déspota.»

Y dando su verdadera explicación a aquel cambio radical, añade:

«Están bien humillados y no se puede ser más amables.»

Y no es que hayan visto de cerca los horrores de la guerra; la conducta de los aliados, en el Sur al menos, no puede ser más bonachona, acaso por el temor de Wellington de desatar, por los excesos de la soldadesca, una guerra nacional:

«El país no ha sufrido nada, nada; no falta un habitante, una col ni una gallina. Están avergonzados de este trato tan diferente del que les hemos debido.»

No es sólo el Mediodía; Francia entera acoge con delirante júbilo a los Borbones:

«Ya sabrá Vm. que el hermano del Rey Luis XVIII está en París desde el 12; ha sido recibido con locura.»

Y con pueril regocijo vuelven con insistencia a insultar al caído; hasta su nombre sonoro les ofende:

«El gran Napoleón, que no se llama realmente sino Nicolás, llora todo el día, y le ha salido una erupción en la cara, que está como un diablo.»

La tranquilidad con que los franceses se resignan al nuevo estado de cosas, parece a Girón cosa sobrenatural:

«Tolouse, 30 de Abril 14.

»Aquí permanece todo tranquilo, y lo está del mismo modo en el Ejército de Soult y en toda Francia. Esto es negocio concluído; como que la mano de Dios ha andado en él.

»El Duque de Angulena llegó el 27; fué recibido con locura.

»Anteayer comí con él en casa de Wellington; comieron también los Generales Villate y Clauzel.

»Ayer tarde llegó Suchet, a quien aún no he visto.

»Angulema sale mañana para el Ejército de Soult; vuelve por aquí y va en seguida a París por Burdeos.

»Wellington sale para París mañana; estará tres días; volverá y pasará a Madrid.

»Si tuviera dinero, iría también a París, aunque no fuera más que para conocer a los Soberanos beligerantes y ver las tropas de tantas naciones...; pero, *point d'argent, point de Suisse.*»

Esta pobreza, emblema de la que aflige a la destrozada España, irrita la susceptibilidad de su patriotismo:

«Esta familia nos hace poco caso. Veo que en París tampoco nos hacen mucho, y esto me enfada horror.

«Aquí se han puesto todos la escarapela blanca, menos los españoles, porque ellos no llevan sino la suya y la inglesa... Mas no por todo esto dejamos de conocer nuestra superioridad, y tratamos, en consecuencia, a esta casta degenerada, que adula a sus conquistadores, y pide perdón de rodillas a los mismos Borbones que hace veinte años proscribieron, después de llevar al cadalso al Jefe de la familia.»

No todo es justicia en tan agria censura. El realismo del Mediodía de Francia se ha demostrado en las horas del peligro; Girón mismo lo acredita:

«La mitad de este pueblo conoce a Vm., y me han preguntado por Vm: hay infinita nobleza; su mayor parte emigró a Barcelona (donde Amarillas era entonces Gobernador militar) y toda la juventud sirvió en Cataluña.»

Cierto, que en el alborozo de su triunfo exageran, hasta llegar a lo ridículo, sus manifestaciones legitimistas:

«Se reiría Vm. mucho, si viese tantas flores de lis y tanta cosa blanca. He visto elegante con penacho y cocarda blanca, faja ídem, lazo en el brazo izquierdo, otro en el pecho y una flor de lis ídem. Creo que hasta en el tr... llevan las lises... Yo me acuerdo del furor tricolor..

»¡Qué gente! Pero ¡cuánto conservan de su Revolución!

»Hay, en general, malísimo modo, y la politesse francesa,

tan decantada, ha huído de este suelo: puede que vuelva ahora.»

Curiosa impresión, aunque lacónicamente narrada, la que le produce el fraternizar con el más afortunado de sus enemigos, con quien pelea años ha, sin conocerle:

«Después de escrita ésta, he ido a visitar a Suchet: me ha hecho mil atenciones. Es vivísimo. La figura no es muy aventajada... ¡Parece broma todo esto!»

Tanta paz después de tanta guerra, origina una depresión de ánimo que el General traduce en una frase feliz:

«El mundo ha quedado fastidioso a fuerza de tranquilidad.»

Comienzan a hablar de evacuación del territorio francés: para lograr tal beneficio, aun las tropas que han paseado sus banderas por Europa al grito de ¡Vive l'Empereur!, aclaman a los nuevos amos:

«El Duque de Angulema pasó sus revistas a los ejércitos de Soult y Suchet; las tropas lo recibieron con mucho entusiasmo. Ya nadie habla de Bonaparte... ¡Qué mundo!»

Los ecos que de su patria llegan le producen extraña turbación; prefiere no creerlos mientras pueda dudar:

«Vienen de España extrañas noticias; pero como yo carezco de cartas, he dado en la flor de no creer nada hasta que lo sepa por mí mismo.»

Es la Constitución, que cae sin lucha ni decoro, entre la befa de la inmensa mayoría del país, enemigo de toda mudanza.

El ver a Napoleón sometido a la fría crueldad inglesa, parece a los que le aborrecen garantía bastante: se le juzga deportado y perdido para siempre:

«Ya sabrá Vm. que Bonaparte se embarcó en Saint-Tropez, a bordo de una fragata británica. Dicen que lo llevan a Bahía Botánica (1): está en buenas manos.»

(1) Botany Bay, colonia penitenciaria en Australia.

Luego compara la energía con que Inglaterra reacciona contra todo ataque a su soberanía, con la inercia desmayada de nuestra defensa contra los sublevados en América:

«30 Regimientos británicos van a embarcarse para América, porque les tienen unas ganas a los americanitos ingleses, que ni a los franceses. De aquí salieron ayer tres: se embarcan en Burdeos; bien pronto estarán navegando.

»Así se hacen las cosas. Si nosotros obráramos con esta celeridad, buscarían pronto los insurgentes de nuestra América otro oficio.»

Ahora ve pasar el torrente de prisioneros españoles que vuelven a su patria:

«Pasan de 12.000 los prisioneros españoles que han pasado por aquí para España. Este es un gran refuerzo para nuestro Ejército; pero, a pesar de él, nos vamos a quedar sin soldados, porque todo el mundo está enganchado por el tiempo de la guerra.»

Las cartas que escribe desde Pamplona le muestran ya resignado al nuevo sistema, por el contagio del entusiasmo público. Se celebra por primera vez el día de San Fernando:

«Esta mañana hemos tenido paseo de retreta, gran función de Iglesia y conducción del retrato a Palacio, donde queda: ahora (son las dos), comida de la tropa en la Taconera; convite en casa del Gobernador; teatro y baile en Palacio. *La gente está contentísima, y lo estamos todos.*

»El famoso Mina está aquí: le he debido toda especie de atenciones y consideración.»

Un prisionero español, que por su larga estancia en los depósitos del Norte de Francia, conoce a fondo los verdaderos sentimientos que el corso inspira a la mayoría de los franceses, les pone en guardia contra la aparente fidelidad hacia los Borbones:

«Ayer pasó por Aoiz, Bayona, que viene de prisionero; y, según cuenta, el partido Napoleónico es aún de consideración,

y podrá dar que hacer. Es posible que, retirados los Exércitos aliados, haya movimientos interiores: ¡buen provecho!»

La anulación de toda la labor de las Cortes, realizada con tan sencillo desprecio, produce a Girón tristeza que se esfuerza por templar con la esperanza que funda en las promesas reales y en que imitemos a Francia, donde Luis XVIII se inclina a transigir con las ideas nuevas.

«Aquí se ha restablecido el antiguo sistema, dure lo que durare. Digo dure, porque es de esperar que el Rey no nos deje a los demás de peor condición que a los Navarros y Vizcaínos (1). A más, S. M. ha ofrecido una garantía en su propio decreto del 4, y las bases están en él y son las generales. Veremos qué hacen en Francia, donde no puede ser mayor el amor a la tranquilidad y el recelo con que se miran las nuevas doctrinas.

»Se me olvidaba decir á Vm. que el baile de San Fernando fue magnífico, y duró hasta las seis. Cena, etc., nada faltó.

»Acaban de decirme que Eguía ha sido nombrado Ministro de la Guerra...: estoy para servir a Vm.»

No son infundados sus temores de que el rutinario Eguía, llamado Coletilla por su obstinación en mostrar hasta en el peinado su amor a lo antiguo y su obstinación en oponerse a toda mudanza, le persiga con el odio inveterado que a su familia guarda.

Pronto ve acumularse las órdenes que conceden los más importantes puestos a hombres que el Ejército desconoce. A Madrid afluyen los que se eclipsaron en las horas críticas, y reservan para las intrigas de la corte la actividad economizada en los campos de batalla.

«Como la guerra se ha acabado ya—escribe con melancólica ironía,—no se necesita a la gente que puede hacerla: la *Guía de Forasteros entera se pondrá en actividad*, y los pobres generalillcs de campaña nos iremos a plantar coles: es lo justo.»

(1) Alusión a las libertades forales.

El único modo de abrir paso al mérito entre la turba de solicitantes que, invocando el favor o el nacimiento, logran por medio de escaramuzas de antesala lo que no supieron ganar en la guerra, consiste en ir a Madrid: allí prodiga sus beneficios el poder personal.

«El tío Castaños me insinúa pida una licencia para ir a Madrid; mas yo no trato de hacerlo, porque ni tengo qué hacer en la Corte, ni sé hacerla, ni tengo dinero para hacer viajes innecesarios, y vivir en Madrid ni aun pocos días...»

Una meditación más serena le hace comprender muy pronto lo imprescindible del viaje que a primeras rechazó:

«Por mi oficio verá Vm. que he tenido presente: *Variano i sagi*, etc., de Metastasio. Por lo que veo y oigo, creo preciso el ir a Madrid. Va a costarme un trabajo terrible el andar haciendo cortesías, porque ni carácter, ni costumbre, me han llevado jamás a eso.»

El anciano Marqués de las Amarillas relata a su nuera ciertas manifestaciones populares realizadas en Sevilla en sentido constitucional; muy diferente es lá opinión del pueblo que tiene ante su vista. Esta divergencia le inspira desdén hacia la inconsistencia de la opinión:

«El desorden de los balcones el día de San Fernando, que Vm. cuenta a Concepción, viene mal con las opiniones actuales del pueblo; pero así es este caballero, y por eso se llevan tantos chascos los que cuentan con él; sólo en una circunstancia como la de la última guerra, o así, puede fiarse de él.»

Justa es esta declaración de *capaz de constancia* en favor del pueblo que acaba de demostrarlo con tenaz porfía; lo que ya no es tan lógico, es integrar en la palabra pueblo a masas discordes y en plena evolución política. No en vano el Mediodía ha sentido de cerca los primeros latidos de la vida constitucional, y ha caldeado su entusiasmo en los fogosos discursos de los diputados grandilocuentes: nada más natural que en Cádiz y Sevilla tengan partidarios ardientes las ideas nuevas. Pero la masa popular, en la casi totalidad de España, repugna

el cambio radical, que juzga producto morboso de las convulsiones de la guerra; por ende el pueblo, el otro pueblo, que ni ha cambiado ni desea cambios, tiene por instintiva norma de sus afanes el lema que ha de ser en breve fórmula gubernamental: *volver al estado anterior al 1808*. No es justo, pues, llamar volubilidad a lo que es dualismo, tan profundo y arraigado que aun hoy, pasados cien años, vive y perdura.

El mes de Julio ve a Girón en Madrid, escaso de recursos y esperanzas, ensayándose en la vida afanosa del pretendiente.

Es recibido con afabilidad.

«Voy a Palacio a menudo: S. M. tiene la bondad de hablarme siempre, y lo mismo los Infantes.»

Y llegan como solicitantes los héroes espontáneos de la última lucha:

«Ha llegado hoy Espoz y Mina; dos coches, lanceros, etc... Estos guerrilleros se conocen en las pesetas.»

Ya en los mentideros de la Corte, sus noticias se hacen más extensas e interesantes. A vueltas con larga lista de nombramientos, que comenta con natural despecho al verse olvidado y preterido, añade el 5 de Julio:

«He oído que se ha concluído un tratado secreto con los ingleses: el Rey ratifica la alianza; ofrece no renovar el pacto de familia. Las ingleses nos dan subsidios y ayudan a la pacificación de las Américas, con algunas ventajas mercantiles a su favor.

»El Rey ha estado hoy en la Academia de las Artes, y ha regalado a este establecimiento el Palacio de Buenavista con sus pertenencias, para hacer un museo de las Bellas Artes.

»Hay una ocurrencia original. Por uno de los últimos correos, recibió el gobernador de Valencia la orden, por Guerra, de convocar al Teniente general y Mariscal de Campo más antiguos y, a su presencia, abrir un pliego: así se hizo.

»En él se mandaba prender al instante a Elío en la Ciudadela, y, hecho, abrir otro pliego. Así se hizo, y el otro pliego contenía la orden de fusilarlo a la media hora, por detrás. El

General, que era Cervellón, titubeó, consultó con los jefes, y uno de ellos encontró qué notar en la Real orden; dudaron entonces y convinieron en enviar un oficial en posta, que llegó anteayer... Aquí nada se sabía: todo es falso, por supuesto... Si se descuidan, le cuesta caro a Elío la chanza... Vea Vm. en qué estamos.

»Ya sabrá Vm. la famosa invención del famoso Marqués del Palacio, que lleva dos regimientos de Caballería a Extremadura, para que manejen alternativamente la esteva y el sable. A esto le llama geodesía militar: yo le llamaría perdedura de dos Regimientos, ridículo de la invención.

»No quiero pedir la Comandancia del Campo de Gibraltar que solicita entre otros Alós, con gran traza de llevársela... Yo estaré mejor ahí, y si Napoleón u otro retoña, no se olvidarán de convidarle a uno a la diversión.»

«Madrid, 8-7-14.

»Yo voy todos los días a hacer mi corte a S. M., e Infante, de quienes recibo siempre pruebas de consideración. Palacio está como siempre, y como todos los palacios del mundo. Han resucitado un sinfín de generales y personajes. Algunos de los muertos y todos los vivos, solicitan, solicitan...: yo no solicito nada...

»Se restablece, o ha restablecido, o va a restablecerse el tribunal de la Fe o Santa Inquisición.

»El Rey de Francia ha pedido por los Pepinianos (1), y se le ha respondido negando redondamente.»

La impresión de ver engrosando las filas de los postulantes a tantos que no vió en los trances de la guerra, le convence de que existen Generales de tiempo de paz que se apresuran a eclipsarse cuando del arte bélico se trata, como si tales asuntos no fueran de su incumbencia. «Se dice ya que hay dos castas de Generales, civiles y militares.»

(1) Apodo burlesco de los partidarios del Rey Pepe.

La reposición del Santo Oficio halla en el Rey notable oposición:

«Madrid, 11-7-14.

»Aun está suspensa la resolución sobre el Santo Tribunal: trabajan mucho unos y otros, en pro y en contra: veremos quién vence.

»Ayer tarde trabajó la División Morillo delante de S. M. y AA.: estuve al lado del Rey explicando las maniobras. Mis camaradas de por aquí, en tales casos se afufan... ¡Que no hubiera una batalla! S. M. y los Infantes me hablan siempre con la mayor bondad.

»La División trabajó muy bien: sacó el no ir ya a América: esto no lo apruebo.

»Hoy ha ido el Rey con su tío y hermano a la Alameda. El tío (Castaños) ha ido; yo no, por un poco de quijotismo, pues no he sido expresamente invitado.»

El vicio de la creación de Juntas que nada deciden, no es nuevo, por lo visto:

«Sigue la Junta de Generales; pero verá Vm. cómo pára en nada, como todas; se han presentado ya los trabajos de la del 96, de que Vm. fue vocal. Creo que se ha acordado queden, por ahora 40.000 hombres en las fronteras, en tres Cuerpos de Ejército.

«El Capitán general Palafóx, tiene la orden de marchar a su Capitanía general: es familia terriblemente intrigante.

«De fuera no sé más, sino que se ha deshecho el matrimonio de la heredera del Príncipe de Gales con el de Orange.»

Comienza la serie de los castigos a los liberales: el Rey se resiste tenazmente a restablecer la Inquisición. Sigue la lluvia de los destinos cayendo sobre los incapaces, más diestros en las artes de intriga:

Madrid, 22-7-14.

«La Junta de Marina se ha fijado, en la previsión de un Almirantazgo, y creo va a establecerse poniendo a su cabeza al Infante D. Antonio. Se supone si querrá hacerse otro tanto

por tierra, declarando Comandante en Jefe al Infante don Carlos.

El Mariscal de Campo Polier, alias Marquesillo, ha sido condenado a cuatro años de suspensión de empleo y destino, en el Castillo de San Antón de la Coruña. El cómico Gil ha sido sentenciado a ocho años de presidio.»

«Sigue la pugna sobre el restablecimiento de la Inquisición: los apasionados dan terribles ataques al Rey.

»Han dado la Comandancia de Guipúzcoa a Areizaga y la de Algeciras a Alós!!! Todas las Capitanías generales están ya dadas, y a sujetos dignísimos.

»Ya habrá Vm. visto en la *Gaceta* el rasgo del Rey en la cárcel; S. M. no permitió se impusiera a la mujer que le quería asesinar, ni la más ligera pena, y la dijo:

—Te pido sólo que no me quieras tan mal, y que creas que si no acertase en hacer la felicidad de los españoles, no será por falta de voluntad, ni de ocuparme exclusivamente de ello.

»Todos gimotearon en la sala: el Rey no puede ser mejor; no todos los que están cerca de él son buenos.

»Ha habido en Barcelona una pequeña conmoción con los afrancesados que ha parado en saquear todas sus casas.

»En Pamplona ha habido algo también. El Regente Pepiniano, Galdeano, entendiendo mal el decreto, se vino, pero el Gobernador Roselló lo ha hecho conducir a la frontera de Francia, de justicia en justicia.»

Empieza a darse por seguro el nombramiento de Girón para Ministro de la Guerra: él no lo cree.

Entre ironía y prudencia, escribe el 26 de Julio:

«No hay gran cosa de nuevo, dando ya por cierto el restablecimiento de la Santa Inquisición, con un júbilo general, pues no puede menos de causarlo, medida tan sabia y cristiana.

»Besé ya la mano al Infante D. Antonio por su nombramiento de Almirante: ahora están arreglando el Almirantazgo: se dice que vamos a poner una fuerte escuadra.

»Siguen las Juntas terrestres aun estériles; pero ellas parirán si no revientan.

»Se me olvidaba decir a Vm. que el Embajador inglés, que al cabo es un hereje, ha pasado una nota pidiendo explicación sobre la causa principal del restablecimiento de la Santa Inquisición, pues aquello de que: «el trato con los sectarios, siempre enemigos de nuestra fe lleva a hacer necesario de nuevo este tribunal» le ha hecho cosquillas. Cuentan que el Rey consultó al Consejo y que éste opinó por el restablecimiento y añaden que el último ataque que se dió a S. M. sobre esto, fue en el momento después de su última comunión: no sé lo cierto.

»No sé si he dicho a Vm. que se había dado con aceptación general la Inspección de Milicia a Villanueva de Duero, y esta Capitanía general a Arteaga.»

Se acentúa la exclusión de los empleos públicos de cuantos profesan ideas liberales. Girón, con excelente criterio, ve en ello merma considerable del número de los aptos para el servicio de la patria:

«En la Secretaría ha habido un desmoche de los que se creían liberales; ahora, como Vm. ve, hay dos cartas de Chuetas: afrancesados y los otros; por desgracia en España hay pocas gentes que valgan algo; de éstos deben restarse los dichos y queda, por consiguiente, muy poco.

»Con aprobación general han hecho a Errasti, gobernador de Ciudad Rodrigo, Teniente general; de resultas de su encierro en Francia, ha quedado quasi imposibilitado de las piernas.

»Hay falta de dinero en Tesorería, y he oído decir que en Galicia estaban demasiado apurados. También me contaron anoche que habían quemado la Inquisición de Santiago.»

No es sólo en Tesorería donde falta el dinero; los apuros del erario familiar, tan castigado por la guerra, obligan a padre e hijo a pensar en la venta de alhajas heredadas, que su cariño ha reservado hasta el día:

«Doy a usted gracias por la oferta de los brillantes, que veré, aunque procuraré no echar mano de ellos porque duele

mucho salir de lo poco que ha quedado. Si fuese para darles otra hechura, corriente; pero venderlos cuando no se han vendido para evitar la ruina total del Rosalejo, sabe mal. No obstante, no me comprometo a no hacerlo.»

Ya aparece el bandolerismo, cuya filiación con las guerrillas es evidente:

«Celebro que estén Vms. tan contentos con el conde del Abisbal, y que sus providencias sean en bien y pro de Sevilla y sus caminos, según cuentan, no poco infestado de ladrones, o séanse *guerrillas en descanso.*

»Hoy ha estado a despedirse Espoz y Mina, a quien han mandado pase al instante a Navarra, pues uno de sus batallones ha desertado entero y verdadero.»

En estas cortas líneas se condensa un triste episodio, lección eterna del daño que causan apasionados y egoístas consejeros. Tan provechoso es, que intercalamos el interesante relato que de él hace Girón en sus Memorias, aún inéditas:

«Presentóse en aquellos días en la Corte el héroe de Navarra, D. Francisco Espoz y Mina, justamente célebre por la victoriosa guerra que había hecho a los franceses en su país, creando una fuerza considerable y haciéndose dueño de la provincia y de sus limítrofes vascongadas, extendiéndose también al Alto Aragón.

»Hallábame en la Corte del Rey el día en que Espoz y Mina se presentó a besar su Real mano, y avisado por algunos de que le esperaba un mal recibimiento, quise hacer lo posible para prevenirlo, y así, cuando S. M. se dignó acercarse a hablarme, le dije que tenía allí al célebre General Espoz y Mina. Preguntóme el Rey—¡ridícula ignorancia!—cuál de los dos, si el tío o el sobrino; le contesté que el primero; que el otro se llamaba Mina solo, que éste no era más que Teniente coronel, y no estaba en aquel momento en Madrid. Díjome entonces el Rey, prevenido por sus enemigos, que le habían dicho había sido muy cruel, a lo que le contesté que le había sido forzoso ser muy severo para crear y mantener en sus provincias,

dominadas por el enemigo, 9 batallones de infantería y 2 regimientos de Caballería. Díjome entonces S. M. que había robado mucho, a lo que repuse que el que se lo había dicho ignoraría probablemente lo que costaba mantener y vestir la fuerza que le acababa de indicar; a lo que cierto personaje que se hallaba inmediato, dijo:—¡Bien se ha aprovechado!—contestando yo, con no mucha amabilidad, *que no había registrado sus bolsillos, pero sí admirado sus victorias.*

»El Rey pasó a hablar a otros, y cuando llegó adonde estaba el entonces ilustre Espoz, besóle éste la mano y S. M, no le hizo más caso que a un perro.

»Así precipitaron a aquel valiente y orgulloso guerrero, que se avino mal con aquel desprecio y humillación en pago de tan altos servicios.

»Furioso Espoz y Mina del recibimiento que se le había hecho, lo tranquilizamos, en lo posible, personas más acostumbradas que él a sufrir las ingratitudes y disfavores de la Corte por premio de leales y buenos servicios; pero habiendo poco después dado el Ministro de la Guerra, Eguía, una disparatada Real orden declarando que todos los soldados que no hubiesen sido filiados con las formalidades de Ordenanza, no debían ser considerados como tales soldados, el Virrey de Navarra (que lo era a la sazón mi padre político el Conde de Ezpeleta), avisó por correo extraordinario al Gobierno que toda la División que había sido de Espoz y Mina se había creído comprendida en el caso de la citada Real orden y marchádose a su casa los soldados, sin que le hubiese sido posible contenerlos. El Gobierno, con la ciega imprevisión que le distinguía, no encontró mejor expediente que llamar al General Espoz y mandarle marchar con la mayor celeridad a Navarra para reunir su División, y cuando con la mayor facilidad lo hubo logrado, cometió el increíble desacierto de mandar fuesen la mayor parte de los Cuerpos de dicha División a la Capitanía general de Aragón, y al propio tiempo destinó de Cuartel a Pamplona al General Espoz y Mina.

»Este, que hubiera sido tan fácil contentar, no pudo hacerse superior a aquel doble desaire, y, olvidando sus deberes, se rebeló contra la autoridad legítima del Virrey, llevando sus batallones, sin saberlo éstos, a atacar a Pamplona, donde tenía ya confabulado otro de sus batallones que guarnecía a esta plaza. Los soldados, ya cerca de Pamplona, desconfiaron del objeto de su expedición, viendo pasar unas escalas, y deteniéndose en su marcha, exigieron del General se les dijese si procedía con órdenes del Rey o del Virrey, y Espoz, viendo la lealtad de aquellos honrados soldados, se creyó perdido y se evadió entre la obscuridad de la noche. El Virrey no se durmió, pues informado de todo, hizo fusilar al Comandante del batallón que guarnecía la plaza y despachó a su segundo Cabo (que lo era su hijo mayor el General Ezpeleta) para perseguir a Espoz, que no pudo alcanzar, aunque le tomó su equipaje y puso en el mayor apuro.

»Así se perdió a este hombre, que entró por este camino, que después llamó de la libertad y que no fue para él sino el de la venganza, siendo cosa averiguada que de sobremesa de un convite, que fue cuando habló a sus oficiales más adictos del plan que se había propuesto, nada les dijo de Constitución, ni cosa que tuviese relación con ella; bien es verdad que ni la conocía, ni sabía lo que era.»

Nada más instructivo que estos perniciosos efectos de un desdén que trueca en enemigos temibles a los más útiles auxiliares: desechados por liberales los unos, los otros por afrancesados, por rivalidad de palaciegos los mejores, sólo quedan para el servicio del Rey y de la Patria, los cortesanos.

Allí donde Espoz cosecha desdenes, en cambio halla protección marcada más de un inepto:

«A aquel Marcó del Pont que conoció Vm. de Mayor en Catalanes, y *que es el mismo de Mariscal de Campo*, le han dado el gobierno de Tortosa; el de Barcelona a Errasti, y el de Gerona a Milans del Bosch, ahora General, que Vm. conocería.

»Vuelve a ser indicado para candidato al Ministerio de la Guerra Girón, luego Venegas y después Gor, apoyado por el partido del Confesor y Ostolaza.

»Creo que hacen aire también a San Carlos y Macanaz. No sé cómo el primero podrá sostenerse: ha sido de opinión en la junta de Ministros de que no debía restablecerse el Tribunal de la Inquisición, y éste es no chico pecado.»

«Madrid, 5-8-14.

»Estos días decían, con indignación de los militares, que se hacía ministro a Gor.

»Ahora lo que hay, es que el inteligente D. José Palafox, que, por no irse de Madrid, ha inventado la Junta de Constitución Militar, viéndose estrechado a marchar, inventa ahora se nombre al Infante Don Carlos Gran Condestable, dignidad a que debe estar anejo el mando del Ejército, y que éste le gobierne con un Directorio Militar, compuesto de *él* y otros. Lo del Almirantazgo ha quedado parado, porque entre todos no saben cómo hacerlo, y esperan que venga Espinosa de Londres a decir: *así se debe hacer, porque así lo hacen allá.*

»Está resuelto que los regimientos tengan tres batallones, y que se numeren los regimientos. Dura cosa es ver organizar definitivamente al Ejército, sin que se oiga a los que lo han ensayado en esta guerra con menos desatino: especialmente Caballería, de que nadie de los que hay allí entiende nada, y menos que todos el llamado Inspector general de ella.»

Los rumores de cambio de Ministro de la Guerra se disipan definitivamente: Eguía, evidentemente incapaz por viejo y rutinario, ve convertidos tales defectos en ventajas, y se afirma en su puesto:

«Aquel hombrecito se aferró, y está sostenido por clérigos y ancianos: la fuerza de inercia es la cualidad dominante y, por consiguiente, *el no hacer* el elemento de aquel sistema de cuerpos. Mientras tanto, los militares miran con el mayor gusto, que los servicios se atiendan, y que después de coloca-

dos los Lazanes, Campo Sagrado, Areizagas, etc., que tantos días de gloria han dado a la nación, se pongan ahora en el Consejo de la Guerra los Arces, los Pignatellis, los Correas y Compañía.

»De las novedades futuras podrá usted ponerse al corriente recordando lo que falta para ponerse como en 1808, que es el punto, según todos los decretos, a que se quiere llegar. Todo volverá allá; pero los bienes, la vida, la salud y el bienestar perdidos, ¿quién los vólverá allá? Y estos hombres que aconsejan al mejor de los Reyes, ¿no recuerdan que las leyes e instituciones de 1808 produjeron el estado deplorable de aquella época, el decaimiento, la ignorancia y la nulidad en que habíamos caído?...

»Hablemos de nuestras cosas: he traído a casa los brillantes.

»Concepción me oyó decir lo que yo proponía a Vm. sobre el solitario (que no se vendiera), y opina que si no es vinculado y tiene mucho valor se venda y emplée en Rosalejo. Así es que puede más en ella la madre que la mujer.»

Comienzan los tratos para la boda del Rey, y el Infante Don Carlos con las hijas de su hermana Carlota, princesas brasileñas: tratos singulares, para negocio tan arduo e importante:

«Hoy ha marchado un fraile franciscano, agente de la Carlota, que ha andado aquí en la compostura de la boda con una Portuguesita, y creo que la lleva hecha, sin intervención del Embajador, ni el Duque de San Carlos. Se hablaba de una Duquesa de Oldemburgo, hermana del Emperador de Rusia; pero los que han manejado esto, prefieren, naturalmente, que venga a reinar la portuguesa... ¡Vaya en gracia, y se llamaba Lucrecia!

»Va a publicarse la paz con Francia, y es falso haya ningún artículo secreto ventajoso a los afrancesados.»

Como se ve, el rencor que aquellos desdichados inspiran a los buenos patriotas, vigila, alerta y celoso.

La indignación y el desaliento por la desacertada e injusta

elección de personas para los altos cargos, ya tantas veces indicada en lacónicas reticencias y alusiones, desborda al cabo y se manifiesta en el noble Girón, en forma de lamentación amarga, que expresa el común sentir de todos los nombres gloriosos en la guerra, excluídos en su mayor parte del mando de los Ejércitos.

«Procuro no entrar en ciertas materias—escribe el 30 de Agosto,—porque hay algunas en que es más fácil callar que hablar con toda la prudencia conveniente.

»Todo cuanto se ve es duro e ingrato.

»Se desaprovechan las disposiciones favorables del mejor de los reyes (pues ni lo ha habido más virtuoso, más entregado a sus obligaciones, más afable y accesible, menos amigo del fausto y más amante de sus vasallos), por la mala dirección de sus ministros y consejeros, y de todas partes escriben disgustadísimos. Debemos esperar que esto mude; pero no se ve el cómo, porque el espíritu del Ministerio no cambiará porque cambie un ministro, y aun de éstos se anda tras mudar los menos malos, aunque les falta energía y resolución. Clérigos, frailes y pelucones son los que campan, y aun de los pocos militares que andan alrededor del Rey tenemos el disgusto de que son gente que conoce mejor los paseos de Ceuta y Cádiz que los campos donde se ha reconquistado la Independencia española...

»Ya Vm. ve qué gente ha ido a la mayor parte de los mandos, qué gente ha sido empleada en el Consejo de la Guerra, qué oficiales han ascendido en estos últimos sucesos, qué inspectores conservan; esto podrá dar a Vm. medida del estado de cosas con respecto a nuestro ramo, en que hay una nulidad, un atraso y una inactividad absoluta.

»Lo del Directorio se ha quedado así; y la Junta sigue, y el Infante no ha sido nombrado aún Generalísimo. La Secretaría de Guerra, que para enderezar el Ejército tendría que volar, se opone a todo lo que no conviene a su influjo e indolen-

cia, y así es que aun la autoridad de S. A. y su grande preponderancia con el Rey no se atreve a contrastar.

»Han nombrado embajador en París, por desistimiento de Híjar, al conde de Peraleda, Sr. Mallorquín, no muy hecho, para estar a la par del duque de Wellington... ¡Paciencia!...

»Por fortuna, y para hacer treguas, tenemos muy buenas noticias de América. Monteverde ha obligado a rendir las armas al Ejército de Santa Fe y ha entrado en Popayán. En Cartagena quedaban asustados y preparando la defensa; la noticia de la llegada del Rey ha hecho gran sensación. En Caracas también va muy bien: el General ha sido muerto, otro cogido: hay partidas del país en favor nuestro.»

Impresiona dolorosamente a Girón que se dé tan poco el recuerdo de la guerra. Poco antes han celebrado el recuerdo de Bailén, por iniciativa e invitación del embajador inglés... Preocupan más las conspiraciones que comienzan:

«Bravamente han celebrado Vms. el aniversario de la liberación de Sevilla: fiesta es que tiene un objeto muy digno y que debía existir en todos los pueblos, grandes y chicos, de la Monarquía; pero las gentes que nos rigen se ocupan poco de hablar a la imaginación.

»Anteanoche se presentó a deshora el capitán de Guardias, duque de Alagón, en el cuartel de Guardias; y habiendo encontrado un brigadier del Cuerpo hablando con García Herreros, fue preso, y otros dos más: hubo agarro de papeles, etc. Las causas de esta gente se hacen tan despacio como mal, pues teniendo tanto por donde atacarlas, no las buscan más que por la cuestión theológica y política de la Soberanía, y se están en conclusiones el juez y el acusado.»

Los trabajos de la Junta para la reorganización del Ejército, no están, ciertamente, a la altura del problema que acometen:

«Los Señores junteros concurren diariamente, y se ocupan en ver los muebles del Sr. Infante, hacer bailar un perro de aguas, y otras cosas de este jaez, pues nada tienen que hacer.

El Ministro a quien exasperaron y ridiculizaron (que es lo peor), sin estar bastante seguros de su caída, los potrea ahora y se divierte con ellos.»

Y en una postdata, a la que da por título insignificativo el de *Boletín Eclesiástico*, añade:

«Han nombrado a Torres y Lardizábal (D. José) para proponer a S. M., de acuerdo con los SS. Inquisidores, un nuevo modo de enjuiciar en las causas del Santo Oficio, pues parece que el que había necesitaba alguna reforma.

»Se asegura que va a salir alguna orden reduciendo a una tercera parte las rentas de los conventos.

»Se asegura también que está decidida la resurrección de los Jesuítas.»

Donde la influencia dispone como dueña de los empleos, no tarda en aparecer la codicia, que se lucra convirtiéndolos en mercancías:

«Todo continúa aquí *in statu quo:* nada ha habido sobre Junta ni Condestablato. Entre las pocas cosas hechas, desde el correo último acá, ha sido una el grado de Mariscal de Campo dado a Longa; cosa escandalosa, manejada por alto, y que dicen le ha costado 120.000 reales: este guerrillero fue hecho Brigadier en Vitoria, y poco después se mandó hacer salir su tropa del Exército, por lo mal que se condujo...

»No parece sino que los enemigos del Rey son los que soplan estas cosas para disgustar al Exército y a sus verdaderos servidores: ¡qué dolor!»

Tendiendo a los vientos que corren la vela de su ambición desaprensiva, falsos devotos presentan en la cuenta de sus escasos méritos un repentino fervor:

«Ahora han sucedido las fiestas de Iglesia a los ejercicios y revistas militares. Cada día hay un ciento: sólo porque veo los carteles que las anuncian. Ayer hubo Capilla en Palacio y hoy asiste S. M. a San Isidro, donde hay, igualmente, Capilla. Ahora hay muchos que van haciéndose devotos, y como esto

es más fácil de fingir que ser buenos soldados, los progresos son rápidos y grandes.»

No faltan tampoco las diversiones profanas y aun las militares:

«Han vuelto a empezar los toros: hay baile tres veces por semana en casa de Pontejos, la Regalía y Villamejor: la gente se divierte.

»Esta tarde va el Rey a ver trabajar el famoso batallón de Barbones de Ballesteros, que va a formar el 5.° de Guardias Españolas.»

Y una lacónica postdata da esta sencilla noticia:

«P. D. Al famoso Marcó del Pont le han dado la Presidencia de Chile. Le acababan de dar el Gobierno de Tortosa... ¡Vaya en gracia!»

Terco y poderoso debía ser el influyente protector del inepto Marcó del Pont. Y ¡a fe mía!, ¿quién más que los inútiles ha menester de amigos que por su encumbramiento velen?

España es madre, y debe pagar las torpezas de sus hijos. Cuando, pocos años más tarde, el insurgente San Martín cruce los Andes para dar en el Pacífico el golpe mortal a nuestro poderío en América, Marcó del Pont será ese fácil enemigo que su buena suerte brinda a los afortunados conquistadores. Su torpeza ridícula, su ceguedad infantil, su estupidez, que recuerda la locura con que Dios inutiliza a los que quiere perder, serán la ruina de nuestras armas en Chile, y la que debió ser antemural de nuestra raza, se convertirá en base firmísima para el destructor ataque de nuestros adversarios... Todo ese trágico hundimiento está contenido en la noticia burlona de la concesión de la Presidencia de Chile a Marcó del Pont... ¡Qué alborozado debió descansar de sus trabajos pacientes de roedor intrigante, el incógnito padrino del inepto General! ¡Y qué temblor agitaría la pluma de los que firman tales nombramientos, si se dieran cuenta de que un rasgo de criminal desidia puede causar la ruina de la Patria, que a su atención

perseverante fía el encontrar en las horas críticas brazos y cabezas dignas de consagrarse a su defensa!

Los arduos trabajos de organización de la Junta dan por resultado el parto de los montes: el Infante Generalísimo tiene al cabo un título más:

«Madrid, 16-Setiembre-14.

»Salió por fin el decreto nombrando al Sr. Infante Generalísimo y Vicepresidente del Consejo de Guerra: dicen que el decreto es único: aún no lo he visto. S. A. está poco contento; es un mero título, a lo menos, hasta ahcra.

»Han encontrado unas cartas de un clérigo llamado Gallardo, por las que se le ha convencido de querer sublevar varias provincias contra el Rey; está confeso y ya condenado a muerte, y se ha enviado un expreso al Arzobispo de Toledo pidiendo su degradación para executarlo.

»Ha llegado el enviado de Rusia; anteriormente el de Prusia y Suecia; no falta ya más que el de Francia, de las grandes potencias.

»Supongo a Bisbal en Cádiz desarmando astutamente a los guacamayos y compañía: odioso encargo, porque le tomarán ojeriza para siempre.»

Cádiz es la patria de la Constitución aborrecida: en los tiempos que corren debe ser sospechosa al Gobierno; nada más natural que se despoje de sus brillantes uniformes a aquellos pobres guacamayos, que al defender el último baluarte de la Independencia, han tenido la audacia de entonar para reconfortarse un himno a la Libertad.

Desengañado y melancólico, el noble Girón se resigna a sepultar su actividad fecunda en la quietud forzada de un general sin mando; ya la lucha mezquina le repugna.

«La Corte no ofrece nada de nuevo; encomiendillas, pensioncillas que se dan a éste o el otro, y es indiferente para el todo de la Nación.»

El estudio será útil empleo de sus talentos que la patria desdeña.

«Paso terribles antojos en la feria de libros que deseo; pero no está la Magdalena para tafetanes. Algo te compraré, no obstante, aunque se quite de la comida.»

Hace juiciosos proyectos para que el viaje resulte económico, y la nueva existencia le permita ahorrar de su corto sueldo para pagar atrasos ineludibles.

Es triste cosa que el fin de las miserias de la guerra sea principio de otras miserias de la paz. «Lo necesario, dice Buffón, es aquello a que estamos acostumbrados.»

Y eso *necesario* falta, y aunque el estoicismo más enérgico dé alientos al buen caballero contra aquella desgracia inmerecida, todo su sér se empequeñece y acongoja ante el espectáculo de la escasez sentada a su mesa, cercenando las galas de su esposa y los juguetes de su hijo...

«No cuento más que con mi sueldo, que me pagarán mal, y parece se reduce a 3.333 reales mensuales, y tengo muchas trampas que quiero empezar a pagar desde luego; bajo este supuesto, Vm. se impondrá fácilmente del tren y lujo en que pienso establecerme, pues recordará también que de esto ha de salir mi vestuario y el de mi mujer, etc. Nunca jamás, desde que he nacido, me he visto más miserable que ahora, y así se me ha hecho chiquito el corazón, y aumentado el deseo de tener dinero, no diré a costa de la honradez, pero sí de cualquier trabajo mío.

»Nada de nuevo en el público, ni aun frioleras. San Carlos dió ayer comida de Estado a los Embajadores en honor del de Rusia. El Secretario del de Francia ha llegado ya: como son tan cómicos, parece ya éste pertenecer a otra nación.»

Véase cómo describe el destierro de Godoy por influencias de nuestra corte:

«Ya habrá Vm. sabido que el Papa hizo salir de Roma al Príncipe de la Paz, desterrándolo de sus Estados. Parece que ha sido un golpe de política romana, pues se quería de aquí, según le oído, que lo entregase para traerlo por acá: dicen que María Luisa está furiosa con esto, y que S. S. ha tenido a bien

predicarle, y al Rey Padre, un sermón de hora. Añaden que Godoy se va a Inglaterra, temeroso de que se persista en la idea de echarle mano, pues no se cree seguro entre los Principinos Itálicos. Se trataba de casar al Infante D. Francisco con una de las hijas de la Tudó, y estaba esto muy adelantado: su hermana ha casado con un Príncipe Romano, y Manolito le ha dado 80.000 duros de dote, peso sobre peso. No es poco fárrago para tal personaje.»

Al ofrecerse a La Bisbal, que manda en Sevilla, donde va a establecerse, nota los primeros alfilerazos del amor propio: sus iguales le tratan como a inferior, subrayando su disfavor en las altas esferas. Muchas tristezas de este linaje encontrará en su destierro.

«Madrid, 20-9-14.

«He tenido respuesta de ese Capitán general que me trata ya como súbdito, escribiendo de agena pluma, etc... Estas cosas van al unísono de aquí: algo más espero quando esté ahí; pero no importa.»

Olfateando su amargura, le brindan en la sombra refugio para sus rencores. Todos los agraviados por el nuevo orden de cosas, los famélicos a quienes la guerra arrancó a sus tareas, los constitucionales escapados de los presidios, se congregan en sociedades secretas que, minando, perseverantes, el edificio del poder absoluto, conquistarán el poder un lustro más tarde. No; Girón no es un conspirador; se lo veda su lealtad de soldado, su amor a aquel Rey a quien tan mal aconsejan pérfidos intrigantes.

«Prenden francmasones que es un gusto; he tenido el buen juicio de no quererlo ser, por más ataques que me han dado, y al último harto fuertes. Me han asegurado que por poco pillan pájaros gordos en la última redada.»

Con franca risa, acoge otra extravagancia de los tiempos que corren:

«El Rey de Francia ha enviado unas cruces para los que estuvieron en Vincennes; son de nueva invención. Parece que,

aquí y allá, la gracia es haber estado preso... ¿Habrá cosa más graciosa?...»

Pero ya de Sevilla viene, a mezclarse con la suya amarga, una risa infantil. El hijo adorado, que crece y se educa en las rodillas del abuelo, maestro inimitable de lealtad y honor; el que será, andando el tiempo, fundador de la Guardia civil, le escribe cada día con rayos de aurora que disipan las negruras de su alma.

Poco antes le escribía:

«Ya sé cantar: «Váyanse los franceses enhoramala...» y «el Feo...» Tráigame Vm. unas Sonatinas de Bayona...»

Ahora apremia, ofreciendo a sus padres desconsolados el supremo refugio de sus brazos abiertos:

«Me ha hecho reir, de la risa de la complacencia, la carta de mi niño; manifiesta bien su talento, pues poner así a su edad, es bien poco común. Dios nos lo conserve.»

Sí, pronto estarán juntos, «completando la cadena de nuestra generación, de que faltaban ahí dos eslabones».

Por eso, aunque el viaje les arruina, costándoles de 50 a 100 doblones el coche de colleras y 1.000 reales el carromato para las 42 arrobas de equipaje; aunque la valerosa compañera, que supo animar con su juvenil alegría la tienda de un campamento en Sierra Morena y seguir en desvencijado carricoche a su marido a la vuelta de Portugal, viaje ahora sin doncella; como la hija, esposa y madre de soldados, «tiene bastante sufrimiento para no ir desazonada por esta falta», que, en cambio, parece a su amante marido «no poco esencial en un viaje para una dama»; todo se conlleva con gozo. Van a ver a su «Chavi», al «chiquín», que ya sueña, a los once años, en vestir aquel uniforme que tantos antepasados vistieron con más honor que fortuna.

Y al calor familiar nacerá otro tranquilo amor: el del estudio de esa vida útil y silenciosa de las plantas, que nos alimentan, así como embellecen y perfuman la existencia de quienes las amparan y protegen.

Así, cuando en las postrimerías del reinado tan ingrato para él, la patria reclame el concurso de sus talentos, ya el soldado que adormeció sus ardores en la paz del estudio, comenzará el relato de sus nuevas y trágicas aventuras de gobernante con estas sencillas palabras, entre las que palpita un suspiro:

«Constante en hallar mi mayor entretenimiento en el cultivo de las plantas, me encontraba en mi jardín la mañana del 16 de Octubre de 1832, ocupado en plantar en una maceta la cebolla de un gran *Hemanthus* que había recibido del Cabo de Buena Esperanza, cuando recibí la Real orden que me confería la Capitanía general de los Reinos de Granada y Jaén...»

Y la lucha triste, civil, interminable, entre las dos Españas, destrozará en su vorágine tumultuosa y cambiante a aquel soldado que ama a la disciplina, a aquel noble que respeta el pasado, a aquel hombre de su siglo que adora la libertad.

JUAN ARZADUN

BEATRIZ DE ARAGON, REINA DE HUNGRIA

(1457-1508)

II

Beatriz pudo disfrutar también de la compañía de sus dos hermanas durante los primeros meses de 1480. El 14 de Mayo (1), Juan hizo su entrada solemne en su futura residencia arzobispal de Esztergom; pero poco después salió del reino para ir a Roma. Apenas hubo marchado, cuando Matías tuvo ocasión de dar un elocuente testimonio de su estimación y cariño a su cuñado. Unos viajeros procedentes de Nápoles le contaron que a Fernando le habían dicho que el príncipe Juan se había hecho, por su orgullo y sus importunidades, tan desagradable a los húngaros y a Matías, que este último esperaba con impaciencia verse libre de él. En una carta enviada a Nápoles, en el verano de 1480, Matías desmintió enérgicamente estos rumores; ensalzaba «la modestia, la seriedad y la discreción del príncipe Juan»; aseguraba a su suegro que la presencia de su hijo estaba lejos de serle una carga, y «que su mayor deseo era verle establecido a su lado» (2).

La sinceridad de estas declaraciones está plenamente confirmada por la confianza y la alta estimación que el rey de-

(1) V. Idus Mayas (Bonfin, Dec., IV, pág. 448.)
(2) *Cartas del rey Matías* (Taknoi), II, pág. 38.

mostró durante cuatro años consecutivos a Juan de Aragón, que residía por lo general en Roma; solicitaba su apoyo en todas las causas de la competencia de la Santa Sede, le llamaba «su pariente», «su querido amigo», y aludía a veces a cartas de Beatriz. Su correspondencia contiene también los asuntos privados de Juan; éste, al ver acumularse las dificultades, ruega a Matías que le permita cambiar la sede arzobispal de Esztergom por la de Kalocsa. Matías y Beatriz le explican que no pueden desligarse de la promesa que hicieron respecto a la última, sin el consentimiento del Papa, lo que lograron más adelante, cuando la tensión entre la Santa Sede, de una parte, y los reyes de Nápoles y de Hungría, de otra, hubo cesado (1).

En Febrero, Matías se presentó inopinadamente con Beatriz en Agram, para juzgar a los grandes de Croacia acusados de violencias y crueldades. Para librarse de esto, el principal culpable, el Cán (gobernador) Juan Laki Thuz, pariente y hasta entonces favorito de Matías, huyó a Venecia con el fruto de sus rapiñas, cosa que los enemigos de Beatriz atribuyeron más adelante a la influencia de ésta (2). De allí, el rey con su ejército pasó a Stiria, para poner en ejecución el artículo del tratado hecho con el emperador, que le concedía el derecho de indemnizarse, como le pluguiera, en caso de no cobrar la indemnización de guerra estipulada. Empezó por apoderarse del castillo de Radkersburgo; luego sus tropas recorrieron asolándole, el valle del Danubio, y tomaron el castillo de Merkenstein. El emperador puso el grito en el cielo ante esta pretendida violación del tratado, y buscó ayuda en todas partes;

(1) *Cartas del rey Matías*, II, págs. 90 y 100. G. Rath, o. c., pág. 418 y sig.

(2) *Apologia Regis Wladislai*, alegato en favor de Ulaszló II en su proceso de nulidad de matrimonio, aparecido en 1493, con el seudónimo de Udis (*Oudeis*), «nadie», cuyos manuscritos contemporáneos se encuentran en la Biblioteca Univ. de Praga, y en la Biblioteca de Munich. Se han publicado en la obra del barón Ervino Roszner: «El antigno derecho matrimonial húngaro» (en húngaro). Budapest, 1887, anejo pág. 475.

envió incluso al príncipe Jorge de Baviera a Beatriz, que pasaba ordinariamente el verano en Pozsony, para rogarla que interviniese; pero el enviado hubo de volverse sin haber obtenido nada (1).

Aunque la peste había estallado de nuevo, Matías pasó casi todo el verano de 1480 en Buda, en donde la lucha contra los turcos distrajo su atención de sus incesantes querellas con el emperador de Alemania. Mientras que sus tropas, unidas a las de Esteban, voivado de Valaquia, triunfaban de Basarab en el Este, cosa que Beatriz se apresuró a comunicar a su hermana y a su cuñado de Ferrara, como acontecimiento que interesaba a su esposo y a «la cristiandad entera» (2), los agentes secretos que el rey sostenía en Constantinopla le avisaron que el sultán iba a enviar 60 barcos para ocupar las costas de la Puilla, provincia del reino de Nápoles. Se apresuró a informar a su suegro de este proyecto (3), y como los turcos le hacían en aquel momento proposiciones de paz, y como, de otra parte, estaba indignado por la indiferencia que demostraba por la lucha contra la Media Luna, la corte de Roma, absorbida por las querellas intestinas de Italia, preguntó al mismo tiempo a Fernando si deseaba ser incluído en la tregua que iba a pactarse. Pero, probablemente, antes de que el aviso de Matías hubiera llegado a su destino, lo que el rey había previsto ocurrió, y una espantosa catástrofe cayó de improviso sobre Italia; a fines de Julio, una poderosa flota turca ocupó la punta de tierra que avanza por el mar Jónico, y puso el sitio a Otranto—el Hidruntum de los antiguos,—puerto fortificado que es la clave de aquella región. Antes de que los sitiados hubieran podido ser socorridos, Otranto cayó en Agosto en poder de los turcos (4). Las hordas de paganos cometieron atro-

(1) Fraknoi: *El rey Matías*, págs. 278-279.
(2) *Man. Hist. Hun* (D. E.), II, págs. 436-438.
(3) *Cartas del rey Matías*, II, pág. 36.
(4) Notar Giacomo y Passero dicen que Otranto cayó el 13 de Agosto;

cidades sin ejemplo: la mitad de la población fue pasada a cuchillo y el resto reducida a la esclavitud; las iglesias fueron transformadas en mezquitas y las fortificaciones puestas en mejor estado de defensa (1).

La noticia de la caída de Otranto sumió al mundo cristiano en el terror. Los Estados italianos hicieron enmudecer sus querellas; el príncipe Alfonso hubo de abandonar la Toscana; fué primeramente a Nápoles, de donde marchó apresuradamente para recobrar Otranto. El rey de Nápoles, el más duramente afectado y el más amenazado, se había visto ya obligado a fundir los tesoros de las iglesias y acuñar dinero para pagar a sus tropas de mercenarios (2); imploraba de todos ayuda y ponía su esperanza en Matías, que era, sin embargo, el más lejano. Cediendo sobre todo a los ruegos de Beatriz, el rey, aunque teniendo que habérselas con los turcos en Bosnia y en Servia, envió, a las órdenes de Blas Magyar, setecientos jinetes escogidos, en socorro del rey de Nápoles (3). No se sabe con precisión cuándo marchó esta tropa; es probable, sin embargo, que Matías enviara soldados en varias ocasiones, de suerte que estos socorros debieron de elevarse a 2.000 hombres (4).

Las tropas húngaras se comportaron valientemente en Italia; a ellas, en particular, se debe la toma del fuerte que defendía el manantial que proveía a la ciudad de agua potable; de suerte que al llegar el verano, los turcos no pudieron seguir resistiendo. Además, la muerte del gran sultán Mahomed II paralizaba las fuerzas de aquéllos, y el 10 de Setiembre, Otranto abrió sus puertas a las tropas de los aliados; los turcos fueron hechos prisioneros o abandonaron Italia, y el Papa mandó

Summonte y Muratori, el 21 del mismo mes; Fuscolillo da la fecha del 23 de Julio.

(1) Summonte, o. c. III, pág. 499. Muratori: *Anales*, t. cit., pág. 142. Pastor, o. c., pág. 496.

(2) Tom. Persico, o. c. pág. 120.

(3) Carta del rey Matías al obispo de Eger, II, pág. 104.

(4) Bonfin, pas. cit. Teleki, o. c., pág. 178.

acuñar una medalla conmemorativa de este acontecimiento. El nombre de «fuente de los húngaros», dado al manantial de que se apoderaron, ha perpetuado desde entonces el recuerdo de la valentía de los auxiliares que tan brillante parte tomaron en la rendición de la ciudad (1). Después de la toma de Otranto, de la que se atribuyó todo el mérito, el príncipe de Calabria hizo la entrada triunfal en Nápoles, y los auxiliares húngaros fueron licenciados en Octubre, colmados de ricos presentes, y se llevaron hasta treinta prisioneros turcos (2).

Mientras que estos asuntos mantenían a Matías y Beatriz en relaciones constantes con la corte de Nápoles, las circunstancias políticas y los hechos diarios creaban nuevos puntos de contacto entre ellos y la corte de Ferrara. En Julio de 1480, el duque Hércules informaba a Matías y Beatriz que acababan de celebrarse simultáneamente dos esponsales en su familia. Como antes hemos dicho, su hija mayor, la princesa Isabel, había sido prometida a Francisco de Gonzaga, hijo mayor del marqués de Mantua, y su hija segunda, Beatriz, de edad de cinco años, a Ludovico Sforza, de veintinueve años, hermano menor de Galeazzo María, el que murió asesinado, y al que Hércules llama el lugarteniente general del duque reinante, Gian Galeazzo, todavía menor de edad. La carta añadía que estos desposorios habían causado mucha alegría, tanto en Nápoles como en Ferrara, a causa de las relaciones matrimoniales que unían ya a la familia del príncipe de Calabria con la casa de los Sforza, y expresaba la esperanza de que agradaría también a los reyes

(1) V. el art. de Leopoldo Ovari, *El cuarto centenario de la liberación de Otranto* (en húngaro), publicado en la revista *Szazadok* (Los Siglos), años 1881, pág. 493. En la Biblioteca de Nápoles, IX, C. 52, se encuentra un manuscrito del siglo XVI con la relación de este acontecimiento. Ultimamente, por iniciativa del clero, se ha producido un movimiento con objeto de conmemorar este hecho de armas mediante la erección de un monumento en Otranto. Francisco José, rey de Hungría, se ha inscrito en la lista de los donantes.

(2) Archivos de Estado de Módena, Can. Duc. Cart. de Emb. Nápoles.

de Hungría. Ya vimos antes que Beatriz intentó, pero en vano, hacer que se rompieran aquellos compromisos matrimoniales para que una de las princesas se casara con Ulaszló de Bohemia. Al poco tiempo de estos dobles desposorios, los duques de Ferrara tuvieron también la alegría de anunciar a Beatriz y a Matías el nacimiento de dos nuevos hijos: primeramente, en 1479, el de Hipólito, que fue más adelante el favorito de la reina, y elevado, bajo su protección, desde temprana edad a la más alta dignidad eclesiástica de Hungría; un año después, el de Segismundo, el último retoño de la familia de Este (1).

Estos dobles desposorios sellaron al mismo tiempo una alianza política, preparada tras largas negociaciones entre las cortes de Buda, Ferrara y Nápoles, y que estuvo a punto de hacer que Matías interviniera en las contiendas que los Estados italianos tenían entre sí.

La reconciliación del rey de Nápoles con Florencia—la cual se extendía naturalmente a Ferrara—había producido un nuevo agrupamiento de los Estados italianos. Aquella paz, que desbarataba, de una parte, los proyectos del Papa, y de otra, los de Venecia, había tenido por consecuencia natural que los dos Estados burlados concluyeran una alianza dirigida principalmente contra Ferrara. Desde el matrimonio de Hércules notábase que Venecia extendía a Ferrara los sentimientos de hostilidad que abrigaba contra Nápoles (2).

Conociendo la ambición de los parientes del Papa, no le costó trabajo a Venecia atraer a la Curia ofendida a una política que podía conducir a desposeer a la Casa de Ferrara, y tal vez incluso a la de Nápoles, en provecho del sobrino del Papa, Girolamo Riario, señor de Imola y de Forli (3).

Era, pues, muy oportuno que el duque de Ferrara se esfor-

(1) *Antichità Estensi* (Muratori), págs. 237 y 238.

(2) Reumont: *Lorenzo de Medici*, II, págs. 249 y sig.

(3) Muratori: *Annali*, t. cit., págs. 147-148. Gregorovius: *Gosdrichte d. St. Rom. i.* M. VII, pág. 251.

zase en adquirir, mediante enlaces matrimoniales, además de las alianzas que tenía ya con Nápoles y Florencia, la de Mantua y de Milán, porque Venecia le declaró efectivamente la guerra en la primavera de 1482, y sus aliados, atacando a Ferrara por todas partes a la vez, llegaron hasta las cercanías de la capital. El marqués de Mantua envió inmediatamente socorros; el príncipe de Calabria había ya marchado, en Noviembre de 1481, al frente de sus tropas napolitanas para efectuar su reunión con el ejército de Ferrara, atravesando los Estados del Papa (1).

Es natural que, en su apuro, Hércules se esforzara en arrastrar a su poderoso cuñado, el rey de Hungría, a la coalición contra Venecia, pero para lograrlo necesitaba contar con el concurso de su mujer y la influencia de Beatriz.

La proposición no podía dejar de ser favorablemente acogida por Matías. En 1478, estaba ya ocupado en un plan de campaña contra Venecia. La ocupación de una parte de la Dalmacia por la República, su paz con los turcos, su hostilidad contra Nápoles, eran hechos notorios que debían irritar a Matías contra Venecia; sospechaba, además, con bastante fundamento, que había sido la instigadora de las invasiones turcas. Sin embargo, Matías demostró, desde luego, una gran prudencia y una extrema reserva respecto a los proyectos italianos.

En una carta fechada en Buda, el 29 de Marzo de 1482 (2), Beatriz, al hablar de una intervención probable de su padre, asegura a su hermana Leonor que su marido se interesa mucho en aquel asunto y que comprende perfectamente la importancia de la cuestión; pero que, considerando los riesgos y el dudoso desenlace de la guerra, y que el deber de todas las po-

(1) Muratori: *Antichità Est.*, págs. 238-242. Reumond: *Lor d'Med*, pas. cit.

(2) Archivos de Estado de Módena, Canc. Duc. Cart. di Princ. Esteri, Ungheria. Las cartas de Beatriz a la familia ducal, que hemos de citar, se encuentran también en la misma sección.

tencias cristianas es en aquellos momentos emplear sus fuerzas contra los turcos, opina que lo mejor sería que Ferrara y Venecia llegasen a un acuerdo. Por esto iba a enviar embajadores al Gobierno de la República, sin descuidar, no obstante, de mandar fuerzas a las fronteras de Friul para defender las posesiones de Ferrara contra un ataque posible.

A fines de Abril escribía, en una larga carta a su padre, que hacía todo lo posible para animar a Matías a entrar en la Liga, pero que su marido tenía serias dudas sobre la duración y la solidez de la alianza. Habíalo ya probado cuando la coalición contra Florencia y el tratado hecho con el emperador en beneficio de Federico y con detrimento suyo; todo esto no le originó sino gastos nunca resarcidos. Temía que los Estados italianos hiciesen un buen día la paz, y le abandonasen antes de haber obtenido nada. Podía poner en pie de guerra más tropa que toda Italia; deseaba, ciertamente, vengarse de Venecia, pero no estaba dispuesto a sacrificar hombres y dinero por fines inciertos y con vagas promesas. Pedía, por consiguiente, que la Liga le adelantase la cantidad por la que estaba todavía obligado a hacer la guerra al emperador de Alemania (1).

Mientras tanto, como los venecianos habían enviado su declaración de guerra y hasta empezado las hostilidades, la duquesa Leonor renovó sus instancias cerca de Beatriz para que ésta hiciese que Matías combatiera contra Venecia.

Antes de recibir esta carta, Beatriz había (2) escrito a petición y en nombre de Matías, que su esposo se encontraba en una situación extremadamente difícil, teniendo que hacer frente al mismo tiempo a los emperadores de Alemania y de Turquía. No obstante, estaba dispuesto a socorrer a Ferrara, y había combinado a este efecto un plan excelente: como se hallaba en amistosas relaciones con los suízos, éstos se declararían

(1) *Mon. Hist. Hung.* (M. K. D. E.) III, pág. 10.

(2) Archivos de Estado de Módena, Canc. Duc. Arch. propr. Minutario cronológico. Las cartas de la familia ducal dirigidas a Matías y Beatriz, que todavía hemos de citar, se encuentran también en esta sección.

prontos a enviar hacia Brescia y Verona diez mil combatientes contra los venecianos; a estas tropas uniríanse seis mil hombres de Matías, el cual tendría aún quinientos jinetes de reserva. Pero es preciso que la Liga pague 100.000 ducados; él se encargará del resto de los gastos, y enviará, además, a Blas Magiar a los confines de la Croacia para apoyar a los ferrarenses. Deseaba poner este plan en ejecución sin entrar en la Liga y sin declararse abiertamente contra Venecia; todo esto debía parecer obra de la Liga, que no hacía sino tomar suízos y húngaros a su servicio. En cambio, si la Liga consiente en darle otros 100.000 ducados, se verá entonces las fuerzas que puede poner en campaña, y Venecia «sufrirá más daños de los que ahora espera causar a los demás» (1). Conocido en Nápoles, por la carta de Beatriz, el plan de Matías, fue objeto de discusiones por los grandes del país y los embajadores (2).

Ahora bien; la Liga no quería sino socorros, y no estaba dispuesta a dar dinero. Cuando Beatriz lo supo, escribió a su hermana, con fecha de 8 de Junio, en nombre de Matías y sirviéndose probablemente de sus expresiones, una carta en gran parte cifrada, en la que decía que la Liga se parecía a un avaro, que pierde una moneda de oro por economizar una de cobre; que Matías estaba dispuesto a arriesgar su vida y su reino por deshacerse para siempre de su rival (Venecia), pero «que no quería jugar una especie de partida de juego de pelota, en la que los jugadores vuelven siempre al punto de donde salieron» (3).

A instancias reiteradas de Matías, la Liga le envió unos mensajeros para reanudar las negociaciones, y el duque de Ferrara incluso agradeció a su cuñado la cordial acogida hecha a su embajador Nicolás Sadoleto (4); al mismo tiempo corrió

(1) *Mon. Hist. Hung.* (D. E.) III, pág. 13.

(2) Archivos de Estado de Módena, Canc. Duc. Cart. degli Amb. Napoli, 2 Junio, 1482.

(3) *Mon. Hist. Hung.* (D. E.), III, pág. 16.

(4) Archivos de Estado de Módena, Minutar. Cronolog., 3 Agosto 1482.

en Nápoles el rumor de que las tropas de Matías, bajo las órdenes de Francisco de Aragón, habían batido a los venecianos «cerca de Spalato, en la frontera de Esclavonia» (1). Pero otra noticia, cierta ésta, no tardó en dar un giro desfavorable a los asuntos de la Liga. El 21 de Agosto de 1482, el príncipe Alfonso de Aragón presentó el combate a las tropas del Papa, en el sitio llamado Campomorto, cerca de Roma, y, a causa sobre todo de una lluvia torrencial que inutilizó la artillería de la Liga, la batalla terminó con una brillante victoria de las tropas del Papa y el completo desastre de los coligados. El mismo Alfonso estuvo a punto de perder la vida, y no escapó sino con 100 jinetes; los vencedores volvieron triunfantes a Roma, con las banderas enemigas y los prisioneros de guerra (2).

Dícese que el rey de Nápoles recibió con gran tranquilidad la noticia de la derrota de su hijo, pues sabía por experiencia que la suerte acabaría por cambiar (3). En cambio, la batalla de Campomorto agravó la situación del duque de Ferrara. Venecia le había arrebatado ya tanto territorio, que las tropas enemigas hacían reconocimientos hasta las puertas de la capital y la amenazaban; de suerte que redundó todo en beneficio suyo cuando la diplomacia napolitana reparó el fracaso sufrido por el ejército del rey y se reconcilió el Papa con Fernando de Nápoles. El tratado de paz se firmó en Diciembre del mismo año; el príncipe Alfonso fue recibido en Roma con especial benevolencia, y el Papa demostró que había cambiado de sentimientos al confirmar por fin, con gran contento de Beatriz y Matías, el nombramiento de Juan como arzobispo de Esztergom (4).

La llegada a Ferrara del príncipe de Calabria, en Enero, con un ejército considerable, y su victoria de Argenta sobre los

(1) Módena, Canc. Duc., Cart. d'Amb., Napoli, 4 y 8 Agosto 1482.
(2) Muratori: *Annali,* l. cit., págs. 149-150.
(3) Muratori: *Antichità Est.*, pág. 244.
(4) G. Rath, o. c.: *Los Siglos* (Szazadok), págs. 418-419.

venecianos, fueron una verdadera liberación para el pueblo ferrarense y la corte ducal, porque la duquesa, sobre todo, vivía en continua zozobra, a causa de la proximidad del enemigo, y el duque pensaba ya en refugiarse en Módena (1). Pero ni el peligro que corría la casa de Este, ni los ruegos que su mujer debía hacerle a este propósito, fueron capaces de hacer que Matías desistiera de sus condiciones para entrar en la Liga y tomar las armas contra Venecia. Beatriz, en una carta del 24 de Junio de 1484 a su cuñado Hércules, no puede consolarle sino con la esperanza de «que la guerra, con ayuda de Dios y de los hombres, concluirá mejor de lo que generalmente se pensaba» (2). Fue una amarga decepción para el rey de Nápoles, que había declarado, según el relato de su embajador en Ferrara, que al casar a su hija había querido provocar una ruptura entre el rey de Hungría y la República (3). Ferrara se vió obligado a firmar en 1484 una paz desventajosa con Venecia, y Matías, por su parte, mandó al Consejo una embajada para tratar de ganar a la República a una alianza contra el emperador.

Es que las relaciones con este último no habían mejorado en el intervalo; a lo sumo, se espaciaban de vez en cuando las operaciones. Beatriz desempeñaba un importante papel en las negociaciones, que se proseguían mientras tanto, a pesar del estado de guerra. Enviaba de Pozsony (Presburgo) cartas y hasta regalos a Federico, sin poder conseguir nada más que buenas promesas (4). Matías no tuvo vergüenza de servirse de su mujer para buscar una reconciliación hasta con el traidor Beckenschlager, y, en la primavera de 1482, Beatriz envió en

(1) Muratori: *Antichità Est.*, págs. 245-246. Reumont: *Lor. Med.*, páginas 251 y sig.

(2) Archivos de Módena.

(3) Archivos de Módena, Cart. d'Amb., Napoli, 17 Abril 1484.

(4) Langenn, o. c., pág. 130. Fugger (o. c., pág. 906) refiere que Beatriz envió de Pozsony melones a Federico en su propio coche, invitándole a servirse del carruaje para mandar negociadores.

varias ocasiones delegados y cartas al arzobispo para tratar de ganarle a la causa de la paz.

Así vemos al canónigo Jorge de Esztergom llevar el 10 de Abril una misiva de la reina a Beckenschlager, que estaba a la sazón en Salzburgo; sin miramientos a los derechos de su hermano Juan de Aragón, le da en su carta el título de arzobispo de Esztergom, y le llama su «querido y reverendo padre en Jesucristo» (1). A los pocos días le manda al archidiácono de Friesach, Juan Hessel, con una carta en que le reitera su inalterable benevolencia, y hasta su amistad (2). Que aquí se trataba de una mediación de paz entre el emperador y Matías, resulta con evidencia de una carta de Beckenschlager, de fecha de 20 de Mayo, diciendo que había mandado al emperador un hombre de toda confianza, y que avisaría a la reina el resultado de su gestión; porque, añadía, «su más ardiente deseo era ver restablecida la concordia entre los dos monarcas más poderosos de la tierra, y reinar la paz entre sus Estados, para bien de la cristiandad y ruina de los bárbaros turcos»... a lo que se dedicaba él también con todas sus fuerzas (3).

Beatriz, sin embargo, no se fiaba por completo de estas promesas, y hubiera querido atraer al arzobispo a su lado. Por mediación del canónigo de Esztergom, citado antes, y de Jorge Schomberg, gran preboste de Presburgo, se puso en relaciones con el caballero Gebhardt de Pewscher, y se esforzó en hacer que el arzobispo fuese, con buena escolta, a conferenciar con

(1) «Dem ernwirdigsten in got vater hern Johansen ertzbischoven zu Grann, unserm lieben besundern.» La carta se encuentra en «Hauptarchiv», real de Dresde. (Witenb. Arch. Ung, Sachen fol, 289 a.) El delegado es designado aquí con el nombre y título de «wirdigen Jorgen, cantor zu Gran», pero es probablemente el mismo que en una carta del 17 de Junio, posterior por lo tanto, llama a «Gregorien, cantslar und thumherr zu Gran» y, por consiguiente, es probable que fuese un «canonicus cantor».

(2) La carta de Beatriz, fechada el 20 de Abril, se encuentra también en el «Hauptarchiv», de Dresde.

(3) Carta de Beckenschlager a Beatriz, del 20 de Mayo, ibid.

Matías en los alrededores de Viena; porque, decía ella, el rey quería también la paz, y ella—Beatriz—consagraba todas sus fuerzas al triunfo de aquella «santa causa» (1). Sabemos por las respuestas de Pewscher, que el arzobispo envió al emperador al canónigo de Esztergom, portador de la misiva de Beatriz, y que se declaró satisfechísimo de las buenas disposiciones de la reina; pero sus cartas guardan silencio sobre la entrevista con Matías (2).

Las instrucciones dadas a Juan Hessel (3) hacen resaltar el apasionado ardor que Beatriz ponía en todas sus empresas. Aunque fuese precisamente su hermano el titular entonces del puesto reivindicado por Beckenschlager, esfuérzase en convencer a este último de que su intervención le hará volver al favor del rey; le representa la belleza y la grandeza de la empresa, y cuál mérito sería «para un sacerdote y una mujer», ante Dios y ante los hombres, el haber hecho triunfar la causa de la paz.

Las negociaciones no tuvieron otro resultado que paralizar un tanto las operaciones en el transcurso de 1482-1483, después de los violentos combates que los dos príncipes tuvieron en los alrededores de Viena, en la primavera y durante el verano de 1482. Matías se vió obligado a volver de Tata a Pozsony, porque un ejército alemán intentaba tomarle el castillo de Merkenstein; la sola noticia de la llegada del rey bastó para hacer huir a los sitiadores, cosa que se apresuró a comunicar al Papa, al rey de Nápoles y a su embajador en Roma (4). A este ataque respondió con la ofensiva. Tras una resistencia tenaz y unos combates en los alrededores, con resultado alternativo, se hizo dueño de Hainburgo, cuyo castillo, situado en la cumbre de una elevada colina, era considerado como la llave

(1) Carta de Beatriz del 10 de Junio, íbid., fol. 291.
(2) Cartas del 17 y 19 de Junio de 1482, íbid., fol. 309 y 310.
(3) Ibid., fol. 324 y 325.
(4) *Cartas del rey Matías* (Fraknoi) II, págs. 228-232.

de Austria, y ocupó los poblados de las cercanías de Viena, pero ésta no sufrió más que el susto en esta ocasión (1).

Las cartas de Matías nos hacen saber que antes de esta campaña había ido de Buda a Tata, para descansar y cazar (2). Habitaba el hermoso castillo que había hecho construir en muy poco tiempo en medio de aquella comarca risueña y regada por numerosos ríos (3). Beatriz, acostumbrada desde su infancia a los placeres de la caza, tomaba gustosamente parte en estas diversiones. Encontraba en Hungría la tierra clásica de la caza, podría decirse, porque los magiares habían heredado esta afición de sus antepasados nómadas, y su país fue famoso en toda la Edad Media por su riqueza en todo género de caza. En los espesos bosques de la cadena del Vertes oíanse a menudo las trompas de los compañeros de los reyes y los ladridos de sus jaurías; Matías poseía para sus cazas magníficos cotos en los alrededores de Buda, de Visegrad, en Tata, en Zolyom, en Diosgyor y en la isla Csepel; estos dos últimos pasaron a ser de propiedad particular de Beatriz; la riqueza de la isla de Csepel en ciervos, corzos, gamos, liebres y demás caza, era todavía motivo de asombro en tiempos de Ulaszló (4).

Por aquella época, las partidas de caza eran de ordinario ocasión de alegres fiestas, y se cobraba a menudo una prodigiosa cantidad de piezas; precisamente a la pluma de un italiano debemos la animada descripción de una cacería de osos a principios del siglo XVI en los dominios de Hipólito de Este, a la sazón obispo de Eger (5). En la caza con halcón, practicada en Hungría desde el siglo XII, y que debía de estar muy en boga en la corte de Matías, a juzgar por los nombres de halconerías

(1) Schober, ob. cit., págs. 30 y siguientes.

(2) «... solatii et venationis causa...» *Cartas del rey Matías*, pas. cit.

(3) Ranzano: *Epitome*, pág. 419.

(4) Relato del heraldo de armas francés en el viaje de Ana de Candale. Esteban Szamota: *Antiguos viajes* (en húngaro), pág. 144.

(5) L. Ovari: «Las cazas de Eger a principios del siglo XVI.» *Szazadok* (Los Siglos), año 1889, pág. 398.

reales dados a varias localidades, es en la que debía complacerse más Beatriz (1). Como los ríos no estaban aún encauzados en aquella época en nuestro país, los territorios inundados abundaban en aves acuáticas, presa que servía particularmente para la caza con halcón, mientras que en Italia se empleaba más bien para las perdices. Entre las diferentes especies de halcones, daban la preferencia al gerifalte; pero los halcones de la Rusia Menor y de Transilvaniá eran también solicitados, y los italianos daban gustosamente sus halcones amaestrados. Beatriz escribió, a propósito de uno de estos cambios con su cuñado de Ferrara, que tenía igualmente fama de gran cazador (2).

Hainburgo, que Matías acababa de conquistar, era célebre por su halconería. Beatriz se juntó pronto allí con su esposo, porque le agradaba ir a habitar las ciudades recientemente conquistadas, a desplegar un lujo regio y la alegría de vivir en lugares en donde apenas estaban borradas las huellas de la guerra. Hainburgo, situado en una alta colina, con una vista admirable sobre los meandros del Danubio y el territorio de los dos países, debía particularmente atraer a Beatriz, porque en cuanto Matías se hubo apoderado del castillo, en Setiembre de 1482, se mandó allí ropa de cama, y Beatriz envió a toda su corte con sus músicos y cantores, y, para que nada faltase en los conciertos, encargó la traída de órganos (3).

Durante el sitio de Hainburgo, Matías, en sus excursiones por los alrededores de Viena, estuvo también en Baden, seguramente con Beatriz, que frecuentó más adelante con gusto lás termas de aquella ciudad. Aquí es donde vemos reaparecer en la corte a Marzio Galeotti, «venido de Italia a pedir al rey una ayuda de dinero para completar el dote de sus hijas y ser al

(1) Madar, Drautz, Solymar, etc. Ortvay, o. c., pág. 9.

(2) *Mon. Hist. Húng.* (D. E.) III, pág. 378.

(3) *Kammerrechnungen*. Archivos de la ciudad de Pozsony (Presburgo), Cuentas de 1482-83.

mismo tiempo testigo de la gloria de Matías», en aquella «ciudad de aguas» (Balneum, Baden), célebre ya por sus «magníficas termas» (1).

Beatriz encontró también en aquel tiempo a otro de sus compatriotas, Pietro Ranzano, obispo de Lucera, el antiguo preceptor de Juan de Aragón y embajador ahora de Fernando, que tenía por misión reconciliar al rey con el emperador de Alemania, y al mismo tiempo tratar de llevarle a la alianza contra Venecia (2). Este sabio y elocuente dominico aprovechó las estancias repetidas y prolongadas que hizo entre nosotros para escribir un libro sobre las cosas y la historia de Hungría (3).

Matías pasó de nuevo los primeros meses de 1483, en Tata con su mujer. En lo que concierne a las relaciones germanohúngaras, este año se pareció a la calma que precede a las tormentas. Las tentativas de mediación qne hizo Bartolomé Maresca, obispo de Citta di Castello y legado del Papa, en el otoño de 1483, no tienen ninguna importancia para los acontecimientos ulteriores; los relatos que el obispo envió a Roma tienen, en cambio, más interés para nosotros (4). Vese por ellos, que había la orden de asegurarse ante todo el apoyo de Beatriz, pero habla él también con agradecimiento de la solicitud que la reina le testimonió y de la elevación de su espíritu. Es todavía más entusiasta cuando habla de Matías; su relación nos muestra al rey en el apogeo de su poder y a su corte en todo su esplendor.

Por este tiempo, Juan de Aragón, confirmado por el Papa

---

(1) Galeotti, o. c. cap, XXVIII.

(2) Teleki, o. c., pág. 256.

(3) *Epitome Rerum Hungaricarum*, o. citada aquí varias veces, publicada por Schwandtner.

(4) Publicados, el uno por Pray (*Anales*, IV, págs. 161 y sig.) y el otro por Marczali: *Manual de las fuentes históricas de Hungría* (Magyar tört. kuttök), pág. 277.

arzobispo de Esztergom, estaba en camino para Hungría (1), en donde su hermana le esperaba con tanto mayor deseo, cuanto que su hermano Francisco tenía que volver inmediatamente a Nápoles; no tenía ella el menor presentimiento de que pronto necesitaría separarse de los dos. Si Francisco siguió los sabios consejos que le dió por escrito Diómedes Carafa (2), lo cierto es que tuvo mucho que aprender de su real cuñado durante su estancia en Hungría, y que pudo merecer los elogios que le tributó Marzio Galeotti, que declaraba que aquél había de ser un día «por el talento, el saber, la munificencia, la bondad, la generosidad, su discreción en los asuntos públicos, su valor en el peligro, la pureza de sus costumbres y su fidelidad a la palabra dada», la imagen de su abuelo, un «segundo Alfonso» (3). Despidióse de Beatriz a principios del verano de 1484, porque volvió el 25 de Agosto a Nápoles, en donde el pueblo le recibió calurosamente (4).

La solemne instalación del cardenal Juan en la sede arzobispal de Esztergom, se celebro en Febrero, y poco después recibió dos breves del Papa exhortándole a dedicarse a la reconciliación de Matías con el emperador, y a hacer que el rey tomara la defensa de Ferrara y de la «Santa Liga» (5). ¡Qué cambio en la política del Papa! Ahora era él quien impulsaba a Matías a atacar a Venecia, la antigua aliada. Sábese que estas excitaciones no dieron resultado, y no es nada creíble que la prudente reserva de Matías fuese la única causa de la paz firmada en Bagnolo, el 7 de Agosto, que puso un término poco glorioso a la guerra de la «Santa Liga» contra Venecia.

El destino quiso que Juan de Aragón se viera obligado, al poco tiempo de este acontecimiento, a salir apresuradamente

(1) Archivos de Estado de Módena, Canc. Duc. Cart. d. Amb. Napoli, 21 Agosto, 1483.

(2) Tom. Persico, o. c., págs. 229-232.

(3) Obra citada, cap. 25.

(4) Passero, o. c., pág. 44.

(5) G. Rath, o. c., *Szazadok* (Los Siglos), 1890, págs. 420-421.

de Hungría para no volver nunca. El papa Sixto IV murió repentinamente a los cinco días de haberse firmado la paz. Fue tan belicoso su pontificado, que sus energías hicieron correr el rumor de que su muerte se había debido a la pena que le causara la conclusión de la paz (1).

Juan tuvo que ir a Roma para el cónclave en donde le esperaba un papel importante, porque él y el cardenal Ascanio Sforza fueron los encargados por las cortes de Nápoles y de Milán de pronunciar el veto contra la elección de ciertos cardenales: la de Giambattista Cibó, entre otras. Dedicáronse con celo, así como el cardenal Rafael Riario, a hacer que fuese elegido Rodrigo Borgia, el cual había prometido a Juan hacerle vicecanciller si obtenía la tiara. Debe atribuirse al cardenal Julián de la Rovera el fracaso que sufrió Borgia en esta ocasión y, a causa de uno de esos cambios que no eran raros en la corte de Nápoles, el cardenal Cibó fue precisamente el elegido con el consentimiento de Juan de Aragón. El nuevo Papa fue coronado el 12 de Setiembre con el nombre de Inocente VIII (2).

Este cambio de reinado no fue nada beneficioso para Matías y Beatriz. Las casas reales de Nápoles y de Hungría habían tenido conflictos más o menos graves con el belicoso Sixto IV, sobre todo en los últimos años de su reinado; sábese que los de Aragón, después de haber sido los mejores amigos y los aliados del Papa, habían llegado a las manos con él, que Matías estuvo dispuesto, bajo ciertas condiciones, a tomar las armas contra la Liga formada por Roma y Venecia, que tuvo muchas cuestiones con la Santa Sede y, más de una vez, motivos de queja por el no pago de los subsidios para la guerra contra los turcos, y por usurpación de derechos. Sin embargo siempre habían concluído por reconciliarse y, en el fondo,

(1) Nulla vis saevum potuit extinguere Sixtum, Audito tantum nomine pacis, obit.

(2) Pastor, o. c., III, págs. 172-173.

no había cesado nunca de reinar cierta cordialidad en las relaciones entre el rey de Hungría y el Papa, el cual hacía extensiva su benevolencia «a la reina, su querida hija en Jesucristo» (1).

En cambio, los Aragón tenían motivo para desconfiar del nuevo Papa, porque se le consideraba antes de su elección como un partidario de la casa de Anjon. Era conocido, por lo demás, como un hombre de temperamento pacífico, y probablemente a esta circunstancia debía su elección; pero siendo de carácter débil, cayó pronto bajo la influencia, hasta la dependencia, del poderoso Julián de la Rovera, el futuro papa Julio II (2), y la ambición de éste, así como la de algunos de sus parientes, Franceschetto Cibó, entre otros, tropezaron con la tenacidad y la conducta agresiva del rey de Nápoles, y sobre todo, del príncipe heredero, y no tardaron en llevar al Papa a una hostilidad encarnizada contra Nápoles, mientras que una tensión perpetua de sus relaciones con Matías causada sin duda, en parte, por esta querella, engendraba toda una serie de conflictos sin solución.

Mientras que ocurrían estos acontecimientos, la corte del rey de Hungría vivía en medio de un perpetuo rumor de armas. En tanto que Kinizsi luchaba victoriosamente en el Sur contra los turcos, Matías, acompañado de su mujer, ocupaba los alrededores de Viena, estrechando cada vez más el círculo de hierro con el que se esforzaba en vencer definitivamente la orgullosa capital de Austria y apoderarse de ella.

A principios de Diciembre, el ejército húngaro, mandado por Matías en persona, se apoderaba de Kornenburgo, que se consideraba como la llave de Viena. Entabláronse entonces nuevas negociaciones, y se convino en que la ciudad se rendi-

(1) Váase el breve de 26 de Enero de 1482, dirigido al arzobispo de Kalocsa (Biblioteca Nacional de Florencia, Cod. II, III, cap. 256, vers. 145).

(2) Pastor, o. c., III, págs. 174-176.

ría si no era socorrida antes del 1.° de Junio. El emperador y el imperio abandonaron a los sitiados, y Viena abrió sus puertas al rey de Hungría el 1.° de Junio de 1485.

III

Al llegar a este período de la vida de Beatriz, detengámonos un poco para examinar la situación que ella ocupaba al lado de su esposo y el papel que tenía en la dirección de los asuntos del país, en la orientación de la vida nacional, antes de que sus esperanzas y sus aspiraciones tropezaran con las de Matías, y que su influencia creciente y algunas de las consecuencias que de ésta dimanaban la hiciesen ponerse enfrente de la nación.

El poder de la reina estribaba, sin duda alguna, en el apasionado amor que inspiraba a su esposo, amor que no debilitaron en lo sucesivo las divergencias de miras. Este amor no podía ser de naturaleza puramente física, sino que tenía también su razón de ser en la cultura intelectual de Beatriz, de perfecta conformidad con las aspiraciones de Matías, así como en las felices dotes de la inteligencia que los contemporáneos se complacen en reconocerle en todo el transcurso de su vida, y en medio de las más diversas circunstancias.

Matías, como todos los grandes hombres que han dejado el sello de su genio en su época, era en todo hijo de su siglo, y había hecho suyas con entusiasmo todas las aspiraciones de ésta. El Renacimiento, que acababa de aparecer en Italia, ejercía entonces su encanto mágico sobre los grandes espíritus de Europa. El cambio radical en la manera de considerar el universo que produjo sobre el hombre, emancipado en su individualidad; la tentativa de fusión de las doctrinas cristianas con la concepción del mundo, tal como aparece en las obras de la literatura antigua; la fogosidad pagana en los goces de la vida que rechazaba al último término el ascetismo de la Edad

Media, y que iniciando, de una parte, al hombre en los placeres más refinados, más variados de la vida, y, de otra parte, haciéndole apreciar el valor de las obras maestras de la antigüedad, así como la belleza del cuerpo humano, daba un impulso inaudito a las artes: todo esto atraía, arrastraba con irresistible fuerza al espíritu de Matías, a su imaginación ardiente y a su inmoderado amor de la gloria. Y encontraba todas estas cosas simbolizadas en los atractivos de una mujer, encarnados en Beatriz.

Cierto es que la princesa napolitana ejercía un encanto sobre el corazón y el espíritu del rey, no solamente por su belleza, sino por el poder magnético del genio nacional italiano de aquella época, que se desprendía de todo su sér, y atraía tan poderosamente a Matías.

¿Era correspondido verdaderamente este amor tan apasionado del rey? Este es el gran problema de la vida interior de Beatriz, para cuya solución los hechos históricos no ofrecen un punto de apoyo más sólido que para el juicio que se ha de formular sobre la vida matrimonial de las otras grandes figuras femeninas del Renacimiento italiano. La Italia de entonces ha revelado una riqueza prodigiosa de talentos, pero no ha mostrado—a lo menos en el terreno de la historia—corazones que se hayan ennoblecido por el espíritu de sacrificio. Beatriz habíase educado en un ambiente, en el que cortesanos y retóricos rivalizaban en adulaciones para con las grandes damas, a todas las cuales exaltaban sin distinción, incluso a las más desvergonzadas, por sus virtudes conyugales; pero en el que a todas las mujeres, incluso a las más puras quizá, alcanzaban las sospechas en secreto, y si por ventura había alguna que no daba el menor pretexto para la scspecha, no se lo apuntaban nunca como un mérito particular.

Aun cuando Beatriz hubiera sido «incapaz de amar» (1),

(1) «Amoris impotens», asegura el cronista Juan Michel Brutus. (*Historia de Hungría*, publicada en la Colección de monumentos y escritores húngaros. I, Budapest, 1863, pág. 27.)

era capaz, en todo caso, de demostrar a su marido una afección suficiente para mantener su pasión: la prueba de esto se encuentra en la duración de este amor. Su ambición y su interés eran probablemente seguras garantías de su virtud; pero el sentimiento que experimentaba por Matías no hubiera resistido a la prueba de un conflicto con su ambición y su interés. Bien lo hará ver su conducta después de la muerte del rey.

Aunque no haya dudas respecto a lo sensual del temperamento de Beatriz y que, con Virgilio, se declaraba ella misma «siempre tornadiza y perpetuamente móvil»—como todas las demás mujeres (1),—debemos rechazar sin vacilar la acusación de inmoralidad escandalosa, lanzada contra ella por el dicho de documentos contemporáneos sospechosos o de murmuraciones sin consistencia de una época posterior; debemos rechazarla también, a causa del sentimiento que Matías tenía de su dignidad y a causa de esta verdad histórica: que los húngaros no hubieran tolerado en su reino la liviandad. No estaba todavía lejano el ejemplo de Bárbara Cilley, a la que el rey Segismundo, su esposo, impulsado por la indignación pública que suscitaban los escandalosos actos de aquélla, tanto como por su propio enojo, se vió obligado a desterrarla de la corte y castigarla durante muchos años con un internado que parecía una prisión (2).

Mientras que su marido vivió, Beatriz le mostró siempre agradecimiento por su afección; sus cartas íntimas lo prueban (3); le demostró siempre el mayor respeto (4); supo por mucho tiempo disimular su influencia, y no deseaba que se co-

(1) Galeotti: ob. cit., capítulos 3 y 25.

(2) Antonio Por: «La casa de Anjou y sus herederos» (en húngaro). Magy. Nemz. Tort., III, págs. 532 y siguientes.

(3) Carta de Beatriz al duque Hércules de Ferrara, fechada en Buda el 26 de Junio de 1484. Archivos de Módena.

(4) En el *Symposion Trimeron*, de Bonfin, se lee que Beatriz llamaba a menudo a Matías padre, y que éste la llamaba hija.

nociese; cuando no lograba que el rey opinase como ella, se consolaba. A veces hasta le ocurría, como ya lo hemos visto, oponerse a las exigencias injustificadas de sus parientes de Italia, y esforzarse en convencerles de lo justo de los pensamientos de su marido; ni siquiera le enseñaba las cartas de ellos cuando sabía que le habían de disgustar (1). Siempre estaba dispuesta a servirle cuando la encargaba una misión diplomática, lo que sucedió a menudo, o cuando quería él deslumbrar a alguien con las brillantes cualidades de su mujer.

Desde los primeros años del matrimonio de Beatriz, diéronse cuenta en Italia de que ella «podía hacer del rey lo que quisiera»; hasta se tenía, en Nápoles sobre todo, una opinión, a menudo exagerada, de su influencia política (2). Se comprendera fácilmente que pronto se acostumbraron en Italia a dar a los embajadores que iban a Hungría instrucciones y cartas de crédito especiales para que pudieran ser recibidos en audiencia particular por la reina, presentarle homenajes, entregarle mensajes, tratar de obtener su protección, lo que hacía que los embajadores enviasen de ordinario informes especiales referentes a su visita a la reina. Así se ve a la curia romana dar en varias ocasiones instrucciones semejantes a sus legados; a los florentinos solicitar la protección de la soberana en favor de sus comerciantes que habían sufrido más daños (3). La famimilia ducal de Ferrara y los miembros de la familia real de Nápoles le mandan a cada instante personas recomendadas, y viceversa. Los escritores devotos de Matías se complacen en revelar que el rey consultaba a su mujer en todos los asuntos importantes, lo que demuestra que no hacía misterio de la in-

(1) *Man. Hist. Hung.* III, pág. 399.

(2) Carta de Hungría, ya citada, a los magistrados de Florencia, de 6 de Agosto de 1479. Archivos de Estado de Florencia.

(3) Carta dirigida a la reina de Hungría, con fecha 16 de Junio de 1483. Archivos de Estado de Florencia. Signori. *Cart. missiva*, 47, 128.

fluencia de su mujer; antes bien, decía abiertamente que seguía con gusto sus consejos (1).

Ya hemos visto que ella intervenía en los asuntos extranjeros; conocemos su correspondencia diplomática. No son solamente las cortes emparentadas las que le piden que intervenga cerca del rey; el Papa mismo se lo rogó más de una vez, y le expresó su gratitud por sus buenos oficios (2); lo mismo hacen los príncipes Ernesto y Alberto de Sajonia, con los que se escribe en alemán y a los que trata de primos (3). En la época de la que acabamos de hacer su bosquejo, dedicábase ella, sobre todo—como lo hemos visto,—a procurar un arreglo con el emperador de Alemania; decía estar autorizada por su marido, en cuyo nombre creía poder adquirir compromisos. Fue hasta el fin el agente más activo de la causa de la paz, y no fue culpa suya si Matías se vió obligado a reanudar las hostilidades contra Federico rompiendo la tregua; el mismo legado del Papa reconoció el celo desplegado por Beatriz en interés de la paz (4).

Se engañan, sin embargo, los que atribuyen a la acción muelle de Beatriz la supuesta tibieza de Matías por las guerras turcas después de su boda (5). Ya se ha visto que Beatriz seguía a su esposo a los campamentos, y que uno de los prin-

---

(1) Naldi Naldii Florent. Epístola de Laudibus ang. Bibliothecae ad Mathiam Corvinum, etc. (Mathiae Belii: *Notitia Hungariae novae*. Viena, 1787. Part. I, t. 3), pág. 606 y sig. Langenn, o. c., pág. 134.

(2) Correspondencia de Beatriz con Inocente VIII, entre 1488 y 1490. Biblioteca de San Marcos y Archivos de Estado de Venecia.

(3) Carta de Ernesto y Alberto de Sajonia del 14 de Noviembre de 1477; cartas de Beatriz del 5 de Enero de 1478 y 11 de Setiembre de 1480. Grandes Archivos de Dresde (Wittenberg. Arch. Ung. Sachen, fol. 110, 114 y 234.)

(4) Informe del obispo de Castello. *Investigaciones históricas*, por Marczali, citadas antes, pág. 283.

(5) Tal es el juicio que formulan Heltai (o. c., II, pág. 173), Fugger, y, entre los italianos, Vecchioni en su prólogo a la obra de Passero, pág. 48.

cipales fines que perseguía al apoyar, de concierto con Nápoles y Roma, una política de conciliación con el emperador, era permitir a los húngaros emplear todas sus fuerzas contra los osmanlis. Los que, en Italia sobre todo, no cesaban de quejarse de la tibieza de Matías, no lo hacían sino para ocultar su tibieza propia, porque hubieran querido que los húngaros soportasen todo el peso de la guerra contra los turcos.

Lo que pone muy de relieve la situación de Beatriz en el Gobierno del país, es el hecho de que Matías se refiere a menudo, en sus ordenanzas, en sus cartas de donación al consentimiento, al deseo o a la petición de su mujer, mientras que sus antecesores no hacían mención sino raramente, y a título excepcional, del consentimiento de la reina madre o de la reina en los documentos públicos. Beatriz concede por sí misma dominios, exenciones de derechos y hasta una vez un obispado, como lo declara explícitamente en el acto de donación (1); confirma en vida de su marido, transcribiéndolas con su propia mano, las cartas de donación de Matías (2); esto es lo que explica por qué se encuentran entre las promesas hechas a Ulaszló II cuando su elección, la de «devolver los dominios poseídos sin derecho por Matías y Beatriz (3). Fraknoi define, pues, muy exactamente la situación de Beatriz cerca de Matías, diciendo que era, en efecto, «reina consorte» (4). Esta situación tenía precedentes en nuestro Derecho político; era la de Segismundo con María y la de Isabel con Alberto; pero mientras que

(1) Acta de donación de 17 de Noviembre de 1479, en favor de Vesach Perottus, prefecto de Zolyom; exención de derechos de peaje a los Padres Paulinos de Diosgyor para el transporte de la sal (Archivos nacionales húngaros. D, núm. 19.069). Carta de Beatriz a su hermana Leonor, de 5 de Agosto de 1480, *Mon. Hist. Hung*, II, pág. 440.

(2) Hay documentos de esta clase, con fecha del 12 de Abril de 1489, en los Archivos de la Biblioteca del Museo y en los Archivos nacionales húngaros. (Diplomacia, con los números 17.457 y 18.982.)

(3) Marczali, *Fuentes históricas*, pág. 308.

(4) *El rey Matías*, pág. 345. Naldus Naldius, página citada.

en el primer caso la elección de un príncipe consorte había sido impuesta por la aversión del pueblo a un gobierno de mujer y por la necesidad de una dirección viril; en el segundo, porque el heredero legítimo del trono era realmente Isabel, y que, en uno y otro caso, la situación recíproca de los soberanos había sido regulada por una ley, Beatriz no debía su situación y su influencia excepcionales sino al favor real.

Gracias a esta situación, pudo fomentarse en torno de Beatriz una «corte de reina» tal como el país no había visto nunca, y de la que volveremos a hablar más adelante; tenía además una guardia especial de coraceros (1), que desempeñó un papel decisivo en las luchas por la sucesión al trono a la muerte de Matías. Trataremos aparte de los derechos que la reina ejercía sobre la administración de las poblaciones mineras.

Pero esta situación exigía también rentas considerables, tanto más cuanto que—como se ha visto—sus tradiciones de familia, su natural, sus costumbres, inclinaban igualmente a Beatriz al lujo y al fausto, y que Matías, que tenía los mismos gustos, no hizo probablemente nada, por lo menos al principio, para inclinar a su mujer a la moderación: era, pues, necesario encontrar los medios de proveer a estos gastos.

No se había pensado en ello de antemano. Era costumbre entre nosotros, como en otras partes, asegurar por contrato a la reina, al casarse, la posesión de ciertos dominios y ciertas rentas. No hubo tal contrato o donación cuando la boda de Beatriz, o, por lo menos, no poseemos ningún dato a este respecto. Vemos solamente que Beatriz tenía el disfrute de la mayor parte de los dominios y de las rentas que constituían de ordinario el patrimonio de la reina, pero es imposible demostrar con documentos cuándo y cómo entró en posesión de él.

La explicación más natural de este hecho, es que durante la prolongada viudez de Matías el disfrute de la mayor parte

(1) «Reginae validisimus equitatus...» «Cataphractorum robur...» como dice Bonfin, Dec. IV, lib. IX, pág. 486.

de las rentas de la reina había pertenecido a la madre de Matías, Isabel Unyadi, la cual, gustando, como es sabido, de atesorar, no quiso pasárselas a su nuera. A la muerte de Isabel Hunyadi, la mayor parte de estos dominios pasaron a poder de su favorito, Juan Corvino, el hijo natural de Matías. Esto se hizo con el consentimiento del rey, que se esforzaba ya de todos modos—a pesar de la oposición de Beatriz—en aumentar la fortuna, y, por consiguiente, el poder del sucesor que se había dado (1). Es cierto que Beatriz no tomó nunca posesión de todos los bienes que constituían el patrimonio de la reina en tiempo de Segismundo, e incluso de Alberto, y no es menos cierto que, en los últimos años del reinado de Matías, Juan Corvino poseía dominios mucho más extensos que la reina (2).

Beatriz se esforzó durante todo su reinado en recobrar los bienes que las reinas antecesorás suyas habían poseído, y que habían pasado a otras manos por haber servido a menudo de hipotecas. La prueba de esto se encuentra en una carta dirigida por ella, en los momentos de las conjuraciones, a uno de sus fieles de Nápoles (3).

En tal estado de cosas, no podemos calcular la situación de la fortuna y de las rentas de Beatriz en vida de Matías, sino combinando los datos, más o menos completos, que poseemos.

La primera cuestión que se presenta aquí es la de saber qué fue del dote de Beatriz. Ella lo pidió a la muerte de Matías y mantuvo sus reivindicaciones hasta su muerte, pretendiendo que su dote había servido para cubrir las necesidades del país, mientras que a sus reclamaciones, los húngaros, como veremos

(1) Archivos nacionales húngaros, D., documentos 19.003, 18.004, 18.264, 18.387 y 18.973.

(2) V. la estadística de los dominios que poseía Juan Corvino a la muerte de su padre, en el estudio de Julio Schonherr, sobre *Juan Corvino* (en húngaro). *Tort. Electr.*, 1894, págs. 175 a 180.

(3) Esta carta, dirigida a Francisco Fontana, no lleva fecha; los archivos de Módena conservan una copia algo alterada. Canc. Duc. Cart. Dipl. estere.

más adelante, oponían demandas reconvencionales. Beatriz no era económica, y casi desde el principio careció siempre de dinero líquido, lo que prueba que los 200.000 ducados de su dote—170.000, deducidos el valor de las joyas—no duraron mucho tiempo; pero, de otra parte, como esta suma no pudo gastarse tan pronto, hay que creer que Beatriz empleó, por lo menos, una parte en la compra o rescate de los bienes raíces, de lo que poseemos pruebas escritas (1).

En virtud de una antigua costumbre, confirmada por las leyes, una parte de las rentas del real tesoro pertenecía a la reina.

Por aquella época, Hungría estaba dividida, desde el punto de vista de la administración de hacienda, en varios distritos, llamados Cámaras o generalidades, al frente de los que había intendentes reales. Uno de los principales objetos de estas Cámaras era la percepción de los derechos de regalía sobre las minas; según que caían bajo su resorte las salinas y la venta de sal, o bien la producción de metales preciosos, se llamaban Cámaras de las gabelas o Cámaras de las minas. La Cámara de Kormoczbanya tenía también en sus atribuciones la acuñación y el cambio de monedas (2).

Los príncipes arrendaban a veces sus derechos de regalía sobre las minas, y Segismundo fue el primero que cedió a su segunda mujer, Bárbara Cilley, la Cámara de Kormocz, con las siete villas mineras de la Alta Hungría (3), que dependían

(1) Puede deducirse esto del despecho de Jacopo Trotti, embajador de Ferrara, enviado desde Milán el 14 de Diciembre de 1490, después, por lo tanto, de la muerte de Matías (Archivos de Módena, Cat. Amb. Est. Milano, B.ª 6), así como de la copia de la carta a Fontana, citada antes. Un documento, que se encuentra en los Archivos municipales de Kormoczbanya, confirma también la compra de inmuebles por Beatriz en 1489.

(2) Pablo Krizskó: *La antigua Cámara de Kormocz y sus intendentes* (en húngaro). Budapest, 1880, págs. 3-7.

(3) En tiempo de Matías y de Ulaszló, se contaban todavía otras siete, además de Zolyom; eran Kormocz, Selmecz, Bakabanya, Beszterczebanya, Libetbanya, Ujbanya y Fejerbanya.

de ella, y de las que la reina sacaba una renta anual de 900 ducados (1). Las rentas de las minas eran en aquella época más seguras que cualesquiera otras; esto es lo que explica por qué nuestros reyes las cedían a sus mujeres, práctica que estuvo mucho tiempo en uso (2).

Esta posesión, que se transmitía de una reina a otra, y la defensa de sus intereses, hicieron que las reinas se convirtiesen en verdaderos administradores de las villas mineras, que reglamentasen la explotación de las minas, fiscalizasen los ingresos, fijaran los impuestos (3) hasta el punto de que estas villas se llamaban también «las villas de la reina», y que, en lo sucesivo, los habitantes estuviesen obligados a prestar juramento de fidelidad a la reina, como vasallos suyos (4). Sin embargo, estos derechos de la reina no impedían a los reyes dictar, en casos excepcionales, medidas concernientes a estas poblaciones y hacerlas sufrir ciertas cargas; ejemplos de esto se encuentran durante la unión de Matías con Beatriz (5).

No se sabe con precisión cuándo y cómo tomó posesión Beatriz de las poblaciones mineras; el viaje que los reyes hicieron en 1478 debió de ser una especie de toma de posesión solemne (6), pero no se encuentran huellas del ejercicio del Gobier-

---

(1) Krizskó: o. c., pág. 23.

(2) Miguel Hatvani (Horvath): *Croquis de la historia de Hungría* (Rajzok a magy, tort-bol). Pest., 1.859, pág. 64.

(3) Kachelmann: t. c., pág. 35.

(4) Ibid. Págs. 131-132. Hatvani: *Colección de documentos* (*Okmanytar*), págs. 18 y 20.

(5) Ibid. Págs. 112-116. Hatvani: *Colección de documentos*, pág. 6.

(6) Tal es la opinión que emite Arnald Ipolyi en su Estudio histórico sobre la civilización en Beszterczebanya (*Szazadok*, Los Siglos, 1874, página 646.

Estas cuentas, que llegan hasta fines de 1491, se encuentran actualmente en los Archivos nacionales de Bruselas (fondo de la secretaría de Estado alemán), en donde fueron depositadas al mismo tiempo que los papeles de la reina María, viuda de Luis II. Miguel Hatvani (Harvath) ha publicado parte de estos documentos en su Almanaque histórico (*Croquis de historia de Hungría* (Rajzok, stb.), pág. 64 y siguientes).

no por la reina sino a partir de 1486, y no poseemos las cuentas que le fueron presentadas, sino a partir del 1.° de Agosto de este año. Por esta época, Beatriz nombró intendente al bravo y distinguido Pedro Scheyder, hasta entonces juez de la ciudad de Kormocz, la que redundó en beneficio de las poblaciones mineras más que si hubiera nombrado a uno de sus favoritos italianos (1), como sucedió en 1488 con el puesto de director de la Moneda (2). Sin embargo, ocurría a veces que Beatriz modificaba por sí las discretas disposiciones tomadas por Scheyder, y daba la razón a los que se quejaban de él, cosa que perjudicaba, como es natural, a la autoridad del intendente (3). Aunque Beatriz acogiese a veces con benevolencia las peticiones que le dirigían, y hasta interviniese un día cerca del rey para conceder a Breznobanya el derecho de celebrar ferias (4), sus ordenanzas concernientes a las poblaciones mineras tienen en general un carácter de codicia y de implacable dureza. No contenta con sus rentas fijas, que gastaba regularmente por adelantado, imponía a menudo a sus ciudades tasas extraordinarias (5). Algunos de sus edictos referentes al cumplimiento de las prestaciones están llenos de órdenes y amenazas a cual más severas (6). Las instrucciones que da respecto a la venta de la sal en las ciudades sometidas a su administración, tienen todas el mismo carácter de severidad (7).

(1) Krizskó, o. c., pág. 40.

(2) Hatvani, *Colección de documentos* (Okmanytar), pág. 7.

(3) Kachelmann, t. c., pág. 116 y siguientes.

(4) Se encuentran iguales disposiciones de parte de la reina en los archivos de la ciudad de Selmeczbanya, con fecha de 25 de Enero de 1486 y 20 de Agosto de 1488, así como en Teleki, XII, pág. 397.

(5) Ibid. Hatvani: *Colección*, etc., etc. (Okmanytar), pág. 11. El original de la ordenanza de 1486 se encuentra en los archivos de la ciudad de Kormoczbanya.

(6) Hatvani: *Colección de documentos*, pág. 11 y siguientes.

(7) Kachelmann, o. c.: Edicto de Beatriz de 13 de Diciembre de 1496, en los Archivos de Bartfa, números 701 y 725, y otro de 15 de Marzo de 1495, sin número de orden en los Archivos públicos de Kassa.

Según el testimonio de las cuentas del tiempo de Beatriz, los ingresos que la reina obtenía de las minas eran de dos clases, a saber: el diezmo sobre el producto de las minas, y la ganancia en la acuñación de monedas, ingreso éste que representaba casi el doble del otro. Alrededor de 1490, Beatriz sacaba anualmente de 16 a 18.000 florines de oro de estas dos fuentes de ingresos. Esta cantidad, que no es muy considerable en relación con los fastuosos gastos de la reina, era la más segura de sus rentas, y tenía los destinos más diversos, porque, además de los gastos de administración, tenía que servir para pagar toda suerte de compras de lujo, regalos, honorarios, salarios, y, con el tiempo, se empleó una parte incluso a cubrir los gastos de la guerra. También la Cámara de Kormocz adelantaba a Beatriz el dinero que necesitaba para sus gastos personales (1), práctica ya aclimatada con sus antecesores, y que se acomodaba muy bien con los hábitos de prodigalidad de Beatriz (2).

Más difícil es hacer la cuenta de las rentas que Beatriz tenía de los dominios de que disfrutaba, ya como reina, ya porque los hubiera comprado o le hubiesen sido donados por el rey, y a cuya posesión estaba afecta, por lo general, la de un castillo.

Entre estos dominios, citemos el Antiguo-Buda, contiguo a la ciudad real del mismo nombre, y desde hacía largo tiempo, propiedad de la corona; fue de la madre de Matías hasta que murió, de suerte que Beatriz no pudo poseerlo hasta 1484; la reina elevó allí nuevas construcciones y pasó algunas temporadas, sobre todo en los primeros tiempos de su viudez. Beatriz poseía en la misma capital, a fines del reinado de Matías, una casa de piedra, a orillas del Danubio, con un vivero contiguo.

---

(1) Véanse los datos del documento de Bruselas en el *Almanaque histórico* de Halvani, página citada.

(2) Kachelmann, t. citado, páginas 32, 64. Chmel, *Regesten*, etc. I, Anhang, pág. 77.

Beatriz poseía también la isla de Csepel, célebre por sus cotos de ciervos, y que tenía un castillo en aquella época. Era el más extenso de los dominios de la corona que constituían el patrimonio de las reinas, y, en tiempo de Beatriz, formaban también parte de él los poblados de Gyala, Simonfalva, Demsed, Gardony, Adony y Kevi.

Como en tiempo de Segismundo, el patrimonio de Beatriz comprendía también el castillo de Diosgyor con la tierra señorial de Mohi, que de él dependía, y las villas de Miskolcz, Dyosgyor, Kereszles y Mezokovesd (1); poseyó también, durante algún tiempo, los poblados de Szikszo y de Forró en Abauj, Huszt, y más adelante M.-Sziget en Máramaros.

Durante el último año de la vida de Matías, Beatriz compró en Turocz los dominios del noble Nicolás Hajszki; en Zolyom, poseía el castillo de Zolyom y los señoríos de Lipcse y Dobronya; en Bars, el castillo y el señorío de Szaszkó. Tenía, en fin, al otro lado del Danubio, los territorios de Igar y de Vam en el comitado de Veszprem con Simontornya, que formaba parte de él, aunque situado en Tolna.

Tales son los bienes cuya posesión por Beatriz está demostrada; sabemos que poseía más en otros comitados; pero no podemos indicar con exactitud el lugar en que estaban situados. El hecho de que sus propiedades de Pilis, Pest, Heves, Nograd y Fejer estaban impuestas, en 1494, en la suma de 1.412 florines de oro—cuando una considerable parte de sus bienes estaba ya vendida,—permite calcular, de una manera aproximada, las rentas que debía percibir (2).

Todo esto demuestra que Beatriz no llegó a tener, sino tarde y parcialmente, el goce de los bienes que constituían de ordinario en aquella época el patrimonio de las reinas de Hun-

---

(1) Véase a este propósito la *Geografía histórica de Hungría* (en húngaro) de D. Csanki, así como los documentos relativos a esto, en los Archivos nacionales, en el Museo Naval y en los Archivos de Kassa.

(2) Csanki, o. c., I, págs. 42, 80, 114 y 115; III, pág. 376.

gría; y como no se puede suponer que Matías, tan solícito, hasta tan débil con su mujer y tan liberal con todo el mundo, quisiera mostrarse con ella más tacaño que sus antecesores lo fueron con sus esposas, hay que creer que proveía de otra manera a las necesidades de Beatriz, es decir, que su bolsa le estaba siempre abierta. Por desgracia, este era el mejor medio de dejar arraigarse en Beatriz su principal defecto: la prodigalidad, que se había ya manifestado en ella de soltera, de la que dió en su matrimonio, y más todavía durante su viudez, manifiestas pruebas, que contradicen formalmente la opinión, tanto de los aduladores como de los enemigos de Beatriz, que hablaban de que había amontonado tesoros en el país. La reina misma, por su jactancia y su afición a la ostentación, hubo de contribuir a la formación de esta creencia errónea.

Hay pruebas de la mala gestión de su fortuna en las cartas íntimas dirigidas a su hermana, en las que se queja a menudo de carecer de dinero (1); en el hecho de que da a veces a su sobrino, el arzobispo de Esztergom, el cuidado de arreglar las notas de sus proveedores (2), y en el hecho de empeñar alhajas (3), como, por lo demás, lo hacían los otros príncipes de esta época, sobre todo en Italia. Hasta se ve obligada una vez a hipotecar por 7.000 florines de oro, a su primo Bernardino de Frangepan, uno de sus dominios de Zolyom, a fin de subvenir a los gastos de su corte de Viena (4). Se endeuda de tal manera, que su padre se ve obligado un día a recordarla el pago de una deuda que ella había contraído en Florencia, y que le avergonzaba a él (5), y lo que demuestra lo poco que se

(1) *Mon. Hist. Hung.* (D.), III, págs. 217, 236 y 261.

(2) Baron A. Nyary, o. c. *Szazadok* (Los Siglos), 1870, pág. 208.

(3) *Mon. Hung. Hist.* (Dipl. Eml.), III, págs. 237-238. Sobre los empréstitos con fianza de Lorenzo de Médicis, del marqués de Mantua y del duque de Ferrara, véase Reumont: *Lor. d. Medici*, II, pág. 406.

(4) Kachelmann, t. c., pág. 116.

(5) Instrucciones del rey Fernando a su embajador Antonio Brancia, con fecha 6 de Julio de 1496. División de manuscritos en la Biblioteca Nacional de Nápoles (Cod. Man. XIV. A. 15, fol. 14).

cuidaba de hacer el balance de sus ingresos y sus gastos, es que estuvo cinco años y medio sin hacer cuentas con su Cámara de hacienda de Kormocz, y que, cuando por fin se hizo la liquidación, la reina se encontró con que debía 4.499 ducados y 65 denarios a su intendente (1).

Al ver estas cosas y los graves apuros económicos que no tardó en experimentar a la muerte de Matías, había que buscar las causas del mal en los hábitos de disipación adquiridos en Nápoles, en donde la vida era, sin embargo, mucho menos intensa que en la corte del rey de Hungría; la cosa radica en el carácter mismo de Beatriz, la cual, diga lo que quiera Galeotti en alabanza de Beatriz, como mujer del hogar (2), siempre a falta de dinero, pasa su vida pidiendo préstamos, y con sus liberalidades, sus regalos, sus caridades, sus distribuciones de subsidios, el uso que hace de su dinero para corromper a las gentes de que quiere servirse, contribuye ella misma a propagar el rumor de su riqueza y a aumentar el número de peticionarios y explotadores, a los que no podrá resistir.

Una de las causas de sus gastos era seguramente, como lo veremos más adelante, que un gran número de personas vivía únicamente de sus liberalidades y que, ciertamente, muchas abusaban de su generosidad.

No se ve que la reina haya tenido influencia sobre la administración propiamente dicha del país. Bonfin no quiere, según todos los indicios, sino recargar los elogios habituales de los humanistas, cuando hace de Beatriz una especie de Belona arengando a sus soldados antes de la batalla en una de las alas, como su esposo lo hacía en la otra (3), luego cuando ensalza el valor con el cual ella defendía a las mujeres y a los niños víctimas de la guerra contra la brutalidad de los solda-

(1) Hatvani: *Croquis* (Rajzok), etc., pág. 65.

(2) «Non modo reginalis, sed privatorum quoque mulierum officia implebat.» *De egr. dictis*, etc., cap. 3.

(3) Prólogo del *Symposion Trimeron*, pág. 5.

dos (1). No poseemos sino su testimonio en apoyo de su afirmación, la cual, por lo demás, no carece de verosimilitud cuando dice que Matías confiaba en su ausencia a la reina la administración de los territorios austriacos ocupados por su ejército (2). Algunos historiadores italianos, al hablar del papel que Beatriz desempeñó en Hungría, le atribuyen el mérito de varias medidas y reformas dictadas por Matías en interés del pueblo y de una mejor administración (3), pero no tenemos pruebas que lo confirmen; en cambio, conocemos varios casos en que Beatriz, viviendo su marido, tomó ella misma las medidas necesarias para hacer que cesasen quejas que le habían dirigido.

En cambio, no se podría negar la influencia que ejerció sobre la transformación de la vida cortesana, el desarrollo del lujo, el cultivo de las artes y de las ciencias, en una palabra, sobre todo lo que establecía en aquella época relaciones entre Hungría y su antigua patria.

Pero no creó ella estas relaciones, existían ya bajo los reyes de la dinastía de Arpad; habíanse hecho más frecuentes con la casa de Anjou, y todavía más íntimas con Matías aun antes de la llegada de Beatriz.

Bonfin y los otros panegiristas de la reina exageran, pues, cuando pretenden que Hungría estaba sumida en la barbarie antes de la llegada de Beatriz, que la civilización italiana era allí completamente desconocida, y que la reina cambió todo; como si ante su sola aparición — como se dijo en una oración fúnebre — hubiera brotado del suelo una nueva Atenas (4).

(1) Prólogo de *Symp. Tri.*, pág. 4.

(2) Ibid.

(3) En su prefacio a la obra de Passero, Vecchioni atribuye a Beatriz la abolición de «la barbare Giudicio Reale», y la introducción de un procedimiento regular; cita también otras felices innovaciones de las que Hungría le sería deudora.

(4) Coelius Calcagnini: *In funere Beatricis Pannoniarum Reginae, oratio*, ed. cit. Alf. Reumont protesta también contra semejante exageración de la influencia de Beatriz: *La Biblioteca Corvino*, Arch. Storico Italiano, IV (1879), pág. 61.

Cierto es, sin embargo, que, a causa del matrimonio de Matías, los italianos afluyeron en mayor número a nuestro país, las relaciones italo-húngaras se hicieron más íntimas, y la fuerza creadora y la acción fecundante del genio italiano dejáronse sentir desde entonces cada vez más. Beatriz no tuvo que tomarse mucho trabajo; encontró un terreno completamente preparado, y su marido, que tenía los mismos gustos, parecía esperar que ella le ayudase a continuar la obra emprendida. Las circunstancias no le habían permitido hasta entonces a Matías dedicarse, como hubiera querido, a su afición a las letras y a las artes. Su primera mujer fue enfermiza y vivió poco tiempo; luego vinieron los años de viudez, los cuidados del gobierno, las guerras con sus alternativas de triunfos y reveses; en fin, desde su segundo matrimonio tenía algo más tiempo para desplegar la pompa que gustaba y cultivar las artes y las ciencias. Los gustos personales del rey y el origen de la reina no fueron las únicas causas que hicieron que la corte de Hungría volviese sus miradas hacia Italia; este país ofrecía recursos excepcionales para la satisfacción de las necesidades del espíritu. Estaba tan reconocida la superioridad de los italianos en las artes de la guerra y de la paz, que no solamente Hungría, sino Rusia y la misma Turquía, solicitaban con ardor los servicios de los italianos. Había, además, en la corriente de ideas de la época algo que impulsaba a las reinas a convertirse en propagadoras de la civilización occidental en Oriente: es una princesa educada en Italia, Sofía, hija de Tomás Paleólogo, la que inició a Ivan el Grande, de Rusia, el contemporáneo de Matías, en los secretos de la civilización italiana; también él se rodeó de una colonia de artífices y arquitectos italianos que tuvieron una gran parte en la creación del estilo arquitectónico religioso en Rusia. Beatriz tenía además la ventaja de estar en relaciones de parentesco con las cortes de Italia: la de Nápoles, la de Ferrara y la de Milán, que ponían su ambición en atraer a los talentos de nota; de suerte que sabía siempre a quién dirigirse para hallar los mejores artistas.

Todos los escritores y retóricos italianos que han escrito de Beatriz insisten en el interés que tenía por las letras y las ciencias; Bonfin la llama la mujer más sabia de su siglo, y dice que hallaba un placer extraño en las ciencias (1); Celio dice que gustaba de los espíritus cultivados, que hacía venir a los sabios de todas partes y los recompensaba espléndidamente (2); Christóforo Pesana la compara con las mujeres más ilustradas y más amigas de las ciencias de la antigüedad (3); Galeotti nota su prontitud en la cita de los autores latinos y su afición a la lectura, heredada de sus antepasados (4).

Más preciosa que estas vagas alabanzas es la relación ya mencionada del obispo Ransano, que cuenta en el prólogo de su libro sobre Hungría, dedicado á Matías (5), que a los alientos de Beatriz debe haber escrito su libro, y que la reina le dió un manuscrito conteniendo noticias históricas sobre todos los soberanos de Hungría, desde Atila hasta Matías (6). El mismo Ransano, en el discurso que pronunció cuando su recepción por los reyes, hace un gran elogio de las virtudes y de la asombrosa elevación de espíritu de la reina, diciendo que, en este concepto, rivalizaba con Matías (7). El humanista florentino Naldus Naldius, que escribió en 1485 un ditirambo sobre la Biblioteca de Matías en Buda, le hace seguir de una carta en la que exalta a Beatriz como la Egeria de Matías, alaba su piedad y pone de relieve su pleno conocimiento de los escritores de la antigüedad (8). Después de muerto Matías, Felipe Bergo-

(1) Prólogo a la traducción de Filóstrato, en Kollar, págs. 826-827.

(2) Oración fúnebre citada.

(3) Abel-Hegedus: *Analecta*, I, pág. 407.

(4) Ob. cit., cap. III y XXV.

(5) Extracto de la colección Abel-Hegedus citada ya; falta el prólogo en la edición Schwandtner.

(6) Según Johannes Sambucus (Dedicatoria del *Epítome de Ransanus*, edic. Schwandtner, pág. 406), son los datos de que Bonfin se ha servido para escribir su historia.

(7) M. Florianus, *Fontes domestici*, IV, etc. Ind. I, pág. 135.

(8) Bel: *Notitiae Hung*, pág. 606-607.

menzis alaba también las disposiciones que la reina demostró desde su tierna infancia por las «bellas ciencias», sus profundos conocimientos en historia, en filosofía y su elocuencia, que causaban, según se pretende, la admiración de sus contemporáneos (1).

Por lo demás, el amor de Beatriz a la ciencia está probado por los hechos, y hubo de ser mantenido por los gustos idénticos de Matías. Bonfin, que por confesión propia había sido atraído a la corte de Hungría por el espíritu de Beatriz (2), obtuvo el cargo de lector de la reina y de historiador de la corte. Una cosa digna de atención es que Matías, que seguía tan gustoso las costumbres de las cortes italianas, y a ello se veía seguramente impulsado por su mujer, no tenía, sin embargo, poeta en la corte como los príncipes italianos (3), a menos de no considerar como tal a Francisco Cynthius de Dionysiis, ciudadano de Ancona y «poeta laureado», a quien Matías donó una tierra; ignoramos en absoluto lo que escribió como tal poeta, pero sabemos que Matías le confió misiones políticas importantes (4). En cambio, el rey llamaba gustoso a sabios, les hacía escribir lo que él realizaba, ejercía con ellos—a modo de recreo—sus talentos de dialéctico; sus sabios componían de vez en cuando algunos versos; pero no trató nunca de tener un poeta de vocación; la mayor parte de los panegiristas acudían del extranjero atraídos por el cebo de una recompensa (5). Esto demuestra que los gustos de Beatriz estaban de perfecta conformidad con la propensión a lo serio de Matías, que le hacía preferir las disquisiciones científicas a los dísticos o las rimas sonoras. Más adelante veremos que, cuando la toma de Viena, el senado universitario de esta ciudad fué a ofrecer sus

(1) *De claris mulieribus*, etc. Prólogo.

(2) Dedicatoria del *Symposion Trimeron*, pág. 2.

(3) V. Gregorovius: *Geschichte*, etc. VII, pág. 602.

(4) Fraknoi: *El Rey Matías* (en húngaro), pág. 311-312.

(5) Fraknoi: *Los hunyadi y los Jagellon* (Magyarorsz. Tört. IV, página 534).

respetos a la reina, conocida por su amor a la ciencia, esperando de su benevolencia que intercediese con el rey para obtener la confirmación de los privilegios de aquel organismo científico; la reina mostró en su cara la satisfacción que le causaba el discurso del sabio orador y, más adelante—durante su estancia en Viena,—asistió con su esposo a una disputa teológica (1).

Los escritores que se acercan a Beatriz no la dedican sino libros serios. Así es como vemos entre los libros dedicados únicamente a ella, o por lo menos también a ella, la edición latina de las Memorias de Diómedes Carafa, en la Biblioteca de Parma, y *El perfecto cortesano*, del mismo autor, de la Biblioteca Trivulzio de Milán (2); así como la traducción latina en la obra griega de Agatías sobre las guerras góticas, conservada en la Biblioteca de la corte en Viena. Sabemos además que Bonfin, a su llegada al país, dedicó a la reina dos libros: el uno tiene por asunto la historia de Ascali, en donde nació el autor en la Italia meridional (3); el otro es el *Symposion Trimeron*, varias veces citado, cuyo original—escrito según toda probabilidad por la propia mano de Bonfin—se encuentra también en la Bibioteca de la corte en Viena. Esta obra tiene por objeto la glorificación de las virtudes conyugales en las personas de Matías y Beatriz, bajo la forma de una conversación entre el rey, la reina y Francisco de Aragón; pero el asunto está tratado de una manera tan libre, que el libro fue pronto puesto en el Indice por la Iglesia. Pondremos también aquí la *Apología de la vida de los Santos*, por Roberto Caracciolo, impresa en Parma en 1489, por cuenta de Johannes Marcos Cynicus, y de

(1) Archivos universitarios de Viena: Acta fa. theol. Vol. II, fol. 16^{b} y 114^{b}, acta fac. act. Vol. III, fol. 317^{b}. Schober, o. c., pág. 186.

(2) *Trattato de lo optimo cortesano,* impreso sin pie de imprenta ni fecha, con esta dedicatoria: «Alta serenísima Regina Beatriz d'Aragona, felicísima Regina de Hungaria, Bohemia, etc.» Csontosi J. Diom. Carafa: *De institutione Vivendi,* Konyvszemle, 1890.

(3) Bonfin, *Hist.* Dec. IV, lib. VII, pág. 463.

dos amigos suyos (1); la obra ya citada de Ransano (2), y el libro de Felipe Bergomense sobre las *Mujeres célebres* (3), impreso en Ferrara en 1493, por lo tanto, después de la muerte del rey, obras que fueron todas dedicadas a Beatriz o al rey. Además, varios de los «Corvina», es decir, de los manuscritos procedentes de la Biblioteca de Matías, descubiertos en el transcurso del tiempo, llevan en frontispicio las armas de Matías, unidas con las de Aragón, lo que prueba que los autores de estos libros consideraban igualmente como sus Mecenas al rey y a la reina.

Así, pues, con razón puede atribuirse en parte a la influencia de Beatriz las relaciones cada vez más íntimas que Matías mantuvo, durante su segundo matrimonio, con sabios italianos. Por aquella época llegan a su corte los florentinos Francesco Bandini y Filippo Valori, con una recomendación del ilustre Marsilio Ficino (4); luego Taddeo Ugoletti, que obtiene el cargo de conservador de la Biblioteca Corvina; van también Aurelio Brandolini y Ugolino Varini (5); Galeotti hace igualmente apariciones; Juan de Aragón lleva a su preceptor Rutilio Zenone, de la Academia Pontaniana (6). Bonfin llega a la corte después de la toma de Viena; Ranzano vuelve a ella durante los últimos años del rey; el florentino Bartolommeo Frontio deja también huellas de su paso, y en 1489, el más ilustre de los humanistas italianos, Angelo Poliziano, regala al rey toda una colección de preciosos manuscritos.

ALBERTO DE BERZEVICZY

(*Continuará.*)

(1) Impreso primitivo que se encuentra en la Biblioteca de Jorge Rath y en la Biblioteca del conde Alejandro Apponyi.

(2) V. Abel-Hegedus: *Analecta*, I, pág. 431.

(3) *De claris et selectis mulieribus.*

(4) *Epistolae Marsilii Ficini Florentini*, 1494. Florentiae, 172 v.

(5) Csanki, o. c., publicada en los *Szazadock* (Los Siglos), pág. 551. Joh, Domin. Florillo: *Uber einige ital. Gelehrte u. Kunstler, welche Mathias Corv. beschäftigte*: Göttingen, 1882, pág. 9.

(6) Erasmo Percopo: *Nuovi Documenti su gli scrittori e gli artisti dei tempi aragonesi*, Arch. Stor, Napol XIX, pág. 580.

PROEZAS POLICIACAS DE TOM SAWYER

CAPITULO VIII

El almuerzo fue macabro. Tía Sally parecía abatida, fatigada, y dejaba que los niños se pelearan fingiendo no oirlos; semejante apatía no le era propia: Tom y yo no teníamos ganas de hablar, harto absortos en nuestras reflexiones. Benny tenía el aspecto de persona que no ha dormido, y cuando dirigía a hurtadillas una tierna mirada a su padre, adivinábanse las lágrimas en sus lindos ojos. En cuanto al viejo, se olvidaba de comer, dejaba que se enfriasen los manjares y parecía sumido en pensamientos que le impedían pronunciar una palabra.

Un silencio de muerte reinaba, pues, en la mesa, cuando reapareció la cabeza del negro: venía a anunciar que el señor Brace estaba terriblemente inquieto por la desaparición del señor Júpiter; rogaba al señor Silas que...

Mientras que hablaba miraba al tío Silas; pero se interrumpió bruscamente, como si las palabras se le hubiesen atragantado; en aquel instante, el tío Silas se levantó vacilante, tratando de apoyarse en la mesa; fijó en el negro una mirada extraviada; luego, con apagada voz, balbució llevándose la mano a la garganta:

—¿Cree él?... ¿cree él?... ¿qué cree? Dile...

Después cayó en la silla, aplanado, y murmuró con voz ininteligible:

—¡Vete... vete!

El negro, asustado, tomó el portante; nosotros nos sentíamos angustiados; no comprendíamos nada, pero era penoso ver al pobre anciano en tan lamentable estado; la muerte parecía haberle ya señalado con el dedo. No nos atrevíamos a aventurar ningún movimiento; solamente Benny iba y venía en silencio, con los ojos llenos de lágrimas; sentóse al lado de su padre y le acarició la cabeza gris con sus manos graciosas; nos indicó que nos fuéramos; no necesitó decírnoslo dos veces, y salimos de puntillas.

Tom y yo nos encaminamos poco a poco hacia los bosques; no podíamos menos de comparar esta visita con la del verano último, en que todo estaba tan alegre y tan apacible; en que el tío Silas era querido y venerado por todos, él ¡tan jovial, tan erguido y tan bueno en otro tiempo! ¿Y ahora? Poco le faltaba para perder completamente la cabeza.

El día era magnífico, puro y soleado; cuanto más andábamos, más hermosos veíamos los prados, más espléndidos los árboles, más arrogantes las flores; la Naturaleza parecía asombrada de haberse visto perturbada por tan trágicos acontecimientos. De repente me paré en seco, cogiendo el brazo de Tom, y sentí que la sangre se paralizaba en todo mi sér:

—¡Mírale!—dije.

Entramos entre las zarzas, temblorosos. Tom me contestó:

—¡Silencio! No hables.

Estaba *él* sentado en un tronco, a orillas de la pradera; parecía reflexionar con la frente entre las manos. Quise llevarme a Tom, pero se negó y yo no me atreví a huir solo.

Me hizo observar que tal vez era para nosotros una ocasión única de ver un aparecido; que él, por su parte, le contemplaría todo lo que pudiese, aunque hubiera de morir de miedo. Quise imitarle mientras que sentía correr por mis venas un mortal estremecimiento. Tom procuró hablar en voz baja:

—¡Pobre Jakot!—dijo.—Va efectivamente vestido como lo

había anunciado, y ahora fíjate en su pelo. Ya no lo lleva largo como antes; se lo ha cortado, Huck; declaro no haber visto nunca nada más natural, más vivo que este aparecido.

—Tampoco yo; le hubiese reconocido en cualquiera parte.

—Me parece en tan buen estado, lo mismo en carnes que en huesos, como antes de su muerte.

Continuábamos observándole.

—Huck—dijo Tom al cabo de un instante,—otro caso me sorprende; no debería pasearse en pleno día.

—Es verdad, Tom; es un anacronismo.

—En efecto, los aparecidos no salen nunca sino de noche, y eso después de las doce; hay algo anormal en éste, te lo aseguro; porque no hay razón para pasearse en pleno día. Mira qué aspecto tan natural tiene. Jake se prometía fingirse sordomudo para que los vecinos no reconociesen su voz; ¿crees tú que nos representaría la misma comedia si le llamáramos?

—¡Por Dios, no hagas eso nunca, Tom! Me moriría aquí mismo.

—No tengas miedo, no le llamaré; pero, mira, Huck, se está rascando la cabeza, ¿lo ves?

—Sí, ¿y qué?

—¿Qué es lo que le puede picar para que se rasque la cabeza? Esta es de vapor o de bruma. ¡Qué diablos! La niebla no pica, no hay que ser brujo para saberlo.

—Pues si su cabeza no le pica y no puede picarle, ¿por qué se rasca? Debe de ser en él una costumbre inveterada.

—No, este aparecido no me convence, y me inspira muchas dudas desde que estamos aquí. Mira, Huck.

—¿Qué hay de nuevo?

—Que no se puede ver nada a través de su persona.

—Es verdad, es perfectamente opaco, y empiezo a creer...

—Ahora se pone a mascar tabaco. Los espectros no se dedican, por lo general, a semejante entretenimiento.

—Oye...

—No, no es un capricho... es Jake Dunlap en persona.

—¡Valiente broma!

—Piensa, Huck Jinn: ¿hemos encontrado algún cadáver bajo los sicomoros?

—No.

—¿Hemos visto señales?

—Ni sombra.

—Claro; porque jamás hubo aquí ningún cadáver.

—Sin embargo, oímos perfectamente...

—Es cierto, oímos unos gritos; pero esto no prueba que haya sido asesinado alguien. Vimos también correr a cuatro hombres; luego salió del bosque; le tomamos por un espectro, gracias a nuestra imaginación. Era Jake Dunlap en persona, y ése es el que tenemos delante. Se cortó el pelo, como nos lo anunció, y se hace pasar por un extranjero. ¿Un espíritu él? ¡Bah! Es perfectamente de carne y hueso.

Yo concluía por comprender nuestro error, y me alegraba mucho, así como Tom, de que no hubiesen matado al pobre Jake. Preguntamos, sin embargo, cuál debía ser nuestra conducta con él: ¿sería mejor el fingir no conocerle? Tom pensó que lo más acertado sería interrogarle. Más prudente, yo me quedé atrás, no teniéndolas todas conmigo, a pesar de todo, respecto a si sería o no un espíritu. Tom le interpeló así:

—Huck y yo nos alegramos mucho de volverle a ver, y no tiene usted que temer nuestra indiscreción; si prefiere usted no reconocernos cuando le interroguemos, díganoslo francamente; en todo caso, puede usted contar con nosotros; nos arrancarían la lengua antes que perjudicarle a usted en nada.

El pareció asombrado de vernos, y hasta de bastante mal humor, pero las palabras de Tom le desarrugaron el ceño; concluyó por sonreir, hizo algunos movimientos de cabeza y articuló unos sonidos roncos e ininteligibles a la manera de los sordomudos.

Al mismo tiempo vimos llegar gentes al servicio de Steve Nickerson, que habitaba al otro lado de la pradera. Tom continuó:

—No está usted mala pécora; no habrá quien le iguale; después de todo, tiene usted razón; representa usted su papel lo mismo para nosotros que para los demás; es un buen ejercicio que le tendrá a usted alerta. Nosotros fingiremos no conocerle, permaneceremos apartados; pero si tiene alguna vez necesidad de nuestros servicios, no tiene más que hacernos una señal.

En esto se acercaron las gentes de Nickerson: nos preguntaron, por supuesto, quién era aquel extranjero, de dónde venía, cómo se llamaba, a qué religión y a qué partido político pertenecía, cuánto tiempo iba a quedarse; en suma, todas las cuestiones de detalle que suscita la llegada de un desconocido. Tom contestó, con el tono más natural, que no había podido obtener nada de aquel sordomudo, que no hablaba sino con gruñidos: al verles dirigirse hacia Jake, temblamos por él. Tom juzgaba, en su alta sabiduría, que necesitaría varios días para poseer bien el papel de sordomudo, y que bien podría escapársele alguna palabra reveladora. Cuando estuvimos seguros de que Jake se las arreglaba bien, echamos a andar en dirección de la escuela; esto nos hacía dar un gran rodeo.

Yo estaba muy contrariado por no saber nada sobre los acontecimientos de la noche, sobre todo cómo se libró de la muerte; Tom estaba tan fastidiado como yo, pero no cesaba de repetir que, en el puesto de Jake, estaría bien alerta, sin cometer ninguna imprudencia.

Los muchachos de la escuela se alegraron mucho al vernos, y el recreo fue muy divertido. Al ir a clase, los hijos de Henderson se habían encontrado con el sordomudo, y contaron todo lo que sabían; de suerte que sus compañeros, muy intrigados, estaban en un estado de loca excitación; ardían en deseos de encontrarle, porque nunca habían visto un sordomudo.

Tom pensaba que nuestro secreto era muy pesado, y declaró que perdíamos una excelente ocasión de adquirir gran importancia contando todo lo que sabíamos; sería más heroico, sin embargo, no decir nada; porque permaneciendo mudos,

daríamos pruebas de una prodigiosa fuerza de carácter. Tal era la opinión de Tom Sawyer, y su juicio valía para mí lo que el mejor de los consejos.

CAPITULO IX

Al cabo de dos o tres días, nuestro sordomudo era muy popular. Paseábase con los vecinos, que le guardaban grandes atenciones y le miraban como una curiosidad. Invitábanle a almorzar, a comer, a cenar; le mimaban de todas las maneras; no se cansaban de observarle, y todos trataban de conocer los más minuciosos detalles de su pasado; hasta le prestaban el carácter de un héroe de aventuras. Su manera de hablar por signos era absolutamente ininteligible; nadie lo entendía (él menos que los demás); pero los sonidos que articulaba tenían un encanto para todos, y le escuchaban con la boca abierta. Llevaba consigo una pizarra y una tiza; hacíanle preguntas, a las que contestaba por escrito, pero nadie podía leer su enrevesada letra, excepto Brace Dunlap. Este reconocía que era un trabajo muy complicado, pero llegaba a descifrar sus respuestas lo bastante para poder contar la historia del sordomudo, según las propias indicaciones de éste: procedía, decía él, de un país bastante lejano, y había gozado de una situación muy desahogada; pero unos estafadores, en quienes tenía completa confianza, habíanle arruinado; convertido repentinamente en pobre, se encontraba sin medios de vida.

Todos admiraban la bondad de Brace Dunlap con aquel extranjero. Dióle una cabaña, y encargó a algunos negros que le cuidasen y le dieran de comer.

El sordomudo iba frecuentemente a casa del tío Silas, el cual estaba tan triste, que la vista de una miseria superior a la suya parecía reconfortarle. Nosotros, Tom y yo, fingíamos no conocerle y él representaba la misma comedia con nosotros. La familia hablaba delante de él de sus preocupaciones y de

sus asuntos particulares, persuadida de que no comprendía nada; nosotros pensábamos que, después de todo, no importaba que se enterase. Su actitud era, por lo demás, perfecta; permanecía impasible y no se hacía traición.

Transcurrieron unos días; empezaba a preocupar la desaparición de Júpiter; todos se preguntaban lo que había podido ser de él; nadie sabía nada, y cada cual se encogía de hombros, afirmando que seguramente le había ocurrido algo extraordinario. Pasados otros días, corrió el rumor de que había sido asesinado. Esta noticia revolucionó a las gentes de los alrededores. Las lenguas se despachaban a su gusto; una escuadra de ojeadores se ofreció para batir los bosques y buscar el cadáver. Tom y yo marchamos con los demás; estábamos locos de alegría. Nuestro exuberante contento nos quitaba el sueño y el apetito. Tom pretendía que si descubríamos aquel cuerpo, nos convertiríamos en celebridades; hablaríase más de nosotros que si hubiéramos perecido en un naufragio.

Los otros se desalentaron pronto y renunciaron a sus pesquisas. Pero Tom persistió. Pasó la noche reflexionando e imaginando un plan; por la mañana, antes de amanecer, me sacó de la cama, gritándome con aire radiante:

—¡Despiértate, Huck! ¡Vístete a escape!

En dos minutos estábamos a orilla del río, camino del pueblo. Tom quería pedir a Jeff Hoobrer su sabueso.

—La pista está demasiado visible, Tom—le dije,—y además ha llovido.

—No importa, Huck. Si el cuerpo está oculto en el bosque, el perro lo olfateará. Si ha sido asesinado y enterrado, la fosa no habrá sido cavada profundamente, y si el perro lo huele, será cosa de un instante. ¡Ya ves, Huck, que marchamos a toda prisa hacia la celebridad!

Se arrebataba, se embriagaba con palabras y esperanzas.

En dos minutos hubo trazado su plan: no iba solamente a encontrar el cadáver, sino también al asesino; le perseguiría, le acusaría, hasta que...

—Perfectamente—le dije;—pero opino que primeramente debes buscar el cadáver; será tarea suficiente para un día. Por el momento no hay ni cadáver ni asesino; nada impide que ese farsante haya desaparecido sin haber sido asesinado ni mucho menos.

Esto le molestó a Tom, que replicó:

—Huck Jinn, no conozco a nadie más desmoralizador que tú. Hasta que no se te haya hecho ver el lado bueno de una cosa, no descubres nunca más que los malos. ¿A qué viene el propinarme una ducha helada, sosteniendo que no ha habido crimen? No comprendo esa táctica, y no la emplearía yo ciertamente contigo si se presentase la ocasión. Tenemos una probabilidad única de crearnos una reputación y...

—Está bien—le dije;—siento haberte molestado y retiro mi opinión. No tiene ninguna importancia; haz lo que quieras. Me tiene sin cuidado ese individuo; si le han matado, me alegro como tú; si es que...

—Yo no he dicho nunca que me alegraría; decía solamente que...

—Pues, opines lo que te parezca, tu opinión será la mía.

—Pero si no hay nada de eso, Huck Jinn; no comprendes bien lo que...

Se interrumpió, y, olvidándose de lo que quería decir, se puso a patear en el suelo; después, agitado, exaltado, gritó:

—¡Qué gloria, Huck, si descubro ese cuerpo cuando todo el mundo haya renunciado a buscarlo, y si encuentro después al asesino! La gloria no será solamente para nosotros, sino también para el tío Silas, porque la obra de sus sobrinos recaerá en él. Yo le devolveré su crédito, ya verás.

La acogida del viejo Jeff Hoobrer enfrió nuestro celo cuando llegamos a su herrería para pedirle el perro.

—Tomadle, si queréis—dijo,—pero no encontraréis el cuerpo, por la sencilla razón de que no existe. Todo el mundo ha renunciado a ello, y con razón. Pensándolo bien, se ha com-

prendido que ese cadáver era una quimera; y, en efecto, ¿con qué fin mata un hombre a otro? Contesta Tom.

—Pero...

—Nada; contesta Tom, que no eres tonto. ¿Con qué fin se hace asesino un hombre?

—Algunas veces por venganza...

—Espera: procedamos con orden. Hablas de venganza, y en esto tienes razón. Pero, ¿quién podía querer mal a ese desheredado de la fortuna? ¿Quién, a tu parecer, tenía interés en desembarazarse de él?

Tom estaba confuso. Nunca se había preguntado por qué un hombre asesinaba a otro, y comprendía ahora que la supresión de Júpiter Dunlap no ofrecía interés a nadie. El herrero siguió:

—Tú mismo ves que la idea de la venganza cae por su base. Queda el robo; tened la seguridad de que aquí está el verdadero motivo. Algún individuo le habrá querido robar las polainas y...

Era tan chistosa esta idea, que se echó a reir, con una risa inextinguible que nada podía moderar; Tom parecía muy molesto y muy avergonzado de encontrarse allí. Hubiera querido marcharse, pero el viejo le retenía y le enumeraba todas las las razones que impulsan a un hombre a asesinar a su prójimo: de ello resultaba evidente que nadie tenía la clave del misterio; lo aprovechó para hacer una infinidad de chistes sobre aquélla y sobre las gentes que habían registrado los bosques para buscar el cadáver. Añadió:

—Si hubiesen tenido sentido común, hubieran adivinado que lo que ha hecho ese holgazán es largarse a divertirse un poco. Volverá sin duda, dentro de unas cuantas semanas, y entonces, ¡qué caras pondréis! Pero, después de todo, seguid vuestra idea; tomad el perro y traed el cadáver; anda, Tom.

Al decir esto, le acometió un nuevo acceso de risa violenta. Tom estaba un tanto perplejo con lo que acababa de oír, pero le contestó:

—Está bien, traígame el perro.

Salimos de allí mientras que el herrero quedaba retorciéndose de risa.

Era un perro magnífico, y de una raza especial para la caza; además nos conocía y nos quería mucho. Daba saltos y brincos para demostrarnos su agradecimiento por el buen paseo que le ofrecíamos. Tom estaba muy desalentado para que le interesara el perro; sentía ya su gestión, comprendía que hubiera debido reflexionar más antes de meterse en semejante asunto. El viejo Jelf Hoobrer—pɔnsaba Tom—se lo contaría a todo el mundo, y todo el mundo se reiría de nosotros.

Volvimos, pues, por caminos extraviados y sin hablar, con las orejas bajas. Al pasar por el campo de tabaco, oímos que el perro se había puesto a aullar lastimeramente; nos acercamos, y vimos que arañaba el suelo furiosamente, alzando alguna vez la cabeza para lanzar otro aullido.

Adivinábase la forma de un agujero largo y estrecho, capaz de albergar un féretro; la tierra mojada se había deprimido e indicaba claramente los contornos. Semejante descubrimiento nos dejó mudos de estupor, incapaces de articular una palabra. Apenas hubo el perro escarbado la tierra unos cuatro centímetros de profundidad, cuando hizo presa en algo, de lo que dió un tirón. Era un brazo y una manga. Tom dió un grito, y me dijo:

—¡Corramos, Huck, él es!

Yo estaba aterrorizado. Salimos a la carretera para pedir ayuda a los primeros que pasaran. Trajeron palas y azadones, y, con gran estupefacción exhumaron el cuerpo; aunque la cara estaba desfiguradísima, era fácil reconocer el cadáver del desdichado Júpiter.

—Es su traje—decían.

Unos marcharon a escape a dar la noticia del hallazgo, otros a advertir a la justicia. Tom y yo corrimos a casa. Tom iba en ascuas, convulso, y entró como una bomba en la casa en la que el tío Silas, tía Sally y Benny estaban reunidos.

—Huck y yo hemos descubierto—exclamó—el cuerpo del pobre Júpiter; los dos solos, con la ayuda de mi perro; todo el mundo había abandonado la partida; sin nosotros nadie le hubiera encontrado nunca, nunca se hubiera sabido que había sido asesinado. Le han matado a garrotazos, y voy a ponerme en busca del asesino. Apuesto que lo encontraré.

Tía Sally y Benny se levantaron pálidas y aterradas; en cuanto al tío Silas, cayó de bruces, murmurando:

—¡Dios mío! ¡Tú le has encontrado ahora!

CAPITULO X

Estas palabras nos helaron de espanto; no podíamos hacer un movimiento. Por fin nos acercamos al pobre viejo; le levantamos para volverle a sentar, mientras que Benny y tía Sally le prodigaban cuidados y caricias; los desdichados ancianos estaban tan abrumados, tan abatidos, que perdían la cabeza. Tom estaba consternado, medio petrificado por la idea de que había rematado a su tío al querer jactarse de su descubrimiento; comprendía que nada de esto hubiera ocurrido si no hubiera aspirado a la gloria con desenterrar el cadáver. Pero una idea surgió en su cerebro, y trató de reparar el mal causado, diciendo:

—Tío Silas, no diga usted eso; no tiene usted razón en alarmarse, porque no hay una palabra de verdad en todo esto.

Tía Sally y Benny parecieron agradecer estas palabras tranquilizadoras. Pero el pobre viejo continuaba moviendo la cabeza con aire lamentable y desesperado, mientras que gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas. Lloraba y decía:

—¡Sí! ¡Mía es la culpa, pobre Júpiter! Yo le maté.

Era espantoso. Se puso a darnos todos los detalles, refiriendo que la desgracia había ocurrido el día de nuestra llegada. Habíale Júpiter enfurecido de tal manera, que empuñó un palo y le asestó un golpe en la cabeza; Júpiter cayó desplomado al

suelo. Entonces el tío Silas, lleno de remordimientos y de piedad, arrodillándose junto a su víctima, le sostuvo la cabeza, suplicándole que hablara, que le dijese que no estaba muerto. A los pocos instantes, Júpiter reconoció a la persona que le atendía, y dió un salto como movido por una pila eléctrica; después echó a correr por el campo y se perdió en el bosque. El tío Silas había deducido de esto que el estacazo no era mortal.

«Probablemente, pensaba ahora, el terror le había dado fuerzas; pero este supremo esfuerzo le había acabado, y como no había nadie allí para socorrerle, había caído sin duda muerto entre la maleza.»

El pobre viejo lloraba y gritaba; acusábase de ser un asesino, de llevar en la frente el sello de Caín y de haber deshonrado a su familia. Iban a aprenderle y a ahorcarle.

—No—le dijo Tom;—no le prenderán a usted; usted no le ha matado; un solo palo no basta para matar a un hombre, otros se han encargado de rematarlo.

—¡No, no!—repetía él.—Yo soy el homicida, que no se acuse a nádie. Además, excepto yo, ¿quién podía quererle mal?

Alzó los ojos como para buscar en nuestros rostros una señal de consuelo, una palabra capaz de excusarle, al acusar a otro de aquel crimen. Pero nosotros permanecíamos mudos. Él lo observó; su cara se ensombreció y recobró su expresión, atormentado y ansioso. Tom tuvo una idea.

—Espera—dijo;—alguien le ha enterrado; ¿quién?

Pero no siguió. Comprendí el motivo, y un estremecimiento recorrió mis miembros, porque me acordé de haber visto al tío Silas pasearse con una azada al hombro, la noche de nuestra llegada. Sabía que Benny lo había visto también, porque habló de ello a la mañana siguiente.

Tom se apresuró a cambiar el giro de la conversación; suplicó a su tío que se estuviera quieto; insistimos a nuestra vez, demostrándole que sería una torpeza el contar el incidente; si

no decía nada, nadie lo sospecharía; pero si, por el contrario, se denunciaba, su familia quedaría acongojada; sería una desgracia para todos. Concluyó por comprenderlo. Respiramos y tratamos de consolarle, repitiéndole que si no hablaba, el incidente quedaría pronto olvidado. Nadie sospecharía de él, tan bueno, tan digno y tan universalmente estimado. Tom, siempre efusivo, le reconfortó diciendo:

—Escúcheme un instante, y vea si no tengo razón. Usted es para todos el buen pastor que durante tantos años ha predicado el bien a su alrededor; usted lo ha hecho de todas las maneras posibles prodigando caridades; en todas partes le quieren y le respetan como a quien ha sembrado paz y unión, y es incapaz de hacer daño a una mosca. Todo el mundo lo sabe, y seguramente nadie le había de acusar...

—¡En nombre de la ley de Arkansas, detengo a usted como asesino de Júpiter Dunlap!—exclamó el sheriff a la puerta.

¡Qué golpe! Tía Sally y Benny se arrojaron sobre el tío, llorando, gritando, agarrándose a él, declarando que no se le llevaría la justicia, que ellas le defenderían, aunque hubiesen de perder la vida; los negros llegaron en masa y... era un espectáculo lamentable; no pudiendo resistir más, me marché.

Lleváronle a la cárcel del pueblo, y le seguimos para despedirnos de él. Tom estaba... casi satisfecho, y me murmuró al oído:

—Vamos a nadar en peligros para sacarle de ahí, Huck; se hablará de nosotros en todas partes y llegaremos a ser célebres.

Pero el viejo pareció rechazar las palabras de consuelo que su sobrino le murmuraba en voz baja. Contestó que su deber era satisfacer a las exigencias de la ley, y que permanecería fiel en la cárcel, aunque las puertas se quedaran abiertas de par en par. Tom no esperaba esta respuesta que le desconcertó, pero se vió obligado a tomar un partido.

Sentía pesar sobre él una terrible responsabilidad, y su deber era trabajar en devolver la libertad a su tío: al dejar a su

tía, la recomendó que no se atormentara, y la prometió que trabajaría noche y día en probar la inocencia de su marido. Ella se encontró muy conmovida ante semejante afección, muy agradecida y bien segura de que haría él cuanto pudiera. Nos rogó que ayudásemos a Benny en sus funciones de ama de casa y del cuidado de los niños; nos despedimos muy conmovidos, y volvimos a casa, dejando a la buena tía en compañía de la mujer del carcelero para esperar el proceso que se vería en Octubre.

CAPITULO XI

El mes de espera fue largo. La pobre Benny trabajaba cuanto podía, y Tom y yo tratábamos de alegrar la casa; pero nuestros esfuerzos no daban un resultado brillante. Lo mismo ocurría en la cárcel, adonde íbamos todos los días a ver a los viejos que se consumían. El desgraciado tío no dormía, o hablaba en su sueño agitado; las noches en blanco que pasaba le daban un aspecto desastroso, y le sugerían pensamientos siniestros muy inquietantes. Su cerebro se debilitaba, temíamos una complicación cerebral; cada vez que tratábamos de animarle, meneaba la cabeza diciéndonos que no hablaríamos en en aquel tono si, como él, tuviéramos que soportar el peso de un crimen. En vano le probábamos que no se trataba de un asesinato, sino de un homicidio por imprudencia; no quería oir nada y rechazaba las circunstancias atenuantes que invocábamos. Llegó, sin embargo, en la época de los debates, a «convenir» con nosotros en que solamente había *tratado* de matar a Júpiter; la cosa era, a pesar de todo, muy grave. La situación parecía muy comprometida, y tía Sally y Benny no tenían un momento de tranquilidad. Nos prometió él, sin embargo, no hablar de «su» crimen ante ningún extraño; esto nos tranquilizó un poco.

Por su parte, Tom Sawyer se devanaba los sesos para hacer que absolvieran a su tío; me hizo pasar más de una noche bus-

cando argumentos de descargo, pero nos parecía imposible lograr nuestro propósito. En cuanto a mí, profundamente descorazonado, me parecía que hubiera valido más dejar que los hechos se aclarasen por sí mismos, en vez de perdernos en un dédalo de complicaciones inextricables. Tom no lo entendía así; se aferraba a su tarea y continuaba maquinando planes en su cerebro.

Por fin, el proceso empezó a mediados de Octubre; todos asistimos, por de contado. La sala estaba llena. ¡Pobre tío! Parecía más muerto que vivo; sus ojos estaban hundidos, y no parecía ya ni la sombra de sí mismo. Benny se sentó a su lado, tía Sally al otro, las dos con velos y con el corazón roto de emoción. Tom se sentó cerca de nuestro abogado, y seguía intensamente los debates. El abogado y el jurado le dejaban hacer; en poco estuvo que no arrancase los papeles de mano del abogado, que apenas sabía qué hacerse con sus embrollados documentos.

Los jurados prestaron juramento; luego, el fiscal se levantó para leer su requisitoria. Fue terrible para el pobre acusado, que gruñía, murmuraba, mientras que Benny y tía Sally lloraban. La manera de presentar el crimen nos anonadó; no se parecía en nada al relato del tío Silas. El fiscal pretendía que dos testigos le habían visto cometer el crimen; el asesinato era, pues, premeditado; el acusado había tenido la firme voluntad de matar a Júpiter al darle el primer garrotazo; además, le habían visto inmediatamente después ocultar el cuerpo en la maleza. Luego el tío Silas volvió a buscar el cadáver para arrastrarle al campo de tabaco; había dos testigos que le vieron, de noche, enterrar al pobre Júpiter.

Al oir la acusación, concluí por dejarme convencer de la verdad de sus afirmaciones; decíame que el tío Silas había debido de desfigurar la verdad para no afligir a su mujer y su familia; la cosa me parecía tanto más natural, cuanto que yo hubiera hecho lo mismo en su lugar; hubiera mentido como él para evitarles un dolor y una vergüenza, de la que no eran respon-

sables. Nuestro abogado parecía muy molesto. Tom estaba muy desconcertado; pero, sin embargo, fingía recobrar confianza.

Las gentes parecían muy conmovidas.

Cuando el fiscal hubo bien establecido las bases de su acusación, se sentó para desarrollar su tesis, y llamó a los testigos de cargo. Primeramente se presentaron varios individuos que declararon que reinaba una gran animosidad entre el tío Silas y el difunto; dijeron en seguida que el acusado había amenazado a Júpiter diferentes veces, que la situación se había envenenado entre ellos hasta tal punto, que se murmuraba mucho y que Júpiter no se sentía ya seguro; hasta llegó a decir que el tío Silas le mataría un día u otro.

Tom y nuestro abogado les hicieron algunas preguntas, pero fue trabajo perdido; seguían su idea y no querían apartarse de ella con ningún pretexto.

Entonces vino la declaración de Lem Beebe. Me lo representé hablando aquella noche famosa con Jinn Lane, de un perro que les había prestado Júpiter Dunlap, y esto me recordó las moras y la linterna, y la conversación de Bill y Jack Withers, cuando pasaron a nuestro lado, sobre el robo de trigo cometido por un negro del tío Silas; luego creí volver a ver a nuestro aparecido cuyo paseo nos asustó tanto. También él estaba en la audiencia; en su calidad de extranjero y de sordomudo, habíanle dado un cómodo sillón, en el que estaba bien a gusto cerca de la barra, mientras que los demás estaban apretados en los bancos como arenques, y apenas podían respirar.

Todo lo recordaba en aquel momento; pero ¡qué tristemente comparaba nuestro contento de aquella época con nuestra angustia actual!

Lam Beebe, después que hubo prestado juramento, empezó su declaración:

—Volvía yo aquel día—dijo—el 2 de Setiembre, al atardecer; Jinn Lane me acompañaba. Oimos hablar, la discusión era violenta y en alta voz; estábamos muy cerca, pero separados

de las voces por un macizo de avellanas; una de aquellas decía: «Te he advertido más de una vez que te había de matar.» Conocíamos bien aquella voz; era la del acusado; alguien blandió un garrote por encima de las ramas; luego el brazo desapareció en seguida; el ruido de un golpe, algunos gemidos, esto fue todo. Nos deslizamos quedamente para ver sin ser vistos; el pobre Júpiter yacía en el suelo; el acusado permanecía junto al cadáver con el garrote en la mano. Al cabo de un instante, arrastró el cuerpo a la maleza y lo escondió; nosotros aprovechamos el momento para escapar prudentemente.

La emoción producida por estas palabras fue intensa. Una sensación de terror heló al auditorio: quedó tan impresionado en su profundo silencio, que la inmensa sala parecía vacía. Luego oyéronse suspiros por todas partes; cada cual parecía decirse con espanto: Es horrible, absolutamente horrible.

Entonces se produjo un hecho verdaderamente asombroso. Durante todo el tiempo de las declaraciones de los primeros testigos y de sus relatos inverosímiles, Tom Sawyer, todo ojos y todo oídos, no perdía nada de sus declaraciones; en cuanto terminaban, dirigíase a ellos, y se ingeniaba para pillarles en renuncia y en refutar sus testimonios; su actitud cambió radicalmente cuando Lem empezó a hablar, omitiendo su conversación con Júpiter, que le prestó el perro; Tom le escuchaba con atención, y parecía dispuesto a interrogarle contradictoriamente; deduje de esto que se acercaba el momento en que los dos tendríamos que intervenir para contar la conversación sorprendida entre Lem y Jinn Lane. Pero, al mirar a Tom, me estremecí de espanto. Parecía absorto, y a cien leguas de la audiencia. Ya no atendía, y cuando Lem se sentó, Tom permaneció sumido en sus contemplaciones lejanas. Apostrofado vivamente por nuestro abogado, se decidió a salir de su sopor, y se limitó a contestar:

—Acepte esa declaración si gusta, pero déjeme en paz; necesito reflexionar.

Yo estaba atontado y con los pelos de punta; no entendía

aquello. Benny y su madre estaban anonadadas; se alzaron los velos para mirar a Tom, pero ni ellas ni yo logramos llamarle la atención. El secretario reunía, con gran trabajo, todas las declaraciones, cada vez más enmarañadas. Era una verdadera ensalada rusa.

Llegó el turno a Jinn Lane, que contó la misma historia con los mismos detalles; Tom no le prestó ninguna atención, y siguió sumido en sus reflexiones.

El embrollo era cada vez mayor. El fiscal bebía leche, el juez estaba muy perplejo. Con arreglo a la ley de Arkansas, que autorizaba a los abogados a nombrar a un amigo para secundar a su abogado, Tom desempeñaba casi el papel de defensor, porque su tío había solicitado su concurso; en aquel momento se olvidaba de su misión, y al juez parecía disgustarle aquella actitud. El juez no pudo obtener de Lem y Jinn sino declaraciones de poca importancia.

—¿Por qué—les preguntó—no dieron cuenta inmediata de cuanto habían visto?

—Teníamos miedo de vernos envueltos en el asunto, y además nos íbamos por ocho días a cazar a la marisma; a nuestra vuelta, supimos que se buscaba a la víctima, y nos apresuramos a decirle a Brace Dunlap lo que sabíamos.

—¿Cuándo?

—El sábado, 9 de Setiembre, por la noche.

El juez se levantó.

—Sheriff—dijo,—prenda a estos dos testigos sospechosos de haber querido ocultar la verdad sobre este crimen.

El fiscal, muy incomodado, se incorporó bruscamente.

—¡Protesto contra esa medida arbitraria!

—Repóngase—contestó el juez, quitándose el birrete y dejándolo sobre la mesa;—le ruego que respete al Tribunal.

Se hizo lo que había mandado, y entró Bill Withers. Prestó juramento y empezó a declarar:

—El 2 de Setiembre, al anochecer, volvía yo con mi hermano Jack, a orillas de la plantación del acusado, cuando vi-

mos un hombre que caminaba encorvado bajo el peso de un fardo; nos pareció que era un negro que habia robado trigo; pero no estábamos seguros. Al acercarnos, reconocimos que aquel hombre llevaba otro a cuestas; aquel cuerpo inerte nos hizo inmediatamente pensar en un borracho, y comprendimos que quien lo llevaba no podía ser otro que el pastor Silas (tenía, además, su aspecto). Desde hacía meses, el pastor Silas trataba de corregir a Sam Cooper de su vicio deplorable, y estábamos convencidos de que, habiéndole encontrado ebrio una vez más, le había caritativamente recogido y cargado con él.

Corrió de nuevo un estremecimiento sobre los asistentes que se representaban al tío, todo temblón, transportando el cadáver a su campo de tabaco, al lugar en donde el perro le había desenterrado; leíase en todas las caras una profunda impresión de repugnancia, y hasta oí deslizarse estas penosas reflexiones: «Ha sido un golpe premeditado con rara sangre fría. ¡Qué tunante! ¡Llevarse así un cuerpo y sepultarle como a un perro! ¡Un pastor, por añadidura, capaz de una monstruosidad semejante!»

Tom continuaba soñando, sin escuchar una palabra de lo que se decía a su alrededor. Nuestro abogado, muy contrariado, llamó a los testigos de descargo; pero nuestra causa parecía en muy mal camino.

Jack Withers se presentó e hizo un relato idéntico al de su hermano.

Tras él, le llegó el turno a Brace Dunlap, que parecía abrumado de dolor. Los oyentes esperaban su declaración con febril impaciencia, enjugándose las lágrimas, mientras que las mujeres murmuraban: ¡Pobre hombre! ¡Pobre desgraciado!

Después de jurar, empezó Brace:

—Hacía ya tiempo que me tenía inquieto la suerte de mi hermano, pero no creía el peligro tan inminente; no podía figurarme que se atentase contra un pobre sér tan inofensivo. (Me pareció ver en los labios de Tom una sonrisa fugitiva inmediatamente contenida.) No podía imaginarme—siguió di-

ciendo Brace—que un pastor, un hombre de iglesia, se convirtiese en asesino; jamás se me había ocurrido semejante suposición. Es una desgracia que no me haya mostrado más perspicaz; porque si hubiese obrado de otra manera, mi pobre hermano estaría hoy con nosotros, en vez de haber sido víctima de tan infame atentado.

Las lágrimas le sofocaban; se sentó y esperó un instante para reponerse. La emoción había llegado al colmo; las mujeres lloraban y el rumor de los sollozos era el único que turbaba el silencio del auditorio. El pobre tío Silas lanzó un gemido lastimero.

Brace reanudó su relato:

—El sábado, 2 de Setiembre, no se presentó a cenar; inquieto, mandé a uno de mis negros a casa de Silas, pero volvió diciendome que mi hermano no estaba allí. Entonces, mi ansiedad aumentó y me sentí muy nervioso. Me acosté sin poder dormir, me levanté a media noche y anduve mucho tiempo rondando la casa de Silas, esperando encontrar a mi pobre hermano, bien lejos de sospechar que había concluído con las penalidades de este mundo para irse a una morada mejor...

De nuevo le sofocaron los sollozos; se sentó, todo el auditorio lloraba. No tardó en serenarse, y prosiguió:

«No encontré nada, volví a casa y traté en vano de dormir. Al cabo de dos días, la ansiedad era general; empezábase a recordar las amenazas de Silas, y germinó en algunos la idea de que mi hermano hubiera podido ser asesinado; registráronse los alrededores para tratar de encontrar su cuerpo; ¡siempre nada!

»Hubo que renunciar.

»Pensé que se habría marchado para olvidar sus penas, y que volvería un día, cuando su pobre corazón estuviese consolado.

»Pero el último sábado, el 9, Lam Beabe y Jinn Lane vinieron a contarme todo lo que sabían del horrible asesinato; yo estaba aniquilado. Entonces recordé un hecho que al prin-

cipio no me había llamado la atención; contábase que el acusado se había hecho sonámbulo e irresponsable de ciertos actos raros que cometía durante su sueño.

»Voy a contar el hecho que acude a mi memoria.

»El sábado por la noche, cuando rondaba por los alrededores de la casa de Silas, triste y angustiado, oí hacia el campo de tabaco un ruido que me chocó; me acerqué recatándome, y, a través de las zarzas que bordean el camino, vi a Silas que estaba cavando con una azada de largo mango; echaba paletadas de tierra en un gran agujero; aunque me volvía la espalda, la claridad de la noche me permitió perfectamente reconocer su vieja blusa verde, con un gran remiendo blanco en la espalda que recordaba una mancha de nieve. ¡Estaba enterrando a su víctima!»

De nuevo volvió a caer en su asiento, llorando y gimiendo; la sala entera le imitó gritando: «¡Qué horror! ¡qué atrocidad!» La excitación había llegado al colmo, nadie se entendía; de repente, en medio de aquel tumulto, se irguió la figura del tío Silas; estaba blanco como la pared.

—Todo eso es perfectamente exacto—exclamó.—Le maté a sangre fría.

¡Qué revelación! Era para quedarse petrificado. La concurrencia se levantó tumultuosamente, tratando de ver al acusado; el juez golpeaba la mesa con la campanilla mientras que el secretario gritaba desgañitándose:

—¡Silencio! ¡Respetad al tribunal!

Mientras tanto, el viejo permanecía en pie, lívido, pero en actitud resuelta, y sus ojos relampagueantes sin una mirada para su mujer y su hija, que le suplicaban con la vista que no hablase; rechazó sus indicaciones, diciendo que quería descargar su conciencia de aquel crimen odioso cuyo peso no podía ya soportar, y que lo contaría todo minuciosamente. Entonces se puso a hacer el relato de aquella terrible historia: el auditorio, el juez, los jurados, los abogados estaban anhelantes; tío Sally y Benny lloraban desconsoladamente.

¡Cosa estupenda! Tom Sawyer ni siquiera le miró una vez. Sus ojos vagaban por el vacío, y seguían un punto invisible para nosotros. El desgraciado viejo continuaba su relato, con la volubilidad de un torrente desbordado.

«Sí. Yo le maté. Yo soy el culpable. Pero hasta el momento en que alcé contra él mi garrote, no tenía intención alguna de hacerle el menor daño, a pesar de las afirmaciones mentirosas de todos esos testigos y de sus acusaciones de amenazas que nunca he proferido. En el momento del crimen, mi sangre se heló, vi rojo; perdí todo sentimiento de piedad, y levanté mi arma para matarle.

»En un instante recordé todas las miserias, todos los insultos que aquel hombre y el tunante de su hermano me habían lanzado al rostro; la manera de haberme desacreditado a los ojos de mis feligreses; habían manchado mi nombre, acababan de inducirme a cometer un acto irreparable para arruinarnos, a mí y a los míos, a nosotros que no les habíamos hecho más que bien, tomo a Dios por testigo. ¿Y por qué aquella baja venganza? ¿Por qué? Porque mi hija, la inocente criatura que veis a mi lado, se niega a casarse con ese ricachón insolente y estúpido, con ese bribón de Brace Dunlap, que gimotea para la galería por la muerte de un hermano que le tenía sin cuidado. (Esta vez Tom hizo un movimiento y manifestó una verdadera alegría.) Y en aquel momento, olvidé mis creencias para no pensar más que en la amargura de mi corazón, y—¡Dios me perdone!—levanté la mano para matar. Inmediatamente me invadieron el dolor, los remordimientos; pero el pensamiento de los míos los rechazó; necesitaba a toda costa ocultar mi crimen para evitarles la vergüenza. Sí, había que hacer desaparecer el cuerpo; le arrastré primeramente a la maleza, luego al campo de tabaco, y de noche abrí un hoyo profundo y le sepulté en el lugar donde...

—*¡Ya está!*—exclamó Tom, levantándose precipitadamente, y agitando los brazos, mirando al pobre acusado con expresión dura y penetrante, dijo:

—Siéntese; en efecto, se ha cometido un crimen; pero nada tiene usted que ver en él.

El efecto fué mágico; un gran silencio sucedió al tumulto; hubiérase oído volar a una mosca. El viejo se dejó caer todo azorado en su asiento, mientras que tía Sally y Benny estaban absortos ante la revelación de Tom, con la boca abierta, no sabiendo ya lo que pasaba a su alrededor.

El público estaba pendiente de los labios de Tom; estaba fascinado, con la mirada fija, con los ojos muy abiertos y sin el menor pestañeo.

Sólo Tom estaba perfectamente tranquilo.

—¿Puedo hablar, señor juez?—preguntó.

—Sí. Hable, por el amor de Dios, y prontamente—contestó el juez, tan sorprendido como desconcertado.

Tom se puso en pie, esperó unos segundos (para preparar su efecto), y luego empezó su relato en tono tranquilo y mesurado.

—Hace unos quince días que se ha puesto en las paredes del palacio de justicia un anuncio en el que se ofrece una prima de dos mil dólars a quien presente dos gruesos brillantes robados en San Luis. Esas piedras valen doce mil; pero poco importa por el momento, ya llegaremos a ello. Volvamos al crimen. Os contaré toda la historia; vais a saber cómo se ha cometido y por quién; tendréis todos los detalles imaginables.

El público se impacientaba; se empezaba a murmurar que Tom tomaba demasiados rodeos para llegar al hecho.

«El hombre que veis aquí, Brace Dunlap, que tan hábilmente ha lloriqueado por la muerte de un hermano que le era por completo indiferente; este hombre, aquí presente, quiso casarse con la muchacha sentada al lado de ese anciano; ella se negó. Furioso, prometió al tío Silas que le haría sentir la afrenta. Mi buen tío sabía con quién tenía que habérselas, sabía de lo que era capaz su enemigo; sintiéndole exasperado, trató por todos los medios posibles de calmarle y recobrar sus buenas gracias. Por esto, se resignó a tomar al servicio de su

finca al pillo de Júpiter; para darle un salario llevó su bondad hasta privarse de gastos superfluos. Júpiter, mal aconsejado por el indigno Brace, no sabía qué intentar para insultar groseramente a mi tío, irritarle, exasperarle y llevarle a hacer mal; quería desacreditarle a los ojos del público. Lo consiguió. Todo el mundo tiró la piedra al tío Silas; se contaron chismes a su costa, hasta el punto de que el pobre Silas, abrumado, enfermo, desesperado, concluyó por perder la cabeza.

»Así, pues, ese famoso sábado, día para siempre memorable, dos de los testigos aquí presentes, Lem Beabe y Jinn Lane, pasaron cerca del lugar en donde trabajaban el tío Silas y Júpiter Dunlap. Lo que han contado a este respecto es verdad; el resto es un tejido de mentiras.

»No oyeron a Silas amenazar a Júpiter con matarle; no oyeron el golpe que le hirió mortalmente; no vieron ni el cadáver ni al tío Silas escondiéndole entre las zarzas. Miradles ahora. ¿No os parecen pesarosos por no haber sabido contener a su lengua? Ahora lo sienten; muy pronto se arrepentirán de sus embustes.

»Ese mismo sábado, Bill y Jack vieron, en efecto, a un hombre que conducía a otro. Esta parte de su declaración es exacta, el resto es falso. Primeramente, le tomaron por un negro que robaba trigo al tío Silas... Pero mirad su aire de pesadumbre, al saber que su diálogo fue sorprendido. Su desconcierto se explica así: reconocieron perfectamente al hombre que llevaba al otro a cuestas; pero saben también por qué han jurado aquí que el tal hombre, por su aspecto, debía ser el tío Silas. Esta afirmación es falsa; saben perfectamente que su juramento es un perjurio.

»Un hombre que se paseaba a la luz de la luna, ha visto, en efecto, enterrar un cadáver en la plantación de tabaco; pero no podía ser el tío Silas, que dormía en aquel momento en su cama.

»Y ahora, antes de continuar, permitidme que os haga una pregunta: ¿no habéis observado que una persona absorta o

preocupada en sus reflexiones no tiene nunca las manos quietas? Las mueve inconscientemente, sin poder explicar este movimiento maquinal. Los unos se soban la barbilla; los otros, la nariz; unos dan vueltas a una cadena, otros se arrancan un botón; los hay que se dibujan una letra o una cifra en la mejilla o en la barbilla. Yo soy de estos últimos. Cuando estoy preocupado o me absorbo en mis pensamientos, trazo en alguna parte de mi cara una V mayúscula, pero nunca otra letra; por lo general, no me doy cuenta de lo que estoy haciendo.»

—Es singular; precisamente tengo yo la misma manía; solamente que trazo una O en vez de una V. (Vi a dos asistentes hacerse signos de asentimiento, que querían decir: tiene razón, es verdad.)

«Prosigo ahora—dijo Tom.—Ese mismo sábado, o más bien, para ser exacto, la víspera por la noche, en medio de una tormenta horrorosa, había un vapor amarrado en el desembarcadero de Flager, a 40 millas al Norte de aquí; a bordo de ese vapor estaba un ladrón que llevaba consigo los dos brillantes, cuya desaparición está anunciada, como os he dicho; bajó a tierra a escondidas, con su saco en la mano, a pesar de la obscuridad y la tormenta, esperando llegar sin contratiempo al pueblo y encontrarse allí seguro. Pero también se hallaban a bordo dos de sus compañeros; estaban escondidos, y el ladrón sabía perfectamente que le perseguirían para matarle a la primera ocasión y cogerle los brillantes que habían robado juntos. Se esquivó, pues, ligeramente.

»A los diez minutos escasos de su marcha, los compañeros lo advirtieron; saltaron a tierra y se lanzaron en su persecución. Tuvieron, sin duda, que quemar muchas cerillas para encontrar su pista. A pesar de todo, le persiguieron todo el día siguiente, sin que él lo advirtiese. Al anochecer, deslizóse y se escondió en el bosquecillo de sicomoros que bordea la plantación de tabaco del tío Silas, y allí, sacando un disfraz de su saco, se lo puso antes de encaminarse al pueblo. Todo esto ocurría pocos instantes después de que el tío Silas pegara a

Júpiter (porque le pegó un palo en la cabeza, lo ¡reconozco).

»En cuanto los dos individuos vieron al ladrón que se metía entre los sicomoros, salieron de su escondite y estrecharon el cerco.

»Cayeron sobre él, asestándole un golpe mortal.

»Sí, a pesar de los gritos y de los gemidos de la víctima, los asesinos no tuvieron piedad y le remataron. Dos hombres que pasaban por el camino oyeron los gritos y acudieron a los sicomoros; al verles acercarse, los dos bandidos echaron a correr; los que llegaban los persiguieron, pero esta persecución infructuosa duró pocos instantes; volvieron tranquilamente al bosque de sicomoros. ¿Qué hicieron después? Os lo voy a contar. Encontraron el sitio en donde el ladrón había sacado el disfraz de su saco. Uno de ellos se desnudó y se puso aquel traje.»

Aquí, Tom hizo un pausa para preparar mejor su «efecto»; luego siguió con aplomo:

«El hombre que se puso el disfraz del difunto no era otro que... Júpiter Dunlap.»

—¡Gran Dios!—exclamó la concurrencia estupefacta, mientras que el tío Silas parecía caer de las nubes.

«Sí, era Júpiter en persona; Júpiter bien vivo, ya lo veis. Quitaron entonces las botas de la víctima, que se calzó inmediatamento Júpiter, y pusieron al cadáver los zapatos rotos de Júpiter.

»Este, en carne y hueso, no se movió de su sitio, dejando a su compañero el cuidado de esconder el cuerpo. A media noche, ese individuo fué a casa del tío Silas, cogió la blusa verde de trabajo de éste, que estaba siempre colgada en el mismo sitio, entre la casa y la cocina; se la puso, cogió un azadón de mango largo, y dirigiéndose a la plantación de tabaco, enterró allí el cadáver.»

Tom hizo una ligera pausa, y luego dijo:

—Y ahora, ¿sabéis cuál era la víctima? Jake Dunlap, aquel famoso tunante del que hace tiempo os habéis olvidado.

—¡Cielos!

—Y el hombre que lo enterró no era otro que Brace Dunlap, su hermano.

—¡Ah!

—¿Y sabéis quién es ese idiota supuesto que, desde hace unas semanas, se hace pasar por extranjero y sordomudo?... Es Júpiter Dunlap.

Una inmensa exclamación acogió esta revelación, y es imposible imaginar un tumulto semejante al que llenó la sala en aquel momento.

Tom saltó sobre Júpiter, le arrancó las gafas azules, las patillas y los bigotes postizos, y la supuesta víctima apareció rebosante de vida.

Tía Sally y Benny se precipitaron, locas de alegría, al tío Silas, llenándole de caricias y de besos; el pobre viejo, con la mirada extraviada, trastornado, no sabía qué actitud aceptar; seguramente iba a perder el juicio para siempre.

Pusiéronse a gritar en el público:

—¡Tom Sawyer, Tom Sawyer! Que se callen todos. Dejad que siga Tom Sawyer. ¡La continuación, Tom!

Sentíase él orgulloso de sí mismo, y llegaba al apogeo de su sueño viéndose convertido en un personaje importante, en un héroe quizá bien pronto.

«No me queda gran cosa que añadir—dijo con fingida sencillez.—Cuando el individuo aquí presente, Brace Dunlap, hubo agotado la paciencia del tío Silas hasta ponerle medio loco y hacerle alzar la mano sobre Júpiter, pensó que había llegado el momento de aprovecharse de las circunstancias. Júpiter huyó a los bosques para refugiarse; su táctica debía ser huir de noche y abandonar el país de incógnito. Brace Dunlap haría entonces creer a todo el mundo que el tío Silas había asesinado a Júpiter y sepultado el cadáver; esperaba con esto desacreditarle por completo, obligarle a expatriarse, ¡quien sabe!, tal vez lograría que le ahorcasen. Pero cuando se hubo descubierto el cuerpo de la víctima en los sicomoros, casi

identificable por lo desfigurado que estaba, aprovecharon la ocasión para forjar una endiablada historia: disfrazar a los dos individuos, enterrar a Jake, desenterrarle luego vestido con las prendas de Júpiter; comprar, en fin, a Jim Lane y Bill Withers, para que sus declaraciones fueran un tejido de mentiras. Esto es lo que hicieron.

»¿Veis ahora su aire ansioso? ¿No os dije que antes de terminar la sesión se trocaría su aplomo por una cruel angustia? ¡Mirad su actitud!

»Pues bien, Huck, Jinn y yo estábamos en el barco con los ladrones; la víctima nos contó la historia de los brillantes, exponiéndonos sus temores de ser muerto por sus cómplices si descubrían su pista. No vacilamos en prestarle nuestra ayuda, si la necesitaba. Al oir los gritos que salían del bosque de sicomoros, corrimos allí; pero no pudimos encontrar ninguna huella por lo que había llovido; supusimos entonces que no habían matado a nadie. Cuando vimos a Júpiter Dunlap presentándose con el disfraz de que nos había hablado Jake, creímos ver a éste en persona desempeñando su papel de sordomudo, cuyo programa nos había expuesto.

»Y cuando todo el mundo hubo renunciado a buscar el cuerpo, lo encontramos nosotros. Nuestro descubrimiento nos enorgulleció; sin embargo, el tío Silas nos aguó nuestro gozo al declararse autor del crimen. En aquel momento lamentábamos hondamente haber descubierto el cadáver; no sabíamos qué hacer para salvar a nuestro tío. La tarea era ardua, porque no quería bajo ningún pretexto escaparse de la cárcel, como nosotros le aconsejábamos.

»Durante un mes, me devané los sesos para encontrar el medio de salvar a mi tío; no daba con nada, de suerte que al llegar hoy a la Audiencia, estaba muy perplejo y me sentía muy sombrío, sin el menor fulgor de esperanza. Incidentalmente nada más me llamó la atención un detalle minúsculo que me dió que pensar; ese detalle no me inspiraba sino sospechas, sin darme ninguna seguridad. Reflexioné, observé, lo compul-

sé todo; y mientras que el tío Silas acumulaba todas sus declaraciones para probar su pretendido crimen, ese mismo detalle me impresionó con mayor viveza. En aquel momento fue cuando me levanté de pronto para cortar en seco las declaraciones; acababa de adquirir la *perfecta convicción*, la absoluta certeza de que Júpiter Dunlap estaba sentado frente a mí. Le reconocí en un signo particular que había ya observado en él el año último, en mi anterior visita a casa de mi tío.»

Aquí Tom se calló un instante, para acentuar su «efecto», luego se volvió como si fuera a dejar su sitio, y pronunció estas últimas palabras con aire indiferente y cansado:

—Creo haberlo dicho todo.

Imposible es que os imaginéis los gritos de la concurrencia; toda la sala retemblaba.

—¡Díganos por favor lo que ha visto hacer!—¡No te vayas, brujo!—Que no se diga que nos has dejado con la miel en los labios.—¡Dinos pronto lo que observaste!...

Habían dado perfectamente en el blanco. Tom había obtenido el efecto que deseaba; y ahora se hubieran necesitado fuerzas hercúleas para arrancarle de aquel sitio en donde contaba alcanzar un triunfo completo.

—¡Oh! ¿qué había observado? Poca cosa—contestó.—Le vi sencillamente un poco ansioso, al oir al tío Silas acusarse él mismo de un asesinato puramente imaginario; veía la progresión creciente de su turbación, y le observaba minuciosamente sin aparentarlo: de repente sus manos empezaron a agitarse; le vi entonces levantar la mano izquierda y trazar *con un dedo una cruz en su mejilla*. Esta vez le tenía, y sin la menor duda.

Todos gritaban, aplaudían, mientras que Tom Sawyer se envolvía en su triunfo y en un orgullo mal disimulado. El juez le miró desde lo alto de su asiento, y le dijo:

—Oiga usted, hijo mío: ¿ha *visto* usted por sí mismo todos los detalles de esta odiosa maquinación y de esta tragedia.

—No, señor, no he visto ni uno solo.

—¡Ni uno solo! Pues diríase que ha sido usted testigo de la

historia que acaba usted de relatar de un tirón. ¿Cómo lo explica usted?

Tom con aire radiante y sencillo, contestó:

—¡Oh! Sencillamente observando los hechos, y ajustándolos uno a uno, señor; no es más que un modesto trabajo de policía; cualquiera podría hacer lo mismo.

—No es cierto. Ni dos individuos entre mil llegarían a tan brillante resultado. Es usted un hombre muy notable.

Felicitáronle calurosamente; Tom, triunfante, aceptaba las enhorabuenas, y no hubiera cambiado su puesto por todas las minas de oro del mundo.

—Pero—le volvió a preguntar el juez, todavía un poco receloso,—¿puede usted jurar que esa historia es cierta, que usted no inventa nada?

—Puedo jurarlo, señor. He aquí a Brace Dunlap, que podrá negar todo lo que quiera, pero apuesto que ahora siente haber hablado demasiado... Mire lo quieto que está. Lo mismo le pasa a su hermano, y en cuanto a esos cuatro testigos que han sido bien pagados para mentir descaradamente, ofrecen un aspecto lamentable. No hablo de mi tío Silas, es inútil que preste juramento, no le creería ya.

Estas palabras produjeron un entusiasmo frenético; el mismo juez perdió su seriedad, y se echó a reir. Tom rebosaba satisfacción. Cuando la hilaridad se calmó un poco, Tom se dirigió de nuevo al juez:

—Señor—dijo,—debo advertir a usía que hay también aquí un ladrón.

—¿Un ladrón?

—Sí, señor. Y tiene sobre sí dos brillantes que valen 12.000 dólars.

Un rayo que cayera no hubiera producido mayor efecto. Oíanse voces de: «¿El ladrón? ¿Quién es el ladrón? ¿Dónde está?»

—Desígnele, amigo mío—le dijo el juez.—Alguacil, préndalo usted; ¿quién es?

Tom respondió solemnemente:

—El difunto aquí presente, Júpiter Dunlap.

Nueva explosión de asombro y de hilaridad. Pero Júpiter, que estaba ya más que abrumado, se quedó ahora petrificado. Medio lloroso, se levantó y murmuró:

—Esto es ya demasiado; es una espantosa mentira, señor. Soy bastante culpable, sin que se me acumule más. He hecho, en efecto, todo lo demás; mi hermano Brace me ha obligado a ello; me ha seducido, me ha prometido que sería rico un día, y le he hecho caso; ahora estoy desesperado, y bien quisiera no haber cometido tal delito. Pero no he robado brillantes, no los tengo; que me convierta en estatua, si los poseo; puede registrárseme, y se verá que lo que digo es cierto.

Tom le interrumpió:

—Señor juez, he hecho mal en llamarle ladrón, y le ofrezco mis excusas por ese término un poco aventurado. Ha robado, sí, los brillantes, pero sin sospecharlo. Se los cogió a su hermano Jake, ya muerto, el cual se los había robado a sus dos compañeros; pero Júpiter no lo sabía, y hace un mes que se pasea con esas piedras maravillosas. Sí, señor, tiene en su poder 12.000 dólars en brillantes, y, rico como Creso, anda por ahí todo el día como un pobre diablo, un menesteroso.

El juez se levantó y ordenó:

—Sheriff, registre usted a ese hombre.

Le registraron toda la ropa, el sombrero, los forros, los dobladillos, los calcetines, las botas, todo lo que llevaba puesto. Tom los miraba hacer, tranquilamente, preparando otro «golpe teatral». Por fin, se terminó el registro, sin haberle encontrado nada; todos sufrieron una decepción; Júpiter preguntó con aire satisfecho:

—¿Qué es lo que yo había dicho?

—Creo que se ha equivocado usted esta vez, amigo mío— dijo el juez.

Tom tomó un aire importante, y simuló forzar el cerebro,

rascándose la cabeza. De pronto se levantó bruscamente, y exclamó:

—¡Ah, ya esta! Me había olvidado... Va usted a ver que tengo razón... ¿Tendrá alguien la bondad de prestarme un destornillador pequeño?—preguntó insinuosamente.—Había uno en el saco de su hermano Júpiter, pero supongo que no lo lleva usted.

—No, en efecto; no lo necesitaba, y lo he dado.

—Porque evidentemente ignoraba usted su razón de estar.

Júpiter se había vuelto a calzar. Uno del público hizo llegar a Tom el objeto que deseaba. Tom interpeló a Júpiter:

—Haga el favor de poner el pie en esta silla.

Y diciendo esto, se arrodilló y se puso a destornillar la chapita del tacón. Todas las miradas convergían sobre él.

Cuando Tom sacó de su escondite el magnífico brillante y le hizo lucir con todos los fulgores de sus facetas, los espectadores se quedaron palpitantes; Júpiter parecía estupefacto y confundido. Cuando Tom presentó al público el segundo brillante, la cara de Júpiter se crispó más todavía. ¡Lo que lamentaba no haber adivinado aquel tesoro! Hubiera podido huir y vivir rico e independiente en el extranjero. Ahora se tiraba de los pelos por no haber comprendido el objeto del destornillador, tan cuidadosamente guardado en el saco.

El interés aumentaba por momentos; por todas partes aclamaban a Tom como a un genio. El juez cogió los brillantes, se irguió en su sitial, se puso solemnemente los lentes, tosió para aclarar la voz, y dijo:

—Voy a guardarlos y avisaré a los propietarios; cuando los recobren, será un placer para mí entregarle los dos mil dólars, que tan bien ha ganado; diré más: se ha conquistado usted el agradecimiento profundo y sincero de la sociedad, porque ha salvado usted de la vergüenza y de la ruina a una familia injustamente comprometida; ha evitado usted a un hombre recto y leal la infamante muerte del criminal; ha puesto usted de

manifiesto y entregado al castigo de la ley a un miserable y a sus odiosos cómplices.

Si hubiera habido en aquel momento una música para celebrar el triunfo de Tom Sawyer, todos los circunstantes hubiesen aplaudido al unísono.

El sheriff prendió a Brace Dunlap y a sus acólitos, y los hizo encarcelar en espera de la causa que había de verse dentro de un mes. Todo el mundo se apresuró a mostrarse solícito con el tío Silas; la iglesia rebosó de fieles; todos se mostraron buenos y afectuosos con él y su familia; esforzábanse en demostrarles los sentimientos de la simpatía universal. El buen tío les endilgaba sermones grotescos y ridículos, que transportaban los espíritus a través de un laberinto inextricable, en donde la luz del día no podía penetrar. Pero los oyentes los hallaban admirables, y no cesaban de proclamar abiertamente que nunca habían oído nada más bello, más límpido, más sublime; saboreaban con la boca abierta la emoción que les causaba; todo esto por cariño hacia él, para expresar lo que les pesaba haber prestado fe por un instante a las odiosas calumnias que sobre él pesaron. Pero yo mismo concluí por sentirme ganar por su ternura y su admiración hacia Silas. Apreció a mi vez las cualidades de éste, y a fuerza de rodearle de nuestra afección, recobró su equilibrio moral (esto sin adularle, puedo certificarlo).

Toda la familia recobró la alegría, y no supo cómo demostrar su gratitud a Tom Sawyer; yo tuve mi parte en su agradecimiento, aunque lo hubiera merecido poco. Y cuando llegaron los dos mil dólars, Tom me dió generosamente la mitad, ocultando a todo el mundo semejante liberalidad; su discreción no me sorprendió nada, porque conocía su excelente corazón.

MARCK TWAIN

VERDADERO VALOR DE LOS DESCUBRIMIENTOS CIENTÍFICOS

SUMARIO: Importancia de la Historia en cualquier ramo de la ciencia.—Orígenes de los descubrimientos.—El pueblo chino.—Ejemplares entresacados de las ciencias físicas y naturales con relación a la Medicina.—En el momento en que empieza la vida, comienza el dolor.—Las *tablas votivas*, como primera colección de remedios conocida.—Los preceptos de Moisés.—La Medicina de los árabes.—Algo de la historia del termómetro.—Noticias históricas del microscopio.—Maravillas que ha descubierto este instrumento físico.—¿Cómo se descubrió el fósforo?—Antecedentes del metal Mercurio.—Desde cuándo se ha usado el opio.—El descubrimiento del cloroformo.—Gratitud que la humanidad debe a los sabios que lo inventaron.—La opoterapia es muy antigua.—Rápidos y vertiginosos progresos de la química.—Las *flores de un día* en las novedades.—El estudiante perpetuo.—Resumen.—Los versos de un hombre ilustre.

I

A la evocación del recuerdo de algunos inventos, y al exhumar algunos detalles de varias conquistas científicas, verdaderos tesoros escondidos, es indispensable dirigir, siquiera sea una sucinta y rápida mirada a la Historia, donde se encuentran provechosas y fructíferas enseñanzas.

Conocer sólo el presente de una ciencia, aun cuando sea su última palabra, es saberla tan sólo a medias y de un modo incompleto, porque hay mucho que aprender en el pasado, y las miradas retrospectivas son siempre útiles, a fin de examinar lo

que las pasadas generaciones realizaron, y compararlo con lo actual. Además, a fin de saber apreciar y rendir el justo valor que tiene la ciencia del día y el caudal de datos que posee, se hace preciso conocer el camino seguido para alcanzar los triunfos que ha logrado, los obstáculos que ha tenido que vencer, los rudos combates que ha necesitado afrontar y los sacrificios y contrariedades a que se ha sometido, todo lo cual lo enseñan de un modo elocuente las páginas de la Historia.

Muchos de los descubrimientos científicos arrancan de remotas épocas, y el origen de los descubrimientos ha sido, unas veces la casualidad, otras el instinto, el talento superior de un individuo, que, cual mirada de águila, ha alcanzado espacios inmensos; en ocasiones, un momento feliz de inspiración, el deseo de mayor amplitud en los horizontes de la ciencia o de perfeccionar lo conocido, el vulgo con sus genialidades, el incesante trabajo de investigación, la necesidad de conjurar un conflicto y otra porción de motivos, que en momentos determinados y por acaso, surgen sin poder predecirlos. El ejemplo conocido de que Galileo, a la temprana edad de diez y nueve años, descubriese las leyes del péndulo, observando las oscilaciones de una lámpara en la catedral de Pisa, es verdaderamente maravilloso. Pero, ¡cuántos miles de hombres habrían antes que él visto este sencillo y al parecer insignificante hecho, sin deducir nada del mismo! Era, pues, necesario que un cerebro de tal fuerza se apoderase de tan pequeña causa, para buscar grandes y portentosos efectos.

También se observa que muchos descubrimientos fueron entrevistos antes de lo que se supone, y habría que discutir algún tanto la prioridad del invento o si ha de adjudicarse a determinada persona la gloria del verdadero descubridor.

Sabido es también que los chinos conocieron algunos de los asuntos de importancia en la general cultura mucho antes que tuviera lugar en Europa el descubrimiento; pero la incomunicación en que ha estado ese país con el resto del mundo, impidió conocer esos inventos. Tal es lo que acontece con la im-

prenta, la pólvora,. muchas materias colorantes y su fijación, etcétera, que ya eran sabidas por el pueblo chino cuando se realizó su descubrimiento en Europa. Pero eso no disminuye, sin embargo, el mérito ni la gloria de los que realizaron los inventos.

Fijándose tan sólo en algunos ejemplos, tomados entre muchos, de las ciencias físico-químicas y naturales, en sus relaciones con la Medicina y los medicamentos, y algunos de índole análoga, pueden observarse grandes motivos de curiosidad y estudio, dignos de fijar la atención por muchos conceptos.

Vemos, que en los tiempos fabulosos, el instinto obliga al hombre a buscar alimentos y objetos con que abrigar su cuerpo; por eso en un principio hubo más higiene que medicamentos; es decir, medidas preventivas, antes que represivas, de las enfermedades.

Pero la humanidad ha padecido en todas épocas dolores y amarguras, y por tanto, enfermedades. Porque en el momento en que empieza nuestra vida, comienza también nuestro dolor. Pero este dolor es necesario, porque nos alienta en nuestras tribulaciones, enmienda nuestros errores y es un verdadero auxiliar del trabajo creador, porque todo lo grande nace del dolor, y puede decirse que crece con el riego de las lágrimas. Un ilustre doctor de la Iglesia, San Agustín, dijo: *¡Nulla pena, quanta esta pena!* Es decir, ¡qué gran pena es no tener penas! Dando a entender que el combate y la lucha son inherentes a la vida.

Así es, que las enfermedades son tan antiguas como el hombre, y el deseo de vencerlas ha surgido desde los primeros momentos. El día que hubo el primer enfermo, se pensó en la manera de curarlo y la imposibilidad de explicar las causas de muchas enfermedades por falta de conocimientos, hubo de atribuirlas a lo sobrenatural y maravilloso, considerándolas como producto de la venganza de los dioses, en castigo de faltas cometidas. Por eso, los sacerdotes fueron los únicos depositarios

de los pocos conocimientos médicos que se poseían. Junto a los templos estaban los asilos, donde se transportaban los enfermos.

Entre los babilonios y asirios, había la costumbre de colocar los enfermos en la vía pública, para que los transeúntes indicaran los medios de curación. Estas observaciones las grababan en las columnas de los templos, y formaban las llamadas *tablas votivas*, que sirvieron de fundamento a la célebre Escuela de Cos.

En el pueblo hebreo se consignan algunos saludables preceptos de higiene. Moisés prescribe, en determinados días, lo de «*Emerentes panes ácimos*», o sea: «Comeréis pan sin levadura», es decir, que ya conocían la fermentación panaria y el papel que hace la levadura en ella.

Los griegos se distinguen de los demás pueblos por su genio generalizador. La religión y la ciencia marchaban unidas por sus creencias, y la fantasía predominaba en casi todos sus conceptos, hallándose en ellos algo relacionado con la química. Así, por ejemplo, la transformación de Júpiter en lluvia de oro, aludía a la destilación del oro de los filósofos; los ojos de Argos, transformados en cola de pavo real, significaban los diversos colores que presenta el azufre cuando se calienta, y otros varios hechos análogos.

Los romanos tenían divinidades médicas, y, en caso de epidemias, consultaban el oráculo, y es fama que Catón ejerció la Medicina y poseía un libro de recetas.

II

Nuestra patria ocupa un lugar honroso en la historia de las ciencias médicas y en muchos conocimientos relacionados con ellas. La dominación árabe ha dejado en pos de sí imborrables recuerdos en este sentido. Muchos medicamentos y aparatos proclaman a toda hora su origen árabe, y varias poblaciones

españolas tenían bibliotecas y escuelas públicas de fama universal, como las de Córdoba, Sevilla, Toledo y Murcia.

Dedicados los árabes al ejercicio de la Medicina, tradujeron a su idioma los libros griegos de alguna importancia, pues tenían gran espíritu de observación y buen criterio, y entusiasmo decidido por el trabajo.

Españoles ilustres han escrito sus nombres en el gran libro de la fama, por la profundidad de sus ideas, anticipándose a su tiempo.

Unos versos, atribuídos a Lope de Vega (aunque algo discutida su procedencia), dicen:

«Tan veloces como el rayo
las noticias han venido,
¿quién sabe si con el tiempo
vendrán con el rayo mismo?»

Donde parece que se presentía la telegrafía eléctrica, dos siglos antes de descubrirse.

Aunque se conceptúa a Rogerio Bacon, religioso franciscano del siglo XIII, como descubridor de la pólvora, figura, sin embargo, esa substancia en nuestro país en el sitio de Niebla.

Dos instrumentos físicos, no sólo de importancia capital en las ciencias médicas, sino en la práctica de la vida, o sean el termómetro y el microscopio, tienen curiosos antecedentes en su historia, que conviene y es útil conocer.

Respecto al termómetro, un aldeano holandés, Cornelio Drebbel, ideó un medio para medir temperaturas, que consistía en un tubo de cristal, cerrado por un extremo, y por el otro penetraba en un líquido, que las diversas y varias temperaturas hacían subir y bajar, habiendo al lado una regla dividida, que indicaba los ascensos y descensos.

Era el primer rudimento de un termómetro imperfecto. Después siguió el de la *Academia del Cimento,* de Florencia. Consistía en una esfera de vidrio, soldada a un tubo de la misma substancia, empleando como líquido indicador el alcohol,

coloreado por el carmín. Para graduarle, le trasladaban a un sótano, y donde llegaba la columna marcaban el cero, siguiendo luego la graduación hasta ciento. Rinaldini, físico de Padua, fue el primero que propuso la adopción de puntos fijos de la escala. Al gran Newton estaba reservada la gloria de la construcción de un termómetro de indicaciones, eligiendo como puntos extremos, la nieve y la temperatura del cuerpo humano. En 1702, el físico francés Guillermo Amontous, ideó sustituir el termómetro de Newton con uno de aire, y después, Gabriel Fahrenheit, constructor de instrumentos de física en Dantzig, empleó el mercurio como indicador, fabricando sus primeros termómetros en 1714.

Más tarde, Reaumur, en 1730, modificó la graduación, estableciendo 80 divisiones entre el hielo y la ebullición del agua. Celsio, en 1741, adoptó la división centesimal. Más tarde, el físico escocés Leslie estableció, en 1832, el termómetro diferencial, y el conde americano Rumford inventó el termóscopo en 1814. Después, el alfarero inglés Wegdwood, fue el autor del pirómetro, y Breguet el del termómetro metálico y otros varios bien conocidos.

Es también sumamente curioso conocer lo referente al estudio del mundo de lo infinitamente pequeño, o sea al microscopio. Su descubrimiento se atribuye a Zacarías Jansen, óptico de Middelburgo, en 1590. Derivada la palabra de las dos griegas, *mikron,* pequeño, y *scopeo,* yo examino, debe consignarse que el uso de las lentes de aumento es de una época muy antigua. Llamó la atención, desde luego, la mayor magnitud con que aparecían los objetos, examinados a través de cuerpos translucientes que terminaban en superficies curvas, como botellas y globos de vidrio llenos de agua, que usaban para ver mayores las letras de un escrito y el grabado de los camafeos.

En el siglo XIV se usaron cristales tallados en forma esférica para algunos delicadísimos trabajos de relojería y de otras profesiones en que había que observar objetos pequeños. Esos cristales fueron la base de los primeros microscopios simples, que

tan brillantes resultados produjeron en las hábiles manos de Leuwenhoeck y Lionnet.

No todos los autores están conformes en adjudicar a Jansen la honra de haber construído el primer microscopio. Algunos lo atribuyen a Cornelio Drebbel, el mismo que inventó el termómetro.

Un óptico de Londres, Dollond, perfeccionó en 1757 el microscopio con la construcción de lentes acromáticas, o sea que no presentan irisaciones, aun cuando no se generalizó el uso de éstas hasta 1824, que lo propagó Selligues. Amici fue el primero que adoptó una disposición especial, que permite la colocación del tubo, horizontal o vertical, a voluntad, y Chevallier la perfeccionó.

Aunque no se considerase el microscopio como un poderoso auxiliar de la ciencia, que ha descubierto el inmenso y admirable mundo de lo infinitamente pequeño, será siempre un objeto digno de aprecio y de grandísima importancia.

Mucho tiempo transcurrió, sin embargo, en que no se le concedió todo el valor que tiene. Pero el examen de la sangre, de los tejidos, de las secreciones y excreciones, de todo cuanto nos rodea, ha venido a producir esplendorosa luz en el campo de la ciencia, que ha revelado multitud de datos y ha cambiado los derroteros de muchos conocimientos, creando la Microbiología, la Histoquimia, la Histología, la Química microscópica, la Microlitología, etc., de tal modo, que las modernas conquistas de varias ciencias son hijas de tan poderoso auxiliar de la vista humana.

III

Recordando ahora algunas noticias relativas a otros curiosos descubrimientos, puede citarse el del *Fósforo,* que es uno de los cuerpos de mayor importancia que la química ha proporcionado. Había transcurrido más de la mitad del siglo XVII, y continuaban en vigor las erróneas creencias de la antigua

alquimia. Creían encontrar, los que a este arte se dedicaban, las condiciones de la humana ventura en las palabras de Goethe, que son: *el oro da el poder, no hay goce sin salud, y una larga vida equivale a la inmortalidad.* Prescindiendo de lo equivocado de sus aspiraciones, fundaron las bases de la química, y al número de estos alquimistas pertenecía, en 1669, un comerciante de Hamburgo, llamado Brandt, que fue el que descubrió en la orina humana un cuerpo que tenía la propiedad de lucir en la obscuridad. La etimología de la palabra *fósforo* es de dos voces griegas, *fos,* luz, y *foron,* conduzco, que indican esta misma propiedad. Pero hay algunos detalles en el descubrimiento, dignos de ser conocidos. Juan Kunckel, catedrático de la Universidad de Wittemberg, se vió obligado a emprender un viaje a Hamburgo. Allí supo que había un comerciante, desgraciado en sus negocios mercantiles, llamado Brandt, que había encontrado un cuerpo que lucía en la obscuridad. Quiso conocer el procedimiento, pero le contestó éste que había ya vendido su secreto. En vista de tal contrariedad, se dedicó Kunckel a investigar por sí la resolución del problema; y habiendo llegado a saber que Brandt empleaba como primera materia gran cantidad de orina, llegó, en fuerza de tanteos, de perseverancia y de ingenio, sin revelárselo a nadie, a obtener el fósforo. Por eso se designa a Brandt y a Kunckel como autores del invento científico más interesante del siglo XVII. Claro es que, posteriormente, muchos químicos han intervenido en el estudio de dicho cuerpo y podría formarse larga lista de los mismos; pero los iniciadores fueron los dos primeramente citados, que estudiaron y dieron a conocer una substancia de tanto interés, que si bien es cierto abrasa y envenena, es también uno de los elementos de nuestro cuerpo, y sin él no sería posible la vida.

Digamos algunas palabras, respecto a la historia del metal mercurio. Es el único de los metales que aparece en estado líquido a la temperatura ordinaria, y por sus propiedades, su importancia industrial y su eficacia como medicamento,

merece conocerse su pasado. Llamósele plata líquida por su color argentino, y Aristóteles dice que Dédalo animó a una Venus de madera, llenándola de mercurio. Dioscórides y Plinio describen el procedimiento de obtención; Vitrubio indica sus usos; Geber, en el siglo VIII, lo describe, y dice que se amalgama con el oro y la plata, y difícilmente con el cobre. El cinabrio, o sea el sulfuro mercúrico, era conocido en España en tiempo de Teofrasto, o sea trescientos años antes de Jesucristo. En la época de la dominación romana en España, ya se explotaban las minas de Almadén (cuya palabra es árabe, y significa *la mina)* para utilizar el bermellón como materia colorante. En la Edad Media se explotaron mucho estas minas de Almadén, en la provincia de Ciudad Real. Después, desde 1525 hasta 1645, las beneficiaron los Fuggars y sus herederos, ricos capitalistas, que dieron su nombre a una calle de Madrid (la de Fúcar), y más tarde las explotó la casa Roschild.

Describen los árabes un palacio de Abderramán III, cerca de Córdoba, donde dicen que había un jardín de recreo, con una fuente de pórfido en que corría el azogue, y cuya taza servía de espejo a la Sultana.

Avicena y Rasis usaban el mercurio como vermífugo, y en el siglo XVI se empezó a emplear como antisifilítico. Las célebres píldoras mercuriales, se atribuye su invención al pirata Barbarroja.

Digamos también algo respecto a la historia de un medicamento que es un verdadero tesoro para la humanidad, o sea el *Opio*. Su origen hay que buscarlo en la mitología. Ceres hizo conocer a los hombres las virtudes de la adormidera. Homero llama a la planta *Nepentes*, y habla de ella en la *Ilíada*. Plinio menciona la adormidera. Hipócrates ya usó el opio. Rasis, Avicena y Avenzoar le colocaron en preferente lugar. Paracelso le dió gran importancia. Sidenham dijo que no ejercería la Medicina si se viera privado del opio. Derosne descubrió en él el primer alcaloide conocido, o sea la narco-

tina, en 1804, y después ha sido objeto de numerosísimos trabajos de químicos, médicos y fisiólogos distinguidos, de tal modo, que forman extensa biblioteca.

La Compañía inglesa de las Indias orientales procuró aumentar en China el consumo del opio, y a fines del siglo XVIII, se establecieron dos depósitos flotantes en las inmediaciones de Cantón. La importancia y eficacia de este precioso remedio de la humanidad está en que, lejos de decaer con el trascurso de los siglos, sigue con el mismo o mayor prestigio que las sucesivas generaciones le han rendido en atención a su inmenso valer.

Recordemos algunos datos relativos al descubrimiento del *cloroformo*, asunto interesante, no sólo para el médico, sino que entra de lleno en la cultura general y pública curiosidad. La idea de anular el dolor o sustraerse a él, en las operaciones quirúrgicas, es muy antigua, y es ciertamente una aspiración muy justificada. Ya Plinio y Dioscórides, en el siglo I de la Era cristiana, hacían uso del extracto acuoso de mandrágora. Otras veces empleaban inhalaciones de medicamentos que producían el sueño. También usaban el frío, la embriaguez alcohólica, la del tabaco, etc. Más tarde usaron el sueño magnético, el éter, el protóxido de nitrógeno, llamado vulgarmente *gas de la alegría*, hasta que llegó por fin el descubrimiento del *cloroformo*, que tuvo lugar en 1831, realizado casi simultáneamente por el gran químico Liebig, en Alemania, el ilustre farmacéutico Soubeiran, en Francia, y el químico yanqui Samuel Gutrhie, en Nueva York.

Si son merecidas las estatuas que se levantan a los genios, no lo son menos las que a tales bienhechores de la humanidad se erigieran.

No faltaron algunos, que creyeron imposible la operación cruenta, la mutilación de un órgano sin experimentar agudísimos y acerbos dolores. Sabidas son algunas operaciones célebres, realizadas con una serenidad pasmosa de sufrimiento, como la que se cita de San Ignacio de Loyola, a consecuencia

de las heridas que experimentó en el sitio de Pamplona, cuyo hecho describió Castelar con la mágica palabra de su admirable y hermosísima prosa poética, en un artículo biográfico del fundador de la Compañía de Jesús.

De todos modos, el descubrimiento del cloroformo ha sido, no hay que dudarlo, una de las grandes conquistas de la ciencia, realizando un hecho que se juzgó imposible, o sea practicar una operación quirúrgica terrible y atrevida, en medio del silencio del operado, y que pueda el cirujano efectuar su trabajo sin escuchar los desgarradores gritos que arranca el dolor al infeliz que se somete a tan dura prueba.

No se han erigido estatuas a esos sabios; pero toda conciencia honrada venerará sus nombres y admirará su talento.

IV

También tenemos entre los nuevos descubrimientos la medicación llamada *opoterápica*, que arranca nada menos que de las sectas en que se dividió la escuela hipocrática, una de las cuales, o sea la de los empíricos, usaba remedios de esta índole, o sea el corazón y los riñones de la liebre, la sangre de la tortuga, etc. Así es, que después de tantos siglos renacen aquellas ideas, aunque en distinta forma, al emplear varios órganos, tejidos y jugos animales como medicamentos, como si fuera una ley fatal, que se suceden los pensamientos que ya se creían muertos y sepultados, de igual manera que concluirá lo que hoy está en su mayor esplendor y lozanía.

Lo que se conoce con el nombre de síntesis química, o sea la formación artificial, en el laboratorio de principios inmediatos, iguales a los que producen los seres vivos, ha de realizar resultados maravillosos, cada vez más sorprendentes y útiles en la práctica.

Los progresos de la química son tan rápidos y sorprendentes y caminan de una manera tan vertiginosa, que hay quien

cree que sería tal vez oportuno un período de descanso y de tregua, un lapso de tiempo de reposo y estabilidad. Aunque esto es discutible, sí es cierto que debería llegarse a un acuerdo inmutable en la cuestión de principios y teorías, o sea en los fundamentos de la ciencia.

Vengan, pues, nuevos cuerpos que aumenten la lista de los ya conocidos, y medicamentos que enriquezcan la ciencia y sean para la humanidad verdadero consuelo en sus aflicciones, y le proporcionen medios seguros para combatir las enfermedades, pero lléguese en lo fundamental, a un acuerdo de cierta permanencia.

Debe observarse igualmente, que muchos de los descubrimientos a que se dió gran valor cuando se realizaron, han ido perdiendo importancia, ya de un modo gradual o bien de una manera rápida, siendo algunos como flores de un día, muertas apenas nacidas. Ese aluvión de medicamentos nuevos, que se presentan con grandes pretensiones, han de desaparecer en breve, muchos de ellos sin dejar rastro alguno. ¡Cuán diversa la suerte de otros, de eficacia real e indiscutible, como la quinina, que vive con igual o mayor prestigio que obtuvo cuando se descubrió, hace más de noventa años!

De la índole especial de estos conocimientos se deduce que todo el que se consagra seriamente a tales estudios, debe convertirse en estudiante perpetuo, donde a toda hora ha de recibir nuevas impresiones, y aun a veces tiene que olvidar lo antiguo para rectificar ideas en los fundamentos de la ciencia.

En resumen: el *verdadero valor de los descubrimientos científicos se funda principalmente en su utilidad práctica*, la cual se aprecia por su persistencia a través del tiempo y del examen de varias generaciones sucesivas, que han podido experimentar su importancia aquilatándola en el crisol de la práctica, y justificar esa importancia apreciándola en el curso de la historia, adjudicando a cada tiempo y a cada inventor el tributo de consideración que se merece.

Que estos descubrimientos son debidos: unos, a la casuali-

dad; otros, al talento extraordinario de un privilegiado de la inteligencia, al estudio incesante o a iniciativa del vulgo, otras veces, y a la feliz inspiración de un momento, en ocasiones.

Que hay muchos inventos iniciados en épocas muy anteriores a las que aparecen como realizados, no habiéndoseles dado la importancia que tenían.

Se presintieron o se iniciaron, quedando en el olvido o en la indiferencia, hasta que llegó la ocasión de apreciar su verdadero valor.

Que en el curso de las edades se observa que, al par de los nuevos descubrimientos que satisfacen grandes aspiraciones, surgen otros deseos, como si la humanidad hubiera de estar en ansia continua de perfecciones, o con una sed inextinguible de novedades; así como también si experimentase cierto cansancio no justificado de lo antiguo para sustituirlo con lo nuevo, que a veces vale menos que lo ya conocido y experimentado.

Pero el progreso es necesario, porque ciencia que se estaciona, es ciencia muerta. Puede sintetizarse este pensamiento en los siguientes inspirados versos que el ilustre publicista y catedrático que honró la Universidad Central en el último tercio del pasado siglo, D. Manuel de la Revilla, desgraciadamente perdido en edad temprana, expresándose de este modo:

«¡Alto el tren!
—Parar no puede.
¿Ese tren adónde va?
Por el mundo caminando
en busca del ideal.
¿Cómo se llama? —El Progreso.
¿Quién va en él? —La Humanidad.
¿Quién lo dirige? —Dios mismo.
¿Cuándo parará? —Jamás.»

No puede decirse más en menos palabras. Es todo un libro de crítica histórica.

JOAQUÍN OLMEDILLA Y PUIG,
Catedrático en la Universidad de Madrid.

RELIGIÓN Y CIENCIA.—RAZÓN Y FE[1]

«No hay hombre grande para su ayuda de cámara.» Este dicho popular resume en forma plástica, según sucede de ordinario en casos tales, una profunda y trascendental doctrina, la misma que condensa también aquel otro conocido proverbio italiano: *Roma veduta, fede perduta.* No es lo mismo tener noticia remota de las cosas, percibirlas a larga distancia, o presentirlas y querer adivinarlas, que tocarlas con la mano y desentrañar sus entresijos. Si los niños experimentan desencanto a veces cuando descomponen sus juguetes, viendo que sólo es verdaderamente un montón de trapo lo que antes de mirarlo por dentro ofrecía tan vistosas apariencias, también los adultos se muestran bien a menudo sorprendidos y hasta espantados cuando se aproximan unos a otros y tocan de cerca el valor de sus personas, sus actos y sus producciones. Viene entonces aquello de que «el hombre no es más que un montón de basura». Todas las esperanzas que habían hecho concebir, con frecuencia risueñas y halagadoras, quedan desvanecidas; todas

(1) Hace ya algunos años que se escribió esto. El autor no se acordaba siquiera de ello, cuando de la Empresa editora le han remitido las pruebas. Para no desfigurarlo con las muchas apostillas, rectificaciones y adiciones que tendría que poner hoy, lo deja tal como originariamente salió de su pluma. Traduce, al cabo, un estado mental. Pero bueno es advertir que sólo en alguna parte coincide con lo que ahora se diría si hubiera de nuevo que redactar el artículo.

las promesas hechas concluyen en el vacío o en el fracaso. Parece como si fuera preferible vivir continuamente en la ilusión, en la inocencia y la «santa ignorancia», fuente de goces que el conocimiento y la ciencia no sólo son incapaces de producir, sino que los desvanecen cuando existen.

El abrirle los ojos a alguien, aunque se recomienda a veces como un beneficio (obra de misericordia, enseñar al que no sabe), suele ser el origen de su desgracia. En cuanto Adán y Eva los abrieron, salieron de su feliz estado primitivo y se vieron desnudos, miserables, mortales y arrojados del Paraíso. Hay muchos, pero muchos hombres, que huyen de la ciencia, recelosos de que las luces de ésta les hagan perder la beatitud, y de que, al permitirles gustar las delicias del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal, caídas las vendas de sus ojos, les traigan inquietud y zozobra. Todo el que quiera ahorrarse preocupaciones y quebraderos de cabeza preferirá siempre la inacción en las tinieblas al movimiento febril en la claridad. ¿Y si, como efecto de sus pesquisiciones, resulta luego que cae en herejía, incredulidad o escepticismo, o que pierde su confianza, su fe, en las virtudes tales o cuales de aquellas personas en quienes las tenía puestas?

Dondequiera que alguien pretenda dominar a otros, o ser dominado por ellos, tendrá que manifestarse más o menos claramente el interés por la ignorancia. Los fieles de una iglesia renunciarán a meterse en honduras, dejando a los «doctores» y «pastores» de ella el cuidado de pensar por todos y de trazar las reglas de conducta para todos; y los pastores y doctores, por su parte, procurarán que los fieles sigan siéndolo verdaderamente, confiando en la dirección que ellos les marquen y no atreviéndose a someterla a crítica. Hay unos, puestos para mandar, y otros, para obedecer. La fe que los últimos necesitan ha de ser ciega; la de los primeros no es necesaria, pudiendo más bien hacer uso de su razón. Los grandes hombres, reales o aparentes, para no perder su prestigio, han menester asimismo no permitir que sus ayudas de cámara se les acerquen de-

masiado; es el único modo de que no les pierdan el encogido y medroso respeto que mantiene su superioridad. Todos los señores y guías de la conducta ajena, reyes, emperadores, caudillos, necesitan, por lo regular, mantenerse cuidadosamente apartados de sus súbditos, a fin de que éstos conserven hacia ellos su idolatría, cosa difícil desde el instante en que les conozcan y puedan tratarles de igual a igual. La percepción más o menos clara de este fenómeno psicológico ha de entrar por una gran parte en el desplegamiento de la pompa y la rigidez hierática que ha acompañado continuamente a los soberanos y otras autoridades, cuidadosos de no dejarse acercar por los que pueden reconocer sus oropeles y decir: «Yo creí que era otra cosa, y es un hombre como nosotros.» El poder de los espantajos declina o desaparece del todo no bien se aproxima uno a ellos.

Pero los espantajos son precisos para la vida humana, rodeada por todas partes de los mismos. Donde lo desconocido impera, allí están ellos, y lo desconocido nos está asediando y amenazando continuamente. De los diferentes orígenes psicológicos que a la religión se atribuyen, éste es, me parece a mí, el más fundamental y el que a todos los restantes sirve de soporte. El sentimiento de angustia medrosa, de impotencia y encogimiento ante la magnitud sospechada del mundo, que no se deja someter a nuestro dominio mental, es lo que hace al hombre religioso. La religión, según algunos, es la metafísica del vulgo (como la metafísica y los sistemas metafísicos de los filósofos suelen constituir la religión de éstos); pero quizá fuera más exacto decir que toda religión, sea quien sea el que la profese, y adopte la forma que adopte, es por fuerza una metafísica, en el sentido de presuponer un intento de explicación de la realidad total, desconocida y, a lo que parece, inconocible para nosotros. La religión tiene varias significaciones, pero sobre todo quizás ésta: es la clave con la cual se descifra, bien o mal, el gran enigma del mundo. Es un modo de saber o de ciencia, aun cuando a menudo se juzgue otra cosa. Es como el

punto de intersección entre mi realidad subjetiva, que se afirma independiente, pero microscópica, y el Océano inmenso de lo exterior a mí, en donde me veo yo sumergido.

Mi conciencia (mi saber), aun en el mejor caso, abarca muy poco, una porción infinitesimal de lo que parece posible conocer. Pero ella no se satisface con esto, sino que, antes bien, aspira a que no quede nada fuera de su dominio; y como no puede lograrlo mediante la observación y el conocimiento directos, suple la deficiencia con la imaginación constructora, dando por conocido lo que no lo es y por supuesta la existencia de partes o modos de realidad, sustraídas completamente a su percepción. Nosotros, los hombres, en nuestra ansia impaciente e inagotable de darnos cuenta de todo y explicárnoslo todo, no nos arredramos ante ningún obstáculo. Cuando no alcanzamos la explicación de una cosa, o de varias, ni nuestra vista penetra las conexiones naturales y causales entre ellas, inventamos esa explicación que nos falta. Y así, todos, igual los pensadores y filósofos de profesión que el más humilde patán, tenemos nuestra religión y nuestra metafísica (nuestro sistema metafísico o religioso) para nuestro uso personal y para salir de todos los apuros. Lo que de ciencia propia no sabemos, lo damos de todas maneras por sabido. De aquí la abundancia de conjeturas, de hipótesis más o menos aventuradas, de construcciones ideales, de opiniones, en todas las filosofías y en todas las ciencias, incluso en aquellas que presumen de mayor certidumbre (1).

(1) Lo mismo tienen esta pretensión las ciencias llamadas experimentales (las únicas «verdaderas» ciencias, según sus cultivadores) que sus opuestas, las tenidas por racionales. Si, para los experimentalistas, sólo la observación y la experimentación pueden ser fuente de conocimientos seguros y positivos, cayendo en el horizonte de la fantasía (metafísica o no) cuanto de aquí trasciende, a los ojos de los «racionalistas» y metafísicos, por el contrario, únicamente los conocimientos racionales, derivados de la intuición directa de los principios fundamentales y de la deducción y desentrañamiento de las consecuencias rigorosamente lógicas en ellos

La religión, pues, y la ciencia, aunque constantes enemigas por el aspecto que luego se dirá, son también, por otro, compañeras inseparables. Están necesariamente compenetradas, supliendo cada una las deficiencias y vacíos de la otra. No hay teología que no aspire a tener carácter científico; hasta se ha pretendido, y se sigue aún pretendiendo por algunos, convertirla en la ciencia matriz, de la que todas las demás, empezando por la filosofía, sean filiales esclavas. Ahora, la teología, que acomete los problemas religiosos y es así una verdadera metafísica, por cuanto intenta dar explicación de las mismas cuestiones trascendentales a que ésta se consagra (naturaleza, origen, propiedades y actividad del Sér y relaciones del mismo con los seres) (1), invade también el terreno de las ciencias particulares desde el momento en que sus doctores, los teólogos, en cuanto tales y en tratados de teología, se ocupan de asuntos terrestres, de esos que caen bajo el imperio, no tan solo de la razón, sino hasta de los sentidos corporales (2). Por su parte, los hombres de ciencia, sea que se consagren al cultivo de las calificadas de experimentales, o al de las consi-

contenidas, son los que ofrecen certeza apotíctica, la certeza propiamente tal, pues la proviniente de la observación empírica tiene siempre un carácter provisorio, y está, por lo mismo, sujeta a posible rectificación, al revés que la otra.

(1) No es posible por eso marcar, según se ha pretendido, una diferencia, ni precisa ni siquiera borrosa, entre la teología y la teodicea, haciendo que la primera se contenga en sus propios límites, puramente religiosos, sin traspasar los de la filosofía, privativos de la segunda, y al contrario.

(2) Así pasa con multitud de problemas tocantes a las ciencias físicas, naturales y cosmológicas, y excusado es añadir que también con los relativos a la ética y al derecho (político, privado, penal, etc.): materias de matrimonio, de propiedad, de soberanía, de delitos y penas... Las preocupaciones de la mente humana respecto a la naturaleza de Dios y a la acción y dirección del mismo sobre los hombres y la sociedad (Providencia), andan mezcladas, en los escritos de referencia, con las preocupaciones que tocan a la naturaleza y obrar de los hombres y a sus relaciones para con Dios (deberes, sumisión, culto, pecados).

deradas como especulativas, deductivas y filosóficas, están a cada momento acudiendo a recursos religiosos o teológicos, especialmente cuando se encuentran en algún aprieto, más grave o más leve. Siempre que, por los medios que el estudio de la causalidad y los engranajes naturales pone al alcance de su mano, no son capaces de dar explicación conveniente («científica», que se suele decir) a algún fenómeno, en vez de confesar la propia impotencia mental y los límites de su dominio científico, prefieren a menudo acudir a cualquier *Deus ex machina*, con el cual salir pronta y airosamente del atolladero: entonces es cuando salen a la plaza los «inexcrutables» designios divinos, el milagro, el castigo de Dios, la revelación, la fuerza de lo inconsciente, la *vix medicatrix naturae* y tantos otros recursos parecidos.

Pero con la religión, considerada como doctrina o sistema de concepciones, ideas y soluciones sobre tales o cuales problemas que la mente humana se pone indefectiblemente—y así se la considera siempre que se pregunta por la cuestión de sus relaciones con la ciencia (1);—con la religión como cuerpo de doctrina (conjunto de dogmas, de creencias, de enseñanzas: religión cristiana, musulmana, budista, positivista, compendiada en este o el otro catecismo, a fin de poderla «aprender», más que sentir, o en cuanto el aprendizaje puede determinar la aparición del acto, y la repetición de actos, el hábito primero, y luego el sentimiento), sucede igual que con los demás cuerpos de doctrina análogos. Aun cuando nadie inventa de pronto y totalmente doctrina ni religión cerrada alguna, sino que todos se dejan conducir bastante por los carriles que encuentran hollados, pagando así tributo a la poderosa divinidad que lleva el nombre

(1) Y aun quizá siempre; por más que la concepción religiosa de tal o cual persona, ya individual, ya colectiva, tenga siempre por base y antecedente un estado afectivo (¿temperamental?), del que aquélla es expresión externa, aunque también, por su parte, luego contribuye a fomentarlo y solidificarlo, o, al revés, a debilitarlo.

de rutina, sin embargo, es posible distinguir, respecto del particular, grados diversos. Hay quien se hace, hasta cierto punto, la religión (o la metáfisica, o la teología) por sí y para sí, rechazando toda imposición externa, en cuanto tal, en materia religiosa (en asuntos de conciencia, de *conscientia*, de independencia del espíritu, de construcción mental filosófica, guía del propio hacer), y hay, por el contrario, quien, renunciando, aun no reflexivamente, sino por presión rutinaria, a «meterse en dibujos», recibe sin previo examen la doctrina (el credo) que otros le presentan, y comulga con el pan por otros amasado, aun cuando tenga que tragar, no hostias, ruedas de molino. De estos últimos pudiera decirse que no piensan, cuando menos en asuntos religiosos, sino que tienen encomendada a otros la misión de pensar por ellos. Los primeros, en cambio, tienen una religión que vive de la razón más que de la fe, es decir, una religión racionalista.

No estorba, para ser así, que se trate de creyentes o fieles de una religión positiva, dogmática inclusive. Como figuran en ella por convencimiento propio, porque lo estiman racional (prestando a la misma el consabido *rationabile obsequium*), son de hecho tan racionalistas como los que por antonomasia reciben este nombre. Fundamentalmente, no tienen otro criterio que el del libre examen. Hacen un análisis o estudio de los dogmas, doctrinas y preceptos de la religión positiva de que se trate, y encontrando razones suficientemente poderosas de credibilidad, toman la resolución de someterse a ella y aceptar sus enseñanzas y la dirección de sus autoridades de ahora para siempre, sin necesidad de estar a cada paso repitiendo la misma operación. Es procedimiento que estamos usando continuamente y en multitud de cosas los hombres cuando, después de haber examinado un problema y formado juicio sobre él, archivamos este juicio en nuestra mente para aplicarlo, sin nuevo examen, en todas las ocasiones análogas que vuelvan a presentarse. Y por eso, en asuntos religiosos se nos hacen tantas predicaciones y explicaciones, desde el púlpito o en cátedras

y libros *ad hoc*—cátedras y libros *de locis theologicis*, o de apologética,—con el objeto de ganar nuestro espíritu y de constituir nuestro convencimiento en base de nuestra fe.

El resultado es igual. Fe asentada sobre la más pura rutina, efecto de la presión ejercida por los hábitos sociales seculares, o fe apoyada sobre juicios previos, reflexiva y trabajosamente formados, acaban siempre ambas por esclavizar mentalmente a los respectivos sujetos. Cuando la fe domina, y domina entre los hombres casi por completo, bajo diferentes formas y en territorios muy varios, el que la tiene no es dueño de sí, sino que se halla entregado rendidamente a la dirección ajena. El creyente, lo mismo en materia religiosa que en otra cualquiera, es un «borrego», miembro de un rebaño apacentado por el pastor, único que puede mirar libremente a todos lados y elegir sus propios caminos. Mientras el ejercicio de la razón trae como consecuencia el dominio mental que lleva el nombre de ciencia (conciencia de las cosas sabidas «a conciencia»), y el sentimiento (la conciencia) de este dominio engendra la fe en sí propio, y, en lo tanto, la repugnancia a la sumisión ajena, por el contrario, la renuncia a la actividad mental propia, renuncia que a toda manera de fe acompaña en aquello sobre lo cual recae, coloca al hombre en una actitud de forzosa dependencia. Si el creyente, ora en personas (de su confianza, sea por el motivo que quiera), ora en cosas, relaciones, instituciones o sistemas, declina necesariamente su personal pensamiento, descansando en la confianza de que el trabajo de otro le ha de salvar y sacar de atolladeros (en cuestiones de creencia, de ciencia, de gobierno, de educación, de táctica y lucha, de ganancia económica, de coste y construcción...), el racionalista, al revés, tiene que ser un independiente y un rebelde que, necesitando «ver por sus propios ojos para creer», no se resigna a cerrarlos, encomendando a otros la misión de mirar por él y de irle señalando lo que ha de decir y afirmar, a la manera de los apuntadores de teatro.

Claro es que la personal visión alcanza muy poco y que la

conciencia de uno (el ejercicio de su razón, el examen razonado de las cuestiones) ni puede a la vez aposentarse sobre varias cosas, ni tampoco le es posible abarcar y dominar, por medio de su actividad sucesiva, un gran número de éstas. Lo mismo el horizonte del llamado por alguien «saber vivo», que el del saber almacenado poco a poco en el curso de la vida de cada individuo y por efecto de los esfuerzos mentales de éste, son reducidísimos. Pero el racionalista que verdaderamente funcione de tal y no quiera meterse en terreno vedado se parará ahí, dejando a cada cual libre para que, desde tales límites en adelante, se despache, si quiere, a su gusto, e imagine o presuma cuanta realidad y formas o posiciones de realidad tenga por conveniente. El mismo sujeto puede a la vez ser racionalista y creyente y dar pasto tanto a su razón como a su fe: lo primero, en aquellas materias que, «entregadas a las disputas de los hombres», haya examinado por sí, de manera que los juicios que formule sean la expresión de razonadas e íntimas convicciones; lo segundo, con relación a asuntos u órdenes de realidad cuya existencia ni siquiera le consta positivamente, por estar del todo fuera del alcance de sus medios exploratorios, o a cuyo estudio especial no haya podido consagrarse, dejándoselo reservado a otros individuos, a los que tiene que pedir las luces y auxilios correspondientes, para aprovecharlos confiadamente, ya de un modo incondicional, o ya provisionalmente, hasta tanto que él mismo se entregue a la respectiva investigación.

La relación inversa entre la ciencia y la fe se manifiesta, pues, en más de un sentido. A medida que se ensancha el horizonte del saber personal, va estrechándose el otro, a cuyas expensas se verifica el aumento del primero. Mas aun cuando se llegara a conocer y dominar mentalmente todo aquello adonde las fuerzas humanas pueden alcanzar, siendo entonces el hombre—todo hombre—el único director racional de su conducta y sus movimientos (especie de inteligencia pura que ilumina todos los caminos a la propia actividad), todavía queda-

ría subsistiendo un más allá ignorado, alimento de las construcciones imaginativas y, por lo tanto, de la fe. El más sabio y reflexivo se tropieza siempre con un *noumeno* inconocible y se ve obligado a confesar un *ignoramus,* y hasta un desalentador *ignorabimus.*

Por esta causa, la fe engendra en nosotros encogimiento y actitudes de súplica y poquedad (plegarias, arrodillamiento, actos de culto y desagravio, ofrendas para ganarse la voluntad y benevolencia del poderoso, etc.); pero también un estado de tranquila satisfacción, proviniente de la confianza en que todo nos lo han de dar pensado y hecho, no quedándonos a nosotros otra cosa sino conformarnos con los designios ajenos, secundándolos y cumpliéndolos sin preocupación alguna, como objetos lo más inertes posible, que se dejan llevar a cualquier sitio sin la menor protesta. No hay gente más feliz que la que no tiene que pensar en nada, aun cuando su felicidad sea poco intensa, por tener un carácter bastante superficial y calar muy poco adentro. El mejor tipo del hombre feliz es el idiota. En cambio, la resignación, y tanto más cuanto más alegre y menos madurada, trae consigo el estancamiento, porque el satisfecho y resignado, no sintiendo la carencia de nada, a nada aspira, ni se esfuerza por conseguir mejora de ninguna clase. Para los resignados, faltos de todo ideal, cuanto sucede en el mundo está conforme con la justicia; lo que es y lo que debe ser se confunden; y en todo caso, de haber entre ambas cosas algún desequilibrio, no es a ellos a quien corresponde deshacerlo. Las injusticias de «aquí abajo», v. gr., quedarán remediadas en otro mundo, y serán otros los que se encarguen de ponerlas remedio.

De manera muy distinta ocurre con la ciencia y la razón, escrutadoras por su misma índole. Descontento de sí el respectivo sujeto, pero no confiando sino en sus fuerzas propias, tiende siempre a conseguir alguna situación nueva, lograda la cual, vuelve a surgir en él otro ideal distinto, con otros planes y otras apetencias. Y así, en serie interminable, constitutiva de lo

que se dice progreso humano. El espíritu del hombre se encara arrogante con la realidad que tiene a su alcance, para averiguar los nexos que en ella existen y conocer de esta manera los influjos de unas partes de la misma sobre las demás. En cuanto se penetra de ellos, y sabe, por consiguiente, cuáles sean sus relaciones de causalidad, se considera señor del medio que le rodea, y excluyendo del gobierno de aquella esfera toda intervención superior y extraordinaria, para no admitir sino causas segundas y procesos naturales, fijos, sabidos de él, viene a colocarse en la actitud de quien va adonde bien le parece y lleva las aguas por el cauce que más conveniente cree a sus personales finalidades.

La antinomia que en esto encontramos, la del progreso y la felicidad individual como términos incompatibles, no puede, a lo que parece, ser borrada mientras el hombre sea y pretenda seguir siendo lo que es. Si el hombre se siente *yo* y afirma su propia inconfundible e insubsumible realidad, también se tropieza, hasta como requisito indispensable para esta afirmación, con algo que no es él mismo, y en contraste con lo cual, mundo exterior y objetivo, habla también de la existencia de un mundo subjetivo y de conciencia, donde se fragua el conocimiento, y juntamente con el conocimiento, los deseos y los ideales.

Todo lo que gane cada uno de esos mundos, lo gana a expensas del otro. La «objetividad» que se reclama a menudo para todo, y singularmente para los juicios (cosa esencial e imprescindiblemente subjetiva), objetividad que quiere decir tanto como equidad, ecuanimidad, imparcialidad, impersonalidad, indiferencia—según los casos,—implica siempre el sacrificio del mundo subjetivo y de los particulares puntos de vista, no sólo en cuanto a intereses de esta o de la otra clase, sino también, con frecuencia, en cuanto a las opiniones. Ser «objetivo» significa muchas veces abdicar del propio parecer y deferir al de otros, descansando en él y renunciando a hacer investigaciones, o dejando aparte las practicadas. Eso supone el

llamado criterio lógico de autoridad, y aun algún otro, tan fuertes en ocasiones, v. gr., en asuntos de valoración moral, que rara vez se atreve uno a oponerse a ellos.

El supremo ápice de la vida humana parece la renuncia total a la misma. Lo más humano de la vida es, según se dice, la vida moral, y lo más moral de todo es el sacrificio y la abnegación, no ya sólo de los juicios y las opiniones, sino de la persona entera. El que disuelve la suya en el océano de las exigencias objetivas, sin pretender hacer valedera su particular realidad frente a la realidad de fuera, ni buscando su propio bien (las finalidades por él y para él creadas dentro de su mente), sino, por el contrario, el bien ajeno, ése parece que se conduce moralmente. Pero ése necesita también ser un hombre de gran fe, y, en cierto modo, de ninguna conciencia, de ninguna ciencia, de razón adormecida. La posición mental de un Kidd y de los que como él piensen acerca del particular es, quizá, exacta. ¡Y quién sabe si más acertado aún el panteísmo nirvánico que, renunciando a la noción de individualidad, no ve en cada individuo, con su aparente subjetividad consciente, razonadora y finalista, sino una minúscula parte del Gran Todo, en cuyo seno ha de vivir satisfecho, entregándose a él rendidamente, con la fe infinita que cabe tener en un Todopoderoso! Esta sería también, si fuese posible, y a lo menos en algún respecto—no tampoco en todos,—la suma y máximamente tranquila felicidad.

P. Dorado

LA AMÉRICA MODERNA

La revisión de la historia colonial de España. Tendenciosidad de la literatura francesa.—Los hechos.—Labor americanista de las Cortes de Cádiz. Los americanos doceañistas. Declaraciones y Decretos. La emancipación colonial como fenómeno bio-sociológico. El mercantilismo y su política colonial en los Estados europeos. Inglaterra, Holanda y España. La imparcialidad histórica. Puerto Rico en el Centenario de las Cortes de Cádiz.—Los indios del Putumayo. Filiación étnica. Vestigios de los Incas.—Páginas económicas. Doce años de comercio argentino.—Estadísticas. La industria azucarera en Cuba. Un informe consular. Producción, coste y beneficios. Capital americano invertido en Centrales cubanas.

Difícilmente se encontrará una literatura tan tendenciosa como la literatura francesa. Y no me refiero exclusivamente a las labores retóricas al hablar de literatura; hay que entender el vocablo en su más amplia expresión, que alcanza a toda la bibliografía acumulada sobre cualquier rama de los conocimientos humanos. La lógica racional, la verdadera lógica subordina la conclusión al razonamiento; la lógica de la pasión, la falsa lógica, subordina todo el razonamiento a la conclusión que se apetece de antemano. Esta suele ser la lógica que campea con harta frecuencia en la literatura francesa, por desgracia; sobre todo, cuando de la cultura ajena hay que hablar o poner en parangón con la nacional. Esto explica que muchos autores franceses hayan entrado a saco en el teatro español, y

se hayan aprovechado de él, sin nombrarle, por supuesto; no hay que hablar de los procedimientos que ponen en práctica cuando tienen que juzgar culturas rivales como la alemana.

En Francia existe la pretensión de regir moralmente a los países hispano-americanos y aprovecharse de paso, de las ventajas que tal ascendiente moral les puede proporcionar; y como España es la concurrente en este sentido, de Francia, los escritores franceses no titubean en arremeter, con razón o sin ella, contra todo lo que tenga procedencia española. Ahí está la obra de Huret sobre la Argentina, que no es más que una serie de crónicas pegadas, para confirmar lo que voy diciendo. Los editores franceses se dan buena maña para lanzar al mercado una serie de libros sobre América, en los cuales campea la tendenciosidad contra España de manera poco escrupulosa. Y es lamentable que algunos de tales libros lleven la firma de hispano-americanos. El pie de imprenta parisino viste mucho; sobre todo, entre los que viven en la superficie de las cosas; además, hay quien cree tontamente que para demostrar que se es capaz de juzgar una cosa o un pueblo, basta con despreciarle. En España, el sentimiento nacional no es aún bastante vigoroso; está en los momentos presentes en franca gestación y no reacciona con la fuerza deseable contra tales insidias. Por eso vemos que algunos de los libros tendenciosos a que me refiero, son traducidos rápidamente al español, sólo porque llevan la etiqueta francesa y ofrecen buen aspecto de condiciones editoriales: título sugestivo, tamaño reducido y apropiado para las mentalidades perezosas, claros, superficiales, etc., etcétera. Indudablemente que los alemanes se guardarían mucho de traducir ni de propagar en forma alguna cualquier impreso que fuese considerado, con razón o sin ella, como depresivo para Alemania. Heine era Heine, y aún no ha podido tener un monumento en Alemania, sólo porque fustigó las flaquezas de los alemanes.

Entre nosotros, es otra cosa; muchos han tomado el desdén a todo lo nacional por europeísmo.

Renuncio a citar nombres de autores que han demostrado esta pasión de la tendenciosidad; sólo me entretendré en escarbar algunos libros y mostrar cuán malparada queda la Historia en sus manos, y llenaré, a ser posible, los huecos que los escritores dejaron en sus páginas.

La mayor parte de los comentaristas de la emancipación de la América española han exaltado hasta la saciedad el influjo de la Revolución francesa en el movimiento separatista. La metrópoli española ha quedado retratada por ellos como un cuerpo envuelto por una cogulla o por una chilaba. Apenas hay quien se haya dedicado a examinar la obra liberal que España realizaba en las Cortes doceañistas a favor de las colonias americanas, se afirma que las colonias se acogieron a los principios de la Revolución para conseguir mayores libertades que las que disfrutaban, como si de ninguna otra parte hubiesen obtenido la libertad racional a que un país colonial tiene derecho. Contra esto hay que afirmar rotundamente que la metrópoli, si no conservó las colonias, no fue precisamente por falta de espíritu liberal y de otorgamiento o reconocimiento de derechos, sino por falta de... fuerza material bastante para conservarlas.

García Calderon hace una referencia muy ligera de la labor doceañista relativa a América en su libro ya comentado por mí; en la mayor parte de los autores este gran capítulo de la historia española se pasa por alto. En el libro de Levillier, *Les Origenes Argentines*, recientemente traducido al castellano, no hay ni asomo de la labor liberal de las Córtes de Cádiz. Con testimonios altamente imparciales, como el del ilustre americanista Rafael María de Labra, se podrá ver lo que pensó y otorgó España a sus colonias de América. He aquí una síntesis:

Al principiar el siglo XIX, la América española estaba regida por la Novísima Recopilación de Carlos IV y la Recopilación de Indias de Carlos II. La transformación del régimen a que estaban sometidas las colonias comienza en 1809, en la cé-

lebre Declaración de la Junta Central, en la cual se afirmaba que las colonias españolas no eran factorías ni otras dependencias análogas como las de otras naciones, sino parte integrante y esencial de la nación española. Cuando se convocan las Cortes se invita a las colonias a que envíen sus representantes para que, con los de la Península, deliberen y resuelvan en Cádiz.

En la gran labor de las Cortes se ven Declaraciones y Decretos que modifican esencialmente las relaciones de la metrópoli con sus colonias. Las Cortes generales y extraordinarias de Cádiz, que funcionaron desde 1810 a 1813, desenvolvieron un conjunto de libertades para el mundo colonial español verdaderamente extraordinario. En ellas había 305 diputados, de los cuales 56 eran americanos. La mayoría procedían del Perú, Méjico, Ecuador, Centro América, Cuba y Puerto Rico. La Cámara contó 37 presidentes, y de éstos fueron americanos 10. Los nombres de Morales, Duárez, Castillo, Guridi, Alcoser y Gordoa, catedrático y sacerdote mejicano que presidió la última sesión de Setiembre, demuestran la influencia que tuvieron los americanos en el movimiento y formación del régimen liberal de España, por una parte; por otra, el respeto de los revolucionarios españoles para las colonias americanas. No fue escasa la proporción que los americanos tenían en la organización de las Cortes; en comisiones tan importantes como fue la Comisión constitucional, de 21 miembros, cinco eran diputados americanos.

Un americanista tan docto como D. Rafael María de Labra, describe así la participación de los americanos en las Cortes (1).

El gran poeta ecuatoriano Olmedo fue el secretario de la Comisión permanente.

Mejía Lequerica, de Quito, de extraordinario saber, y que murió a los treinta y seis años, fue uno de los dos grandes ora-

(1) Labra: *Las Declaraciones y los Decretos de las Cortes de Cádiz sobre América*. Madrid, 1912.

dores de la Cámara, donde cautivó la atención general, por su sinceridad y su elocuencia, el teniente coronel Inca Yupangui, de la raza india.

El profesor detalla las principales Declaraciones y los más salientes Decretos de carácter americano de las Cortes de 1810 a 1813. Destacan, en primer término, los que garantizan la intervención de América en el Gobierno de España. A esto responde el decreto de 24 de Setiembre de 1810, que recoge y ensancha la declaración expansiva de la Junta Central de 22 de Enero de 1809, por cuanto el primer artículo de la fórmula de Muñoz Torrero, que declara la *legitimidad de las Cortes constituídas* en San Fernando y su representación de la *Soberanía nacional*, consagra espléndidamente la autoridad de los diputados americanos que votaron este artículo al mismo tiempo y con el mismo derecho que los diputados peninsulares. Esta investidura de representantes de la Soberanía nacional española es ratificada por los artículos 27, 28 y 29 de la Constitución del 12, relativos a la autoridad, la composición y los derechos de las Cortes.

El decreto de 15 de Octubre de 1810 es el resumen de todas las declaraciones formuladas anteriormente en favor de la igualdad de españoles y americanos, y dió mucho juego en todos los debates e incidentes posteriores de la vida política ultramarina.

Conviene recordarlo al pie de la letra. Dice así:

«Las Cortes generales y extraordinarias confirman y sancio-
»nan el inconcuso concepto de que los dominios españoles en
»ambos hemisferios forman una sola y misma Monarquía, una
»misma y sola Nación y una sola familia, y que, por lo mismo,
»los naturales que sean originarios de dichos dominios, euro-
»peos o ultramarinos, son iguales en derechos a los de esta Pe-
»nínsula, quedando a cargo de las Cortes tratar con oportuni-
»dad y con un particular interés de todo quanto pueda contri-
»buir a la felicidad de los de Ultramar, como también sobre el
»número y forma que deba tener para lo sucesivo la represen-

»tación nacional en ambos hemisferios. Ordenan, asimismo, las »Cortes, que desde el momento en que los países de Ultramar, »en donde se hayan manifestado conmociones, hagan el debi»do reconocimiento a la legítima autoridad soberana, que se »halla establecida en la madre Patria, haya un general olvido »de quanto hubiese ocurrido indebidamente en ellos, dexando, »sin embargo, a salvo el derecho de tercero.»

Funcionando las Cortes gaditanas, se iniciaron las declaraciones especiales relativas a la igualdad de españoles y americanos, la libertad personal, las libertades de industria y cultivo, el derecho de representación en Cortes y la opción a todos los empleos civiles, militares y eclesiásticos. De todo eso tratan los decretos de 15 de Octubre de 1810 y 9 de Febrero de 1811, fortalecidos, a la postre, por los artículos 5.° al 9.° y 18 al 27 de la Constitución de 19 de Marzo de 1812.

El art. 1.°, votado el día primero (24 de Setiembre de 1810) de la reunión de las Cortes en San Fernando, es la ratificación de las afirmaciones y de la Convocatoria e Instrucción de la Regencia de 14 de Febrero de 1810, para las elecciones de América y Asia, en cuyo documento se dice: «Españoles americanos, os veis elevados a la dignidad de hombres libres... Vuestros destinos ya están en vuestras manos... Vengan vuestros representantes a contribuir con su celo y con sus luces a la restauración y recomposición de la Monarquía.» La declaración del 24 de Setiembre es el voto de la Revolución.

En tercer lugar, aparecen las leyes protectoras de los indios; el decreto de 16 de Diciembre de 1810, determinado en medio del mayor entusiasmo por la elocuente protesta del diputado Inca; el acuerdo de 14 de Junio de 1811, a propuesta del americano Larrazábal para la educación de los indios; el decreto de 14 de Marzo de 1811 suprimiendo los tributos especiales de todas las castas de América, y la ley de 9 de Febrero de 1812 (a instancia del elocuente y venerable centro-americano Castillo), aboliendo en absoluto las mitas y todas las cargas de los indios, todo eso se produjo por voto unánime, por aclamación

y enmedio del mayor entusiasmo. Fueron discutidas las dos últimas leyes, pero sólo en vista de su mayor eficacia.

El problema de la esclavitud de los negros y el de la libertad mercantil fueron examinados por las Cortes doceañistas, pero no los resolvieron dada su trascendencia, que requería una mayor madurez. La Constitución no habla de esclavitud, pero no la deroga. Deja fuera de la ciudadanía española a los hombres tenidos por originarios de Africa, y admite que puedan adquirir la libertad.

Conviene hacer notar que la esclavitud no la defendió nadie, y, además, el estado de la opinión europea era poco propicio para la abolición, merced a la consternación que produjo la guerra de los negros y la catástrofe de Santo Domingo, de 1804. También hay que recordar que Napoleón había restablecido la esclavitud y la trata en 1802. Por otra parte, la abolición implicaba, según el pensamiento de los legisladores, la indemnización a los señores, y durante los años de 1811 y 12, la miseria fue general.

Así y todo, la legislación española en cuestión de esclavitud fue siempre muy superior a todos los demás Códigos negros del mundo. Humbolt lo reconoció francamente. Después, Cochin lo ha proclamado y justificado con pruebas indiscutibles, frente al texto de todos los Códigos negros conocidos.

En cuanto a la libertad mercantil, hay que decir que esta solución se planteó en el seno de las Cortes, combinada con el problema de la mediación inglesa en América, para recabar la sumisión de los americanos revueltos. Las Cortes, después de grandes resistencias, al fin se prestaban a casi todo; pero fracasaron las negociaciones en 1812 por la insistencia de Inglaterra en intervenir en Méjico y la resistencia de España a admitir su mediación fuera de Venezuela, Costa Rica y el Sur de América. Así y todo, se votó la resistencia por no considerable mayoría.

A pesar de todo esto, y por otros motivos que piden especial examen, porque no han sido todavía bien estudiados, y

muchos fueron desconocidos por los que con gran pasión han escrito sobre el particular, la guerra americana continuó. Con la Reacción del 14 terminaron las últimas relaciones de simpatía.

El año 25 era un hecho definitivo la separación; parecían consolidados los efectos del tratado de Córdoba, de Méjico y de la batalla de Ayacucho del Perú. De La Plata no había que hablar después de 1816. Y desde el año 52 al 54 continuaron separados América y España, realizando separadamente su evolución política de modo no tan diferente como por lo común se cree. Allá y aquí se peleó rudamente por una organización estable y liberal. Y los principios de 1812 se invocaron frecuentemente aquí y allá. El año 36 (4 de Diciembre) se hizo la ley española, que autorizó el reconocimiento de las Repúblicas hispano-americanas. Comenzaron y desarrollaron satisfactoriamente los tratos diplomáticos, y la inmigración española en América tomó enormes proporciones a partir de 1850. Primero vino el reconocimiento de Méjico, Venezuela, Chile... A partir de 1850, se generalizó la reconciliación. Después de 1870, tomó extraordinaria viveza, y de 1883 es el tratado de España y el Ecuador, que puede señalarse como un gran progreso en el Derecho internacional.

Nuestra política colonial de esta última época dificultó lo indecible la marcha de la intimidad hispano-americana. Pero desde 1910 han cambiado grandemente las cosas. Entre otras causas de este satisfactorio cambio destacan la expulsión de España de América por los norteamericanos, en medio de la indiferencia europea; los progresos y las jactancias de la propaganda panamericana; los adelantamientos y las susceptibilidades de las Repúblicas españolas de América, celosas de su personalidad; el desarrollo excepcional e imponente de la inmigración española en el mundo suramericano, y la ruidosa y entusiasta celebración de la Independencia de aquellas Repúblicas por americanos y españoles.

Tras esto aparecen a última hora: 1.°, la Conmemoración

de las Cortes de Cádiz, a las cuales hay que referir la última voz y la última manifestación del espíritu hispánico en el siglo XIX; y 2.°, el desarrollo de la propaganda americanista, con carácter popular en España, y muy especialmente en el litoral de la Península española.

Cualquiera de estos hechos sería suficiente para producir un profundo cambio en la marcha de las cosas hispano-americanas.

No fue, pues, falta de libertades lo que empujó a las colonias a la separación de la madre Patria en el Imperio colonial español, como no fue tampoco esta la causa de la separación de las colonias británicas de Norte América; ha sido sencillamente la producción de un fenómeno biosociológico que ha tenido en el transcurso de la Historia constante repetición: la segmentación por suficiencia de vitalidad en las colonias a semejanza de lo que ocurre con la reproducción celular. Erróneo es buscar una explicación a la emancipación de los hijos en otras causas que no sean las que determinan la separación con la adquisición de cierta personalidad; un efecto de gravedad orgánica es lo que en todo caso empuja hacia la vida libre, aunque los primeros pasos de la nueva personalidad en la vida sean indecisos o desorientados. En último resultado, lo que podrá probar el estado de agitación o de anarquía en que caen las nuevas personalidades, es que la madurez en ellas no es suficiente; lo que, por otra parte, justifica también la restricción tutelar a que estaban sometidos; pensar de otra manera, es interpretar la Historia caprichosamente.

Las restricciones económicas de la época colonial no constituían un régimen inaudito, como algunos erróneamente sostienen. La política colonial de España (hay que repetirlo muchas veces) fue la aplicación del sistema imperante en Europa desde el siglo XV al siglo XIX, sistema conocido con el nombre de mercantilismo. En el orden colonial, el mercantilismo tendía a establecer la dominación sobre las colonias y a explotarlas económicamente; a la organización del comercio para Eu-

ropa, de tal suerte, que el Estado conquistador había de tener más que la primacía el poder absoluto, dice Schmoller (1). Tal política colonial resultó para todos los Estados europeos bañados por el Océano, una parte esencial de su política económica nacional y de su política comercial; tal dirección económica conducía a la subordinación de la economía de las colonias a la economía nacional de la metrópoli.

El desconocimiento de tales hechos y doctrinas hace escribir a Levillier, en la obra ya citada, y escrita en francés, naturalmente, y traducida al español, desgraciadamente, rapsodias de bárbaro criterio histórico y económico, en las cuales aparece la acción española como una excepción, como cosa tiránica, es decir, como un hecho moral condenable, en vez de ser examinado como un resultado de la evolución económica por el que fatalmente había que pasar. Mas terribles restricciones que las que escandalizan al autor citado, estableció Holanda en su comercio colonial. Las Compañías monopolizadoras del comercio holandés acaparaban el comercio en el Asia mediantes amaños con los príncipes asiáticos; los navíos que no eran holandeses, tenían que pagar un permiso holandés que costaba 6.000 a 8.000 florines; los holandeses al servicio del extranjero no podían ir a las Indias orientales (1617, 1632); sólo las mercancías holandesas podían llegar a las colonias asiáticas, y los holandeses vendían las especies en Europa, de ocho a doce veces más de lo que costaban. Durante un siglo, los dividendos de la Compañía oscilaron entre 12,5 y 75 por 1.000. Con tales medios que tenían la virtud de abrir al comercio apartadas regiones, y crear la economía capitalista en el orden comercial para mayores desenvolvimientos, se expandía el comercio holandés. Inglaterra, la llamada liberal Inglaterra, no era menos parca en el empleo de medios monopolizadores para el engrandecimiento de su comercio. Las célebres actas de navegación simbolizan la tentativa mayor que se ha

(1) Schmoller: *Grundriss der allgemeinen Volkswirtschaftslehre.*

hecho, y no con medios liberales ciertamente, para acaparar la navegación en beneficio de la misma Inglaterra. Se reglamentó la clase de buques que podían conducir las mercancías a Inglaterra, la nacionalidad y proporción de los tripulantes, la vía comercial de las mercancías coloniales *(enumerated articles)*; se prohibía el cultivo del tabaco, el establecimiento de industrias de fundición, refinerías de azúcar y pesca de la ballena; otros artículos coloniales estaban prohibidos a la importación en la metrópoli... «Era un sistema de medios violentos—escribe Schmoller,—empleados para aniquilar la marina mercante rival, y elevar la inglesa, para hacer de este país el mercado más aprovisionado del comercio *d'entrepôt* para someter las colonias al servicio de la economía nacional de la metrópoli, para conseguir buenas salidas a la industria inglesa.» El sistema fue exagerado por Inglaterra a partir de 1748, y más aun en 1763; entonces prohibió brutalmente toda industria en los Estados de Nueva Inglaterra, y arruinó así la Jamaica. Kant decía así de Inglaterra: «Inglaterra es el Estado más violento, ambicioso y agresivo. Por la violencia ha arrebatado a los otros Estados de Europa la mayor parte de sus colonias, tan valiosas en la actualidad. Una gran parte de la riqueza que adquirió en el siglo XVIII proviene de su sangrienta trata de negros, de la sumisión bárbara de los indios, de sus plantaciones con esclavos en la India occidental (Jamaica) y del sistema de vías marítimas. Su norma de conducta ha sido no respetar la propiedad de sus enemigos en el mar. Ninguna nación durante sus guerras ha dado una autorización mas amplia a los corsarios privados, los buques mercantes amigos o neutros, bajo pretexto de que llevaban material de guerra, como lo ha hecho Inglaterra. De esta suerte, centenares, miles de navíos, cayeron en manos de los ingleses; Macpherson ha estimado el valor de muchos de ellos en 15.000 y 300.000 £.» Recuérdese que Crómwell hizo la guerra a Holanda utilizando los navíos de guerra y sus cañones de bronce para apresar 1.600 navíos a los holandeses. Expoliación, crueldad, artería... A pesar de esto

nunca se deja un grano de incienso por quemar cuando de la civilización y del gobierno colonial inglés se trata. El gran bardo lusitano, Guerra Junqueiro, clama así contra la moral de Albión:

> .....
> ¿Qué deben tus colonias a tu gran corazón?
> La hipocresía, la Biblia, el aguardiente:
> la mortaja de Cristo les diste largamente
> partida en taparrabos de punto de algodón.
>
> Vendes amor a metros con tus manos bastardas,
> y vendes a tu Dios solo atenta a tu fin;
> ¡de su vieja cruz haces culatas de espingardas,
> su cuerpo le conviertes en pólvora y bombardas,
> su sangre la transformas en aguarrás y gin!
>
> Tus apóstoles van, prostituta insolente,
> con el fin de salvar a la negra ralea,
> en busca de los negros de Oriente y Occidente,
> bautizándolos en Jordanes de aguardiente,
> mostrándoles tu Dios en tu hostia—¡la guinea!

Y España tuvo que luchar con fuerzas muy desiguales. No solamente tenía que gobernar un gran Imperio colonial, sino que defenderse contra las piraterías de ingleses y holandeses, que le sembraban de espinas el camino de América. Lógicamente tenía que buscar en un recrudecimiento del mercantilismo, a veces, el sustitutivo de la fuerza militar que no poseía. Y en muchas ocasiones no era la agudización del mercantilismo lo que hacía muy restrictivo su gobierno colonial, sino la mala aplicación, como dice Schmoller, de los principios mercantilistas de general aplicación europea.

¿Se condena el procedimiento español en América? Fuerza es, pues, condenar, no a España, sino al sistema seguido por los Estados europeos expansivos. Y si de la historia colonial de España se habla y se hace resaltar el procedimiento de ex-

plotación colonial, deben los que se entreguen a estas complacencias de erudición de tomos en octavo, no olvidar el recuerdo de aquellos países, que por ser hoy poderosos no están exentos de los expurgos históricos.

*
* *

Recuerda la página elegíaca del suspiro del moro granadino un episodio ocurrido en la sesión parlamentaria de los festejos del Centenario de las Cortes de Cádiz, recientemente celebrados. El delegado de Puerto Rico habló ante todos los representantes de las Repúblicas hispano-americanas y ante los delegados españoles, invocando el alma de la raza, la historia común de las Repúblicas que brotaron en América del tronco ibérico, para que librasen a Puerto Rico de la situación en que yacía, y en la cual se vislumbraba un presagio de muerte. La raza del Norte de América va absorbiendo la población portorriqueña, y ésta, como cuerpo extraño en el conjunto de los Estados Unidos, lentamente se disuelve, muere... Los hispano-americanos ya tienen demostrado, por boca de un portorriqueño, lo que pueden esperar de su acercamiento a los Estados Unidos. Sí, los Estados Unidos tienen mucho dinero, saben urbanizar muy bien las calles, etc., etc., pero no dejan en libertad a los pueblos que se anexionan. Hay un derecho de personalidad que es superior y más caro que los más liberales entre todos los consignados en las cartas constitucionales: el derecho de la personalidad étnica, y personalidad étnica quiere decir historia propia, hogar, moral, costumbres, gobierno, todo lo que de un solo trazo borran los conquistadores en los pueblos débiles.

Ciertamente que si se hace la estimación material de las ventajas que ofrecen las uniones de pueblos, no hay motivo alguno para que los débiles no se unan con los fuertes; pero si se hace la estimación moral, las ventajas materiales se transforman en resultados negativos. La comunidad material, de la

cual es una muestra bien clara la asociación mercantil, no puede encerrar nunca el modelo de las comunidades para la vida total humana. Hay una forma de comunidad humana en la cual se funde la vida sentimental, cuya razón de ser estriba en fundamentos puramente altruístas, exentos de cálculos materiales. Cuando un hombre se detiene ante la frontera del pueblo extraño, es porque advierte la existencia de una frontera moral; cuando la traspasa en emigración forzosa, la añoranza le recuerda el suelo natal. Un rebaño no advierte la existencia de las fronteras, sigue tan sólo el curso de la pradería.

La voz de la infeliz Boringuén es el alerta a todas las Repúblicas del mar Caribe.

*
* *

El Putumayo es una región enclavada entre los Andes y las fronteras del Brasil; constituye una región la menos explorada del Perú. En ella viven unos indios que pertenecen a la población aborigen del Perú, indios que, hasta no hace muchos años, habían podido escapar a los terribles efectos de la concurrencia de otras razas más preparadas para la lucha; vivían sin comunicación con los demás pobladores, eternizando en las selvas vírgenes el tipo aborigen de aquellas regiones americacanas. Hace un siglo constituían una masa de población que se calculaba en 100.000 almas, y en los últimos años en 50.000; pero en realidad no cuenta más de 10.000, dadas las emigraciones de la población hacia las comarcas del Norte, adonde no llegaban ni llegan aún los explotadores del caucho.

No son estos indios tipos verdaderamente salvajes; sus caracteres étnicos y psicológicos les diferencian mucho del tipo salvaje africano. Son tipos grandes y fuertes, erguidos y musculosos; su mirada carece de dureza. Le repugna la efusión de sangre; pero son bravos e inteligentes. Su espíritu de independencia les lleva a apartarse de todo contacto extraño, y viven en las selvas, dedicados al cultivo rudimentario de la tierra.

Están organizados en tribus en número de seis o siete; su lenguaje es el dialectal, distinto entre ellos, y que viene a ser la corrupción de una lengua común ya olvidada. Guardan identidad en sus costumbres y trajes, si bien sus caracteres varían bastante.

Estas tribus constituían una población bastante numerosa. Esto atrajo, como plantel de esclavos, a los traficantes brasileños y portugueses, los cuales se ponían en contacto con ellos, de vez en cuando, para comprar o cazar esclavos. Los cursos de agua eran los caminos de que se valían los comerciantes de hombres para penetrar hasta los lugares en que se encontraban las tribus, sin que las leyes abolicionistas de la esclavitud, las mismas del Brasil, consiguiesen acabar con el infame tráfico. Los abusos han sido inenarrables; ha habido tribu que, como la de los hintotos, ha sufrido enormemente al ponerse en contacto con los hombres civilizados que formaban la «Compañía peruana del Amazonas», dedicada al comercio del caucho.

El contacto de otra raza más fuerte no les ha hecho cambiar; su misoneismo es tal, que prefieren continuar su vida primitiva con todas sus desventajas y la muerte de la raza, que transformarse en lo más mínimo. Viven al día, y lo único que les preocupa es llenar la necesidad de la alimentación. El vestido es el taparrabos en el hombre; en la mujer, nada. Su lujo está representado por las pinturas con que tiñen su piel y las plumas con que se adornan.

Viven en un régimen de comunismo. Su organización es la del clan, que comprende hasta unos 300 miembros, y cada grupo está presidido por un jefe hereditario. Su habitación la construyen en el corazón de las selvas. Descuajan un pequeño espacio, y en él construyen, con grandes troncos, la casa que les sirve de habitación. A modo de columna central levantan, troncos de trece y catorce metros de altura, y construyen la cubierta con hojas de palmera secas.

Alrededor de la habitación se hace el cultivo de la tierra,

pero de manera muy primitiva: no acumulan provisiones, y la caza les proporciona la carne, que de otro modo no obtendrían porque no conocen la domesticación de animales. Son, pues, un pueblo que vive en estado de naturaleza; sedentarios, pero sin los progresos de los pueblos sedentarios de la Europa primitiva, que supieron sacar partido del fuego, los metales y la cría de animales.

Esos son los descendientes de los Incas, según todas las descripciones de los viajeros y misioneros. Los indios del Putumayo de nuestros días son los ejemplares vivos de la población de la época de la conquista. Se cree, que huyendo de la dominación española, los indios llegaron a estos territorios para buscar el refugio de la selva. Su pasado quedó olvidado entre ellos, pero conservan vestigios de lo que fueron. No comprenden ellos mismos sus canciones, pero saben que las aprendieron de sus abuelos, en cuyo idioma se cantan; se acompañan con instrumentos musicales de los antiguos Incas, y en sus bailes de hemiciclo, con figuras complicadas, se ve también la tradición incásica.

El medio en que viven es triste y bravío, en plena selva; pero los indios son alegres y amantes de los colores chillones. En realidad no aman la selva, están más bien perdidos en ella; pero su incapacidad les recluye en la vida bárbara, en la cual han sido víctimas de las terribles persecuciones y martirios que recientemente han sublevado los sentimientos del mundo civilizado.

La triste actualidad es la que nos ha sugerido la idea de hacer este bosquejo de la antropología y psicología de los indios del Putumayo.

***

El examen de doce años de comercio argentino ofrece los siguientes resultados:

Si nos limitamos al estudio comparativo desde 1906, nos

encontramos con que el intercambio total pasa de 562.224.350 pesos oro a 724.396.710 en 1910.

Las siguientes cifras expresan con toda claridad el importe total de la producción argentina desde 1900:

En 1900, 113.485.069 pesos oro; en 1901, 113.959.749; en 1902, 103.039.256; en 1903, 131.206.600; en 1904, 187.305.965; en 1905, 205.154.420; en 1906, 269.970.521; 285.860.683, en 1907; en 1908, 272.972.736; en 1909, 302.756.095; en 1910, 351.770.656.

Como se ve, el aumento es muy grande en 1910, alcanzando a superar en 47 millones y pico pesos oro a 1909, fenómeno fácilmente explicable, a causa de los gastos extraordinarios realizados con motivo de la Exposición del Centenario.

La exportación ha crecido en la siguiente forma:

En 1900, 154.600.412 pesos oro; en 1901, 167.716.102; en 1902, 179.486.777; en 1903, 220.984.524; en 1904, 264.157.525; en 1905, 292.213.829; en 1906, 296.204.369; 366.005.341, en 1907; en 1908, 366.005.341; en 1909, 397.350.528; en 1910, 372.626.055.

En 1911 se han exportado por todos los puertos y puntos de salida de la República, productos nacionales por valor de 326.697.328 pesos oro; cifra que, comparada con lo correspondiente al año 1910, denuncia una disminución de 47.928.517 pesos papel.

Los productos de la ganadería exportados durante el año 1911, lo fueron por un valor de 168.394.733 pesos oro, revelando un aumento, con respecto a las exportaciones verificadas en 1910, de 7.388.141 pesos oro, lo cual es debido mayormente a las exportaciones de animales vivos, carnes congeladas y enfriadas, cerda, cueros vacunos salados y secos, tasajo, sebo y huesos; las exportaciones de lana acusan una disminución, con respecto a 1910, de 18.563 toneladas, con un valor de 8.351.672 pesos oro. Los productos de la agricultura exportados en 1911 denuncian un valor de 139.764.386 pesos oro, o sea 56.817.233 pesos oro menos que en 1910; esta disminución

se debe a la merma considerable en las exportaciones de maíz (2.535.040) toneladas con 57.494.207 pesos oro menos que en 1910. Aumentos de significación se observan en las exportaciones de trigo y de avena: del primero se han exportado por valor de 8.472.806 pesos oro más que en 1910, o sea 80.675.066, y del segundo 11.666.291, esto es, un aumento de 3.523.716.

Los productos forestales exportados en 1911 suman pesos oro 12.254.604, o sean 1.680.079 pesos oro más que en 1910; la exportación de quebracho y de rollizos de quebracho ha sido de 68.431 y 438.216 toneladas, respectivamente; siendo mayores que en 1910 la de extracto de quebracho en 15.200 toneladas, y la de rollizos en 96.247 toneladas; en los productos de la minería se observa un aumento de sólo 25.436 pesos oro, con relación a lo exportado en 1910, y los productos de la caza y pesca acusan un valor de 334.401 pesos oro más que en el año anterior (1910).

El mayor valor de las exportaciones lo ocupa en el período decenal el año 1909, con 397.350.520 pesos oro, y el menor el año 1902, con pesos oro 179.486.727. Las exportaciones de 1902 fueron mayores, con respecto a las efectuadas en 1901 en 11.110.625 pesos oro; las de 1903 acusaron un mayor valor que las de 1902, de 41.497.797 pesos oro; las de 1904 denunciaron un aumento, sólo las practicadas en 1903, de pesos oro 43.173.001; las de 1905 fueron superiores a las de 1904 en 58.686.914 pesos oro; en las de 1906 se observa una disminución, con respecto a las de 1905, de 30.590.612 pesos oro; en las de 1907 su valor acusa un aumento sobre las de 1906 de 3.950.540 pesos oro; las de 1908 fueron superiores a las efectuadas en 1907 en 69.800.912 pesos oro, debido al aumento considerable operado en las exportaciones de avena, lino, maíz y trigo, que en ese año fueron de 6.104.319, 12.923.483, 11.902.886 y 46.114.863 pesos oro, respectivamente, más que en 1907; las de 1908 acusan un mayor valor que las de 1908 de 31.345.187 pesos oro; en las de 1910 fue menor el valor de los productos exportados que en 1909, en 24.724.473 pesos oro.

Si nos ceñimos al año 1911 y al 1910, la merma habida en el primero ha sido nada menos que 52,6 millones de pesos oro, y trayendo para la comparación todavía al de 1909, la misma relacionada con él resulta hasta 74.4 millones de pesos oro.

A pesar de tan gran disminución del valor exportado de los productos con los que había que pagar una parte de los crecidos compromisos que no sólo por su consumo de mercaderías extranjeras, sino también por sus obligaciones financieras, la República debe a los países europeos, la importación ha seguido creciendo en 16,6 millones de pesos oro, suponiendo para el cuarto trimestre (aún desconocido) un valor imputado de 92 millones de pesos oro, según parece autorizarlo un arduo sumario, habiéndose importado en el cuarto trimestre de 1910, mercaderías de un valor de 90,7 millones pesos oro.

***

El tratado de reciprocidad entre los Estados Unidos y Cuba, negociado en 1902, otorgó a la introducción del azúcar cubano una bonificación del 20 por 100 en la tarifa aduanera de los Estados Unidos. Desde dicha fecha, Cuba ha entrado en un período de desenvolvimiento que ha sobrepujado las previsiones más optimistas.

Vastísimas zonas de tierra han sido puestas en cultivo: se han erigido nuevas Centrales; los viejos ingenios han sido renovados y ampliados, y se multiplican los proyectos para levantar en breve nuevas fábricas. Tan grande ha sido este desarrollo, que bien puede asegurarse que, si continúa en la misma progresión, Cuba será muy pronto la mayor productora de azúcar del mundo.

Por ese balance que arrojan las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos durante los últimos años, interesa mucho precisar cuál es la cuantía del capital americano actualmente invertido en la producción azucarera de Cuba. Un cuidadoso recuento de estas inversiones en Centrales, tierras, ferrocarriles

y demás equipos consagrados exclusivamente a esta industria, y excluyendo de ello los préstamos, arrojan un total de pesos oro de 54.000.000. En este cómputo entran, sin embargo, algunas Compañías constituídas en los Estados Unidos y poseedoras de obligaciones garantizadas por diferentes Centrales, pero cuyo «stok» de acciones está en manos de propietarios no americanos.

Pero este género de inversión responde a un muy pequeño tanto por ciento de esa totalidad.

La distribución de la cifra de totalidad de esas inversiones se reparte como sigue, entre las diferentes provincias:

	Pesos.
Pinar del Río	750.000
Habana	3.000.000
Matanzas	5.750.000
Santa Clara	14.500.000
Camagüey	4.700.000
Oriente	25.000.000
	54.700.000

En la parte occidental de la isla, el cultivo de la caña de azúcar propende a ser intensivo, pero en la parte oriental (Santa Clara, Camagüey y provincias de Oriente) continúa desarrollándose por el procedimiento extensivo.

El impulso dado a la industria por los últimos altos precios, y la perspectiva de que prosiga un período de precios muy remuneradores, ha llamado la atención de muchos capitales americanos hacia los beneficios que se obtienen en este campo. En vista de estos intereses, he considerado que será conveniente una breve descripción de los métodos de cultivo y de los costes de producción, a la vez que una estima de lo que puede requerir como coste de primer establecimiento una moderna Central en Cuba.

A este propósito, el informante ha recogido de los cultiva-

dores, de los ingenieros y de los empresarios de la industria los datos más corrientes respecto al coste de producción y a los beneficios que pueden esperarse.

Débese advertir, sin embargo, que todas estas cifras son sólo aproximadas y que en ellas entran muchos factores variables, como, por ejemplo: la situación del establecimiento, el precio del trabajo, el optar por maquinaria americana o europea; pero hemos puesto todo empeño en hacer un presupuesto de gran prudencia en el avalúo del conjunto.

Las dos partidas más importantes son la fertibilidad y la adaptabilidad de la tierra y las facilidades para los transportes. El ideal de situación para una Central es la proximidad a un buen puerto, con ferrocarril propio de la finca para los transportes de la caña.

Sobre este primer supuesto, tomamos como base el caso de una Central en capacidad para producir al año 100.000 (cien mil) sacos de azúcar de 320 libras cada uno.

La tierra necesaria para todos los menesteres: campos, caminos, potrero, taller, vías, solares, etc., etc., se debe calcular alrededor de 20.000 acres (606 caballerías). La buena tierra para esto suele tener precio que oscila entre 6 y 10 pesos por acre (de 198 a 330 pesos), según la fertilidad del suelo y sus condiciones para la facilidad de transportes.

El presupuesto del total coste de primer establecimiento puede calcularse en la forma siguiente:

	Pesos.
20.000 acres de tierra, a 10 pesos	200.000
Desmonte y plantación de 5.000 acres, a 50 (1.650 pesos por caballería.)	250.000
Boyada y carretería	60.000
Ferrocarril y equipos	260 000
Wharf (muelle embarcadero)	40.000
Casa de máquinas y sus equipos	800.000
Oficina, cantina, casa de vivienda, hospital y barracas	40.000
Capital circulante	50.000
	1.700.000

Dos sistemas de explotación de cañaverales prevalecen en Cuba:

El sistema del cultivo por colonato y el sistema de cultivo por administración directa.

Por el primero, el propietario, reservándose la propiedad del suelo y el equipado de la casa de máquinas, y el hacer anticipos en efectivo a los colonos o terratenientes para que cultiven, corten la caña y la coloquen sobre los vagones, les paga en cambio a sus terratenientes, en remuneración de su trabajo, un tanto por ciento del azúcar envasada. Con preferencia también, el colono es propietario de su tierra y aperos, y en estos casos la base de la aparcería difiere únicamente en el mayor tanto por ciento del azúcar que se le abona. Estos tantos por ciento varían según las localidades y el número de Centrales en competencia; pero las comprobaciones más acreditadas dan como promedio para estos abonos azúcar equivalente al 5 por 100 de la caña entregada por el colono sobre vagón. Así, por cada cien arrobas (o sea 25.364 libras americanas) de caña entregada a la Central, el colono recibe 5 arrobas de azúcar, o su equivalencia en efectivo, según el precio corriente en el mercado.

El segundo sistema, o sea el de administración, consiste en que la entidad propietaria del Central lleva por sí los cultivos y todos los demás menesteres, ajustando los diferentes ramos de los trabajos con contratistas que los ejecutan bajo la inmediata inspección de los agentes de la Compañía propietaria. Una clase de contratistas ajusta las operaciones del cultivo; otras el corte, alza y acarreo de caña, etc., etc.

Este segundo sistema parece el más ventajoso, y por ello este informe se desarrolla sobre esa base.

En la provincia de Oriente, para desmontar y romper la tierra, hacer los guardarrayas y sembrar y cultivar la caña hasta su madurez (doce o catorce meses desde la siembra), resulta el coste a 50 pesos por acre (1.650 pesos por caballería).

La caña sembrada en buena tierra cañera produce anualmente 30 toneladas por acre (990 por caballería) durante los

diez primeros años. Al cabo de esos diez años necesita nueva siembra, y el coste del cultivo por año resulta a un promedio de 15 pesos por acre (445 pesos por caballería).

Tomando por base estos supuestos de generalidad, conviene plantar el primer año 5.000 acres, y rindiendo éstos un promedio anual de 30 toneladas por acre, producen un total de 150.000 toneladas por año.

Calculando que en la extracción de azúcar se obtenga un 10 por 100 del peso de la caña, se llega en centrífugas con 96 polarización a un en envase de 15.000 toneladas largas, o sea en junto 13.600.000 libras americanas.

El promedio del precio durante el decenio último para los azúcares de Cuba a c. y f. en Cuba (y no incluyendo los altos precios de 1911 y 1912) ha sido centavos 2,25 por libra. Debe, sin embargo, anotarse aquí que los altos precios de 1911 y las favorables perspectivas para las venideras cotizaciones ha elevado considerablemente este promedio.

Tal produción de azúcar centrifugada da además, aproximadamente, un millón de galones de melaza, cuyo precio suele ser alrededor de 3 $^1/_2$ centavos por galón a c. y f. en Cuba.

Dadas estas premisas, el ingreso bruto anual se constituye en las dos partidas siguientes:

	Pesos.
33.600.000 libras a 96 pol., a 2 $^1/_4$ centavos.	756.000
1.000.000 galones miel, a 3 $^1/_2$ centavos.....	35.000
Total del ingreso bruto.....	791.000

Así, una Central situada cerca de la costa, sin tener que pagar fletes ferroviarios, puede, sobre esa base de ingresos y con eficiente administración, contener todos sus gastos, cultivo, corte, acarreo de la caña al conductor, fletes, carga y descarga de la caña, fabricación, administración, conservación, explotación, depreciación, amortizaciones, seguro, impuestos y demás costas, no excediendo de pesos 550.000, o sea a razón de centavos 1,60 por libra, y el saldo líquido del balance entre

el ingreso bruto y los gastos arrojará un remanente anual de pesos 241.000, o sea un beneficio neto del 14 por 100 para el capital invertido, que era 1.700.000 pesos.

Tal es el resultado que se comprueba, haciendo estima de mucha prudencia de los costes y beneficios de todas las operaciones de una Central moderna en Cuba, colocada en buenas condiciones. Este criterio de estrecha prudencia de avalúo ha presidido, tanto para el cálculo del capital necesario al primer establecimiento, cuanto para las partidas, cifrando el coste de producción, que se comprobarán, seguramente, más altas de lo que son en realidad para un gerente diligente, así como los precios resultarán también a promedio más alto que el apuntado.

Para subrayar esto, nótese que si tal Central ha realizado su producción a los altos precios que han sido corrientes durante la segunda mitad de 1911, habrá obtenido como ingreso bruto más de 1.400.000 pesos, o sea más de un 80 por 100 del total importe del capital invertido.

Cuidadosos estudios de la industria demuestran que sobre la base de un período de diez años como el último, una Central bien situada y administrada debe obtener como promedio un beneficio neto anual del 15 al 20 por 100 de su capital invertido.

Existen hoy en la isla 174 Centrales en actividad, de las cuales 34 son de propiedad exclusiva de americanos y dos parcialmente controladas por capital americano. Otro hecho interesante es que las Centrales propiedad de americanos producen cerca del 35 por 100 de la total producción de azúcar de Cuba. En Pinar del Río ellas producen más del 22 por 100; en Habana, el 15 por 100; en Matanzas, el 14 por 100; en Santa Clara, el 26 por 100; en el Camagüey, el 58 por 100, y en Oriente, más del 70 por 100. Por estos datos estadísticos queda bien manifiesto que en el Camagüey y Oriente la producción americana supera a todas las demás; y con respecto a las nuevas Centrales americanas, ahora en construcción o en proyecto en esas

provincias, los tantos por ciento citados aumentarán considerablemenente los dos años próximos.

Como complemento de la información consular que precede, insertamos la siguiente nota que nos ha sido facilitada por un presidente de uno de los más importantes centros azucareros.

Los cálculos se desarrollan sobre los siguientes supuestos:

a) Que el coste de primer establecimiento de la Central, con todos los equipos adecuados para moler 100.000 arrobas de caña cada veinticuatro horas consecutivas, y obteniendo de cada tonelada de caña con graduaciones de 14 y medio de sucrosa, 329 libras de azúcar centrifugada a 96 polarización, ha importado 1.700.000 dólars.

b) Que la situación, por la calidad de sus tierras, le permite asegurarse aportación normal a su conductor, de la primera materia necesaria a esa tarea diaria y con cañas que alcancen esa graduación promedia de 14 y medio de sucrosa por 100 del peso de la caña.

c) Que sus costes para situar sus productos a coste y flete a bordo en el puerto de importación, no exceda de un dólar por cada 330 libras inglesas.

d) Que la cotización del mercado azucarero es de dos centavos por libra de centrífuga a 96 de polarización situada a coste y flete en el puerto de importación (New-York, Londres, Hamburgo, etc., etc.).

Coste productor por tonelada de caña y saco de 329 libras de centrífugas y 96 de polarización.

	Centavos.
Cultivo, desde la siembra al corte	40
Corte y arrastre de la caña	80
Fabricación:	
Por todos gastos de la caña en el batey y de elaboración, hasta poner el azúcar en condiciones de embarque	50
Envase y situación en el mercado a coste y flete en el puerto de Nueva York (Estados Unidos) o en Inglaterra	100

Gastos generales:

Administración, impuestos y seguro	15
Depreciación, amortización y fondo de previsión	20
	305

Balance de ingresos brutos y beneficios líquidos.

392 libras, a 2 centavos a coste y flete en el puerto de importación, representan un valor comercial de	658
Deducidos por gastos	305
Remanente neto por saco	353

	Pesos.
Lo que sobre los 100.000 sacos representa	353.000
Y sumando a esto el valor de los segundos productos, mieles, etcétera, etc	21.000
Queda de beneficio neto	374.000

Lo que, con relación al capital invertido (1.700.000 pesos), representa un 22 por 100 de renta anual.

Informes recogidos de personas de la mayor competencia en esta industria, coinciden en reconocer que si bien el cálculo del avalúo que precede debe tomarse como premisa para ajustar a la mayor prudencia las inversiones de capital en establecimiento de Centrales de azúcar, debe advertirse a la vez que, con buenas gestiones, el coste total del primer establecimiento para una Central de esas condiciones, puede contenerse dentro de la cifra máxima de pesos 1.500.000. Y además de esto, debe tenerse en cuenta que los datos aducidos en el citado informe del Cónsul general, el precio medio de las cotizaciones del mercado debe calcularse en 2,25 centavos por libra, en lugar de los dos centavos que aquí se han tomado por base.

Estos 25 centavos de más precio representarían 82 centavos de aumento en los beneficios netos por saco. Lo que sobre los 100.000 sacos importa otros 82.000 pesos de aumento en el beneficio neto.

Al elevarse la producción desde 100.000 sacos a los 200.000 y más sacos, las cifras proporcionales del coste productor que corresponde a cada tonelada de caña y saco de azúcar experimentan enorme baja en los conceptos de gastos generales a repartir en cada ramo.

Respecto de lo que son las grandes Centrales con 300.000 y 400.000 sacos de producción, representan grande interés los datos publicados en el periódico *El Día*, de la Habana, en sus números del 24 de Abril al 4 de Mayo del presente año, en información sobre la Central Chaparra.

Aún mayores resultan los aumentos de beneficios sí el Central puede desarrollar su explotación en términos que, además de reunir las condiciones sentadas como premisas para los cálculos anteriores, a ellos sume también ventajas de situación que le permitan simultanear los cultivos extensivos a continuación de la tumba y quema sobre tierras vírgenes, con cultivos de regadío e intensivos sobre campos roturados y trabajados con arados de vapor, después de transcurridos desde su primera siembra los años necesarios para que de ellos desaparezcan los restos de la primitiva tumba y quema.

En resumen: aun prescindiendo de las eventualidades de altas cotizaciones en el mercado, a pesar de que no se ha conocido todavía decenio en el que no se contaran por lo menos con gran subida de precios, una Central azucarera que, a las condiciones antes indicadas sume también otras ventajas de emplazamiento para dominio y expansión sobre una zona extensa de tierras cañeras, puede llegar a rendimientos netos de 60 y 70 por 100, aunque el promedio de las cotizaciones del mercado no pase de 2,25 centavos por libra de centrífugas con 96 de polarización, situada a coste y flete a bordo del puerto de importación, ya sea New-York y demás puntos de los Estados Unidos, o de Inglaterra o Hamburgo.

Sin embargo, respecto de este particular de las exportaciones, se interpone necesaria advertencia especial por los fenómenos que la especulación de los americanos produce en el jue-

go de las cotizaciones, sobre todo durante el período de la zafra cubana.

Al propósito de este esclarecimiento, consagramos la última parte de estas notas.

La producción de azúcares en el mundo, según la estadística de los últimos doce meses, ha sido:

Toneladas, 15.831.293; de esta producción, el azúcar de caña representa 8.954.192, y en ella la producción cubana representa 1.850.000 toneladas.

Bien se comprende el afán con que los de New York y otros presentan, para toda operación de crédito la preliminar exigencia de que se les consignen los azúcares. En esa pretensión, que tal y como ellos la formulan parece tan baladí e inofensiva, se oculta una rapacería comercial casi igual a la de los antiguos contratos leoninos de la refacción cubana. Con esos procedimientos, los consignatarios y sus secuelas de New York se han devorado en esta zafra más de 17 millones de pesos como parásitos de las centrífugas de Cuba. Es digno de todo estudio el juego que ellos se traen en su especulación sobre las paridades del mercado. Este año han conseguido cobrarse 81 centavos por quintal sobre el precio corriente en el mercado universal. Dándoles las consignaciones sin las debidas cautelas, el negocio les resulta de tan fabulosas aldehalas, que bien pueden figurar anticipando capitales, hasta de balde a las Centrales que les otorguen la exclusiva de sus consignaciones de azúcar en una zafra.

Este modo de explotación del productor cubano, cortándole las comunicaciones con el mercado libre y deprimiendo a la vez, mediante artificios de especulación, las cotizaciones del único mercado al que puede enviar sus productos, ha tomado tal carta de naturaleza entre los especuladores del mercado azucarero de New-York, que la época de la zafra de Cuba viene a ser para ellos temporada parecida a la de la matanza de su gorrino.

Para nota gráfica de ello, conviene acotar los textos de cru-

do realismo con que revista de autoridad tan excepcional como la *Weerkly Statical Sugar trade journal*, de Willet & Gray, expone acerca de esta manera de operar.

En el número de esa revista, correspondiente al 23 de Mayo último (1912), dando cuenta del final de temporada de la estrangulación del productor cubano, decía:

«El valor de las centrífugas a igual fecha, era el año anterio 3,86. Al presente, la paridad de las centrífugas en New-York, es 65 centavos menos que el precio de su equivalencia en azúcar de remolacha en las cotizaciones de Hamburgo.

»Esta diferencia desparecerá en breve por el alza de las centrífugas de Cuba, ahora que está próximo a cerrarse el período de la zafra, y que los vendedores tendrán mayor independencia para vender el saldo de su cosecha.»

Y el número correspondiente al 29 de Mayo de 1912 dice:

«Naturalmente, a esta fecha, los recibos de los puntos de embarque disminuyen, y los productores de caña se encuentran en mejor condición para exportar el remanente de su *stock*, aprovechando la oportunidad de que los compradores de los Estados Unidos necesitan ahora restablecer sus operaciones, encaminándolas en considerable avance hacia las valoraciones de nivel con la paridad europea ahora de 5,8 centavos (0,625) por libra, por cima de las cotizaciones actuales del mercado de New-York, para cuya nivelación necesitan hacer fuerza de vela en el alza de nuestras cotizaciones actuales en New-York.»

Vicente Gay,

Profesor en la Universidad de Valladolid.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Filosofía de la Historia: Psicología de la Revolución francesa.=Literatura: La novela policíaca.=Costumbres: La moda en el segundo Imperio.=Crítica: El caso de Bernardo Shaw.=Cuestiones médico-sociales: El artritismo como enfermedad social.=Impresiones y notas: El arte y la Naturaleza.—Palmetazos a un latinoide.—El sexo de los que han de nacer.—Valor estético de la luz.—¿Se puede crear la vida?

FILOSOFÍA DE LA HISTORIA

Psicología de la Revolución francesa.—Gustavo Lebon ha dedicado uno de sus más interesantes volúmenes al estudio de la Revolución francesa, tema inagotable para el historiador, el sociólogo y el filósofo. Las conclusiones de esta obra se hallan condensadas en un capítulo publicado en la *Revue Bleue*, y vamos a recogerlas en este extracto.

La Revolución francesa es mina inexaurible de documentos psicológicos: ningún período de la vida de la humanidad presenta semejante serie de experimentos acumulados en tan poco tiempo. En cada página de ese gran drama se encuentran numerosas aplicaciones de los principios expuestos por los sociólogos, y especialmente por Lebon sobre el alma transitoria de las multitudes y permanente de los pueblos, sobre la

acción de las creencias, sobre el papel de las influencias místicas, afectivas y colectivas y sobre el conflicto de las diversas formas de lógica.

Las asambleas revolucionarias justifican todas las leyes conocidas de la psicología de las multitudes; impulsivas y tímidas, están dominadas por un pequeño número de agitadores, y obran, las más veces, en sentido contrario a las voluntades individuales de sus miembros. La Constituyente, realista, destruye la antigua monarquía; la Legislativa, humanitaria, deja que se ejecuten los degüellos de Setiembre, y, pacífica, lanza a Francia en guerras espantosas; la Convención, compuesta en su gran mayoría de filósofos sentimentales que repugnaban las violencias, exaltando la libertad, la igualdad y la fraternidad, vino a dar en el más horrible despotismo; el mismo Directorio, con su programa de moderación y de restablecimiento de la paz religiosa, no vivió sino de golpes de Estado sanguinarios, acabando por mandar a los presidios millares de sacerdotes. Y es que, en realidad, todos obedecían a fuerzas invisibles de que no eran dueños, sufriendo influencias místicas, afectivas y colectivas, incomprensibles para ellos, y que sólo ahora empezamos nosotros a discernir.

La inteligencia ha progresado en el curso de los tiempos abriendo al hombre horizontes maravillosos, mientras que el carácter, verdadero fundamento de su alma y seguro motor de su actividad, apenas ha cambiado; trastornado un instante, reaparece siempre, y hay que aceptar la naturaleza humana tal como es. Los fundadores de la revolución no se resignaron a ello, empeñándose en transformar los hombres y la sociedad en nombre de la razón. A pesar, sin embargo, del poder de que dispusieron, del despotismo con que obraron, de las leyes que dictaron, de los triunfos que obtuvieron, de los golpes de Estado que dieron y de la convicción con que trabajaron, la Revolución no hizo más que acumular ruinas, acabando por engendrar una Dictadura. No ha sido, sin embargo, inútil el ensayo hecho, puesto que los experimentos son necesarios para instruir a los

pueblos, y sin la Revolución hubiera sido difícil probar que la razón pura no tiene fuerza para cambiar los hombres, y que una sociedad no se reconstituye por la voluntad de sus legisladores, por absoluto que sea su poder.

La Revolución, empezada por la burguesía en provecho propio, se convirtió sin tardar en movimiento popular, en lucha de lo instintivo contra lo racional, en sublevación contra todas las trabas que hacen del bárbaro un civilizado. Los reformadores intentaron imponer sus doctrinas apoyándose en el principio de la soberanía del pueblo, y el pueblo, guiado por los agitadores, interviene sin cesar en las deliberaciones de las asambleas, y comete las violencias más sanguinarias. La historia de las multitudes durante este período es sumamente instructiva, y muestra el error de los políticos, que atribuyen al alma popular todas las virtudes. La Revolución enseña que un pueblo libre de trabas sociales y abandonado a sus impulsos instintivos, no tarda en volver al salvajismo primitivo. Toda revolución popular que triunfa, es un retorno momentáneo a la barbarie. La Revolución representa el conflicto de fuerzas psicológicas libres de los frenos destinados a contenerlas. Instintos populares, creencias jacobinas, apetitos y pasiones desencadenadas se dieron entre sí furiosas batallas que ensangrentaron a Francia y la cubrieron de ruinas. Visto de lejos, este conjunto constituye el bloque de la Revolución; como no tiene nada de homogéneo, hace falta disociarlo para evidenciar los impulsos a que obedeció el alma de esos héroes. En tiempo normal, las diversas formas de lógica que nos guían, racional, afectiva, mística y colectiva, se equilibran aproximadamente. En épocas de trastorno entran en conflicto y dejan de ser lo que eran.

No debemos desconocer la importancia de algunas adquisiciones hechas por la Revolución en el derecho; pero hay que confesar que esas mismas conquistas se hubieran obtenido naturalmente, algo más tarde, por la simple marcha de la civilización. Para un poco de tiempo ganado, ¡cuántos desastres

materiales acumulados! Estos brutales cortes en la cadena de la Historia, no se reparan sino muy lentamente.

La juventud actual prefiere la acción al pensamiento. La acción es ciertamente recomendable; pero no se hace útil sino después de haber sido convenientemente orientada. Los personajes de la Revolución eran hombres de acción, positivamente, y, sin embargo, las ilusiones que aceptaron por guías los condujeron al desastre. La acción es siempre nociva cuando, desdeñando la realidad, pretende cambiar violentamente el curso de las cosas; no se hacen experimentos en una sociedad como en las máquinas de un laboratorio. Aunque el experimento de la Revolución haya sido categórico, muchos espíritus, alucinados por sus sueños, desean volverlo a empezar: el socialismo, síntesis actual de esta aspiración, sería una regresión hacia formas de evolución inferiores, porque paralizaría los más grandes resortes de nuestra actividad; al sustituir con la iniciativa y la responsabilidad colectivas, la iniciativa y la responsabilidad individuales, se hace bajar al hombre muchos grados en la escala de los valores humanos.

La hora presente es poco favorable para tales experimentos; mientras los soñadores persiguen sus quimeras excitando los apetitos y las pasiones de las multitudes, los pueblos se aruinan cada vez más, y cada cual presiente que en la competencia universal, los pueblos débiles se quedarán sin sitio en el banquete. Sin duda que el presente no es la simple repetición del pasado, y los pormenores de la Historia están llenos de enlaces imposibles de prever; pero en sus grandes líneas, los sucesos históricos parecen conducidos por leyes eternas.

LITERATURA

La novela policíaca, de Edgar Poe a Nick Carter.—«En los tiempos en que yo iba al colegio—dice en *La Revue* Carlos Chassé,—y es tiempo todavía no lejano, casi siempre que el

profesor, alarmado por nuestro inusitado silencio, nos pedía que *le lleváramos eso*, le presentábamos una novela alegre o un folleto subido de color. Pero preguntad a los profesores, a los repetidores y hasta a los maestros de hoy, y os responderán que rara vez tienen ocasión de confiscar obras lascivas, pero añadirán que están hartos de rasgar ejemplares de Nick Carter y de Nat Pinkerton. Nuestros hijos se sienten quizá menos atraídos que nosotros por la lujuria; pero les seduce, positivamente, el crimen, y no creo que la sociedad gane nada con este cambio de pasiones.» Creemos que en este punto Chassé se equivoca; el crimen nos apasionaba en *Rocambole*, en *Los Misterios de París* o en *El Judío errante*; y lo que hoy nos apasiona en las novelas de Gaboriau, Conan Doyle o Leblanc, no es el crimen mismo, sino la lucha de la policía contra el criminal y la astucia, la habilidad y la audacia que criminales y policías despliegan en sus trabajos respectivos. Chassé no gusta de las novelas policíacas, y así se comprende que no acierte a darse cuenta de las razones de su boga. Ha necesitado hacer un esfuerzo para leer las aventuras de Tip Walter, príncipe de los *detectives*, y ha querido saber quiénes eran sus ascendientes, no sin tener que vencer las náuseas que tales lecturas le proporcionaban. En esta investigación, llevada a cabo con espíritu hostil, no es extraño que el autor yerre con frecuencia.

Así, dice que la novela policíaca tiene orígenes poco confesables, sospechando que es hija de la novela picaresca, sin comprender, por lo visto, que la novela picaresca es una de las más bellas creaciones de la literatura. Supone que las primeras novelas policíacas han sido las de Edgar Poe, afirmando que nada deben a las picarescas, y no sabe que mucho antes que los héroes de Edgar Poe, creó Voltaire el tipo de Zadig, verdadero padre de todos los Lecocq y Sherlock Holmes. Entre los personajes de la novela picaresca, *El Lazarillo de Tormes*, *La Gitanilla*, *Marcos de Obregón*, *Gil Blas*, *Gargantúa y Pantagruell*, con sus hermanos, primos, sobrinos, hijos, nietos y biznietos,

y los de *El Capitán Mandrín*, todos los del teatro Guignol y todos los de Gaboriau y Conan Doyle, pasando por Candelas, Miguelito Caparrota y tantos otros, no hay más conexión que el crimen en sus diversas manifestaciones, que unos y otros cultivan. Esto sentado, veamos, sin entrar en más disputas, lo que Carlos Chassé dice en su estudio.

La novela picaresca fue, en su origen, una protesta contra la novela de caballerías: hartos del héroe perfecto, se imaginó el antihéroe, el pícaro amoral y hambriento: en *El Lazarillo de Tormes*, *Don Pablo de Segovia*, *Gil Blas*, *Guzmán de Alfarache*, *Marcos de Obregón*, etc., se leen las correrías de esos simpáticos granujas que andan por el mundo burlando a los burgueses y cogiéndoles lo que tienen de bueno, su oro, su vino y sus mujeres; los alguaciles apenas aparecen en esas novelas sino, como los gendarmes en el Guignol, para recibir palizas. Pero los pícaros pasan con el gran Vidocq a ser jefes de policía desde el presidio. Los gendarmes de novela no tienen agentes a su disposición, por lo menos de modo permanente. Lo que constituye su originalidad, distinguiéndola de una simple novela de aventuras, es que los triunfos del *detective* son debidos a su capacidad de observación y a sus facultades deductivas. Según su temperamento, hay autores que dejan amplio campo a las aventuras y otros que insisten en las deducciones; pero ambos elementos son necesarios para la novela policíaca.

Nadie ha estudiado el mecanismo de esta novela más detalladamente que Edgar Poe, por ser el propio mecanismo de su alma. Cuando se acaba de leer *El Escarabajo de oro*, *El Jugador automático de ajedrez* o *El misterio de la calle Morgue*, con sus deducciones cerradas, se siente haber estado en contacto con uno de los espíritus más perfectamente automáticos que hayan existido jamás. Semejante lógica es una lógica de enfermo; pues sólo un enfermo puede querer encerrar la fluidez de la vida en las redes de la lógica. Su Dupin tiene la enfermedad del raciocinio, y como una mujer juega con su abanico inconscientemente, descuidadamente, juega él con problemas.

Así demuestra que el criminal de la calle Morgue no puede menos de ser un gorila de gran tamaño.

Después de Poe, la novela policíaca desapareció durante muchos años de la literatura. Desde 1835-36, fecha en la que Poe publicó *El Escarabajo de oro,* hasta 1869, en la que Gaboriau, dió a luz *Monsieur Lecocq*, no existe, propiamente hablando, novela políciaca. Conviene, sin embargo, no perder de vista la influencia de *Rocambole*. Los individuos anónimos y de escaso capital intelectual de las novelas de Nick Carter y de Nat Pinkerton, han tomado de Ponson, con la pobreza de su estilo, su gusto por las aventuras extraordinarias y crímenes horribles. *Los Miserables* podrán ocupar un puesto en las fronteras del género; pero como novela policiaca es obra extremadamente débil; mejor que Víctor Hugo puede figurar Dumas, padre, entre los precursores de la novela policíaca, con su Artagnan y su *Catalina Blum*. *Monsieur Lecocq* tuvo un éxito extraordinario; Gaboriau, sin conocer los libros de Poe, acababa de crear por segunda vez la novela policíaca. Lecocq es, intelectualmente, muy inferior a Dupin; pero posee, en cambio, cualidades de hombre de acción de que el otro carecería; es una síntesis de Javert y de Dupin; para conservar hasta la llegada de sus jefes huellas de pasos en la nieve, moldea algunas con yeso y cubre otras con tablas; descubre que una mujer ha caído junto al sitio del crimen por el ligero círculo que sus faldas han dejado en la nieve.

Casi simultáneamente con Gaboriau, lo que muestra que la idea estaba en el aire, Boisgovey publicaba varias novelas policíacas, como *El Crimen de la Opera*. Aquí el policía es un aficionado, o más bien un simple particular, el capitán Nointel, a quien las circunstancias llevan a buscar y descubrir los autores de un crimen, pero después de gran número de tanteos, pues la intuición, el olfato, representa un gran papel en sus investigaciones; como en las de Lecocq, Nointel, repugnaba recurrir al espionaje.

En 1878, Baudelaire publicó su traducción de los *Cuentos*

de Edgar Poe; fue una revelación: se leyó a Poe con la alegría del escolar que, tras largas indagaciones en una biblioteca, y tras un trabajo tenaz con su texto, descubre de improviso la corrección de su versión latina. Sería hasta posible, después de 1878, dividir los novelistas policíacos en dos grupos, según que continúen la tradición de Gaboriau y de Boisgovey, o que se inspiren, más especialmente, en los cuentos de Poe. Conan Doyle ha sido el confluente de estas dos corrientes. Por eso es lícito tildarle de duro para con hombres que le han abierto el camino: su *Sherlock Holmes* desdeña a Dupin y a Lecocq. «Dupin, declara, no era más que un hombre muy ordinario: su único *truc*, consistía en penetrar los pensamientos de sus interlocutores sorprendiéndoles de pronto, después de un cuarto de hora de silencio, con una observación hecha a propósito. En cuanto a Lecocq, era un enredador vulgar, sin otra cosa en su actitud que su energía. Este libro me ha puesto positivamente malo. Se trataba de hacer constar la identidad de un prisionero desconocido; yo lo hubiera hecho en veinticuatro horas, y Lecocq ha necesitado seis meses. Esta obra deberá ponerse en manos de los agentes, como un manual destinado a enseñarles todo lo que no deben hacer.»

En todo caso, Sherlock Holmes, con toda su ingratitud para sus maestros, es el tipo más completo de policía que haya creado la literatura. El mundo entero conoce sus facciones: su nariz ganchuda, su cara completamente afeitada, su gorra, su pipa y su jeringa de morfina. Sherlock Holmes es un policía de consulta, y su perspicacia está siempre despierta aunque esté tendido en su canapé, envuelto en nubes de tabaco, y pareciendo sumergido en el nirvana;sus deducciones son menos lógicas que las de Dupin; pero se las sigue sin esfuerzo como luminosas revelaciones. Hay que confesar que sólo un espíritu observador puede juzgar de la estatura de un hombre por la altura que ocupa una inscripción puesta por él en una pared; pues, generalmente, cuando se escribe en una pared, por instinto traza uno los caracteres a la altura de sus ojos. Hay que

tener en cuenta que desde Dupin la policía oficial ha hecho bastantes progresos de los que Conan Doyle y su héroe han podido aprovecharse; el sistema antropométrico de Bertillon había sido adoptado, y el sabueso de la prefectura había dejado de ser una criatura instintiva para convertirse en hombre de ciencia. Sherlock Holmes es un químico de primer orden, y se pasa meses enteros haciendo experimentos para descubrir el único reactivo que pueda precipitar la hemoglobina. Lo extraño es que haya tenido tiempo para dominar todos los estudios de que habla. Conoce los detalles de todos los crímenes notables del siglo XIX; ha enseñado a todos sus sentidos a registrar las menores impresiones; su olfato sabe diferenciar setenta y cinco perfumes; ha publicado un tratado sobre las diversas cenizas de cigarros, y un trabajo sobre la influencia que el oficio ejerce en la estructura y forma de la mano; el arte del disfraz no tiene secretos para él; conoce el palo, el boxeo y la espada; sin esfuerzo aparente, encorva y endereza tizoneros; el intelectual Dupin no hubiera podido luchar contra semejante adversario. Conan Doyle hace a la verosimilitud la concesión de que su *detective* no es completamente omnisciente. Y no lo es, porque Sherlock considera la omnisciencia como una flaqueza; se esfuerza en olvidar lo que no le sirve de nada, y se guarda de aprender lo que no le puede ser útil; en filosofía, como en política, en literatura y en cosmografía, es una nulidad completa: no conoce a Carlile y no sabe que la tierra gira en torno del sol.

El éxito que obtuvieron las aventuras de Sherlock Holmes fue inmenso: en unos años, Conan Doyle se hizo millonario; el rey le otorgó el título de Sir; hoy es presidente de la Sociedad para la protección de los indígenas del Congo belga; es también uno de los adversarios más temibles de los antivivisseccionistas. Durante la guerra surafricana (*sur*, *sur*, no *sud*, bárbaros de los rotativos), él fue quien trató de justificar ante Europa la guerra contra los boers, en un folleto dedicado al «caballeresco pueblo francés». Nadie como él ha contribuído a

hacer popular la novela policíaca, y hasta la misma policía; hoy muchos jóvenes que han leído a Conan Doyle, sueñan con ser *detectives*.

Los imitadores del novelista inglés se esforzaron, naturalmente, en sobrepujarlo, y los *detectives* fueron cada vez más fuertes y más simpáticos; era el «padre Leonardo» un hombre de genio, un héroe, una especie de paladín defensor del débil y del oprimido, un mártir, casi un santo; era, en las novelas de Federico Mazens, el profesor Tarve, mezcla del filósofo Tarde y de Gustavo Lebon, espíritu enciclopédico, que sabía hasta la inclinación del ecuador de Marte sobre su órbita; a veces, como en *El perfume de la dama de negro,* de Gaston Leroux, era un periodista. Tuvimos también a Allan Dickson, que, presentado por su pseudotraductor Max Dearly, nos afirmó que no era, como Sherlock Holmes, un policía de intención, sino un verdadero sabueso australiano que había realizado hazañas auténticas. Los crímenes se hacían cada vez más complicados; la ingeniosidad de los criminales se hacía cada vez mayor, llegando, en una novela de Meade, a aniquilar por medio del aire líquido el cuerpo de su víctima. El policía se había hecho demasiado sagaz, y murió de ello. La gente se hartó de hombres tan listos, y como la novela picaresca había nacido del libro de caballerías, en són de protesta contra la vida irreal, volvió a nacer sobre las ruinas de la novela policíaca, pero conservando su cuadro. Se entabló una lucha entre el *detective* y el ladrón, sólo que ahora es el ladrón quien triunfa; en *Raffles*, de Hornung, el protagonista es simpático y guasón; se libra de los policías de Scotland Yard, y muere heroicamente por su patria en los campos de batalla del Transvaal.

Mauricio Leblanc, más atrevido todavía que Hornung, atacó de frente a Sherlock Holmes, publicando en 1905 su *Arsenio Lupin contra Sherlock Holmes;* Lupin alegre, valeroso, ingenioso, caballeresco, se entretenía en encerrar a Sherlock Holmes, en burlar todas sus combinaciones y en poner en ridículo a su fiel compañero y discípulo Wilson.

Esto fue el acabóse: todos se precipitaron sobre el cadáver del pobre *detective*. Sabida es la manera burlesca con que Blond, en *El Rey*, de Flers y Caillavet, representa ante Bourdier el papel de policía infalible: «Vuestra presencia en este cuarto me enseña que sois uno de los familiares de la casa. Esta sortija de alianza prueba que estáis casado, y esta mancha en esta manga prueba que vuestra mujer os cuida poco, y, por consiguiente, no os quiere ya. Es rubia, porque este cabello es suyo, y no la engañáis. Vuestro físico no os lo permitirá sino difícilmente, y la forma de esta levita, de tres años de fecha, demuestra que no tenéis ninguna fortuna.»

En su desopilante *A la manera de..*, Muller y Reboux nos muestran a Sherlock Holmes formulando la regla de que un hombre gordo debe inevitablemente casarse con una mujer flaca. Ellos, también, nos presentan al *detective* reconstituyendo un crimen con una pestaña caída, y llegando a la conclusión de que el criminal había sido carnicero y carpintero y ha ocultado seguramente a su víctima en la armadura del tejado: «Ejecutado su crimen, nuestro hombre llevó el cuerpo, porque ya habréis notado la ligera deformación de su cadera derecha, semejante a la que dura bastante tiempo cuando se transporta una carga demasiado pesada. Ha sido carnicero, como lo demuestra su ancha nuca. Ha sido carpintero... Carnicero, ha descuartizado a la muerta. Carpintero, ha pensado en seguida en la armadura del tejado, único sitio en que se puede trabajar sin llamar la atención.» Y Sherlock Holmes deja a su interlocutor, diciéndole: «Tengo necesidad de meditar sobre un problema concerniente a un barco del que, conocido el velamen, el tonelaje y la carga, se trata de averiguar la edad del capitán, y necesito fumar por lo menos diez pipas y beber otros tantos *grogs* antes de conseguirlo.»

La novela policíaca arrastra, sin embargo, una existencia póstuma. Cuando la literatura, propiamente dicha, se cansa de un género, éste cae en manos de ciertos explotadores que se empeñan en galvanizar su cuerpo agonizante. Tales son los

que venden por entregas, los *Nick Carter*, los *Nat Pinkerton* y los *Tip Walter*, los que, so color de novelas policíacas, desparraman en la vía pública toda una literatura de sangre que enloquece los cerebros de los niños conduciéndolos al crimen. No se pasa mes sin que un joven, acusado de robo o de tentativa de asesinato, no confiese que la idea de su crimen le ha sido sugerida por la lectura de *Nick Carter* o *Nat Pinkerton*. Los padres no se preocupan de estas lecturas: no siendo pornográficas, no son peligrosas; los autores lo saben y respetan la moral con exageración. Apelando al gusto de los niños, por las aventuras, le seducen, familiarizándole con relatos sanguinarios, y le pervierten, en definitiva. Una de las entregas de Tip Walter se titula *La lluvia de cadáveres*. ¿No podrían hallar nuestros hijos lecturas más sanas y más nobles?

COSTUMBRES

La moda en el segundo Imperio.—Son conmovedoras—como dice Andrés Beaounier en la *Revue Hebdomadaire*—esas pícaras modas que, después de haber sido la coquetería de las jóvenes, envejecen, permaneciendo, sin embargo, azules o rosadas, amarillas o verdes, y en todo caso absurdas, con su falsa alegría; es la muerte pintada y adornada. Nos asombran esas modas, precisamente porque no son antiguas; son los vestidos de nuestras mamás, y todos los hemos conocido cubriendo sus queridos cuerpos.

La moda es casi lo único que queda de universal y de imperioso. Las mujercitas que habiendo leído a Nietzsche se han prometido vivir peligrosamente, se niegan a toda disciplina; pero, por revolucionarias que sean, obedecen a la exigencia despótica de la moda. La moda manda, y sólo ella sabe mandar; sólo ella nos conserva la más útil y la más amenazada de las virtudes: la obediencia; es un poder tiránico que no da razo-

nes y al que todos se someten, reconociendo, en cierto modo, que la tiranía es a veces necesaria.

El segundo Imperio fue época feliz y brillante, de gran elegancia y gran alegría. Los viejos moralistas del tiempo hablaban de la corrupción imperial, cuyo signo era especialmente la opereta. La opereta del Imperio, examinada ahora a distancia, resulta gentil e inocente. El reinado de Luis Felipe había sido poco divertido. La República del 48, con sus filósofos y sus doctrinarios, fue aburrida. Al proclamarse el Imperio, había gana de divertirse. Lamartine había dicho en plena Cámara: «Señores, tengo el honor y el sentimiento de advertiros que Francia se aburre.» Y Francia se divirtió. El Emperador lo quiso, y para quererlo más tuvo la hermosa joven española que llegó a ser S. M. la Emperatriz.

Desde el día de su matrimonio, el 30 de Enero de 1853, se admiró la exquisita maravilla de su traje: un traje de terciopelo blanco, de larga cola, con la falda cubierta de volantes de encaje y el corpiño de aldetas con espigas de diamantes colocadas como brandeburgos; el velo, de punto de Inglaterra, estaba sujeto en la cabeza por una corona de flores de azahar superada por una diadema de zafiros; los cabellos estaban graciosamente en alto, y todo era llevado con una gracia incomparable, realzada por la dignidad de una divina sonrisa. La Emperatriz dió el tono desde entonces, y todos quisieron imitarla en la gracia y, lo que era más fácil, en la suntuosidad. Se gastó mucho dinero; se prodigaron las joyas, los encajes y las telas preciosas. ¡Cómo se divirtió todo el mundo y qué alegría hubo en todas partes!

Dos épocas nos asombran en la Historia por su alegría: el segundo Imperio y los años que precedieron a la Revolución. Francia fue en esas dos épocas el parque encantado de las fiestas galantes, el lindo puerto de los embarques para Citerea, el cercado de las futilidades; en los retratos del tiempo, las mujeres son más arrebatadoras que nunca, sonríen mejor y más aturdidamente que nunca. De pronto, dejan de sonreir, y di-

ríase que el Destino, como el sermonario, les ha gritado: «¡Ay de vosotras, las que sonreís!»

Lo que caracteriza la moda femenina bajo el segundo Imperio, es la crinolina. El Imperio no la inventó, la resucitó y la perfeccionó, llevándola a lo absurdo. Se trataba de hinchar la falda, y al principio se recurrió a enaguas almidonadas, luego a enaguas de volantes y, por último, a enaguas con ballenas; no bastando todavía todos estos bajos, se superpusieron tres, cuatro o cinco, lo más rígidos posibles, para obtener la amplitud deseada. El ingenio de los industriales vino en su socorro, y se imaginaron los aros, aros concéntricos que dejaban libres las amables piernas, ahuecando las faldas, y que pronto llegaron a ser de acero flexible. Y así empezó el reinado del miriñaque, que coincidió, ¡cómo no!, con el ensanche de las calles de París. Las protestas no faltaron, y el teatro fue la tribuna de la crítica. En una revista de las *Folies dramatiques*, la actriz que representa la Exposición de 1855 se dirige a los palcos y a las butacas, y pregunta: «¿Habría en la sociedad una señora muy delgada?» Como es natural, nadie respondió. La señorita Birout, la actriz, se volvió entonces hacia sus compañeras, y les dijo: «Entonces, traedme un palo de escoba.» Se lo llevaron y añadió: «Vais a ver los prodigios de la crinolina.» Y en el palo colocaba una falda, de pompa exagerada, un corpiño, una cabeza, cubierta con un sombrero de moda, y sobre todo echaba un chal. —«¡Ah, es increíble!»—exclamaba Papamoscas;—y tras unos *couplets* del coro, la señorita Birout concluía cantando: «De un simple bloque, Pigmalion—hizo una mujer encantadora.—Gracias a nuestra invención,—un palo de escoba os tienta.» Llegaba un dandy; llegaba, contemplaba con el lente la Galatea de crinolina, y, lleno de sencilla admiración, declaraba: «¡Ah, qué linda mujer!»

El espíritu de una época es más frágil y se marchita todavía más pronto que la moda. Cuando leemos la historia del hotel de Rambouillet, nos sorprende hallar tan tontas las bromas de Voiture, que era uno de los hombres más ingeniosos del

tiempo; y es que el ingenio no es más que el resplandor de un minuto. Lo que queda de una época es lo trágico, y del alegre Imperio apenas se recuerda más que la espantosa catástrofe en que acabó.

Por un momento, hacia 1859, los excesos de la crinolina estuvieron a punto de hacerla fracasar. Por ensancharse más, subió, disminuyendo la longitud del talle; pero, por fortuna, no tardó en corregirse este error. Era preciso que el talle, flexible y fino, saliera de las rotundidades acampanadas de la crinolina (el cuerpo era a la Virgen, a la Pompadour o a la Wateau) y que cuello y espaldas quedaran libres. Cuanto más disimulaba el miriñaque el cuerpo desde las caderas, tanto más fino y esbelto emergía el talle, y en este contraste consistía el encanto de aquella vestimenta. Era una sinuosidad de cisne; pues cuando el cisne levanta un poco sus alas para que la brisa las hinche y le empuje, le forman como un ancho miriñaque, y el plumón se estremece en él como un ligero encaje blanco, saliendo la curva larga y delgada del cuello, de aquella opulenta amplitud.

El descote de moda era el que reclamaba la estética de la crinolina; era preciso que el abultamiento de abajo fuese adelgazándose por la línea de los hombros desnudos hasta la cabecita, y, a veces, los buclecitos que acompañaban esa línea dulcificaban el ángulo del cuello. Se descotaron mucho, sobre todo a lo ancho; la etiqueta de la corte exigía brazos y hombros desnudos, y conocida es esta consigna: «L'épaule ou l'épaulette». Algunas damas de belleza algo ascética o demasiado maduras, se resistían a descotarse, y acudieron al subterfugio de la gasa, tras de cuya nube de diáfano misterio velaban pudorosamente sus marchitos encantos. La Emperatríz prohibió el uso de aquellos velos, por aéreos que fuesen, y los chambelanes obligaban a respetar la consigna. De aquí resultaban algunas desigualdades: las miradas tenían que escoger o bien bajarse, desesperadas, hacia las espléndidas faldas.

En Compiègne, durante la estancia de la corte, el teatro

era una de las mejores diversiones. El patio se reservaba a los oficiales de la guarnición; el anfiteatro, a los jefes de cuerpo y altos funcionarios; la primera galería la ocupaba casi por completo el palco imperial, y en la segunda, la primera fila correspondía a las damas. En esa primera fila de la segunda galería estaba el conflicto para el Duque de Bassano. El alcalde y el subgobernador de Compiègne le presentaban la lista de las notabilidades locales: señoras de funcionarios y pequeña nobleza del país. Ocurría con frecuencia que cumplidas señoras de reputación perfecta tenían descotes medianos o lamentables; como el Emperador no podía aguantar que la curva elegante de la segunda galería ofreciera a la vista fealdades, por virtuosas que fueran, se quejaba con viveza al Duque; entonces el Duque procuraba que no se repitiera la queja, y llenaba la primera fila de lindísimas mujeres, de rostro encantador y espaldas sublimes, pero que, a veces, gozaban de mediana o lamentable reputación. La Emperatriz no podía aguantar semejante escándalo, y se quejaba, a su vez, al Duque, y el pobre Duque se veía entre la espada y la pared para dejar satisfechos al Emperador y a la Emperatriz.

Mientras triunfó la crinolina, las mujeres aparecían como si no tuvieran piernas. Prescindamos de las falsas maniobras, de los gestos imprudentes que tanto han servido a los caricaturistas para presentar a las señoras en el momento de sentarse, levantando de pronto sus aros de acero. Había un arte para evitar el inconveniente de lo que entonces se llamaba *el efecto* de la crinolina: consistía en una sabia estratagema que se enseñaba a las jóvenes al entrar en el mundo, y que plegaba en ocho la peligrosa máquina, dejándola reducida a modestas dimensiones, y pudiéndola así meter en un baul, ocupando menos sitio que los sombreros actuales. Consignado esto, repitamos que las mujeres andaban como si estuvieran montadas en una tabla con ruedas. De aquí resultó que las piernas adquirieron el atractivo del misterio, lo que explica el encanto que para toda la generación anterior ha tenido la vista de una

pierna de mujer. «Nada hay tan hermoso, tan dulce, tan grande en la vida, como las cosas misteriosas», ha dicho Chateaubriand.

Otro de los elementos princípales y característicos de la moda imperial, era el chal, el chal de la India, la cachemira. Costaba muy caro, y las novias lo tenían en su ajuar. Duraba mucho, y ha quedado en las familias como pequeña parte del patrimonio, guardado entre olores de lavanda, en cajas amarillas, verdes o blancas, con sus múltiples colores yuxtapuestos al gusto oriental. Era encantador, y es lástima que haya desaparecido. Un traje bien hecho, vale lo que valga la habilidad de la costurera o del modisto que lo ha hecho; pero el chal no tiene forma; toma la que le impone vuestro gusto, sigue vuestras actitudes, y entre vuestras manos y en vuestros hombros, en torno vuestro, sigue dócilmente vuestra voluntad; lo revolvéis a vuestra guisa y hace los pliegues que deseáis. Es el signo de vuestra coquetería, de vuestra gracia; es vuestro y es vosotras mismas. La movilidad del chal era una perpetua variedad de expresión.

En estos últimos años hemos tenido en la *écharpe* un amable recuerdo del chal; era un adorno púdico y delicioso que también ha desaparecido. El chal tuvo su triunfo después de la Exposición de 1855; hubo muchos modos de llevarlo: en cuadro o en punta o con las puntas superpuestas; partía de la nuca o se le dejaba deslizar de los hombros sobre los brazos, modelando la espalda y dibujando una amplia curva a la altura del talle. Recorrió triunfalmente todo el mundo, tomando diversas formas: de Túnez vino el chal muzaya, de rayas verdes y rojas, azules y blancas; y de Argelia el albornoz con bellotas de pelo del Tibet. El manto emperatriz hizo furor, y era un gran albornoz terminado en punta. El chal envolvía el busto, como la crinolina las piernas; ambos corresponden a la misma estética.

Los sombreros fueron casi siempre pequeños, y tenían que serlo para rematar aquel adelgazamiento que desde la amplia falda subía por los hombros a la cabeza. Gustaron las tocas

que se ponían muy adelante, algo sobre la frente, de modo que no quedara oculto el pesado y lujoso moño. También gustaron las capotas, las capelinas guarnecidas de cintas y los capuleços. Los sombreros de paja de grandes alas flexibles, sombreros de pastora María Antonieta, tuvieron su momento de boga y eran encantadores. Para todos estos sombreritos se inventaron las sombrillitas, sombrillas de muñeca, con mango de marfil articulado; el gesto para librarse del sol, con sombrillas tan chicas, era gracioso. Más tarde, cuando la crinolina cayó en ridículo, hemos visto a las señoras con sombrillas tan grandes, que parecían llevar la crinolina en la punta del bastón de sus maridos. ¿Cuál es más absurdo, poner abajo lo que es ancho y pesado, y acabar en finura la obra maestra femenina, o envainar las piernas subiéndolas en tacones puntiagudos, y cargar la cabeza con el monumento de los actuales sombreros como el croquis de la casa al revés?

Durante los veinte años del Imperio, la moda evolucionó; pero insensiblemente, no con la rapidez que ahora. Desde el principio al fin, sin embargo, en sus etapas española, zuava, griega y turca, con los Fígaros, los Ristoris, etc., se nota cierta unidad. La moda se fue haciendo, si no menos rica, más seria. Se abusó de la pasamanería, y los colores se obscurecieron; se abandonó el matiz Teba, el amarillo venturino y el verde; pero casi hasta el fin del Imperio se tuvo predilección por las cintas naranjas, el terciopelo azul real y el satín grosella de los Alpes. En 1866 se admiró en el baile de la corte el magnífico traje de la señora X, que tuvo la audacia de presentarse sin miriñaque. Chocó; pero se la imitó, y la crinolina desapareció.

Esa misma señora X tenía los cabellos empolvados de oro; el matiz preferido fue el amarillo Ticiano; para obtenerlo se recurría a artificios de peluquería. En una revista de 1855, *El reinado del calembour*, de Cogniard y Clairville, asistimos a una escena en los salones de la señorita Jouvence, «Embellecimiento para uso del bello sexo»; las peinadoras ti-

ñen y arreglan a sus clientes, y la señorita Jouvence vigila y da órdenes:—«Palmira—dice—aplique usted la segunda capa de blanco a la señorita; y usted, Nichette, cuide mejor de las pestañas de la señora.—Señorita Nichette—dice la señora,—le agradeceré a usted que haga que se pinten mis cejas; quiero parecer celosa para dar miedo a mi marido.—Es fácil, señora—dice Jouvence.—Nichette, ponga usted tierra de sombra en el borde de los párpados; eso da un airecito andaluz y sienta muy bien.—¡Hay que ser tan hábil—dice la señora—para encantar a nuestros esposos, al mío sobre todo!» Se levanta y canta: «Adorno cuidadosamente a su ídolo—para que esté siempre enamorado.—Ora me hago la española,—ora la criolla de dulce mirar.—Gracias a la pintura nueva,—fijo los amores en mi casa:—mi marido, sin ser infiel,—cambia de mujer todos los días,—porque todos los días me cambio yo.» Se vuelve a sentar, y entonces dice otra dama: «¡Ah, señorita Jouvence, tengo que quejarme de vuestro rojo vegetal!—¿De mi rojo vegetal?—Sí, señorita. Ayer al besar a mi primo, que vuelve de Crimea, se le han quedado mis labios en la mejilla.—¡Desoladísima, señorita!; pero no respondo de los besos... ¡Cuidado, Hortensia, que pone usted a la señora un ojo más grande que otro! —¡Pero voy a estar horrorosa!—Tranquilícese usted; tiene usted un poco demasiado de khol en el ojo izquierdo, y eso lo empequeñece. Vamos, ya está arreglado.» En aquel instante aparece un dandy.—¡Cielos, un hombre!—exclaman las señoras. La señorita Jouvence las tranquiliza: es un parroquiano. «Señorita Jouvence—dice el dandy,—¿quiere usted decir a la señora de Saint-Alve que mi calesa la espera abajo para llevarla al bosque?—¡Oh! imposible en este momento: se está secando.—¡Se está secando! ¿La señorita de Saint-Alve?—Sí, está en el secadero; pero es cosa de un cuarto de hora.—¡Ah! muy bien; voy a esperarla fumando un brasileño. ¡Señoras!... (*Saluda y sale.*)» Las damas vuelven a sentarse, y la señorita Jouvence exclama: «¡Ah, estos pícaros de hombres, no saben el trabajo que cuesta el encantarlos!»

Los moralistas del tiempo criticaron todas estas cosas y el senador Dupin pronunció un discurso «contra el lujo desenfrenado de las mujeres», en Julio de 1865. El tema pareció tan temible que se acordó que la sesión fuera a puertas cerradas. Dupin, sin embargo, imprimió su perorata, en la que decía: «Señores senadores, se habla de cortesanas que se ostentan en los lugares públicos. Sí, las habrá con tren brillante capaz de atraer las miradas. Pero, ¿qué hace la gran sociedad? Mira y toma modelo; y esas señoritas son las que imponen las modas hasta a las damas de la buena sociedad. Ellas son las que se copia y ese es el ejemplo que da la alta sociedad.» Aseguró que la exageración del lujo «lanza a todo el mundo fuera de su camino», y afirmó que muchas fortunas caían en aplazamientos y en liquidación. «El lujo baja a las clases inferiores, por imitación. Lafontaine, en una de sus fábulas, se burla de la rana que quiere hacerse tan grande como el buey. Pero, con las modas de hoy, la rana lo conseguiría: le bastaría a esta pécora con ajustar en torno de su talle esas dimensiones elásticas que la harían tan gorda como el modelo que quiere imitar.» La frase, como se ve, es algo pesada; pero, en fin, el arma se dispara y el tiro sale. Dupín prosigue: «Cuando se va o hay que ir a una fiesta, y queriendo hacer en ella algún papel, no hay con qué, el amor propio triunfa; se siente repugnancia en decirlo al marido; la caja conyugal está vacía; se toman trajes a crédito, se firman billetes, letras de cambio, para las que se buscan endosantes, y cuyo vencimiento es siempre fatal a la virtud.»

Los virtuosos enemigos del Imperio, a quienes el lujo desenfrenado del Imperio indignaba, nos prometían una República sencilla, y a su ejemplo virtuosa; pero, ¡nos han prometido tantas otras cosas!

Para concluir, leamos los versos de la *Coquetería póstuma*, de Teófilo Gautier. Están escritos antes de la época imperial, pero no importa: «Cuando muera, que me pongan,—antes de clavar mi ataúd,—un poco de rojo en los pómulos,—un poco de

negro en el párpado.—Pues quiero en mi féretro cerrado—como la noche de su confesión,—permanecer eternamente rosa—con khol bajo mis ojos azules.—Nada de sudario de tela fina;—pero envolvedme en los pliegues blancos—de mi traje de muselina,—de mi traje de trece volantes.—Es mi adorno preferido,—lo llevaba cuando le agradé;—su primera mirada lo ha consagrado,—y desde entonces no lo he puesto más.—Colocadme sin amarillas siemprevivas,—sin cogín de lagrimas bordado,—sobre mi almohada de encaje,—inundada por mi cabellera.—Entre mis manos de cera pálida,—juntas para la oración,—dad vueltas al rosario de ópalo,—por el Papa en Roma bendecido.—Yo lo desgranaré en el lecho—de donde nadie se ha levantado todavía;—su boca ha dicho sobre mi boca—cada Padre Nuestro y cada Ave María.»

CRITICA

El caso de Bernardo Shaw.—Roberto D'Humières atribuye en el *Mercure de France,* al origen irlandés de Bernardo Shaw, el que pase por el hombre más chistoso de Inglaterra. Un capricho del azar ha dado el mismo idioma a dos razas tan extrañamente diferentes, que, a pesar de ese lazo del lenguaje, no han logrado todavía comprenderse. Al extender el número de sus lectores y de sus espectadores, Shaw no ha grabado por eso más duramente su huella sobre su tiempo. Tiene una fe, la del socialista; pero la ironía es una preparación peligrosa para el oficio de apóstol; la terquedad de su tic gasta los labios de los profetas y ensancha fatalmente en torno de las palabras de vida, la sonrisa profesional del humorismo, la muerte.

En Inglaterra, sobre todo, donde el prejuicio moral se alza más cargado de sedimentos seculares, hay innumerable número de efectos cómicos que sacar del contraste de las leyes y de los jueces, de las hipocresías y de los hechos, de las creencias y de los actos; son desquites de lógica y cabriolas de sofista,

poco difíciles, después de todo. Un día, sobre los andamiajes de la Sixtina, cuyos frescos estaban reparando, Bernardo Shaw, según él mismo cuenta, se encontró con Anatolio France; éste, impresionado por sus salidas, quiso conocerle más a fondo. Bernardo Shaw, aprovechando una ocasión, dijo: «Yo también ejerzo la profesión de hombre de genio.» A lo cual, France, guardando el equilibrio para que una viga que le amenazaba no le aplastara, replicó: «No toda cortesana puede llamarse vendedora de amor.»

La concepción del amor, tan importante en la ecuación de todo moralista, forma lo más original del evangelio de Shaw. En política se le podría llamar un proudhoniano larvado, un nietzscheano enganchado, con los pies en alto, al carro socialista, tirando coces a las varas o salpicándolo de barro, pero relinchando, piafando, haciendo sonar todos los cascabeles de su collar.

Es un socialista que no se las echa de patriota: «Como irlandés, dice, no puedo sentir patriotismo, ni por el país que he abandonado ni por el que lo ha arruinado.» No le gustan los militares. Combativo por excelencia, lleva el horror a la carnicería hasta el vegetalismo, recordando la frase de Vereschagin: «La única forma lógica de la guerra, es la antropofagia», lo cual no quita para que se burle de los sueños de un sacerdote católico cuando profetiza con indiscutible poesía el reinado de la caridad y de la felicidad futuras.

Las características de su concepto del amor, son el horror al falso idealismo y a la explotación del sentimiento. Bernardo Shaw define el amor «¡una caza!». Y en esa caza, la presa es... «¡el hombre!». Don Juan, azuzado, huye hacia los sauces. No se puede chocar más descaradamente con nuestras convenciones de galantería caballeresca. ¡Oh, Dulcineas, Roxanas, Clarimundas! Esta especie de herejía desconcierta menos en país anglo-sajón, y Shaw saca de ella chistosos efectos. Es la teoría que constituye la principal originalidad de Bernardo Shaw.

Sostiene que el autor dramático tiene por misión interpre-

tar a la multitud las ideas de su tiempo. Del dominio de la abstracción las hace descender al de la vida para luchar, abrazarse y engendrar; las hace asimilables, trasplantándolas del plano de la entelequia al del entendimiento. El arte sigue con pie perezoso a la ciencia y al pensamiento; pero él es el que anuda la gavilla y la espiga que ha dejado a un lado se pudrirá. En toda filosofía, una raza intenta adaptarse a su medio; el artista, y especialmente el dramaturgo, son los cómplices eficaces, en esta más reciente estratagema, del viejo caminante padre de tantas astucias: el ansía de vivir. Las costumbres van detrás. Nada más tardígrado que la moral; ninguna ha llegado jamás a tiempo. Y así, sin embargo, tropezando y cayendo, nacen las civilizaciones.

En este proceso, acciones y reacciones se mezclan; un Mesías, un legislador, saltaban etapas en otro tiempo. El primer dramaturgo fue el hechicero, el sacerdote. El hechicero rival expiaba a lo lejos mejor embadurnado de heces. Las bacantes, cuando en torno del macho cabrío inmolado bosquejaron los primeros tumultos trágicos, anunciaban ya el advenimiento de un dios mejor, Dionisos, el eterno Satanás, contra los dioses reinantes, reaparecido después en las Walpurgis, y de las que Bernardo Shaw nos muestra el alegre y moderno avatar.

Su talento es indiscutible; se le echa en cara su acometividad, que no es más que una forma de publicidad; la ciencia y el arte deben hacerse su reclamo, no menos que el tráfico; el pingüino, que deposita su huevo en la saliente de una roca y lo abandona, puede decirse con satisfacción: «¡Qué puro artista soy!» ¿Por qué, pues, echar en cara al pájaro más moderno los clamores, los pavoneos, los picotazos y los arañazos que sirven de salsa a sus prestigiosos polluelos? ¿No pronunciáis, sin embargo, la palabra *paradoja?* Bernardo Shaw la aborrece tanto como la de *sentimiento*. La paradoja somos nosotros. Un crítico demasiado simplista sentiría tentaciones de reducir la retórica del maestro a la figura que emplea el fraile Gorenflot con el cuchillo levantado sobre un ave un día de Cuaresma:

«Polla, yo te bautizo carpa.» Este procedimiento literario es más que una costumbre, y toma el mismo carácter sacramental con Bernardo Shaw. Y la cosa va con paso tan endiablado, con calor tan ardiente, que no se resiste, y la polla misma, como la Paulina de Corneille, confesaría a voces, si no fuese tan carpa, su irremediable carpería.

El caso de Bernardo Shaw es la reacción, en el medio intelectual y social moderno, de un temperamento céltico bastante tradicional; un bardo de Erin, un trovador exagerado; no es otra cosa. Pertenece a la estirpe de los grandes improvisadores, de los que fue el penúltimo Oscar Wilde. Este, irlandés católico, se resintió del helenismo de Oxford; el otro, «violenta y arrogantemente protestante», como él mismo se declara, no tiene más enlace griego que algún abuelo, acaso en la horda que saqueó a Delfos; su parte de aquel botín fue el espíritu de los sofistas. Estos dos tipos de *minstrels* descaminados, Wilde y Shaw, uno con la gracia, otro con el dardo, uno dandy, otro demócrata, se asemejan por los abundantes recursos de su facundia, el lirismo de su humor, su gusto por la actitud, la falta del discernimiento vulgar, que fija el punto hasta donde el filisteo consiente en que le asombren; y, en fin, por su anarquismo fundamental. Honderos natos, *Moonlighters,* caballeros del claro de luna, ¿qué nombre sentaría mejor a estos poetas y a estos enemigos de las leyes?

Bernardo Shaw presenta un rasgo individual, entre otros esencialmente ingleses: el horror al exhibicionismo sentimental. El ejercicio de esta virtud—porque lo es, y la lloriconería y charlatanería latinas nos escandalizan hace tiempo—se encuentra grandemente facilitado por la ausencia de imaginación, por una parte, y por la ineptitud para las emociones del corazón, propiamente dichas, por otra. ¿El *self-control?* Admirable disciplina, con tal de que haya un Yo que contrastar. El Yo sentimental de Bernardo Shaw es el de un Voltaire más bien que el de un Tolstoi.

Nada más lejos de nosotros que esta mentalidad compósita:

un irlandés protestante, para quien Swift y Wellington representan tipos acabados de su raza, es para desconcertarnos. Bernardo Shaw no tiene de bretón más que su traductor. Lo ha escogido y se agarra a él como el ahorcado a su cuerda. Y es un suicidio en los umbrales de nuestra admiración.

CUESTIONES MÉDICO-SOCIALES

El artritismo como enfermedad social.—Se ha dicho que el artritismo es un privilegio de salud; pero nada más falso, según los estudios del Dr. Laumonier, resumidos en un sustancioso artículo de *La Revue,* de París. Como el público no conoce sino las magníficas apariencias de salud de los gotosos y diabéticos, se explica el error. El artrítico presenta frecuentemente formas ventrudas, rubicundas y apopléticas; pero también las ofrece de otras clases, en las que se revela lo grave de su enfermedad, tan grave, en efecto, que el Dr. Laumonier no vacila en aplicar al artritismo el epíteto de enfermedad social.

Lo que caracteriza la enfermedad social es su influencia nefasta sobre la estirpe familiar, y, de modo más general, sobre la raza, influencia que se traduce en una mortalidad enorme y precoz, y en una gran baja de la natalidad. La disminución resultante de la población constituye ya una pérdida neta para la riqueza de la familia y del Estado; si se añade la invalidación más o menos completa y prolongada de los individuos atacados, que obliga a gastos enormes soportados por la colectividad sana, se comprende el daño social que produce. Debe, pues, considerarse como enfermedad social toda enfermedad difundida que deprecie las cualidades de la raza, su resistencia y su rendimiento efectivo. El artritismo reúne esas condiciones.

El artritismo es la enfermedad del *surmenage,* sobre todo del alimenticio, y también del muscular, glandular y nervioso. Hay que entender por esto que la actividad exagerada y con-

tinua de un órgano produce en ese órgano fenómenos comparables al del envejecimiento, que conducen finalmente a la insuficiencia funcional. Como cada órgano, por el hecho de la coordinación, está ligado sinérgicamente a todos los demás, basta que uno solo funcione mal, para que la economía entera sienta perturbado su equilibrio fisiológico. Ahora bien, esa sobrecarga la realizan muchos con excesos repetidos de alimentación, abusos de *sports,* multiplicidad e intensidad de preocupaciones morales, emociones y trabajo intelectual; por eso en el artritismo se nota, en medio de la diversidad de sus formas clínicas, la comunidad de una viciación en los cambios nutritivos y funcionales; en una palabra, de una diátesis. La insuficiencia adquirida, y aquí está la parte peligrosa del artritismo social, transmite a los descendientes ciertas predisposiciones que la transforman y agravan en las generaciones sucesivas. El profesor Maurel, de Tolosa, ha podido dividir la evolución del artritismo en tres períodos principales: 1.° El período de la sobreactividad inicial o del hiperfuncionamiento, que responde a lo que se llama el *preartritismo*, período de la buena salud aparente, excesos de mesa, de trabajo y de placeres, interrumpido prematuramente, con demasiada frecuencia, por una crisis mortal de uremia o por la apoplegía fulminante. 2.° El período del funcionamiento viciado, o de las enfermedades de la nutrición, obesidad, gota, diabetes, reumatismo, reacciones defensivas momentáneas, que suelen terminar en el coma diabético, la nefritis, la tuberculosis o el cáncer, y menos frecuentemente, la caquexia gotosa o reumática. 3.° El período del funcionamiento insuficiente, que cierra el drama; todos los órganos, sucesivamente, faltan a su misión, el tubo digestivo y el hígado, el riñón, el corazón y sus vasos, los pulmones y el sistema nervioso; en este terreno sin resistencia, labrado por el dolor y acribillado de neurosis, hasta las infecciones más benignas para los demás prosperan, llevándose a estos seres desheredados.

Estos tres períodos se desarrollan en todos los individuos

con duración variable, y se reproducen en los descendientes, con la agravante que en cada generación la diátesis aparece cada vez más pronto, hasta que llega el momento de que las insuficiencias sean bastante precoces para que el artrítico muera antes de la edad de la reproducción. Como ejemplo de esta evolución, Laumonier cita la historia inpresionante de una familia vendeana, cuyos libros han sido llevados cuidadosamente por el abuelo notario del jefe actual, y consultados por Laumonier escrupulosamente.

El fundador de esta familia, a fines del siglo XVIII era un tejedor muy hábil, emprendedor y de posición desahogada; tuvo catorce hijos, de los que once llegaron a la edad adulta; seis de ellos se casaron, y habiendo resultado estéril uno de los matrimonios, los otros cinco tuvieron diez y nueve hijos, de los que cinco murieron en edad temprana; nueve de los catorce sobrevivientes contrajeron matrimonio, y de ellos, tres fueron estériles, otros tres tuvieron un solo hijo, dos tuvieron tres, y uno cuatro. Y así llegamos a la actual generación, la cuarta, con trece hijos, de los que siete han muerto antes de la nubilidad, y tres se han casado; dos de estos matrimonios no tienen descendientes, ni los tendrán; el otro no tiene más que un niño, y a este heredero, de salud mediana, se reduce hoy esta estirpe familiar, tan abundante y floreciente al principio.

Veamos ahora la historia médica de esta familia. El antepasado, gallardo mocetón, comilón, bebedor, inteligente, activo y campechano, murió a los sesenta y un años, sin haber estado nunca enfermo, de un golpe de sangre; su mujer, robusta y entendida, vivió hasta los ochenta y seis años. De los once hijos que sobrevivieron, dos murieron en la guerra, otros dos fallecieron antes de los cuarenta años, y una hija vivió soltera hasta los setenta y siete. En la tercera generación, los informes son más precisos; la familia ha mejorado de posición; de los cuatro matrimonios, tres desaparecen, casi en seguida, sin hijos o con hijos que mueren muy temprano; sólo uno sub-

siste con tres hijos, de los que uno muere a los tres años, de enteritis. Las macas artríticas, sospechadas en las generaciones anteriores, se afirman ahora. En el libro de familia no se trata más que de gota, de vapores, de nefritis, de obesidad, de reumatismo; una de las hijas muere de meningitis, probablemente tuberculosa. En la cuarta generación la vitalidad se agota manifiestamente. De los tres matrimonios que se fundan, uno solo tiene posteridad, y entre los solteros, como entre los casados, la muerte se hace precoz, alrededor de los cuarenta. Actualmente, la familia cuenta seis personas, entre ellas un solo niño de catorce años, y ofrece al clínico dos casos de diabetes, uno de ellos complicado de psicastenia y arterioesclerosis, uno de litiasis renal con albuminaria, y otro probable, el del niño, de tuberculosis.

Tal es la notable evolución del ciclo artrítico: la diátesis se instala insidiosamente con el disfraz de la exuberancia y de la salud, y prosiguiendo implacablemente su obra, convierte, al cabo de algunas generaciones, las familias más robustas en uno o dos abortos miserables e impotentes. Veamos ahora si el artritismo reúne todos los caracteres de la enfermedad social: frecuencia e influencia nefasta en la mortalidad y en la natalidad.

En cuanto a la frecuencia, los artríticos no representan más que un 5 por 100 de la población hospitalizada; pero es por que, salvo en casos de crisis, los artríticos van poco al hospital, y los nefríticos, cancerosos y tuberculosos, que en muchos casos son artríticos, no figuran como tales. En cuanto a las familias ricas o simplemente acomodadas, apenas hay una que no contenga artríticos notorios. Puede afirmarse que de cada cien personas de la burguesía, hay diez con signos de artritismo; y de cada cien obreros, hay cinco o seis artríticos. Estas cifras, aunque criticadas como inferiores a la realidad, están corroboradas por las investigaciones del profesor Maurel sobre la *Despoblación de Francia y sus causas,* en las que fija en un 10 por 100 el número de uniones estériles; por otra parte, el nú-

mero de peticiones de adopción aumenta, lo que prueba que hay familias que no tienen hijos porque no pueden. En todo caso, se llega a la proporción de un 5 por 100 que no es inferior a la de la tuberculosis, siendo indiscutible, por lo tanto, la frecuencia propia de las enfermedades sociales.

Pasando a la influencia del artritismo en la mortalidad, es verdad que rara vez se muere de artrítismo; pero la consecuencia del envejecimiento prematuro de los órganos es hacer del artrítico, por adquisición personal o por herencia, un organismo sumamente frágil.

La mayor parte de los que mueren hacia los cincuenta o antes, de uremia, de congestión, de angina de pecho, de ciertas afecciones cardíacas, son artríticos, cuyos tejidos u órganos han envejecido antes de tiempo o son insuficientes. En segundo lugar, muchas infecciones revisten en los artríticos especial gravedad. El Dr. Hirtz ha mostrado lo larga y severa y rica en complicaciones que es, en ellos, la gripe, ordinariamente benigna; la fiebre tifoidea y la neumonía hacen estragos en ellos por el trabajo excesivo anterior del aparato digestivo, del hígado, de los riñones y del corazón; en cuanto a la tuberculosis, nadie ignora que viene frecuentemente a complicar y terminar la evolución diatésica. Mientras el artrítico está florido, triunfa de la tuberculosis y se cura; pero cuando ha llegado al período de las insuficiencias, la tuberculosis vence; por eso, la mortalidad por tuberculosis no se muestra frecuente sino en los jóvenes artríticos hereditarios y en los diabéticos, viejos enfisematosos predispuestos, gotosos y reumáticos caquécticos; no se sabe a punto fijo qué parte tiene el artritismo en la mortalidad tuberculosa; pero se sabe que más del quinto de los artríticos hereditarios mueren de tuberculosis. Por lo que hace a los cancerosos, cerca de los dos tercios son del tronco artrítico, y el cáncer, como el artritismo, es tres o cuatro veces más frecuente en la ciudad que en el campo. Es, pues, innegable que el artrítismo fragiliza el organismo que ataca, le predispone a enfermedades que no puede resistir, influye notable-

mente, por lo tanto, en la mortalidad general, y por este concepto puede también clasificarse entre las enfermedades sociales.

El último carácter de estas enfermedades, la disminución de la natalidad, también lo tiene el artritismo. El descenso de la fecundidad sobreviene en todas las familias en que se abusa de la sobrealimentación, de los excitantes funcionales y de la actividad mental. Suele decirse que el único factor eficaz de la despoblación es la restricción voluntaria; pero puesto que la infecundidad se señala preferentemente en los descendientes de artríticos, habría que admitir que el neomaltusismo es practicado, sobre todo, por los artríticos, aserto formalmente contradicho por la experiencia. En sus comienzos, en la fase hiperfuncional, la natalidad viviente es generalmente muy elevada, salvo caso de restricción voluntaria; pero, ulteriormente, desde la segunda o tercera generación, la natalidad afloja y se reduce a uno o dos vástagos, cuando más tres, criaturas enfermizas y gruñonas, de sensibilidad vidriosa, de fuerte emotividad, a veces muy inteligentes, pero de vitalidad reducida; se crían penosamente, y el 21 por 100 mueren antes de los veinte años, segados por las infecciones; los supervivientes son desequilibrados perpetuos, neurópatas incurables; entran en la categoría de los degenerados supuestos superiores, porque algunos se han hecho un nombre en la literatura o en las artes; con ellos la estirpe se extingue o no produce más que enfermos o atrasados; así es como Jacobi explica la infecundidad relativa de los grandes hombres y la desaparición de las razas aristocráticas.

¿Por qué mecanismo produce el artritismo la infecundidad? En muchos artríticos varones, el instinto sexual permanece despierto hasta en el período de las insuficiencias, y es muy raro que se noten las deformaciones anatómicas ni alteraciones en las secreciones reproductoras; sólo en algunos, diabéticos y psicasténicos, se observa la carencia, la disminución o la inversión del apetito genital. Por eso se imputa generalmente la

infecundidad a la mujer: en la mujer artrítica, en efecto, las desviaciones uterinas son particularmente frecuentes, así como la dismenorrea, la amenorrea y cierto grado de infantilismo; sobre todo, existe una fragilidad especial de la mucosa que la hace inepta para fijar el óvulo fecundado, pudiéndose agregar a estas causas de fragilidad las maniobras neomaltusianas, que tanto daño hacen a la juventud de ambos sexos.

Hecha la demostración de que el artritismo es una enfermedad social, tan temible o más que la tuberculosis, el doctor Laumonier estima urgente emprender contra el artritismo la lucha colectiva. Ya en muchos países esta lucha ha comenzado, siquiera sea indirectamente, por los esfuerzos de las organizaciones sindicales que han recabado leyes como la de descanso semanal, la jornada de ocho horas, la limitación obligatoria del trabajo, etc.; son los comienzos de la batalla contra la sobrealimentación y el alcoholismo. En otro tiempo, el pueblo no conocía el alcohol, y los ayunos de la Cuaresma, de las cuatro témporas y de las vigilias—curas de Guelpa suavizadas—ponían a los abusos de las francachelas un obstáculo casi infranqueable. No sucede así en nuestros días; hoy el obrero, como el burgués rico, se atracan cuanto pueden, y las tabernas, con el sistema parlamentario, se han convertido en columnas del Estado. El problema es difícil, pero no insoluble, y todos debemos contribuir a su solución con nuestro ejemplo y con nuestros consejos.

IMPRESIONES Y NOTAS

El arte y la Naturaleza.—Andrés Gide, enemigo del prejuicio moderno de la novedad a toda costa, parece no estimar en el arte más que la individualidad; para él, la obra de arte exige un reglamento, y, por lo tanto, una obligación que, lejos de herir y limitar la individualidad, la hace sobresalir, la exalta, estando en esto de acuerdo con Nietzsche, para quien «la

improvisación artística está a un nivel muy bajo en comparación de las ideas de arte, seria y trabajosamente escogidas»; Gide, hablando de la rivalidad del arte y la Naturaleza, escribe: «Arte y Naturaleza son rivales en la tierra: el arte abraza, efectivamente, la Naturaleza; abraza toda la Naturaleza, y la oprime; pero sirviéndose de un verso célebre podría decir: «Abrazo a mi rival, pero le ahogo.» La verdadera vuelta a la Naturaleza, es la vuelta definitiva a los elementos, la muerte; pero mientras quede al hombre todavía algo de voluntad de vivir, un poco de ser¿no es para luchar en contra? Y ¿no es como artista para oponerse a la Naturaleza y afirmarse? La obra de arte es obra voluntaria; la obra de arte es obra de razón.»

*
* *

Palmetazos a un latinoide.—El redactor de *asuntos financieros* del joven y ya popular diario de la noche, *Ecos*, sorprendió hace unos días a sus lectores con la pretensión de demostrarles que sabía latín. ¿Qué les importará a los que leen una crónica financiera esta inusitada erudición de su redactor? Si se tratara de una crónica de asuntos gramaticales, filológicos o simplemente literarios, no estaba demás la demostración de esa pericia en la lengua de Horacio o de Plauto; pero ¡en una crónica bursátil! Demuestre el autor que sabe de cosas de Hacienda, de Economía, de Mercados; que conoce a Bastiat o a Leroy-Beaulieu, y sus lectores quedarán satisfechos; pero romper una crónica de Bolsa con un latinajo, sobre ser completamente cursi, es de lo más inoportuno que puede darse.

Lo gracioso—¿lo gracioso?, léase irritante, necio,—del caso no está precisamente en que el bueno del cronista haya descolgado de los percheros de su memoria un texto latino, para decir una vulgaridad, sino en que al exhumar la cita, la falsea y la corrompe de un modo inaguantable. Véase el párrafo inicial de la crónica: «*Post tempéstas* (así, con acento y todo), *tranquilitas*. Después de la tempestad viene la calma. Este

aforismo de la lengua del Lacio puede aplicarse con exactitud a los actuales momentos bursátiles».

No hablemos del descuido de la puntuación, porque eso, aquí y allá, de este y del otro lado del Pirineo, es cosa corriente, y apenas hay escritor que sepa dónde poner las comas, los puntos y los demás signos prosódicos, tan necesarios para que un escrito sea fiel reflejo del pensamiento de su autor. No hablemos tampoco del acento de *tempéstas*, porque eso es un lujo gráfico con que sin duda ha querido obsequiarnos el autor para demostrarnos que no se le ocurre decir *témpestas* ni *tempestás*, y que sabe a punto fijo que el acento de esa palabra va en la segunda sílaba. No hablemos siquiera de la inconsecuencia en que incurre al no acentuar también la palabra siguiente para evitar que sus lectores—habrá muchísimos que lo habrán leído así—lean *tranquilitas*, quedando tan tranquilitos como los que sueltan un *paralelepipedo* en las clases de Geometría académica. No digamos nada de la desaparición de una de las *l* de *tranquillitas*, porque cuando del Museo del Louvre desaparece una joya pictórica como *La Gioconda*, sin que se sepa dónde ha ido, nada tiene de particular que se escape una *l* de una línea de composición o de impresión. Pero ¡señores!... «*¡Post tempestas!...*» Eso no puede pasar sin serio vapuleo: sin decir a ese escritor que maldita la falta que hace que nos hable en latín, si no lo sabe; que ese «aforismo del Lacio» es una malísima versión hecha por el autor del castellano al latín, en lugar de ser una traducción del latín al castellano; que el latín jamás ha empleado esa fórmula, sino la más poética de *post nubila, Phœbus* «después del nublado el sol»; y, sobre todo, que lo de *post tempestas*, aunque se le quite el acento, ni es latín ni Cristo que lo fundó, pues no basta que las palabras sean latinas, si la relación entre ellas existente no lo es; que *post* rige acusativo—cosa que sabe cualquier chico,—y que, por consiguiente, hay que decir *post tempestatem* y nunca *post tempestas*; y... ¿para que más? ¡Basta por ahora!

*
* *

El sexo de los que han de nacer.—Según una antigua creencia japonesa, es fácil predecir el sexo de los que han de nacer después del hijo primero. Este es indispensable para la predicción del segundo, el segundo para la del tercero, y así sucesivamente. Según la *Revista Biológica*, esta predicción se basa en el modo con que están dispuestos los cabellos de la nuca y del cuello. En general, el hijo que tiene sobre la nuca y sobre el cuello los cabellos dispuestos de un modo convergente, anuncia un sucesor de sexo femenino, y si los presenta divergentes, masculino. A veces, no es fácil distinguir si esta disposición es convergente o divergente; pero ordinariamente se reconoce con facilidad si los pelos convergen hacia la línea media, o si divergen a derecha o izquierda. Un fisiólogo inglés, Mawe, ha tenido la idea, según Nemi, de comprobar la exactitud de esta creencia, examinando 300 niños, y resultando de sus observaciones que, en el 85 por 100 de los casos, la creencia japonesa acierta. La cosa es rara, y no se comprende la relación que puede haber entre la disposición de los cabellos y el sexo de los vástagos futuros. En todo caso, Mawe aconseja a sus colegas que hagan observaciones. ¡Corra la observación.

***

Valor estético de la luz.—En la *Revue de Métaphysique et de Morale*, analiza P. Sourian la luz, encontrando en ella varios valores estéticos: un valor vital, otro visual, otro decorativo y otro de expresión. La luz, por de pronto, nos hace vivir y nos da impresiones agradables por sus sensaciones ópticas y térmicas; la queremos en la medida en que nos da bienestar y nos estímula; claro es que este agrado tiene sus límites, y pasado el óptimo, el exceso de luminosidad nos resulta molesto, y entonces preferimos la sombra; los días tórridos nos hacen sentir la belleza de la noche. El valor *visual* de la luz es el placer con que la vista la recibe, placer de la sensación luminosa y coloreada, y placer todavía mayor de la percepción

distinta, favorecida por la orientación y la repartición de la luz; el alumbrado estético es el que compone la apariencia de los objetos visibles para la alegría de la vista y la más perfecta comodidad de la percepción.

El valor *decorativo* de la luz es la propiedad que tiene, en ciertas condiciones, de embellecer los objetos; un gran efecto de luz da la impresión de lo maravilloso: para un paisaje, un edificio, una estatua, una figura humana, una magia, una apoteosis, hay cierto modo de iluminación, cuya armonía secreta con la forma y naturaleza de los objetos los hace aparecer ventajosamente, confiriéndoles la mayor belleza.

El valor *de expresión* de la luz es producido por sus matices, tan variado como la música misma, en la gama de colores; es una expresión dinámica en que aparece como una energía que nos estimula por simpatía; una expresión patética en que cada variedad de intensidad y de coloración responde a un sentimiento; una expresión poética en que cada expresión se enriquece con todas las emociones anteriores, cuyo recuerdo evoca en nosotros.

***

¿Se puede crear la vida?—Recientemente se ha fundado en Bruselas por el Dr. Julio Félix un Instituto internacional de Plasmología y de Biomecánica universal, para recoger y clasificar los hechos y los estudios que tienen por objeto los fenómenos físico-químicos y dinámicos que se producen en las mezclas de ciertos minerales en solución.

Monnier y Vogt fueron, según dice Enrique de Barigny en el *Journal des Débats*, los primeros en observar en 1882 que, mezclando determinadas sales en solución, se producen imitaciones muy aproximadas a los elementos orgánicos, como los canales y las células, notando también que a iguales elementos químicos corresponden idénticos resultados, y que, de todos modos, tales resultados no pueden obtenerse sino usando elementos existentes en los organismos reales. De esto cre-

yeron poder deducir Monnier y Vogt, que a los elementos inorgánicos contenidos en el protoplasma orgánico corresponde cierta función, ya en la constitución de los elementos orgánicos, lo que no es dudoso, ya en la determinación de su forma, lo que no es tan seguro, porque tal determinación parece debida a causas múltiples, y sigue un procedimiento evolutivo bastante lento.

Los experimentos que produjeron mayor sensación, pareciendo que iban a trastornar la Biología, fueron los de Esteban Leduc sobre los crecimientos osmóticos. Se vió, por ejemplo, que un trozo de cloruro de cal fundido, echado en una disolución saturada de clorato de potasio, se circunda de una membrana osmótica, elástica, transparente, dentro de la cual nada en el líquido; y así se tienen todas las apariencias de la célula. Es más: granitos de azúcar y de sulfato de cinc, sumergidos en una disolución de gelatina y de ferrocianuro de potasio, se estiran hacia arriba, emiten frecuentes filamentos hacia abajo, hasta el punto de alcanzar 20 y 30 centímetros de longitud. Ante tales fenómenos, Leduc se creyó en condiciones de afirmar que la producción de las formas organizadas obedece a las mismas leyes físicas que regulan la producción de las formas inorgánicas. Entre tales leyes, la principal es la de la ósmosis; por ella en tales experimentos, alterándose continuamente los dos líquidos mediante los cambios que se efectúan a través de la pseudomembrana que los separa, se producen formas notablemente variadas desde el principio hasta el fin de la reacción: varitas, hojas, gemas, frutos, hongos y hasta madreperlas y corales. Por lo demás, obténgase lo que se quiera, siempre se puede, con la ciencia, o en su defecto, con la imaginación, hallar algo en la Naturaleza que se acerque más o menos a lo obtenido.

La ventaja que de estos estudios saca la ciencia, es la de que estamos en mejores condiciones de determinar el modo y la medida con que se desenvuelven en los organismos los fenómenos que ofrece el reino inorgánico. Tal sucede con la ós-

mosis, que puede llamarse el fenómeno fundamental de las manifestaciones biológicas, desde la aspiración del agua del terreno por las raíces, hasta los glóbulos sanguíneos que se hallan en activísimo cambio con el suero que los circunda.

Pero lo que Leduc busca en sus estudios de Biología sintética, es algo más profundo: «Si la evolución se ha realizado tal como actualmente se la concibe, dice, la síntesis de la vida no puede empezar sino por producciones intermedias entre el reino mineral y los seres vivos que no tienen sino algunos atributos rudimentarios de la vida.» No hay que confundir, sin embargo, las manifestaciones rudimentarias de la vida con las simples reacciones físicas o químicas. En todo caso, importa consignar que lo que los biólogos llaman organismos vivos, no son sino agregados químicamente caracterizados por tener como base una substancia del grupo de los albuminoides, substancia de la que no se trata en los crecimientos osmóticos; esto reduce mucho el valor de los experimentos y de los fenómenos observados.

Fernando Araujo

ÍNDICE

Págs.

Guerra que acaba y reinado que empieza, por Juan Arzadun. 5

Beatriz de Aragón, reina de Hungría, por Alberto de Berzeviczy. 40

Proezas policíacas de Tom Sawyer, por Marck Twain..... 80

Verdadero valor de los descubrimientos científicos, por Joaquín Olmedilla y Puig. 113

Religión y ciencia.—Razón y fe, por P. Dorado..... 126

La América Moderna, por Vicente Gay. 138

Revista de Revistas, por Fernando Araujo..... 167

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 24. NUM. 288.

3

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ LÁZARO

DICIEMBRE 1912

CASA EDITORIAL «LA ESPAÑA MODERNA»
Calle López Hoyos, 6
MADRID

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

Imp. y encuad. de V. Tordesillas, Tutor, 16, Madrid.—Teléfono 2.042.

5.

DEL SENTIMIENTO TRÁGICO DE LA VIDA
EN LOS HOMBRES Y EN LOS PUEBLOS

CONCLUSIÓN

D. Quijote en la tragi-comedia europea contemporánea.

¡Voz que clama en el desierto!
Isaías, XL. 3.

Fuerza me es ya concluir, por ahora al menos, estos ensayos que amenazan convertírseme en el cuento de nunca acabar. Han ido saliendo de mis manos a la imprenta en una casi improvisación sobre notas recojidas durante años, sin haber tenido presentes al escribir cada ensayo los que le precedieron. Y así irán llenos de contradicciones íntimas—al menos aparentes—como la vida y como yo mismo.

Mi pecado ha sido, si alguno, el haberlos exornado en exceso con citas ajenas, muchas de las cuales parecerán traídas con cierta violencia. Mas yo lo explicaré otra vez.

Muy pocos años después de haber andado Nuestro Señor Don Quijote por España, decíanos Jacobo Boehme (*Aurora*, capítulo XI, § 75) que no escribía una historia que le hubiesen contado otros, sino que tenía que estar él mismo en la ba-

talla, y en ella en gran pelea, donde a menudo tenía que ser vencido como todos los hombres, y más adelante (§ 83) añade que aunque tenga que hacerse espectáculo del mundo y del demonio, le queda la esperanza en Dios sobre la vida futura, en quien quiere arriesgarla y no resistir al Espíritu. Amén. Y tampoco yo, como este Quijote del pensamiento alemán, quiero resistir al Espíritu.

Y por esto lanzo mi voz que clamará en el desierto, y la lanzo desde esta Universidad de Salamanca, que se llamó a sí misma arrogantemente *omnium scientiarium princeps*, y a la que Carlyle llamó fortaleza de la ignorancia, y un literato francés, hace poco, Universidad fantasma; desde esta España, «tierra de los ensueños que se hacen realidades, defensora de Europa, hogar del ideal caballeresco»—así me decía en carta no ha mucho Mr. Archer M. Huntington, poeta;—desde esta España, cabeza de la Contra-Reforma en el siglo XVI. ¡Y bien se lo guardan!

En el cuarto de estos ensayos (1) os hablé de la esencia del catolicismo. Y a *desesenciarlo*, esto es, a descatolizar a Europa, han contribuído el Renacimiento, la Reforma y la Revolución, sustituyendo aquel ideal de una vida eterna ultraterrena por el ideal del progreso, de la razón, de la ciencia. O mejor de la Ciencia, con letra mayúscula. Y lo último, lo que hoy más se lleva, es la Cultura.

Y en la segunda mitad del pasado siglo XIX, época infilosófica y tecnicista, dominada por especialismo miope y por el materialismo histórico, ese ideal se tradujo en una obra no ya de vulgarización, sino de avulgaramiento científico—o más bien pseudocientífico—que se desahogaba en democráticas bibliotecas baratas y sectarias. Quería así popularizarse la ciencia como si hubiese de ser ésta la que haya de bajar al pueblo y servir sus pasiones, y no el pueblo el que debe subir a ella

(1) Véase el número de Marzo de este año.

y por ella más arriba aún, a nuevos y más profundos anhelos.

Todo esto llevó a Brunetière a proclamar la bancarrota de la ciencia, y esa ciencia o lo que fuere, bancarroteó en efecto. Y como ella no satisfacía, no dejaba de buscarse la felicidad, sin encontrarla ni en la riqueza, ni en el saber, ni en el poderío, ni en el goce, ni en la resignación, ni en la buena conciencia moral, ni en la cultura. Y vino el pesimismo.

El progresismo no satisfacía tampoco. Progresar, ¿para qué? El hombre no se conformaba con lo racional, el *Kultur Kampf* no le bastaba; quería dar finalidad final a la vida, que esta que llamo la finalidad final es el verdadero οντως ον. Y la famosa *maladie du siécle*, que se anuncia en Rousseau y acusa más claramente que nadie el *Obermann* de Sénancour, no era ni es otra cosa que la pérdida de la fe en la inmortalidad del alma, en la finalidad humana del Universo.

Su símbolo, su verdadero símbolo es un ente de ficción, el doctor Fausto.

Este inmortal doctor Fausto se nos aparece ya a principios del siglo XVII, en 1604, por obra del Renacimiento y de la Reforma y por ministerio de Cristóbal Marlowe, es ya el mismo que volverá a descubrir Goethe, aunque en ciertos respectos más espontáneo y más fresco. Y junto a él aparece Mephistophilis, a quien pregunta Fausto aquello de «¿qué bien hará mi alma a tu señor?» Y le contesta: «Ensanchar su reino.» «¿Y es esa la razón por la que nos tienta así?» vuelve a preguntar el Doctor, y el espíritu maligno responde: «*solamen miseris socios habuisse doloris*», que es lo que mal traducido en romance, decimos: mal de muchos, consuelo de tontos. «Donde estamos, allí está el infierno, y donde está el infierno, allí tenemos que estar siempre»—añade Mephistophilis—a lo que Fausto agrega que cree ser una fábula tal infierno, y le pregunta quién hizo el mundo. Y este trágico Doctor, torturado por nuestra tortura, acaba encontrando a Helena, que no es otra, aunque Marlowe acaso no lo sospechase, que la Cultura renaciente. Y hay aquí en este *Faust* de Marlowe una escena que vale por

toda la segunda parte del *Faust* de Goethe. Le dice a Helena Fausto: «Dulce Helena, hazme inmortal con un beso—y le besa.—Sus labios me chupan el alma; ¡mira cómo huye! ¡Ven, Helena, ven; devuélveme el alma! Aquí quiero quedarme, porque el cielo está en estos labios, y todo lo que no es Helena, escoria es.»

¡Devuélveme el alma! He aquí el grito de Fausto, el doctor, cuando después de haber besado a Helena va a perderse para siempre. Porque al Fausto primitivo no hay ingenua Margarita alguna que le salve. Esto de la salvación fue invención de Goethe. ¿Y quién no conoce a su Fausto, nuestro Fausto, que estudió Filosofía, Jurisprudencia, Medicina, hasta Teología, y sólo vió que no podemos saber nada, y quiso huir al campo libre—*¡hinaus ins weite Land!*—y topó con Mefistófeles, parte de aquella fuerza que siempre quiere el mal haciendo siempre el bien, y éste le llevó a los brazos de Margarita, del pueblo sencillo, a la que aquél, el sabio perdió; pero merced a la cual, que por él se entregó, se salva, redimido por el pueblo creyente con fe sencilla? Pero tuvo esa segunda parte, porque aquel otro Fausto era el Fausto anecdótico y no el categórico de Goethe, y volvió a entregarse a la Cultura, a Helena, y a engendrar en ella a Euforión, acabando todo con aquello del eterno-femenino entre coros místicos. ¡Pobre Euforión!

Y esta Helena es la esposa del rubio Menelao, la que robó París y causó la guerra de Troya, y de quien los ancianos troyanos decían que no debía indignar el que se pelease por mujer que por su rostro se parecía tan terriblemente a las diosas inmortales? Creo más bien que esa Helena de Fausto era otra, la que acompañaba a Simón Mago, y que éste decía ser la inteligencia divina. Y Fausto puede decirle: ¡devuélveme el alma!

Porque Helena con sus besos nos saca el alma. Y lo que queremos y necesitamos es alma, y alma de bulto y de sustancia.

Pero vinieron el Renacimiento, la Reforma y la Revolución trayéndonos a Helena, o más bien, empujados por ella, y ahora nos hablan de Cultura y de Europa.

¡Europa! Esta noción primitiva e inmediatamente geográfica nos la han convertido por arte mágica en una categoría casi metafísica. ¿Quién sabe hoy ya, en España por lo menos, lo que es Europa? Yo sólo sé que es un *chibolete* (v. mis *Tres Ensayos*). Y cuando me pongo a escudriñar lo que llaman Europa nuestros europeizantes, paréceme a las veces que queda fuera de ella mucho de lo periférico—España desde luego, Inglaterra, Italia, Escandinavia, Rusia...—y que se reduce a lo central, a Franco-Alemania con sus anejos y dependencias.

Todo esto nos lo han traído, digo, el Renacimiento y la Reforma, hermanos mellizos que vivieron en aparente guerra intestina. Los renacientes italianos, socinianos todos ellos, los humanistas con Erasmo a la cabeza, tuvieron por un bárbaro a aquel fraile Lutero, que del claustro sacó su ímpetu, como de él lo sacaron Bruno y Campanella. Pero aquel bárbaro era su hermano mellizo; combatiendo, los combatía a su lado contra el enemigo común. Todo eso nos han traído el Renacimiento y la Reforma, y luego la Revolución, su hija, y nos han traído también una nueva Inquisición: la de la ciencia o la cultura, que usa por armas el ridículo y el desprecio, para los que no se rinden a su ortodoxia.

Al enviar Galileo al Gran Duque de Toscana su escrito sobre la movilidad de la Tierra, le decía que conviene obedecer y creer a las determinaciones de los superiores, y que respetaba aquel escrito «como una poesía o bien un ensueño, y por tal recíbalo Vuestra Alteza». Y otras veces le llama «quimera» y «capricho matemático». Y así yo en estos ensayos, por temor también—¿por qué no confesarlo?—a la Inquisición, pero a la de hoy, a la científica, presento como poesía, ensueño, quimera o capricho místico lo que más de dentro me brota. Y digo con Galileo: *Eppur si muove!* Mas ¿es sólo por ese temor? ¡Ah no! Que hay otra más tragica Inquisición, y es la

que un hombre moderno, culto, europeo—como lo soy yo, quiéralo o no—lleva dentro de sí. Hay un más terrible ridículo, y es el ridículo de uno ante sí mismo y para consigo. Es mi razón que se burla de mi fe y la desprecia.

Y aquí es donde tengo que acojerme a mi Señor Don Quijote para aprender a afrontar el ridículo y vencerlo, y un ridículo que acaso—¿quién sabe?—él no conoció.

Sí, sí, ¿cómo no ha de sonreír mi razón de estas construcciones pseudo-filosóficas, pretendidas místicas, dilettantescas en que hay de todo menos paciente estudio, objetividad y método... científicos? ¡Y sin embargo... *¡Eppur si muove!*

Eppur si muove, sí! Y me acojo al dilettantismo, a lo que un pedante llamaría filosofía *demi-mondaine*, contra la pedantería especialista, contra la filosofía de los filósofos profesionales. Y quién sabe... Los progresos suelen venir del bárbaro, y nada más estancado que la filosofía de los filósofos y la teología de los teólogos.

¡Y que nos hablen de Europa! La civilización del Tibet es paralela a la nuestra, y ha hecho y hace vivir a hombres que desaparecen como nosotros. Y queda flotando sobre las civilizaciones todas el Eclesiastés, y aquello de «así muere el sabio como el necio» (II. 3).

Corre entre las gentes de nuestro pueblo una respuesta admirable a la ordinaria pregunta de «¿qué tal?» o «¿cómo va?», y es aquella que responde: «¡se vive...!» Y de hecho es así; se vive, vivimos tanto como los demás. ¿Y qué más puede pedirse? ¿Y quién no recuerda lo de la copla? «Cada vez que considero—que me tengo de morir,—tiendo la capa en el suelo—y no me harto de dormir.» Pero no dormir, no, sino soñar; soñar la vida, ya que la vida es sueño.

Proverbial se ha hecho también en muy poco tiempo entre nosotros los españoles, la frase de que la cuestión es pasar el rato, o sea matar el tiempo. Y de hecho hacemos tiempo para matarlo. Pero hay algo que nos ha preocupado siempre tanto o más que pasar el rato—fórmula que marca una posición es-

tética—y es ganar la eternidad; fórmula de la posición religiosa. Y es que saltamos de lo estético y lo económico a lo religioso, por encima de lo lógico y lo ético; del arte a la religión.

Un joven novelista nuestro, Ramón Pérez de Ayala, en su reciente novela *La pata de la raposa*, nos dice que la idea de la muerte es el cepo; el espíritu la raposa, o sea virtud astuta con que burlar las celadas de la fatalidad, y añade: «Cogidos en el cepo, hombres débiles y pueblos débiles yacen por tierra...; los espíritus recios y los pueblos fuertes reciben en el peligro clarividente estupor, desentrañan de pronto la desmesurada belleza de la vida y, renunciando para siempre a la agilidad y locura primeras, salen del cepo con los músculos tensos para la acción y con las fuerzas del alma centuplicadas en ímpetu, potencia y eficacia.» Pero veamos; hombres débiles..., pueblos débiles..., espíritus recios..., pueblos fuertes..., ¿qué es eso? Yo no lo sé. Lo que creo saber es que unos individuos y pueblos no han pensado aún de veras en la muerte y la inmortalidad; no las han sentido, y otros han dejado de pensar en ellas, o más bien han dejado de sentirlas. Y no es, creo, cosa de que se engrían los hombres y los pueblos que no han pasado por la edad religiosa.

Lo de la desmesurada belleza de la vida está bien para escrito, y hay, en efecto, quienes se resignan y la aceptan tal cual es, y hasta quienes nos quieren persuadir que el del cepo no es problema. Pero ya dijo Calderon *(Gustos y disgustos no son más que imaginación,* act. I, esc. 4.ª) que «No es consuelo de desdichas,—es otra desdicha aparte—querer a quien las padece,—persuadir que no son tales.» Y además, «a un corazón no habla sino otro corazón», según Fr. Diego de Estella *(Vanidad del mundo,* cap. XXI).

No ha mucho hubo quien hizo como que se escandalizaba de que, respondiendo yo a los que nos reprochaban a los españoles nuestra incapacidad científica, dijese, después de hacer observar que la luz eléctrica luce aquí, y corre aquí la locomo-

tora tan bien como donde se inventaron, y nos servimos de los logaritmos como en el país donde fueron ideados, aquello de: «¡que inventen ellos!» Expresión paradójica a que no renuncio. Los españoles deberíamos apropiarnos no pocos de aquellos sabios consejos que a los rusos, nuestros semejantes, dirigía el conde José de Maistre en aquellas sus admirables cartas al conde Rasoumowski, sobre la educación pública en Rusia, cuando le decía que no por no estar hecha para la ciencia debe una nación estimarse menos; que los romanos no entendieron de artes ni tuvieron un matemático, lo que no les impidió hacer su papel, y todo lo que añadía sobre esa muchedumbre de semisabios falsos y orgullosos, idólatras de los gustos, las modas y las lenguas extranjeras, y siempre prontos a derribar cuanto desprecian, que es todo.

¿Que no tenemos espíritu científico? ¿Y qué, si tenemos algún espíritu? ¿Y se sabe si el que tenemos es o no compatible con ese otro?

Mas al decir ¡que inventen ellos!, no quise decir que hayamos de contentarnos con un papel pasivo, no. Ellos a la ciencia, de que nos aprovecharemos; nosotros, a lo nuestro. No basta defenderse, hay que atacar.

Pero atacar con tino y cautela. La razón ha de ser nuestra arma. Lo es hasta del loco. Nuestro loco sublime, nuestro modelo, D. Quijote, después que destrozó de dos cuchilladas aquella a modo de media celada que encajó con el morrión, «la tornó a hacer de nuevo, poniéndole unas barras de hierro por de dentro, de tal manera que él quedó satisfecho de su fortaleza, y sin querer hacer nueva experiencia della la diputó y tuvo por celada finísima de encaje». Y con ella en la cabeza se inmortalizó. Es decir, se puso en ridículo. Pues fue poniéndose en ridículo como alcanzó su inmortalidad D. Quijote.

¡Y hay tantos modos de ponerse en ridículo...! Cournot (*Traité de l'enchainement des idées fondamentales*, etc., § 510) dijo: «No hay que hablar ni a los príncipes ni a los pueblos de sus probabilidades de muerte: los príncipes castigan esta teme-

ridad con la desgracia; el público se venga de ella por el ridículo». Así es, y por eso dicen que hay que vivir con el siglo. *Corrumpere et corrumpi saeculum vocatur* (Tácito, *Germania*, 19).

Hay que saber ponerse en ridículo, y no sólo ante los demás, sino ante nosotros mismos. Y más ahora, en que tanto se charla de la conciencia de nuestro atraso respecto a los demás pueblos cultos; ahora, en que unos cuantos atolondrados que no conocen nuestra propia historia—que está por hacer, deshaciendo antes lo que la calumnia protestante ha tejido en torno de ella—dicen que no hemos tenido ni ciencia, ni arte, ni filosofía, ni Renacimiento (éste acaso nos sobraba), ni nada.

Carducci, el que habló de los *contorcimenti dell'affannosa grandiositá spagnola,* dejó escrito (en *Mosche cochiere*) que «hasta España, que jamás tuvo hegemonía de pensamiento, tuvo su Cervantes». ¿Pero es que Cervantes se dió aquí solo, aislado, sin raíces, sin tronco, sin apoyo? Mas se comprende que diga que España *non ebbe egemonia mai di pensiero* un racionalista italiano que recuerda que fue España la que reaccionó contra el Renacimiento en su patria. Y qué, ¿acaso no fue algo, y algo hegemónico en el orden cultural, la Contra-Reforma, que acaudilló España y que empezó de hecho con el saco de Roma, providencial castigo contra la ciudad de los paganos Papas del Renacimiento pagano? Dejemos ahora si fue mala o buena la Contra-Reforma; pero ¿es que no fueron algo hegemónico Loyola y el Concilio de Trento? Antes de éste dábanse en Italia cristianismo y paganismo, o mejor, inmortalismo y mortalismo en nefando abrazo y contubernio, hasta en las almas de algunos Papas, y era verdad en filosofía lo que en teología no lo era, y todo se arreglaba con la fórmula de *salva la fe.* Después ya no, después vino la lucha franca y abierta entre la razón y la fe, la ciencia y la religión. Y el haber traído esto, gracias sobre todo a la testarudez española, ¿no fue hegemónico?

Sin la Contra-Reforma, no habría la Reforma seguido el

curso que siguió; sin aquélla, acaso ésta, falta del sostén del pietismo, habría perecido en la ramplona racionalidad de la *Aufklaerung*, de la ilustración. Sin Carlos I, sin Felipe II, nuestro gran Felipe, habría sido todo igual?

Labor negativa, dirá alguien. ¿Qué es eso? ¿Qué es lo negativo? ¿qué lo positivo? ¿En el tiempo, línea que va siempre en la misma dirección, del pasado al porvenir, donde está el cero que marca el límite entre lo positivo y lo negativo? España, esta tierra que dicen de caballeros y pícaros—y todos pícaros,—ha sido la gran calumniada de la Historia precisamente por haber acaudillado la Contra-Reforma. Y porque su arrogancia le ha impedido salir a la plaza pública, a la feria de las vanidades, a justificarse.

Dejemos su lucha de ocho siglos con la morisma, defendiendo a Europa del mahometismo, su labor de unificación interna, su descubrimiento de América y las Indias—que lo hicieron España y Portugal, y no Colón y Gama;—dejemos eso y más, y no es dejar poco. No es nada cultural crear veinte naciones sin reservarse nada y engendrar, como engendró el conquistador, en pobres indias siervas hombres libres? Fuera de esto, en el orden del pensamiento, ¿no es nada nuestra mística? Acaso un día tengan que volver a ella, a buscar su alma, los pueblos a quienes Helena se la arrebatará con sus besos.

Pero ya se sabe, la Cultura se compone de ideas y sólo de ideas; el hombre no es sino un instrumento de ella. El hombre para la idea, y no la idea para el hombre; el cuerpo para la sombra. El fin del hombre es hacer ciencia, catalogar el Universo para devolvérselo a Dios en orden, como escribí hace unos años en mi novela *Amor y Pedagogía*. El hombre no es, al parecer, ni siquiera una idea. Y al cabo el género humano sucumbirá al pie de las bibliotecas—talados bosques enteros para hacer el papel que en ellas se almacena,—museos, máquinas, fábricas, laboratorios... para legarlos... ¿a quién? Porque Dios no los recibirá.

Aquella hórrida literatura regeneracionista, casi toda ella embuste, que provocó la pérdida de nuestras últimas colonias americanas, trajo la pedantería de hablar del trabajo perseverante y callado—eso sí, voceándolo mucho, voceando el silencio,—de la prudencia, la exactitud, la moderación, la fortaleza espiritual, la sindéresis, la ecuanimidad, las virtudes sociales, sobre todo los que más carecemos de ellas. En esa ridícula literatura caímos casi todos los españoles, unos más y otros menos, y se dió el caso de aquel archi-español Joaquín Costa, uno de los espíritus menos europeos que hemos tenido, sacando lo de europeizarnos y poniéndose a *cidear* mientras proclamaba que había que cerrar con siete llaves el sepulcro del Cid y... conquistar Africa. Y yo di un ¡muera Don Quijote!, y de esta blasfemia, que quería decir todo lo contrario que decía—así estábamos entonces,—brotó mi *Vida de Don Quijote y Sancho* y mi culto al quijotismo como religión nacional.

Escribí aquel libro para repensar el *Quijote* contra cervantistas y eruditos, para hacer obra de vida de lo que era y sigue siendo para los más letra muerta. ¿Qué me importa lo que Cervantes quiso o no quiso poner allí y lo que realmente puso? Lo vivo, es lo que yo allí descubro, pusiéralo o no Cervantes, lo que yo allí pongo y sobrepongo y sotopongo, y lo que ponemos allí todos. Quise allí rastrear nuestra filosofía.

Pues abrigo cada vez más la convicción de que nuestra filosofía, la filosofía española, está líquida y difusa en nuestra literatura, en nuestra vida, en nuestra acción, en nuestra mística sobre todo, y no en sistemas filosóficos. Es concreta. ¿Y es que acaso no hay en Goethe, v. gr., tanta o más filosofía que en Hegel? Las coplas de Jorge Manrique, el Romancero, el *Quijote*, *La vida es sueño*, la *Subida al monte Carmelo*, implican una intuición del mundo y un concepto de la vida, *Weltanschauung and Lebensansicht*. Filosofía esta nuestra que era difícil se formulase en esa segunda mitad del siglo XIX, época afilosófica, positivista, tecnicista, de pura historia y de ciencias naturales, época en el fondo materialista y pesimista.

Nuestra lengua misma, como toda lengua culta, lleva implícita una filosofía.

Una lengua, en efecto, es una filosofía potencial. El platonismo es la lengua griega que discurre en Platón, desarrollando sus metáforas seculares; la escolástica es la filosofía del latín muerto de la Edad Media en lucha con las lenguas vulgares; en Descartes discurre la lengua francesa, la alemana en Kant y en Hegel y el inglés en Hume y en Stuart Mill. Y es que el punto de partida lógico de toda especulación filosófica no es el yo, ni es la representación—*Vorstellung*—o el mundo tal como se nos presenta inmediatamente a los sentidos, sino que es la representación mediata o histórica, humanamente elaborada y tal como se nos da principalmente en el lenguaje por medio del cual conocemos el mundo; no es la representación psíquica, sino la pneumática. Cada uno de nosotros parte para pensar, sabiéndolo o no y quiéralo o no lo quiera, de lo que han pensado los demás que le precedieron y le rodean. El pensamiento es una herencia. Kant pensaba en alemán, y al alemán tradujo a Hume y a Rousseau, que pensaban en inglés y en francés respectivamente. Y Spinoza, ¿no pensaba en judeoportugués, bloqueado por el holandés y en lucha con él?

El pensamiento reposa en pre-juicios y los pre-juicios van en la lengua. Con razón adscribía Bacon al lenguaje no pocos errores de los *idola fori*. Pero, ¿cabe filosofar en pura álgebra o siquiera en esperanto? No hay sino leer el libro de Avenacius de crítica de la experiencia pura—*reine Erfahrung*—de esta experiencia prehumana, o sea inhumana, para ver adónde puede llevar eso. Y Avenarius mismo, que ha tenido que inventarse un lenguaje, lo ha inventado sobre tradición latina, con raíces que llevan en su fuerza metafórica todo un contenido de impura experiencia, de experiencia social humana.

Toda filosofía es, pues, en el fondo, filología. Y la filología, con su grande y fecunda ley de las formaciones analógicas, da su parte al azar, a lo irracional, a lo absolutamente inconmensurable. La historia no es matemática ni la filosofía

tampoco. ¡Y cuántas ideas filosóficas no se debe en rigor a algo así como rima, a la necesidad de colocar un consonante! En Kant mismo abunda no poco de esto, de simetría estética, de rima.

La representación es, pues, como el lenguaje, como la razón misma—que no es sino el lenguaje interior,—un producto social y racial, y la raza, la sangre del espíritu es la lengua, como ya lo dejó dicho, y yo muy repetido, Oliver Wendell Holmes, el yanqui.

Nuestra filosofía occidental entró en madurez, llegó a conciencia de sí, en Atenas, con Sócrates, y llegó a esta conciencia mediante el diálogo, la conversación social. Y es hondamente significativo que la doctrina de las ideas innatas, del valor objetivo y normativo de las ideas, que lo que luego, en la Escolástica, se llamó realismo, se formulase en diálogos. Y esas ideas, que son la realidad, son nombres, como el nominalismo enseñaba. No que no sean más que nombres, *flatus vocis*, sino que son nada menos que nombres. El lenguaje es el que nos da la realidad, y no como un mero vehículo de ella, sino como su verdadera carne, de que todo lo otro, la representación muda o inarticulada, no es sino esqueleto. Y así la lógica opera sobre la estética; el concepto sobre la expresión, sobre la palabra, y no sobre la percepción bruta.

Y esto hasta tratándose del amor. El amor no se descubre a sí mismo hasta que no habla, hasta que no dice: ¡Yo te amo! Con muy profunda intuición, Stendhal, en su novela *La chartreuse de Parme*, hace que el conde Mosca, furioso de celos y pensando en el amor que cree une a la duquesa de Sanseverina con su sobrino Fabricio, se diga: «Hay que calmarse; si empleo maneras rudas, la duquesa es capaz, por simple pique de vanidad, de seguirle a Belgirate, y allí, durante el viaje, el azar puede traer una palabra que dará nombre a lo que sienten uno por otro, y después, en un instante, todas las consecuencias.»

Así es, todo lo hecho se hizo por la palabra, y la palabra fue en un principio.

El pensamiento, la razón, esto es, el lenguaje vivo, es una herencia, y el solitario de Aben Tofail, el filósofo arábigo guadijeño, tan absurdo como el yo de Descartes. La verdad concreta y real, no metódica e ideal, es: *homo sum, ergo cogito.* Sentirse hombre es más inmediato que pensar. Mas, por otra parte, la Historia, el proceso de la cultura, no halla su perfección y efectividad plena sino en el individuo; el fin de la Historia y de la Humanidad somos los sendos hombres, cada hombre, cada individuo. *Homo sum, ergo cogito; cogito ut sim Michael de Unamuno.* El individuo es el fin del Universo.

Y esto de que el individuo sea el fin del Universo, lo sentimos muy bien nosotros, los españoles. ¿No dijo Martín A. J. Hume *(The spanish people)* aquello de la individualidad introspectiva del español, y lo comenté yo en un ensayo publicado en esta misma Revista? (1).

Y es acaso este individualismo mismo introspectivo el que no ha permitido que brotaran aquí sistemas estrictamente filosóficos, o más bien metafísicos. Y ello, a pesar de Suárez, cuyas sutilezas formales no merecen tal nombre.

Nuestra metafísica, si algo, ha sido metantrópica, y los nuestros, filólogos, o más bien humanistas, en el más comprensivo sentido.

Menéndez y Pelayo, de quien con exactitud dijo Benedetto Croce *(Estética*, apéndice bibliográfico) que se inclinaba al idealismo metafísico; pero parecía querer acojer algo de los otros sistemas, hasta de las teorías empíricas; por lo cual su obra sufría, al parecer de Croce—que se refería a su *Historia de las ideas estéticas de España*,—de cierta incerteza, desde el punto de vista teórico del autor, Menéndez y Pelayo, en su exaltación de humanista español, que no quería renegar del Renacimiento, inventó lo del vivismo, la filosofía de Luis Vives, y acaso, no por otra cosa que por ser, como él, este otro, español renaciente y ecléctico. Y es que Menéndez y Pelayo,

(1) «El individualismo español», en el tomo 171, correspondiente al 1.º Marzo 1903.

cuya filosofía era, ciertamente, todo incerteza, educado en Barcelona, en las timideces del escocesismo traducido al espíritu catalán, en aquella filosofía rastrera del *common sense* que no quería comprometerse, y era toda de compromiso, y que tan bien representó Balmes, huyó siempre de toda robusta lucha interior y fraguó con compromisos su conciencia.

Más acertado anduvo, a mi entender, Angel Ganivet, todo adivinación e instinto, cuando pregonó como nuestro el senequismo, la filosofía, sin originalidad de pensamiento, pero grandísima de acento y tono, de aquel estoico cordobés pagano, a quien por suyo tuvieron no pocos cristianos. Su acento fue un acento español, latino-africano, no helénico, y ecos de él se oyen en aquel—también tan nuestro—Tertuliano, que creyó corporales, de bulto, a Dios y al alma, y que fue algo así como un Quijote del pensamiento cristiano de la segunda centuria.

Mas donde acaso hemos de ir a buscar el héroe de nuestro pensamiento, no es a ningún filósofo que viviera en carne y hueso, sino a un ente de ficción y de acción, más real que los filósofos todos; es a Don Quijote. Porque hay un quijotismo filosófico, sin duda, pero también una filosofía quijotesca. ¿Es acaso otra en el fondo la de los conquistadores, la de los contrareformadores, la de Loyola, y, sobre todo, ya en el orden del pensamiento abstracto, pero sentido, la de nuestros místicos? ¿Qué era la mística de San Juan de la Cruz sino una caballería andante del sentimiento a lo divino?

Y el de Don Quijote no puede decirse que fuera en rigor idealismo; no peleaba por ideas. Era espiritualismo; peleaba por espíritu.

Convertid a Don Quijote a la especulación religiosa, como ya él soñó una vez en hacerlo cuando encontró aquellas imágenes de relieve y entalladura que llevaban unos labradores para el retablo de su aldea (1), y a la meditación de las verda-

(1) V. cap. LVIII de la Segunda Parte de *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, y el mismo de mi *Vida de Don Quijote y Sancho*.

des eternas, y vedle subir al Monte Carmelo por medio de la noche oscura del alma, a ver desde allí arriba, desde la cima, salir el sol que no se pone, y como el águila que acompaña a San Juan en Patmos, mirarle cara a cara y escudriñar sus manchas, dejando a la lechuza que acompaña en el Olimpo a Atena—la de ojos glaucos, esto es, lechucinos, la que ve en las sombras, pero a la que la luz del medio día deslumbra—buscar entre sombras con sus ojos la presa para sus crías.

Y el quijotismo especulativo o meditativo es, como el práctico, locura; locura hija de la locura de la cruz. Y por eso es despreciado por la razón. La filosofía en el fondo, aborrece al cristianismo, y bien lo probó el manso Marco Aurelio.

La tragedia de Cristo, la tragedia divina, es la de la cruz. Pilato, el escéptico, el cultural, quiso convertirla por la burla en sainete, e ideó aquella farsa del rey de cetro de caña y corona de espinas, diciendo: ¡He aquí el hombre!; pero el pueblo, más humano que él, el pueblo que busca tragedia gritó: ¡Crucifícale!, ¡crucifícale! Y la otra tragedia, la tragedia humana, intra-humana, es la de Don Quijote con la cara enjabonada para que se riera de él la servidumbre de los Duques, y los Duques mismos, tan siervos como ellos. «¡He aquí el loco!—se dirían. Y la tragedia cómica, irracional; es la pasión por la burla y el desprecio.

El más alto heroísmo para un individuo, como para un pueblo, es saber afrontar el ridículo; es, mejor aún, saber ponerse en ridículo y no acobardarse en él.

Aquel trágico suicida portugués, Anthero de Quental, de cuyos ponderosos sonetos os he ya dicho, dolorido en su patria a raíz del *ultimatum* inglés a ella en 1890, escribió (1): «Dijo un hombre de Estado inglés del siglo pasado, que era también por cierto un perspicaz observador y un filósofo, Horacio Wal-

(1) En un folleto que estuvo para publicarse con ocasión del *ultimatum*, y cuyos originales obran en poder del Sr. Conde do Ameal. Este fragmento se publicó en el núm. 3 de la revista portuguesa *A. Aguia*, Marzo de 1912.

pole, que la vida es una tragedia para los que sienten y una comedia para los que piensan. Pues bien; si hemos de acabar trágicamente, nosotros portugueses, *que sentimos*, prefiramos con mucho ese destino terrible, pero noble, a aquel que le está reservado, y tal vez en un futuro no muy remoto, a Inglaterra que *piensa y calcula*, el cual destino es el de acabar miserable y cómicamente.» Dejemos lo de qne Inglaterra piensa y calcula, como implicando que no siente, en lo que hay una injusticia que se explica por la ocasión en que fue eso escrito, y dejemos lo de que los portugueses sienten, implicando que apenas piensan ni calculan; pues siempre nuestros hermanos Atlánticos se distinguieron por cierta pedantería sentimental, y quedémonos con el fondo de la terrible idea, y es que unos, los que ponen el pensamiento sobre el sentimiento, yo diría la razón sobre la fe, mueren cómicamente, y mueren trágicamente los que ponen la fe sobre la razón. Porque son los burladores los que mueren cómicamente, y Dios se ríe luego de ellos, y es para los burlados la tragedia, la parte noble.

Y hay que buscar, tras de las huellas de Don Quijote, la burla.

¿Y volverá a decírsenos que no ha habido filosofía española en el sentido técnico de esa palabra? Y digo: ¿cuál es ese sentido? ¿qué quiere decir filosofía? Windelband, historiador de la filosofía, en su ensayo sobre lo que la filosofía sea (*¿Was ist Philosophie?*, en el volumen primero de sus *Präludien)*, nos dice que «la historia del nombre de la filosofía es la historia de la significación cultural de la ciencia»; añadiendo: «Mientras el pensamiento científico se independentiza como impulso del conocer por saber, toma el nombre de filosofía; cuando después la ciencia unitaria se divide en sus ramas, es la filosofía el conocimiento general del mundo que abarca a los demás. Tan pronto como el pensamiento científico se rebaja de nuevo a un medio del sentimiento moral o de la contemplación religiosa, transfórmase la filosofía en un arte de la vida o en una formulación de creencias religiosas. Y así que des-

pués se liberta de nuevo la vida científica, vuelve a encontrar la filosofía el carácter de independiente conocimiento del mundo, y en cuanto empieza a renunciar a la solución de este problema, cámbiase en una teoría de la ciencia misma.» He aquí una breve caracterización de la historia de la filosofía desde Tales hasta Kant pasando por la escolástica medieval en que intentó fundamentar las creencias religiosas. ¿Pero es que acaso no hay lugar para otro oficio de la filosofía, y es que sea la reflexión sobre el sentimiento mismo trágico de la vida tal como le hemos estudiado, la formulación de la lucha entre la razón y la fe, entre la ciencia y la religión, y el mantenimiento reflexivo de ella?

Dice luego Windelband: «Por filosofía, en el sentido sistemático, no en el histórico, no entiendo otra cosa que la ciencia crítica de los valores de validez universal (*allegemeingiltigen Werten*)». ¿Pero qué valores de más universal validez que el de la voluntad humana queriendo ante todo y sobre todo la inmortalidad personal, individual y concreta del alma, o sea, la finalidad humana del Universo, y el de la razón humana, negando la racionalidad y hasta la posibilidad de ese anhelo? ¿Qué valores de más universal validez que el valor racional o matemático y el valor volitivo o teleológico del Universo en conflicto uno con otro?

Para Windelband, como para los kantianos y neo-kántianos en general, no hay sino tres categorías normativas, tres normas universales, y son las de lo verdadero o falso, lo bello o lo feo, y lo bueno o lo malo moral. La filosofía se reduce a lógica, estética y ética, según estudia la ciencia, el arte o la moral. Queda fuera otra categoría, y es la de lo grato y lo ingrato — o agradable y desagradable; — esto es, lo hedónico. Lo hedónico no puede, según ellos, pretender validez universal, no puede ser normativo. «Quien eche sobre la filosofía — escribe Windelband — la carga de decidir en la cuestión del optimismo y del pesimismo, quien le pida que dé un juicio acerca de si el mundo es más apropiado a engendrar

dolor que placer, o viceversa; el tal, si se conduce más que diletantescamente, trabaja en el fantasma de hallar una determinación absoluta en un terreno en que ningún hombre razonable la ha buscado.» Hay que ver, sin embargo, si esto es tan claro como parece, en caso de que sea yo un hombre razonable y no me conduzca nada más que diletantescamente, lo cual sería la abominación de la desolación.

Con muy hondo sentido, Benedetto Croce, en su filosofía del espíritu junto a la estética como ciencia de la expresión y a la lógica como ciencia del concepto puro, dividió la filosofía de la práctica en dos ramas: económica y ética. Reconoce, en efecto, la existencia de un grado práctico del espíritu, meramente económico, dirigido a lo singular, sin preocupación de lo universal. Yago o Napoleón son tipos de perfección, de genialidad económica, y este grado queda fuera de la moralidad. Y por él pasa todo hombre, porque ante todo, debe querer ser él mismo, como individuo, y sin ese grado no se explicaría la moralidad como sin la estética la lógica carece de sentido. Y el descubrimiento del valor normativo del grado económico, que busca lo hedónico, tenía que partir de un italiano, de un discípulo de Maquiavelo, que tan honradamente especuló sobre la *virtú*, la eficacia práctica, que no es precisamente la virtud moral.

Pero ese grado económico no es, en el fondo, sino la incoación del religioso. Lo religioso es lo económico o hedónico trascendente; la religión es una economía o una hedonística trascendental. Lo que el hombre busca en la religión, en la fe religiosa, es salvar su propia individualidad, eternizarla, lo que no se consigue ni con la ciencia, ni con el arte, ni con la moral. Ni ciencia, ni arte, ni moral nos exigen a Dios; lo que nos exige Dios es la religión. Y con muy genial acierto hablan nuestros jesuítas españoles del gran negocio de nuestra salvación. Negocio, sí, negocio, algo de género económico, hedonístico, aunque trascendente. Y a Dios no le necesitamos ni para que nos enseñe la verdad de las cosas, ni su belleza, ni

nos asegure la moralidad con penas y castigos, sino para que nos salve, para que no nos deje morir del todo. Y este anhelo singular es por ser de todos y de cada uno de los hombres normales—los anormales por barbarie o por supercultura no entran en cuenta,—universal y normativo.

Es, pues, la religión una economía trascendente, o si se quiere, metafísica. El Universo tiene para el hombre, junto a sus valores lógico, estético y ético, también un valor económico, que hecho así universal y normativo, es el valor religioso. No se trata sólo para nosotros de verdad, belleza y bondad; trátase también, y ante todo, de salvación del individuo, de perpetuación, que aquellas normas no nos procuran. La economía llamada política nos enseña el modo más adecuado, más económico, de satisfacer nuestras necesidades, sean o no racionales, feas o bellas, morales o inmorales—un buen negocio económico puede ser una estafa, o algo que a la larga nos lleve a la muerte,—y la suprema *necesidad* humana es la de no morir, la de gozar por siempre la plenitud de la propia limitación individual. Que si la doctrina católica eucarística enseña que la sustancia del cuerpo de Jesucristo está toda en la hostia consagrada y toda en cada parte de ésta, eso quiere decir que Dios está todo en todo el Universo y todo en cada uno de los individuos que le integran. Y éste es, en el fondo, un principio no lógico, ni estético, ni ético, sino económico trascendente, o religioso. Y con esa norma puede la filosofía juzgar del optimismo y del pesimismo. *Si el alma humana es inmortal, el mundo es económica o hedonísticamente bueno; y si no lo es, es malo.* Y el sentido que a las categorías de bueno y de malo dan el pesimismo y el optimismo, no es un sentido ético, sino un sentido económico o hedonístico. Es bueno lo que satisface nuestro anhelo vital, y malo aquello que no lo satisface.

Es, pues, la filosofía también ciencia de la tragedia de la vida, reflexión del sentimiento trágico de ella. Y un ensayo de esta filosofía, con sus inevitables contradicciones o antinomias íntimas, es lo que he pretendido en estos ensayos. Y no ha de

pasar por alto el lector que he estado operando sobre mí mismo; que ha sido éste un trabajo de auto-cirugía y sín más anestésico que el trabajo mismo. El goce de operarme ennoblecíame el dolor de ser operado.

Y en cuanto a mi otra pretensión, y es la de que esto sea filosofía española, tal vez *la* filosofía española, de que si un italiano, descubre el valor normativo y universal del grado económico sea un español el que enuncie que ese grado no es sino el principio del religioso y que la esencia de nuestra religión, de nuestro catolicismo español, es precisamente el ser no una ciencia, ni un arte, ni una moral, sino una economía a lo eterno, o sea a lo divino; que esto sea lo español, digo, dejo para otro trabajo—éste histórico,—el intento siquiera de justificarlo. Mas por ahora y aun dejando la tradición expresa y externa, la que se nos muestra en documentos históricos, ¿es que no soy yo un español—y un español que apenas si ha salido de España—un producto, por lo tanto, de la tradición española, de la tradición viva, de la que se trasmite en sentimientos e ideas que sueñan y no en textos que duermen?

Aparecéseme la filosofía en el alma de mi pueblo como la expresión de una tragedia íntima análoga a la tragedia del alma de Don Quijote, como la expresión de una lucha entre lo que el mundo es según la razón de la ciencia nos lo muestra, y lo que queremos que sea, según la fe de nuestra religión nos lo dice. Y en esta filosofía está el secreto de eso que suele decirse de que somos en el fondo irreductibles a la Kultura, es decir, que no nos resignamos a ella. No, Don Quijote no se resigna ni al mundo ni a su verdad, ni a la ciencia o lógica, ni al arte o estética, ni a la moral o ética.

«Es que con todo esto—se me ha dicho más de una vez y más que por uno—no conseguirías en todo caso sino empujar a las gentes al más loco catolicismo.» Y se me ha acusado de reaccionario y hasta de jesuíta. ¡Sea! ¿Y qué?

Sí, ya lo sé, ya sé que es locura querer volver las aguas del río a su fuente, y que es el vulgo el que busca la medicina de

sus males en el pasado; pero también sé que todo el que pelea por un ideal cualquiera, aunque parezca del pasado, empuja el mundo al porvenir, y que los únicos reaccionarios son los que se encuentran bien en el presente. Toda supuesta restauración del pasado es hacer porvenir, y si el pasado ese es un ensueño, algo mal conocido... mejor que mejor. Como siempre, se marcha al porvenir; el que anda, a él va, aunque marche de espaldas ¡Y quién sabe si no es esto mejor...!

Siéntome con un alma medieval, y se me antoja que es medieval el alma de mi patria; que ha atravesado ésta, a la fuerza, por el Renacimiento, la Reforma y la Revolución, aprendiendo, sí, de ellas, pero sin dejarse tocar al alma, conservando la herencia espiritual de aquellos tiempos que llaman caliginosos. Y el quijotismo no es sino lo más desesperado de la lucha de la Edad Media contra el Renacimiento, que salió de ella.

Y si los unos me acusaren de servir a una obra de reacción católica, acaso los otros, los católicos oficiales... Pero estos en España apenas se fijan en cosa alguna ni se entretienen sino en sus propias disensiones y querellas. ¡Y además, tienen unas entendederas los pobres!

Pero es que mi obra—iba a decir mi misión—es quebrantar la fe de unos y de otros y de los terceros, la fe en la afirmación, la fe en la negación y la fe en la abstención, y esto por fe en la fe misma; es combatir a todos los que se resignan, sea al catolicismo, sea al racionalismo, sea al agnosticismo; es hacer que vivan todos inquietos y anhelantes.

¿Será esto eficaz? ¿Pero es que creía Don Quijote acaso en la eficacia inmediata aparencial de su obra? Es muy dudoso, y por lo menos no volvió, por si acaso, a acuchillar segunda vez su celada. Y numerosos pasajes de su historia delatan que no creía gran cosa conseguir de momento su propósito de restaurar la caballeria andante. ¿Y qué importaba si así vivía él y se inmortalizaba? Y debió de adivinar, y adivinó de hecho, otra

más alta eficacia de aquella su obra, cual era la que ejercería en cuantos con piadoso espíritu leyesen sus hazañas.

Don Quijote se puso en rídiculo, ¿pero conoció acaso el más tragico ridículo, el ridículo reflejo, el que uno hace ante sí mismo, a sus propios ojos del alma? Convertid el campo de batalla de Don Quijote a su propia alma; ponedle luchando en ella por salvar a la Edad Media del Renacimiento, por no perder su tesoro de la infancia; haced de él un Don Quijote interior—con su Sancho, un Sancho también interior y también heroico, al lado—y decidme de la tragedia cómica.

¿Y qué ha dejado Don Quijote? diréis. Y os diré que se ha dejado a sí mismo y que un hombre, un hombre vivo y eterno, vale por todas las teorías y por todas las filosofías. Otros pueblos nos han dejado sobre todo instituciones, libros; nosotros hemos dejado almas. Santa Teresa vale por cualquier instituto, por cualquier *Crítica de la razón pura*.

Es que Don Quijote se convirtió. Sí, para morir el pobre. Pero el otro, el real, el que se quedó y vive entre nosotros alentándonos con su aliento, ése no se convirtió, ése sigue animándonos a que nos pongamos en ridículo, ése no debe morir. Y el otro, el que se convirtió para morir, pudo haberse convertido porque fue loco y fue su locura, y no su muerte ni su conversión, lo que lo inmortalizó, mereciéndole el perdón del delito de haber nacido. *¡Felix culpa!* Y no se curó tampoco, sino que cambió de locura. Su muerte fue su última aventura caballeresca; con ella forzó el cielo, que padece fuerza.

Murió aquel Don Quijote y bajó a los infiernos, y entró en ellos lanza en ristre, y libertó a los condenados todos, como a los galeotes, y cerró sus puertas, y quitando de ellas el rótulo que allí viera el Dante, puso uno que decía: ¡viva la esperanza!, y escoltado por los libertados que de él se reían, se fué al cielo. Y Dios se rió paternalmente de él y esta risa divina le llenó de felicidad eterna el alma.

Y el otro Don Quijote se quedó aquí, entre nosotros, luchando a la desesperada. ¿Es que su lucha no arranca de des-

esperación? ¿Por qué entre las palabras que el inglés ha tomado a nuestra lengua figura entre *siesta*, *camarilla*, *guerrilla* y otras, la de *desperado*, esto es, desesperado? Ese Quijote interior que os decía, conciente de su propia trágica comicidad, ¿no es un desesperado? Un *desperado*, sí, como Pizarro y como Loyola. Pero, «es la desesperación dueña de los imposibles», nos enseña Salazar y Torres (en *Elegir al enemigo*, act. I), y es de la desesperación y sólo de ella de donde nace la esperanza heroica, la esperanza absurda, la esperanza loca. *Spero quia absurdum*, debía decirse, más bien que *credo*.

Y Don Quijote que estaba solo, buscaba más soledad aún, buscaba las soledades de la Peña Pobre para entregarse allí, a solas, sin testigos, a mayores disparates en que desahogar el alma. Pero no estaba tan solo, pues le acompañaba Sancho. Sancho el bueno, Sancho el creyente, Sancho el sencillo. Si, como dicen algunos, Don Quijote murió en España y queda Sancho, estamos salvados, porque Sancho se hará, muerto su amo, caballero andante. Y en todo caso, espera otro caballero loco a quien seguir de nuevo.

Hay también una tragedia de Sancho. Aquél, el otro, el que anduvo con el Don Quijote que murió no consta que muriese, aunque hay quien cree que murió loco de remate, pidiendo la lanza y creyendo que había sido verdad cuanto su amo abominó por mentira en su lecho de muerte y de conversión. Pero tampoco consta que murieran ni el bachiller Sansón Carrasco, ni el cura, ni el barbero, ni los duques y canónigos, y con éstos es con los que tiene que luchar el heroico Sancho.

Solo anduvo Don Quijote, solo con Sancho, solo con su soledad. No andaremos también solos sus enamorados, forjándonos una España quijotesca que sólo en nuestro magín existe?

Y volverá a preguntársenos: ¿qué ha dejado a la Kultura Don Quijote? Y diré: ¡el quijotismo, y no es poco! Todo un método, toda una epistemología, toda una estética, toda una lógica, toda una ética, toda una religión sobre todo, es decir,

toda una economía a lo eterno y lo divino, toda una esperanza en lo absurdo racional.

¿Por qué peleó Don Quijote? Por Dulcinea, por la gloria, por vivir, por sobrevivir. No por Iseo, que es la carne eterna; no por Beatriz, que es la teología; no por Margarita, que es el pueblo; no por Helena, que es la cultura. Peleó por Dulcinea, y la logró, pues que vive.

Y lo más grande de él fue haber sido burlado y vencido, porque siendo vencido es como vencía; dominaba al mundo dándole que reir de él.

¿Y hoy? Hoy siente su propia comicidad y la vanidad de su esfuerzo en cuanto a lo temporal; se ve desde fuera—la cultura le ha enseñado a objetivarse, esto es, a enajenarse en vez de ensimismarse,—y al verse desde fuera, se ríe de sí mismo, pero amargamente. El personaje más trágico acaso fuese un Margutte íntimo, que, como el de Pulci, muera reventando de risa, pero de risa de sí mismo. *E riderá in eterno*, reirá eternamente, dijo de Margutte el ángel Gabriel. ¿No oís la risa de Dios?

Don Quijote el mortal, al morir, comprendió su propia comicidad y lloró sus pecados, pero el inmortal, comprendiéndola, se sobrepone a ella y la vence sin desecharla.

Y Don Quijote no se rinde, porque no es pesimista, y pelea. No es pesimista porque el pesimismo es hijo de vanidad, es cosa de moda, puro *snobismo*, y Don Quijote ni es vano ni vanidoso, ni moderno de ninguna modernidad—menos modernista,—y no entiende qué es eso de *snob* mientras no se lo digan en cristiano viejo español. No es pesimista Don Quijote, porque como no entiende qué sea eso de la *joie de vivre*, no entiende su contrario. Ni entiende de tonterías futuristas tampoco. A pesar de Clavileño, no ha llegado al aeroplano, que parece querer alejar del cielo a no pocos atolondrados. Don Quijote no ha llegado a la edad del tedio de la vida, que suele traducirse en esa tan característica topofobia de no pocos espíritus modernos, que se pasan la vida corriendo a todo correr de un

lado para otro, y no por amor a aquel adonde van, sino por odio a aquel otro de donde vienen, huyendo de todos. Lo que es una de las formas de la desesperación.

Pero Don Quijote oye ya su propia risa, oye la risa divina, y como no es pesimista, como cree en la vida eterna, tiene que pelear, arremetiendo contra la ortodoxia inquisitorial científica moderna por traer una nueva e imposible Edad Media, dualística, contradictoria, apasionada. Como un nuevo Savonarola, Quijote italiano de fines del siglo XV, pelea contra esta Edad Moderna que abrió Maquiavelo y que acabará cómicamente. Pelea contra el racionalismo heredado del XVIII. La paz de la conciencia, la conciliación entre la razón y la fe, ya, gracias a Dios providente, no cabe. El mundo tiene que ser como Don Quijote quiere y las ventas tienen que ser castillos, y peleará con él y será, al parecer, vencido, pero vencerá al ponerse en ridículo. Y se vencerá riéndose de sí mismo y haciéndose reir.

«La razón habla y el sentido muerde», dijo el Petrarca; pero también la razón muerde, y muerde en el cogollo del corazón. Y no hay más calor a más luz. «¡Luz, luz, más luz todavía!» dicen que dijo Goethe moribundo. No, calor, calor, más calor todavía, que nos morimos de frío y no de oscuridad. La noche no mata; mata el hielo. Y hay que libertar a la princesa encantada y destruir el retablo de Maese Pedro.

¿Y no habrá también pedantería, Dios mío, en esto de creerse uno burlado y haciendo el Quijote? Los regenerados *(Opvakte)* desean que el mundo impío se burle de ellos para estar seguros de ser regenerados, puesto que son burlados, y gozar la ventaja de poder quejarse de la impiedad del mundo, dijo Kierkegaard (*Afsluttende uvidenskabelig Efterskrift*, II Afsnit II, cap. 4, sectio II, B.)

¿Cómo escapar a una u otra pedantería, o una u otra afectación, si el hombre natural no es sino un mito, y somos artificiales todos?

¡Romanticismo! Sí, acaso sea esa en parte la palabra. Y nos sirve más y mejor por se imprecisión misma. Contra eso,

contra el romanticismo, se ha desencadenado recientemente, sobre todo en Francia, la pedantería racionalista y clasicista. ¿Que él, que el romanticismo, es otra pedantería, la pedantería sentimental? Tal vez. En este mundo un hombre culto, o es dilettante o es pedante: a escojer, pues. Sí, pedantes acaso René y Adolfo y Obermann y Lara... El caso es buscar consuelo en el desconsuelo.

A la filosofía de Bergson, que es una restauración espiritualista, en el fondo mística, medieval, quijotesca, se le ha llamado filosofía *demi-mondaine*. Quitadle el *demi*; *mondaine*, mundana. Mundana, sí, para el mundo y no para los filósofos, como no debe ser la química para los químicos solos. El mundo quiere ser engañado—*mundus vult decipi*,—o con el engaño de antes de la razón, que es la poesía, o con el engaño de después de ella, que es la religión. Y ya dijo Maquiavelo que quien quiera engañar encontrará siempre quien deje que le engañen. ¡Y bienaventurados los que hacen el primo! Un francés, Jules de Gaultier, dijo que el privilegio de su pueblo era *n'être pas dupe*, no hacer el primo. ¡Triste privilegio!

La ciencia no le da a Don Quijote lo que éste le pide. «¡Que no le pida eso—dirán;—que se resigne, que acepte la vida y la verdad como son!» Pero él no las acepta así, y pide señales, a lo que le mueve Sancho, que está a su lado. Y no es que Don Quijote no comprenda lo que comprende el que así le habla, el que procura resignarse y aceptar la vida y la verdad racionales. No; es que sus necesidades efectivas son mayores. ¿Pedantería? ¡Quién sabe...!

Y en este siglo crítico, Don Quijote, que se ha contaminado de criticismo también, tiene que arremeter contra sí mismo, víctima de intelectualismo y de sentimentalismo, y que cuando quiere ser más espontaneo, más afectado aparece. Y quiere el pobre racionalizar lo irracional e irracionalizar lo racional. Y cae en la desesperación íntima del siglo crítico de que fueron las dos más grandes victimas Nietzsche y Tolstoi. Y por desesperación entra en el furor heroico de que hablaba aquel

Quijote del pensamiento que escapó al claustro, Giordano Bruno, y se hace despertador de las almas que duermen, *dormitantium amimorum excubitor,* como dijo de sí mismo el exdominicano, el que escribió: «El amor heroico es propio de las naturalezas superiores llamadas insanas—*insane*,—no porque no saben—*non sanno*,—sino porque sobresaben—*soprasanno.*»

Pero Bruno creía en el triunfo de sus doctrinas, o por lo menos al pie de su estatua, en el Campo dei Fiori, frente al Vaticano, han puesto que se la ofrece el siglo por él adivinado, *il secolo da lui divinato.* Mas nuestro Don Quijote, el redivivo, el interior, el conciente de su propia comicidad, no cree que triunfen sus doctrinas en este mundo porque no son de él. Y es mejor que no triunfen. Y si le quisieran hacer a Don Quijote rey, se retiraría solo al monte, huyendo de las turbas regificientes y regicidas, como se retiró sólo al monte el Cristo cuando, después del milagro de los peces y los panes, le quisieron proclamar rey. Dejó el título de rey para encima de la cruz.

¿Cuál es, pues, la nueva misión de Don Quijote hoy en este mundo? Clamar, clamar en el desierto. Pero el desierto oye, aunque no oigan los hombres, y un día se convertirá en selva sonora, y esa voz solitaria que va posando en el desierto como semilla, dará un cedro gigantesco que con sus cien mil lenguas cantará un hosana eterno al Señor de la vida y de la muerte.

Y vosotros ahora, bachilleres Carrascos del regeneracionismo europeizante, jóvenes que trabajáis a la europea, con método y crítica... científicos, haced riqueza, haced patria, haced arte, haced ciencia, haced ética, haced o más bien traducid sobre todo Kultura, que así mataréis a la vida y a la muerte. ¡Para lo que ha de durarnos todo...!

***

Y con esto se acaban ya—¡ya era hora!—por ahora al menos, estos ensayos sobre el sentimiento trágico de la vida en

los hombres y en los pueblos, o por lo menos en mí—que soy hombre—y en el alma de mi pueblo tal como en la mía se refleja.

Espero, lector, que mientras dure nuestra tragedia, en algún entre-acto, volvamos a encontrarnos. Y nos reconoceremos. Y perdona si te he molestado más de lo debido e inevitable, más de lo que, al tomar la pluma para distraerte un poco de tus distracciones, me propuse. Y Dios no te dé paz y sí gloria!

MIGUEL DE UNAMUNO,
Rector de la Universidad de Salamanca.

En Salamanca, año de gracia de 1912.

LA INCAPACIDAD DE LOS ESPAÑOLES

(APUNTES PARA UNA CONFERENCIA)

No ha mucho que en una de las salas del Ateneo de Madrid, un amigo mío, persona de gran cultura, conocedor como pocos de Francia, Inglaterra, Alemania e Italia, tierras que visita todos los años, y cuyas producciones filosóficas, literarias y artísticas le entretienen el resto del tiempo que no ocupa en instructivos viajes, me presentó a dos jóvenes, listos y estudiosos al parecer, en cuyos labios resonaban como familiares nombres y doctrinas de autores modernos, extranjeros todos, maestros del pensamiento europeo.

No tardó en recaer la plática sobre nuestra decaída España.—Estoy convencido—dijo uno de ellos con el aplomo de un Catón—que los españoles son incapaces para la ciencia y la filosofía.

Dejóme pasmado tamaña conclusión; pero recordando que no era la primera vez que llegaba a mis oídos, y que hasta la habían leído mis ojos en letras de molde, firmada por otros jóvenes muy leídos y escribidos, caí en la cuenta de que ésta era una frase ya de cajón entre ciertos mozos de buenas esperanzas, que corre de boca en boca, sin pararse nadie a pensarla ni pesarla, como pide su gravedad, y me pareció reponerle modestamente:

—No he hallado en ninguna obra de antropología que el

testuz español ofrezca señal alguna de menor capacidad que el meollo del resto de los europeos. El cráneo español, dolicocéfalo, es el más puro de la raza mediterránea, en la cual la civilización europea se fraguó. Lo que hay es que en el ondear y altibajar de los pueblos por el mar de la historia, todo va a la par: que cuando a un pueblo le llega la hora de encrestarse en la cima de la ola, su saber y las obras de sus ingenios corren parejas con su poderío militar y con la riqueza de su industria y comercio; y cuando después se hunde, pasando la hegemonía al otro más cercano, húndense a la vez sus armas y poderío, sus letras y ciencias, su grandeza y abundancia. No porque las molleras se hayan endurecido y hecho incapaces, sino porque estando entrelazadas todas las manifestaciones de la vida, los que pudieran haber sido grandes ingenios en otra era, no hallan terreno acomodado para su desenvolvimiento y sazón, malográndose en berza, y acaso acaso en germen. ¿Hemos de suponer que en los siglos IX, X y XI el cráneo de italianos, franceses y españoles era otro de lo que fue durante la dominación romana y de lo que había de ser adelante por los tiempos del Renacimiento, sólo porque no se manifestó en aquellos tres siglos ni uno de los ingenios que llegaron a sazón antes y después?

Yo confieso que en la Era presente no hay tanta sabiduría en España como en Alemania; pero, ¿acaso hay tanta industria, tanto comercio, tanto poderío militar? Hallámonos ahora en lo hondo del oleaje, como a Alemania le llegó el momento de empinarse a su cima. Al comparar ingenios con ingenios, no han de cotejarse los de lo alto de la ola con los de lo bajo de ella; sino los de una cima con los de otra cima, los de un pueblo hoy floreciente con los de otro, cuando tuvo la dicha de florecer. Cuando España daba la ley a todos los pueblos de Europa, y aun del mundo, sus ingenios fueron tan esclarecidos como su poderío y riqueza. Cotéjese la fuerza del pensamiento alemán de hoy con la del pensamiento español de entonces, teniendo cuenta además con el adelanto de los tiempos.

—¡Ni hubo jamás pensamiento en España!—saltó mi joven interlocutor.—¿Qué sabios tuvimos entonces? ¿Qué filosofía?

—Comparar el saber alemán de hoy con el español de hace cuatro siglos para tener al español por nulo, viene a ser lo mismo que despreciar el saber de Grecia, porque sus más preclaros ingenios dijeron cosas que dan que reir a los modernos alemanes. No en balde corren los siglos. También pudieron haberse reído los españoles de hace cuatro centurias de esas niñerías de Platón y Aristóteles, y pudiéramos reirnos nosotros, los españoles de hoy, que junto a los alemanes somos una bien triste cosa. El saber alemán es hoy grande, cotejado con el del resto de Europa; como cotejado con el del resto de la Europa de entonces, fue grande el saber español. No llamábamos entonces en España a profesores extranjeros para que regentasen nuestras cátedras, como llamaban de Francia, Italia y Alemania a profesores españoles para que regentasen las suyas. En todos los certámenes del saber y del talento, en los Concilios y Asambleas, en las Universidades y Academias, nunca quedaron a la zaga los españoles de entonces; antes se coronaron de gloria, y en las obras escritas de aquellos tiempos no creo queden los nuestros por bajo de los demás.

—Pero, ¿qué genios ni entonces ni nunca han nacido en España? En pintura, un Velázquez; en literatura, un Cervantes, y pare usted de contar. No hay un genio más en toda la historia de España, no hay siquiera un talento ni un libro que merezca estudiarse. Jamás tuvimos aquí una filosofía, ni hubo un pensamiento, ni lo habrá: son los españoles incapaces para la filosofía y la ciencia.

Tamañas afirmaciones merecen ser tenidas en cuenta, porque aunque los que las digan sean mozos de poca experiencia, ellos son los hombres de mañana. Y no son dos o tres los que la sientan en tono convencido; son la flor y nata de la juventud española, que menosprecia el valer de su raza, que ni siquiera pone en tela de juicio el poder mental de los españoles, sino que lo da por nulo, proclamándonos a todos como incapa-

ces de filosofar ni de saber. A ser dos, tres, media docena, yo les diría: «Señores, huyan cuanto antes, según eso, de esta tierra maldecidá; sacúdanse el polvo de este secadal yermo y sin esperanzas; váyanse fuera de España, en busca del país de los genios; háganse, siquiera sea neocelandeses o esquimales; dejen de ser españoles de nombre, como no lo son ya de espíritu. Pero es toda una gran parte de la generación que ha de ser mañana la maestra del pueblo español. Están convencidos de nuestra incapacidad, no oyen más que lo que se trompetea fuera de España; mejor dicho, ni siquiera llegan a sus oídos las alabanzas que los verdaderamente sabios europeos hacen del valer de nuestra raza; porque quedan ensordecidas por el vocerío del vulgacho, sobre todo francés, incapaz de calar nuestra alma española, tan encontrada en todo con el alma francesa. Hay que desencandilar a esos tristes hijos de España, que no han abierto un libro español de otros tiempos y hablan de los españoles conforme a lo que oyen por ahí fuera a gentes ensoberbecidas con su presente poderío, y que por no tener ojos más que para el interés y la materia, no pueden comprender los sentimientos, si menos prácticos, a lo menos más hidalgos y levantados de este nuestro hoy abatido pueblo.

Hemos dado en la flor de llamar patriotería al noble sentimiento de cariño a nuestras cosas. Es tan franco, tan leal el pecho español, que a raíz de un quebranto como el de la pérdida de las colonias, en que la injusticia, el bandolerismo del adversario, corrieron parejas con la honrada caballerosidad de un pueblo digno que se defiende con su propia pequeñez y pobreza del desaforado embate de una nación grande y poderosa, sabiendo que va a su ruina, da oídos a los que nos declaran un pueblo muerto, cuando no tuvieron la gallardía de apoyar nuestros justos derechos, y se llega a persuadir de que muertos somos, de que para nada valemos, desalentándose a fuerza de modestia y honradez, mientras hasta ahora nos tildaban todos de fanfarrones y altaneros. Basta ya de rebajarse baldíamente. Harto hemos llorado nuestra pequeñez y empobre-

cimiento, sin acordarnos de que efecto fueron de grandes y levantados empeños, que grabados llevará siempre la historia leal y sincera entre los mas gloriosos de las naciones.

Los tiempos han cambiado, y el ideal que alentó a España y la engrandeció como al pueblo que más, hubo de desvanecerse como el humo, cayendo el nuestro, agobiado de la pesadumbre de su propio encumbramiento, sepultado bajo los escombros del mismo glorioso templo que supo levantar su poderío. ¿Ha de sacarse de aquí que para nada valemos ya, y sobre todo, que para nada valimos, cuando cabalmente porque valimos tanto, nada hoy valemos, porque tanto fuimos, somos hoy tan poco?

Comprendo que en ánimos criados a los pechos de otro ideal, más económico que hidalgo, que ha engrandecido a los pueblos sajones, no quepa el valor de un ideal como el que engrandeció a España; comprendo que los tales no quieran mirar un momento atrás, ni despolvorear un pergamino donde el pensamiento español bulle todo él embebido de aquel ideal. Hablemos claro: comprendo que el que se crió irreligioso no alcance el ideal cristiano que tocó a España, sea por lo que fuere, ser su propio ideal. Pero, por rancio que hoy se les antoje a algunos, por poco a propósito que hoy sea para medrar, ¿fue acaso ese ideal de la civilización cristiana más bajo y más villano que el ideal económico de la raza sajona? No hablo, como cristiano, a lectores en su mayor parte cristianos; hablo como pensador nada más. Ideal por ideal, tan de vil metal fue el ideal de la civilización cristiana, que había levantado a Europa de las ruinas y estragos en que los bárbaros, esos mismos hoy civilizados sajones, habían destrozado la civilización greco-romana, el ideal cristiano que sacó a Europa de sus ruinas, que la amamantó a sus pechos, que la encariñó con el saber cristiano y pagano, que le preparó manuscritos, empleando muchedumbres de monjes en copiarlos en los monasterios; que le roturó los bosques por medio de otra no menos numerosa muchedumbre de frailes; que la hizo a la vida militar,

educándola en las Cruzadas; que la instruyó en sus Universidades, que le afinó el sentido artístico amaestrándola en la construcción de sus catedrales; que la empujó y alentó a apropiarse el tesoro de la civilización antigua, escondido en Bizancio y entre los escombros de Italia; que la embarcó a la conquista del Nuevo Mundo y del extremo Oriente, que del cerril e indocto señor feudal y del avillanado esclavo de la gleba hizo la aristocracia europea y el pueblo libre de la Iglesia de Cristo; que limó poco a poco las cadenas de la esclavitud antigua hasta que los mismos dueños y señores llegaron a comprender por la doctrina evangélica que todos somos hombres, y acabaron de romperlas, avergonzados de habérselas echado a los que al cabo reconocían como hermanos e hijos de un mismo Padre celestial? ¿Tan bajo fue este ideal que abrazó nuestra España y la puso a la cabeza de Europa?

¡Ah! el ideal se desvaneció con el mudar de los tiempos. España quedó sin rumbo en medio de naciones que habían levantado otra enseña. ¿Por eso hemos de decir que los españoles somos incapaces de saber, ni de filosofar ni de pensar?

¿Tan incapaz fue un Séneca, que romanizó la filosofía griega, que apuntaló con el férreo estoicismo, de metal verdaderamente español, las carcomidas virtudes que desmoronaban ya la antiguamente robusta moral romana? ¿Tan incapaz su antepasado, el de las suasorias y peregrina elocuencia? ¿Tan incapaz Quintiliano, que educó a la juventud del Imperio, refrescando los laureles de la oratoria, la eflorescencia artística más propia y menos copiada del pueblo rey? ¿Tan incapaces un Lucano y un Columela, un Pomponio Mela, un Silio y un Marcial, que levantaron la poesía, la agricultura y la geografía entre los romanos? ¿Acaso fueron de entre los emperadores romanos los menos famosos Vespasiano, Adriano y el Gran Teodosio, por ser españoles, y Antonino Pío y Marco Aurelio por oriundos de familias españolas? ¿Quién fue el cantor lírico de los mártires, sino un Prudencio español? No, no hubo sabios, ni filósofos, ni hombres de valer, ni aun en la época visigótica, cuan-

do se escribió el Fuerojuzgo, primer código de leyes europeo, cuando San Isidoro archivaba todo el saber antiguo, cuando los Leandros y Tajones y los demás Santos Padres visigodos mantenían acá la tradicional sabiduría de los antiguos Santos Padres. Y es que para algunos no hay más filosofía que la naturalista y emanatista, que da tela a los modernos filósofos para sus hermosísimos sueños y entretenidas fantasías. Pero, a Dios gracias, aun en España hubo emanatistas de estruendo.

Los puritanos musulmanes de la escuela de Bagdad, fundada por los emanatistas persas Al-Farabi e Iben-Sina, o Avicena, desterrados de aquella ciudad, vinieron a España, estableciéndose en el Califato de Córdoba y soñando a su sabor, hasta que los despertaron los Almohades a puro zamarrearlos. De esta escuela fueron los famosos Iben-Badja (Avempace), Tofail y Averroes, y entre los judíos Salomón Gabirol (Avicebron) y Maimónides. Del Califato pasaron a Toledo, de donde manó toda aquella podre, que algunos tendrán por fuente de sabiduría, pero que inficionó a Europa, con los Valdenses, los Albigenses, los Turlupinos de Francia y Saboya, los Intelectuales de Bélgica, y, finalmente, los Templarios, iniciados en los misterios emanatistas a mediados del siglo XIII. De aquí salieron los iluminados del siglo XIV, la escuela averroista de la Universidad de Padua y la pitagórica, a la que perteneció Jordano Bruno, y en nuestros tiempos casi el neoplatonismo de Krause, Schelling y Lotze en Alemania, de Cousin en Francia, con Lerroux, Janet; luego las doctrinas de Jules Simón, Vacherot, Lamennais, en Inglaterra, la Francmasonería y el Espiritismo en los Estados Unidos, en el que se enredaron sabios de tanto fuste como Tyndall, Fechner, Zollner, Wallace y Crookes, y, como en otro tiempo, fueron adalides de la doctrina emanatista, de la Teurgia y de la Magia, nada menos que Pitágoras, Sócrates, Platón, Proclo, Plotino, Jámblico y Manes. Tal es la filosofía que esos jóvenes echan menos en España, donde reinó con todo su esplendor la filosofía creacionista, que para ellos no debe de ser filosofía, y donde se supo escoger cuanto en

Platón y los antiguos habían mezclado de bueno y sano con sus sueños y desvaríos.

Genios, me decían aquellos jóvenes, genios no hubo en España. Para ellos esos son los únicos genios, los filósofos sonámbulos. Estos señores jóvenes de grandes esperanzas creen que nuestros pensadores de los siglos XVI y XVII no conocían ni alcanzaban el valor de esos sueños y sonambulismos; que nuestros Lulios, Montanos, Canos y Suárez, Fox Morcillos, Vives y Quevedos no eran capaces de apreciarlos ni de entenderlos. De lo que no fueron capaces fue de pagarse de estruendos y entonos, de fantasías y oropeles, de esoterismos y místicas enfermas, desvariadas y soñolientas. Nuestra mística fue otra cosa; no tenía gnosticismos ni teurgias, eones ni demiurgos, paradigmas ni diadas, proodos ni epístrofes. Nuestros místicos, los más hondos y caviladores, son claros como la luz del cielo español, prácticos como los ascetas, de los cuales no se diferencian más que en el mayor conocimiento y elevación en el pensar.

Pero estos jóvenes de esperanzas para la patria no quieren abrir ni un libro de nuestra mística; piensan que el tufo inquisitorial o de la cera sacristanesca les va a dar en las narices. Como saben el castellano desde la cuna, suponen que en castellano no caben las honduras y las delgadeces que caben en la lengua alemana, que les sabe a más nueva y también a más recóndita, traspuesta y nebulosa. No puede haber genios que hablen lengua tan clara como el castellano, ni que sean tan de sentido común como las gentes de nuestra raza.

El filósofo o genio filosófico ha de hablar cerrado y misterioso, ha de envolver sus sueños en términos desacostumbrados e ininteligibles; el genio ha de creerse un Zaratustra, aunque ni Zaratustra le entendiera, si hoy se levantara del sepulcro. Además, el genio ha de nacer en partes lejanas y extrañas; no puede ser francés, italiano o español, sino sueco, ruso o por lo menos alemán, para que al llegar acá los ecos de su voz, tengan un dejo raro y brumoso, y venga rodeada su fama de

una aureola engrandecida por el cuadrado de la distancia. En una palabra, el misterio, lo desconocido, lo ignoto, el sueño: esa es la nota del genio.

Pero aquí en esta tierra tan conocida, bajo este cielo tan sereno y limpio, donde todos nos conocemos y todos somos hijos de padres conocidos, con nombres y apellidos tan vulgares, ¿cómo puede haber genios?

Añádase el catolicismo con sus hogueras inquisitoriales, que acaba con los menores gérmenes y lo convierte todo en un arenal y en una estepa como la meseta castellana: ¿qué puede brotar ni darse aquí más que duros garbanzos secos y hueros alcornoques?

Esta no es tierra de genios. El único que aquí nació y valía, Miguel Servet, así me lo repitieron aquellos jóvenes, el único inventor español, tuvo que extrañarse e irse al país de los genios, huyendo de las hogueras de la Inquisición.

—¡Y tuvo la gloria—repuse yo—de caer en las hogueras de los genios extranjeros, del gran genio Calvino, porque no se doblegaba a su parecer!

A Servet le hicieron famoso los enemigos de España, que lo eran del Catolicismo; ¿cómo pretenden esos jóvenes que hagan famosos a los que no apostataron como Servet, sino que siguieron siendo católicos en esta tierra del Catolicismo y de la Inquisición?

Porque a esto se reduce todo, a que esos jóvenes no reconocen más talentos que los trompeteados por los extranjeros, porque los españoles ni siquiera tenemos ojos para distinguir lo que vale de lo que no vale. Los españoles sólo tenemos dos agujeros en la frente y un burujo de sesos harto aguados en la destartalada mollera, que nos dejó el Destino, como relieves arrojados a los parias de la Humanidad. Solos los extranjeros, y con tal que sean protestantes y enemigos de la España católica, pueden juzgar y distribuir diplomas de sabios; así que podemos aguardar sentados los españoles a que se dignen venir a repartírselos a los españoles que vivieron en

esta tierra inquisitorial. Y vendrán y nos dirán que no hubo más que dos genios en España: Servet, porque dejó el Catolicismo, y Las Casas, porque les dió a pasto cuanto deseaban para echarnos en cara los desafueros de los particulares, de la hez de la sociedad española, que pasaba vagamundeando a las Américas y abusaba de los infelices indios. No añaden que para librar a los indios de tales desmanes, aconsejó Las Casas se llevasen negros de Africa, introduciendo la esclavitud; no mientan que por algunos indios a quienes maltrataban ciertos avariciosos españoles, ellos, los ingleses y los cultos sajones de Norte América, cazaban como a fieras a los indígenas a tiro de fusil, y que si nuestras Leyes de Indias continuamente abogaban por los americanos, las suyas los proscribían textualmente y los condenaban a desaparecer.

No reparan en los hechos, más elocuentes que todas las palabras de Las Casas, de que en las tierras hispano-americanas todavía viven los antiguos indios, mientras que han desaparecido en las tierras donde domina la raza sajona. Porque lo gracioso es que ahora nos salen con que no hemos sabido civilizar aquellas tierras, por no haber exterminado la raza indígena, como ellos lo han hecho, porque la civilización ha de acabar con las gentes que son de ella incapaces.

Por eso veréis al Lord inglés pasar por entre los mendigos y enfermos con la tiesura y desprecio del señor del mundo, sin oir los lamentos , sin bajar los ojos, sin detenerse un punto ante las miserias humanas. El español, pobre o rico que sea, no puede pasar sin detenerse a la vista de la desgracia de sus semejantes: le dejará un pedazo de su capa, si menester fuese; sentirá conmovérsele por lo menos sus entrañas, y sus ojos se posarán compasivos en el que su Fe, o a lo menos la manera de sentir, hija de esa Fe, halla ser un hermano y tan hijo como él del Padre celestial. Esta Fe, pues, esta religión ideal de la antigua España, que tan sensibleros hizo a los españoles, no pudo menos de agostar toda filosofía en nuestra patria. Hombres como los españoles, de entrañas tan blanduchas, no po-

dían aspirar a ser filósofos. El filósofo es seco y egoísta, y no podía darse más que en esas tierras de tiesos y secos Lores. Los genios están por cima dé todo sentimiento humanitario; harto tienen que hacer en soñar sus filosofías. No cabe en sus pechos la caridad cristiana, porque los tienen henchidos de grandes teorías acerca del altruísmo y de la filantropía. Como andan atareados en fundar establecimientos benéficos para los animales, no les queda vagar para fundarlos para los hombres. Sus damas mimarán al perrito faldero, al Lulú, le abrigarán entre blandas pieles, le regalarán con los más delicados manjares, le enjoyarán con aderezos de oro y pedrería; no les queda tiempo ni humor para pensar ni para mirar al andrajoso y hambriento mendigo, que les tiende una seca y temblona mano pidiéndoles el mendrugo que el perrito desecha por duro y grosero.

Así son las razas, donde nacen los genios y se sueñan las sublimes filosofías. Así son las razas, que se apropian un ideal tan sentimentalero y tan vulgarote como el de Jesucristo y su Iglesia. Somos incapaces los españoles para la ciencia y la filosofía: la prueba está en que no valimos más que para apropiarnos ese ideal, propio de sacristanes.

Yo siento tener que repetir cosas que tantas veces se han dicho, tener que acudir a argumentos tan manoseados, cuando acaso esperabais de mí alguna doctrina nueva o poco conocida. Pero ¿tengo yo la culpa de que por repetidos y manoseados que sean esos argumentos, no hayan reparado en ellos esos jóvenes de esperanzas y tantos españoles, que siguen repitiendo por boca de ganso las ligerezas históricas que hace dos siglos han echado a volar los extraños, por pura y fea inquina contra la España católica? ¿Son falsos esos argumentos, por ser manoseados y repetidos? ¿Son fantasías de mi cabeza o sofismas de defensor las cosas que acabo de repetir? Porque si no son más que verdades de historia llana y consideraciones de filosofía vulgar, ¿qué le hace lo vulgar y lo llano para que no sean verdades, y tan a cuento y tan al caso en estos días, en

que se nos vuelven a repetir por esos jóvenes las mismas falsas acusaciones de siempre?

No es menos sabido y vulgar, pero no es menos cierto, lo que voy añadir antes de acabar éste, que más tiene de alegato que de artículo. Cotejada la psicología del pueblo español con la de los pueblos sajones, que hoy gobiernan el mundo, veo que ellos son más dados al trabajo para buscarse la vida, y que nosotros somos más perezosos y descuidados. Conviene ahondar un poco estas cualidades tan encontradas, para no calificarlas con ligereza. En Francia, como sabe todo el mundo, hay algo de raza ibérica en la parte meridional, y aun por eso los franceses del Norte, sajones o germanos, les achacan a los meridionales algo de lo que nos achacan a nosotros. Tartarín es el Quijote del Mediodía francés, más ligero y fanfarrón, sin el peso y asiento del que pintó Cervantes, y digámoslo, sin su fondo de nobleza y de caballerosos sentimientos. Pero hay algo de común en entrambos: son símbolo de nuestra raza ibera.

Los franceses, verdaderamente franceses, han dado a los vocablos *interés*, *intéressant*, que en España sólo significó siempre el interés, el logro, el dinero, un sentido más general, y lo aplican a todo lo bueno y apetecible, sea en la línea de lo económico, lo único que significa interés en castellano rancio, sea en la línea de la belleza, de la bondad, de la honra. *C'est très-intéressant*. Es frase que derrochan a todo pasto. Parados ante un cuadro de Velázquez, os dirán: C'est très-intéressant; lo mismísimo que al oir una noticia, al leer una novela, al asistir a un drama o a una corrida de toros. Todo para ellos C'est très-intéressant.

Las palabras llevan sellados los sentimientos del pueblo que las emplea. Coloreen como gusten los franceses su amor al trabajo, su consiguiente riqueza, su espíritu de ahorro: todo ello es muy cierto. Pero las palabras no doran los sentimientos, sino que con todo descaro en su leyenda y significación las dicen a todo el que sepa descifrarlas. Y lo que esa frase

dice, lo dice en plata, porque no dice otra cosa sino que el francés tiene puestos todos sus amores en la misma plata, en el dinero, en el interés. Los que conocéis la sociedad francesa podréis comprobar si la frase «C'est très-intéressant», aplicada, como hemos visto, a todo lo que aficiona o gusta a los franceses, no dice la pura verdad sin rodeos ni tapujos. Nosotros decimos que una cosa es bonita o fea, que es buena o mala, agradable o desagrable, gustosa, apetecible; y nuestros abuelos sólo llamaban interesante o de interés a la ganancia.

Los franceses llaman a todo interesante: señal de que en la ganancia, en el interés han puesto todos sus cinco sentidos. Afrancesando nuestro idioma, también se llama hoy interesante a cualquier cosa, y de cualquier cosa se dice que tiene interés o que nos interesa. Ved cómo el galicismo no se compadece con el sentir español, y por qué los que abogamos por el casticismo no lo hacemos a zurrumburrín y porque sí, sino por su cuenta y razón. Esas significaciones galicistas empuercan nuestro idioma y empañan la tersura, la nobleza de nuestros sentimientos. Porque el español no confunde el sentimiento elevado que produce una hermosa obra dramática con el de la ganancia que saca de vender, si es comerciante; del tresillo, si es jugador; de sus tierras, si se dedica a la labranza. El poeta distingue muy bien el arroboque le causa su propia inspiración de los cuartos que el editor le entrega por la venta de su libro de poesías. El «C'est très-intéressant» lo confunde todo, cifrando todos los sentimientos, hasta los más elevados, en el sentimiento interesal de la ganancia. Y lo que esta palabra encierra es lo que hay en esa cualidad de esas razas laboriosas del Norte.

La pereza española es la misma del napolitano aquel que pinta Gœthe en su *Viaje a Italia*, que tumbado en el muelle, no se digna levantar ni cargar con la maleta del viajero, porque con las cuatro perras que con otro viajero ganó se había comprado un pedazo de pan y unas cebollas, y con ello tenía ya llena la panza y no aspiraba a más. El español no sabe ni

quiere saber ahorrar; conténtase con llenar el estómago e ir tirando; no quiere esclavizarse a nadie por buscar mayores comodidades; vive a la dita, se acuesta sin una perra chica en el bolsillo. Tal escribí en cierto artículo acerca de Sevilla que vivía el pueblo andaluz.

Echaron las campanas a rebato, quisieron tragarme vivo; pero ellos, mejor que nadie, saben que esta es la pura verdad. No queremos sujetarnos a nadie ni al trabajo por vivir más acomodadamente. Ello es quijotismo. Cervantes pintó en Don Quijote estos pujos de hidalguía, de independencia, del alma española. También pintó en Sancho otro pedazo del alma española; pero ni aun el Sancho de Cervantes es comilón ni avariento, como el del falso Quijote de Avellaneda. Si le ponen buena mesa, aprovéchase de ella; si le aposentan en el palacio de un Gobernador, se ensancha y se acomoda; si le dan la vaquilla, corre con la soguilla; pero ni por la vaquilla ni por los haberes del mundo ni por mucho menos, pasa por lo que no le peta ni le viene a cuento. Los Sanchos a lo Avellaneda, los Tacaños y avaros, búsquense fuera de España; el Tacaño de Quevedo, que es el Tacaño y buscón español, no es de esa laya; de él se dijo que los dineros del sacristán, cantando se vienen, cantando se van. Vivir a sus anchas con el menor trabajo posible: tal es el buscón que se da por estas tierras. Don Quijote es gran filósofo; la alteza de sus pensamientos no puede ponerse en duda. No es menos filósofo Sancho Panza y filósofo es el buscón español. La filosofía de estos personajes, que es la filosofía de los españoles, puede así formularse.

Vivir hecho un azacán, puesta la mira en la felicidad, es pasarse la vida caminando para no lograr jamás el fin. El uno pegado al mostrador, el otro al bufete, trabajan toda la semana para holgar tan sólo el domingo. Yo sé convertir en domingos todos los días de la semana: contentándome con poco, me queda todo el tiempo para holgar. En vez de pasarse la vida caminando en busca de la felicidad, de un vuelo me planto en ella y me ahorro el camino. ¿Para qué quiere acrecentar más

y más el banquero sus caudales? Para dejárselos a otro. El que venga atrás que arree. Si con media hora de trabajo soy feliz las veintitrés y media del día, soy más filósofo que el que se mata doce horas, para ser feliz las otras doce, y esas dormido, porque la filosofía consiste en acomodar los medios al fin, y yo lo logro antes y con más sencillos medios. Así filosofa el español. Por eso le veréis pobre, pero contento, bailando, y más alegre que unas sonajas, sin pensar en el día de mañana: bástale a cada día su daño.

No es que yo quiera ensalzar semejante filosofía; pero es una filosofía harto filosófica, y la encomiaron los más agudos ingenios de la antigüedad. Hay en este proceder algo de grandioso, de digno, en no quererse abatir a nadie, ni siquiera al trabajo, por una felicidad que pende de nosotros mismos, en poner coto a los deseos, en saberse contentar con poco por no estar al servicio de nadie y ser dueño de sí.

Por este camino hoy día un pueblo no puede llegar a ser grande, porque la grandeza de los pueblos hoy día pende de la riqueza, y por consiguiente, del trabajo. Epocas hubo en que pendía del valor personal, del desprecio de la vida, del espíritu aventurero, vagamundo, buscón y quijotesco: entonces pudo ser grande España.

Ello pasó. Hoy por hoy el trabajo y el ahorro es el que engrandece a los pueblos: ved por qué mientras el alma nacional no entre por estos nuevos derroteros, no será grande. Necesitamos enaltecer y dignificar el trabajo, desavillanarlo en nuestro concepto, persuadirnos de que se puede trabajar sin rebajar la propia dignidad. Dificultosa tarea. El pueblo español no dará genios soñadores de fantásticas filosofías; pero es tan hondo filósofo, que cree que todo aquel que presto se enriquece es porque transige con su honradez, y que el comercio lleva aparejada la codicia y el ladronicio en mayor o menor grado. No sé si estará en lo cierto; acaso no ande muy lejos de la verdad. Tampoco me empeñaré en sostener que el español sea incapaz de tomar o quedarse con lo ajeno: es buscón y bas-

ta. Pero una cosa es hacerlo una vez, dos, todos los días, a todas horas, si queréis, sobre todo con arte y con maña, y la artimaña ya es un linaje de trabajo que merece premiarse, y otra cosa es tomarlo de oficio y de asiento.

No seguiré en este enredado problema. Voy a salir al paso al que hace rato acaso esté reponiéndome a cuanto estoy discurriendo. ¿Y todo eso, qué con la incapacidad de los españoles para la ciencia y la filosofía? Cabalmente, si no trabaja el español, dispondrá de más vagar para estas ocupaciones elevadas. No haré hincapié en que los buscones y pícaros de nuestra literatura, pintura del pueblo español, se pasaban los días filosofando y devanándose los sesos y aguzando el ingenio para vivir sin trabajar, que no es menuda filosofía. Pero, me diréis, ¿y la filosofía honda, especulativa, de la cual tratamos? ¿Y la ciencia?

Ya vimos cómo los pueblos grandes lo son en todo, y en todo lo son los pueblos empequeñecidos. No salgamos de nuestro tiempo. En Alemania desde que nacen hallan el ingenio y el talento terreno bien mullido en que desenvolverse, maestros que le encaminen, émulos que le estimulen, público que le entienda y le aplauda. Llegado con todo esto a sazón, compone el sabio un libro y halla compradores, abre escuela y le acuden discípulos: puede vivir como sabio y como hombre; su saber le trae a casa honra y provecho. Suponed que en España nace un Kant. Nadie habla de filosofía ni hay libros más que de filosofía ramplona, que caigan en sus manos. Suponed que contra viento y marea ese Kant español lee, estudia, quiere entregarse a la filosofía. Sus padres, sus amigos, sus maestros, todos son a decirle: Por ahí no se va a ninguna parte, con eso no se come en España. Pero nuestro Kant sigue en sus trece y se hace un sabio... ¡que no gana para comer! Supongamos que le baste el aire para alimentarse y que sin maestros ni libros logra en cuarenta años, a fuerza de pensar, lo que en Alemania con libros y maestros hubiera logrado en diez. Con todo su bagaje filosófico no sacará plaza en unas oposiciones, si no se dedica a otras

filosofías más rastreras e intrigadoras: a cultivar los servicios de algún político hasta que halle padrino. Entretanto, se le desvanecieron todas sus filosofías; pero si es filósofo de veras, no sabrá dar un paso por estos caminos torcidos.

Quiere publicar una obra. Nadie la entiende, nadie se la compra.

Después de todo esto, digan esos jóvenes de hermosas esperanzas, bien que algo menguados de experiencia, que los españoles no somos capaces de ciencia ni filosofía. Extráñense de que no haya en España de esos que ellos llaman genios. Eso es pedir que en Alemania haya grandes toreros y bailadores de peteneras.

He terminado, y sólo me quedan cuatro palabras, que no serían necesarias para los discretos; pero que harán al caso, por si en auditorio tan culto y entendido hubiera alguien a quien no hubiesen sonado del todo bien algunos de mis conceptos. Ni hoy ni nunca he pretendido rebajar la ciencia extranjera, ni siquiera trazar de puros soñadores a los filósofos de otras tierras, a esos filósofos que algunos creen han faltado en España, y que, a la verdad, en España no han sido muchos, porque tampoco fueron muchos en ninguna otra nación. Todos ellos han traído algún gran pensamiento, y, si no nuevo, lo han sabido vestir tan galanamente, y exponer por tan nuevas y sinceras maneras, que con razón se lo atribuímos como propio y muy suyo; fuera de esto, los más han sido, más que filósofos, grandes artistas del pensamiento y de la palabra. Han maravillado al mundo; pero la prueba de mi aserto está en lo caedizo y efímero de sus teorías, que sólo han brillado hasta que ha aparecido otro que con los nuevos resplandores de otra nueva fantasía, las dejó en la sombra. Fueron, pues, fantasías, sueños elegantísimos de la palabra y del pensamiento, con algún cabo suelto de verdad, pero sin verdad maciza y duradera en el fondo, ya que ese fondo se desvaneció tan presto; y la verdad, señores, no se desvanece nunca, porque es eterna.

Tampoco he pretendido que nuestro saber español sea tal, que no necesitemos del saber extraño. El saber no tiene nacionalidad; es de todo el linaje humano. Ni menos he soñado nunca con que no conviene vayamos a Alemania y otras tierras a aprender lo que nos falta. Lo poco que a mí se me alcanza en mis estudios filológicos lo debo a la filología alemana; y si pretendiera negarlo, mi pequeña biblioteca me desmentiría. Que hoy somos bien poca cosa en ciencia y filosofía, soy uno de los que lo lamentan en público y en privado.

Pero no se nos diga que somos incapaces los españoles de ciencia y de filosofía, y que jamás en España brilló el saber ni hubo grandes y excelentes ingenios. Cada época los lleva a su manera. Los pensadores de nuestros buenos tiempos no pudieron ser, claro está, hegelianos ni kantianos; tampoco había kantianos ni hegelianos por aquel entonces en toda Alemania. Que los nuestros no metieron tanto estruendo como los que hoy brillan, que no hicieron escuela... Cada nación es como Dios la hizo. Jamás los españoles seremos tan excelentes pregoneros de nuestras cosas como son los franceses, ni sabremos montar un escaparate con la gracia y donaire que ellos; ni tendremos la docilidad de agruparnos en escuelas bajo la férula de los grandes maestros, como la tienen los alemanes. Somos demasiado engreídos para pregonar tan ahincadamente nuestras cosas, y presto nos parece que hacemos el payaso, y el pasar por payasos y cómicos no es cosa por la cual el español, demasiado perspicaz y grave, haya querido nunca pasar. Nuestro natural independiente, nuestra personalidad, tampoco nos deja someternos a la férula de nadie. Esas dos cualidades, saber vender lo propio y saberse someter, son necesarias en el mundo; pero no las tenemos en el grado que otras gentes. Aquí siempre se dijo que «el buen paño en el arca se vende», y que «cada maestrillo (no cada gran maestro solamente) tiene su librillo».

Cuanto a la ciencia, en nuestra edad de oro no la había en ninguna parte, y no hay razón para achacarnos el que no la

tuviésemos nosotros. En estos tiempos de ciencia, mal la íbamos a tener, no teniendo nada ni siendo nada en el coro de las grandes naciones. Cuando seamos algo, tendremos ciencia.

Profetizar que nunca valdremos otra vez para nada, que no seremos gran nación y, por el consiguiente, que no tendremos todas las adehalas consiguientes de ciencia, arte, ingenio, etc., etcétera, eso no me toca a mí; quédese para ciertos jóvenes de buenas esperanzas, que revestidos por el soplo divinatorio, que cierto no les viene de la Musa de la Historia, han tomado a su cargo pregonarlo por todas partes. Digan, pues, a voz en cuello que nunca seremos nada, comprobándolo con decir que nunca fuimos algo. Negándoles redondamente esto segundo con la Historia abierta en la mano, nos permitirán que movamos la cabeza cuanto a lo primero, ya que no nos dejen hablar o ensordezcan nuestra voz con su juvenil gritería, y hasta de un puntapié nos echen de la mano al suelo y a coces pisoteen nuestra Historia.

JULIO CEJADOR

BEATRIZ DE ARAGON, REINA DE HUNGRIA

(1457-1508)

IV

Las relaciones entre la corte real y la antigua patria de Beatriz no eran menos frecuentes en el dominio de las artes que en el de las ciencias; aquí también se pueden dar datos positivos sobre la acción personal de la reina en este movimiento de las inteligencias, y, sin embargo, los aduladores contemporáneos, sus enemigos y la posteridad le han atribuído casi todo el mérito de lo que se hizo en aquella época para aclimatar en Hungría el arte italiano, llamando a los artistas de este país (1).

En lo que concierne a los trabajos ejecutados por Matías en el palacio real de Buda, así como a la arquitectura exterior e interior del castillo por aquella época, los testimonios contemporáneos permiten afirmar, con certeza casi absoluta, que Matías empezó la transformación del «palacio antiguo»; que hizo adornar con triglifos la fachada no concluída del palacio de Segismundo, llamado el «palacio nuevo»; que la puerta y el patio interior estaban ornados de numerosas estatuas, y que el patio estaba rodeado de arcadas, como se ven en los palacios italianos de la época. De este patio se pasaba al piso, por una hermosa puerta de bronce, abierta en mármol y adornada de bajorrelieves que representaban los doce trabajos de Hércules. Como el dintel llevaba grabada una inscripción ditirámbica de Bonfin, hay fundado motivo para suponer que esta entrada no se concluyó hasta la llegada de aquél en 1486. La doble rampa era de mármol rojo y adornada con candelabros de bronce; en el piso, un largo y ancho corredor con revesti-

(1) Notas de Nicolás Olah en Bel (*Notitiae*, etc.), pág. 236.

miento de mármol daba acceso a numerosas salas de diverso tamaño, cuyas puertas y ventanas tenían también marcos marmóreos; el piso era de mosaicos; el techo, abovedado o con artesonados esculpidos o dorados; en varias salas, una representación del firmamento servía de decoración al piso. La famosa biblioteca se componía de dos salas contiguas, con un salón de espera o vestíbulo común en forma de hemiciclo; tenía vidrieras pintadas y una magnífica vista sobre el Danubio (1).

Las dependencias del castillo real descendían por tres partes hasta el pie de la colina, y ocupaban incluso los terrenos adyacentes; las cocheras estaban a orillas del Danubio; en donde está actualmente el barrio de Buda, la Krisztinavaros, Matías había hecho edificar, a lo que parece, un palacio de verano, «aula marmórea», de estilo griego con columnas en canalones de mármol; el piso era de mosaico, y la puerta recordaba un arco de triunfo romano: de todas estas construcciones no quedaban ya restos en la segunda mitad del siglo XVII, como lo demuestran los grabados de la época. El Raczfurdo (Termas de los Rascianos) estaba unido al castillo por un pórtico (2), desde la iglesia de Nuestra Señora, dentro de la fortaleza, cuya torre se terminó en 1470, una escalera de piedra al descubierto llegaba hasta la playa del Danubio (3). Además de esta iglesia parroquial, en donde se celebró el matrimonio de Matías, y la capilla del palacio dedicada a San Juan el Limosnero, había en Buda otras tres iglesias a las que Beatriz iba a hacer sus devociones: una era la de los frailes dominicos, situada con el convento, en las inmediaciones de la iglesia de Nuestra Señora; todavía está en pie la torre; la segunda era la

(1) V. Csanki: *La corte del rey Matías* (hung. Szazadok, pág. 767 y siguientes). Federico Riedel: *Las grandes líneas de la literatura magiar* (en hung). Budapesti Szemle (*Revista de Budapest*) Noviembre, 1893.

(2) Eug. Müntz: *El Renacimiento en Oriente*, artículo publicado en la *Gazette des Beaux-Arts*, t. XIII, pág. 11.

(3) Galeotti, o. c., cap. XXXI.

iglesia de los franciscanos, consagrada a San Juan Evangelista, en el lugar ocupado hoy por el teatro del Castillo; la tercera era la iglesia de San Segismundo, construída por el rey Segismundo, en el lado Norte de la plaza de San Jorge, en donde Matías hizo inhumar a su primera mujer Catalina Podjetrad.

Hemos dicho que Beatriz había hecho edificar en el Antiguo Buda; poseemos a este respecto, no solamente el testimonio de Bonfin, sino que sabemos también que el arzobispo Hipólito de Este proporcionó para estas construcciones 42 barcadas de piedras de sus canteras de Sikkó y de Tardos, situadas en el comitado de Komaron (1). Estos trabajos tenían, sin duda, por objeto la terminación y la ornamentación del castillo de la reina, en el que Beatriz pasó más adelante algunas temporadas. Tal vez de este palacio proceda un fragmento arquitectónico que hay en el Museo Nacional, y que no lleva más que las armas de Aragón. Matías se sirvió también, en 1483, con autorización del Papa, de las columnas de la iglesia derrumbada de Feheregyhaza para la construcción de la hermosa iglesia del Antiguo Buda (2).

El palacio de verano, con columnata de mármol de la Krisztimavaros, estaba rodeado de un magnífico jardín, dibujado probablemente por artistas venidos de Italia. Céspedes llenos de violetas, paseos de árboles, viveros, grutas escondidas, laberintos que ofrecían a la vista placeres variados; había también vastas pajareras, y los reyes podían cenar, como en Nápoles, en medio de la Naturaleza grata, en los balcones o en comedores de cristales. Pero Matías tenía también un jardín cerca de Pest, en la orilla izquierda del río, y otro en Buda cerca de los depósitos de sal; en fin, las montañas próximas cubiertas de espesos bosques constituían un magnífico coto de caza (3).

(1) Barón Albert Nyary: *Los manuscritos de Hipólito de Módena* (Sazadok), 1874, pág. 3.

(2) Ransanus: *Epitome,* edic. Schwandtner, pág. 417-418. *Cartas del rey Matías*, II, pág. 253.

(3) V. Bonfín y Csaki, pasajes citados.

Entre los sitios de recreo que el rey poseía en los alrededores de Buda, había uno que aventajaba a todos los otros en belleza y esplendor: es el castillo de Visegrad, en alemán Plintemburgo, tal como Matías lo había transformado para su uso, sirviéndose de las construcciones hechas por sus antepasados y guiado, sin duda, por el gusto de Beatriz y el saber de los artistas italianos. Este castillo, construído a orilla del agua al pie de la fortaleza, estaba adosado a una colina frondosísima; los terrados y los jardines colgantes que se extendían a lo lejos daban vista al Danubio; el patio principal, plantado de hermosos tilos, estaba embalsamado por el perfume de las flores de los jardines, y adornado con una fuente monumental de mármol rojo, en donde el agua brotaba de las estatuas del Amor y de las Musas. Allí comían los reyes en verano oyendo el murmurio del agua; allí incluso recibían a las diputaciones. No solamente los historiadores cortesanos, sino los embajadores extranjeros, hablan, con la mayor admiración, de aquella residencia de verano, a la que Matías iba hasta en invierno. El obispo de Castellx, legado del Papa, fecha uno de sus despachos «en Visegrado, paradiso terrestris» (1); otro embajador la compara con el edificio más hermoso de París (2); en el siglo XVI, cuando estaba ya en ruinas, el arzobispo Nicolás Olah habla todavía de ella con admiración (3), y ya no se ven restos en los grabados del siglo XVIII.

Los embajadores elogian también el palacio de Matías en Pozsony (Presburgo), nombre por el que hay que entender probablemente el castillo actual, aunque el rey poseía también una vivienda en la ciudad (4). Como más adelante veremos, Matías mandó hacer numerosas construcciones en Viena, des-

(1) Stephanus Katona: *Historia crítica Regum Hungariae stirpis mixtae*, Buda, 1793, IX, pág. 522.

(2) Bel: *Notitiae*, etc., pág. 11.

(3) Bel: *Notitiae*, etc., pág. 487 y sig.

(4) Ortvay: *Historia de la ciudad de Pozsony* (en húngaro). T. II, primera parte, pág. 296 y sig.

pués de la toma de esta ciudad. Bonfin cita además como residencias reales Komasom y Tata, notable esta última por su lago de «siete mil pasos de vuelta», que toma las aguas de los valles destinadas a mover los molinos, y en donde se crían miles de carpas y de barbos, mientras que el parque que le rodea es teatro de las hazañas cigenéticas de la corte. Había también vastos palacios en Komarom; en el puerto de esta ciudad sobre el Danubio estacionaba la galera de honor, llamada el Bucentauro, a imitación de Venecia y de Ferrara (1). Esta nave, suntuosamente alhajada y dividida en departamentos, servía para los paseos de los reyes por el Danubio.

Entre las construcciones de iglesias de Matías, su cronista alaba sobre todo la basílica de Szekesfehervar (Alba Real), que el rey quería reconstruír sobre un nuevo plano, pero que dejó sin terminar. En Pozsony, el coro de la catedral es obra suya; también hizo edificar la torre Sur de la catedral de Kassa, no terminada, que lleva en dos sitios esculpidas las armas reales, y las «escaleras del rey» que conducen al oratorio real. Como Beatriz pasó varias temporadas en Kassa, es de suponer—aunque no tengamos la prueba escrita—que la reina no fue ajena a estas construcciones, aunque no sean de estilo italiano, sino ojival. Por orden de ella se construyó en 1488, en Selmeczbanya, cerca del Ayuntamiento, la capilla de Santa Ana, a la que el municipio iba a oír misa; pero demolida esta iglesia en el siglo XVIII, solamente indica el lugar en que se alzaba una estatua de Santa Ana (2).

Matías y Beatriz no debieron de encontrar en el país arquitectos capaces de la ejecución de estos trabajos. El célebre arquitecto y escultor Juan Duknović, que estuvo, esto no ofrece duda alguna, al servicio de Matías, era de Trau en Dalmacia,

(1) Había en Ferrara un «Bucintoro mezzano», y un «Bucintoro piccolo»; Archivos de Módena, Cam. Duc. Casa Administrativa, etc., páginas 139 y 140.

(2) Orden de Beatriz, de fecha 20 de Agosto de 1488, en los Archivos de la ciudad de Selmeczbanya.

y, como tal, probablemente súbdito de Matías; pero se formó en Italia, y se sabe que antes de venir a nuestro país había trabajado allí con el nombre de Giovanni «Dalmata» (1). Cada vez hay más dudas sobre la existencia del otro «dálmata», llamado Jacobo de Trau, y es cada vez más probable que tal distinción sea un error. Entre los arquitectos italianos a quien Matías confió trabajos, citaremos, con arreglo a Giorgio Vasari, el eminente historiador del renacimiento de las artes en en Italia, a Baccio y Francesco Cellini, los tíos de Benvenuto Cellini (2), y Chimenti di Lionardo Camisia; todos eran florentinos y, al mismo tiempo, ebanistas, oficio que los arquitectos de la época ejercían a veces concurrentemente con su arte, lo mismo que los escultores de entonces hacían de orfevres. Por desgracia, no sabemos nada de los trabajos que los encargaron.

El más famoso de los artistas italianos ocupados por Matías y Beatriz fue Benedetto da Majaux, que empezó su carrera como ebanista, la continuó como escultor, la terminó como arquitecto, y demostró en las tres cosas un gusto refinado y un superior talento. No sabemos cuándo y cuántas veces fué Benedetto a Hungría; pero el hecho de que el rey de Nápoles—probablemente por recomendación de Beatriz—le tomase en 1488 a su servicio con su tío Juliano y le confiase varios encargos importantes (3), nos autoriza a pensar que si los trabajos de ebanista que ejecutó en nuestro país datan de su juventud, estuvo también en relaciones con la corte de Hungría después de la llegada de Beatriz. Algunas de las esculturas que hizo en Italia recuerdan algo las figuras en relieve del

(1) V. la obra citada de Fabriczy.

(2) G. Vasari: *Vite dei più eccellenti pittori, scultori ed architecti*, 1771, II, pág. 294.

(3) Erasmo Percopo: *Nuovi documenti su gli scrittori e gli artisti dei tempi aragonesi*. Arch, Stor. Napol., año 1895, págs. 327 y 328. Fabriczy: *Der Triumphbogen Alfonso 's* I, etc. Jahrbuch der preus. Kunsts, 1899, página 28.

retablo de marfil, que fue propiedad de Matías y que ahora está en el Louvre. Las figuras que adornan el copón de mármol del altar mayor de la iglesia de San Domenico, en Siena, tienen un parecido saliente con algunas obras de arte encargadas por Matías, en particular la peana del crucifijo que sirve de relicario, llamado Calvario Corvino. No sabemos con exactitud los trabajos que Benedetto ejecutó en nuestro país; en general, parece que pesa una fatalidad sobre los monumentos de esa época; o nos encontramos en la imposibilidad casi absoluta de señalar una sola obra auténtica de los artistas que sabemos que estuvieron al servicio de la corte de Hungría, o no podemos dar los nombres de los maestros a quienes debemos los raros monumentos que nos quedan de la tal época.

Creemos que Benedetto trabajó en el palacio de Buda; tal vez hizo algunas estatuas, tal vez le debamos las esculturas de los montantes de las puertas, de los marcos de las ventanas en mármol, de que poseemos algunos fragmentos; el palacio del Gobierno en Florencia, ofrece bellas muestras de este género de trabajo, debidas al cincel de aquél artista; las fuentes, los altares y los tabernáculos destruídos de Buda y de Visegrad son tal vez igualmente suyos. Es todavía posible que sea Giovanni Dalmata el que fundió en bronce las otras estatuas del castillo de Buda de que habla Bonfin, tales como la estatua de Hércules, la Minerva, los dos guerreros guardianes de la puerta y, según algunos, las de Diana y Apolo; estas estatuas, o por lo menos algunas, fueron llevadas a Constantinopla, cuando la toma de Buda por los turcos y colocadas en el antiguo hipódromo, de donde desaparecieron en el transcurso mismo del siglox VI (1). Es lo cierto que Juan de Traun o Giovanni Dalmata, citado antes, y que ha dejado obras notables en Roma y Ancona, era el artista favorito de Matías, que le ocupó de una manera constante en Buda y en Visegrad, desde 1480 hasta el final de su reinado; le confirió la nobleza y le regaló una

(1) Fred. Rield., o. c. (*Budapesti Szemle*, Noviembre 1893.)

tierra, cuya propiedad era, a lo que parece, objeto de un litigio. Habiéndole arrebatado a la fuerza este dominio el prior de Aurana, tuvo que volver a buscar trabajo a Italia cuando murió Matías. Mientras tanto, los alumnos formados en su escuela continuaron trabajando en la Alta Hungría (1). Dalmata mantenía relaciones con su compatriota, de más edad que él, Francesco Laurana, y como hemos visto que este último había hecho de Beatriz varios retratos de soltera, es muy admisible que fuera a Hungría, que trabajara para la corte con Dalmata, y que fuese allí donde ejecutara los retratos de ulterior época (2).

Sabemos que Andrea del Verrocchic, el ilustre pintor y escultor florentino, envió a Matías, por mediación de Lorenzo de Médicis, dos figuras de bronce en relieve, representando la una a Alejandro el Magno, y la otra a Darío, ambos con casco y coraza. Vasari refiere que el maestro florentino mandó en 1488 a Buda un hombre de confianza para cobrar el dinero que el rey le debía (3). Es muy probable que sean también del Verrocchio (4) las dos figuras de mármol en relieve del Museo de Berlín, de las que la una representa a Matías bajo los rasgos idealizados de un joven héroe griego o romano, y la otra a Beatriz, muy poco favorecida y muy poco parecida, con facciones de niña. En cambio, no se conoce al autor del bajorrelieve de mármol blanco sobre fondo de jaspe que, con su pareja, el retrato de Matías, hecho de la misma materia, ha pasado de las colecciones del castillo de Ambras del Tirol al Museo de la corte de Viena. Estos retratos son indudablemente obra de uno o varios artistas italianos, pero no sabemos exactamente cuáles (5).

(1) Tubero: o. c., págs. 163 y 164. Fabriczy, pasaje citadb.

(2) W. Rolfs: pasaje citado.

(3) Munta: Articulo de la *Gazette des Beaux-Arts*, pág. 108. Vasari, obra citada, II, pág. 463.

(4) Welh. Boda se las atribuye.

(5) W. Rolfs (o. c., pág. 335) atribuye el retrato de Beatriz a Giovan-

En todo caso, estos relieves debieron de ser ejecutados hacia el final del reinado de Matías—si no después de su muerte,—porque representan al rey de edad avanzada y a la reina con una gordura que no se ve sino en las miniaturas de los manuscritos posteriores a 1480; y como la medalla de Beatriz, grabada durante su viudez, es la que más se parece al retrato, nos inclinamos a dar la razón a los críticos de arte, en lo que concierne a la fecha atribuída a esta obra. Lo que choca todavía es que Matías—aunque vestido a la italiana—lleva un cuello muy abierto por delante, como no se ve en los retratos del Quattrocento, y como los italianos no empezaron a llevar hasta fines del siglo XV (1).

Hemos hablado de la medalla de Beatriz. El Renacimiento puso de moda en Italia la acuñación de medallas, y nuestras primeras medallas húngaras que representan a Matías y Beatriz no fueron hechas en Hungría, porque hasta 1508 no salieron de la Casa de la Moneda de Kormczbanya sino monedas de dinero. La medalla de Beatriz es probablemente obra de Christoforo Romano (2), y debió de grabarse en 1507, lo que se puede deducir del notable parecido que tiene con la que este artista hizo entonces de Isabel de Aragón, viuda de Galeazzo Sforza, y del hecho de que Beatriz se encontraba también en Nápoles por aquel tiempo. Si la medalla quedó por terminar, puesto que carece de reverso, hay que atribuirlo a la muerte de la reina, ocurrida, como se sabe, en 1508 (3).

---

ni Dalmata, opinión compartida por Ad. Venturi (*L'Arte*, 1907; fasc. IV), así como Fabriczy, que afirma resueltamente que estos retratos de Beatriz y de Matías son de diversos artistas, y que el de Matías fue ejecutado en una época posterior para hacer juego al otro. También este es el parecer de Cornelio Divald (o. c., pág. 147).

(1) Ivan Lermolieff: *Kunsthist. Stud. üb, étal, Malerei: Die Gallerie zu Berlín.* Leipzig, 1893, pág. 217.

(2) Esta es la opinión formal de Fabriczy.

(3) Véase el artículo de José Hampel en el *Boletín de Arqueología* (Arch. Ertesitó), año 1886, pág. 225 y sigs., y el de Edmundo Gohl, ibid, página 428. Hay dos ejemplares de valor diferente en el Museo Nacional Húngaro.

Las miniaturas de los manuscritos de la Corvina, hechas en Italia, son todo lo que subsiste hoy de las relaciones que Matías y Beatriz mantuvieron con los pintores italianos contemporáneos. Sin embargo, sabemos que el duque de Milán prometió a Matías una madona de Leonardo; pero el cuadro no estaba terminado a la muerte de Matías; sabemos que Filippo Lippi y Berto Linaiulo (1), a quien después se ha identificado con el misterioso Amico di Sandro Botticelli, recibieron encargos de Matías; que el pintor Florentino Visino (2) y, según toda verosimilitud, el ferrarense Ercole Roberti—este último quizá acompañando a Hipólito de Este,—pasaron temporadas en Hungría (3). Puede que sea Roberti el que pintó los retratos de Alfonso e Hipólito de Este, que el duque de Ferrara envió como regalo a Matías y Beatriz (4).

Durante su segundo matrimonio, la bibliomanía de Matías alcanzó su punto culminante. El rey no se interesaba en los productos aún muy primitivos de la imprenta que acababa de ser inventada; no tenía gusto sino por los manuscritos en pergamino, ornados de pinturas artísticas y ricamente encuadernados, de los que era el mayor aficionado y el mayor coleccionador de Europa; de suerte que el célebre miniaturista florentino Attavante (5) hubo de trabajar durante los últimos años de Matías casi exclusivamente para el rey y para Beatriz,

---

(1) Vasari, o. c., II, pág. 294.

(2) Vasari, III, pág. 125.

(3) Adolfo Venturi: *Los cuadros italianos de la Galería de Budapest*, *Boletín de Arqueología* (Arch. Est.), fasc. de Noviembre, 1900.

(4) Informe del embajador Ces. Valentini: *Mon. Hist. Hung.* (Dipl. Eml.), III, pág. 150.

(5) Parece que Attavante fue a Hungría en tiempos de Beatriz; tenemos por lo menos la prueba de que un burgués de Florencia de aquel nombre estuvo para asuntos en Hungría. Despacho del embajor Dom. Giugni de 8 de Agosto de 1477. (Archivos de Estado de Florencia), y carta de la Señoría de Florencia a Matías, fechada el 19 de Julio de 1480. (Ibid. Signori, *Cart. Miss.*, leg. 46, cap. 91.)

la cual le hacía de vez en cuando encargos particulares, y le pagó una vez 318 ducados. Se pueden calcular en 30.000 florines de oro las sumas empleadas anualmente por la corte de Hungría en copias de libros y en su ornamentación artística (1).

Entre los manuscritos de la Corvina que se refieren a Beatriz, hemos ya citado el primero por orden cronológico, el manuscrito de Parma que contiene la traducción latina del Memorial de Diómedes Carafa. Los otros de que tenemos conocimiento son todos ellos de 1480 a 1490.

El misal de la Corvina conservado en la Biblioteca Real de Bruselas es indudablemente obra de Attavante, y fecha de 1485-87; es tal vez, desde el punto de vista de la belleza de las iluminaciones, el más notable de todos los Corvina. El retrato de Beatriz se encuentra dos veces: uno en medallón en el borde, en forma de pilastra, de una viñeta; el otro, entre los adornos de un pie de página, parece haber sido copiado de una moneda de oro, y ofrece más parecido que el anterior con los otros retratos de la reina (2).

El manuscrito *Didimus*, antaño en el colegio romano, ahora en lugar desconocido, se hizo en Florencia en 1488; no es obra de Attavante, sino probablemente de Francesco del Chiérico. Las miniaturas son notables desde el punto de vista artístico; en la segunda página se ve a Matías y Beatriz, arrodillados frente a frente, entre dos pilares ricamente adornados a estilo del Renacimiento. Beatriz lleva un largo ropaje azul claro; tiene las manos puestas para orar, el pelo en cren-

(1) M. Bel: *Notitiae*, etc., pág. 205. Miguel Horvath: *Almanaque hist.* (Tort Zsebk), pág. 68. Csanki: *La corte del rey Matías* (Szazadok, 1883), página 567.

(2) Véase a este propósito el estudio de Juan Csontosri: «Los retratos de Matías y de Beatriz en los manuscritos de la Corvina» (en húng.). Tirada aparte del Arch. Est. 1888, pág. 7 y siguientes.

chas, en la cabeza una corona abierta y ante ella una rosa. Su rostro se parece a la figura en relieve de Ambras (1).

Ya hemos citado la traducción de Agatías por Christóforo Persona, dedicada a Beatriz, y que se encuentra en la Biblioteca de la corte de Viena. El libro lleva en frontispicio un busto de Beatriz coronado de laurel.

Citemos todavía de las obras de Attavante el precioso breviario de la Corvina, que no pudo terminarse en vida de Matías y que se encuentra en la Biblioteca del Vaticano. Una de las 1.200 páginas, ricamente ornadas de dibujos, representa al apóstol San Pablo en actitud de predicar; el último término es probablemente la ciudad de Roma. Al frente de los oyentes arrodillados ante el Apóstol, se ve a Matías sentado en un trono con un adolescente, figurando un genio a su derecha. A su izquierda se ve a Beatriz de rodillas, con las manos juntas, la corona puesta en el trono que está detrás. Sus facciones ofrecen poco parecido con las de los retratos en relieve y de la medalla; pero las formas del cuerpo concuerdan con los retratos que datan de una época posterior.

Al mismo artista es debido el manuscrito Hieronginus, antes en Viena, ahora en el Museo Nacional, que contiene el retrato de perfil de la reina, en forma de medallón.

La biblioteca ducal de Wolfenbüttel posee también dos manuscritos procedentes de la Corvina con retratos de Beatriz, intercalados igualmente en forma de medallón en los adornos marginales.

El manuscrito de la Biblioteca de la corte de Viena, que

(1) A pesar de todos mis esfuerzos, no he podido descubrir el lugar en donde se encuentra actualmente este manuscrito, cuyo título completo es: *Didini Alexandrini de Spiritu Sancto et Grilli Alexandrini Opera;* sus propietarios debieron esconderle cuando la laicización del Colegio romano, y no se ha vuelto a encontrar. La descripción hecha por Floris Romer y el *Album de los Corvina*, de Roma, publicado bajo los auspicios del episcopado húngaro, son los que nos proporcionan los datos más circunstanciados respecto a este manuscrito.

contiene el *Symposion Trimeron*, de Bonfin, varias veces mencionado, lleva no solamente las armas y los emblemas reales de Beatriz, sino su retrato en miniatura puesto en una inicial; el libro es probablemente el manuscrito original de Bonfin; pero las iluminaciones son muy primitivas, y no deben de estar hechas en Italia. En cambio, reconócese la mano de un artista en las miniaturas del manuscrito de la Biblioteca de la corte de Viena, titulado *Joannes Regiomontanus in Ptolomaeum*, el cual, a juzgar por las armas combinadas de los Corvino y de los Aragón, debió de pertenecer a Beatriz; sin embargo, las figuras simbólicas de mujeres no pueden considerarse como retratos de la reina.

Puede también justificadamente considerarse como perteneciente a Beatriz el libro de Horas, de la Biblioteca de los Benedictinos de Molk, que lleva en frontispicio, en un marco bellísimo, las armas de Aragón sin corona; este libro contiene salmos y las principales oraciones del culto de la Virgen; su texto indica que fue escrito para una mujer (1).

El manuscrito Rausanus, del Museo Nacional húngaro, con los retratos de Matías y Beatriz y una dedicatoria al rey, había sido destinado primeramente a los reyes por su autor, el obispo Pietro Ranzano, del que ya hemos hablado. En esto, muertos Matías y Ranzano, uno de los parientes del autor lo dedicó a Tomás Bakocz, arzobispo de Esztergom, y sustituyó en el frontispicio las armas de Matías por las del Jagellon Ulaszló II, y las de Beatriz por las de Bakocz. La imagen que se ve en la parte superior del frontispicio, y que representa la recepción de Ranzano, es, en todo caso, del tiempo de Matías, tiene poco valor artístico, porque es, probablemente, de origen napolitano; pero es interesante desde el punto de vista histórico. Beatriz está sentada en un trono, al lado del rey, al que parece suplicar con la mirada, como si uniera su ruego al

(1) V. el art. de Csontosi: *El libro de horas de Beatriz* (en húng.), 1883, Magyar Könyvsszemle, pág. 377.

del embajador, lo que concuerda con la verdad histórica; porque se sabe que Fernando envió Ranzano a Matías para ganarle a los intereses de Beatriz en la cuestión de la sucesión al trono.

En fin, mencionaremos una vez más el libro de Philippus Bergomensis, dedicado a Beatriz, aunque no sea un Corvina, y la dedicatoria se hiciera después de la muerte de Matías. El grabado en madera del frontispicio representa al autor en hábito de dominico, tendiendo su obra a Beatriz, que está sentada en un trono.

Mientras que las artes plásticas de la arquitectura, de la escultura y de la pintura no eran cultivadas por nuestros compatriotas, no ocurría lo mismo con las artes industriales, bastante florecientes en Hungría, aunque los que las cultivaban fueran probablemente, en su mayoría, de origen extranjero. Por lo demás, los reglamentos de corporaciones dictados por Matías contribuyeron también al impulso de todos los géneros de industria (1).

La técnica del esmaltado de las joyas sobre todo, estaba muy adelantada. La Transilvania y las poblaciones mineras se distinguían particularmente en este terreno del arte. Hemos visto que Matías y Beatriz mandaron a Nápoles obras maestras de platería; según Bonfin, Matías regaló a Juan de Aragón un cáliz de oro y seis vasos de plata; a Francisco, una carroza laminada de plata, unas guarniciones de caballo de oro y una corona de laurel, probablemente también de metal precioso (2); Beatriz encargó a Kormoczbanya (3) una cruz pectoral para su sobrino Hipólito de Este; al llegar a Hungría y pasar por dicha población, la reina pudo apreciar la habilidad de sus joyeros. Después de su instalación, el joven arzobispo no encargó objetos de plata a Italia, sino a Buda, a Kormocz,

(1) Miguel Horvath: *Hist. de Hung.* (Magy. Tort), t. III, pág. 231.

(2) *Symp. Trim.*, pág. 236.

(3) Carta del embajador de 3 de Febrero de 1487. *Mon. Hist. Hung.* (Dipl. Eml.), III, pág. 256.

a Nagybanya; el inventario de los objetos de arte del arzobispado indica varios como de origen transilvaniano. Unas copas de bronce fueron fundidas para el intendente de Beatriz por un obrero de Korpona.

Al mismo tiempo que la industria del fundidor y del alfarero, la ebanistería, la escultura en madera, la cerrajería artística y hasta el bordado florecían en el país, como lo revelan objetos destinados al culto y que acusan ya la influencia naciente del Renacimiento italiano (1). Como monumento de la escultura en madera, que es indiscutiblemente de origen húngaro y en relación directa con la persona de Beatriz, mencionaremos la predela del altar *vir dolorum*, de la iglesia de Santiago de Locse, que es de estilo ojival, y muestra las armas de Matías y Beatriz ajustadas en motivos de ornamentación granítica ricamente esculpidas (2). También estas armas adornaban el altar mayor de la catedral de Pozsony, el cual fue construído precisamente en aquel tiempo, pero que fue trasladado en el transcurso del siglo XVIII y ha concluído por desmoronarse (3).

Pero el gusto del lujo y de lo bello, al desarrollarse cada vez más bajo la influencia del Renacimiento, al propagarse entre el pueblo, fomentó la importación de los artículos fabricados y el establecimiento de artífices extranjeros. Si, según Bonfin, los antiguos húngaros no gustaban del lujo y la pompa sino en sus trajes, en sus armas y en los arreos de sus caballos, la situación hubo de cambiar en tiempo de Matías, como lo revelan el valor y la magnificencia de los regalos que

---

(1) V. el artículo de Eugenio Radisics, t. II, pág. 328, en *Los monumentos históricos de Hungría* (Magyarorsz. tort. emlekei), obra publicada para la Exposición Nacional de 1900 (en húngaro).

(2) Cornelio Divald: *Monumentos de artes del Condado de Szepes* (en húngaro), II, pág. 62.

(3) Ch. Rimely: *Capitulum insign. Eccl. Colleg. Posoniensis*, etc. *Pozsony*, 1880, pág. 157.

Beatriz y Matías hacían a los enemigos cuyo favor querían granjearse, y a los amigos que querían conservar.

De Italia hacían venir la mayor parte de los artículos de lujo que Hungría no fabricaba, y Beatriz enviaba a buscarlos a sus agentes hasta a los lugares más alejados. Así se procuraba sedas, terciopelo, paños y otras telas, tapices, alfombras, muebles y vajillas de lujo, armas de valor, joyas (1). Las copas de cristal de Somogyvar y de Bartfa prueban que los productos artísticos de la manufactura de Murano penetraban hasta Hungría; gustaban en la corte esos trabajos de cristal, todavía raros en el país (2), así como los productos de la cerámica italiana, de colores tan vivos y fabricados en Ancona, en Urbieux y en la Romaña. Un día el embajador de Ferrara recuerda a su amo que no olvide los cristales y la loza entre los regalos que piensa hacer al rey y a la reina con motivo de la elevación de su hijo al arzobispado, porque estos objetos, dice, agradan más a sus majestades que si fuesen de plata (3). En 1480. Matías había hecho ya un encargo de vajilla a Faenza; tal vez en esta ocasión se cocieron los platos con las armas de Corvino y de Aragón, de los que el uno se encuentra ahora en el Museo Kensington, en Londres, y el otro en la Colección Gaillard, en París (4).

El mismo embajador de Ferrara escribe que la reina, después de comunicarle una noticia que debió agradar a la corte ducal, pidió bromeando una recompensa en forma de tenedores y cuchillos dorados de Módena, de los que tenía gran deseo; el embajador añade que Hipólito haría bien en traer de regalo al rey armas plateadas, lanzas, dagas, yataganes (5).

---

(1) Csanki, o. c.

(2) Barón Alberto Nyary: «El manuscrito de Hipólito en Módena» (en húngaro). *Szazadok*, año 1872, pág. 355.

(3) *Mon. Hist. Hung.* (Dipl. Eml.) III, págs. 151 y 171.

(4) *Mon. Hist. Hung.* (Dipl. Eml.), III, pág. 189.

(5) *Mon. Hist. Hung.* (Dipl. Eml.), III, pág. 199.

Solamente el mobiliario del palacio real proporcionaba la ocasión de encargar todo lo más delicado que podía producir el arte industrial, y ocupar a artistas extranjeros, sobre todo italianos. Los cronistas contemporáneos y las cartas de los embajadores hablan del gusto artístico que revelaban los artesonados de las salas, las chimeneas, los muebles, los juguetes, y el legado del Papa se asombraba un día de la cantidad de vajilla de oro y plata, de perlas, de pedrerías, de trajes bordados y de tapices que constituían el tesoro del rey (1).

De todos estos tesoros de arte que rodeaban a Matías y Beatriz en sus palacios, se han conservado muy pocos; pero lo que se conoce hoy fue probablemente hecho en la patria de Beatriz. Consérvase, en el rico tesoro de la catedral de Ezstergom, el crucifijo que servía de relicario, de oro macizo e incrustado de piedras preciosas, llamado el «Calvario Corvino», que ha suscitado toda una literatura sin que los críticos de arte hayan podido ponerse de acuerdo sobre la procedencia de este objeto. Parece, sin embargo, fuera de duda que esta obra, de un valor inapreciable, está compuesta de dos piezas de origen diferente, y que la parte inferior fue ejecutada en el siglo XV en Italia, probablemente en Florencia (2). Varios historiadores de arte atribuyen igualmente al reinado de Matías el retablo pequeño de marfil, obra de un artista italiano, y que se encuentra actualmente en el Louvre (3).

Hay, en fin, la tapicería en brocado de oro y de seda, procedente del palacio de Matías, de la que una parte es propiedad de los condes de Erdody, y la otra ha servido para hacer una

---

(1) Carta del obispo de Castello, citada ya.

(2) Véase a este propósito Muntz: *Historia de la A. del Renacimiento*, tomo II, págs. 822 y 823. Francisco Pulszky: *Arqueología de Hungría*, (en húngaro), t. II, pág. 246. Emerico Szalay: *Dos obras maestras de la orfebrería*, de los siglos XIV y XV (en húngaro), 1893.

(3) Muntz: *Historia*, II, págs. 817 y 818. Art. publicado en la revista *Kunst u. Kunsthandwerk*, año 1898, páginas 381 y 382.

casulla, conservada en la capilla del castillo de Buda. Algunos la atribuyen a artistas lombardos, otros a florentinos (1).

Los gustos de los reyes se extendían igualmente a las antigüedades, a la música y al arte dramático. En los últimos años de la vida de Matías, Beatriz escribió, en nombre de aquél, a sus parientes de Florencia para la compra de la colección de medallas y camafeos del difunto cardenal Gonzaga (2), pero sus gestiones no dieron resultado. La música constituía también—como se verá más adelante—el objeto de una correspondencia activa con sus parientes de Italia.

Mientras que en los espectáculos que gustaban a Beatriz, los actores que hacía venir de Italia no tenian rivales en los misterios dialogados e intercalados de cantos, así como en las piezas cómicas, en la música, a lo que parece, no llegaron nunca a superar por completo a los representantes del arte nacional. Matías mismo gustaba de la música y tenía en mucho la fama de su orquesta. Los órganos de sus iglesias eran reconocidos como excelentes; procedían probablemente de Italia, aunque Matías hiciera también que hubiera húngaros y que aprendiesen el oficio de constructores de órganos (3).

Cuando las fiestas de la boda de Beatriz, lo bueno de la orquesta y de los coros de iglesia había llamado ya la atención de los extranjeros. Sin embargo, de la estancia de Beatriz en Hungría son los datos más completos sobre las distracciones musicales de la corte; nos enteran también de que la música constituía objeto de relaciones seguidas con Italia.

La pasión de Beatriz por la música era, de una parte, un

---

(1) Véase el artículo de S. Luboczy en el Acheol. Ertesitó, año VII, página 404; de Eugenio Radisics, en *Los monumentos históricos de Hungría*, tomo II, págs. 204-207.

(2) *Mon. Hist. Hung.* (D. E.), III, págs. 386, 397 y 439.

(3) Jul. Cartwright (o. c.), menciona un órgano que el rey hizo construir en Pavía. Según Renmont (*Lor. Medici*, II, pág. 452), un sacerdote húngaro, llamado Esteban, fué a Florencia con una recomendación de Matías para aprender la construcción de órganos.

rasgo de familia, y de otra, concordaba con la idea que se tenía en el mundo del Renacimiento de que las mujeres son más sensibles que los hombres a los encantos de este arte (1). Es de presumir que Beatriz no despreciaba la música nacional húngara, porque tenía en su posesión de Csepel unos músicos tzíganos, tocadores de laúd, a los que protegía (2), y así los más antiguos datos que poseemos sobre la existencia de la música tzígana, los tenemos gracias a una reina de Hungría de origen italiano.

En la corte de Matías, los mejores músicos eran suntuosamente tratados; recibían valiosos regalos y eran muy estimados. Lo mismo ocurría con los artistas de paso. Beatriz es la encargada de la correspondencia concerniente a los músicos que traen del extranjero, y sobre todo, de Italia; tenía ella además su orquesta particular, en la que gastaba grandes cantidades; tenía, en 1483, un coro de trece personas a su servicio; éste es, por lo menos, el número de cantores que le mandaron de Pozsony (Presburgo) a Hainburgo, adonde hizo llevar también un órgano portátil (3). Durante la guerra de Austria, llevaba a los campamentos tocadores de mandolina, y mandó de Viena al arzobispo Hipólito un maestro para enseñar el canto a los niños de las escuelas (4). Sabemos que tenía en 1490 un cantor llamado Gyorgy (Jorge) (5); es probable que por aquel tiempo su director de orquesta fuera el mismo Juan Tinctor, que estuvo al servicio de su padre en Nápoles, y la dedicó una de sus obras cuando era todavía niña; un juego de palabras de

(1) Castiglione: *Corteg.* II, pág. 122.

(2) Léase en las cuentas de fin de año de Hipólito: «Datto á zingani qualli sonono di lauto a lisola dila Maesta di Madama, duc. I.» Obra del barón Nyary, publicada en húngaro en los *Századok*, año 1874, pág. 81.

(3) Archivos de la ciudad de Pozsony, Kammerrechnungen, 1483.

(4) Csanki, o. c., pág. 570 y siguientes. Barón Nyary, t. cit., pág. 79 y siguientes. *Mon. Hung.* (Dipl. Eml.) III, pág. 389.

(5) Hatvani: *Croquis* (Rajzok), etc., pág. 68.

una carta permite por lo menos inferir que tal era el nombre del músico (1).

En correspondencia con su hermana Leonor en 1486, Beatriz habla de un cantor francés llamado Mechino (2); en otra ocasión quisiera contratar al músico italiano Todisco Simonello por mediación de su hermana (3). Por la misma época, el embajador de Ferrara en Hungría, escribía al marido de Leonor, que daría un gran placer a la reina mandándole el excelente violinista Peter (Pedro) con su orquesta (4); es probable que este Pedro fuese a la corte y hasta que permaneciese en ella mucho tiempo, puesto que dos años después habla ella, en una carta, de su protección al músico Pedro, que la sigue a todas partes y se porta muy bien (5). También el embajador de Ferrara refiere que la corte ha enviado una diputación al puerto de Zengg para recibir a un músico italiano llamado Sandrachino con sus compañeros, y llevarlos, a título de arras, ricos regalos, y, en particular, magníficos trajes (6). Al año siguiente, Beatriz ruega a su hermana que le envíe cantores para su capilla (7); ignoramos si fueron, pero Leonor anuncia en una de sus cartas que ciertos cantores de Florencia han prometido aceptar la invitacióu de la reina (8). Más adelante, mestre Pablo, el organista del duque Segismundo de Austria, es invita-

(1) Pedro Varadi, arzobispo de Kalocsa, dice en una de sus cartas, dirigidas en 1493 a Beatriz y relativa a un agente llamado Galerus, que, a lo que parece, le había prometido la púrpura en nombre de la reina:... «non latuit nos, a principio ejus coloris isthic habere, uti auguratur suis Majestas v. ubi etiam musicorum princeps tinctorum nomine appellatur, licet is inter caeteras artes suas,... ad hac unicum tingendi galeri scientiam nondum pervenerit, etc. (Wagner, *Epistolæ Petri de Warda*, pág. 48).

(2) *Mon. Hung.* (Dipl. Eml.) III, pág. 61.

(3) Ibid, pág. 207.

(4) Ibid (Dipl. Eml.), pág. 149.

(5) Ibid (Dipl. Eml.), III, pág. 410.

(6) Ibid (Dipl. Eml.), pág. 150.

(7) Ibid, pág. 288.

(8) Ibid, pág. 398.

do reiteradamente por Beatriz para reemplazar a su organista italiano que acababa de morir, y como la corte de Hungría está en malas relaciones con el duque, la reina pide a su cuñado Hércules que interceda; pero es en vano, pues el deseado artista pasó al servicio del rey de Roma, Maximiliano (1). Parece que éste conocía también la afición de la reina a la música, porque le envió un encargo con uno de sus músicos llamado Jacobo Barbiria, del que la reina hizo el mayor elogio en la carta que el mensajero llevó a su señor (2).

Si se puede demostrar principalmente en la música la acción personal de la reina, no es menos cierto que fue de una manera general el alma de todo el movimiento artístico nacido, por poco tiempo, bajo la influencia del Renacimiento italiano, en la corte y bajo el reinado de Matías.

LIBRO CUARTO

Antagonismo latente.

I

Rendida Viena, Matías hizo su entrada solemne el 1.° de Junio de 1485, la víspera del Corpus, en las primeras horas de la tarde. En el puente de piedra conducente a la «Stubenthor», el rey tomó las llaves de la ciudad de manos del burgomaestro Esteban Een, que salió a su encuentro a la cabeza del Consejo. Matías montaba un caballo cubierto de una gualdrapa bordada de oro; a sus lados iban Esteban Zapolyai y el príncipe Lorenzo Ujlarki; iba precedido de banderas y seguido de los grandes del país, de un ejército de 8.000 hombres por lo

(1) *Mon. Hung.* (Dipl. Eml.) IV, págs. 89 y 105.

(2) Carta de Beatriz al rey Maximiliano, fechada en Buda el 8 de Enero de 1490; se conserva en los Archivos de Estado de la corte imperial y real de Viena (Maximiliano, 1490).

menos, y de un gran número de vehículos cargados de víveres. Los profesores y los alumnos de la Universidad acudieron en corporación, revestidos de su traje oficial (1), y sin haber sido invitados por el Consejo, formaban con el clero, y una multitud inmensa al paso del rey, al que saludaban respetuosamente. Ni el viento que levantaba torbellinos de polvo, ni una sacudida sísmica que se sintió en el momento de entrar el rey, pudieron dispersar a la muchedumbre, que admiraba la pompa del cortejo y lanzaba gritos de alegría a la vista de las provisiones. El «partido húngaro», que, desde los comienzos del sitio, había pedido que se rindiese la ciudad, estaba lleno de alegría, y los mismos que se habían mostrado indecisos hasta entonces, se mostraban contentos. El rey fué directamente a la catedral de San Esteban para el *Te Deum* y, habiendo ordenado que se pusieran inmediatamente sus armas en la iglesia, marchó a tomar posesión del palacio de los Habsburgo (2).

Beatriz estaba a la sazón en Pozsony (Presburgo), adonde Matías la envió a buscar por uno de sus capitanes, llamado Artandi, y cuando llegó ella el domingo 5 de Junio, con numeroso séquito, el rey salió a su encuentro; fue recibida en el mismo lugar con la misma pompa que él, y de allí se dirigió procesionalmente a la catedral, a pesar de una furiosa tempestad. La Universidad había pedido por mediación de mestre Martín, párroco de Buda, que era a su vez doctor en Medicina, permiso para presentar sus homenajes al rey, y a la reina. El célebre doctor en Teología, mestre Nicolás de Krenzuach, pronunció en el coro un discurso de bienvenida al rey encomendando la Universidad a su benevolencia. Matías contestó en excelente latín, prometiéndole no solamente respetar los derechos y franquicias de la Universidad, sino ampliarlos, a fin de devolverle su antiguo esplendor. La reina escuchó atentamen-

(1) «In habilibus suis procesionatim»; Archivos de la Biblioteca de la Universidad de Viena. Acta fac. Sheol., vol. II, fol. 1.066.

(2) Bonfin: *Dec.* IV, lib. VI, pág. 455. Schober, o. c., pág. 186.

te los discursos, demostrando en varias ocasiones con una sonrisa afable que estaba de acuerdo con los oradores. Al día siguiente, las autoridades de la ciudad prestaron a Matías el juramento de fidelidad; la Universidad fue tácitamente dispensada de hacerlo; pero precisamente esta resistencia a prestar juramento obligó más tarde al rey a tomar contra ella severas medidas (1). En Nápoles, la toma de Viena se festejó también con un *Te Deum,* al que asistieron el padre y la madre de Beatriz con toda su corte (2).

La toma de Viena no era solamente una victoria para Matías y una humillación para el emperador, su más intratable enemigo; era también un grandísimo éxito para su política imperialista en Occidente. Quiso demostrar que no consideraba la ciudad como una presa que las alternativas de la guerra podían arrebatarle; por esto se instaló en ella como soberano; hízose dar el título de duque de Austria, tomó las riendas de la administración; dió a húngaros beneficios y dominios en Austria, y en fin, nombró para la sede episcopal de Viena a su tesorero Urbano Doczi de Nagylucse, obispo de Gyor y protegido de Beatriz. Las grandes construcciones que Matías emprendió en Viena y, más adelante, en Wiener-Neustadt (3), demuestran que su mira era la conquista definitiva del país. Bonfin dice que el castillo real estaba rodeado de jardines, formando terrados con fuentes de mármol, pajareras, galerías cubiertas para abrigar a los paseantes; que en el interior había elegantes chimeneas y que se habían acondicionado suntuosos cuartos de baño (4). Pero, según los historiadores austriacos, no fue en el antiguo casti-

(1) Archivos de la biblioteca de la Universidad de Viena, fac. art. loc. cit. Hormayr, o. c., pág. 55. José Ritter v. Aschbach: *Geschichte Viener Universitat.* Wien, 1877, II, págs. 10-13.

(2) Relación de Batt. Bendecci, embajador de Nápoles del 18 de Agosto de 1485, en los Archivos de Estado de Módena. (Canc. Duc. Cart. d'Amb. Est. Nap. B.ª 4.)

(3) Schober: o. c., pág. 278.

(4) *Hist. Dec.*, IV, lib. VIII, pág. 461.

llo, que no quería habitar, en donde Matías hizo estas innovaciones; hizo construir un nuevo palacio en el lugar de una manzana de casas compradas a este efecto a Hans Walter, secretario del emperador; el terreno daba a tres calles y ocupaba el lado de la Karnthnerstrasse que da frente a la entrada de la Weihburggasse. Más adelante, un propietario de la casa de Matías hizo pintar escenas de caza en las paredes; de aquí el nombre de «Hasenhans», que los vieneses la daban (1). En fin, cualquiera que sea el lugar de las construcciones emprendidas por Matías en Viena, las descripciones que de ellas hace Bonfin no permiten dudar de que eran del estilo de las regias moradas de Italia, bien conocido de Beatriz.

Aun cuando la guerra y los cuidados del Gobierno no permitiesen a Matías largas estancias en Viena, Beatriz podía gozar sin reservas de su nueva capital; en ella o en los alrededores pasó los últimos años de su matrimonio, y mantenía relaciones impregnadas de cierta cordialidad con las autoridades municipales (2). Tal vez sentía ya la creciente antipatía de que era objeto en Hungría, mientras que los vieneses no veían con peores ojos a una reina italiana que a un rey húngaro. Los signos exteriores de una civilización ya antigua, los monumentos artísticos y la ruidosa alegría que la rodeaba, debían recordarle un poco su patria, y luego Viena era ya por aquella época «la más rica, la más poblada, la más hermosa de las ciudades situadas a orillas del Danubio». Eneas Silvio, que la vió a mediados del siglo, hace de ella un cuadro lleno de vida y de color (3).

La embriaguez del triunfo; el rumor de las armas, más lejano, pero siempre incesante; las impresiones que recibía en

(1) Hormayr: o. c., III, pág. 60. Schober: o. c., pág. 261.

(2) Véase dr. Kar. Uhlirz: *Quellen zur Geschichte der Stadt Wien* (II Abth. B. de J. Wien, 1904, págs. 343, 356, 357, 364, 365, 405).

(3) Aenae Silvii episcopi Senensis, etc.: *Historia rerun Frederici III. Imp* escrita en 1458. V. la Introducción en las *Analecta Mon, Vindobonensia* de Adam Koltar (1762, t. II, pág. 7-14.)

aquel nuevo ambiente, no pudieron, sin embargo, hacer olvidar a Beatriz la pena, cada vez más amarga, a medida que pasaban los años, que la causaba el sentimiento de su esterilidad.

Cuando dejó su país natal para ir a Hungría, sus parientes, el rey, la corte, la nación que la saludaron con tanto júbilo a su llegada, todo parecía prometerle que no sería solamente una poderosa reina, sino la augusta fundadora de una dinastía (1). Esto parecía tanto más cierto cuanto que era joven y bien constituída, y que no se ignoraba que Matías había tenido un hijo natural durante su viudez. Sin embargo, habían pasado los años y, al cabo de nueve de matrimonio, no se había presentado el acontecimiento esperado con tanta impaciencia (2). No había, sin embargo, renunciado todavía a la esperanza de ser madre y, en el otoño de 1468, escribía a su hermana Leonor que esperaba verla en Zengg, con su hijo Hipólito, que debía venir a Hungría, y que no renunciaría a este viaje sino en el caso de quedar mientras tanto embarazada (3). En Enero de 1487 da gracias a su hermana por el interés que le demuestra a este propósito, añadiendo que «sin descuidar nada de lo que puede contribuir a la realización de su deseo, se sometía a la voluntad de Dios» (4). Mientras tanto, ni el inalterable amor que le demostraba su marido, ni las adulaciones de los cortesanos podrían ocultarla el sentimiento de decepción que debía de leer en todos los ojos, y que hallaba

(1) Deseo que Bonfin pone en boca de la misma Beatriz en el diálogo que le atribuye con Matías en su *Sym-Trimeron*, pág. 397. Véanse también las págs. 252, 253 y 382.

(2) Se tiene una sola prueba escrita de que Beatriz, durante su matrimonio con Matías, tuvo un embarazo, del que abortó («ex-Rege Mathia concepisse et abortum fecisse»); escribe por haberlo oído decir Orsini, obispo de Teano, en su informe del 11 de Agosto de 1494, sobre el proceso de divorcio de Ulaszló. (Manuscritos de la Biblioteca de San Marcos, de Venecia. Sat. X. 178. Doc. 77.)

(3) *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 206.

(4) *Mon. Hung.* (D. E.), III, págs. 234 y 235. Archivos de Estado de Módena. Canc. Duc. Cart. de Plinc. Est. Ungheria B.ª 2, 4 Enero 1487.

en su propio corazón el más doloroso eco. No debía de ignorar tampoco que su pena era compartida por todos los que querían a su esposo, mientras que la ruina de sus esperanzas era saludada con maligna alegría por los peores enemigos de la casa real de Hungría. Sabíase, en particular, que el emperador de Alemania reclamaba, en virtud de tratados, la corona de Hungría para su hijo Maximiliano, en el caso de que Matías muriese sin dejar heredero varón, y corría toda suerte de leyendas respecto a las drogas mediante las cuales, los médicos sobornados por el oro del emperador, habrían provocado la esterilidad de Beatriz (1).

A Matías le había costado mucha pena hacerse a la idea de ver desvanecerse su esperanza común; pero como quería asegurar la suerte de su dinastía y de su reino, pensaba designar para sucederle al hijo que tuvo de una unión ilegítima.

La descendencia materna de Juan Corvino, nacido en 1473, y que tenía, por consiguiente, tres años al llegar Beatriz y doce cuando la toma de Viena, está envuelta en un profundo misterio. Crónicas posteriores dicen que su madre era una mujer de Breslau; pero su nombre, Bárbara, no se encuentra sino en un despacho de embajador escrito después de la muerte de Matías (2). Esta mujer, aunque viviendo sin duda al lado de su hijo, y, por consiguiente, cerca de Matías, supo tan bien permanecer en la sombra que los cronistas de la época, ni aun los embajadores, a menudo tan pródigos de cuentos, se ocuparon de ella, y no poseemos ningún documento de dotación regia en

(1) Rumores registrados por Teleki, según Palma (?) Tessler (ob. citada, V, pág. 5); L. Szalay (o. c., III, pág. 283), y Federico Pesty (*Szazadok*, Los Siglos, 1868, pág. 20). Léese también en la obra de Vecchioni citada antes (*Notizie*, págs. 67 y 68), respecto a la esterilidad de Beatriz, que no podía ser natural, teniendo en cuenta la buena salud de la reina y su prolífica familia. La causa debía de ser una herida que Matías recibiera en la guerra.

(2) El informe del obispo de Teano, citado antes, la llama «Bárbara illius regis concubina».

su beneficio o en el de su familia (1). Apesar del retiro en que vivía, la madre de Juan Corvino no pudo evitar que los servidores italianos de Beatriz hicieran creer a la reina, inclinada a la superstición, que su esterilidad era causada por un sortilegio de Bárbara. Beatriz llevó, a lo que se dice, la acusación ante el legado del Papa, mientras que, por su parte, Bárbara fué a quejarse al rey; éste castigó a su hijo, que injuriaba a la reina, y en el último año de su vida, desterró de Buda a la madre de Juan. Tal es el relato que un embajador envió a Ferrara (2); pero que Beatriz intentara contra Bárbara un proceso por hechicería, que ocupara a los doctores de la Universidad de Viena (3), es una acusación lanzada más adelante por Ulaszló, que quería a toda costa divorciarse de la reina. Nos parece tanto menos fundada cuanto que nada dicen sobre ella los archivos de la Universidad de Viena ni las crónicas contemporáneas, y cuanto que esta afirmación no figura siquiera en la memoria redactada más adelante para la defensa de Ulaszló, el cual enumera pragmáticamente, por decirlo así, todas las quejas formuladas contra la reina (4).

Es un hecho, sin embargo, que cada etapa de la carrera recorrida por el hijo de Matías, desde su nacimiento, oscuro e ilegítimo, hasta su situación de heredero presunto reconocido, está señalada por una lucha sorda, que no ven los demás, entre el rey y la reina, pero en la que forzosamente se mezclaron las familias y los cortesanos de ambas partes, y hasta las potencias extranjeras directamente interesadas.

La defensa de los derechos de un hijo por nacer todavía, no podría explicar la oposición obstinada de Beatriz a los proyectos del rey, que no quería para Juan la sucesión al trono sino

(1) Fraknoi: *Hunyadiak es Jagellok* (Los Hunyadi y los Jagellon); M. N. T. IV, pág. 287.

(2) Informe de Ant. Costabiti al duque de Ferrara, con fecha 18 Setiembre de 1489. (Archivos de Módena; informes de embajadores.)

(3) Informe citado del obispo de Teano.

(4) Véase la *Apología de Udis*, citada antes.

en el caso de no tener heredero legítimo. En el transcurso de los acontecimientos, como se verá más adelante, y sobre todo cuando el estado de salud de Matías hizo prever un cambio de reinado en un porvenir próximo, se hace cada vez más visible que Beatriz, burlada en su legítima esperanza de ser madre del rey, reconcentra en ella sola su desmedida ambición, que la pone en oposición con los proyectos de su marido, la impulsa incluso a traicionarle y, por fin, en vez de asegurarla el poder supremo que ambiciona, causa su pérdida.

Matías había empezado ya a proveer a la elevación de Juan Corvino durante los primeros años de su segundo matrimonio. La reina tenía tantos menos motivos de asombrarse cuanto que, en su patria y hasta en su propia familia, los hijos naturales eran tratados casi igualmente que los otros, y Matías no debía pensar entonces en designarle, a falta de heredero legítimo, para sucederle en el trono. Le hizo dar una educación esmeradísima bajo la dirección de su sabio bibliotecario, Tadeo Ugoletti; en 1749 le hizo conde de Hunyad y duque de Liptó, le dió grandes dominios en Hungría, y, poco después, la investidura de los principados de Treppan, Ratibor y Oppeln en Silesia.

La madre de Matías, Isabel Szilaggi, mostrábase tan solícita como su hijo para acrecentar de año en año la fortuna del niño. Es sorprendente que los cronistas contemporáneos no cien ya entre los personajes de la corte a la viuda de Juan Hunyadi, la cual, cuando la primera campaña que los reyes hicieron juntos, parecía inseparable de su nuera. Parece, por el contrario que pasó la mayor parte de los últimos años de su vida en la soledad de un convento (1). Ocupábase únicamente en la administración de sus bienes que dejó por testamento al príncipe Juan. Su misma muerte hizo tan poco ruido que no se sa-

(1) Timon, (*Epitome* pág. 170) escribe: «Patriarcha Aquilegensis hoc anno (1478) Elisabetae matri Corvini potestatum fecit ingrediendi monasterio Sacratorum Virginum in Insula Seropun et Budae Veteris.»

bía con exactitud el año. Creíase hasta aquí que era en 1484, pero según datos recientes, fue en 1483 (1). Su avanzada edad solamente no podría explicar este retiro; no es difícil ver aquí una muestra de aversión a Beatriz, hecha impopular en todo el país, por razones que expondremos pronto; aversión aumentada probablemente en Isabel, por la oposición que estalló entre las dos mujeres respecto al papel futuro designado a Juan Corvino.

Cuando el príncipe creció, Matías no se contentó ya con darle feudos y conferirle títulos; se dedicó a hacer que se viera en él a su sucesor. En 1484 declaró sin rodeos que a su entender el trato hecho en 1462 con el emperador no garantizaba únicamente el advenimiento al trono de su descendencia legítima, como pretendía Federico (2).

En fin, por la misma época, empezó Matías a ocuparse del proyecto de reparar el vicio del nacimiento ilegítimo de su hijo con las ventajas de una unión con una casa soberana.

Beatriz no se opuso al principio, pero se esforzó en que la elección de Matías recayera en una princesa de la casa de Aragón, lo que hubiera tenido por efecto aumentar más su influencia. Propuso, pues, como novia a la princesa Carlota, nacida en Francia en 1479, hija de Federico, cuya mujer murió prematuramente (3). Pero Matías, por dispuesto que estuviese en general a complacerla, comprendió bien pronto que este pre-

(1) Un escrito, fechado el 30 de Octubre de 1484, y que se encuentra en la pág. 293 del t. III de los *Monumenta Romana Episcopalus Veszprimiensis*, indica que los funerales de Isabel debieron celebrarse en 1483.

(2) Fraknoi *Los Hunyadi y los Jagellon*, M. N. t. IV, pág. 290 (en húngaro).

(3) Informe de Jacobus Trottus, embajador de Ferrara en Milán, de fecha 20 de Marzo de 1485; por medida de precaución, el autor de la misiva no designa a Matías con su verdadero nombre, sino con el de «Júpiter». La princesa de que se trata fue, con el tiempo, mujer de Gui de Montmorency, conde de Laval. Véase L. Valpicella: *Federigo d' Aragona*. Napoli, 1908, pág. 51. La misiva se encuentra en los Archivos de Estado de Módena. Disp. de Orat. Estensi a Milano.

yecto ocultaba miras interesadas y que no podría esperar que la familia de Beatriz apoyara los derechos de su hijo a la sucesión del trono; tomó el partido de unir a su hijo con los lazos del matrimonio con la casa ducal de Milán, lo que en otro tiempo intentara en vano por cuenta propia. Sin embargo, se mostró muy prudente, y llevó las negociaciones a espaldas de Beatriz (1).

La princesa en la que había puesto los ojos era María Blanca Sforza, de un año más que Juan Corvino, hija del duque Galeas María y de Bona de Saboya; por consiguiente, hermana del duque reinante Juan Galeas y sobrina de Ludovico Sforza, apodado el «Moro» (2). María Blanca, cuyo primer prometido, que también había sido el de Beatriz, Filiberto de Saboya, habia muerto (3), pasaba entonces por ser una de las más ricas herederas de Europa; pero independientemente de esta circunstancia, el renombre y la fuerza de la casa de Sforza debían hacer agradable a Matías la idea de este matrimonio, mientras que, de otra parte, la madre y el hermano de la princesa esperaban probablemente hallar en el rey de Hungría y en su hijo un apoyo contra las ambiciones cada vez más amenazadoras de Ludovico, el cual despojaba poco a poco a la duquesa Bona de sus derechos de tutora y usurpaba todos los poderes. Ludovico empezó por oponerse a este proyecto (4),

(1) La misiva citada antes, así como otra del 9 de Marzo del mismo embajador, hablan del secreto de las negociaciones; y, sin embargo, el embajador de Venecia no dejó de informar al Consejo de este proyecto en Marzo de 1485. Véase el núm. 36, pág. 39, del t. III de los *Monumentos Húngaros* (D. E.).

(2) Sin razón se atribuye a «Moro» el sentido de sarraceno; esta palabra significa «morera», y Ludovico lo eligió, porque arbol de tardío brote, no tiene que temer la vuelta del frío, porque ha reservado sus fuerzas para el momento propicio. Sforza veía en esto, sin gran fundamento, el símbolo de su prudencia en política. (Summonte, o. c. III, pág. 497.)

(3) Litta, o. c., fasc. 15, tab. V.

(4) Informe del embajador de Milán, Jac. Trottus, de 19 de Marzo de 1475. Archivos de Estado de Módena.

pero rectificó pronto, y se mostró dispuesto a entenderse con el enviado secreto del rey, Francisco Fontana. Quiso solamente asegurarse sobre la suerte que esperaba al príncipe Juan si la reina, joven todavía, llegaba a tener un hijo, o si Matías se casaba por tercera vez. Con arreglo a las instrucciones recibidas, Fontana le declaró que no había esperanza alguna de verse realizado el deseo de la reina y de todo el país, y que, de otra parte, Matías no pensaba casarse en el caso de volver a enviudar. Además, si por un cambio imprevisto de la suerte, llegara a dar Beatriz a luz un heredero legítimo, siempre le quedarían a Juan Corvino la Bohemia y las provincias conquistadas a Austria por Matías, y conservaría además los castillos y los feudos que actualmente poseía.

Estipulóse pues, el acuerdo en 1485, y Ludovico se apresuró a participarlo a los embajadores extranjeros, aunque supiese que Venecia no veía este enlace con buenos ojos. El cardenal Ascanio Sforza, hermano de Ludovico y tío del duque reinante, se lo comunicó al Papa como una boda muy ventajosa para la familia (1).

Beatriz, a quien ya no se la podía ocultar, simuló resignarse a esta boda pero hemos de encontrar más de una vez las señales de su hostilidad en la historia, tan larga y tan accidentada, de los desposorios de Juan Corvino con Blanca Sforza.

El eminente prelado a quien la cólera de Matías arrancó, en el verano de 1484, de la sede arzobispal de Kalocsa para encarcelarle, fue así probablemente una víctima de la encarnizada lucha entablada con motivo de la sucesión al trono.

Pedro Varadi, aunque de humilde origen, había sido elevado tempranamente por Matías a las más altas dignidades, a causa de sus talentos poco comunes, y sobre todo de la elevada cultura que había traído de Italia. El rey había empezado por hacer de él su secretario, luego su canciller secreto, y ha-

(1) Misiva de la embajada de Ferrara en Milán de 31 de Julio de 1485. Archivos de Estado de Módena. (Car. de Emb. Milán. G. Trotti.)

bía concluído por darle el arzobispado de Kalocsa. Tal vez esta rápida elevación dió el vértigo a este hombre lleno por lo demás, de buen sentido; juzgándose indispensable, se permitió críticas tan acerbas de algunos actos políticos de Matías, que asombraron y escandalizaron. Algunas personas las hicieron llegar a Matías, el cual, temiendo la traición, y para impedir que Varadi divulgase los secretos que le había conferido, le mandó prender y encarcelar en el castillo de Arva.

El asunto hizo gran ruido, tanto más cuanto que Varadi era conocido como el más celoso partidario de Juan Corvino y cuanto que, en interés de este último, se había dedicado a apartar a Matías de inmiscuirse en los asuntos de Italia, para que pudiese volver todas sus fuerzas contra el emperador (1).

Es, pues, natural que la opinión pública atribuyese a Beatriz la desgracia del arzobispo Pedro (2). Más adelante, cuando el Papa intervino por mediación de su legado para hacer que fuera puesto en libertad el arzobispo, Beatriz trató de lavarse de la sospecha, declarándola sin fundamento. Es un hecho que Varadi mantuvo después una correspondencia bastante cordial con la reina, ya viuda (3); pero en vida de Matías no pudo obtener sino mejoras en su prisión, mas no su libertad. Hasta parece que el rey temió un atentado por parte de los partidarios de la reina contra la vida del arzobispo (4). Lo que parece probar todavía la complicidad de Beatriz en este asunto, es que Urbano Doczi, obispo de Syor y tesorero del rey, estuvo también a punto de ser encarcelado casi al mismo tiem-

(1) Teleki, o. c. V, págs. 256 y 292.

(2) El mismo legado del Papa «lo oyó decir a muchas personas» (a multis asseratur). Misiva del legado Angelo Pecchinoti, obispo de Orte. Teleki: XII, pág. 427.

(3) Fraknoi: *La vida de Pedro Varadi, arzobispo de Kalocsa* (en húngaro). *Szazadok*, 1883, págs. 489, 510 y 774.

(4) Misiva del legado Pechinoti de 15 de Mayo de 1489; v. Fraknoi: *El legado Angelo Pecchinoti en la corte del rey Matías* (en húngaro), 1898, pág. 51.

po que el arzobispo de Kalocsa, en virtud de falsas denuncias, y no se libró sino por intercesión de la reina (1).

Semejantes incidentes demostraban que desde que se planteó seriamente la cuestión de los derechos de Juan Corvino a la sucesión al trono, y por este hecho, existía una sorda oposición entre las miras de Matías y las de Beatriz. La corte y los grandes del reino estaban divididos en dos campos opuestos: el uno, fiel al rey y a su hijo, no disimulaba siempre la aversión y la desconfianza que sentía por la reina, y la opinión pública estaba con él; el otro servía ciegamente a Beatriz pensando que mediante la protección de ésta se podría obtenerlo todo del rey, y sabiendo por experiencia que «si Matías lleva la delicadeza hasta sus últimos límites respecto a su mujer, Beatriz persigue con odio implacable a cuantos se atraviesan en sus proyectos (2)». Además de los italianos afectos a su persona, los partidarios más notorios de la reina eran Esteban Zapoloyai, Esteban Bathory, Pedro y Matías Gereb, el obispo Urbano Doczi y Tomás Bakocz.

Matías y Beatriz estababan todavía en Viena, su nueva conquista, cuando recibieron de Nápoles la triste noticia de que el cardenal Juan de Aragón había muerto repentinamente en Roma (3). Según la costumbre de la época, la repentina muerte del príncipe, de veintinueve años, fue naturalmente atribuída al veneno; algunos cronistas creen hasta poder afirmar que fue envenenado por haber defendido con tesón el punto de vista napolitano en el conflicto que había estallado entre su padre y la Santa Sede (4).

---

(1) Bonfin: Dec. IV, lib. VI, págs. 453-454. *Apología de Udis*, ed. cit., página 475.

(2) Fraknoi: *Thomas Bakocz*. Retratos históricos (en húugaro). 1889, páginas 13-15.

(3) Notar Giacomo (pág. 157) y Passero (págs. 45-46) dicen que fue el 17 de Octubre; Fuscolillo (pág. 54) dice que fue el 19.

(4) Notar Giacomo, pág. 143, y Fuscolillo, loc. cit. La hipótesis admitida por Infeszura de que Juan fue envenenado por los barones subleva-

A Beatriz le desconcertó esta pérdida; desde que su hermano Francisco volvió a Italia, no tenía más lazo de unión que el cardenal Juan entre ella y su familia de Nápoles. Era también el único sér, cuyas estancias en Hungría, adonde le llamaban de vez en cuando sus funciones de arzobispo, podían hacer habitable a su hermana un país que, a pesar de los años, le parecía siempre extranjero. Aunque dura de corazón, como los Aragón en general, Beatriz tenía muy desarrollado el sentimiento de la familia. Este sentimiento, después el temor de verse completamente separada de los suyos, hicieron que la reina, al día siguiente de la llegada de la triste nueva (1), se sirviera de sus lágrimas para enternecer el corazón de su esposo y obtener que transmitiese al hijo de su hermana Leonor, a Hipólito de Este, a la sazón de seis años, y consagrado, se afirmaba, desde el seno de su madre al servicio de Dios, la sede arzobispal de Esztergom, vacante por el fallecimiento de Juan (2).

Lo que excusa algo este febril apresuramiento, es que el duque de Milán, fundándose en el matrimonio concertado entre las dos familias, había ya enviado a Matías una carta, en la que, después de darle el pésame, le pedía la más rica diócesis de Hungría para su tío el cardenal Ascanio Sforza, que fue muy amigo del difunto (3).

El mismo Ascanio mandó a toda prisa a Niccolo, abad de Forli, en calidad de mandatario; el abad era también porta-

---

dos en Salerno, es destruída por Muratori: *Annali*, t. 46, págs. 164-165. Pastor cree tener la prueba de que murió de muerte natural, o. c. III, página 184.

(1) *Mon. Hung.* (D. E.) III, pág. 63.

(2) Según una carta de Perotto Vesach, de 6 de Diciembre de 1485, que se encuentra en los Archivos de Módena, el mismo Matías, al ver el dolor de Beatriz, la ofreció espontáneamente nombrar para la sede arzobispal de Esztergom a un miembro de su familia que abrazara la carrera eclesiástica. Ciaccomus, o. c. III, pág. 176.

(3) *Mon. Hung.* (D. E.) III, pág. 56.

dor de una carta de recomendación del Papa para Matías y Beatriz (1).

Pero esta demanda no pudo quebrantar la decisión anterior de Matías que, sin oponer resistencia, sin tomarse siquiera el tiempo de reflexionar, había ya prometido a su mujer la realización de un deseo que debe parecer absurdo en nuestros días...

Sin embargo Beatriz tuvo que esperar hasta Marzo del año siguiente antes de poder anunciar con certeza absoluta la gran noticia a su hermana, a la que al mismo tiempo refirió las luchas que había tenido que sostener, no contra su marido, sino contra otros factores con los que tenía que contar. Envió a Ferrara, con fecha de 8 de Marzo, tres cartas de contenido casi idéntico, y las hizo llevar por diferentes mensajeros, a fin de estar segura de que por lo menos una de aquéllas llegara a su destino (2).

«En medio de la desolación en que nos ha sumido la muerte de nuestro hermano, de grata memoria, escribía ella, nos hemos acordado de los hijos de Vuestra Alteza; los hemos recomendado a la benevolencia de nuestro augusto esposo, rogándole que dé la sede arzobispal, vacante por la muerte de nuestro hermano, a D. Hipólito, que se prepara a abrazar la carrera eclesiástica y tiene ya la categoría de protonotario apostólico. El rey ha accedido a ello gustosísimo; y habiendo asegurado el nombramiento de nuestro sobrino, hemos escrito la noticia a nuestro padre, Su Majestad el rey de Nápoles, que no podría ciertamente recomendar para tal puesto a nadie más digno y a quien más quiera que al hijo de Vuestra Alteza, porque la candidatura de sus hijos legítimos, Sus Altezas don

(1) *Mon. Hung.* (D. E.) III, pág. 81.

(2) Dos de estas cartas han aparecido íntegramente en los *Mon. Hung.* (D. E.), págs. 63 y 67, así como fragmentos de la tercera, IV, pág. 367. Los originales se encuentran en los Archivos de Estado de Módena. Cart. di Princ. Est. Ungh. B.ª 2.

Federico y D. Francisco, no podría presentarse más seriamente que la de los hijos de Su Alteza el príncipe de Calabria, puesto que no son más que dos; en cuanto al nombramiento de uno de los hijos ilegítimos del rey, nuestro padre, jamás lo consentirían los grandes, por vehemente que fuera el deseo del rey nuestro esposo. La cuestión se ha discutido recientemente en la Dieta, y se ha decidido que para agradarnos se dará el arzobispado a nuestro sobrino Hipólito, que deberá, sin embargo, permanecer por ahora en esa, sustituyéndole, hasta que venga, un Vicario general; en cambio, ningún otro italiano, aunque fuese prelado o cardenal, podrá ocupar este puesto, porque Sn Majestad preferiría dárselo en el acto a un hombre del país.»

Esta misiva hábil y llena de tacto deja, sin embargo, entrever que la dificultad que había tenido que vencerse fue el deseo del rey de Nápoles, que querría poner a uno de sus hijos naturales en la sede vacante por la muerte de Juan, deseo al que Beatriz se apresuró a oponer la voluntad de los grandes. Mantúvose igualmente firme con el enviado de Ascanio Sforza, y dió cuenta a su hermana de la conferencia que tuvo con él. Se dijo que una ley húngara prohibía dar un obispado o un arzobispado a un cardenal extranjero, y cuando el mensajero, estupefacto, le habló de los recientísimos ejemplos del obispo de Eger y de Juan de Aragón, le replicó ella que estaban en posesión de un beneficio eclesiástico en Hungría antes de haber sido hechos cardenales; lo que era cierto respecto a Gabriel de Verona, pero no a Juan de Aragón; por esto añadió que, en este último caso, el rey había tenido en consideración el parentesco. Y cuando el envíado de Ascanio llegó a las amenazas, diciendo que el cardenal era lo bastante poderoso para hacer fracasar, si quería, la candidatura de Hipólito, la reina le replicó «que en este reino los beneficios eclesiásticos eran para los que el rey designa y el Papa confirma, y que si se intentase ahora abolir este uso en provecho de algún cardenal, el rey no lo consentiría.» La reina añade que además no cree

que el Papa esté dispuesto a perturbar el país con innovaciones inoportunas.

«Comunicamos todo esto a Vuestra Alteza, dice a manera de conclusión, para que sepa lo mucho que pensamos en Ella y en sus hijos, y porque estamos persuadidos de que Vuestras Altezas aceptarán nuestras proposiciones. Os rogamos, pues, que hágais de manera que al regreso de vuestro mensajero, D. Hipólito, se encuentre dispuesto a marchar a Hungría, a fin de que disfrute cuanto antes de su arzobispado. Le esperamos con impaciencia indecible, y como prueba de que le queremos, no como a un sobrino, sino como a un hijo, deseamos que viva en nuestro castillo, en donde le preparamos habitaciones, a fin de tenerle siempre cerca, porque cada hora que nos separa de él, nos parece que es de mil años de larga. Enviamos nuestros saludos a Vuestra Alteza, y la rogamos que abrace en nuestro nombre a todos sus hijos.

Dado en nuestro castillo de Buda, el 8 de Marzo de 1486.

La obediente hermana de Vuestra Alteza,

La Reina de Hungría.»

La noticia causó grandísima alegría en Ferrara, sobre todo en la corte, porque no se ignoraba la importancia de la dignidad arzobispal de Esztergom, tanto desde el punto de vista eclesiástico como laíco, puesto que el titular de la sede era por este hecho privado de Hungría, «legatus natus» apostólico, y gozaba además de inmensas rentas (1)

Y entonces empezó entre los reyes de Hungría y la familia ducal de Ferrara una activa correspondencia que se ha conservado casi por entero, y que arroja viva luz sobre las luchas que hubo que sostener para vencer los obstáculos que encontró la confirmación de Hipólito en su nueva dignidad, sobre las íntimas relaciones que existían entre las dos familias reinantes y, ante todo, sobre los sentimientos de Beatriz, que iba

(1) Muratori: *Antichita Estensi*, pág. 254.

a prodigar a su sobrino, con toda la pasión que constituía el fondo de su naturaleza, el amor maternal que no había podido explayarse con un verdadero hijo.

II

En la correspondencia de los príncipes de esta época no se observa ninguna diferencia notable entre las notas diplomáticas y las cartas particulares. Los asuntos privados y detalles insignificantes concernientes a la familia, alternan a veces con los asuntos de Estado más importantes (1); en cambio, las cartas más íntimas eran escritas por secretarios en esa forma acostumbrada, de suerte, que se encuentra una singular mezcla de fórmulas ceremoniosas y de sencillez patriarcal. Esto era sobre todo cierto tratándose de mujeres; el biógrafo de Segismundo Malatesta, al hablar de Iseo Cegli Atti, la ilustre esposa de éste, pone en duda que supiera escribir (2). La misma Beatriz, que pasaba en su época por poseer una elevada cultura, da pruebas de un estilo bien flojo y de una ortografía bien defectuosa en cuanto toma por sí misma la pluma, aunque no sea sino para escribir unas cuantas líneas. Las numerosas repeticiones que se encuentran en estas cartas se explican por el hecho de que las cosas de importancia tenían que escribirse en varias cartas para que llegasen seguramente a su destino; la mezcolanza de cosas distintas procede de que había de aprovechar la ocasión para escribir todo lo que se tenía que decir, y todavía era preciso dar encargos verbales al mensajero. Las comunicaciones eran difíciles y los caminos poco seguros; el

(1) Ya hemos hablado de las descripciones de cazas y otras diversiones que se encuentran en la correspondencia diplomática del rey Ferrante. Luis XI, al solicitar de Lorenzo de Médicis su mediación en el asunto del matrimonio napolitano, le ruega al final de su carta que le envíe un hermoso perro. (Desjardins Canestrini, o. c., I, pág. 163.)

(2) Carlos Iriarte: *Un condottiere en el siglo XV, Rimini*. París, 1882.

envío de una carta costaba caro; el hecho de que frecuentemente cayera en manos extrañas, hacía a menudo necesario el empleo de una escritura convencional, la cual era también preciso cambiar de tiempo en tiempo, lo que a veces originaba confusiones (1). Como los pasajes de estas notas tienen un carácter de correspondencia privada, están escritos en un estilo lacónico y sencillo; refiérense a menudo a cosas excesivamente corrientes, tales como las condiciones materiales de la vida, la salud, los remedios, los menesteres caseros; rara vez figuran en ellas las expansiones del corazón (2).

La estimación y las simpatías sinceras que unían a las dos cortes, dan cierto carácter de vehemencia a la correspondencia cambiada respecto al asunto de Hipólito. Hércules y Leonor no se contentan con enviar, en sus cartas y por sus mensajeros, la expresión casi desmedida de su «eterno reconocimiento que se extiende a toda su familia» (3), y con colmar de presentes a los reyes de Hungría y a sus amigos, sino que se esfuerzan en obtener, para todo lo que hacen, la aprobación de Matías y Beatriz. Leonor subordina solícitamente sus proyectos, sus deseos a los de su hermana menor (4), le da gracias hasta cuando Beatriz les da un consejo opuesto a sus designios. Así fue cómo Matías logró con el concurso de Beatriz disuadir a su cuñado de hacer una peregrinación a Santiago de Compostela en España. Choca el ardor que Matías y Beatriz emplearon para que renunciase a este proyecto. Hércules se puso no obstante en camino; pero cambió de propósito, y, en vez de ir a Compostela, fué a Roma, por invitación del Papa, a lo que parece,

(1) *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 67; carta citada de la duquesa Leonor, del 3 de Junio de 1481. Archivos de Estado de Módena, *min.* de cart. a Princ. Hungh.

(2) De Maulde la Clavière: *Las mujeres del Renacimiento*, pág. 415.

(3) *Mon. Hung.* (D. E.), III, págs. 79, 84 y 103. Archivos de Estado de Módena dix. c. El borrador de la carta escrito de mano de Leonor está fechado en 8 de Junio de 1486.

(4) *Mon. Hung.* (D. E.), III. págs. 271, 316 y 439, y IV, pág. 373.

quien le reveló del cumplimiento de su voto (1). Es muy probable que fuese el rey de Nápoles el que hiciera, en esta ocasión, que Matías y Beatriz usaran de su influencia en la corte de Ferrara. Fernando, cuyo trono vacilaba de nuevo, a causa de la revuelta de los barones y de sus contiendas con el Papa, se asustó del proyecto de Hércules: temía que su yerno, una vez en España, llegase a pactar con Fernando el Católico, rey de Castilla y de Aragón, un acuerdo que tuviera por resultado hacer que el reino de Nápoles pasara de la rama bastarda a la rama legítima (2).

La correspondencia tiene, naturalmente, por objeto principal la confirmación de Hipólito y su toma de posesión del arzobispado; se completa con los curiosos informes que el duque envía a este propósito a Hungría, después con los de su mandatario César Valentini, encargado de posesionarse, en nombre de Hipólito, de los dominios pertenecientes al arzobispado.

El temor que se tenía de que el cardenal Ascanio Sforza, desairado por la reina, usara de toda su influencia para hacer que el Papa no confirmase el nombramiento de Hipólito, se vió plenamente confirmado (3). El Papa, en un breve de 6 de Junio de 1486, negó rotundamente la confirmación, fundándose en la oposición que suscitaba en el seno del Sacro Colegio; y tenía ciertamente razón al decir que era absurdo dar a un niño un empleo al que aspiraban tantos sacerdotes de mérito en el país mismo (4). Pero Matías no cedió, y Beatriz declaró terminantemente, en una carta, que a su marido no le importaba la confirmación; que había nombrado a Hipólito, y le pondría en posesión de su arzobispado; que ella había dado orden al in-

(1) *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 307.

(2) Muratori: *Antichita Est.*, págs· 252 y 253. *Mon. Hung.* (D. E.), III, páginas 241, 253, 260, 273, 292, 293 y 295.

(3) Despachos de los embajadores de Milán relativos a las pretensiones de Ascanio, con fecha de los meses de Abril y Mayo de 1486. Archivos de Estado de Módena. (*Cart. de Emb. Milano*, G. Trotti.)

(4) *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 100.

tendente de los dominios de enviar inmediatamente á Ferrara 2.000 ducados, a título de adelanto sobre las rentas de la diócesis. «El rey escribirá al Papa, decía ella, para hacerle comprender que no pide sino lo que la Santa Sede ha concedido muchas veces a otros soberanos» (1). Y en esto Beatriz tenía mucha razón, porque era de uso corriente en Italia y en otros países, en el siglo xv, dar beneficios eclesiásticos a hijos impúberes de príncipes o de familias poderosas (2). En otra carta, la reina escribió también que el rey sabría bien obligar al Papa a confirmar a Hipólito (3).

Esta energía produjo el efecto esperado. A fines de Octubre, estando Beatriz en Retz, población de la Baja Austria, en las cercanías de Zuaim, en donde a la sazón acampaba Matías, hizo venir al enviado de Ferrara, y le dijo que había recibido una copia del breve que contenía la confirmación; le pidió bromeando una propina, y designó los regalos que esperaba de Ferrara (4). La alegría fue grande, pero no hizo olvidar la irritación causada por la primera negativa, y el enfado de Beatriz y de la corte de Ferrara se volvió entonces contra los que, en calidad de enviados de Matías a Roma, hubieran debido desde el principio hacer que triunfara la causa de Hipólito, y de los cuales uno, el cardenal Gabriel de Verona, obispo de Eger, era sospechoso de haber trabajado en secreto contra la confirmación, por despecho de haberse visto preterido al príncipe (5). Pero antes de que el enojo de los príncipes cayese sobre su cabeza, el anciano cardenal fue llamado a comparecer ante el Juez celeste. Cayó gravemente enfermo en Roma, en la que es-

(1) *Mon. Hung.* (D. E.), III, págs. 167-168.

(2) Véase, por lo que respecta a los beneficios dados en Francia a Juan de Médicis (el futuro León X), Reumont: *Lor. Medici,* II, págs. 484 y sig.

(3) *Mon. Hung.* (D. E.), III, págs. 175-176.

(4) *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 199.

(5) *Mon. Hung.* (D. E.), III, págs. 163, 217. Despacho del embajador de Ferrara en Milán, con fecha del 4 de Abril de 1486. (Archivos de Estado de Módena. Disp. de Oratori.

taba desde hacía algún tiempo, y murió el 27 de Setiembre (1). Una carta, enviada en Noviembre desde Ferrara al embajador Valentini, habla de este fallecimiento y le ruega que dé las gracias, en nombre de los reales consortes, al buen médico por el servicio que les había prestado. El texto de esta carta no está muy claro, pero parece que el médico que prestara tan buen servicio era el del obispo de Eger (2). Inmediatamente después de esta muerte, Matías—como para reparar la injusticia cometida respecto del clero húngaro con el nombramiento de Hipólito,—se apresuró a dar el rico obispado de Eger a un prelado meritísimo, a Urbano Doczi de Nagylucse, obispo de Gyar, su tesorero, para cuya sede nombró a Tomás Bakocz de Erdöd, su secretario. Y he aquí cómo quedaron descartados dos cardenales que aspiraban al obispado de Eger, uno de los cuales era otra vez Ascanio Sforza, y el otro nada menos que el vicecanciller del Sacro Colegio, Rodrigo Borgia, más adelante Papa con el nombre de Alejandro VI (3).

Sin embargo, a pesar de la alegría que causaba por adelantado, el breve de confirmación cuya minuta se poseía, seguía sin publicarse oficialmente por el consistorio, lo que no podía atribuirse más que a Ascanio, descartado dos veces por el rey de Hungría, y el cual había dado a entender con bastante claridad que no depondría las armas hasta no haber recibido una compensación de las cartas de Buda o de Ferrara (4). Al saber esto, Beatriz montó en cólera. Escribió a su hermana que su marido «sabría preguntar al Papa quién era rey de Hungría, si él o Ascanio Sforza», y que despues de lo que había pasado, el cardenal no debía ya contar con recibir ni un ochavo de Matías. Además, rogaba encarecidamente a su hermana que

(1) Buchrard: *Diarium* (*Thuasne*), págs. 211-213.

(2) *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 220.

(3) Despacho del embajador Ces. Valentini. *Mon. Hung.* (D. E.), III, página 205.

(4) Carta de Beatriz a Leonor del 2 de Marzo de 1487. *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 266.

no se dejara llevar a conceder a Ascanio la abadía de Pomposa—cuya colación dependía del duque de Ferrara,—porque, en este caso, el rey sería capaz de quitar a Hipólito el arzobispado (1). Pero Matías juzgó las cosas con mayor sangre fría, y consideró preferible dar alguna indemnización a los cardenales despojados, confiriendo a Ascanio Sforza la abadía de Pecsvarad y a Rodrigo Borgia la de Petervarad (2).

Por fin el duque Hércules logró, en un viaje a Roma, sacar a flote el asunto de la confirmación (3); pero entonces surgió una nueva dificultad, causada por la reina misma, que embrolló las cosas con la petición que hizo al Papa de nombrar a Hipólito «legatus a latere», a fin de realzar su autoridad. Hasta escribió al Papa a este propósito (4).

Todo esto no hubiera impedido a Hipólito hacer el viaje a Hungria; Matías había declarado desde luego que estaba dispuesto a ponerle en posesión de su beneficio sin esperar la confirmación pontificia, y Beatriz acosaba a la familia ducal con solicitaciones cada vez más apremiantes, para que se apresurase el viaje de Hipólito (5). Pero surgieron otras dificultades. El muchacho estaba algo doliente, y su madre «si bien puede, decía ella, pasear y montar a caballo», no quería exponerle a las fatigas de tan largo viaje (6). Luego, por un enojoso azar, ocurrió que un mensajero que volvía de Ferrara fue desvalijado en el camino que Hipólito tenía que seguir para ir a Hun-

(1) Carta de Beatriz citada antes, así como otra dirigida a Leonor, con fecha del 17 de Abril. *Mon. Hung.* (D. E)., III, págs. 266 y 290.

(2) Fraknoi: «Los Hunyadi y los Jagellon (Hist. de Hungría)» IV, página 300 (en húngaro).

(3) Muratari: *Antichita Est.*, pág. 254.

(4) *Mon. Hung.* (D. E.), III, págs. 255, 262, 264, 203 y 295.

(5) Véase, además en las cartas publicadas en los *Mon. Hung.*, la de Beatriz a Leonor, de fecha 25 de Agosto de 1486, en los Archivos de Estatado de Módena. (Cart. di princ. Est. Ungh. B.ª 2.)

(6) Carta de Leonor a Beatriz, de fecha del 13 de Abril de 1486, loc. c. (Minuta di lett. a Princ. Est. B.ª 18 Ungh.)

gría (1). En vano afirmó Beatriz que se trataba de un caso excepcional, causado por la imprudencia del mensajero mismo, y que se cuidaría de la seguridad de su sobrino (2). Tratóse también de enviar con Hipólito al hijo mayor del duque, Fernando, de nueve años; decíase que Matías deseaba tener a su lado a un muchacho para educarle militarmente. Hipólito había de permanecer al lado de Beatriz, porque «es conveniente que un sacerdote se habitúe a la compañía de las damas (3).» El rey tenía además vastos proyectos respecto a Fernando: quería casarle con una princesa heredera de una gran fortuna (4). Pero la corte de Ferrara declinó, dando muchas gracias esta halagüeña proposición. Fernando estaba a la sazón con su abuelo, el rey de Nápoles, y se educaba con sus primos, los hijos del duque de Calabria; su abuelo no quería dejarle marchar y, además, hubiera sido difícil traerle a causa de las guerras que asolaban por entonces a Italia (5).

ALBERTO BERZEVICZY

(*Continuará.*)

(1) El suceso produjo una sensación enorme, como lo prueba el despacho del embajador de Milán, con fecha 25 de Marzo de 1486; según este relato, el atentado se realizó en territorio alemán. (Archivos de Estado de Módena. Cart. de Amb. Milano.)

(2) *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 96.

(3) Carta de Beatriz a Leonor, del 3 de Abril de 1486. *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 77.

(4) «Figliola de uno Duca gran maistro»; carta de Beatriz a Leonor, del 3 de Agosto. *Mon. Hung.* (D. E), III, pág. 156.

(5) Carta de Leonor a Beatriz, del 7 de Junio. *Mon. Hung.* (D. E.), III, página 105.

LAS FLOTAS DE GUERRA EN 1912

Examinados los tipos de cañones que en la actualidad montan los *Dreadnoughts* y *Super-Dreadnoughts,* se observa que todos los del calibre de 30,5 cm. e inferiores están caracterizados por una longitud de ánima de 50 calibres, mientras que los de 34,3 y 35,6 no exceden de 45.

Ya hemos dicho en la primera parte de este trabajo (1) lo poco que aumentaba la energía del proyectil cuando la longitud del ánima excedía en algunos calibres de los 50, siempre que para los dos recorridos se conservasen iguales las condiciones de carga. En la fabricación de estas piezas, cada nación sigue aferrada a su sistema particular de construcción. Inglaterra y los Estados Unidos, al sunchado de cintas de acero, mediante el cual se pretende tener cañones más fuertes, tangencialmente, que con el sunchado exclusivo de manguitos; Francia, Alemania, Austria-Hungría, construyen, por el antiguo sistema, cañones tanto o más poderosos y resistentes que los de Inglaterra y los Estados Unidos. En las piezas de grueso calibre la cuestión primordial es la de su vida, cuyo término no es debido, ciertamente, a la pérdida de resistencia, sino a la de precisión y velocidad del proyectil, causadas por las erosiones, o sean desgastes, y desaparición total o parcial del rayado en el

(1) Véase el número de Agosto de este año.

comienzo de éste. Las causas de estas erosiones pueden ser varias: la principal, sin duda alguna, es la altísima temperatura desarrollada por la combustión de las pólvoras coloidales modernas, bien diferentes, en este punto, de las antiguas negras y de las pardas. Los fenómenos de las erosiones son más pronunciados en los calibres grandes que en los medianos y pequeños. Nadie asigna hoy una vida superior a 150 disparos a las piezas de 30,5 cm. y 50 calibres de longitud de ánima, y este será, asimismo, el límite de duración de los cañones de 34 y 35 cm. con 45 calibres. Con una vida tan corta, desde luego se impone la parsimonia con que deben emplearse estos cañones en los ejercicios de tiro, si se quieren conservar en excelentes condiciones de precisión y alcance durante las operaciones de la guerra; y para lograr la instrucción completa de los sirvientes y la eficacia de los cañones, se tiene siempre una reserva de piezas en perfecto estado de servicio, que no baja de un 25 por 100. Además, se ha adoptado por los constructores un sistema de fabricación que permite reemplazar el tubo interior, cuando las erosiones le han hecho inservible, por otro construído al mismo tiempo que la pieza. No es fácil el cambio del tubo, pero es infinitamente menos costoso que construir un nuevo cañón. Esta artillería, con trazados interiores excelentes, ha adquirido en los últimos años una eficacia notabilísima, a la que han contribuído los aparatos de puntería, los de medición de distancias y de observación de los disparos y, en grado considerable, la instrucción de las tripulaciones. No hace aún muchos años que en las Marinas de guerra se tenía al cañón como artículo casi de lujo; no se daba a los ejercicios de fuego toda la importancia que tienen, toda vez que, hoy por hoy, el cañón es el arma principal en los combates navales. Cabe la gloria al almirante Sir Perey Scott, de la Marina inglesa, de haber cambiado radicalmente aquella manera de considerar los ejercicios de tiro. Predicando de todos modos, con el ejemplo, con la palabra y con la pluma, desde que comenzó su campaña variaron las ideas de los oficiales ingle-

ses en punto tan capital, y hoy día la eficiencia de la artillería naval británica es notabilísima. El ejemplo fue seguido por todas las demás, no sin dejar de encontrar cierta resistencia al principio en algunas Marinas. Se asegura que hoy día la Armada más instruída en el tiro es la alemana: hasta hace bien poco tiempo, la inglesa ocupaba el primer lugar.

Los constructores de artillería europeos y americanos presentan cañones que, a igualdad de calibre, ofrecen escasísima diferencia en su capacidad de perforación, en la boca de las piezas y a las distancias lejanas del combate; y nada de extraño tiene esto, pues familiarizados como están con los principios que rigen la combustión de las pólvoras modernas en las ánimas de los cañones, y dominando asimismo las leyes de la resistencia de los tubos simples y compuestos a la acción de los gases de la pólvora, no es un problema verdaderamente difícil obtener de un determinado calibre, con la ahora usual longitud de ánima, la presión máxima admitida, y una conveniente elección del peso del proyectil, el mayor rendimiento posible. Hoy en día se manifiesta verdaderamente el ingenio del constructor de artillería en la hábil combinación de aquellos órganos mecánicos que aseguran la mayor rapidez de fuego a las piezas.

Se han logrado resultados sorprendentes. En 1900, en los acorazados del tipo *Formidable*, las piezas de 30,5 cm. hacen un disparo por minuto; en 1905, las del mismo calibre que monta el *Rey Eduardo VII* hacen 1,5 disparos, y las de 24 cm, 3, en la misma unidad de tiempo. En 1908 se da un paso adelante, y los cañones de 30,5 cm. del *Lord Nelson* efectúan dos disparos, y ya, para las piezas de los acorazados que han de comenzar a servir en este año de 1912, se cree que con los cañones de 30,5 se obtendrán 2,4 tiros por minuto. Todos los constructores de artillería, según hemos observado en los cuadros que presentan, han trazado sus piezas de grueso calibre obedeciendo al principio de semejanza; es decir, que las velocidades iniciales de los proyectiles son iguales para una misma longitud de ánima; los pesos de los proyectiles de dos cañones

similares son, entre sí, como los cubos de los calibres, y las energías del proyectil en la boca son, entre sí, como los pesos de los proyectiles.

*
* *

El torpedo es la otra arma principal ofensiva del acorazado. No reviste, hoy por hoy, ciertamente, la importancia del cañón; pero su influencia se ha hecho sentir en la táctica naval y en la adopción de calibres mayores para el armamento de los buques de línea. Ha cambiado la primera, obligando a combatir a los buques a mayores distancias, desde el momento en que su radio de acción crece: éste, que en 1900 no excedía, como ya hemos visto en el artículo anterior, de 800 metros, pasa a ser de 1.000, en 1905; de 2.000, en 1908; de 3.500, en 1909; de 6.450, en el año actual. Y claro es que en vista de semejantes datos, los buques de línea han de combatir a distancias mayores que el alcance eficaz del torpedo. Y para combatir a esas distancias con piezas capaces de perforar las corazas de los buques de línea, o causar destrozos de otros géneros con proyectiles cargados de fuertes explosivos, hace falta acudir a los cañones de grueso calibre. No otro es el motivo por qué se ha pasado del calibre de 30,5 cm. al de 34,3 en unas Marinas, y al de 35,6 en otras. Hasta ahora los torpedos usuales de mayor calibre han side los de 45 cm. Mas ya los nuevos acorazados ingleses del tipo *Orión* llevarán los de 53 cm., debidos al teniente de Navío de la Marina inglesa Hardcastle, del *Vernou*, Escuela de Torpedistas. Merece este torpedo ser descrito con alguna extensión, por su importancia.

Como hemos dicho, tiene 8 cm. más de calibre que los anteriores: su longitud es de 18 pies y 6 pulgadas inglesas, o, en medidas métricas, 5,63 ms. Desde luego, el aumento de diámetro y de longitud le permite llevar una carga que no baja de 250 libras inglesas de algodón pólvora, y en medidas métricas, 112,5 kgs. El rasgo saliente del torpedo *Hardcastle* es su gran alcance: es efectivo y se puede confiar en que marche

rectamente y con fuerza suficiente para que explote su carga de algodón pólvora hasta 6.450 ms., y quizá más, probablemente, a los 7.000 metros. Tan notable resultado se ha conseguido mediante el calentado del aire comprimido, que sirve de agente propulsor al torpedo. Tiene aquél una presión aproximada de 135 kgr. por cm.^{2} al ponerse en movimiento el torpedo, y el calentado del aire se efectúa por una llama automáticamente encendida cuando emprende su curso submarino.

El valor militar de un torpedo descansa en tres muy importantes factores: 1.°, en un mayor alcance para el combate diurno. 2.°, en una mayor carga del explosivo; y 3.°, en una mayor velocidad para el ataque nocturno. Ya hemos dicho hasta qué punto ha subido el alcance con el nuevo torpedo de 53 cm.: constituye el fenómeno más saliente en el campo de acción que forma la esencia del torpedo, y ha contribuído poderosamente, como también hemos apuntado, a modificar el armamento de los buques de línea. El aumento de carga en la cabeza del torpedo ha respondido, en cierto modo, al refuerzo de las obras sumergidas del buque, conseguido mediante los dobles fondos y paredes, las capas de combustibles y ligeros blindajes. Todas estas defensas, que habían reducido considerablemente la eficacia del torpedo, obligaron a aumentar su carga explosiva. Hasta ahora la máxima de los torpedos de 45 cm. no excedía de 93 kgs., mientras que la del de 53 cm. es de 112,5, y hay quien asegura que se llegará a los 130 kgs. Y el explosivo empleado sigue siendo, en la mayor parte de las naciones, el algodón pólvora comprimido, con 20 por 100 de agua. De todos es bien sabido las condiciones de seguridad derivadas de esta humectación del algodón pólvora, sobre todo en los transportes.

El empleo de la picrinita, con el nombre de Schimose, en el Japón, y de Melinita, en Francia, no significa un progreso manifiesto, toda vez que el algodón pólvora y la picrinita tienen valores muy aproximados, como explosivos. No sin motivo ha sido preciso aumentar la velocidad del torpedo a las dis-

tancias cortas: al crecer la de los buques de combate, tanto en las marchas forzadas como en las ordinarias, la de los torpedos se encontró muy rebajada. Esto obligó, para restablecer la armonía, a elevar la velocidad del torpedo. Su empleo, bien en el ataque diurno o bien en el nocturno, requiere particular examen.

En el primer caso, se puede asegurar que sólo tendrá caracteres de verosimilitud cuando se efectúe de acorazados contra acorazados o cruceros acorazados. Y para este ataque encontrarán adecuado empleo los torpedos que sean lanzados por los tubos situados bajo la línea de flotación. Es cierto que hasta ahora los torpedos no habían sido considerados como arma principal de los acorazados y cruceros de la misma clase, pero el aumento de alcance les ha dado este carácter. Claro es que una condición indispensable para el acertado y útil empleo del torpedo en el combate diurno, es que su mayor alcance vaya acompañado de una mayor precision también en su trayectoria. Hay que añadir que las buenas condiciones del disparo sólo pueden conseguirse con la ayuda precisa de excelentes aparatos visuales. También, quizá, se presentará, para los pequeños cruceros y torpederos, ocasión de lanzar algún torpedo en el combate diurno, a largas distancias. Sin embargo, raras veces se logrará oportunidad de que el adversario se coloque en buenas condiciones para ser alcanzado. Las probabilidades pueden aumentar cuando la trayectoria del torpedo sea larga y la artillería del buque atacado no pueda responder debidamente al torpedero. Díchose está que las probabilidades de éxito en el ataque diurno por los torpederos crecen cuando el número aumenta. El ataque de día por el torpedo de los submarinos es muy cuestionable: sólo cabe admitirlo a distancias bien cortas; porque, de una parte, se hace casi imposible efectuar las operaciones de puntería en buenas condiciones, a largas distancias, y, de otra parte, le es posible al submarino, por virtud de su invisibilidad e invulnerabilidad, aproximarse hasta muy corto espacio de su adversario, y ase-

gurar de esta manera el buen resultado del disparo. El ataque nocturno por el torpedo es el primitivo modo de ataque por el torpedero, en sus diversas manifestaciones. Desde luego, la oscuridad de la noche le permite acercarse, sin ser notado, al barco que desea atacar. De otra parte, es muy difícil al torpedero observar la velocidad, la dirección del curso y las maniobras del buque enemigo, sobre todo si está ofuscado por la luz de los reflectores. De consiguiente, para no exponerse a cometer faltas groseras de apreciación, y errar el tiro, conviene emplear el torpedo de noche, sólo a distancias cortas. Cuanto mayor es la velocidad del torpedo, tanto más fácil es evitar los errores de apreciación, y de aquí la conveniencia del empleo del torpedo en el ataque nocturno, a grandes velocidades y pequeñas distancias. No se debe traspasar la de 1.000 metros, y, según noticias de prensa, en alguna naciones se reduce a algunos cientos de metros.

Después de lo dicho, cabe afirmar que las propiedades que dan valor militar a un torpedo son las tres siguientes: un gran alcance para el combate diurno, una fuerte carga explosiva y, por último, una gran velocidad para el ataque nocturno. Es evidente que los grandes alcances sólo pueden lograrse mejorando los aparatos de conservar su dirección recta, y así se practican por todas las naciones experiencias encaminadas a perfeccionar los aparatos en cuestión, sin que hasta hoy se hayan obtenido resultado satifactorios; por el contrario, se señalan más bien accidentes desgraciados ocurridos durante las experiencias.

El número de tubos lanza-torpedos de que están dotados los diversos tipos de barcos combatientes es muy variable. Los principales portadores de torpedos son, como es natural, los torpederos y submarinos, toda vez que el torpedo es casi su única arma. Los grandes torpederos alemanes, con notables cualidades ofensivas, no tienen menos de tres a cuatro fuertes tubos. Su artillería es realmente un arma accesoria. Los destructores de Inglaterra, Francia y Estados Unidos, dos tu-

bos. El armamento de los submarinos oscila entre dos y siete tubos.

Ya es bien sabido que la posibilidad de su empleo en grandes empresas ofensivas depende de su capacidad marítima, incluyendo su resistencia en el mar y su velocidad. Los buques de linea sólo llevan en un principio sus tubos lanza-torpedos al costado; mas después que fueron vencidas ciertas dificultades técnicas, se instalaron también a popa. A proa no se ha considerado prudente el colocarlos, por si acaso se llegase al ataque con el espolón. El número de tubos en cada costado es de uno a dos: parece ser que los nuevos acorazados construídos por Inglaterra actualmente, llevarán una pareja de tubos, por debajo de la línea de flotación, a cada costado, y uno a popa. Alemania arma sus barcos de combate, por lo que respecta a los torpedos, de la manera más formidable posible: cuatro en los costados, uno a proa y otro a popa. En Francia, los acorazados del tipo *Dantón* sólo llevan un par de tubos en los costados. El Japón sigue las mismas ideas que la Inglaterra. Los grandes cruceros y cruceros acorazados están armados, en general, con dos tubos en costados, bajo la línea de flotación, uno a popa, y en Alemania uno a proa también. En Inglaterra, suponiendo que los cruceros acorazados han de tener las mismas probabilidades que los acorazados de combate, de usar de esta poderosa arma, los dotan con cuatro tubos en los costados, bajo la línea de flotación, y uno a popa. Los pequeños cruceros de las Marinas americanas, alemanas e inglesas llevan los tubos lanza-torpedos por encima de la línea de flotación, y dos por debajo de ella.

Ya hemos hablado de ciertas protecciones que se han introducido en la construcción de los cascos de los buques para aminorar, en lo posible, los efectos del torpedo: a los dobles fondos y dobles costados se ha añadido, por la mayor parte de las Marinas, un blindaje de espesor variable de 34 a 40 mm., vertical e interior, y a una distancia de dos metros de la plancha exterior de los costados. Este blindaje vertical corre por

casi toda la longitud del barco. En los nuevos acorazados españoles, que se construyen en El Ferrol, el espesor de la plancha es de 38 mm., y el espacio entre este blindaje y la pared interior de los costados está destinada a carboneras. Además de esta protección contra el torpedo, algunas Marinas, como la alemana, que hacía más de diez años habían abandonado las redes, las han vuelto a adoptar para sus grandes barcos. La misma senda siguen también Francia, Italia y otros Estados. Inglaterra, Japón y Rusia siempre las habían conservado. Poco llega a conocimiento público de la lucha entre la red y el torpedo; si es que se verifican experiencias sobre el particular, se conservan bien secretas. Se ha hablado en Inglaterra de un aparato llamado «butter», o sea «cortador», empleado por los torpedos para romper o atacar las redes. Si por el nombre sólo se fuera a formar idea del aparato, parece que debería tratarse de algo semejante a unas tijeras; pero no; más bien se compone de una especie de explosivo colocado en la cabeza del torpedo, y que, al chocar con la red, abre en ella una brecha que permite el paso de aquél, para chocar con el buque.

Resumiendo, se puede afirmar que el torpedo crece en importancia de día en día; que su alcance, que se dice llega hoy a 9.000 metros, le constituye en arma temible, y que trata de disputar el primer puesto a la artillería en el combate lejano; su influencia en las batallas navales está asegurada y ha de crecer, seguramente, si se logra mejorar los aparatos de dirección. Hoy, por hoy, su lucha con la artillería, en este sentido, no puede sostenerse.

No han sido tan manifiestos los progresos en la fabricación del arma defensiva, por excelencia, de los buques de combate: la coraza. Después de la serie tan notable de perfeccionamientos que van, desde su aparición, a mediados del siglo anterior, en los costados de la fragata francesa *Gloire*, hasta las planchas Krupp de acero cementado por su procedimiento especial y templadas luego al agua, apenas si se registran ventajas de importancia. Lo mismo para las planchas de blindaje que para la

artillería, se ha querido sacar gran partido de las propiedades que goza el acero al Vanadio: en los cañones, por lo que había de contribuir el elevado punto de fusión de aquel acero a retardar la completa inutilidad de las piezas por el fenómeno de las erosiones; en las corazas, por las notables cualidades mecánicas de esta aleación. Mas lo cierto es que, de los numerosos ensayos hechos con planchas de acero al Vanadio, sólo ha resultado alguna mejora en las placas delgadas; en las más gruesas no se ha notado diferencia sensible entre las Krupp y las de la nueva aleación. En los Estados Unidos es donde se han verificado los ensayos y experiencias.

Se ha hablado mucho por los periódicos ingleses de las placas Simpson. Las gruesas de este sistema parece ser que están formadas por varias más delgadas, soldadas unas a otras por un procedimiento especial, templando luego las superficies de soldadura. Se puede asegurar que los acorazados ingleses botados al agua desde fines de 1810 no han sido dotados de este tipo de planchas. No descubriéndose, por ahora, perfeccionamiento efectivo en la fabricación de las corazas, parece que no queda otro remedio que aumentar su espesor cuando se quiera reforzar la resistencia de los buques de línea.

Claro es que también había de contribuir a este refuerzo el creciente poder de la artillería, debido al aumento de calibre y de la energía de los proyectiles, que permitía atravesar, a las distancias mayores de combate, planchas de respetable espesor. Así se puede notar que el cañón de 35,6 cm. es capaz de perforar, cuando el proyectil hiere normalmente al blanco a la distancia de 10.000 metros, unos 290 mm. de plancha de acero Krupp; si el proyectil choca con un ángulo de 60°, la perforación es sólo de 260 mm. Los espesores perforados por el cañón de 30,5 cm., en las mismas condiciones de ángulo de choque, son, respectivamente, de 250 y de 215 mm. A la distancia de 8.000 metros, los espesores atravesados son: para el cañón de 35,6, 335 y 300 mm., y para el de 30,5, 300 y 265 milímetros, respectivamente.

Si a la acción de la artillería es debido el aumento del espesor de las corazas en los buques de combate, importa, en cambio, señalar la circunstancia de que en Inglaterra, a partir del *Dreadnought* y en los subsiguientes buques del mismo tipo, hasta el *St. Vincent*, por encima de la faja o cintura blindada, con espesor que varía de 279 mm., en el centro, a 102, en proa y popa, no hay ninguna coraza de protección; más lejos aún se ha ido en los Estados Unidos, suprimiendo en los acorazados del tipo del *South Carolina*, el *Delaware* y el *Florida*, toda protección de coraza vertical en la proa. Si, hasta cierto punto, la necesidad de disminuir pesos llevó a los constructores a suprimir la defensa vertical en determinadas partes del buque, en cambio, cada vez se concedió más importancia por aquéllos a la de la parte sumergida del buque, alterándose considerablemente la relación entre la protección horizontal y vertical. Como ya se ha dicho más de una vez, en la lucha de la artillería con la coraza, hoy por hoy el triunfo está de parte de la artillería; por este motivo, y por la creciente posibilidad de que los proyectiles perforantes, después de atravesar la coraza vertical, lleven una cierta cantidad de fuerte explosivo al interior del buque, se da cada vez mayor importancia y se presta toda la atención que merece a la protección horizontal del barco de combate. No ha contribuído poco a esta nueva manera de considerar la protección, la posibilidad de atacar los buques con fuegos verticales, no sólo de los fuertes y baterías terrestres, sino también de piezas que pudieran llevar los barcos con este objeto. A evitar los daños de esta clase de tiro han de contribuir la protección interior, la derivada del combustible, y muy especialmente la coraza horizontal. Se ha derivado la protección debida al combustible, en cierto modo, de la gran anchura de los barcos de combate, iniciada con la adopción del tipo *Dreadnought*. Respecto al aumento de las cubiertas blindadas, todas las noticias son de que en los nuevos tipos de buques se refuerzan en grado sumo. También la anchura de la faja blindada y la de la ciu-

dadela ha sido preciso aumentarla. En Inglaterra se ha llegado hasta 2 ms., y se hace preciso alcanzar esta dimensión y aun aumentarla para proteger todo lo posible cuanto hay debajo de la línea de flotación. En buques como el *Delaware*, de los Estados Unidos, el acorazamiento vertical tiene una altura de 5,436 metros por encima de la línea de flotación y 1,48 por debajo de ella. En este barco, botado al agua en 1909, el valor de la protección vertical se acrecienta con el espesor del combustible en una medida de un cuarto de la anchura total del buque. Los acorazados españoles, construídos actualmente en El Ferrol, llevan su protección vertical desde 1,20 por debajo de la línea de flotación hasta 5,00 por encima de la misma línea, y con espesores variables de 229 a 152, y, por último, a 76 mm. en la parte de la ciudadela, donde va la artillería media. Estos espesores se refieren a la zona central del buque, pues que disminuyen, como es sabido, desde ésta hasta proa y popa, en cuyos extremos los 229 milímetros de aquélla se convierten en 102.

Llevan, además, estos acorazados sobre la línea de flotación, y por debajo del piso de la artillería media, un espesor de combustible de unos 4 ms. No deja de contribuir éste a la defensa; se estima generalmente que un metro de carbón equivale a 21 mm. de coraza Krupp. Con este dato se puede calcular la protección que, en acero Krupp, ofrecen los acorazados españoles. En primer término, los 229 mm. de espesor de coraza; después, los 35 mm. de la parte inclinada de la cubierta, y, por último, los 98 mm. a que equivale la protección de 4 ms. de combustible; el total general es de 362 mm. de coraza Krupp. La plancha vertical de espesor medio y pequeño, como se encuentra en la batería de proa y acorazamiento de popa, ha perdido, en gran parte, mucha de su fuerza defensiva; sólo puede servir para rechazar a grandísima distancia las granadas de la artillería pesada, o las semiperforantes cargadas con explosivos. Se la ve en los buques de combate con diferentes espesores, desde 229 a 102 mm., y es la parte

del acorazamiento vertical que sigue en orden de altura a la faja blindada de gran espesor, principal protección del barco. Esta coraza de espesor medio, en unión de una fuerte cubierta blindada, es la que asegura la principal protección interior del buque. Cuando obra sin la cooperación de la plancha acorazada horizontal, necesita, al menos, un espesor de 180 mm. para resistir las granadas pesadas a las grandes distancias de combate.

* * *

Por primera vez aparece la turbina de vapor, como elemento de propulsión en los buques de línea, con el *Dreadnought*. Sus propiedades capitales, las que la diferencian de la máquina de movimientos alternativos, son varias, y entre ellas sobresale la posibilidad de lograr grandes velocidades, mayores, quizás, de las que se pueden alcanzar con las de cilindros, y la mayor economía de carbón con altas velocidades de marcha, que no se manifiesta de igual modo en las medias e inferiores. De modo que, si aún se quisiera aumentar la rapidez de los cruceros y torpederos, sería necesario dotar a estos tipos de buques de la turbina de vapor. El caso de los de combate no es el mismo, toda vez que el *Dreadnought*, con su velocidad de 21 millas, la hubiera logrado de igual modo con la máquina de movimientos alternativos. El único inconveniente con que se hubiera tropezado hubiera sido el del mayor espacio requerido por la máquina de cilindros, en sentido vertical, demandando también una protección especial, una especie de cúpula acorazada. Según la Memoria de construcción del *Dreadnought*, las ventajas obtenidas con la adopción de la turbina son las siguientes: economía de peso, sencillez de construcción, mayor seguridad contra las roturas y accidentes, marcha más suave, reducción del local ocupado por las calderas, a causa de la mayor economía de combustible, cuando las turbinas marchan a grandes velocidades. Si a éstas añadimos la ausencia de condensación del aceite, de particular importancia para la conservación de

las calderas; la carencia de las vibraciones, derivadas de la misma máquina, y el escaso consumo de aquellas materias que son necesarias para su marcha, tendremos condensadas todas las ventajas que ofrece la turbina de vapor. Ahora bien, y mientras sus condiciones no mejoren, tiene en su contra el gran consumo de combustible a pequeñas y medias velocidades, que son las corrientes y económicas de los buques de combate en tiempo de paz. En este punto, con efecto, no puede luchar con las máquinas de movimientos alternativos. Hasta tal punto aventaja ésta a la turbina, que, en los Estados Unidos, barcos de recientísima construcción, como el *Delaware*, llevan las antiguas máquinas verticales en lugar de las turbinas. De ensayos verificados se dedujo que mientras el *Delaware*, con la antigua máquina y un consumo de carbón de 2.500 toneladas, recorría, a 12 millas de velocidad, 9.300 millas, el *Dreadnought*, con 2.700 toneladas de consumo, a 13 millas, solo recorrió 6.020 millas.

*
* *

Todas las potencias del mundo, grandes, medianas y pequeñas, desarrollan de manera formidable sus armamentos marítimos. Lo mismo las grandes naciones, con intereses coloniales extensísimos, como Inglaterra, Francia, Alemania y los Estados Unidos, que el Japón, Italia, Austria-Hungría y España, que las Repúblicas Suramericanas, Brasil, Chile y la Argentina, se apresuran, las unas a fortalecer más y más su poder naval, y las otras a iniciar su creación con más o menos alientos, según los recursos financieros con que cuentan. Pero en este excepcional movimiento o tendencia en pro del poder naval, llama y concentra verdaderamente la atención de cuantos con atentísimo interés siguen estas cuestiones, la lucha entablada entre Inglaterra y Alemania por alcanzar la supremacía marítima. Y llama tanto más la atención esta lucha, por los caracteres que reviste. Hasta ahora, toda nación en posesión completa de todos los atributos de la soberanía, era muy

dueña de dar a sus armamentos navales o terrestres toda la extensión que a sus intereses o miras políticas conviniese, sin que ninguna otra potencia tuviera para qué intervenir. Cierto que, cuando alguna nación se imaginaba que los armamentos de otra iban dirigidos contra la primera, se apresuraba a pedir explicaciones sobre aquellos armamentos, y si éstas no satisfacían, la guerra era inminente. Mas ahora, el cuadro que ofrecen Inglaterra y Alemania es muy distinto: siempre con la idea de conservar la paz a todo trance, los armamentos se prosiguen con la actividad y en la medida que permiten los recursos financieros de los dos países, y con la particularidad característica de que, al llevar a las Cámaras los presupuestos de Marina, siempre los ministros del ramo, bien de motu proprio, o bien instigados por los miembros del Parlamento, se permiten críticas y observaciones sobre la política naval constructora de la otra potencia. En esta lucha de palabras, indudablemente la nación que se muestra más agresiva es Inglaterra: sus consejos, sus apreciaciones de la política de construcción naval alemana son un tanto impertinentes. El actual ministro de Marina inglés, Mr. Winston Churchill, joven de una acometividad portentosa, ha llegado en su discurso de Glasgow, como ya dijimos en nuestro primer artículo, a la afirmación de que así como una poderosa escuadra era esencialísima para asegurar la vida del pueblo inglés, la alemana era cuestión de puro lujo. Claro es que semejantes afirmaciones causan poca o ninguna impresión en Alemania, que sigue impávida la ejecución de sus leyes de construcción naval, sin disminuir, ni aun siquiera en un simple destructor o submarino, sus programas navales. Y todo cuanto dicen los ministros de Marina ingleses, más que otra cosa, parece poner de manifiesto el temor que a la poderosa y sin rival nación inglesa causa el creciente poder naval de Alemania. Y es verdaderamente para llamar la atención esta lucha: Alemania, sin tradiciones marítimas guerreras, excepto algunos combates navales de la Edad Media, en los tiempos de la Hausa, con no muy dilatadas cos-

tas en el continente europeo, lucha y se afana por conquistar el primer puesto en el mar, arrebatándoselo a la que lo poseía y posee, incontestablemente, desde hace más de un siglo. Los hombres sensatos de ambos países, ante la magnitud de los gastos que entraña esta lucha, han tratado de que las dos potencias se entiendan, que cambien impresiones, que se expliquen sobre las diferencias que puedan separarlas, si es que existen, y se llegue a una inteligencia que ponga un cierto veto a las construcciones navales. A esto obedeció la visita del ministro de la Guerra inglés, Lord Haldane, a Berlín, en el mes de Febrero, y sus conferencias con el Emperador Guillermo y sus ministros. Muchó se habló de esta visita, y aun cuando nada positivo se sepa de lo tratado en las conferencias, sus resultados, al fin y al cabo, han sido nulos o casi nulos. Y decimos esto, porque de nuevo el ministro de Marina, Mr. Winston Churchill, al llevar a la Cámara de los Comunes los presupuestos de su departamento para el ejercicio de 1912-13, en la magistral exposición que de ellos hizo, volvió de nuevo a alardear de sus intenciones provocativas, respecto de Alemania. Una vez más hizo saber que Inglaterra no se quedaría nunca detrás de Alemania, en cuanto se refiere a construcciones navales, y añadiendo que la Gran Bretaña se proponía siempre ser superior en un 60 por 100 a los programas alemanes. Esta declaración categórica parece demostrar, de una manera indudable, que las esperanzas de una inteligencia amistosa han desaparecido, y que la lucha va a seguir, cada vez más ardiente, entre los dos pueblos, con gran contentamiento de las Ligas navales y de los patriotas exaltados.

Bien demostrada parece la actual superioridad naval inglesa, y tranquilos debían quedar los *jingoistas;* pero no faltan espíritus inquietos que entretienen la desconfianza, haciendo circular las noticias más estupendas, respecto de la rapidez de construcción de los astilleros alemanes, y suponiendo que, para una determinada fecha crítica, la Marina alemana, unida desde luego a la de Austria-Hungría y a la de Italia; en una pa-

labra, la Marina de la Triple Alianza será muy superior en *Dreadnoughts* y *Super-Dreadnoughts* a la de la Gran Bretaña.

No es cosa fuera de duda que el Tratado de la Triple Alianza obligue a Italia a luchar con la Gran Bretaña, en el caso de una guerra de ésta con Alemania. Más seguro es contar con la ayuda eficaz de Austria-Hungría: los términos del Tratado; los servicios tan grandes prestados por Alemania a esta última potencia durante la crisis de la anexión de Bosnia y Herzegovina; los intereses comunes de los dos pueblos y la amistad de los dos emperadores, y, sobre todo, la de Guillermo II con el archiduque Francisco Fernando, heredero del Imperio austriaco, no dejan lugar a duda de que, si surgen diferencias y estalla una lucha entre Alemania e Inglaterra, las fuerzas navales austriacas combatirían al lado de las alemanas. La fecha señalada como crítica y propicia para una guerra es el año de 1915. En éste finará la Alianza del Japón con Inglaterra, y quedarán terminados, según todas las probabilidades, los canales del mar del Norte y de Panamá. Pero lo cierto es, que los pesimistas augurios de muchos ingleses que ven surgir los *Dreadnoughts* y *Super-Dreadnoughts* de los arsenales alemanes, como por arte mágico, no se realizarán. Hay muchos motivos para asegurarlo; la mayor rapidez con que los Astilleros oficiales y privados ingleses construyen acorazados y grandes cruceros, y la actual superioridad de Inglaterra, no sólo en *Dreadnoughts*, sino en buques del tipo anterior con menos de veinte años de vida y capaces de desempeñar brillante papel en los combates navales.

Según declaraciones del ministro de Marina en la Cámara de los Comunes, y según también las declaraciones de Sir William White, antiguo e ilustre jefe de construcciones navales en el Almirantazgo inglés, los astilleros británicos son capaces de terminar un acorazado o un crucero de las mayores dimensiones en un plazo de veinticuatro a veintisiete meses, que comprende desde la orden de construir hasta la fecha de entrega del buque, listo para prestar servicio. Es preciso tener

en cuenta que las pruebas de velocidad y las de artillería deben hacerse algunos meses antes de la entrega definitiva, empleándose este intervalo de tiempo en el examen de la maquinaria y en completar detalles de estructura y ajustes.

En Alemania, el tiempo ocupado en la construcción de los buques de línea desde la fecha de la orden hasta la de entrega definitiva, ha sido en estos últimos tiempos, de treinta meses, como mínimo, y de treinta y cinco como término medio; los ensayos estipulados en el contrato, tanto para velocidades como para artillería, han comenzado en fechas que variaban de veintiséis a treinta meses, a partir de la orden de construcción.

Como se ve, la diferencia entre los dos países es de ocho meses a favor de Inglaterra.

Aún no se satisfacen los críticos del Almirantazgo inglés con estas seguridades: aún hablan de aceleraciones secretas en los astilleros alemanes, y aún se les contesta que a estas aceleraciones de construcción debe acompañar el voto de créditos correspondientes, puesto que a toda ley naval acompañan los créditos necesarios para su ejecución, con especificación de lo que ha de ser gastado en cada ejercicio económico. La verdad es que este argumento tendría gran fuerza si los Gobiernos cumpliesen estrictamente las leyes; pero el alemán precisamente, cuando cree segura la mayoría del Parlamento en favor de sus planes, no vacila en ordenar la construcción de un material de guerra que no haya sido aún acordada por la Cámara, o en acelerar la fabricación si así conviniere. Los descontentadizos críticos del Almirantazgo inglés, anhelarían que el Gobierno alemán pusiese de manifiesto ante el inglés todo su pensamiento en la ejecución de un nuevo plan naval, y aun le avisase de toda variación introducida. Algo efectivamente de esto se ha hecho durante algún tiempo por los dos Gobiernos; pero tal línea de conducta tuvo fin cuando el Almirantazgo inglés proyectó el *Dreadnought*. Se creyó que este buque iba a causar una verdadera revolución en la guerra naval, y se observó el

mayor secreto en cuanto se refería a su trazado y armamento, no comunicando a las Cámaras ninguna noticia sobre el particular y, de consiguiente, mucho menos a Alemania. Siguió esta nación el camino que le mostraba su rival, y desde aquella fecha en adelante se dejó de publicar los datos referentes a los buques cuya construcción se comenzaba en los astilleros.

Si se quiere formar una idea de lo que eran en el pasado año las fuerzas navales de la Gran Bretaña y las de la Triple Alianza, en barcos de combate, podemos establecer el siguiente cuadro formado por Sir William White, teniendo presente que la denominación de barcos de combate comprende acorazados y cruceros acorazados.

NACIONES	CLASE DE BUQUES	Número de buques.	Desplazamiento. — *Toneladas.*	Fuerza en caballos.	ARTILLERÍA	
					Parada.	Secundaria
Gran Bretaña.	Dreadnoughts	12	222.000	356.000	112	188
	Ante-Dreadnoughts	74	996.000	1.394.000	280	832
	Totales	86	1.218.000	1.750.000	392	1.020
No se incluyen en el estado ocho buques del tipo *Royal Sovereign.*						
Alemania	Dreadnoughts	9	180.000	296.000	100	108
	Ante-Dreadnoughts	31	354.000	538.000	98	454
	Totales	40	534.000	834.000	198	562
En esta nota se incluyen cuatro *Dreadnoughts* que se estaban completando a mediados de 1911, y también dos *Ante-Dreadnoughts* de más edad aún y menos poderosos que el *Royal Sovereingn.*						
Austria	Ante-Dreadnoughts	15	133.000	230.000	73	177
Italia		19	187.000	330.000	47	258
Alemania y Austria	Dreadnoughts	9	180.000	296.000	100	108
	Ante-Dreadnoughts	46	487.000	768.000	171	631
	Totales	55	667.000	1.064.000	271	739
Triple alianza	Dreadnoughts	9	180.000	296.000	100	108
	Ante-Dreadnoughts	65	674.000	1.098.000	218	889
	Totales	74	854.000	1.394.000	318	997

Antes de pasar adelante, importa advertir que se denomina en este cuadro artillería pesada a los cañones desde el calibre de 23,4 inclusive en adelante, y secundaria a las piezas desde el de 20,3 inclusive e inferiores.

Desde luego, que, para formarse idea de lo que serán las Marinas de las cuatro potencias de que nos estamos ocupando, en Abril de 1915, será preciso añadir a los cuadros que acabamos de establecer otro que contenga los en construcción de las mismas potencias, y que seguramente han de estar en disposición de prestar servicio en la fecha indicada, y los que de Inglaterra y Alemania se pongan en trabajo durante todo el año de 1912 y los tres primeros meses de 1913, y para Alemania en la primera mitad de 1912, porque según la rapidez de construcción de que antes hemos hablado, característica de cada país, estarán terminados para la primavera de 1915.

En el pasado año de 1911 se construían en los astilleros oficiales y privados de Inglaterra, Alemania, Austria-Hungría e Italia, los buques de combate expresados en el siguiente cuadro, entendiéndose que todos son del tipo *Dreadnought* o más bien *Super-Dreadnought*.

Naciones.	Barcos.	Desplazamiento.	Energía en caballos.	ARTILLERÍA	
				Pesada.	Secundaria
Gran Bretaña y Australia	15	340.000	600.000	140	300
Alemania	8	200.000	300.000	90	100
Austria	4	80.000	100.000	48	48
Italia	4	85.000	110.000	51	74

Según los datos estampados en el *Libro de bolsillo de la Marina alemana para 1912*, se observa que, al comenzar el año de 1915, Inglaterra tendrá treinta y dos buques de combate, acorazados, y cruceros acorazados de los tipos *Dreadnought* y *Super-Dreadnought*. De éstos, los cuatro acorazados del presupuesto de 1911-12, con un desplazamiento de 27.000 toneladas,

montarán 10 cañones de 34,3 cm. y 10 de 19,2; y su longitud o eslora de 176,8 metros. Las otras características de los buques se desconocen. Los cruceros acorazados del mismo presupuesto tendrán desplazamiento de 26.800 a 30.000 toneladas, con velocidad de 28 millas, montando 8 cañones de 34,3 cm. y 16 de 10,2, con cinco tubos lanzatorpedos de 53 cm. de diámetro, cuatro de costado y uno a popa. La máquina propulsora será del tipo de turbina con una energía de 70.000 caballos: la eslora alcanzará 205,9 metros, 26,4 la manga y 8,2 la parte sumergida. Además de los barcos enumerados, Inglaterra contará, como ya hemos dicho, para la primavera de 1915, con todos los buques empezados a construir en este año de 1912 y en los tres primeros meses de 1913, cifra que podrá ser mayor o menor, según la Marina alemana coloque más o menos quillas en el actual ejercicio.

Alemania dispondrá en la misma fecha de veintitrés *Dreadnoughts* listos para el servicio, incluyendo ya en este número los dos que, según la ley naval de 1908, han de empezarse en 1912. De estos buques, el *Libro de bolsillo de la Flota alemana*, no indica característica alguna. Austria-Hungría e Italia poseerán cuatro cada una de ellas; de modo que, sumados a los 23 alemanes, se obtendrá un total de *Dreadnoughts* para la Triple Alianza, en la primavera de 1915, de 31. Como se echa de ver, desde luego, si Inglaterra no empezase la construcción de ningún acorazado en este año, la diferencia entre sus fuerzas marítimas y las de la Triple Alianza sería bien pequeña: de dos *Dreadnoughts* solamente, y casi casi la alarma de los pesimistas ingleses estaría justificada, si no se tuvieran presentes ciertas consideraciones. En primer término, que este año, como el anterior, se han de colocar las quillas a tres o cuatro acorazados que se terminarán antes de Abril de 1915. En segundo lugar, no es absolutamente seguro, como ya se ha dicho, que Italia ayude a Alemania con su flota en una lucha con Inglaterra. Tomando en cuenta estas dos consideraciones, la superioridad de Inglaterra sobre Alemania y Austria-Hun-

gría reunidas, sería, por lo menos, de 10 *Dreadnoughts* en 1915. Mas no es en este punto solo donde aparece la superioridad británica: en los *Ante-Dreadnoughts*, se manifiesta con mayor realce. Si se descartan todos los buques que en 1915 hayan cumplido veinticinco años, edad máxima adoptada por el Almirantazgo alemán, el cuadro siguiente nos dará el número de *Ante-Dreadnoughts* de que dispondrán Inglaterra y las potencias de la Triple Alianza en la primavera de 1915.

Potencias.	Buques.	Desplazamiento. — *Toneladas.*	Energía. — *Caballos.*	ARTILLERÍA	
				Pesada.	Media.
Gran Bretaña.....	65	860.000	1.300.000	244	724
Alemania.....	29	335.000	520.000	86	446
Austria-Hungría.....	11	112.000	190.000	61	149
Italia.....	15	156.000	275.000	43	192

Como vemos, aparece una diferencia de 10 buques y 90 cañones de grueso calibre en favor de Inglaterra, y de 63 de mediano calibre a favor de la Triple Alianza. Si descartamos a Italia, la diferencia a favor de Inglaterra será de 25 buques con 97 piezas de grueso calibre y 129 de mediano. Desde luego, es bien evidente la superioridad británica, y, por lo menos en la fecha indicada de 1915, nada tendrá que temer. Donde realmente no aparece la superioridad es en la clase de pequeños cruceros, destinada, como es sabido, a servir de avisos y exploradores a las flotas de guerra y a proteger el comercio y las comunicaciones. Que su papel en las guerras marítimas es importantísimo, no cabe dudarlo, y la Historia está a su lado para demostrarlo. ¡Cuántas veces no se quejó Nelson durante las luchas napoleónicas, de la falta de fragatas que le impedía conocer, como hubiera deseado, los movimientos de sus adversarios! Cierto que los modernos desarrollos de las máquinas propulsoras, la telegrafía sin hilos y algunos otros detalles de la dotación del buque de guerra, a pesar de su importancia, han dejado intacto el principio funda-

mental de que son necesarios tipos especiales de cruceros, y más aún que para asegurar el éxito de las operaciones navales, es condición esencial disponer de un gran número de semejantes buques.

Durante los años 1903-1909 abandonó el Almirantazgo inglés la construcción de cruceros protegidos: algunos buques de este tipo fueron borrados de las listas oficiales, disminuyendo, por tanto, el número considerablemente. En el ejercicio de 1908-1909 volvió de nuevo a emprenderse la construcción de estos barcos, y en la actualidad, la Marina inglesa dispone de 17 cruceros que no exceden de diez años de vida. Alemania, en cambio, tiene hoy 23 y 6 en construcción: en este último estado cuenta Inglaterra 9, incluyendo 6 repartidos en dos grupos de a tres para el Canadá y la Australia.

Lo que demuestra que nada se ha adelantado con la visita de Lord Haldane a Berlín, es lo ocurrido con el destino dado al superávit inglés del ejercicio pasado. Por vez primera se vanagloriaba el ministro de Hacienda al llevar a la Cámara de los Comunes el presupuesto del año actual, de un superávit de 162 millones de pesetas oro, y en el curso de su exposición dijo que, lejos de emplearlos en amortizar deuda pública, quedaban a disposición del ministro de Marina, para acudir a los presupuestos extraordinarios que en el curso de este ejercicio o de los subsiguientes pudieran ocurrir. Ventaja, y bien grande, a favor de Inglaterra, es la empeñadísima lucha actual con Alemania, para sostener y conservar el señorío de los mares, mientras que ésta, para realizar sus proyectos de elevar en un 50 por 100 sus escuadras de combate en las aguas de la Metrópoli, se verá obligada a establecer nuevos impuestos, cuya votación por el Reichstag no es muy segura. Cierto es que Inglaterra demandará a los contribuyentes, en los años sucesivos, créditos mayores que los pedidos con destino a la Marina en el actual ejercicio. Cierto también que el ministro de Hacienda no anunciará, dentro de un año, a la Cámara una tan brillante liquidación del ejercicio económico: la gigantesca

huelga de los mineros, y sus perturbaciones consiguientes en las demás industrias, que son casi todas las restantes inglesas, y los demás conflictos entre el capital y el trabajo, que ya se anuncian por los agitadores socialistas como muy probables en todo este año, son otros tantos indicios de que la recaudación en el actual año económico, no alcanzará las elevadas cifras del pasado. Mas, hoy por hoy, las ventajas financieras están de parte de Inglaterra. Y a fe que bien lo necesitará la Gran Bretaña. Porque su rival, como consecuencia del mayor número de barcos que va a construir en estos años próximos, intenta reforzar la Escuadra verdaderamente de alta mar, estacionada en aguas de la Metrópoli, y que consta de dos divisiones o escuadras de ocho acorazados cada una, formando un total de 17, incluyendo el buque insignia del jefe de las dos escuadras, con otra división de ocho más. Y si a esto se añade que la escuadra de cruceros será de 10 acorazados del tipo *Dreadnought*, la suma total de buques de combate, en brevísimos años sera de 35 de la clase mencionada.

Para tripular los nuevos barcos necesario es que los alemanes eleven sus actuales efectivos de oficiales y tripulantes, y provean a todas las demás necesidades derivadas de este aumento.

Fácil es comprender que el Almirantazgo inglés no se habrá dormido en presencia de estos planes, con que parece contestarse por Alemania a las rotundas afirmaciones de Mr. Winston Churchill; ya se anuncia públicamente, y se detallan las unidades con que será preciso aumentar las flotas de la Metrópoli para responder al programa alemán. Los aumentos serán los siguientes: Un acorazado, como buque insignia, del comandante en jefe de la Escuadra de la Metrópoli; dos acorazados para la Escuadra del Atlántico, la cual será traída desde Gibraltar a Inglaterra para reforzar las de la Metrópoli; una nueva de ocho acorazados para reforzar eventualmente la primera Escuadra; una nueva de cruceros acorazados, que debe ser también añadida a la flota anterior; dos acorazados más,

para aumentar la Escuadra del Mediterráneo, y a la que se agregará una división de cruceros acorazados. Y, por último, se pondrán en activo servicio un gran número de torpederos y submarinos.

Fácil es darse cuenta, en efecto, del gravamen sobre los presupuestos que estos aumentos implican, especialmente en lo que se refiere al personal; porque, como hace muy bien notar el *Daily Telegraph*, mientras que Alemania obtiene sus hombres mediante la ley de servicio obligatorio, Inglaterra nutre las tripulaciones de sus barcos, lo mismo que las filas de su ejército con voluntarios, y como se requieren seis años para formar un marinero, preciso será que comience desde luego a preparar e instruir estos futuros tripulantes. Y lo mismo ha de hacerse con los oficiales. Es realmente colosal el esfuerzo ineludible si Inglaterra, como parece decidida, quiere mantener la supremacía sobre Alemania en la medida tantas veces indicada. ¿Cómo terminará esta lucha titánica? No es fácil preverlo: se provocará la guerra por la Gran Bretaña, como algunos patriotas ingleses han aconsejado, antes de que Alemania y Austria acaben de prepararse y sea más sencillo vencerlas? Muy problemático es que esto suceda con Gobiernos tan prudentes y de buen sentido como son los alemanes; no es fácil se dejen llevar por la prensa y los *jingoistas* de su país, y no habían de ofrecer el más mínimo pretexto para llegar a cuestiones cuya única solución honrosa fuera la guerra.

Inglaterra, indudablemente, si Alemania no llevase sus armamentos navales en la medida actual, si consintiere en reconocer la supremacía naval de la primera, no pondría dificultad en vivir cordialmente con el Imperio teutónico. Tienen en general los ingleses mayores simpatías por los alemanes que por los franceses. No se borran fácilmente los recuerdos de tantas luchas en la Edad Media y en la Moderna, y la inteligencia cordial no parece tener muy hondas raíces en los dos pueblos. Y, sin embargo, hay síntomas de que esa inteligencia cordial trata de convertirse en alianza, a consecuencia del fracaso de las

negociaciones de Lord Haldane. Cuando se negoció el actual *modus vivendi*, algunos políticos ingleses hubieran deseado convertirla en alianza; más en Francia por aquel entonces, se pensó que siendo lo más interesante para ella disponer de grandes fuerzas militares que oponer a los ejércitos del Kaiser, en ese punto especial la ayuda de Inglaterra no sería de gran valor, toda vez que, a lo sumo, podría llevar al Continente 150 ó 160.000 hombres, y tratándose de los ejércitos de Alemania y Francia, movilizados con todas sus reservas, esas cifras representaban bien poco, aun cuando, como se había pensado, desembarcaran en el mar del Norte y atacaran por la espalda a los alemanes. Se perciben síntomas, en la actualidad, de que se desea, por parte de Inglaterra, no sólo conservar la inteligencia, sino estrecharla por lo menos, ya que había quedado un tanto quebrantada al terminar la crisis del verano de 1911. Los síntomas observados probarían, al fin y a la postre, que Inglaterra no quisiera encontrarse sola en la futura lucha naval, o por lo menos contribuir a evitarla, aliándose a Francia. Esta nación, que había descuidado un tanto su Marina, sobre todo después de la inteligencia cordial con la Gran Bretaña, ha encontrado en Mr. Delcassé, el hombre inteligente y de gran carácter que hacía falta a la Marina francesa para levantarla del estado en que se encontraba. Lo mismo en su energía para corregir faltas en la administración de los arsenales, en sus talleres, en los servicios de las pólvoras, que en sus planes de desarrollo de la Escuadra, ha mostrado de lo que es capaz un hombre alentado por el patriotismo y con la mente siempre fija en la revancha. Este Ministro ha llevado a las Cámaras un proyecto de construcciones navales que implica un gasto de 1.400 millones de francos. Su aprobación no ha sido difícil: se encuentra ahora la nación francesa en un período de fiebre patriótica, mantenida hábilmente desde el Ministerio, y sobre todo, por la mayor parte de la Prensa, y en este ambiente, claro es que ha de prosperar sin dificultad cuanto tienda a aumentar el poder marítimo de la Francia.

Si la alianza ofensiva y defensiva entre Inglaterra y Francia se realizase, sería, indudablemente, una grandísima contrariedad para Alemania; pero, ¿es que ésta y Austria-Hungría han dicho ya su última palabra?

LEANDRO CUBILLO.

LA AMÉRICA MODERNA

El militarismo y el imperialismo. Su carácter en Europa. El ejemplo de Alemania. Economistas e historiadores alemanes. El poder naval alemán según Adolfo Wagner. El imperialismo en Suramérica. El A B C suramericano; su desenvolvimiento. Fundamentos y posición internacional de la Argentina, Brasil y Chile.—La cuestión del Putumayo y Pío X.—La región amasónica del Perú. Estado de la población.—El socialismo argentino y la legislación obrera.—Desarrollo económico de la Argentina, 1911 y 1912. Riqueza vitivinícola. Distribución geográfica.—El Ecuador y el Canal de Panamá.

El pacifismo antimilitarista es un producto de la mezcla de vagos sentimentalismos y de visiones utópicas que se funden en concepciones abstractas que no tienen punto de contacto alguno con la realidad. El Zola de trabajo escribe como un visionario lleno de hinchazones líricas; sus capítulos son de vuelo aerostático; pretende caminar soñando y avanzar en la vida lanzándose por campos imaginarios; toda la actividad industrial la convierte en artes de la paz; sus fábricas producen rieles, no granadas. En una novela de sus tiempos de vigor, en la *Dêbacle,* describe el ejército francés como una manada de leones dirigida por asnos; los generales no saben Geografía, las granadas de los cañones franceses estallan a mitad de la trayectoria, la administración militar suministra cartuchos malos, los médicos son insuficientes; todo lo contrario ocurre en las filas alemanas. En aquella novela, el lector ter-

mina empalagado por la literatura de infantil optimismo; en ésta, la primera deducción que se hace es la de condenar la ausencia total de previsión francesa. Una obra significa experiencia; la otra, delirio imaginativo; después de la lectura de ambas, la convicción que prevalece es la de la necesidad de precaverse mediante todas las artes racionales contra los peligros que amagan a una nación. Al final de todo género de reflexiones, como pensador imparcial, repito la sentencia clásica, *si vis pacem para bellum*.

La paz armada trae consigo grandes gastos que son inevitables, pero que pueden considerarse como precio de un seguro nacional, y éste como condición indispensable del desarrollo del país. No es la busca de la gesta guerrera, de la aventura legendaria, lo que empuja a muchos países por el camino del imperialismo, que en definitiva no es más que la realización de un desenvolvimiento. Las opiniones emitidas por los más eminentes economistas e historiadores alemanes en el último quinquenio del siglo XIX, a propósito de los planes de construcción de la escuadra imperial, dan a conocer hasta la saciedad la significación nacional de las orientaciones imperialistas. Los economistas se llaman Gustav Schmoller, Max Sering, Adolph Wagner, v. Halle, Hermann Schumacher, K. Lamprecht, Richart Ehrenberg, Ernest Francke, Paul Voigt. Todos sus trabajos, compilados y publicados en Alemania, sirvieron de base científica para la defensa de los planes de desenvolvimiento del poder naval del Imperio (1).

Es Wagner el que escribe. Tenemos fuerza suficiente en el ejército, pero no en el mar; nos parecemos a un hombre que solo puede utilizar para su defensa un brazo libre, no los dos. Contra un bloqueo no podríamos hacer nada, defender nuestros puertos del Norte, asegurar nuestra exportación, la importación de alimentos, el trabajo de nuestra población; como miembro de la economía mundial, la economía nacional ale-

(1) *Handels und Machtpolitik*, Stuttgart, 1900.

mana es completamente precaria. Los fundamentos de este desenvolvimiento son políticos y económicos. Los gastos de ejército y marina, dentro de las relaciones totales de la vida del Estado y de la vida económica, son los supuestos necesarios de otros gastos y de otros fines. *Primeramente seguridad, protección y el poder necesario para ello; después el Fomento del bienestar y de la cultura, que sin aquella seguridad no pueden tener consistencia alguna.* El olvido secular que nosotros los alemanes hemos tenido para estas sencillas reglas de vida política y económica, nos ha acarreado daños políticos, económicos y culturales. Alguna vez hemos de aprender la Historia. Los gastos necesarios para el ejército y la armada pertenecen precisamente a los gastos necesarios de la economía alemana, son la consecuencia necesaria de relaciones dadas.

El insigne profesor Adolfo Wagner afirma terminantemente que es una locura lamentar tales gastos, como lo sería igualmente el que en un país expuesto a las inundaciones del mar y de los ríos, como Holanda, se clamase contra los gastos de defensa en construcción de diques, y se pretendiese ahorrar cada vez más. En tal caso, no solamente se sepultaría su florecimiento, sino también su existencia. Lo mismo puede decirse de los gastos relativos al poder en tierra y en mar.

No solamente se hace la impugnación de la cuantía de los gastos militares, sino también la de su improductividad. No pueden considerarse como gastos improductivos, si bien no caen en la categoría de rentables, como son los ferrocarriles, por ejemplo. «Directa e indirectamente reproducen económicamente su valor en el efecto total para nuestra economía y para la vida total del pueblo y del Estado», escribe Wagner. La improductividad del trabajo inmaterial y de los servicios del Estado es una falsa doctrina. Todo lo que reclama el empleo de medios económicos para asegurar las condiciones de vida de una nación, de su Estado, de su economía, y para crear y mantener capaces las instituciones necesarias, es productivo. Esto puede decirse en la cuestión de los gastos militares.

Después de tratar los fundamentos generales del desarrollo militar de grandes Estados, como Alemania, el resto de los grandes escritores, antes mencionados, acomete la empresa de examinar la pluralidad de cuestiones conexas al tema. De todo ello se deduce que el llamado militarismo europeo, sobre todo cuando se hace referencia a Alemania, es una denominación impropia, porque no es la magnitud militar lo que determina la aparición del militarismo, sino la suplantación de los poderes civiles por los elementos militares en la gobernación de un Estado; el militarismo es la oligarquía de las espadas, no la abundancia de las mismas. En este sentido puede decirse que en Nicaragua hay militarismo, y en Alemania, no. El llamado militarismo europeo y el imperialismo, no es una tendencia guerrera, propia de pueblos invasores, sino una exigencia nacional, ya buscando la expansión por plétora de vida, ya la seguridad del país dentro del sistema político internacional en que está comprendido. Esto ocurre en el imperialismo europeo.

En la América hispánica, la orientación imperialista va acentuándose, si bien ofrece particularidades que le diferencian del imperialismo europeo. Ahí está el ejemplo del A B C suramericano.

El A B C suramericano significa la unión de las repúblicas suramericanas Argentina, Brasil y Chile. Algunos han señalado como origen de tal idea de alianza, la reacción de los países americanos del Sur, ante la actitud de las grandes potencias europeas en los conflictos provocados por la falta de cancelación de deudas de Estado; la reacción ante el imperialismo norteamericano señalan otros como causa... En el fondo no es más que el instinto de conservación lo que impele a las repúblicas suramericanas a intentar su unión, y aumentar los respectivos armamentos. La cuestión de las Orcadas, entre la Argentina y la Gran Bretaña; la reclamación Alsop, entre los Estados Unidos y Chile; la cuestión sanitaria, entre Italia y la Argentina, son demostraciones de la suerte a que pueden estar

abocadas las repúblicas suramericanas. La menor falta cometida, se dice en América, voluntaria o involuntaria, contra los súbditos o los intereses de los grandes Estados, ha determinado inmediatamente el envío de un *ultimátum*, y no pocas veces la humillación del país americano. Las repúblicas del Centro, sobre todo, ofrecen muchos ejemplos de esto. He aquí la serie de hechos sobre los cuales se desenvuelve la idea de la unión o alianza del A B C suramericano, que en realidad no es sino el principio de un imperialismo suramericano.

La muerte del ex-canciller brasileño, barón del Río Branco, escribe P. A. Monjas, en *España y América* (Setiembre de 1912), debe considerarse como punto de partida de los nuevos derroteros en que ha entrado la política suramericana, y que ha motivado el que se haya reproducido con entusiasmo sin igual el famoso proyecto del A B C. Está fuera de toda duda que el ex-ministro de Estado del Brasil fue enemigo declarado de la Argentina. Su política no tuvo otro móvil que aislar a ésta, vencerla y humillarla. Si este político, nefasto para la unión de los pueblos latinos del Sur, no se hubiera entregado en brazos del Gobierno de Wáshington, y no hubiera soñado con una hegemonía imposible, haría ya algunos lustros que la confederación de las tres grandes repúblicas sería un hecho. Fue un astro que llegó a deslumbrar a la opinión de su país haciéndola creer en peligros imaginarios por parte de su vecina la Argentina, y momentos antes de eclipsarse para siempre, pudo ver que sus destellos no habían llegado hasta las altas esferas. Faltaba, pues, para que pudiese hablarse con fundamento del A B C suramericano, que desapareciese la animosidad entre estos dos países hermanos, rivales y vecinos; unirlos con vínculos estrechos, obligarlos a ir de común acuerdo, en bien de sus mutuos y valiosos intereses. De esto se encargó el actual presidente, Sr. Hermes da Fonseca, nombrando canciller al ingeniero Sr. Lauro Müller, y designando al Dr. Campos Selles en calidad de ministro plenipotenciario del Brasil ante el Gobierno de la Casa Rosada. Dos nombramientos acer-

tados que han venido a disipar brumas internacionales y a iniciar una era de paz y de acercamiento en pro de la unión de las tres naciones principales de la América latina.

Comprendió el nuevo ministro de Relaciones, brasileño, la necesidad de suavizar asperezas y echar por tierra los sueños fantásticos de su antecesor, ante la imposibilidad de sobreponerse a la Argentina por carecer de dinero, armamento, y por falta de uniformidad y carácter en la raza; vió el ambiente de desconfianza que engendraba en el exterior la política de Río Branco, provocadora y ambiciosa, y, con muy buen acuerdo, sin importarle un ardite los gritos de la prensa vocinglera y de la minoría partidaria de las ilusiones del barón, y secundando admirablemente los planes del mariscal da Fonseca, mandó a Buenos Aires, como representante del Gobierno, al citado doctor Campos Salles, ex-presidente de la República, persona grata al Gobierno del Plata, de grandes méritos en la vida diplomática, muy estimada en los círculos sociales y políticos bonaerenses, que vieron en esta designación una prueba de amistad y confianza por parte del Brasil, deseoso de concluir con la propaganda alarmista y las odiosidades explotadas sin fundamento, durante largos años, con perjuicio evidente de los dos países limítrofes.

La Argentina no se quedó atrás en corresponder a este proceder amistoso e hidalgo de la cancillería de Itamaraty, y escogió para plenipotenciario uno de sus hombres más prestigiosos, político de altos merecimientos, ex-presidente de la República repetidas veces, el general D. Julio A. Roca, persona que goza de grandes simpatías en la alta sociedad, en el pueblo y en el Gobierno brasileño. Esta cordialidad de relaciones ha dado lugar a que la recepción oficial del ministro de Río haya revestido caracteres extraordinarios, en medio de las aclamaciones de la multitud, descollando en los discursos cambiados con tal motivo la nota pacificista, en que se ponderó con gran patriotismo la mutua amistad que debe reinar siempre entre las dos hermanas gemelas por la comunidad de intereses e

ideales. Después de este fausto acontecimiento, puede afirmarse que ya no existen fronteras entre los dos países: los argentinos pueden considerar su suelo como una prolongación hasta Panamá, y los brasileños, como otra prolongación de su territorio hasta el Estrecho de Magallanes.

Chile, la otra nación que entra en esta tríplice suramericana, ha celebrado este acercamiento de los dos pueblos hermanos, con los cuales mantiene las mejores relaciones. La amistad chileno-brasileña data ya de muchos años, y no se ha visto interrumpida por cuestiones de ningún género. Por lo que hace a la Argentina, desde los memorables pactos de Mayo, cada día se han ido afianzando más y más los afectos hacia su antigua rival Chile, y hoy, ¡quién lo dijera!, son los dos pueblos que, atentos al bienestar común, dan ejemplo a las demás repúblicas de verdadera confraternidad suramericana.

La Argentina tiene en construcción dos *dreadnoughts* poderosísimos, la última palabra en el arte naval, que surcarán muy pronto los mares, y trata de obtener de las Cámaras la aprobación para un tercero. Tiene en servicio tres acorazados de combate, cuatro cruceros blindados, dos cañoneros, dos fragatas, cuarenta torpederos, seis *destroyers* más a punto de terminarse en astilleros yanquis y un submarino. La armada chilena se compone: de un acorazado de combate, un buque guardacostas, siete cruceros y setenta torpederos.

En astilleros ingleses está terminándose el *dreadnought Valparaíso*, y muy pronto se pondrá la quilla del *Santiago*, con un desplazamiento de 28.000 toneladas cada uno, y además se activa la construcción de cuatro *destroyers* y dos submarinos. El Brasil no va en zaga a sus competidores, y cuenta ya en servicio con tres *dreadnoughts* formidables, siete cruceros, quince torpederos, *destroyers*, submarinos, etc.»

En 1904, el barón de Río Branco mandó construir para el Brasil veintisiete unidades de combate, inaugurando en Sur-América la paz armada. Desde entonces, roto el equilibrio financiero, aumentados sin tasa los armamentos, esas naciones

realizan un sacrificio enorme y un esfuerzo superior a sus energías, atentatorio a su bienestar económico...

Los enemigos de la tríplice suramericana objetan que no se vislumbran peligros, y huelga, por lo tanto, esta federación. Como si la prudencia no fuera una gran virtud ante los hechos que registra la Historia; como si debiéramos dejar la puerta abierta porque el ladrón no entró un día en ella, dispuesto como está siempre a hacerlo en la primera ocasión.

Otros atacan el A B C suramericano, porque amenguaría las buenas relaciones con la poderosa República del Norte. Estos son los panamericanistas, los que prefieren ir uncidos al carro de Wáshington, aunque por ello hayan de sufrir vejaciones; los que no se reconocen mayores de edad y viven a gusto con la tutoría yanqui.

*
* *

Los crímenes cometidos con los indios del Putumayo (Perú) por la *Peruvián Amazón Company*, han tenido una resonancia inmensa. Merced a ésta, se han hecho estudios sobre tal estirpe indígena; se han recordado las informaciones de tiempo realizadas sobre la antropología y psicología de tales restos de la raza incásica y, por último, el Pontífice Pío X ha publicado su encíclica titulada *De conditione indorum*.

La denuncia de tales crímenes la hizo el Gobierno inglés en un *Libro Azul*, remitido a Cancillerías y Parlamentos, en donde consta la Memoria del Cónsul inglés en Lima, Mr. Roger Casement, sobre las crueldades y crímenes cometidos con los indios del Putumayo.

Hace dos años, Mr. Hardenberg denunció en las columnas del periódico *Truth* los abusos de la *Peruvián Amazón Company*. Este artículo causó gran sensación en Inglaterra, y sir Edward Grey comisionó a sir Roger Casement, entonces Cónsul general inglés en Río Janeiro, para que investigase la verdad e informase al Gobierno británico. Las informaciones ofi-

ciales de sir Casement coincidieron en un todo con las denuncias de Mr. Hardenberg. De ellas resulta que las 4.000 toneladas de aljofifa, que dicha compañía ha importado a Inglaterra en doce años, han costado a Putumayo más de treinta mil vidas. Sus bárbaros agentes organizan partidas de caza de indígenas, en las cuales mueren gran número de indefensos indios, y toman como inocente pasatiempo el atormentarlos cruelmente, sometiéndolos a las más espantosas torturas y amputándoles los miembros horriblemente. Hombres y mujeres, niños y ancianos, llevan, según la información oficial, señales indelebles de la inhumana crueldad de estos salvajes. El Gobierno inglés y el de los Estados Unidos han pasado una nota al Gobierno peruano, pidiéndole que ponga pronto y eficaz remedio a tanta barbarie y crueldad. El *Times* propone, como el medio más eficaz para remediar el mal y evitarlo en lo sucesivo, el establecimiento en Putumayo de una misión católica, «pues — como dice el gran rotativo anglicano—el espíritu de Fr. Bartolomé de las Casas *sobrevive* en los frailes católicos». El Gobierno del Perú ha prometido su apoyo a la misión, y en Inglaterra se ha abierto una suscripción para reunir 15.000 libras esterlinas, con cuyo capital se cree asegurado su porvenir.

Relacionada con tan desagradables sucesos, circula actualmente en la prensa londinense la siguiente carta, dirigida a Mr. Asquith, Presidente del Consejo de Ministros de Inglaterra:

«Señor: Los abajo firmados, en vista de las horribles atrocidades perpetradas en el distrito del Amazonas, merced a las cuales, en un espacio de cinco años, la población india ha sido reducida, de 50.000 individuos que antes eran, a 8.000; y considerando que ésta es una marcha nefanda sobre la civilización de este siglo, y que cae en cierto grado sobre la Gran Bretaña, ya que la compañía, bajo cuya acción estas atrocidades han tenido lugar, tiene su centro general en Londres, y que el caucho obtenido por este sistema sanguinario, encuentra su mercado principal en Londres, nos permitimos llamar la atención

de usted, para manifestarle que es un deber de la Gran Bretaña, obrando de acuerdo con los Estados Unidos, tomar medidas inmediatas para poner fin a este estado de barbarie. La doctrina proclamada en 1823 por el presidente Monroe, manifiesta que los Estados Unidos verían «toda intervención de potencias europeas con el objeto de dirigir los destinos de los Gobiernos independientes del continente americano con una manifestación de disposición poco amigable hacia los Estados Unidos».

»Consideramos, por tanto, que el Gobierno británico debe pedir la cooperación de los Estados Unidos para poner fin inmediato a estas atrocidades, y para que sean castigados los culpables.»

Pío X recoge el clamor que el sentimiento de simpatía humana ha elevado ante hechos tan inauditos, y dedica a la cuestión una encíclica: *De conditione indorum*. Sus párrafos más interesantes dicen así:

«Conmovido profundamente por el estado lamentable de los indios de la América del Sur, nuestro ilustre predecesor Benedicto XIV hizo suya, como sabéis, la defensa de la causa de ellos en las Letras apostólicas *Inmensa Pastorum*, expedidas a 22 de Diciembre de 1741; y porque los males que él entonces deploraba son los mismos que Nos ahora tenemos que deplorar en muchas partes, parece oportuno recordar sus palabras. Lamenta allí, entre otras cosas, Benedicto, que aunque por largo tiempo y con solícita insistencia venía la Sede Apostólica procurando mejorar la triste suerte de los indios, aún había, sin embargo, «hombres de fe ortodoxa que, como olvidados enteramente de la caridad difundida por el Espíritu Santo en nuestros corazones, o reducen a esclavitud, o venden o despojan de sus bienes a estos pobres indios, no sólo a los privados de la luz de la fe, sino también a los regenerados por el agua del bautismo, tratándolos con tanta inhumanidad, que los alejan de la fe de Cristo y a odiarla los incitan»... Ciertamente, algo se ha hecho en favor de los indios; pero es mucho más lo que hay

que hacer. Y cuando consideramos los daños y crímenes de que son víctimas, horrorízase el ánimo y nos entristece la más profunda compasión por aquella raza infortunada. Porque ¿hay nada tan cruel y bárbaro como quitar la vida a seres humanos, a golpes de vara o con láminas candentes, casi siempre por causas levísimas y no rara vez por mera complacencia en atormentar, o caer sobre ellos con repentina violencia para hacerlos perecer a centenares, a miles, en horrible matanza, o asolar sus pagos y aldeas para acabar con los indígenas, de quienes por cierto sabemos que algunas tribus han sido en los últimos años totalmente exterminadas?»

«...Y ahora, para que Nuestra autoridad añada la mayor eficacia posible a cuanto hagáis en favor de los indios por vuestra iniciativa o por exhortación Nuestra, siguiendo el ejemplo de Nuestro citado predecesor, condenamos y declaramos reos de inhumano delito a los que, como él dice, «osen o presuman reducir a esclavitud, vender, comprar, conmutar o donar, separar de sus esposas y de sus hijos, despojar de sus cosas y bienes, conducir o transportar a otros lugares, o de cualquiera modo privar de la libertad, retenerlos esclavos o prestar a los que esto hagan consejo, ayuda, favor, bajo cualquiera color o pretexto, o enseñar y proclamar que todo esto es lícito, o de cualquiera otra manera cooperar a lo dicho». Y por tanto, queremos que se reserve a los ordinarios de los lugares la facultad de absolver de estos delitos en el fuero sacramental.

Esto hemos creído oportuno escribiros, venerables hermanos, en bien de los indios, así para obedecer a los impulsos de nuestro corazón paternal, como para seguir las huellas de muchos de nuestros predecesores, entre los cuales mencionaremos nominalmente a León XIII, de feliz memoria.»

Los terribles hechos de inconcebible barbarie, cometidos por comerciantes del siglo xx en tierras de indios, y la protesta del Pontífice romano, hacen volver el pensamiento a los tiempos de la colonización americana, cuando sólo por evitar los

horrores de la guerra, los misioneros españoles exaltaban la caridad cristiana y aparecían las apostólicas figuras del P. las Casas, el abnegado; del P. Acosta, el científico generoso.

*
* *

El aislamiento en que vive la población del Perú oriental, por la situación geográfica que la convierte en Hinterland casi inaccesible, es causa del atraso que se nota en todos los órdenes de la vida. Una expedición hecha por el P. Laurentino Alvarez, por la región amazónica, y recogida con profusión de datos por el mismo, revela bien claramente el estado social de aquellos grupos de población peruana.

Llevado por una misión evangelizadora, el P. Alvarez salió de Iquitos, capitalidad de región, y navegando en una canoa, comenzó a visitar los escasos poblados de la ribera. De seis niños que le fueron presentados en el primer poblado, sólo uno era legítimo; no se presentaron los padres, pero sí los padrinos. He aquí unos exámenes interesantes que indican el grado de formación religiosa de aquellas gentes:

«—¿Cuáles son las obligaciones del padrino?, pregunté a uno de los que comparecían como tales.—No sé, mi Padre, me contestó.—¿Y sabe usted las obligaciones de cristiano, caballero?—¿Cómo no?—¿Sabe usted rezar?—¿Cómo no?—Tenga la bondad de enseñarnos el Padrenuestro.—Con mucho gusto, mi Padre: «Padre nuestro, dánosle hasta la muerte, fruto bendito, amén Jesús de nuestros enemigos.»—¡Bravo!, exclamé; es usted un chapado cristiano.

No sé si comprendió la burla o se creyó compadecido; lo cierto es que el pobre hombre empezó a llorar, y, con una compunción que me enterneció, me dijo: «Mi Padre, yo no tengo quien me enseñe; he pagado para que me enseñaran y enseñaran también a mis hijos, y me han enseñado lo que han querido.»—Ten confianza, hijo mío, le dije; tu buena fe te

salvará.» Y di principio a enseñarle la oración dominical, la que fué repitiendo conmigo entre suspiro y sollozo.

Terminada mi tarea con éste, se presenta otro, a quien pregunto: ¿Tiene usted alma?—¿Cómo no, Padre?—¿Dónde la trae?—No sé.—¿sUsted va a ser padrino?—Sí, mi Padre.—¿Dónde está el padre de esta criatura?—En el monte.—Y por qué no viene al bautizo?—Porque está podrido, mi Padre.—¿Usted lo ha visto?—Sí, señor.—¿Luego ha muerto?—Sí, Padre.—¿Y su alma dónde está ahora?—Quedó en el monte.—¿También se ha podrido?, repuse.—No, Padre; está en el cuerpo de un pájaro; y cuando ese pájaro muera, se acabó.

No dejó de sorprenderme la respuesta, y seguí preguntando: ¿Cuánto tiempo asistió usted, caballero, a la escuela de Pitágoras?—No sé leer, mi Padre.—¿Y rezar, tampoco?—¿Como no?—¿Y mentir, sabe usted?—Nunca he pecado, Padre.—¡Bienaventurados los limpios de corazón!—¿Cómo, Padre!—Que nunca esperé encontrar tanta fe en Israel.

Tomé asiento, mandéle hacer lo mismo, y con él a todos los curiosos, y di principio a la instrucción más elemental sobre el alma, sobre el pecado, acerca de Dios, de la gloria y del infierno. Procedí imediatamente a la ceremonia del bautismo, porque el tiempo apremiaba.—¿Cómo se han de llamar las criaturas?—Natividad, me contestó uno; Abelardo, me responde otro.—Rechacé el segundo por profano, y pregunté si el primero era de varón o hembra; y al oir que me decían ser de varón, rechacé los dos. Aquí fueron sus apuros: el padrino preguntaba a la madrina, y ésta se encogía de hombros, mientros que los niños gritaban con toda la fuerza de sus pequeños pulmones e iban buscando pechos que no los habían de amamantar. La situación se iba agravando: todos pedían parecer a todos, y nadie acertaba a dar nombre a aquellos angelitos. Retíranse un momento para deliberar, y vuelven muy ufanos, creyendo haber encontrado la piedra filosofal. Y como quien pide una cosa que se les debe, dicen con voz muy hueca: «Este Alcibiades, y este otro Ovidio.» Cayéronseles las alas

cuando vieron que hice un movimiento de cabeza de esos que en todas las partes del mundo quieren decir «no». Tomaron entonces el partido de consultarme, y a duras penas pude lograr, después de muchos nombres de todos los santos de que me acordé por el momento que se conformaran con San Antonio y San Arturo.»

En otra ocasión, el P. Alvarez cuenta la siguiente aventura en un pueblo amazónico:

«Empezó por acercárseme un caballero, muy bien portado, el cual me saludó con toda cortesía, ofreciéndome sus servicios, oferta que le devolví con el mismo *afecto* e *intención* de que cumpliría lo que él manifestaba.

—Yo soy D. M. del R.

—Muy señor mío...

—Soy...

—Siento verdadero gusto en conocerle.

—He desempeñado...

—Me congratulo de tener un amigo de tan alta distinción.

Quedó suspenso unos instantes, y replicó:

—Me parece, Padre, que usted se burla de mí, y yo soy católico, apostólico, romano, o peruano, judío, masón y protestante.

—Amigo, no amalgama usted pocos géneros en un costal.

—Créalo Vuestra Paternidad, que se lo digo con el corazón.

—O más bien inspirado por los vapores deslizados de algún recipiente espirituoso.

—Después hablaremos, Padre.

—Como usted guste, caballero; hablaremos y nos entenderemos, siempre que usted procure *calmar los nervios*.

Despidióse de mí con igual cortesía con que me había saludado, y cogí el breviario para cumplir con el *onus diei*, aprovechando aquellos instantes en que logré verme solo. Apenas había entonado el *Deus in adjutorium*, entra el marido cuya esposa acabábamos de sacar del poder de su raptor, y me dice

entre convulso y temeroso: «Padre, ahí está ese hombre.» Fácil era de comprender a quién aludía; «ese hombre» era el raptor de su esposa, y tal vez uno de aquellos bultos que yo había visto lanzarse al río la noche pasada.

—¿Dónde está?—le pregunté entre curioso y emocionado.

—Acaba de atracar en el puerto con cuatro peones — me respondió.

—Pues observe—le dije—qué rumbo toma. Y seguí rezando el *Deus in nomine tuo salvum me fac.*»

El P. Alvarez va camino de Pevas, y anota en su diario estas escenas:

«Media hora después llegamos a un tambito, situado a la margen derecha de uno de los brazos del Amazonas, y, sin decirme oste ni moste, aquel hombre, que debía tener ya la boca seca de tanto hablar, me cogió de un brazo, invitándome a salir de la embarcación. «Vamos, Padre, a mi casa—me dijo,—porque necesito almorzar; le presentaré mi familia y luego emprenderemos la *surcada* hasta Pevas.» Accedí a sus instancias y salté a tierra con él; pero como su esposa no le esperaba a aquellas horas, nada le tenía prevenido. De modo que hubo que resignarse a esperar, tiempo que aproveché para proseguir mi rezo suspendido. Empezó aquel hombre a dar órdenes a un cholito (1) que allí tenía, órdenes todas referentes a mí. «Baja el Oporto—le dijo,—para dar una botella al Padre, y escoge cien mazorcas de maíz para pagar las primicias a la Iglesia.» Híceme el desentendido a todo y seguí rezando.

Nuevamente tuve que interrumpir el oficio divino para atender a aquellas instancias tan repetidas y hasta importunas. Hízome el presente de la botella para que me acordase de él y de su familia en el altar, y tuve que hacer también, contra toda mi voluntad, los honores al almuerzo, durante el cual, ya completamente *embombado*, me dijo aquel hombre generoso: «Paparito, ya no marchamos hoy. Saldremos a la una

(1) Mestizo de europeo e india.

de la mañana y llegaremos a Pevas tempranito.» Y acompañando la acción a la palabra, me cogió del brazo, obligándome a sentarme y a esperar hasta el día siguiente.

Como yo debía estar el martes én Pevas, y de detenerme allí me exponía a no llegar el miércoles, decidí darle mi despedida como única contestación a sus ruegos. Trató de imponerse para detenerme, aunque no pudo levantarse de donde estaba. «Voy con usted, paparito», tartamudeó dirigiéndose a mí; y volviéndose a un peón, le dió orden de que le preparase el rifle con treinta balas y el revólver con cuatro cajas. Temiendo cualquier percance, traté de disuadirle de su empeño, pero fue todo inútil; quise cortarle las vueltas y salir sin que me viera, pero, sin darme tiempo a ello, se me colgó del hombro, dió algunas órdenes a su mujer y me dijo al oído: «En marcha, papá.»

El compromiso era un poco fuerte, porque ¿qué haría aquel hombre, una vez en la frágil embarcación? Dejarle en tierra era imposible; quedarme, no podía...; y, para colmo de males, los *bogas* se me negaron a seguir el viaje. Resolví al fin jugar el todo por el todo, y cogiendo por el brazo al *simpático* acompañante, le coloqué en la cama y le di una orden a puño cerrado, diciéndole: «A dormir ahí y sin moverse»; ofrecí después una cajetilla de cigarros a los *bogas,* y con esto y la garantía de mi palabra, que debía ser para ellos tanta garantía como no decirles nada, reanudamos nuestra caminata río arriba y en el silencio más sepulcral. Tres horas después, y entrada ya la noche, empezó aquel sér inanimado a darse cuenta de su vida; lanzó un fuerte resoplido, luego se estiró a su sabor y, restregándose los ojos, empezó a incorporarse; echó una rápida mirada en derredor, y, clavando luego los ojos en mí, dijo con mucha pausa: «Papá, perdone la *bomba* que he cogido.»

La población amazónico-peruana ofrece vestigios animistas y está harto comida por el alcoholismo. Puede aplicarse a ella lo que en algunas páginas escribió Alcides Arguedas, de Bo-

livia, en la obra titulada *Pueblo enfermo*. Sólo una transformación en las comunicaciones puede levantar el nivel social de aquellos grupos de poblaciones enclavadas en el *Hinterland* peruano.

* * *

El Dr. Lucas Ayarragaray ha publicado en la Argentina un estudio sobre «Socialismo argentino y legislación obrera». Su reputación como sociólogo y legislador argentino, hacen interesante el conocimiento de tal obra, que es una buena contribución a la literatura argentina sobre política social. Sus trabajos han sido la base de la llamada «ley social», discutida en la Cámara de Diputados de la República.

Después de la redacción de ese proyecto de ley, la atención del Dr. Ayarragaray fue preferentemente solicitada por este asunto: en qué consiste el problema social argentino, y cuál ha de ser la legislación al respecto; y como fruto de esa dedicación, nos da ahora compendiadas sus observaciones en un opúsculo breve y sintético.

La primera parte del trabajo está destinada a probar, por el análisis de los caracteres de la sociedad argentina, «que en nuestra gran democracia pacífica en formación, la cuestión obrera argentina no tiene las adhesiones y los conflictos sociales y de clases, que le dan en Europa trágicos contornos». Y agrega el distinguido publicista: «Aquí son simples cuestiones, en su mayor parte de orden material y de carácter ordinario y limitado, que con simples medidas de higiene pública y de protección social y un cuerpo de leyes prácticas, se pueden con tranquilidad solucionar.»

Esboza a continuación, sumariamente, la corta historia de la legislación obrera argentina, y entra, por último, a tratar de las medidas legislativas que convendrían al país en este campo, limitándose a la conveniencia de una acción previa que levantara el nivel material, moral e intelectual del trabajador, higienizando su vida, combatiendo en él la ignorancia y

creándole aptitudes por medio de una adecuada educación técnica.

Rechaza, sin embargo, por considerarla perjudial, la intervención exagerada del legislador en las cuestiones obreras, y aun creyendo en la eficacia de ciertas leyes en la materia, que rápidamente indica, se muestra escéptico con respecto al ideal de suprimir la miseria, que el partido socialista lleva en su bandera. Acerca del cual escribe: «Entre nosotros el socialismo, pues, encarna una tendencia política simple; es, en definitiva, un partido liberal avanzado, no un partido *social*, en el concepto europeo.»

***

El desarrollo económico de la Argentina ofrece constantemente un campo de observación de gran valor para todo aquel que quiera estudiar el influjo combinado del incremento de la población en sus distintas clases con el de los capitales y su efecto en la marcha general económica.

Las estadísticas relativas al desenvolvimiento comercial y agrícola, ferroviario y marítimo del puerto de Buenos Aires, en 1911, muestran bien claramente la importancia y significación de la Argentina.

He aquí los datos:

Importación en 1911, 1.996.930.391 pesetas.

Exportación en 1911, 1.776.384.933 pesetas.

Hectáreas cultivadas durante el año 1911, 24.000.000, siendo el valor aproximado de la cosecha de 4.280.000.000 de pesetas.

Ganado vacuno, 30.000.000 de cabezas, de valor de pesetas 2.467.000.000.

Idem ovejuno, 70.000.000 íd. de idem 685.000.000 íd.

Idem caballar, 8.000.000 íd. de ídem 535.000.000 íd.

Idem mular, 8.000.000 íd. de ídem 63.000.000 íd.

Idem caprino, 4.000.000 íd. de ídem 21.400.000 íd.

Idem porcino, 1.500.000 íd. de ídem 38.450.000 íd.

Exportación de carnes congeladas:

Bovina.—Año 1910: 253.000 toneladas, cuyo importe suma 127.000.000 de pesetas.

Ovina.—Año de 1910: 75.000 toneladas, cuyo importe suma 31.000.000 de pesetas.

Durante este año, la exportación de carne ha superado en 220.000 toneladas a la cantidad exportada por los Estados Unidos de Norte América.

El movimiento del puerto de Buenos Aires con relación al comercio internacional, es el siguiente:

Vapores entrados de Ultramar: 4.670, cuyo tonelaje suma 10.640.699 toneladas.

Idem salidos para Ultramar: 4.150, cuyo tonelaje suma 10.274.487 toneladas.

Vapores de cabotaje y fluviales entrados: 27.634, cuyo tonelaje suma 10.286.682 toneladas.

Idem salidos: 23.401, cuyo tonelaje suma 9.695.704 toneladas.

Veleros entrados de Ultramar: 278, con desplazamiento de 290.654 toneladas.

Idem salidos: 276, con desplazamiento de 276.780 toneladas.

Veleros fluviales entrados: 30,590, con 1.915.860 toneladas.

Idem salidos: 30.915, con 1.908.832 toneladas.

El puerto de Buenos Aires es, por su importancia comercial, el que ocupa el segundo lugar en América, habiendo sido su movimiento durante el año 1910 el siguiente:

Importación: 1.477.237.991 pesetas.

Exportación: 851.429.258 pesetas.

Las rentas de aduana han producido durante el año 1910 la suma de 437.658.170 pesetas.

Las rentas nacionales han producido durante el año 1910, la cantidad de pesetas 707.889.631.

Industrias:

Número de fábricas existentes, 32.000.

Capital de las mismas, 1.712.000.000 de pesetas.

Producción anual de las mismas, 2.889.000.000 pesetas.

Poder en caballos indicados, 250.000 H. P.

Número de personas empleadas en las mismas, 350.000.

Producción vinícola:

Capital de los establecimientos vinícolas, sin contar el valor del vino depositado: 187.000.000 de pesetas.

Producción de vino durante el año 1910, 400.000.000 de litros.

Producción de alcohol durante el año 1910, 2.000.000 de litros.

Siendo el valor de ambas producciones el de 149.000.000 de pesetas.

Ferrocarriles:

A fines de 1911 había en explotación 30.000 kilómetros de vías férreas, sin contar los trenes eléctricos que hacen el servicio urbano, ni tampoco las líneas que no están aún entregadas al servicio público.

Estos datos necesitan ser completados y comparados con los relativos a algunos extremos de 1912.

Si se hace la comparación con los datos referentes al primer semestre de 1912, se ve que la ligera depresión de 1911 queda corregida por los aumentos de 1912. Esta reacción viene afirmándose en el segundo semestre del corriente año.

He aquí los datos del primer semestre de 1912:

Las importaciones hechas a la República, durante al mencionado período, representan un valor de 183.364.916 pesos oro (metálico excluído), y las exportaciones 244.708.503 pesos oro (metálico excluído), arrojando, por consiguiente, la balanza de comercio un saldo a favor del país de 61.343.587 pesos oro.

La importación de mercaderías sujetas a derechos alcanzó un valor de 142.060.458 pesos oro, o sea 12.636.406 pesos oro más que en el mismo período del año anterior, y la de mercaderías libres de derechos 40.304.458 pesos oro, o sea 8.134.083 pesos oro menos que en los seis primeros meses de 1911; la exportación de productos nacionales suma 244.708.503 pesos oro,

acusando, con respecto a la del primer semestre de 1911, un aumento de 47.171.174 pesos oro; el metálico importado lo ha sido por 28.837.530 pesos oro, suma que supera a la de 1911 en 18.716.536 pesos oro, y la exportación del mismo artículo fue de 140.259 pesos oro, o sea 680.842 pesos oro menos que en 1911.

La importación de mercaderías libres de derechos sumaron 40.304.458 pesos oro, representando esta clase de importaciones, en el semestre a que nos referimos, el 21,9 por 100 de las importaciones totales.

Como se ve, el aumento de las importaciones se ha inclinado sobre el grupo de las mercaderías que pagan derechos de aduana, mientras que los artículos librados de esos gravámenes fiscales han sufrido en el período de referencia una seria disminución.

Las cifras correspondientes a las importaciones y exportaciones, en los seis primeros meses del último decenio, demuestran que en las primeras se ha producido un aumento de 196,2 por 100 y en las segundas 89,9 por 100. El total del intercambio en los primeros semestres del mismo período acusa un aumento de 124,3 por 100.

Los saldos de la balanza comercial han sido, en los primeros semestres del último decenio, todos favorables; el saldo mayor de la balanza comercial lo denuncia el año 1909 con 110.535.379 pesos oro, y el menor el año 1911 con 18.674.736 pesos oro.

En las cifras que siguen se consignan los datos relativos a cada uno de los años de dicho período:

En el año 1903, 66.917.529 pesos oro; en 1904, 22.690.331; en 1905, 80.198.706; en 1906, 74.257.729; en 1907, 54.872.768; en 1908, 81.802.906; en 1909, 110.535.379; en 1910, 23.277.739; en 1911, 18.674.737; en 1912, 61.343.587.

La importación de metálico ha dado un total de 28.857.530 pesos oro, es decir, una cantidad mucho mayor que la ingresada el año pasado (primer semestre), determinando, por consiguiente, un aumento de 18.716.536 pesos.

La Razón, de Buenos Aires, dice en un artículo lo siguiente, refiriéndose a la agricultura nacional:

«Están de tal manera vinculadas las industrias agro-pecuarias a los progresos de la nación argentina, e influyen tanto sus productos en el organismo económico del país, que no es posible dejar pasar un solo día sin recordar a los poderes públicos el deber en que se encuentran de proyectar y sancionar leyes que amparen en toda forma a aquéllas.

La legislación en vigor resulta embrionaria y no obedece, ni remotamente, a los maravillosos progresos alcanzados, y que hoy comiezan a resentirse justamente por la falta de disposiciones adecuadas al medio ambiente en que se desarrollan las industrias de la tierra. Es indispensable reconcentrar toda la acción del Gobierno y del Parlamento, en el anhelo común de amparar las fuerzas vitales del país, si no se quiere que éstas desfallezcan y hagan mermar el poder económico del Estado y la fortuna privada.

Nos han sido sugeridas estas consideraciones en presencia de las cifras que arroja el balance comercial correspondiente al primer semestre de este año. En el capítulo de la exportación vemos algo que, si no fuera conocido, causaría sorpresa a todos, y es que sobre el total de pesos oro 244.708.503 de aquélla, más de doscientos treinta y ocho millones corresponden a la agricultura y ganadería, de manera que sólo quedan seis millones para todos los demás productos que envíamos al exterior.

He aquí las cifras respectivas:

Productos de la ganadería, 100.714.916; idem de la agricultura, 138.168.603; ídem forestales, 3.365.137; ídem de la minería, 185.912; ídem de la caza y pesca, 1.211.550, y artículos varios, 1.062.385, siendo los totales 244.708.503 pesos oro.

¿Vale o no vale la pena de proteger en toda forma tan colosal fuente de producción y recursos para el país?

Sobre el total de pesos oro 244.708.503, más de la mitad, o

sea pesos oro 138.168.603, corresponde a los productos de la agricultura.

Huelga todo comentario que pueda hacerse ante la elocuencia de las cifras apuntadas, respecto de la necesidad perentoria de dictar leyes protectoras para esta fuente colosal de riqueza pública.»

Una de las principales fuentes de riqueza argentina es la industria vitivinícola. La distribución geográfica del viñedo enseña la importancia de esta rama de la producción nacional que está destinada a dar aún enormes rendimientos.

Mendoza cuenta con diez y seis departamentos vitícolas, los cuales cuentan con 37.586 hectáreas de viñedos y 1.580 bodegas de diversas capacidades, por un valor de pesos 39.500.000, moneda nacional, siendo su producción en hectolitros de 2.900, más que menos.

Los departamentos más productores de la región son nueve, a saber:

Maipú con 9.459 hectáreas de viña; Guaymallén, 5.605; Luján, 5.225; San Martín, 3.425; San Rafael, 3.368; Rivadavia, 2.867; Godoy Cruz, 2.110, Junin, 1.830, y Las Heras, 1.524 hectáreas de viña.

Los menos productores, y que se dedican al cultivo de otra clase de fruta y legumbres, son:

Mendoza (ciudad), con 650 hectáreas de viñedo; Santa Rosa, 489; San Carlos, 323; Tunuyán, 23; Lavalle, 195; La Paz, 186; Tupungato, 44. Total, 37.586 hectáreas.

Si el riego alcanzara a varios lugares de los departamentos últimos nombrados, podía agregarse a las 37.586 hectáreas de viña 5.000 más; pero eso pronto se obtendría, vista la rapidez con que se construyen los canales.

San Juan cuenta con diez y siete departamentos vitícolas, cinco de ellos cercanos a la ciudad, los cuales poseen 15.158 hectáreas de viñedos, a saber:

Desamparados, 2.747 hectáreas de viñedos; Concepción, 2.625; Santa Lucía, 1.978; Caucete, 1.658; Pocito, 1.543; Tri-

nidad, 1.280; Albardón, 923; Angaco Norte, 632; Angaco Sur, 566; Marquesado, 385; Jáchal, 394; Valle Fértil, 78; Guanacache, 28; Iglesias, 18; Cochagual, 10,3; Pedernal, 12; total, 14.496 hectáreas de viñedos.

Los siete últimos departamentos cuentan con poca agua, y se dedican con preferencia al cultivo de alfalfa, trigo y otros oleaginosos, dedicándose también al cultivo de árboles frutales, como son duraznos, membrillos, peras, manzanas y otros, para la exportación de conservas.

La provincia de San Juan cuenta con 326 bodegas, con un capital de 9.200.000 pesos, moneda nacional, y con una producción de 700.000 hectolitros de vino. Anexa a las bodegas cuenta con 351 destilerías vinícolas.

La viticultura se extiende también a las provincias de La Rioja, Entre Ríos, Salta, Catamarca, Córdoba, Buenos Aires, Jujuy, y en pequeña escala a Tucumán, Corrientes, Santiago del Estero y territorio del Río Negro, desarrollándose ésta con buenos resultados en las márgenes del Río Negro.

Para darse una idea de la importancia de la industria que nos ocupa en las provincias arriba indicadas, basta señalar que La Rioja cuenta con 2.700 hectáreas de viñedos y 519 bodegas, por un valor de 1.330.000 pesos moneda nacional, y una producción de 69.000 hectolitros de vino; Entre Ríos, 3.800 hectáreas de viña y 278 bodegas, la mayoría en el departamento de Concordia, representando un capital de 1.100.000 pesos moneda nacional, y cuya producción se eleva a la cifra de 48.000 hectolitros; Salta, 1.250 hectáreas de viña y 77 bodegas la mayoría se encuentran ubicadas en Cafayate; el valor de ellas alcanza a la suma de 1.200.000 pesos moneda nacional, con una producción de 600.000 hectolitros; Catamarca, 1.469 hectáreas de viña y 147 bodegas, por valor de 458.000 pesos moneda nacional, siendo su producción de 35.000 hectolitros; Córdoba, 1.200 hectáreas y 414 bodegas, por un valor de pesos moneda nacional, 950.000, elevándose su producción a 38.000 hectolitros; Buenos Aires, 1.550 hectáreas y 407 bo-

degas, por un valor de 875.000 pesos moneda nacional, y cuya producción asciende a 35.000 hectolitros; Jujuy, 200 hectáreas y cuatro bodegas, representando un valor de 12.000 pesos moneda nacional, y cuya producción alcanza a 3.000 hectolitros; San Luis, 336 hectáreas de viña; Corrientes, Tucumán y Santiago del Estero, 400 hectáreas de viñedos.

El número de destilerías en ambas provincias alcanzan a 736, distribuídas del siguiente modo: Buenos Aires, 163; Catamarca, 164; Entre Ríos, 142; Rioja, 141; Córdoba, 74; Salta, 49; Jujuy, 3. Se entiende destilerías vinícolas.

* * *

Varias veces se ha hecho resaltar que el problema fundamental de los países hispano-americanos es el de proporcionarse una población suficiente a sus necesidades de extensión territorial. Una prueba más de este aserto la da el Ecuador.

Este país, que cuenta una población de un millón quinientos mil habitantes, diseminada en un territorio de seiscientos mil kilómetros cuadrados, es apto para el cultivo del café, del cacao, del azúcar, tabaco, y sus selvas contienen el codiciado caucho y maderas finas para ser elaboradas.

Pero no tiene para la explotación de sus riquezas naturales sino malos caminos, y una vía férrea de Guayaquil a Quito, en una extensión de 464 kilómetros, y otra en construcción, de aquel punto a Bahía.

Los establecimientos de crédito son pocos y su capital reducido. El Banco de Pichincha tiene un millón de pesos de capital; quinientos mil, el de Préstamos y Construcciones, e igualmente la Compañía de Crédito Agrícola e Industrial. El tipo de interés varía siempre entre el 7 y el 9, y el comercial es de 12 por 100 anual.

En la actualidad se está tramitando un empréstito, con cuyo producto se atenderá al puerto de Guayaquil, que ofrece grandes perspectivas cuando se inaugure el Canal de Panamá.

VICENTE GAY,
Profesor en la Universidad de Valladolid.

CANALEJAS

Más resonancia universal ha dado a este nombre el brutal sacrificio de su vida, que todos los esfuerzos tenaces de ella por conquistar el prestigio para la alta posición en que se encontraba, y que todos los que en el palenque laborioso de la misma empleó para acreditarse, más que como hombre de Estado, como hombre de Gobierno, y más que como hombre de Gobierno, como adalid de un partido que en vano quiso modelar a la disciplina de sus ideas personales y a su propia semejanza. A pesar del puesto que logró adquirir, a pesar de los tres años transcurridos en su posesión, a pesar de los auxilios evidentes que para consagrarlo en él le prestó la misma Corona, y con la Corona los hombres y partidos aptos para el Gobierno constitucional de la Monarquía representativa, Canalejas, al morir trágica e inicuamente, todavía no era un hombre hecho ni de Estado, ni de Gobierno. Su autoridad no era compacta y absoluta sobre el mismo partido en cuya jefatura se esforzaba en ser del todo consagrado. Sus ideas personales no eran aceptadas por todos los que habían de formar su disciplina, y hasta en la elección de sus colaboradores en la alta Administración del Estado, ni había procedido con el acierto que sólo sabe servirse de los hombres verdaderamente capaces para cada una de las múltiples ramas de la Administración, ni había tenido el de elegir bien para acallar las impaciencias inmoderadas y las ambiciones concupiscentes. Había tenido iniciativas siempre agitadoras, había afrontado problemas di-

fíciles y abstrusos sobre los que, de cualquier modo que fuese, había logrado superar y vencer; había sabido aplazar otros que le hubieran acarreado mayor número de dificultades que las que por sí mismo ofrece el estado irregular en que en España aún se mueven hombres e ideas, intereses e instituciones; había creído que su persona y sus procedimientos habían sido un fuerte muro de contención a elementos siempre amenazadores, y que siempre están en la brecha; pero, en substancia, ninguna fuerza efectiva de agresión había logrado desarmar, y siendo el secreto de su acción consentirlo y perdonarlo todo para obligar por la gratitud a los que sin cesar pronuncian sus retos y trabajan para prepararse para el combate, queda cuando menos en duda, pues no alcanzó en nada éxito definitivo, si hubiese podido llegar a una victoria segura, o si, por el contrario, el régimen de sus contemplaciones no habría servido más que para centuplicar los medios efectivos de fortaleza y acción de los elementos perturbadores que enflaquecen cada día más la autoridad, la seguridad y el respeto, no ya de la Monarquía, fiada a su política, sino del cuerpo entero de la nación. En este sentido puede decirse que Canalejas, al sucumbir bajo la mano de un criminal execrable, pero ciertamente relacionado, en sus propósitos y en sus fines, con los elementos que todo poder público está obligado a vigilar, a contener y a extirpar desde la jefatura del Gobierno y del partido que al parecer acaudillaba, no era más que *un ensayo*, y todo lo más, si los resultados de su gestión política hubieran sido eficaces, *una esperanza*.

Para que esta esperanza sólidamente se nutriera, era necesario conocer bien cómo esta figura de la Historia contemporánea de España se fue formando hasta constituirse en un carácter con fuerza de proyección suficiente para llegar a los elevados destinos, cuyo hilo cortó súbitamente la cobarde emboscada de su muerte. Se hallaba en la cumbre de la edad en que la fiebre del genio debe empezar a dar paso a las enseñanzas de la experiencia. Por una circunstancia puramen-

te accidental, pues sus padres sólo residieron cuarenta días en el Ferrol, nació D. José en esta ciudad, el 30 de Junio de 1854, pocos días antes de que en el Campo de Guardias de Madrid, en las lomas de Vicálvaro, y ante las tapias de Manzanares, se pronunciase el movimiento revolucionario de Julio de aquel año, movimiento en el cual iniciaron también su carrera política con sus ideas, ya exaltadas, los miembros todos de la familia en cuyo seno Canalejas abrió los ojos a la luz de la vida. Era hasta por herencia la de Canalejas una familia de intelectuales de rancio abolengo. Su abuelo, D. José María, hasta mucho después de mediado el siglo XIX, fue con Murube y Montesinos de los reformadores del régimen penitenciario en España. En 1860 publicó en Barcelona sus teorías sobre el *Presidio-escuela*, y en 1.° de Noviembre de 1864 fundó y dirigió una interesante *Revista de Prisiones, Beneficencia e Higiene* que contribuyó a la reforma de nuestras cárceles. Las aulas universitarias, las sociedades patrióticas y hasta la intimidad, y aun los vínculos de la sangre, habían fundido desde mucho antes de la revolución de Julio, en un todo común de ideas y de pensamientos en su propio hogar, academia de sus hijos, a todos los varones de aquellas familias de apellido Castelar, Canalejas, Morayta, Pascual y Casas, y otras a la sazón entre sí muy unidas, y entre las cuales descollaban, por sus precoces, sobrenaturales talentos, el rayo de la elocuencia tribunicia Castelar, y el genio de las creaciones metafísicas de la erudición y la crítica, D. Francisco de Paula Canalejas. Hermano de éste era el padre del recien muerto estadista, y de nombre José, como él, y su madre, dama andaluza de Sevilla, D.ª Amparo Méndez, simplemente una señora cuyas ideas todas se concentraban únicamente en la alegría del hogar y en los cuidados de la maternidad.

Aunque el carácter de D. José Canalejas y Casas, ingeniero industrial, le inclinaba a otros horizontes más especulativos de la vida que los de sus hermanos y deudos referidos, el nuevo vástago de su feliz matrimonio empezó a desenvolverse desde

los primeros años de su niñez bajo los auspicios de su tío, ya catedrático, polemista doctísimo del Ateneo, y aun más docto publicista, y puede decirse que toda la educación intelectual del sobrino fue dirigida con provechosísimos resultados, a causa de su natural precocidad, por su sabio tío D. Francisco, bajo la inspección inmediata del sabio abuelo. De la precocidad del sobrino y alumno, D. José Canalejas y Méndez, ninguna ponderación mayor puede hacerse que el testimonio vivo de su primer libro impreso, de que consta un buen ejemplar en la Biblioteca Nacional de Madrid. No es original, sino traducido del francés, cuyo idioma, el niño Canalejas, a la sazón aprendía. Titúlase *Luis o el joven emigrado*. Se imprimió en el establecimiento tipográfico de D. Tomás Fortanet, el año de 1866, es decir, cuando el traductor contaba sólo doce años de edad. Forma un volumen en 8.° de 126 páginas, y está ilustrado con dos láminas.

El traductor lo dedicó a su madre, y el amor materno, unido al de los intelectuales de su familia, de quienes se ha hablado, fueron la palanca de aquella temprana publicación, como un premio y un estímulo a la creciente aplicación literaria del estudioso niño.

Si durante los estudios universitarios en la Central de Madrid, después de haber pasado por los primarios del Colegio Pantoja y los preparatorios del Instituto de San Isidro, escribió y publicó versos y artículos varios, y hasta parece que fue fundador, director y redactor único de un periódico que, con el título de *El Estudiante*, circuló, sobre todo en los claustros de la Universidad y entre los compañeros de sus estudios, desde Noviembre de 1868 a Julio del 69, y con sentido democrático, exaltado y reflejo del calenturiento curso de la opinión pública después de la Revolución de Setiembre, este hecho solo demuestra una inclinación prematura hacia la política y su palanca, el periodismo, que aunque ninguna influencia ejerciese en la corriente general de aquel tiempo, debe ser apreciada como un dato imperativo en la formación de las ideas y en la

aspiración para la conducta del porvenir del que aquellas empresas ya intentaba.

Nótase, lo mismo en esta edad juvenil de Canalejas, que posteriormente durante la mayor parte del curso de su vida, cierta indecisión de fin y de objeto, que en la edad madura se pronunció en hondas contradicciones. La ambición sin límites también se dibujó en él desde la primera edad. Había de emprender una carrera literaria, y hubiera deseado emprender a la vez la de todas las facultades universitarias. Conformóse con estudiar simultáneamente dos de ellas, la llamada de Filosofía y Letras y la de Derecho. La intensidad de su inteligencia le habían dispuesto para dominarlas bien, y a los diez y siete años de edad, en el de 1871, se licenciaba en la primera, en la que al año siguiente tomaba el grado de doctor. Entonces se propuso, a semejanza de su tío y maestro D. Francisco de Paula, seguir la carrera del profesorado, logrando obtener, por nombramiento unánime del claustro de la Universidad Central, la plaza de catedrático auxiliar, con cuyo título explicó durante tres cursos continuados la asignatura de *Principios generales de Literatura e Historia de la Literatura española*. El primer fruto, de esta nueva dirección fue la publicación de sus *Apuntes para un curso de Literatura latina*, impresos en dos volúmenes en 4.° en la imprenta de M. Martínez, de Madrid, obra esencialmente pedagógica, y destinada a que sirviera de texto en la cátedra que regentaba. En realidad, la obra en sí no encierra los pronósticos de ninguna gran revelación: estaba en proporción con la edad de los veinte años que el autor entonces contaba, y con la aplicación con que se había desempeñado. Pero ya en aquel tiempo, Canalejas aparecía terriblemente luchador en otros dos palenques, que aunque después de la Revolución de Setiembre y de haber dado al nuevo régimen que ésta implantó la más brillante pléyade de sus grandes intelectuales, habían caído en cierta necesaria decadencia; estos dos palenques, siempre altamente científicos, eran el Ateneo de Madrid y la Academia de Jurisprudencia, por aquel tiempo, uno y otro

instituto situados en la misma casa de la calle de la Montera, en que residieron prolongados años, los años sin duda más eficaces y brillantes de su actividad germinadora.

Dadas las ideas heredadas de familia, cuando menos en sus tres últimas generaciones; dados los que dentro de ella misma se erigieron en maestros y directores de su progreso intelectual, nada más lógico que la influencia que tantos elementos reunidos deberían ejercer en su mente para formar la base fundamental de sus ideas religiosas, filosóficas, políticas y sociales; de modo, que cuando Canalejas se presentó a tomar parte en las discusiones apasionadas del Ateneo y de la Academia de Jurisprudencia, no sólo se iniciaba como un demócrata radical, más republicano que monárquico, y más revolucionario que evolucionista templado, sino profundamente imbuído en las ideas filosóficas de la escuela del Krausismo, en España hasta entonces, y aun mucho después predominante, desde que, venido de Alemania, Sanz del Río lo fundó en nuestras escuelas y en nuestros libros, habiendo educado con ellas una multitud de discípulos y prosélitos que le seguían con entero y ciego fanatismo. Todos los nombres familiares y propincuos de Canalejas entonces estaban inoculados en estas doctrinas, y, aun más que inoculados, constituían la palanca de su vulgarización. Con ellas por base de crítica y de conceptos, Canalejas se presentaba en el Ateneo a discutir con Moreno Nieto, con el P. Miguel Sánchez, con Cos-Gayón, con Pérez de Guzmán, teniendo a la sazón allí como auxiliares a Revilla, Vidart y Giner de los Ríos (D. José), así como en la Academia de Jurisprudencia a Emilio Reus, a Gonzalo Calvo Asensio, a Enrique García Alonso y a otros, compañeros aúlicos de sus estudios, o que ya se identificaban en él al calor de las ideas que propagaba en las lecciones universitarias de su cátedra, pues desde entonces puede decirse Canalejas comenzó a tener secuaces.

Otro campo intelectual de acción le proporcionaban simultáneamente las publicaciones periódicas profesionales y li-

terarias del periodismo, pues todavía en aquel tiempo aún no le había tomado sabor a la dialéctica práctica de la política. Su inclinación entonces le estimulaba más a la gimnasia de la palabra oral y a la esgrima acelerada del pensamiento, así en la cátedra, como en aquellos palenques de discusión, y aunque con su nombre, con sus iniciales, con sus seudónimos o simplemente anónimos, publicaba con frecuencia algunos de sus trabajos escritos, no era ésta la arma preferente de sus luchas. Entonces, únicamente pretendía afirmarse en la cátedra, y a este fin entró en espléndidas oposiciones con Menéndez y Pelayo y Sánchez Moguel, que aparecieron en aquella lid como Titanes de saber y elocuencia. No logró el lauro del empeñado combate. Si Menéndez y Pelayo no hubiera llevado a aquellas oposiciones más que la precocidad monstruosa de su saber, su condición y su genio, dada la manera como en España se sustancian todavía las más altas adjudicaciones que se deben al mérito y la capacidad, indudablemente se habría quedado sin cátedra bajo cualquier pretexto, y en aquel caso bajo el de la insuficiencia de su edad; pero al lado de Menéndez y Pelayo litigaban en aquellas oposiciones dos grandes influencias protectoras: la de una dama muy ilustre y muy considerada en todos los ámbitos de la sociedad, la Duquesa de Rivas, y la del hombre que en aquel tiempo era el árbitro absoluto de todos los destinos de la pública Administración, el Presidente del Consejo de Ministros del Rey Don Alfonso XII, D. Antonio Cánovas del Castillo. El peso de estas influencias se sumó completamente a los indisputables méritos del agraciado. Andando el tiempo, también Canalejas había de cometer arbitrariedades semejantes; porque las corruptelas de que está invadida toda la Administración en España, ni se extirpan ni se extirparán jamás. Para que Menéndez y Pelayo pudiese entrar al disfrute de la cátedra que había obtenido, fue necesario hacer hasta una ley especial en Cortes, dispensándole la edad. No hay duda que todos estos tributos se debían a su genio, que ya de mil modos distintos se revelaba como realidad asombrosa y como

promesa de brillantes eficacias. Pero esto, por el momento, no consoló, no pudo consolar a los derrotados de aquella prueba, y Canalejas, sintiéndose herido, renunció la cátedra que como auxiliar desempeñaba, para dirigir su rumbo por otro norte.

En la vida de las grandes figuras, todo accidente de los que forman su engranaje encuentra siempre rompientes de oportunidad, y para Canalejas lo fue entonces la Dirección de la Empresa constructora del ferrocarril de Madrid a Ciudad Real, que estaba desempeñada por su mismo padre, y cuyo Consejo de Administración *ipso facto* le nombró Secretario de la misma. En esta transformación de destino encarnó inmediatamente otra transformación no menos fundamental, primero en sus ocupaciones, después en la amplitud de sus ideas y a poco en la de sus mismas ambiciones. Desde este momento, la literatura, hasta entonces cultivada por él con tanto tesón y empeño, quedó relegada a las distracciones amenas de su espíritu, para integrar las facultades todas de su mente en el mar sin fondo de las cuestiones jurídicas de aplicación positiva.

Débese tener en cuenta que cuando el joven Canalejas entraba a ejercer estos cargos, apenas frisaba en los veinticinco años: de modo que así las prácticas académicas de la cátedra, como las burocráticas de las oficinas de la Empresa constructora del ferrocarril de Madrid a Ciudad Real, pueden para su espíritu conceptuarse como escuelas ampliatorias de sus bien adquiridos conocimientos, al menos para la avaricia de su intelectualidad, siempre anhelante de ensanchar más y más los horizontes de su saber. La Secretaría de la Dirección de la Empresa referida, en breve le empujó a las disciplinas del bufete y del foro. En efecto, la Empresa naciente sostenía en los Tribunales vivas competencias contra las ferroviarias de las líneas del Norte y de la de Madrid, Zaragoza y Alicante. Canalejas fue encargado de la defensa de todos estos asuntos, y los éxitos que obtuvo, no sólo le dieron la familiaridad en la práctica de ellos, juntamente con el estudio profundo que de los mismos

tuvo que hacer, sino el estímulo para los trabajos de la abogacía, afirmados, tanto con la satisfacción interior que nutre todo triunfo, como con el acicate no menos poderoso de las legítimas recompensas.

No sería justo cometer aquí una omisión respecto a la mano amiga que le apoyó en estos ensayos. En la cuna de aquella íntima familiaridad que cuando él nació existía entre las familias que quedaron mencionadas, hallábanse también comprendidos, desde el compañerismo de las aulas, y las aventuras y las esperanzas de la juventud, Cánovas del Castillo, Martos y otros que en el curso de los sucesos políticos habían llegado a ocupar, sobre todo después de la Revolución de Setiembre, las primeras posiciones del Gobierno y del Parlamento, lo mismo bajo el régimen de la Revolución que bajo la Restauración del Rey Alfonso XII. Todos entre sí se tuteaban, y aunque divididos en los diversos campos políticos militantes, en los asuntos privados y particulares todos entre sí se protegían mutuamente: por manera que los familiares ya de la Presidencia del Consejo de Ministros, ya de la casa y biblioteca de la calle de Fuencarral, estaban habituados a ver a diario en aquellas estancias, así al Director de la Empresa del ferrocarril a Ciudad Real, como a su ilustrado hijo. Puede afirmarse que en aquella empresa nada se hacía sin la precisa consulta a Cánovas, y éste la protegía, no sólo por los impulsos afectuosos de su antigua amistad, sino por el interés que su patriotismo ponía en el desarrollo y multiplicación de todas las obras públicas que podían favorecer el bienestar general. Así, pues, aunque conocidas por los que frecuentaban aquellos lugares las opiniones que no disimulaban los dos Canalejas, padre e hijo, nadie extrañaba, ni la frecuencia de sus visitas, ni el objeto que las motivaba, ni la predilección con que el jefe los distinguía.

Durante el régimen de la Revolución, el joven Canalejas había hecho ostensibles sus opiniones republicanas. Era en él un estado de conciencia que consigo mismo hasta entonces no

había razonado jamás. Republicanos eran su padre y su hermano; republicano su tío carnal Pascual y Casas; republicanos Castelar y Morayta, los íntimos de su casa; y él era republicano porque los demás lo eran (1); y como en el seno de su familia la admiración a Castelar era un culto idolátrico, él, por la misma inconsciente simpatía, era republicano de Castelar. Después de la Restauración, Castelar, antes patriota que reblicano, sin abjurar jamás del ideal de toda su vida, adquirió el profundo convencimiento de que en España el régimen republicano equivaldría a la total disolución del cuerpo político de la nación. Con perfecta clarividencia comprendió, además, la amenaza, siempre viva, que para esta disolución fluctuaba incesantemente sobre nuestras cabezas, y su espíritu, contristado por el peso de sus propias responsabilidades, se cercioró con compungida seguridad de que lo único que podía salvar, después de tantas desmembraciones de dominios como España había sufrido al calor de sus revoluciones políticas, lo que quedaba del antiguo espléndido edificio de nuestra histórica unidad nacional era la Monarquía, la cual, en la unidad del

(1) Como los hombres políticos en España, sin previsión ninguna del porvenir, todo lo vacian por la palabra, si se atendiese a ciertos actos de Canalejas cuando se hallaba en oposición violenta lo mismo con Sagasta, que con los conservadores, parecería que estas indicaciones republicanas le acompañaron hasta el momento en que se vió elevado a la Presidencia del Gobierno del rey Don Alfonso XIII. En cierto discurso pronunciado en Alicante, no sólo manifestó que «Martos le llevó a la Monarquía y entró en ella con disgusto y a regañadientes», sino que añadió a continuación: «No es lícito pensar bien de los hombres que nos han gobernado. Tenéis derecho a maldecirlos. Ellos llevaron la Patria querida a la ruina y al deshonor.

»Yo también he pecado, menos que muchos, que todos tal vez, y he pecado por debilidad, por transigencia, por consideraciones a la amistad y a la disciplina; he pecado por omisión.»

. . . . . .

. . . . . .

»He sido, soy y seré siempre republicano. Esta es la forma querida y soñada en los anhelos de mi corazón; pero las pasiones, las envidias, los odios, me hicieron comprender que era irrealizable mi aspiración, y creí que la Providencia me imponía como castigo el tener que *soportar* un Rey, ya que no podíamos ser reyes de nosotros mismos.»

cetro, garantizaba la integridad de nuestra existencia en la vida internacional. Con heroica resolución licenció la hueste de sus fieles amigos; los indujo a su incorporación al pedestal de la Monarquía, aunque conservando en sus avanzadas la bandera de lo que él conceptuaba las conquistas del derecho moderno, basada en la exaltación de las democracias emancipadas, y abrazado a la mortaja de sus viejas ilusiones, aislóse en la soledad de sus trabajos literarios para poder vivir, renunciando a aquellas propagandas ardientes y a aquellas luchas apasionadas, con que reconocía haber infligido daños irremediables a la patria.

No con el mismo espíritu desinteresado, sino para hacer por sí, ya otros elementos democráticos que después de la proclamación de Sagunto se habían conservado *a honesta distancia* de la Monarquía restaurada, por sucesivas adhesiones se habían adelantado a convivir con ésta; y cuando a Martos le tocó su turno, no pensando, como Castelar, en el porvenir de España, sino para seguir tomando parte con su influencia y sus ventajas personales en la dirección de los intereses públicos, el joven Canalejas, que desde que tuvo bufete halagó las ambiciones del Parlamento, desligado de Castelar, se adhirió al antiguo jefe de los cimbrios, en cuyo geométrico verbo sostenía aún el vigor de su elocuencia la democracia.

Sin embargo, su unión a Martos no argüía una perfecta coincidencia de ideas y de propósitos. Se ha escrito en el extranjero que Canalejas vino de la República a la Monarquía con una concepción de esta forma de gobierno: «qui lui était personnelle et que l'on pourrait appeler *la Monarchie chretienne*». Este concepto, sin duda, lo han formado los que llegaron a entender que cuando en las elecciones del año 1891 su nombre figuró en la candidatura de Madrid, en que a la vez entraban D. Segismundo Moret, D. Santiago Angulo y el Conde de Xiquena, Canalejas logró salir electo en el segundo lugar, gracias a la protección que para este triunfo le prestaron el entonces Obispo de Madrid-Alcalá, D. Ciriaco de Sancha, des-

pués Cardenal-Arzobispo de Toledo, el candidato conservador Marqués de Cubas, y otros influyentes personajes del partido católico no tradicionalista. Pero el juicio que sobre sus tendencias políticas entonces se divulgó sólo equivalía a las duras críticas de que fue objeto por los prohombres del partido histórico liberal, a quienes les había amargado aquella jugarreta. Otros biógrafos de su muerte, hablando de su primera filiación en el partido liberal-monárquico en 1881, se han limitado a decir que a la sazón sólo propendía a la obra común de los que se proponían «armonizar los principios democráticos con la tradición monárquica», y otros, por último, sólo le describen en aquel tiempo animado de las mismas tendencias, «de toda aquella falange de jóvenes que pedían lo que hoy ya se encuentra realizado; esto es, la libertad del pensamiento, de palabra, de imprenta, el sufragio universal y el Jurado, o lo que es lo mismo, la democracia en acción».

Sería insensato reconocerle en 1881, cuando por vez primera se le ofrecía un distrito por Agreda, en la provincia de Soria, que no era un llamamiento de sus electores, sino una designación de la máquina gubernamental, porque aún de este modo se hacen las elecciones en España, una ambición ya directiva, a la que equivaldría la profesión de un programa de ideas propias. Claro es que en su mente bullía todo ese arsenal confuso de principios secundarios, que es lo que hasta aquí viene constituyendo el ideal, no sólo de la democracia española en todos sus matices, sino de los demás partidos llamados de gobierno; porque en España todavía no ha surgido grupo político alguno como en Alemania bajo Bismarck, en Inglaterra bajo Disraeli, en Italia bajo Cavour, como en los nacientes Estados balkánicos bajo todos sus estadistas, de ficticia filosofía, se conduzca la conciencia nacional hacia un ideal común, poderoso y firme de engrandecimiento de la patria; en el cual, por encima de todo principio, pero dentro de su nueva Iglesia, Canalejas no podía aparecer sino como un *adepto*, y en realidad a esto por mucho tiempo tuvo

que limitarse su papel, si bien, dentro de él, hiciera cuanto le fuera dado para ensanchar los horizontes de su ambición, en la que le sirvió de poderoso instrumento su cultura positiva, siempre creciente, puesto que con la gran base teórica y práctica que ya traía de sus antiguos estudios y puestos, los nuevos estudios y los nuevos problemas que se le impusieron para la activa alternativa de las discusiones parlamentarias en que tomó parte desde que se sentó en los escaños del Congreso, ofreciéronle elementos bastantes con que formar en su mente la nueva proyección de los destinos a que pudiese aspirar.

¿Hubo en ella unidad desde un principio? Hay que reconocer que no, y en demostración de esto, no hay más que fijarse en su conducta con todos los que fueron jefes de las agrupaciones a que se filió. Cuando separado de Castelar, quiso volver a él, Castelar le dijo con entera franqueza: «Conmigo, no; puedes, Pepito, irte con quien quieras; pero conmigo, no.» Se unió a Martos, y su influencia sólo sirvió para divorciar a Sagasta de Martos, en cuyo punto abandonó a éste para estrecharse con aquél. Las diferencias con Sagasta forman parte de las dimisiones de los puestos que éste le dió en los últimos Ministerios que presidiera, y muerto Sagasta y unido a Moret, no dejó vivir en la Presidencia de sus respectivos Gabinetes al Marqués de la Vega de Armijo, ni al General López Domínguez, que contaba con su apoyo, como después puso la zancadilla a Moret, que en la última situación de que fue jefe le había enaltecido con la Presidencia del Congreso de los Diputados. Es verdad que, en medio de todas estas volubilidades de norte y de conducta, se fue realizando el progreso de su carrera pública; que en 1884, bajo el Ministerio de Posada Herrera, en el penúltimo año de la vida del Rey Alfonso XII, fue subsecretario de la Presidencia del Consejo de Ministros; que, bajo la Regencia de la Reina María Cristina y la Presidencia de Sagasta, en 1887, fue Ministro de Fomento; en 1889, de Gracia y Justicia, y en 1894, de Hacienda, y que declarada la ma-

yor edad del Rey Don Alfonso XIII, en 1902 se vió elevado a la Presidencia del Congreso de los Diputados, y en 1910 a la del Consejo de Ministros. Es verdad también, que en todos los puestos ministeriales que desempeñó desplegó las dotes reconocidas de su actividad e ilustración para superar con brillantez las exigencias ordinarias de las obligaciones que encarnan; pero en ninguno tuvo la fortuna de asociar su nombre a alguna de esas grandes iniciativas, que siendo realmente provechosas y trascendentales, dejan una perenne estela luminosa de perpetua recordación, como en otros tiempos dejó Moyano en la Instrucción pública, Mon en la implantación del sistema tributario, Bravo Murillo en el arreglo de las deudas y en las obras engrandecedoras de Madrid, Villaverde en la nivelación de los presupuestos, Dato en las reformas sociales, y muchos otros Ministros de todos los partidos que dentro de la Monarquía representativa desde 1834 han funcionado, en el progreso sucesivo y evidente de todos los ramos de nuestra pública Administración. Pero todo esto, ya lo acompañen esas iniciativas fecundas, ya lo limite el mero cumplimiento del oficio aceptado, ¿es administrar simplemente o es gobernar y dirigir, y mucho menos prevenir, los problemas del tiempo y preparar su pacífica evolución sin trastornos civiles ni lesión de intereses, que es lo que significa gobernar? Además, ¿es administrar o gobernar bien, lo único que incumbe al que aspira a la suprema dirección de los destinos de un pueblo, en cuyas facultades reside la eminencia verdadera de lo que se llama ser un hombre de Estado? Porque en España están desconocidas todas estas definiciones en la esfera de los hechos, damos por grandes estadistas a meros administradores, y llamamos gobernantes a los que carecen hasta de la menor noción de lo que significa la palabra Gobierno.

En toda esta actuación, que comprende desde el año 1883 en que Canalejas por vez primera fue Ministro de la Corona, hasta 1912, en que como Presidente del Poder ejecutivo ha dejado inopinada y trágicamente de existir, las condiciones

eminentes de su personalidad, que sin disputa han quedado demostradas, han sido la elocuencia de su palabra, no siempre representando ideas persistentes de pensamientos sólidamente constituídos, su no menor cultura de libros principalmente extranjeros sobre los problemas que agitan a la humanidad, pero sin la relación analítica y la definición sintética de lo que toca, según nuestro carácter, nuestro estado social y nuestros intereses generales, a los intereses nacionales, su espíritu audaz e irreflexivo para acometer reformas no bien preparadas y sin prevención alguna de sus naturales consecuencias con terquedad invencible para sostener sus proyectos arbitrarios, una actividad vertiginosa para estar en todo, para influir en la resolución de todo, sin dejar la libertad que demanda la propia responsabilidad a sus mismos colaboradores, y una laxitud absoluta de voluntad y de medios para que en su cumplimiento las leyes fuesen leyes, los tribunales, tribunales, las penas, penas, y los merecimientos, merecimientos: es decir, su sistema de la última hora, su sistema desde que contribuyó a derribar el conato de poder ordenado que el partido adversario en el Gobierno representaba, fue en realidad, arriba y abajo, en los poderes representativos y en las plebes, una tolerada anarquía.

¿Nació este sistema del último extremo a que se dirigió la reconocida cultura que hizo reflejar en 1902, en el prólogo al libro de *El Instituto del Trabajo*, de los Sres. Builla, Posada y Morote, y en el *Discurso leído ante S. M. el Rey Don Alfonso XIII, en la sesión de apertura de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación, el día 28 de Mayo de 1905*? Los progresos de la cultura teórica y práctica, científica y literaria de Canalejas se han ido bosquejando en el curso de este estudio, guardando estrechamente el orden de su progresión; pero el cuadro no está completo y hay que completarlo. Esta progresión, desde que se inició en el Parlamento en la vida política, hay que marcarla en sus obras, en sus discursos y en los puestos académicos para que fue elegido, principalmente en las Aca-

demias Española, de Ciencias Morales y Políticas y de Jurisprudencia y Legislación. La bibliografía de las producciones literarias de Canalejas no nos ofrece ninguna obra fundamental. Alguno de los biógrafos de la muerte ha citado entre las obras que se le atribuyen un libro titulado *Derecho parlamentario comparado*. Si existe, no conozco ese libro; si existe, se carece de ejemplares de él en las Bibliotecas Nacional, Universitaria, de los dos Cuerpos Colegisladores Senado y Congreso, de las Academias Española, de la Historia, de Ciencias Morales y Políticas y de Jurisprudencia, del Ateneo de Madrid y de Palacio, donde lo he buscado sin encontrarle. La única de este aliento que al parecer tenía en el taller, pero la que nunca acometió, ni hizo más que juntar elementos para llevarla a cabo, fue la que debía llamarse *La obra social*, y de ésta tenemos conocimiento por lo que el mismo Canalejas escribió en cabeza de las anotaciones que puso a su *Discurso de apertura de la Academia de Jurisprudencia* en 1905 ya citado, y donde dijo:—«Este discurso es la condensación de notas recogidas en una labor asidua de tres años, preparatoria de un libro muy extenso acerca de *La obra social*. Aun limitándonos a un *sumario*, casi pudiéramos decir a un *índice*, de los asuntos que con todo detenimiento estamos estudiando, y con toda amplitud desarrollaremos en su día, nos pareció excesivo el número de páginas de esta disertación académica, y acudimos al procedimiento de relegar a *notas*, que permiten mayor concisión de formas expositivas, la bibliografía y ciertas consideraciones secundarias, no desprovistas de interés.»

Después de esta no realizada tentativa, las obras publicadas por Canalejas se reducen a algunos *Discursos* sobre asuntos varios y a algunos *Prólogos* para libros ajenos. El primero de estos discursos, cuyo tema fue *La generación, vida y transformación de las leyes*, fue leído en la sesión inaugural del curso de 1893 a 94 de la Academia de Jurisprudencia, e impreso el primero de estos años en Madrid, en la imprenta de los Hijos de M. G. Hernández. Es un folleto en 4.°, de 83 páginas. Al

año siguiente, en la propia Academia y en acto de igual naturaleza, leyó otro, cuyo tema era *Aspecto jurídico del problema social*. Se imprimió en la misma forma que el anterior y en el propio establecimiento tipográfico, y contiene 98 páginas de impresión. Otros dos discursos de condición idéntica leyó en la misma Academia, en la sesión inaugural del curso de 1903 a 1904, y en la del curso de 1904 a 1905; este último en sesión solemne que presidió S. M. el Rey Don Alfonso XIII. Fuera, además, de algún discurso parlamentario, de que por causas políticas diversas se hizo tirada aparte de la del *Diario de las Sesiones* del Congreso, entra en la categoría de los de carácter oficial, el leído el 16 de Setiembre de 1889, siendo Ministro de Gracia y Justicia, en la apertura de los Tribunales, y tuvieron carácter vario, el de su Conferencia en el Círculo de la Unión Mercantil, sobre *La propiedad mercantil e industrial*, y la que dió en el Ateneo en el tercer centenario de la publicación del *Quijote*. Por último, constituye trabajo suyo esencialmente profesional su *Dictamen sobre límites entre las Repúblicas del Ecuador y el Perú*, que se imprimió en 1905 en la imprenta de los Sucesores de Rivadeneyra, y que contiene 73 páginas en 4.°

De los prólogos que escribió para libros ajenos, el más importante es el que lleva al frente la obra titulada *El Instituto del Trabajo*, de los Sres. D. Adolfo Builla, D. Adolfo Posada y D. Luis Morote. Llevan prólogo, también suyo, *La jornada de ocho horas*, de D. Ricardo Revenga; *La pena de muerte*, del Sign. Pietro Ellero; *El nuevo liberalismo*, de D. Melchor Almagro San Martín; *Procedimientos médicos legales para evitar la tuberculosis en el Ejército*, de D. Dionisio Fernández de Alcalde; *El problema político al inaugurarse el siglo XX, y el régimen parlamentario*, de D. José Cascales y Muñoz; *Estudio sobre las regalías de la Corona de España*, de D. Juan del Nido y Segalerva, y *La propiedad industrial: marcas de fábrica y de comercio*, de D. Enrique Pérez Dindurra. Respecto al de los *Apuntes para la Historia del tiempo en que ocupó los destinos*

de aya de S. M. y A. y Camarera Mayor de Palacio, su autora la Excma. Sra. D.ª Juana Vega de Mina, Condesa de Espoz y Mina, el mismo libro indica bien claramente quién le escribió, mas para rectificar esas ideas que ligeramente se divulgan para aumentar prestigios a los que no los necesitan y disminuirlos a los que pueden ser pródigos de lo que hacen, porque siempre les queda un gran remanente de honor que para los suyos les basta, se harán aquí breves indicaciones y se confirmarán con un par de documentos entre una cartera repleta de ellos. Desde que, ocupando la Presidencia del Congreso de los Diputados el Sr. Canalejas, se propuso dar a la estampa el manuscrito legado por la Condesa de Espoz y Mina a dicho Cuerpo, lo primero que hizo fue entregarlo a las cajas, y proponiéndose documentarlo bien y consagrarle un extenso prólogo con su pluma, puso a contribución para las necesarias y difíciles investigaciones a todos sus amigos políticos y particulares. El que estas líneas escribe le mereció desde 1906 esta confianza, y toda la documentación con que el prólogo al cabo se escribió y toda la que en los apéndices contiene la investigada en el Archivo de la Real Casa, así como las biografías de las personas que tuvieron parte en los sucesos de Octubre de 1841, toda la relativa a los Embajadores de España en París durante la Regencia del General Espartero, toda la íntima de familia de la que fue tenienta de aya D.ª Inés Blake de Román, y otra gran parte de la que no hay que hacer prolija referencia, fue el producto de mi obsequiosa labor de cuatro años para prestar este afectuoso auxilio a la labor que se había comprometido a desempeñar por sí el Sr. Canalejas. En cuatro años de constantes estímulos, no le fue dado al que estas líneas escribe sacarle de los constantes aplazamientos que al Sr. Canalejas le imponían sus febriles atenciones respecto a las cosas políticas. Llegó, el que esto escribe, hasta bosquejarle en nueve párrafos el cuadro en que el prólogo se había de encerrar, para que el Sr. Canalejas no tuviera que hacer más que hilvanarle. No fue posible conseguirlo, hasta que, ascendiendo a la Presidencia del Con-

sejo de Ministros, terminó por declararse inválido para aquella producción, y devolviéndome mis notas y papeles, me rogó que yo cumpliese por él el compromiso contraído, tanto más urgente de satisfacer, cuanto que la mayor parte del libro impreso ya hacía cuatro años, sufría los menoscabos que es fácil concebir. Permítaseme aquí la transcripción de algunas cartas:

«Sr. D. Juan Pérez de Guzmán.

»Mi querido amigo: Mil gracias por su amable carta. Antes de que termine Abril estará concluído todo lo que con el valioso concurso de V. tenemos en marcha. No lo dude; V. me inspira la más absoluta confianza, y aparte ello, sincera gratitud por tantas deferencias. Siempre suyo apasionado amigo,

José Canalejas.

»11 Abril 1907.»

«Sr. D. Juan Pérez de Guzmán.

»Mi muy querido amigo: Absolutamente de acuerdo con su carta, y desde luego que la influencia, por lo común contradictoria de Francia y de Inglaterra en los negocios de España, ha de ponerse de relieve como V. indica. De Avinareta no tengo noticia ninguna. ¿Las tiene V.? ¿Las hay en Madrid? Si no, yo las pediré en seguida.

»Refiriéndome concretamente a nuestra Condesa, hay un extremo del que creo que no hablé a V. en mi carta anterior y que es interesante: sus relaciones con Concepción Arenal. Creo que debería encarecerse el relieve de estas dos figuras, estableciendo conexiones y parangón entre ellas. Desgraciadamente, D.ª Concepción, de cuyo archivo quería yo haber recabado una colección de cartas mediadas entre ella y la Condesa, las quemó todas poco antes de morir, según me escribe su hijo.

»Espero el trabajo de V., cuanto más cumplido mejor, y de antemano le agradezco y aplaudo. Suyo cariñoso amigo,

José Canalejas.

»San Sebastián, 22 de Agosto de 1909.»

«Sr. D. Juan Pérez de Guzmán.

»Mi muy querido amigo: Muchas gracias por el interesantísimo bosquejo que me envía. He recibido además todos los otros datos muy importantes. En día próximo se permitirá llamarle a V. para charlar sobre esto su cariñoso amigo,

José Canalejas.

»15 Noviembre 1900.»

.....
.....

«Sr. D. Juan Pérez de Guzmán.

»Mi muy querido amigo: Su carta, aunque no me parece justa, acredita una vez más la rectitud de su proceder, la elevación de sus sentimientos y una amistad que nunca le estimaré bastante. Mañana terminan estos días de forzosas vacaciones, impuestas por la costumbre, y me ocuparé en cuanto con V. se relaciona. Por hoy sólo quiero decirle que S. M. el Rey y la Augusta Real Familia, que han leído su interesante trabajo en las *Memorias de la Condesa*, escucharon de mí merecidas frases de elogio, a que los Augustos Señores correspondieron, y que todos cuantos me hablan del libro se expresan en términos análogos.

»Hasta muy pronto, y siempre muy suyo y siempre amigo y *obligado* servidor, q. s. m. b.,

Jose Canalejas.

»28 de Febrero de 1911.»

Fuera de sus *Discursos* y de sus *Prólogos*, la labor intelectual de Canalejas quedó reducida a la elocuencia de su fervoroso verbo en los debates del Parlamento. Esto no obstante, dos Academias fuera de la de Jurisprudencia, la Española o de la Lengua y la de Ciencias Morales y Políticas, resolvieron llamarle a su seno por premio a su brillante intelectualidad. A la muerte de D. Vicente Romero Girón, la de Ciencias Morales le eligió en su vacante el 13 de Marzo de 1900; pero como en 28 de Junio de 1910 aún no había tomado posesión de su silla, la Academia volvió a declararla desierta, eligiendo para sustituirle a D. Manuel García Prieto. Lo mismo casi ocurrió en la Española, donde la elección fue hecha con grande entusiasmo. Por fallecimiento de D. Angel María Dacarrete, fue elegido Canalejas para su silla a fines de 1904, y *El Imparcial* y *El Liberal* publicaron los detalles de la elección. Asistieron a la junta y tomaron parte en la votación los académicos señores Silvela, Fernández Villaverde, Echegaray, Marqués de Pidal, Valera, Pérez Galdós, Benot, P. Mir, Fernández y González, Catalina, Menéndez Pidal, Hinojosa, Conde de Reparaz, Conde de Casa Valencia, Comelerán, Cavestany, Cor-

tázar, Saavedra, Conde de Liniers, Cotarelo, Palacio, Sellés, Picón y Ortega Munilla. Don Alejandro Pidal, enfermo, y el Conde de la Viñaza y Menéndez y Pelayo, ausentes, le escribieron amables y cariñosas cartas; faltando además, por impedidos de la edad, el Director de la Academia, Conde de Cheste, y el Duque de Rivas, Maura, por ocupaciones, y Pereda, por residir en Santander. El complemento de esta elección se resumía en los elogios que le prodigó la Prensa. *El Imparcial* decía: «La entrada en la Academia Española de D. José Canalejas es gloria nueva para aquella casa. Canalejas, orador perfecto, entendimiento cultísimo, literato y pensador, lleva al salón clásico del idioma todos los resplandores de su talento y todas las preeminencias del arte literario.» A lo que *El Liberal* añadía: «Con Canalejas volverá a entrar en la Academia una ráfaga de intelectualidad vigorosa, batida en las grandes luchas del saber, de la discusión y de la propaganda. Aparte de su significación política, su personalidad se destaca con relieve propio en la oratoria, en la disertación, en el estudio, en la difusión de ideas, en la defensa de la mentalidad progresiva y fecunda por todos los medios de la vida moderna.» La contradicción con estos juicios se halla en el hecho de que el elegido tampoco hizo nunca nada para ocupar la silla de la Academia Española, en la cual su nombre sólo queda como Académico electo. Y a pesar de que haya habido quien hablando de su cultura y de su representación, ha escrito que Canalejas «sabía de la filosofía lo que queda, de la jurisprudencia lo que establece, de las religiones lo que ha pasado, de la política lo que vendrá, de la legislación lo que subsiste, de los caminos de la vida, todo, y del aparato y de las apariencias del mundo nada», todo esto no es más que la mera palabrería de los que escriben con el ingenio y desconocen la crítica y la razón.

La última etapa de la vida intelectual de Canalejas, inseparablemente unida a su vida política, se caracteriza por su resuelta inclinación a los estudios sociales, de que fueron sucesivas, etapas en el año 1894, su *Discurso*, ya mencionado, en la

apertura del curso siguiente de la Academia de Jurisprudencia sobre el *Aspecto jurídico del problema social;* en el año 1902, el prólogo del libro de los Sres. Builla, Posada y Morote, sobre *El Instituto del Trabajo*, y en el año 1905, en su último discurso de la referida Academia, en presencia del Rey Don Alfonso XIII, lo que él consideró indudablemente como el esquema crítico y erudito del libro que meditaba sobre *La obra social*, en el cual declaraba que todos los principios que allí sostenía eran fruto de la meditación más profunda, «*como quien espera que acaso algún día se le pidan hechos acordes con sus pensamientos.*» Esta esperanza, en efecto, es la que se propuso realizar cuando el 10 de Febrero de 1910, derrocado de la jefatura del Gobierno el Sr. Moret, y aún vivo el humo de los incendios de la semana trágica de Barcelona, en curso los procesos que fueron su consecuencia ante la moral y las leyes, y apenas sepultado el cadáver de Ferrer, vino a erigirse en la cumbre del poder para empezar a desarrollar el *ensayo* del programa político-social que, con la apelación a todo el movimiento abstracto de los libros publicados por los filósofos de todas las lenguas en todo el siglo antecedente, tenía formado en su mente para una nueva y total transformación, que no era menos la que en realidad meditaba. A esto se ha llamado bajo su Gobierno «el desarme de los partidos revolucionarios y la pacificación moral de los espíritus», como si los hechos que le crearon todas las dificultades con que conllevó su poder no ofrecieran hasta con el testimonio de su propia inicua muerte el mentís más soberano a la ligereza de tales opiniones. La consagración perenne de su nombre no tiene más que una base firme e imperecedera: la crueldad y la gloria de su martirio en la alta posición que ocupaba.

No era un programa ni de gobierno, ni de transformación, lo que, después de tantos estudios, Canalejas trajo a las iniciativas de su poder durante los tres años que le ha ejercido, sino un haz de utopias que al tratar de convertirlas en hechos legislativos han tenido que resultar un haz de consecuencias contra-

producentes y otros tantos fracasos. No son los Gobiernos los llamados a ponerse al frente de todas las reformas que, por lo menos, perturban si no están convenientemente preparadas, cuando no perjudican intereses legítimamente creados a los que la acción del Estado desampara sin ninguna suerte de indemnización. En una sola nota del *Discurso* de 1905, la que lleva el número 129 en la página 148, al hacer una somera enumeración de los jalones que marcan el desarrollo de las principales instituciones de carácter social que en el siglo XIX se han fundado, se ve que no han sido de los Gobiernos, sino de las iniciativas particulares, de las que dichas instituciones han emanado, de donde sin crear conflictos han ido extendiendo su acción y compenetrando en las costumbres sociales. Las *Casas-cunas* de París en 1801, las *Cajas de Ahorro* en Inglaterra en 1804, las *Colonias de asistencia agrícola* de Holanda en 1818, las *Casas obreras* de Fidadelfia, y las *Asociaciones cooperativas agrícolas* de Irlanda en 1831, la *Lucha contra el alcoholismo* en Inglaterra en 1832, el *Ahorro escolar* en Francia en 1834, la *Participación en los beneficios* en Francia, también en 1842, las *Sociedades cooperativas de consumos* en Inglaterra en 1844, las *Cajas rurales* en Prusia en 1849, los *Comedores populares* en Suiza en 1851, los *Bancos populares* en Alemania en 1852, la *Jornada de ocho horas* en Melbourne en 1856, el *Descanso dominical* en Suiza en 1861, los *Círculos obreros* en Inglaterra en 1862, los *Hornos ecónomicos* de Berlín en 1866, las *Medidas preventivas contra los accidentes del trabajo* de Mulhouse en 1867, la primera *Exposición de la Economía social* en París en 1868, el *Consejo de arbitraje y de conciliación para las industrias* de Londres en 1869, la *Lucha contra la reglamentación de la prostitución* en Inglaterra en 1870, los *Delegados obreros para las minas de hulla*, los *Asilos de noche* de Marsella, y el *Palacio o la casa del pueblo* en Mulhouse en 1872, la *Escala móvil de los salarios* en el Stalfordshire en Inglaterra en 1875, los *Consejos de fábrica* en Bélgica en 1877, la *Asistencia para el trabajo* y el *Ahorro por la mutualidad* en París en 1878,

las *Federaciones regionales de sindicatos agrícolas* de Lyon en 1893, los *Arbitrajes obligatorios de la industria* de Nueva Zelanda en 1894, los *Museos sociales* en 1895, la *Asociación internacional para la protención legal de los trabajadores*, todas son instituciones nacidas por sí mismas sin la tutela de los gobiernos, y con cuyos efectos por sí mismos también, cada día más dilatados, la clase obrera se ha levantado más que con las mercedes equívocas de los Gobiernos.

En el *ensayo* del programa de Canalejas, ni aun a la difusión de estos adelantos se ha atendido: su política, limitada a enervar la eficacia de las leyes, la autoridad de los tribunales, la respetabilidad intangible de los jueces; a consagrar a fuerza de debilidades utópicas la libertad más absoluta a costa de la impunidad más manifiesta; ¿qué le ha traído al fin? ¿el desarme de la revolución? Ningún grito de la rebeldía con sus contemporizaciones se ha apagado: en cambio, contra él mismo, a espaldas de la gratitud, tanta impunidad ha permitido armarse en la sombra el brazo del asesino para sorprenderle con el rigor de la muerte a la luz del día y en el paraje más público de Madrid. ¿Ha sido ésta toda la eficacia de sus estudios sociales? El *ensayo* del programa ha sido luctuoso y, sin embargo, Canalejas podía ser considerado en esta triste España, tan exhausta de hombres verdaderamente de Estado, como una *esperanza*, pues aunque todavía no estaba bien formado para la suprema dirección política que se le había conferido, no puede en razón aplicársele a él la teoría de que él hablaba en la página 73 de su *Discurso* de 1905, como exageraciones de Gabineau, Lapouge, Ammon y Serk, cuando consideraban como causa de la gran decadencia por que se atraviesa en todas partes, en esta hora realmente crítica de la Historia, *la inclinación de las modernas sociedades a exaltar las medianías.*

Juan Pérez de Guzmán y Gallo,
De la Real Academia de la Historia.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Crítica: Gazapos y planchas de novelistas.=Cuestiones económico-sociales: Así habló Jeroboam.=Costumbres: De Bruselas a Londres.=Literatura: El Decamerón del Sudán.=Impresiones y notas: Anecdótica: Maindrou y Mitty.—Las escuelas poéticas contemporáneas.—Kant y Leconte de Lisle.—La mujer y el retratista.

CRITICA

Gazapos y planchas de novelistas.—Es un curioso trabajo, dedicado en *La Revue* por Alberto Cim a los lapsus y singularidades literarias de los novelistas contemporáneos. Algunas de estas singularidades nos parecen poco bien citadas, pues en verdad que no acertamos a encontrar lapsus ni error ninguno en las frases siguientes: «Salvador depositó sobre la frente de la joven un beso tan casto *como el rayo de luna* que le iluminaba» *(Los Mohicanos de París);* «lanzó sobre ella *una mirada de serpiente forzada a huir*» (ídem, ídem). Hasta la cita de ¡«Ah! ¡ah! dijo Don Manoel *en portugués*», que parece un desliz, no lo es tanto si se fija la atención en que por sencilla que parezca la exclamación de «¡ah! ¡ah!», jamás se confunde la que hace un francés con la que hace un portugués. Prescindiremos, pues, de todas las citas más o menos discutibles, y recogeremos únicamente los gazapos de fondo o de forma citados por Cim.

En *El caballero de Harmental*, cuya acción pasa en 1718,

uno de los personajes, Buvat, dice al cardenal Dubois que su pupila pinta como Greuze, que nació en 1725, siete años más tarde; y desde su cuarto, el mismo Buvat ve la iluminación de las galerías del jardín de Palais-Royal, que no se construyeron sino sesenta o setenta años después.

Balzac, en *El primo Pons*, habla de un abanico admirable, «divina obra maestra que Luis XV encargó seguramente para la señora de Pompadour; ¡Watteau se ha exterminado para componer aquello!» Ahora bien; Watteau murió en 1721, el mismo año en que venía al mundo la bella marquesa. En *La musa de la provincia*, Balzac pone en escena una doncella que con ayuda de un pañuelo, venda sólidamente los ojos a uno de los personajes, de modo que no puede ver dónde le conduce, y le hace esta extraña recomendación: «¡Velad bien sobre vos mismo, *no perdáis de vista* ninguno de mis signos!»

Semejante a este descuido, fácilmente explicable, es el de Lemoinne al decir que «el rey de Hannover *ciego* y sufriendo *al ver* su reino incorporado a Prusia». Más grave, aunque del mismo género, es el de Emilio Puvillón, al decir *Pecaïre* que «Ginibre, un honrado ciego, envía una *mirada melancólica* a una botella vacía». En lugar de un ciego que ve claro, se tropieza a veces con un mudo que toma la palabra: «El gran rabino de Francia, Isidoro, al que un reciente ataque de parálisis conduce al *mutismo*, ha querido en esta ocasión *mezclar su voz* a las oraciones dirigidas a Dios por Moisés Montefiore.» En *La prima Bette*, un comisario de policía «responde silenciosamente: no está loca».

Stendhal, en *El filtro*, da este tropezón de contabilidad: «tengo treinta años más que vos, mi querida Leonor; no tenéis más que diez y nueve y yo cincuenta y nueve». De diez y nueve a cincuenta y nueve, no van treinta, sino cuarenta. Jorge Sand, en un prefacio para el tomo de poesías *La Cantera*, del albañil Poney, toma a Herodes por Pilatos: «y lo mismo que Herodes, no saben más que lavarse las manos con todas las iniquidades sociales».

El parrafito de Eugenio Sue en *El Orgullo*, es de los más curiosos que pueden citarse: «Voy a *poner las tenacillas al fuego*, dice uno de los personajes, para *sacar los gusanos de la nariz* a la señora de Barbançon, a fin de *ver lo que tiene en el vientre.*»

No deja de ser chocante, aunque no puede tacharse de impropio, el modo de decir de Champfleury: «La pipa del descontento no iba a tardar en brotar en su corazón.» En el mismo caso se encuentra otra frase del mismo autor al decir: «Las damas cuchichearon mirándose, con bocas sonrientes y *arrullos de ojos* que hubiera envidiado una actriz para representar papeles de Marivaux.» El mismo Champfleury dice en otro lugar: «Una mano fría, larga y enflaquecida, se apoderó de su cráneo... Aquellos terribles dedos sacaban su fuerza de que los pulgares de las dos manos, enganchándose en los *marcos de las orejas* de fauno del señor Perdrizet, *los otros* se juntaban sobre la cima del cráneo, que, a pesar de su pulimento, estaba cogido como por ocho gatillos alargados.»

Alfredo Assollant indica un medio singular de hacer competencia a las trompetillas acústicas: habiendo puesto en escena jugadores de billar (nos los representa acercándose) y «teniendo su taco en la mano para oir mejor». Julio Verne, en *Veinte mil leguas bajo los mares*, dice: «Los dedos del capitan Nemo se habían vuelto a colocar sobre el teclado del órgano; yo noté que no golpeaba más que las teclas negras, lo que daba a aquellas melodías *un color esencialmente escocés.*» Los lapsus del famoso Flaubert, tan mirado y remirado en la elección de términos propios y en la puntual exactitud de todas sus expresiones, cien veces retocadas antes de darlas a la imprenta, son verdaderamente increíbles. En *Madame Bovary*, dice que «el padre Ronault fué a llevar a Carlos el pago de su pierna arreglada, setenta y cinco francos en piezas de cuarenta sueldos»; problema insoluble, pues con monedas de dos francos no se pueden pagar setenta y cinco. En la misma novela se lee: «Recibió por su santo una hermosa *cabeza* frenológica toda marcada

con cifras, hasta el tórax, y pintada de azul.» En *Buvard y Pecuchet*, nos deja sin saber cuál era el color de una casulla: «de color verde manzana su casulla, que flores de lis adornaban, era azul celeste». En la misma obra, hace celebrar la misa de media noche el 26 de Diciembre, es decir, al día siguiente de Navidad, en lugar de la víspera.

Alfonso Daudet, en *Tartarín de Tarascón,* atribuye a los árabes mandíbulas fenomenales: «Cuatro mil árabes corrían detrás con los pies desnudos, gesticulando, riendo como locos y haciendo resplandecer al sol seiscientos mil dientes blancos», los que hacen justos cincuenta dientes por cada árabe. En *El Evangelista* pinta un maestro «de ojos ardientes de un azul *globuloso y fanático*».

Emilio Zola habla de que «ella enjugaba con sus dedos las lágrimas que corrían de sus ojos». Los Goncourt dicen en *Madame Gervaisais* que «lo que le faltaba y de lo que carecía era una ausencia de alimento de apetitos nuevos». Pintan una muchacha difícil de representar: «Observo una muchachita con un par de botas de amazona enganchada por una cuerda al hombro y llevando con la otra mano un viejo barómetro dorado.» Fernando Fabre, en *Bernabé,* dice: «La tela, demasiado vivamente recogida, lanzó un grito.» A Francisco Coppée se le ha escapado decir: «Ella acababa de sentarse entre sus dos hijas, dos gemelas, de edad *una y otra* de ocho años.»

Hasta Anatolio France ha dado un tropezón, haciendo nadar a las pintadas como si fueran patos. «Veo, dice, a la República nadar entre las potencias como una pintada en una bandada de goelands.»

La Venus de Milo ha dado origen a increíbles planchas. Merouvel ha tomado la isla de Milo por un hombre: «La verdadera maravilla, dice en *Millones, Amor y Compañía,* era ella misma, con su cuello firme y sólido, su soberbio pecho, sus fuertes caderas y su prestancia, con la cual Milo, el artista cuya fama ha atravesado los siglos, hubiera dado una pareja a su inmortal estatua.» Amadeo de Bast nos presenta a uno

de sus héroes, José Plumard, poniendo una rodilla en tierra y depositando «sobre aquella mano blanca y modelada *como la de la Venus de Milo* el más respetuoso de los besos». En la misma gazapera ha caído Julio Gastyne, diciendo en *Carne de placer:* «Su brazo blanco, modelado como *el brazo de la Venus de Milo*, resplandeciente como Carrara.» En el mismo folletín se le ha escapado el lapsus de presentar a un comisario de policía que esperaba ver *palidecer* a un preso *negro*.

Carlos Merouvel, en *Jenny Fayelle,* nos presenta también una mujer que tenía «un talle esbelto y flexible que *una mano* de hombre hubiera aprisionado en sus diez dedos».

Ponson du Terrail, habiendo escrito tanto, no podía menos de incurrir en algún descuido. He aquí varios: «Ella tenía la mano fría de una serpiente.» «Melchor no había dejado de beber en todo el camino y no había despegado los dientes.» En *Los escolares de París,* cuya acción pasa en tiempos de Francisco II (mediados del siglo XVI), hay un monje que se sabe de memoria a Molière, que no vivió hasta el siglo siguiente. En *La juventud del rey Enrique,* cierto Godolfín, extraviado una noche sombría, es capaz de reconocer la columnata del Louvre, construída dos siglos después.

El escritor belga Lemonnier es aficionado a giros rebuscados y altisonantes, como éste, por ejemplo: «Cada golpe del martillo la terebraba con las lentas y continuas perforaciones de una infinidad de agujitas musicales atrozmente lancinantes.»

Alberto Blanquet, en *El Parque de los ciervos*, dice: «Pocos instantes después, un carruaje se los llevaba al trote de dos buenos caballos lanzados al galope.»

Jorge Duval toma la palabra *refinería* por *refinamiento* hablando de *una refinería de crueldad.*

CUESTIONES ECONÓMICO-SOCIALES

Así HABLABA JEROBOAM.—En el *Mercure de France* publica Bottoni un original artículo, del que sin comentarios extractamos lo más interesante.

«¿Decís que los negocios se dividen en comerciales, industriales, mineros y agrícolas? No creáis nada de eso: los negocios no tienen nada que ver con el comercio, la industria ni la agricultura. El que se estableciese de agricultor sin conocer el arte de la tierra, arriesgaría el arruinarse; en negocios, un violinista, un sportman, un clown, pueden hacerse ricos en un momento. Los italianos tienen la palabra *affarista,* que designa lo que no es una profesión ni apenas una ocupación. De modo que hacer negocios ¿es no hacer nada? No, pues a veces es también trabajar mucho. Los negocios son la metafísica de la actividad humana, y un hombre de negocios es siempre un ex-algo, generalmente un fracasado de algo, cuando no es un especialista en aventuras.

Vistos al modo de los hacendistas, los negocios son una fuente poderosa de poesía, de imaginación, de pintoresco. ¿Qué es una historia de amor o un relato de batalla, al lado del romancero de un rey del chocolate? Los financieros son poetas ignorantes. Un idiota pobre es un idiota; rico, es un rico.

«Los negocios son los negocios.» Este aforismo macarrónico es erróneo. Los negocios no son los negocios. ¿Cómo lo habían de ser, cuando tienen una moda y en una estación se llevan las minas de oro, como puede llevarse el armiño o la falda de campana, y se abandonan los petróleos como puede abandonarse la crinolina? Los negocios no son los negocios; los negocios son el *boom,* es decir, el desboque, la fiebre mística, el fetiquismo, la fe en el grigrí. Cuando el caucho está de moda, se ve hacer diariamente en Londres, en Nueva York o en París una sociedad nueva para la plantación de heveas. En tal estado de exaltación, se ponen en sociedad cien mil árboles

de caucho; se ponen también tierras incultas, en las que acaso puedan criarse esos árboles; se pone todavía menos: esperanzas de tierras o ideas de cultivos; pero pasada la exaltación, no se encuentran mil francos para esas mil plantaciones, aunque se trate de heveas positivas rebosantes de jugo.

Para ver lo que son los negocios, basta evocar dos cuadros: el primero, el tropel, los gritos, las disputas, una mina de oro cuya cotización sube y sube en la Bolsa, creando el deseo, la locura; el segundo, a mil leguas del primero, un paisaje senegalés mostrando, bajo el sol tropical, una gran llanura árida, con dos o tres agujeros superficiales, en los que trabajan veinte negros. El primer cuadro es el valor en papel de una mina, el segundo la mina verdadera. Como se ve, los negocios son el sentimiento, la imaginación, la esperanza, lo vago, lo irreal.

La frase de Dumas «los negocios son el dinero de los demás», es una fórmula que no deja de tener su parte de verdad, y que refleja la mentalidad de una época. «¡La brutalidad de las cifras!» ¿Qué tonto ha dicho eso? Nada más envolvente ni más acariciador que la cifra. La cifra no es hombre, es mujer: tiene de la mujer la seducción, la aparente sinceridad, el arte de engañar; sabe mentir con encanto. La cifra es la gran llave de los sueños, la fuente de las más grandes ilusiones, la puerta de los sueños más emocionantes.

Un banquero es un hombre que se sienta delante de una gran mesa, en la que no hay nada, y se pregunta por qué medios podría hacer caer en su caja el dinero de los curas. Porque el tipo de presa fácil, de víctima resignada, es el cura.

En las tertulias de las familias artesanas, en que el juego toma fácilmente aire vicioso por el dinero que se puede perder, es de buen tono jugar con judías. Para la mayor parte de los capitalistas franceses, las partes de fundador son el juego de las judías. ¿Una idea, una concepción feliz, descubrimientos de sabios, investigaciones de ingenieros? Todo eso, judías.

¿No conocéis el experimento clásico del barbo? En un acuario, dividido en dos compartimientos por un tabique de cristal,

se echan a un lado un barbo y al otro un gobio; a la vista del gobio, el barbo se precipita sobre él, y viene a dar con su nariz contra el tabique de cristal; apenas repuesto del violento choque, el barbo vuelve a la carga, y se aplasta la nariz por segunda vez; entonces ya se puede quitar el tabique de cristal; el barbo no tocará al gobio aunque le tenga encima; para él, el gobio es tabú; desearlo, es recibir en la nariz una formidable conmoción. Pues este barbo es el capitalista: si ha caído brutalmente sobre el cebo de una mina de oro, dejando algunas escamas en la aventura, no echa la culpa a su ligereza ni a su ignorancia; condenará todas las minas de oro y se abstendrá de tocar una pepita. De ahí estos aforismos de barbo: «no toquéis nunca a los negocios industriales», «nada es tan peligroso como las minas», «desconfiad de las explotaciones coloniales», etc.

El difunto Farry, el padre de Ubu, inspirándose sin duda en que la poesía tiene su Pegaso, había creado el Caballo de Hacienda, moderna encarnación del Vellocino de oro, pero en símbolo mágico, flexible y variado: es el Rocinante de los Don Quijote, fundadores de sociedades, y el asno de los Sancho Panza, de la prensa financiera; el alazán, encaparazonado, que se hace caracolear ante los accionistas, y el rocinote que arrastra en cabalgata la carreta de las emisiones; el percherón empenachado que guía el cortejo de los dineros difuntos; el garañón atrevido que guía soberbiamente la parada de los fondos del Estado, y el caballejo de los obligacionistas; el pura-sangre presentado a la alta escuela por el señor Economista Distinguido. En el tablero político es la pieza de madera con cabeza de caballo, simbolizando la Hacienda, que se hace evolucionar en macarrónicas combinaciones entre el Rey, símbolo del Gobierno; la Reina, símbolo de las influencias femeninas; la Torre, símbolo de la fuerza armada, y los Peones, símbolo de las influencias electorales.

¿El mecanismo de la Bolsa? ¿Os acordáis del juego «Encendida te la doy»? Los jugadores, formando círculo, se transmi-

ten, de mano en mano, una cerilla encendida; aquel entre cuyas manos se apaga, pierde. Pues ese juego es toda la Bolsa: un valor sube, sube hasta el momento en que, dejando de estar sostenido por nuevas compras, cae bruscamente; el que lo tiene en aquel momento, pierde. Así se comprende que el único cuidado de los bolsistas sea el de reclutar nuevos jugadores, porque en cuanto uno de ellos se ha quemado la punta de los dedos, se queja, y a todo trance quiere pasar la cerilla a otro.

Se reúne un capital destinado a crear una atmósfera de entusiasmo, y eso se llama un *síndicato de emisión;* se reúne un capital destinado a crear una atmósfera de desaliento, y eso se llama un *sindicato de rescate.* Para la mayor parte de las gentes, fundar una sociedad es obtener de algunas personas llamadas accionistas lo que no se ha podido conseguir del Estado: una hermosa oficina bien caldeada y bien iluminada con un buen sillón y un gran sueldo.

Un Consejo de Administración es la reunión en un mismo local de gentes que llegan con una hora de retraso, con otras que necesitan marcharse una hora antes; unos y otros se encuentran generalmente en la escalera. Hay, sin embargo, miembros del Consejo que llegan a la hora fija, y no se van sino cuando se ha agotado el orden del día; esos precisamente son los que harían mejor en no venir. Un administrador administra; tres administradores buscan el mejor medio de administrar; cinco administradores disputan sobre programas opuestos; siete administradores pierden el tiempo charlando. En el momento en que vayas a firmar la papeleta de suscripción, haz al fundador esta simple pregunta: «¿Cuántos administradores habrá?» Si te responde que siete, arriesga 100 francos; si dice que tres, puedes llegar hasta 1.000; si es sólo uno, firma atrevidamente por 10.000.

Majestuoso por su barba y por su nombre, grave por el peso de sus años, el señor Economista Distinguido presenta a la Alta Escuela las teorías económicas financieras, e inspi-

rándose en el astuto autor que escribió «El arte de criar conejos y de hacerse con 6.000 francos de renta», el señor Economista Distinguido ha escrito «El arte de colocar y dirigir su fortuna», nuevo libro digno de figurar en la Biblioteca de los Gazapos de su ilustre antecesor. Uno de los preceptos más sabrosos de este volumen es el siguiente:

«Hay tres categorías de empresas y valores: 1.ª, las que tienen un germen de desarrollo; 2.ª, las que, habiendo llegado a plena madurez, son y deben seguir siendo más o menos tiempo estacionarios; 3.ª, las que tienen un germen de muerte. Es preciso aplicarse siempre a discernir las primeras y las últimas.»

Estoy oyendo que alguien desea que aplicando su método a sociedades nuevas, el señor Economista Distinguido se digne señalar los valores recientes que tienen un germen de desarrollo. ¿Qué impertinente se atreve a formular semejante pregunta, o por quién toman al señor Economista Distinguido? ¿Lo toman acaso por la señora de Tebes? El señor Economista Distinguido responderá dentro de veinte años.

COSTUMBRES

De Bruselas a Londres.—Benedicto Cirmeni narra en la *Nueva Antología* sus impresiones de viaje entre Bruselas y Londres. En Bélgica pasó ocho días verdaderamente felices, y en esta primera etapa del viaje por el extranjero apenas tuvo más espina que lo precocísimo del invierno; pues a fines de Agosto estaban encendidas las estufas en los comedores, y la pertinacia de una lluvia molesta hacía echar de menos el claro sol de la lejana patria. Al salir de Italia, consecuente con la máxima «adonde fueres haz lo que vieres», prescindía de bebidas, comidas, usos, costumbres, periódicos y libros, en una palabra, de la vida italiana, para seguir la vida del país en que se hallaba, guardándose mucho de hacer lo que muchos

de sus compatriotas, que buscan fondas italianas donde poder continuar la vida de su país. Aun sin conocer la lengua de la localidad, descendía a las posadas y frecuentaba los figones con cocina vulgar, para estudiar de cerca, aun a costa de no pocos sacrificios y rabietas, la vida del país. Así, por ejemplo, en Noruega comía el pan con pasta de azúcar, y se despertaba a media noche tocado por los rayos del sol.

La primera vez que se llega a Londres, le habían repetido muchas veces, es cosa muy distinta que llegar a París, a Viena, a Budapest, a Berlín, a Varsovia y hasta a San Petersburgo. En todos los países del mundo, especialmente en las capitales, se las arreglan con el francés o el alemán; pero no en Londres; en Londres no se habla más que inglés; pero no el inglés aprendido fuera de Inglaterra; podrás comprender bien los periódicos y los libros ingleses, y no lograrás que comprendan tu más sencilla pregunta, ni menos entender la más sencilla respuesta a lo que preguntes, escrito en un pedazo de papel. La pronunciación constituye un obstáculo insuperable, y si consigues hacerte comprender, no conseguirás que te contesten como no te dirijas a un policía; en Londres no responde nadie a las preguntas que le hacen en la calle; nadie hace caso del extranjero que necesita una indicación. Tendrás siempre que dirigirte al *policeman;* pero ni aun éste tiene tiempo que perder: le preguntas por una calle, y te agarra por el brazo y te mete en el ómnibus que pasa sin detenerse. Por eso conviene ir a una fonda conocida, y no salir la primera semana, por lo menos, sin un guía intérprete. Cirmeni, sin embargo, quería seguir en Londres el mismo procedimiento que en las demás poblaciones; acudió al Baedeker, y hasta en él se encontró con la nota siguiente: «Para viajar en Inglaterra es indispensable saber inglés; la pronunciación es dificilísima; escribid en una tarjeta los nombres de los sitios que queréis visitar y entregadla al cochero. Proporcionaos un intérprete, que, os cuesta 15 francos diarios, y desconfiad de las personas que os ofrecen servicios en la calle; si necesitáis algu-

na indicación, dirigíos siempre a un *policeman*, y a falta de él, preguntad en una tienda. Tened cuidado de no responder jamás a ninguna pregunta de ningún transeúnte, porque suele ser el preliminar de un hurto o de un engaño; el extranjero debería estar continuamente en guardia y prestar especialmente atención a su bolsa y a su reloj...» Al llegar aquí en la lectura, Cirmeni se detuvo: entraba en Amberes.

La vía más frecuentada para ir de Bruselas a Londres es la de Ostende: en tres horas y media se hace la travesía, y hay tres vapores diarios; pero siempre se llega de noche. En Bruselas el fondista había convencido a Cirmeni de que era preferible la vía de Amberes con su travesía de diez horas; él iba a Londres todos los años, y siempre iba por Amberes por ser mucho más práctico.—¿Por qué?, preguntaba Cirmeni.—Porque se hace una buena comida en las tranquilísimas aguas del Escalda; se llega a Londres en las primeras horas de la mañana, y se gasta menos.—¿Se gasta menos viajando más?—Ciertamente: por la vía Ostende-Dover cuesta el billete de ida y vuelta, valedero por un mes, 76,10 francos en primera clase y 55,90 en segunda; por la vía Amberes-Harwich sólo cuesta 60,60 en primera y 38,60 en segunda. ¿Tengo razón?

En el barco, donde entraban los viajeros a empellones para conquistar los mejores camarotes, la servidumbre era escasa y poco servicial; si no me hubiera acompañado el mozo belga hasta el mío, me habría visto en el primer apuro. En el salón había un grupo de alemanes jóvenes y alegres que hablaban en voz muy alta, y del otro lado unas cuantas personas que conversaban en voz baja. Cirmeni se sentó entre ambos grupos. El camarero, un hombre alto, flaquísimo, huesudo y rapado, le preguntó si quería comer; encantado de haberlo comprendido trató de hacer la primera prueba de su inglés preguntándole a su vez: «¿Qué más tendremos?» El movió los hombros murmurando con la boca cerrada una palabra alarmante.—¿*Bad?*, repitió.—*¡Very bad! It is better to ead.* (Es mejor comer.) Y se marchó.

Cirmeni se volvió hacia la camarera; pero aquella muchacha rubia, esbelta, simpática, no lograba comprenderle ni menos hacerse comprender. Le miraba con sus ojos cerúleos; sonreía y repetía con el mismo tono, con las mismas palabras, sin el menor gesto, algo que le parecía comprender, pero que en realidad no comprendía, teniendo que recurrir a un señor alemán que se dignó servirle de intérprete. ¡Cómo se acordaba de lo que tantas veces le habían dicho! «En Inglaterra no se habla más que inglés, y no sirve el inglés aprendido fuera de Inglaterra.»

Cansado de mirar y escuchar sin comprender, descubrió un alemán en la persona que tenía a la derecha, y le preguntó para tantear si era o no alemán:—¿Me permite usted hacerle una pregunta?—*Bitte sehr*, le respondió.—¿Podría usted explicarme por qué el camarero nos ha condenado a comer sin servilleta?—¿La ha pedido usted?— No; pero siempre me la han puesto sin pedirla, hasta en países que en punto a progreso y civilización no pueden competir con Inglaterra; aquí el camarero se la da a quien la pide y se paga aparte. — ¿Como una bebida?—*Ja wohl*; pero ninguno la pide.—Permítame otra pregunta: ¿No le parece extraño que el camarero lleve a cada uno su porción, en lugar de que cada cual se sirva a discreción?—¡Extraño! ¿Por qué? Si no le basta una porción pide otra, como he hecho yo; se paga lo mismo.—¿Bastar? Me parece que me va a ser muy difícil atravesar la cocina inglesa.—¿Pero usted no ha estado nunca en Inglaterra?—Nunca.

El viajero miró a Cirmeni con aire de compasión, y después de un momento de desdeñoso silencio, exclamó con acento inspirado:—¡Londres, Londres, ciudad maravillosa! Es mi patria predilecta.—Pero ¿no es usted alemán? — ¿Yo? He nacido en Alemania; pero ¿qué importa donde se nace? Lo que importa es donde se vive, y donde se vive bien.—Perdone que le interrumpa; pero necesito hacerle una pregunta confidencial: ¿Cuánto se acostumbra a dar de propina?—¿Qué propina? ¿A quién?—Al camarero que está pasando el plato para el cobro.

—Nada.—¿Nada? ¡Es extraño!—Usted encuentra todo extraño porque no conoce las costumbres inglesas; y a propósito: ¿a qué fonda va usted a ir?—No sé; quisiera ir a una pensión inglesa.—El alemán le miró nuevamente con aire de compasión, y le dijo con tono amistoso, dándole una palmadita en la espalda:—«No puedo aconsejárselo; reventaría usted como un perro y nadie se cuidaría de usted; yo tengo lo que usted necesita. Y sacando de la cartera una tarjeta, añadió: Tome usted estas señas, y llegado a la estación, déselas al cochero.—¿Es la dirección de una fonda alemana?—*Ja wohl*. Usted encontrará fonda alemana, patrones alemanes, camareros alemanes, cerveza de Munich y de Pilsen, nuestra mejor cerveza, y periódicos alemanes. En la vecindad hallará almacenes alemanes con todo género de mercancías alemanas, iglesia luterana alemana, farmacia alemana, escuela alemana.—En suma: ¿es un pedazo de Alemania?—*Ja wohl*; se encontrará usted también que ni siquiera se acordará usted de Inglaterra.—¿Y ese consejo me lo da usted, que adora a Londres? Yo quiero conocer Londres; quiero aprender la lengua, los usos y costumbres ingleses; si quisiera revivir la vida alemana, me volvería a Alemania.—*¡Ganz recht*! Tiene usted razón.

Tras este ratito de conversación, Cirmeni se retiró a su camarote, y al poco rato quedó dormido. El profundo sueño fue roto por dos brazos poderosos que agitaban brutalmente al durmiente y por una voz ronca que le atronaba con palabras incomprensibles. Habían llegado a Harwich. En el muelle habia varios mozos. A una seña de Cirmeni, entró uno en el barco y tomando la valija, pasó a la Aduana. La visita fue rápida.—¿Tabaco?—No.—Y nada más. La Aduana inglesa y la rusa son el alfa y la omega. En la primera sólo se pregunta por el tabaco y el alcohol; en la segunda está uno sujeto largas horas a vejaciones imposibles de prever.

En la plazoleta el mozo me preguntó dónde iba.—*To London*, respondió, orgulloso de haberlo comprendido.—¿A qué estación?—*To Liverpool*—Street-Station.—Pasó al tren a un

departamento donde estaba prohibido fumar, pagó al mozo y se sentó. ¿Estaba en Inglaterra? ¿Eran así los trenes de los ferrocarriles ingleses? El compartimiento era bajo, estrecho, apenas decente, sin elegancia ni comodidad; los divanes estrechos y más bien duros; las ventanillas bajas y estrechas, y las redes tan bajas y estrechas, que no era posible colocar encima maletas que no fueran pequeñísimas; en las paredes avisos lacónicos, pero eficaces, como éste, por ejemplo: «Do not spit.» (No se escupe); y debajo la penalidad: por primera vez, dos libras; las veces siguientes, cinco libras. En todo el tren no había retretes ni comedor; sólo se distinguía por la limpieza, obtenida, como se ve, a fuerza de multas.

Mientras admiraba la campiña verde iluminada por el sol, entró un empleado ferroviario que, echando una mirada en torno, preguntó:—El señor, ¿es extranjero?—Sí.—El empleado cogió la pequeña valija que Cirmeni había colocado en la red, y la puso en el diván, junto a la grande. Entonces recordó que las maletas grandes o chicas deben ir facturadas, pues cada pasajero tiene derecho a facturar gratis hasta 50 kilos de equipaje, y que en las redes sólo pueden colocarse las bolsitas y cabás, que suelen llevar consigo los ingleses.

Puesto el tren en movimiento, Cirmeni se reconcilió con las ferrovías inglesas. Los compartimientos no eran elegantes ni muy cómodos; pero el tren corría de un modo delicioso sin la menor sacudida. A medida que se acercaba a Londres el tren, sólo al principio, hallaba otros trenes que corrían por la misma vía. En las cercanías de la estación la circulación aumentaba, haciéndose difícil y peligrosa: muchísimos trenes, casi tocándose uno a otro, avanzaban al mismo tiempo, produciendo verdadera admiración en Cirmeni. ¿Cómo no habría choques? ¿Cómo entrarían en la estación? El tren se detuvo, no porque estuviera obstruído el paso, sino porque había llegado. A dos pasos del tren había carros, coches y automóviles, y en el estribo yacían ya carretillas de equipajes; cada pasajero descendido, o mejor, salido del tren, se acercaba a la carreti-

lla, cogía su equipaje y desaparecía en un coche. Cirmeni depositó la suya en el *clocloak-room*, y libre de cuidado, penetró en Londres.

LITERATURA

El Decamerón del Sudán.—Entre los muchos resultados recogidos por el Dr. Frobenius en el Sudán, en sus exploraciones por cuenta del Gobierno alemán, figura todo un folk-lore completo con relatos caballerescos, historias fabulosas, mitos y cuentos populares de todas clases. A. Tibal publica algunos de ellos en *La Revue*, y de ellos entresacamos los que nos parecen más interesantes. La gesta africana cuenta con caballeros cuyas hazañas no son inferiores a las de Roldán, Garín o Parsifal.

Véanse dos de ellas: Sira Maga Ñoro cubría por sí solo la retirada de sus compañeros; el camino atravesaba una valla de espinas por donde debía cruzar el enemigo; Sira Maga Ñoro se sentó en medio del camino, ató a su pie la brida de su caballo, dispuso trece lanzas al alcance de su mano, se envolvió en su manta y esperó cantando los combates de sus antepasados, acompañándose con la guitarra. Llega el rey Galadio con trescientos caballeros; de un brinco, Sira Maga Ñoro se puso en pie; pero el rey se asustó tanto, que le ofreció la paz; despechado por no poder combatir, Sira Maga Ñoro se mordió los labios tan profundamente, que les hizo brotar sangre. En una guerra contra el rey Daga, fue sitiado en Keké; cada día hacía una salida, ponía en fuga al enemigo, y llegaba hasta coger una rama del árbol bajo el cual se sentaba el rey Daga para contemplar la batalla; desgraciadamente, por consejo de un mago, se ocultó en las ramas del árbol un albino, armado con un arco y una flecha de cobre que hirió traidora y mortalmente a Sira Maga Ñoro, quien murió en Keké, no sin que su hermano, vestido con un manto rojo hiciera todavía huir al rey Daga, y recogiese una rama del árbol.

Gossi era el más valiente de los Fulbés; nunca se volvía a la primera vez que le llamaban, porque consideraba que el hacerlo era señal de espanto. Bajó a un pozo para estrangular una serpiente enorme, y libró de ella a las gentes de la aldea; quitaba a sus enemigos pueblos y territorios enteros, y una noche que se había metido con un compañero en las cuadras del rey para llevarse dos caballos, fue cogido y encadenado a su cómplice por el pie; a favor de una tormenta se escaparon; pero tropezaron con una leona que se arrojó sobre ellos, y empezó a devorar a su compañero; al resplandor de los relámpagos, la leona mostraba los dientes a Gossi, que la escupía y la golpeaba con el puño; cuando acabó de devorar los pies del compañero, Gossi quedó libre, dió un puñetazo a la leona en el hocico, y se marchó majestuosamente sin volver la cabeza. Un día, Nielé, una de las mujeres del rey Hamadí, le dijo: «Entre los Fulbés no hay uno solo que sea verdadero hombre.» Aquella misma noche, Gossi, a pesar de los setecientos soldados de la Guardia real, se introdujo en el cuarto de Nielé, y la hizo volver de su error; tres días permaneció en el cuarto, sin que nadie se atreviera a denunciar su presencia. Al fin, Hamadí lo supo, y celebró consejo; parte de la asamblea proponía hacer hervir a Gossi vivo en una gran marmita; otros querían simplemente desterrarle. Entonces, Gossi salió de la habitación de Nielé. El rey, asustado, le hizo sitio a su lado, y Gossi declaró preferir la muerte al destierro. En aquel momento, un mensajero anunció la aproximación de una tribu hostil, y Hamadí salió a su encuentro; Gossi le acompañó, y puso en fuga al enemigo; Hamadí quiso darle a Nielé en recompensa; pero Gossi dijo: «No he hecho todo eso por amor a Nielé; ella había dicho que no había ni un Fulbé que fuera hombre, y he querido probarla lo contrario; quédate con tu mujer, Hamadí.»

Véase ahora una historia de animales: El macho cabrío Bacoroni iba en peregrinación a la Meca; una tormenta le obligó a refugiarse en una caverna, donde se encontró con el león, la pantera y el chacal. El león le dijo:—Eres un santo, y de-

berías darme una receta mágica para mi salud.—Con mucho gusto, respondió Bacoroni; voy a escribir un versículo del Korán, que te tragarás envuelto en piel fresca.—¿En la piel de qué animal?, preguntó el león.—La piel de chacal es la mejor, afirmó Bacoroni. El chacal tuvo que dejarse quitar un pedazo de piel, el león se sintió muy aliviado con aquella medicina, y preguntó:—¿No podríamos volver a empezar?—Sin duda, respondió Bacoroni; si quieres, puedo administrarte versículos y pedazos de piel hasta la noche. A tales palabras, el chacal tuvo miedo y se escapó. El león corrió tras él, y Bacoroni dijo a la pantera:—Escucha: nosotros somos buenos amigos, pues sin eso, yo hubiera revelado al león que tu piel es tan buena como la del chacal. La pantera tuvo miedo y se escapó, y Bacoroni pudo esperar tranquilamente el fin de la tormenta.

He aquí ahora, para concluir, un cuento popular, y no se olvide que se trata del Sudán. Había una vez en una aldea una vieja muy fea y muy enamorada, a pesar de sus años. Ningún hombre la quería, de modo que tenía que ir por la aldea llevando al extremo de una cuerda una vaca que prometía a quien satisficiera sus deseos. Kado estaba sentado delante de su cabaña, examinó primero la vaca y luego la mujer.—Vamos, qué, ¿te decides?—¡Ah!, respondió Kado, con mucho gusto, y no creas que a causa de la vaca; pero me gusta hacer bien todo lo que emprendo, y el mal alimento me ha debilitado tanto, que tendría que comerme antes la vaca para poderte dejar contenta. La vieja le dejó la vaca, y durante ocho días, Kado y su familia comieron carne y disfrutaron de su buena suerte. Al octavo día ya no quedaba nada del animal, y Kado dijo a su mujer:—Ahora tendré que satisfacer a la vieja.—Como quieras, respondió su mujer; entretanto, ya nos hemos comido la vaca. La vieja iba todos los días a preguntar si Kado recobraba sus fuerzas; Kado embadurnó de sangre el vientre y los muslos de su mujer, y la hizo sentar delante de su cabaña. La vieja llegó y preguntó por Kado.—Está en la cabaña, y te espera, dijo su mujer. Ayer acabó de comer la vaca, y esta

noche, probando su vigor, me ha puesto en el estado en que me ves; entra, que él espera poder contentarte. Pero ni aquel día, ni nunca, se arriesgó la vieja en la cabaña de Kado.

IMPRESIONES Y NOTAS

Anecdótica: Maindrou y Mitty.—¿Quién los conoce? Probablemente nadie se acuerda ya de ellos, aunque son todavía de hoy. Y sin embargo, Maindrou era el presidente efectivo del *Philosopharium*, especie de Academia de cervecería a la que concurrían Luis Dumur, Jorge Le Cardonnel, Dalize, el músico Dubreuil y otros. Cuando asistía Juan Moreas, todos reconocían su superioridad; pero si Moreas no estaba, reinaba en la reunión Mauricio Maindrou, que apenas tomaba asiento, sacaba de sus bolsillos una colección de pipas, las ponía en la mesa y las fumaba metódicamente, chupando una sola vez en cada una, alternando hasta terminarlas, bebiendo entretanto medios bocks y charlando de todo. Llevaba así la dirección de la conversación, apelando para animarla a sus recuerdos de viaje; pero si alguno abordaba con autoridad un asunto, le escuchaba con la boca torcida, y en seguida le abrumaba a preguntas. Era todo un tipo altanero y apasionado como un capitán de mosqueteros.

El rumano Juan de Mitty, fervoroso imperialista, se esforzaba en parecer añejo, y quería que toda su persona, rostro, traje, maneras, estilo y hasta ortografía fuera fiel reflejo de un personaje del Imperio. Se las echaba de aristócrata y era muy amable; un madrigal muy citado en París, y que pocos saben que es suyo, iba dirigido a una linda estanquera, y decía así:

Si le tabac est un poison,
et si l'amour en est un autre,
je ne connais pas de maison
plus dangereuse que la vôtre (1).

(1) Si es un veneno el tabaco—y el amor otro veneno,—no conozco casa alguna—más peligrosa que la vuestra.

Las mayores originalidades están en las dedicatorias de los ejemplares de sus libros, y sus supersticiones eran objeto de no pocas burlas. Jamás escribía una carta sin antes haberla trazado toda entera en la uña del pulgar de la mano derecha con el índice de la misma mano; creía que una carta escrita sin este requisito no surtiría ningún efecto, que no la contestarían y hasta que ni siquiera llegaría a su destino. El encuentro de un rojo era su presagio feliz, y si era una mujer con manchas rojas, mucho mejor; sobre todo, si tenían cierto tinte o cierta forma. La vista de una flor, cuyo nombre ha olvidado Guillermo Apolinario, que es quien nos transmite estas notas, le producía gran inquietud, afirmando que ejercía gran influencia en su vida.

***

Las escuelas poéticas contemporáneas.—En el afán de originalidad en que hoy vivimos, lo mismo en el mundo del arte que en el de la ciencia, la industria y la indumentaria se hace difícil llegar a una perfecta clasificación de todas las escuelas, tendencias, iglesias y camarillas que se disputan la predilección del pueblo en cualquier dominio que sea. Florián Parmentier ha intentado, en su libro *La literatura y la época*, clasificar todas las escuelas poéticas contemporáneas, y aunque ha procurado buscar bien sus características diferenciales, mucho tememos que su clasificación resulte todavía incompleta.

Tal como la da, procurando definirlas concienzudamente, he aquí las escuelas poéticas que enumera: el Simbolismo, el Versilibrismo, el Instrumentismo, el Decadentismo, el Magnificismo, el Magismo, el Socialismo, el Anarquismo, el Romanismo, el Paroxismo, el Esoterismo, el Naturismo, el Jammismo, la Escuela francesa (Poesía social, Verso liberado), el Regionalismo, el Sintetismo, el Suntuarismo, el Humanismo, el Integralismo, el Neomallarmismo, el Impulsionismo, el Neo-romanticismo, la Abadía (el Unanimismo), el Visionarismo, el Futurismo,

el Primitivismo, el Subjetivismo, el Sincerismo, el Intensismo, el Druidismo, el Espiritualismo, los Renacimientos, el Bonismo, y la Escuela de Flora. ¡Qué profusión y qué enredo!

Por de pronto, se echa de ver, a la simple nomenclatura de tanta escuela, que la clasificación no parte de un solo sistema ni de un solo concepto: se barajan caprichosamente las clasificaciones por doctrinas como el Espiritualismo, el Druidismo o el Esoterismo, con las clasificaciones por la forma, como el Verso-librismo o el Magnificismo, y se ven mezcladas clases como la del Regionalismo, que afecta al material verbal, con la del Neo-Mallarmismo, que se relaciona con determinada dirección poética, o con el Sincerismo, que se refiere al fondo mismo de lo expresado en relación con el alma de quien lo expresa. Desde el momento en que una misma poesía puede ser *Simbolista*, *Espiritualista*, *Versolibrista* y *Visionarista*, por ejemplo, la clasificación deja de ser buena, y desde luego no puede ser científica; pues para serlo era preciso establecer diversas *bases de clasificación* (fondo, forma interna, forma externa, finalidad, influencias dominantes, etc.), con arreglo a las cuales clasificar cada poesía, que así podía ser desde un punto de vista tal cosa y desde otro tal otra.

Pero es que, además, con toda esa profusión de escuelas, Florián-Parmentier, aunque otra cosa crea el crítico del *Mercure de France*, está lejos de haber agotado el repertorio. Por el momento, y así al correr de la pluma, recordamos el Clasicismo (o Neo-clasicismo si se quiere), el Oportunismo, el Eclecticismo, el Impresionalismo, el Folklorismo, el Espiritismo, el Erotismo, el Apachismo, el Chulismo, y otras varias escuelas que aquí y allí tienen ilustres representantes y están perfectamente caracterizadas. Hay, pues, que revisar la obra de Florián para rectificarla y completarla, estimando siempre su indiscutible valor.

***

KANT Y LECONTE DE LISLE.—Es digno de recogerse íntegro este inédito de Leconte de Lisle, publicado por *La Vie:*

«TESIS, ANTITESIS Y SÍNTESIS DE KANT.—*Mi objeción.*

»*Tesis:* Si suponéis que el mundo no ha tenido principio, admitís que en cada instante dado se ha pasado una serie infinita de estados sucesivos del mundo; lo que es absurdo, pues una eternidad actualmente pasada es una contradicción, un sin-sentido.

»Si suponéis, de un modo parecido, que no haya límites en el espacio, admitís un todo infinito, lo que es contradictorio, pues para que un todo, actualmente dado, estuviese compuesto de un número infinito de partes, sería preciso que se las pudiera contar sucesivamente, lo que es imposible, puesto que esta operación exigiría la eternidad.

»Luego el mundo no es infinito; luego debe haber un principio en el tiempo y límites en el espacio.

»*Antítesis.*—Pero si suponéis que el mundo ha empezado a existir, suponéis por ende un tiempo anterior al mundo, un tiempo vacío. Ahora bien; en un tiempo vacío nada puede empezar; o ¿por qué había de empezar en tal momento mejor que en tal otro, puesto que no hay momentos en el tiempo vacío?

»Del mismo modo, si suponéis el mundo limitado en el espacio, tenéis que suponer un espacio más allá del mundo, un espacio vacío infinito, y admitís, pues, una relación necesaria del mundo con algo que no es nada, lo que es absurdo.

»Luego el mundo no tiene límites, ni en el espacio ni en el tiempo; luego es infinito; luego no ha tenido principio.

»*Síntesis:* El Universo no es un sér en sí; no tiene existencia absoluta, independiente de nuestros sentidos. El tiempo y el espacio no son realidades objetivas. El Universo es un conjunto de fenómenos; el tiempo y el espacio son simples formas del pensamiento. No hay, pues, que preguntarse si el mundo es finito o infinito, si ha empezado o no; el mundo es la serie de nuestras sensaciones.

»*Objeción:* Pero si el Universo no es más que una forma del pensamiento, ¿qué pensamiento es ese que niega la realidad de todos sus objetos? El mismo se aniquila. Y no queda nada, ni tiempo, ni espacio, ni Universo, ni sensación, ni pensamiento.

»Así sea.»

***

La mujer y el retratista.—En un artículo de *La Depêche*, dedicado a la exposición Ricard, ha deslizado Camilo Mauclair este magnífico párrafo en que se analiza, sutil y magistralmente, la situación en que se halla una mujer y su retratista al hallarse frente a frente en sesión de *pose*:

«Un rostro femenino no es el mismo para el amante, el esposo, el hijo, la criada, los convidados o el espejo, y cada cual no lleva de él sino una versión diferente del mismo tema. ¿Es la traducción de una sola de esas figuras, o una síntesis que toma sus rasgos de toda la serie? ¿Es el tipo ligado por el retratista a su visión general de la feminidad, el *aire de familia* de los Van Dyck, la morbidez de los Proudhon, de los Ricard y los Carpière? ¿Existe en sí el verdadero retrato, fuera de todas estas opiniones? Puntos no dilucidados. En todo este conflicto de apariencia, el artista trata de reunir un haz de verdades generales. En cuanto a la mujer, a quien la ineidad de la coquetería informa inconscientemente, querría que la hicieran el rostro que ha soñado y que todo el mundo reconociera su exactitud. Además, quiere guardar algunos secretos, y se defiende contra la mirada que escruta y aspira sus pensamientos. La mujer se oculta, proteiforme. Nunca, en efecto, por la deferencia convencional, está expuesta a miradas prolongadas y violentas; eso no es lícito más que a dos hombres: el que la posee y el que la pinta. Hay, pues, una lucha entre el artista y la modelo, lucha que explica el gran gasto nervioso de las sesiones de retrato. Y esta lucha es cortés, pero jamás acaba sin rencor, como las peripecias de la seducción. La mujer vencida se

las guarda a quien la ha adivinado y poseído espiritualmente; pero no se rinde sin cierto matiz de placer perverso. Es un juego sensual y espiritual. Y hasta cuando una duquesa de Urbino, una duquesa de Alba o una Paulina Borghese se ponen deliberadamente desnudas ante un Tiziano, un Goya o un Canova, parecen entregarse, pero defendiendo siempre su rostro, que es para ellas el verdadero asiento del misterio.

»Así, la mujer conserva con su pintor un lazo especial; aprendida de memoria, aislada de lo ficticio de la cortesía, penetrada en su verdad íntima, conserva el sentimiento de una derrota y de una victoria que se funden íntimamente, casi los síntomas mismos del amor. Y si consideramos un autoretrato de mujer, los de Vigée-Lebrun, por ejemplo, veremos un curioso cambio de ambas naturalezas. Ha habido confianza, mutua confesión de ciertos matices incomprensibles para el hombre: la expresión se halla modificada; tiene algo de abandonado, la puerilidad natural en toda mujer cuando no tiene que vencer ni ser vencida. El pensamiento de la mujer es lo que se piensa de ella; por una exquisita e imperecedera convención, representa el elemento psíquico de la humanidad. La historia de su retrato a través de las edades es la historia de los deseos del hombre.»

Fernando Araujo

ÍNDICE

por orden alfabético de autores de los artículos publicados en «La España Moderna» durante el año de 1912.

Amador de los Ríos (Rodrigo).—*Curiosidades toledanas.* Enero, página 122.—*La cueva de Hércules.* Agosto, pág. 53.

Andreief (Leónidas).—*Cruel destino.* Mayo, pág. 132; Junio, página 109; Julio, pág. 114.

Araujo (Fernando de).—*Revista de Revistas.* Enero, pág. 158; Febrero, pág. 169; Marzo, pág. 169; Abril, pág. 180; Mayo, pág. 178; Junio, pág. 173; Julio, pág. 174; Agosto, pág. 165; Setiembre, página 173; Octubre, pág. 174; Noviembre, pág. 167; Diciembre, página 173.

Arzadun (Juan).—*Guerra que acaba y reinado que empieza.* Noviembre, pág. 5.

Berzeviczy (Alberto de).—*Beatriz de Aragón, reina de Hungría.* Agosto, pág. 80; Setiembre, pág. 25; Octubre, pág. 19; Noviembre, pág. 40; Diciembre, pág. 53.

Cascales y Muñoz (José).—*La emigración de Espronceda descrita por él mismo, con notas de su padre y de la policía de su tiempo, y algunos comentarios del recopilador.* Agosto, pág. 31.

Cejador (Julio).—*Estudio filológico de la semana hebráica, vascongada y asirio-babilónica.* Junio, pág. 5.—*La incapacidad de los españoles.* Diciembre, pág. 34.

Cubillo (Leandro).—*Las flotas de guerra en 1912.* Agosto, página 124; Diciembre, pág. 97.

Dorado (Pedro).—*Notas bibliográficas.* Enero, pág. 203; Febrero, página 200; Marzo, pág. 198; Abril, pág. 206; Agosto, pág. 205; Setiembre, pág. 206.—*Religión y Ciencia: Razón y Fe.* Noviembre, pág. 126.

Espinosa y G. Pérez (Francisco).—*Las haciendas municipales*. Febrero, pág. 111.

Garofalo (Rafael).—*Métodos educativos de las civilizaciones latina y británica*. Setiembre, pág. 117.

Gay (Vicente).—*La América Moderna*. Enero, pág. 140; Febrero, página 154; Marzo, pág. 143; Abril, pág. 159; Mayo, pág. 156; Junio, pág. 148; Julio, pág. 153; Agosto, pág. 150; Setiembre, página 156; Octubre, pág. 151; Noviembre, pág. 138; Diciembre, página 124.

Gota (Antonio).—*Sobre algunos fenómenos del sueño*. Febrero, página 91.

Latino (Aníbal).—*Problemas y Lecturas*. Abril, pág. 137.

Lomba y Pedraja (José R.).—*Un gran libro español de filología*. Julio, pág. 96.

Marco (Dr. Luis).—*Las Memorias del Dr. D. Federico Rubio*, Enero, pág. 5.

Mayer (Dr. August L.).—*Relaciones artísticas entre Sevilla y Venecia*. Junio, pág. 130.

Oliver (Miguel S.).—*Los españoles en la Revolución Francesa: Un viaje á Francia en 1792*. Febrero, pág. 123; Marzo, pág. 115; Abril, pág. 53.

Olmedilla y Puig (Joaquín).—*Verdadero valor de los descubrimientos científicos*. Noviembre, pág. 113.

Ovejero (Eduardo).—*Un precedente del darwinismo en la Edad Media*. Octubre, pág. 5.

Ozzola (Leandro).—*España fuera de España: Pintura española*. Agosto, pág. 68.

Pérez de Guzmán (Juan).—*Las pinturas del palacio ducal de Berwick y de Alba*. Mayo, pág. 5.—*Las sesiones secretas de las Cortes de Cádiz*. Setiembre, pág. 5.—*La organización de la marina de Inglaterra al concluir el siglo* XVIII, *su comparación con la de España*. Octubre, pág. 100.—*Canalejas*. Diciembre, página 149.

Picón (Jacinto Octavio).—*Exposición de las obras de Aureliano de Beruete*. Mayo, pág. 171.

Posada (Adolfo).—*Buenos Aires*. Marzo, pág. 5.—*Buenos Aires, capital y municipio*. Mayo, pág. 25.

Roda (Cecilio de).—*El año musical (1911)*. Abril, pág. 5.

Rubio (Dr. Federico).—*Mis maestros y mi educación: Memorias de niñez y juventud*. Enero, pág. 15; Febrero, pág. 5; Marzo, página 51; Abril, pág. 75; Mayo, pág. 68; Junio, pág. 50; Julio, pág. 5.

RUIZ DE OBREGÓN Y RETORTILLO (Juan).—*Alfonso X el Emplazado: Noticias acerca de un milagro.* Enero, pág. 95.

SCHWARZ (S.).—*De la influencia ejercida por la emigración judía de España y Portugal en el desenvolvimiento económico del globo.* Junio, pág. 103.

TAXONERA (Luciano de).—*La literatura del día.* Julio, pág. 135.

TOLSTOY (León).—*Después del baile.* Enero, pág. 115.

TWAIN (Marck).—*Proezas policíacas de Tom Sawyer.* Octubre, página 120; Noviembre, pág. 80.

UNAMUNO (Miguel de).—*Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos.* Enero, pág. 78; Febrero, pág. 73; Marzo, página 32; Abril, pág. 28; Mayo, pág. 45; Junio, pág. 29; Julio, página 70; Agosto, pág. 5; Setiembre, pág. 79; Octubre, pág. 68; Diciembre, pág. 5.

ÍNDICE

Págs.

Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos: Don Quijote en la tragicomedia europea contemporánea, por Miguel de Unamuno 5

La incapacidad de los españoles: Apuntes para una conferencia, por Julio Cejador 34

Beatriz de Aragón, reina de Hungría, por Alberto de Berzeviczy. 53

Las flotas de guerra en 1912, por Leandro Cubillo 97

La América Moderna, por Vicente Gay 124

Canalejas, por Juan Pérez de Guzmán y Gallo 149

Revista de Revistas, por Fernando Araujo 173

Índice por orden alfabético de autores 197

AP
60
E8
año 24
no.286-88

La España moderna

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY